

Gente de Quito



René de Maximy y Karine Peyronnie



René de Maximy y Karine Peyronnie

GENTE DE QUITO



©IRD- Abya-Yala -CEDIME
ISBN-9978-04-523-6

1ra. Edición 2000

Gente de Quito, escrito por René de Maximy y Karine Peyronnie, es una coedición del Instituto de Investigaciones para el Desarrollo (IRD), de Francia, Ediciones Abya-Yala y el Centro de Investigaciones sobre Movimientos Sociales (CEDIME).

Traducción del francés: María Dolores Villamar
Diseño: María Dolores Villamar.
Mapas del SUIM, Dirección de la Planificación, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito
Impresión: Producciones digitales UPS
Portada: CEDIME

Institut de Recherche pour le développement (IRD)
Whimper 442 y Coruña. Apartado 17-12-857. Quito-Ecuador
Tél.: (593.2) 234 436 Fax: (593.2) 504 020
e-mail: fkahn@ecnet.ec

Abya-Yala: Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson. Casilla 17-12-719. Quito-Ecuador
Telf.: 506-247/562-633 Fax: 506-267/506-255
e-mail: editorial@abyayala.org

Centro de Investigaciones sobre Movimientos Sociales del Ecuador (CEDIME).
Junín 574 y Jiménez. Barrio San Marcos. Casilla 17-15-0018
Telfs. 582478 282211 09 494658
Correo electrónico: cedime@ecuanex.net.ec

Los autores

Nacido en 1935 en Craponne sur Arzon, en las montañas del centro de Francia, René de Maximy, geógrafo y sociólogo, director de investigación en el *Institut (Français) de Recherche pour le développement* (IRD, antes ORSTOM), es doctor de Estado. Desde hace más de 30 años se interesa por las grandes ciudades de las regiones intertropicales, por su funcionamiento y por la gente que allí vive. Ha publicado numerosos estudios, entre ellos "*Kinshasa, ville en suspens*" (París, 1984) luego de la aparición del "*Atlas de Kinshasa*" (República democrática del Congo), proyecto del cual fue el iniciador y el responsable científico. R. de Maximy fue también autor y director científico del "*Atlas Infográfico de Quito*" (Quito, 1992), y la presente obra constituye una continuación lógica de sus análisis de la capital ecuatoriana.

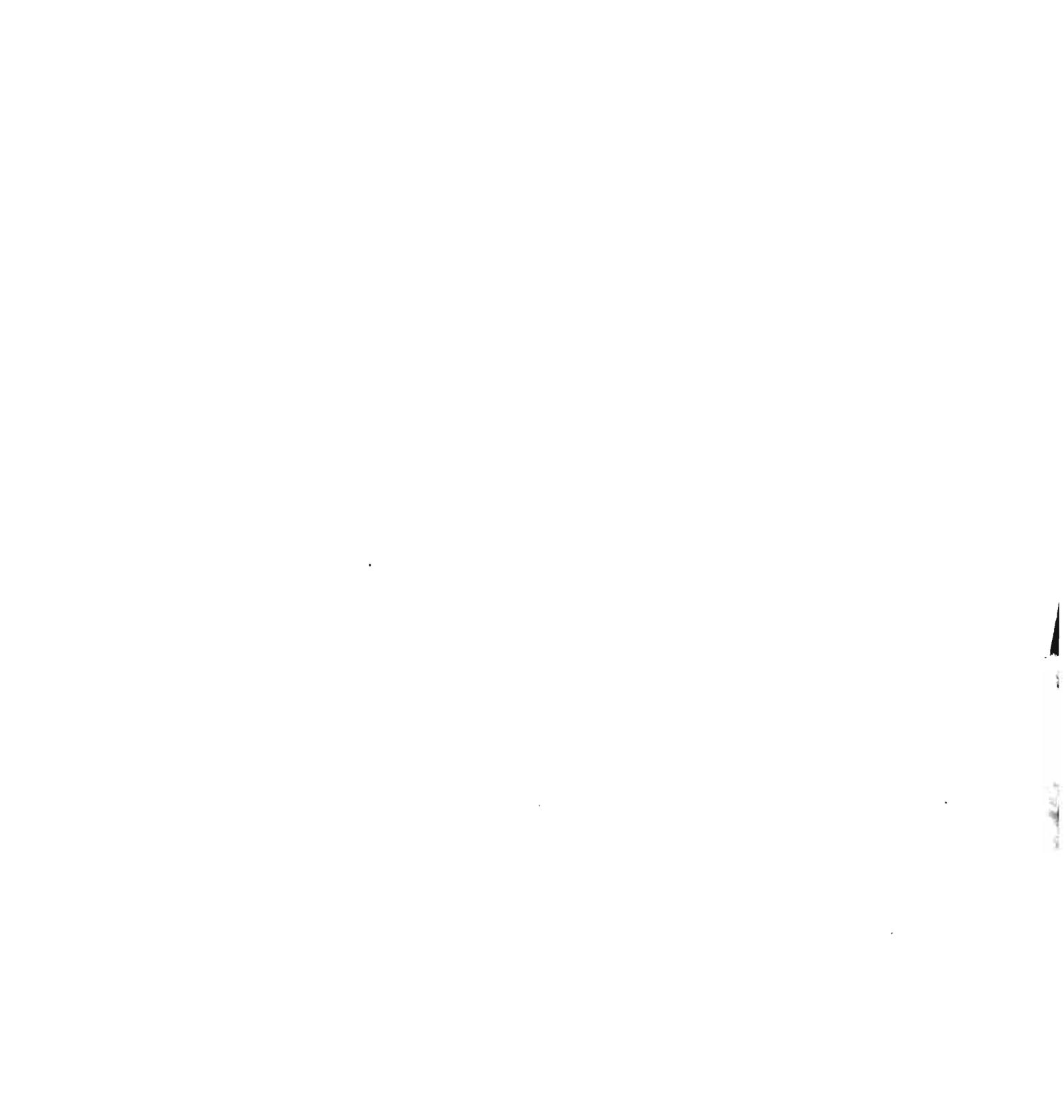
Karine Peyronnie nació en la región parisina en 1970. Es geógrafa cuya tesis de doctorado es "*El centro histórico de Quito: de la ciudad a Patrimonio de la Humanidad (1908-1996)*". (Universidad Paris VII Jussieu).

La obra

Ya sea que vivan con ella o que la codeen, cada día los quiteños saben de la gente de Quito, pero ¿conocen acaso sus condiciones objetivas de existencia en los diferentes barrios, antiguos o recientes, populares o patricios, bien equipados o mal integrados a la vida de la urbe? ¿Tienen una idea, basada en otra cosa que no sea impresiones o rumores, del ritmo cotidiano de sus actividades, de lo que piensan de la vida en su barrio, de sus relaciones de vecindario?

Gente de Quito nos dice todo eso y también sus opiniones sobre el resto de barrios de la ciudad, sobre la política municipal y sus repercusiones o su ausencia en su barrio y sobre la manera en que conciben la política municipal y nacional frente a la conservación del centro antiguo de su ciudad.

Un enfoque nuevo, descripciones y explicaciones apoyadas en cifras de la Quito de fin de siglo y de la gente que constituye su piel y su fuerza viva. Un libro que se debe leer para comprender mejor lo que son los quiteños.



Indice

| | |
|---|----|
| Agradecimiento | 9 |
| Presentación | 11 |
| Introducción | 13 |
| Aspectos generales del proyecto | |
| Las fuentes de información | 15 |
| Los censos de 1982 y 1990 y los estudios del AIQ..... | 16 |
| Presentación y análisis del cuestionario..... | 16 |
| Las lecciones que se pueden sacar de una deficiente preparación de la encuesta de campo | 20 |
| Algunas precisiones técnicas sobre la explotación de los mapas del SUIM y de los datos de la encuesta EBAQ..... | 22 |
| Algunas observaciones sobre ciertos términos para algunos aspectos controversiales..... | 23 |
| 1 • La Loma | |
| La situación, el sitio, los límites del barrio..... | 25 |
| Análisis de los mapas de densidad de población y de viviendas, y de las piezas habitables | 26 |
| Distribución demográfica y características socio-profesionales de los habitantes de La Loma | 29 |
| ¿Cómo, al observar los mapas extraídos de los dos últimos censos y según las edades y las actividades económicas ejercidas, se distribuye esta población? | 30 |
| ¿Quiénes son, en 1995, los habitantes de La Loma, según sus declaraciones en las entrevistas realizadas en el marco del proyecto EBAQ? | 35 |
| Los habitantes de La Loma frente a su barrio, a los otros barrios, a los lugares de actividades mercantiles y a la política urbana aplicada en el Centro de Quito | 40 |
| A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de La Loma | 45 |
| 2 • San Juan | |
| Los límites del barrio | 47 |
| Las características geográficas del barrio..... | 47 |
| Algunos aspectos urbanísticos | 48 |

6 • Kennedy

La situación, el sitio y algunos aspectos urbanísticos 135

Análisis de los mapas de densidad de población y de viviendas por manzanas y de los referentes a la cohabitación 136

La demografía del barrio Kennedy 138

Características del hábitat de la Kennedy, según la encuesta del EBAQ 139

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes de la Kennedy, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos 140

Lo que piensan los habitantes de la Kennedy de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito 145

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de la Kennedy 147

7 • San Carlos

Las características geográficas del barrio 149

Algunos aspectos urbanísticos 149

Análisis de los mapas de densidad poblacional y de viviendas por manzana, y de aquellos sobre la cohabitación 151

La demografía de San Carlos 153

Características del hábitat en San Carlos según la encuesta EBAQ 158

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes del barrio San Carlos, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos 160

Lo que piensan los habitantes de San Carlos de su barrio, de los otros barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito 167

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de San Carlos 171

8 • Comité del Pueblo

Origen, situación y sitio 173

Algunos aspectos urbanísticos 173

Análisis de los mapas de densidad de la población y de las viviendas por manzana, y de aquellos relativos a la cohabitación 174

La demografía del Comité del Pueblo 177

Las viviendas vistas a través de la encuesta EBAQ, sus características elementales, su estatus de ocupación y sus elementos de confort 184

Características socio-profesionales, actividades y niveles de instrucción de los habitantes del Comité del Pueblo, desplazamientos cotidianos 185

Lo que piensan los habitantes del Comité del Pueblo de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito 192

A manera de conclusión, retrato impresionista del habitante del Comité del Pueblo 197

9 • La Ecuatoriana

La situación, el sitio y los límites del barrio 199

Análisis de los mapas de densidad de población, de viviendas y de las piezas habitables ocupadas por los residentes 199

Características del hábitat en La Ecuatoriana, según la encuesta EBAQ 201

Distribución demográfica y características socio-profesionales de los habitantes de La Ecuatoriana 202

Gente de Quito

| | |
|---|-----|
| Migraciones alternantes cotidianas..... | 206 |
| Lo que piensan los habitantes de La Ecuatoriana de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito | 207 |
| A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de La Ecuatoriana | 210 |

Conclusiones: la gente de Quito

| | |
|---|-----|
| Algunas indicaciones sobre la vivienda, la escolarización, las actividades y los desplazamientos de los quiteños | 213 |
| La gente de Quito y su barrio, los demás barrios y más ampliamente las acciones municipales relativas a su marco de vida y otros centros de interés..... | 216 |
| Para concluir | 221 |

Agradecimientos

Este estudio de los barrios de Quito es el resultado de una estrecha colaboración entre el *Institut de Recherche pour le Développement* (IRD, ex-ORSTOM), la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central del Ecuador en Quito, la Dirección General de Planificación del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ). Fue diseñado y realizado bajo la dirección pedagógica del Arquitecto Antonio Narváez, Decano de la FAU, y la dirección científica del Doctor René de Maximy, Director de Investigación en el IRD.

A continuación se presenta, etapa por etapa, la lista de las personas que participaron en este trabajo y sus responsabilidades en el mismo.

- diciembre de 1995: puesta a punto en el terreno, en el barrio La Loma, bajo la responsabilidad de Karine Peyronnie, estudiante de doctorado de la Universidad de Jussieu-París VII (Francia), con la colaboración de Magdalena Pardo y Juan Sarrade, sociólogos y encuestadores;
- diciembre de 1995 a abril de 1996: encuestas de campo en los barrios de San Juan, Chimbacalle, Mariscal Sucre, Batán Alto, Kennedy, San Carlos, Comité del Pueblo, La Ecuatoriana, con la benévola colaboración de sus habitantes, a cargo de los estudiantes de arquitectura de la FAU nombrados a continuación: Yadhira Álvarez, Fernando Burbano, Wladimir Castro, Milton Chávez, Jorge Coronel, Natalia Corral, Pablo Moreira, Diego Padilla, Milagros Pesantes, Juan Rodríguez, Milena Velasteguí y José Luis Viteri. Su trabajo fue dirigido por los arquitectos Antonio Narváez y Sergio Lemarie, la doctora Beba Muñoz, todos profesores de la FAU, y el Doctor René de Maximy;
- la depuración de los cuestionarios fue realizada, bajo la dirección de Karine Peyronnie y del Dr. René de Maximy, por Magdalena Pardo y Juan Sarrade, con la colaboración, en el caso de San Carlos, de los estudiantes de la FAU mencionados;
- la explotación de los datos recogidos y la redacción de la presente obra fueron efectuadas por el Dr. René de Maximy con la colaboración de Karine Peyronnie;
- los gráficos fueron realizados por el Doctor René de Maximy y Karine Peyronnie;
- con la aprobación de los arquitectos Gonzalo Bustamante, Director General de Planificación en ese entonces, y Roberto Noboa, Subdirector, quien siguió particularmente de cerca el proyecto, y a su pedido, el Sistema Urbano de Información Metropolitana (SUIM) facilitó el acceso a su base de datos urbanos para la confección de los mapas a través del Sistema de Información Geográfica (SIG) *Savane* del IRD, la misma que fue realizada por Jackelin Jaramillo. Dichos mapas fueron redibujados y adaptados para esta publicación por María Dolores Villamar, quien estuvo a cargo igualmente de la traducción del texto al español y de la diagramación del presente libro.

Introducción

Esta presentación detallada de 10 barrios de la ciudad de Quito, capital de la República del Ecuador, es el resultado de estudios anteriores, de la necesidad de un mejor manejo de la utilización de imágenes posibilitado ahora gracias a la informática, de un trabajo de laboratorio realizado durante el año académico 1995-1996 por un equipo de estudiantes de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) de la Universidad Central del Ecuador en Quito, de una reflexión a varias voces efectuada por los estudiantes mismos, sus profesores e investigadores del *Institut de Recherche pour le Développement* (IRD, ex-ORSTOM).

Los estudios anteriores fueron llevados a cabo hace más de diez años por la Dirección de Planificación del Ilustre Municipio de Quito (IMQ), convertido hoy en día en Municipio del Distrito Metropolitano de Quito (MDMQ), y por un equipo multidisciplinario del IRD que trabajó conjunta o sucesivamente con el Instituto Geográfico Militar (IGM), el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), luego con la Dirección de Planificación del MDMQ y finalmente con la FAU. Producto de tales estudios han sido: un atlas infográfico de Quito (AIQ, 1992) sobre la sociodinámica del espacio y la política urbana de la ciudad; una base de datos urbanos (BDU) que incluye varios bancos de datos; la afinación de un sistema de información geográfica (SIG) cuyos instrumentos son los softwares *Savane* y *Planète*; la asistencia continua para la creación y el funcionamiento del Sistema Urbano de Información Metropolitana (SUIM) de la Dirección de Planificación del MDMQ que en la actualidad maneja y alimenta la BDU resultado de la elaboración, ejecución y publicación del AIQ.

Gracias a su manejo y explotación mediante el SIG, la BDU es una fuente considerable de informaciones de primera mano y permanentemente actualizadas. La cartografía temática que permite establecer es un instrumento incomparable de análisis del espacio urbanizado, que debería ser utilizado más sistemática y diversificadamente. Por esta razón, durante la formación universitaria de los estudiantes de la FAU, la dimensión socio-geográfica del espacio captado a través de las imágenes temáticas producidas mediante un SIG por cartografía asistida por computadora, es decir la capacidad de imaginar, de concebir, de producir y de interpretar estas imágenes, debe enseñarse en laboratorio, al igual que la arquitectura y el urbanismo deben exponerse en su historia, sus conceptos y sus resultados, obtenidos gracias al análisis de casos.

He aquí entonces la presentación de 9 barrios y la reflexión global que inspira sobre la ciudad de Quito observada en 1995-1996. Esta presentación comprende un primer capítulo, general, en el que se presentan y analizan las fuentes de información, los instrumentos, las directrices (especialmente en cuanto al cuestionario) y la realización del trabajo de campo, así como la organización de la explotación sistemática de los datos obtenidos. Esta dimensión metodológica persigue dos objetivos: la explicación de las etapas de la elaboración y la presentación de los documentos y la entrega de una clave para la lectura de tales documentos, que permitirá, llegado el caso, su reproducción periódica.

Se presentan luego los datos, barrio por barrio, cifras y estadísticas, mapas temáticos, análisis y reflexiones, seguidos de la formulación de una problemática. Los datos

originales pueden ser consultados en los archivos de la Dirección General de Planificación del MDMQ.

Se trata de una publicación informativa y didáctica en 11 capítulos, concebida como un instrumento de trabajo a disposición de los urbanistas y estudiantes que desean adquirir una dosis de conciencia acerca de la dimensión socio-geográfica, ligada a conocimientos en derecho, administración, arquitectura y urbanismo que se requieren para una buena formación de arquitecto-urbanista, aunque también de todos

quienes se interesan en las cuestiones urbanas. El objetivo principal de este trabajo consiste, por lo tanto, en permitir alcanzar un buen conocimiento de Quito y de sus moradores así como adquirir, gracias al análisis cartográfico (pasando de lo general a lo singular), una capacidad de formular problemáticas urbano-espaciales de las múltiples características del espacio hipersocializado sobre el que se basa una ciudad.

Es una lógica y necesaria continuación del *Atlas Infográfico de Quito**.

* difundido por la Sección Nacional del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) que funciona en el Instituto Geográfico Militar (IGM) en Quito.

Aspectos generales del proyecto

Las fuentes de información

Las informaciones disponibles sobre los barrios estudiados pueden ser exhaustivas o el resultado de sondeos realizados en ellos. Tanto en el primero como en el segundo caso, las informaciones llevan fecha. Las más antiguas utilizadas —fuera de ciertos datos sucintos de interés histórico— corresponden al censo de 1982 y las más recientes se obtuvieron entre diciembre de 1995 y marzo de 1996 durante las encuestas realizadas por los estudiantes de la FAU, quienes contribuyeron a la elaboración de este informe.

Indiscutiblemente, los censos de población y vivienda de 1982 y 1990 son las dos fuentes más precisas y completas disponibles. Abarcan todas las familias presentes, todas las viviendas ocupadas y toda la población (con excepción, a veces, de los militares acuartelados y de ciertas colectividades como hospitales por ejemplo) residente en Quito en esos años, el día del censo. Los datos se recogen en el lugar de residencia de cada uno por lo que están localizados correctamente. Son el reflejo de la población quioteña, tal como se presenta un día domingo que no se ha alejado de su domicilio. La información es reunida, codificada e informatizada por el INEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos), propietario y depositario de la misma. El Municipio de Quito, en el seno del SUIM, posee una copia para su libre explotación, la misma que utilizamos con la debida autorización. Sin embargo, dadas las necesidades del urbanismo que, para sus proyectos, no se interesa específicamente en los individuos, ni en cada vivienda de la ciudad, los datos fueron agrupados por manzana, siendo esta la unidad espacial de base del conjunto de mapas temáticos aquí presentados y analizados.

Estos productos —mapas, gráficos y estadísticas (con excepción, en este último caso, de los datos demográficos que son exhaustivos a nivel de la ciudad o del barrio)— se refieren a la manzana, unidad espacial de base del enfoque geográfico urbano. Sirvieron para efectuar un primer análisis de cada barrio y para colocarlo en perspectiva con relación a la ciudad de Quito en su conjunto con sus límites administrativos de 1982 y, luego, de 1990 (es decir Quito intramuros excluyendo el distrito metropolitano).

La BDU del SUIM contiene, además, el trazado jerarquizado de las redes principales: agua, luz, alcantarillado, teléfono... Mediante un análisis de las bases de planos, se pueden igualmente conocer el trazado de las vías y, en el caso de ciertos barrios, la división predial. La implantación de las casas que aparece en los planos catastrales refleja la realidad al momento de la elaboración de tales planos, pues no es objeto de una actualización sistemática y permanente. Por ello, en el caso de los barrios centrales —La Loma o San Juan, por ejemplo— dicha implantación puede ser aceptable, pero tratándose de los barrios no consolidados o en vías de consolidación, sólo es indicativa. Con respecto a los barrios en plena mutación, como la Mariscal Sucre, la información ya no es significativa, pues las casas individuales, generalmente bajas, han sido reemplazadas a menudo por edificios de más de 8 a 10 pisos.

Finalmente, el SUIM puede proporcionar modelos numéricos de terreno (MNT) e imágenes satélite de mayor o menor calidad, al igual que la implantación de grandes equipamientos clasificados según su uso y su importancia.

Se puede asimismo utilizar una encuesta de 1987, actualizada sucesivamente en 1990 y 1991, relativa a las

actividades (sobre todo comerciales) visibles en la calle, y que permite conocer, para esos años, la relación existente entre la superficie construida o urbanizada de los barrios y las actividades censadas, entre la población residente en los barrios y esas actividades. Así, se puede establecer una ficha descriptiva y, eventualmente, elaborar la malla real de los equipamientos implantados en los barrios estudiados.

Todos estos datos son confiables. Pueden considerarse como el reflejo de la situación en la fecha indicada. A nivel de la ciudad, se puede encontrar un análisis parcial basado en el censo de 1982 (el de 1990 aún no estaba disponible) y las imágenes cartográficas resultantes (*Atlas Infográfico de Quito*, IGM-IPGH-ORSTOM, 1992).

Los datos obtenidos en las encuestas por sondeo realizadas por los estudiantes de la FAU completan estas informaciones, colocando sobre ellas una mirada más reciente. Habría sido necesario comprobar su representatividad, pero el análisis de los datos demográficos obtenidos de los censos de 1982 y 1990 disponibles en el SUIM no lo permitieron. Así, el sondeo se efectuó solamente en las manzanas, sin haberse podido realizar, dentro de los plazos impartidos, ninguna encuesta sistemática previa sobre los datos demográficos ni los relativos a las viviendas extraídos del último censo del INEC.

En definitiva, los instrumentos de este trabajo de laboratorio son lo que de los censos contiene la BDU del SUIM, su explotación infográfica gracias al SIG y la encuesta por sondeo (fracción del sondeo $f_s = 1/10$ de las casas, 1, 2 o más familias, según el número de viviendas encontradas por estructura ocupada) y su depuración, y su explotación manual en el caso de los análisis de barrios. Asimismo, en lo que respecta a las síntesis a nivel de la ciudad, la falta de tiempo impidió informatizar las respuestas aportadas por la encuesta (ver más adelante las razones de esta situación).

Los censos de 1982 y 1990 y los estudios del AIQ

Cuando la elaboración del AIQ, se retomaron las nomenclaturas de los censos, distribuyendo las categorías socio-profesionales declaradas en función de una clasifica-

ción económicamente coherente que nos llevó a separar, entre los «profesionales» (terminología del INEC), a los ejecutivos y profesiones liberales con ingresos comparables, de los empleados o técnicos, mientras que bajo el rubro de «gran grupo 0/1: profesionales, técnicos y trabajadores asimilados» se mezclan médicos, arquitectos, biólogos, etc. con contadores, atletas, fotógrafos, etc. y toda clase de técnicos. Además, un jefe de su empresa es clasificado por el INEC en una u otra actividad, mientras que en el AIQ es considerado como «ejecutivo». En definitiva, para el INEC es ejecutivo solamente el personal jefe del sector público, lo que a nuestro criterio es una visión muy restrictiva de la realidad económica de las categorías socio-profesionales. Se debe decir que la nomenclatura del INEC obedece a una taxonomía cuya lógica es demasiado simple, y no a un enfoque significativo de los ingresos de cada tipo de profesión ejercida. Así, las comparaciones, en este aspecto, entre las informaciones de ciertos barrios, estudiados en el AIQ y nuevamente en el proyecto EBAQ, no son totalmente pertinentes, en especial cuando se trata de considerar las imágenes cartográficas extraídas de los censos y las cifras de que disponemos a través del AIQ.

Presentación y análisis del cuestionario

El cuestionario utilizado para esta encuesta (véase anexo) demanda un análisis y una reflexión particulares. Se abordarán sucesivamente: la composición y el contenido del cuestionario, la razón de las preguntas planteadas y su formulación, su análisis crítico considerando cómo se realizaron las entrevistas. Esto se acompaña de una reflexión sobre la manera en que se efectuó el trabajo de campo y las lecciones que se pueden sacar de ello para otros trabajos del mismo tipo.

Los censos de 1982 y 1990 proporcionan los datos básicos sobre la población y la vivienda de cada familia, localizados en el lugar de residencia. En el marco de un análisis de barrio, se podría entonces prescindir de una encuesta de campo sobre estas informaciones si se admite que las estadísticas de 1982 y 1990 no indican modificaciones estructurales fundamentales de la situación quiteña y que la evo-

lución observada entre los dos censos prosigue en el mismo sentido y con la misma intensidad, fácilmente calculable. En vista de que no se ha producido ningún trastorno importante en la sociedad ecuatoriana desde el *boom* petrolero y, más recientemente, desde el regreso a la democracia, no existe razón externa que permita cuestionar esta hipótesis. Sin embargo, el presente cuestionario retoma estos capítulos de otra manera, más sintética. Dos objetivos lo justifican: saber en qué familia (caracterizada por su estructura demográfica y profesional) y en qué condiciones viven la persona encuestada y los suyos, conocer la representatividad estadística de la población escogida al azar y entrevistada.

La familia y las condiciones de vida de la (o de las) persona(s) interrogada(s) en cada vivienda deberían esclarecer lo que podría haber de inesperado en las opiniones expresadas que constituyen la segunda parte del cuestionario. En cuanto a la representatividad estadística, se la busca cuando se trata de ciertos sondeos. El presentado a continuación no forma parte de ellos, pues el reducido tamaño de la muestra debido, por una parte, a la falta de medios y de encuestadores, y por otra, al hecho de que para emprender un sondeo estadísticamente aceptable, sería necesario que los atributos escogidos previamente por su pertinencia se encuentren en la misma proporción y según una misma distribución espacial en las estadísticas de la población escogida al azar y en aquellas de la población de la que ha sido extraída. Esta exigencia implica que la fuente estadística sea preferentemente el censo más reciente disponible, que se tenga acceso a él, que se puedan realizar todos los sorteos necesarios para lograr una correcta representatividad (es decir que cada atributo escogido esté presente en la población elegida en la misma proporción que en la población considerada exhaustivamente) y, finalmente, que se pueda con seguridad entrevistar exclusivamente a las familias así escogidas. Esto no puede realizarse sin una reglamentación oficial decretada, su preparación es larga (varios meses) y está fuera de proporción con relación al objetivo de nuestra investigación. Las respuestas que presentamos en los capítulos siguientes son entonces únicamente indicativas, presentan opiniones exactas pero que

no pueden considerarse sino como el reflejo de tendencias y no como una información cuantitativamente indiscutible. Si resulta confirmada por el análisis de las situaciones demográficas comparadas de los últimos datos censales (1982, 1990) y por la coherencia entre estos últimos y aquellos de la muestra aquí encuestada, ello sería fortuito y afortunado, aunque con ello el valor de referencia del presente estudio pudiera verse reforzado.

Hay otras preguntas particularmente interesantes para los urbanistas y que no pueden ser omitidas como, por ejemplo, el estatus de ocupación de las viviendas, su superficie, su valor estimado, su conexión a las redes y su entorno geográfico. Por lo tanto, el cuestionario puede, desde el comienzo, considerarse de dos maneras:

- como un documento que contiene las preguntas que pueden ser contestadas directamente por el encuestador, como el tipo de vivienda, completadas por un grupo de preguntas que demandan una respuesta clara y precisa que solo puede dar el representante familiar interrogado;
- como una ficha de encuesta que comprende una primera parte, técnica, sobre la ubicación, la vivienda (sus formas, su dimensión, su valor, su ocupación) y una segunda parte, más cultural, que recoge la opinión de las personas entrevistadas sobre los aspectos agradables y desagradables del barrio en el que viven (funcionamiento, disfunciones, necesidades, insuficiencias), la idea que tienen sobre otros barrios, sobre la ciudad en su conjunto, sobre determinados lugares históricos o con funciones más específicas, sobre la política urbana aplicada por el Municipio. Las preguntas son ya sea cerradas (respuestas previstas y precodificadas) en lo que respecta a los elementos descriptivos, o precisos, relacionados con la población de las viviendas estudiadas, o abiertas (sin respuestas predeterminadas a escogerse) como en lo que atañe a las opiniones y comportamientos de las personas entrevistadas.

Al leer el cuestionario, nos podemos interrogar sobre el fundamento de las preguntas, sobre su interés y su pertinencia. Por esta razón, vale la pena referirse a los grupos, numerados de A a J, cada uno de los cuales reúne una

serie de preguntas sobre un mismo tema.

Así el **grupo A** permite localizar la información, pues el análisis urbano, en la medida en que la ciudad es un espacio eminentemente social, implica esa dimensión geográfica. Adicionalmente, reúne los datos sobre el hábitat observado, su dimensión, su estado de construcción y de mantenimiento. Para el estudio de un sector urbano, de un barrio, de una calle, es evidente el interés de estas características: sin ellas, no se puede pretender concebir el manejo del espacio urbanizado.

El **grupo B** se concentra en el estatus de ocupación de las viviendas y de sus dependencias. Para un Municipio, podría tratarse de un control con fines fiscales, pero en tal caso la utilización del catastro es mucho más apropiada: consulta de la matriz catastral continuamente actualizada (condición por cierto no cumplida en Quito donde no todas las transacciones se ingresan de manera exacta e inmediata en las matrices y los planos catastrales).

En el presente caso, se trata de una encuesta anónima, confidencial, realizada mediante sondeo, lo que impide toda utilización de las informaciones recogidas con fines fiscales. Para un urbanista, en cambio, el conocimiento del estatus de ocupación no es neutro, y ello por las siguientes razones:

- generalmente, un propietario es más sedentario que un inquilino. La adquisición de una vivienda implica una inversión tal que, a no ser que se trate de una especulación que se hace más bien para una vivienda que se desea alquilar que para una que se desea ocupar, el propietario no se mudará tan fácilmente;
- una vivienda alquilada supone, en este caso, que el propietario considera el hábitat como un producto comercial cualquiera, vinculado a las fluctuaciones del mercado y capaz de experimentar una plusvalía considerable, sobre todo si se encuentra en un barrio atractivo (bien integrado, bien equipado, cercano a los lugares de empleo o negocios) o en un barrio del que se espera un desarrollo consecuente y, por lo tanto, de atractivo creciente.

De esta manera, el urbanista sabe que es casi seguro

que un barrio con predominio de propietarios se consolidará y se mantendrá, constituyendo un espacio estable donde toda inversión pública de infraestructura o de equipamiento colectivo se rentabiliza de la mejor manera. Sabe también que un barrio con un alto valor especulativo puede ser sometido a una reglamentación limitante que asegure la calidad de su funcionamiento y produzca ingresos fiscales que no solamente garantizarán su mantenimiento sino que cubrirán también otros gastos colectivos menos ligados a sus funciones propias, aunque igualmente necesarios, como por ejemplo, red vial, hábitat y transporte de trabajadores que lo animan durante los días laborables. Por esta razón, si estos barrios tienen un alto valor comercial, en numerosos municipios de países con una economía liberal pero un tanto dirigida, son sometidos a una reglamentación específica, aplicada a las zonas de intervención en el suelo (*Zones d'Intervention Foncière*, ZIF) que limitan el abuso del suelo y su comercio (de manera que las inversiones colectivas complementarias no se conviertan en fuente de beneficio indebido para los especuladores que se aprovechan de una renta proveniente de una situación dada, en detrimento de la colectividad).

Naturalmente, existen barrios pobres con viviendas que han sido objeto de apropiación o alquiladas, aunque se trata en ese caso de otra dimensión capitalista, lo que no excluye la sedentarización y consolidación, ni la especulación, aunque les vuelve más inseguras.

El **grupo C** parece ser el más difícil de llenar. En primer lugar, preocupa al entrevistado: ¿por qué estas preguntas sobre el precio de la compra de la vivienda o el valor del alquiler? De hecho, la confiabilidad de las respuestas es dudosa. Los encuestadores deben hacer las preguntas en forma no tan directa, abordarlas incidentalmente. Les corresponde a ellos luego ubicar aproximadamente la respuesta en la distribución propuesta. Este aspecto no presenta un interés urbanístico fundamental en la medida en que existen otros modos de conocer el precio del suelo y del metro cuadrado de construcción en los diferentes barrios de la ciudad, a través de las agencias inmobiliarias o los presupuestos de las construcciones de inmuebles, entre

otros. Consecuentemente, se concibe solo como un indicador de la actitud de los habitantes frente a la transparencia con que aceptan responder a este tipo de preguntas.

La explotación de estas preguntas no debería aportar otro elemento que, precisamente, la conciencia del malestar ante la indiscreción.

El **grupo D** se refiere a las redes. Las preguntas son clásicas y banales. Buscan información sobre el nivel de comodidad de cada vivienda y esclarecen las respuestas de la encuesta de opinión de la segunda parte del cuestionario. Sin embargo, en lo que se respecta a la evacuación de las aguas servidas y la recolección de basura, dan igualmente una idea sobre el comportamiento ante aspectos inmediatos del entorno doméstico.

Asimismo, el **grupo E**, relativo a los ocupantes de la vivienda, retoma las preguntas «clásicas» de todo censo. Sin embargo, no es inútil explicar su interés y destacar también dos preguntas nunca realizadas en los censos porque no tienen importancia alguna para los urbanistas.

En cuanto al interés de las preguntas demográficas, ya lo mencionamos anteriormente. Ellas permiten no solamente esclarecer también la encuesta de opinión, pues, es evidente un soltero no puede tener las mismas reacciones que el padre de una familia numerosa, y un director de empresa tampoco reaccionará igual que un obrero no calificado en lo que respecta a la solidaridad de vecindario o a la política urbanística aplicada por un municipio.

Sin embargo, para la clasificación de la población económicamente activa, PEA, por categoría socio-profesional. CSP, al elaborarse los mapas del AIQ relativos a estos aspectos, se redistribuyeron los estatus de los activos en función no de nomenclaturas de censos que pretenden establecer una base tributaria y conocer los niveles de actividad informal de cada quien, sino de su nivel de responsabilidad y de los modos de vida correspondientes (evidentemente y de todas formas, vinculados a sus ingresos) significativos, para nosotros —y en principio para todo urbanista que considera a los ciudadanos de la misma manera que las formas de hábitat o las redes de infraestructura, por ejemplo—, de una manera de vivir en la ciudad y de utilizar el

espacio urbano apropiándose de él social y culturalmente. No se pudo repetir, a partir de los datos de 1990 contenidos en la BDU del SUIM, este mismo procedimiento estadístico, no porque la base no lo permitiera sino por razones evocadas anteriormente.

Las dos preguntas no usuales tienen un alcance urbanístico muy diferente. En efecto, uno de los datos más ausentes en los estudios urbanos habituales que, sin embargo, es fundamental, se refiere a la relación residencia-empleo. Si se sabe dónde, en qué parte de la ciudad, trabaja cada quien, y si se conoce el lugar de residencia (lugar de la entrevista), se puede visualizar en un mapa la relación espacial entre el uno y el otro, es decir ver realmente la extensión de la zona de influencia de cada perímetro de empleos. Esto es necesario para establecer un sistema racional, funcional, de circulación de los trabajadores a las horas de las migraciones cotidianas alternantes, determinando las «líneas ideales o deseadas». La segunda pregunta, relacionada con las horas de movimiento intraurbano de cada miembro de la familia y el tiempo empleado (duración del trayecto) para desplazarse de la residencia al lugar de actividad (compras, escuela, etc.) y de regreso, completa la información anterior y da su medida. Es inútil afirmar que estas dos informaciones son los pilares de la comprensión del uso común del espacio urbanizado y, por lo tanto, de primera utilidad para el manejo del mismo.

En la Loma Grande, barrio en el que se iniciaron las encuestas, se pudo ver cuán difícil resulta abordar a la gente, hacerle hablar sobre estos temas sin preocupar a los entrevistados. Tres personas (hay que admitir que se conocían entre sí) se sorprendieron de que los arquitectos puedan interesarse en algo distinto a las cuestiones del hábitat. Fue necesario explicarles que urbanismo no es arquitectura, que esta disciplina abarca mucho más, que es un trabajo de mayor amplitud. Además, las preguntas que se referían a las horas de salida de la casa y de regreso de cada quien ¡les parecieron una trampa de ladrones o rateros que deseaban saber a qué hora se encuentran solas las viviendas! Se debe entonces ser claro sobre estos puntos y probar, cada vez que sea necesario, la identidad. la proce-

dencia, las intenciones, las razones de la encuesta en el marco de un proyecto oficial, sea académico (como aquí) u otro.

El **grupo F** se interesa en el predio en el que está ubicada la vivienda y en su entorno inmediato. Se trata de elementos descriptivos que refuerzan el conocimiento del lugar. Más allá de su dimensión ambiental, este enfoque esclarece también las repuestas a la pregunta «¿le gusta vivir aquí?».

El **grupo G** responde, precisamente, a esta pregunta. Es importante saber cómo la gente siente su vida en su vivienda, su manzana, su barrio, pues en urbanismo, no son únicamente los elementos materiales como las redes y el equipamiento (aunque sean los más fáciles de censar) los que cuentan, sino también la manera como se perciben y se utilizan. La ciudad, y más aún el barrio, son los lugares donde se vive, cuya práctica permite constatar en cada momento las dimensiones socioeconómicas y culturales. Para algunos, se trata incluso del único ámbito donde se sienten «en casa». Esto explica ¡cuan importante es la percepción personal, íntima de tales espacios!...

Por su equivalente externo, el **grupo H** completa las preguntas del grupo G. Lo que persigue es conocer la dimensión de la implicación de cada uno en la realidad urbana de su barrio o su rechazo a implicarse en ella.

Los **grupos I y J** tienen como objetivo evaluar el grado de conciencia de la gente entrevistada y de sus allegados frente a los problemas generales de la ciudad e igualmente frente a los discursos oficiales (de los responsables de la gestión municipal cuya publicidad parece, en la mayoría de los casos, dirigirse únicamente a los especialistas o visitantes oficiales) sobre el reglamento urbano, el centro de negocios, el centro histórico, la dimensión de «patrimonio de la humanidad» de la ciudad de Quito, etc.

En su aplicación, el cuestionario no siempre resultó apropiado. Es importante saber si ello se debió a las preguntas y su formulación o a la manera en que fueron planteadas a los entrevistados. Se puede desde ya anticipar que los estudiantes se inician apenas y que, por lo tanto, no se

puede esperar de ellos un profesionalismo que justamente van a adquirir con esta experiencia. Pero las preguntas tampoco son habituales, de modo que pueden desconcertar a las personas interrogadas, aun si ya han respondido a otros encuestadores, en especial con motivo de los censos de población y vivienda.

Hay que estar consciente de que el hecho de que una pregunta no sea bien comprendida por la persona interrogada, no justifica que se la descarte. Si las preguntas hubieran sido completamente banales y ordinarias, no tendrían el mismo interés. Además, si se pide a los encuestadores no explicar sistemáticamente el sentido de las preguntas de opinión, es justamente para evitar que se recoja la opinión del encuestador o que la respuesta sea orientada por sus explicaciones. Lo que se desea es tener la opinión (o la falta de opinión) del entrevistado. No se debe olvidar que la no respuesta a una pregunta es, en sí, una respuesta.

Las lecciones que se pueden sacar de una deficiente preparación de la encuesta de campo

La elaboración de una encuesta de campo no demanda únicamente una selección de preguntas y la ordenación de las mismas, sino también la redacción del manual de uso del cuestionario así como una prueba preliminar muy crítica, realizada con los encuestadores y aplicada por ellos en un barrio bastante conocido. De esta manera se pueden identificar, para luego remediarlos, las torpezas, los puntos débiles y las incomprensiones. Esta etapa preliminar no pudo cumplirse, lo que tuvo ciertas consecuencias que habrían sido deplorables si no se hubiera tratado de un trabajo de formación universitaria cuya dimensión académica primaba sobre la dimensión operacional.

Primero vamos a exponer las razones por las que no se efectuó tal trabajo preliminar. El primer esbozo del proyecto EBAQ se remonta a 1992, es decir al término de la elaboración del AIQ. En ese año, René de Maximy, director de investigación en el ORSTOM y responsable del proyecto AIQ, tomó contacto con el Arquitecto Antonio Narváez. El siguiente año, el ORSTOM acogió al Arq. Narváez

en París durante 6 meses, en el marco de las relaciones que mantiene este instituto francés de investigación con sus contrapartes, identificadas o potenciales, de los países en los que sus investigadores trabajan en proyectos de cooperación. Los dos investigadores, el uno más investigador que docente, el otro más docente que investigador, decidieron revalorizar los datos contenidos en el AIQ y difundir una metodología de explotación de los mismos (utilizando especialmente el SIG *Savane* para explotar mejor la BDU puesta en servicio para la realización del atlas, tal como se describió en la introducción de este documento). Este proyecto completaba la publicación (1992) del AIQ. Además de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Central del Ecuador, de la cual, entretanto, A. Narváez había sido elegido decano, la contraparte «natural» e institucional ecuatoriana no podía ser otra que el Municipio de Quito. Por razones puramente formales, el proyecto no pudo iniciarse sino a fines de septiembre de 1995, en lugar de un año antes como estaba previsto, de modo que el estudio de los barrios referenciales de Quito se desarrolló solamente en un año académico.

La lentitud técnica e institucional siguió pesando, de manera que apenas a fines de noviembre de 1995, el proyecto del cuestionario pudo presentarse y se seleccionaron los estudiantes interesados. Dada la duración del año universitario, ya no era posible realizar los ensayos preliminares. Se decidió entonces comenzar directamente con el barrio de San Juan y adaptarse de la mejor manera posible.

En definitiva, y contrariamente a lo que hubiera podido pensarse, estos contratiempos fueron benéficos. En efecto, los estudiantes realizaron las encuestas con una cierta ignorancia (causa de despreocupación) del rigor que demanda este tipo de ejercicio. Inicialmente, la mayoría no había llenado escrupulosamente todas las casillas del cuestionario, pues para ellos, ciertas respuestas o no respuestas eran evidentes. Además, no se esforzaron en tornar legibles para todo lector las informaciones obtenidas. No habían reparado en el hecho de que un cuestionario de nada sirve por sí solo, que lo significativo es el conjunto de cuestionarios de una encuesta, siempre y cuando se proceda a una

depuración exhaustiva y por lo tanto completa. Además, si no es llenado clara y correctamente, resulta parcialmente inexplorable e introduce la incertidumbre en toda la encuesta realizada.

A medida que avanzaba el trabajo de campo y, posteriormente, el trabajo de depuración manual, realizado en parte por los estudiantes mismos, se revelaron todos los errores sistemáticos o accidentales y las verdaderas imperfecciones de ciertas preguntas. Detectarlas mediante un trabajo práctico y mejorar así la encuesta en el siguiente barrio, resultó ser mucho más pedagógico que la aplicación escrupulosa de una metodología que preveía *a priori* todas las interpretaciones inaceptables y todos los errores posibles. Sin embargo, la falta de rigor de los estudiantes en este trabajo de campo nunca pudo erradicarse por completo. Así, y se trata solo de un ejemplo, al estudiarse, en abril de 1996, La Mariscal, uno de los últimos barrios a encuestarse, se pudo leer en las observaciones, como excusa de entrevistas mal realizadas y por lo tanto de cuestionarios no llenados completamente (lo que disminuyó en la misma medida la confiabilidad de los resultados obtenidos) lo siguiente: «Las primeras 5 encuestas de La Mariscal (es decir el 5 % de las encuestas realizadas en este barrio) por falta de tiempo fueron dadas a mi hermano para que me ayude. Lamentablemente, obvió algunas preguntas, según él no le quisieron contestar. Lamento no haber podido repetir las encuestas.»

Se habla de una depuración manual, lo cual, en la época de la informatización triunfante, puede sorprender, pero se descartó la idea de un tratamiento informático pues para la codificación e ingreso de la información, la afinación de un simple programa de explotación de los resultados y finalmente la explotación de la encuesta, se habría necesitado un tiempo dos a tres veces mayor que para un sencillo, aunque muy completo, tratamiento manual. Además, es probable que esta encuesta no sea repetida, o lo sea en un futuro lejano y con base en otros criterios que tomarán inciertas las comparaciones. Sin embargo, esta carencia es lamentable pues no se realizarán ciertos cruces interesantes tales como la relación entre el tamaño de las familias y el estatus de ocupación o la localización de la vivienda (casa indivi-

dual, departamento con un espacio exterior, departamento en piso alto, tamaño de la vivienda), o incluso entre el tipo de hábitat y el tipo de actividad de la población económicamente activa de la familia, entre otros.

Algunas precisiones técnicas sobre la explotación de los mapas del SUIM y de los datos de la encuesta EBAQ

Al igual que para la elaboración del AIQ, se reunieron las informaciones cartografiadas a nivel de la manzana que es la unidad de ingreso de la BDU del SUIM. Así, la manzana se considera como una unidad, demográfica, de suelo, locativa, sociológica, etc. básica y se la trata como tal. Por ello, cuando se afirma que en tal manzana los habitantes disponen solo de una pieza, o de dos, para tres personas, eso no significa que ningún residente de esa manzana goce de mayor confort, sino que si en una manzana una vivienda de dos piezas alberga a cinco individuos y una vivienda de cuatro piezas está ocupada por una pareja sola, no aparecerán como tales. Se dirá (suponiendo, hipótesis improbable, que hayan solo dos viviendas censadas en la manzana) que hay 7 personas por 6 piezas habitables, es decir menos de una pieza habitable disponible por residente. Esto constituye una limitación evidente de la utilización de los mapas, pero los urbanistas trabajan a nivel de la urbe y sobre las tendencias observables del uso del espacio urbano, y no sobre las situaciones individuales de los hogares. Eso corresponde a otros servicios públicos o de interés público.

Asimismo, se establecieron clases arbitrarias (en la medida en que toda clasificación es arbitraria) aunque bien pensadas, a fin de poder dar una imagen utilizable por parte de todo lector interesado de la distribución cualitativa y cuantitativa de los fenómenos observados.

La explotación de los cuestionarios que se debieron clasificar y cuyas informaciones se agruparon en series de cuadros recapitulativos generó igualmente un enfoque relativamente reductor. En las informaciones cuantitativas (proporcionadas en datos absolutos o relativos), no se podían tomar en cuenta todas las observaciones en bruto. Sin embargo, en el texto que comenta esos datos cifrados, se pu-

so gran atención en los comentarios anotados, fuera de las informaciones en cifras, por los encuestadores. El trabajo del geógrafo, del sociólogo, del arquitecto, en una palabra de los urbanistas que realizaron este estudio, consistió en saber utilizar esos dos tipos de informaciones y combinar su análisis con los que proporcionan los censos de 1982 y 1990, de los cuales algunos datos sociológicos fundamentales fueron transformados en mapas.

En los capítulos que siguen se expondrán:

- la explotación sistemática de los datos contenidos en la BDU del SUIM, traducidos en documentos legibles e interpretables mediante el SIG *Savane*,
- los resultados del tratamiento manual de la encuesta EBAQ y la interpretación que de ellos se puede hacer.

Este último punto requiere algunas aclaraciones. Ya sea porque los encuestadores no siempre supieron ser hábiles en las entrevistas o rigurosos en la inscripción de los datos en el cuestionario que debían llenar, o porque los entrevistados no pudieron, supieron o quisieron responder a todas las preguntas, varios rubros comprenden una cantidad de «sin respuesta» o «sin información», cuando no se trata de un simple olvido del encuestador (caso frecuente al inicio y que nunca desapareció totalmente), que obliga a modular cada vez la interpretación de los datos. Sucederá entonces que se haga un análisis con base en valores relativos solamente sobre las respuestas de parte de los entrevistados, sin haber datos sobre lo que respondieron o se negaron a responder (o tal negativa es significativa si el encuestador lo anotó, lo que generalmente olvidó hacer) los demás. Ocurrirá también que la diversidad de las respuestas o, en la parte que informa sobre la opinión de cada quien sobre una multitud de aspectos de la vida del barrio (ejemplos: las respuestas a si le gusta vivir en el barrio y por qué, o en cuanto al barrio de Quito que le parece más atractivo o representativo) la variedad de contestaciones que podía dar una sola persona, además de las múltiples razones explicativas, obliga a parcelizar también al extremo el análisis haciendo malabarismos con las diferentes agregaciones posibles y los porcentajes con bases cambiantes que la captación objetiva obliga a calcular y a presentar al

lector que corre el riesgo, a la larga, ante la sistematización que no se pudo evitar, de saturarse y cansarse. Los autores son conscientes de ello, pero a menudo no pudieron evitar tales excesos. Es uno de los mayores defectos de redacción del género de exposición que nos proponemos presentar.

Algunas observaciones sobre ciertos términos para algunos aspectos controversiales

Por múltiples razones vinculadas a ciertas costumbres y a diversas y contradictorias lecturas de la ciudad de Quito, parece útil precisar ciertos términos.

Comencemos por lo que, en lo que sigue de esta obra, se llama el «centro histórico» de Quito. No se trata de participar en una controversia que nutre aún gran cantidad de discusiones. Por ello, no tomaremos partido por tales o cuales interpretación y límites de una parte de la ciudad que el discurso común denomina «centro histórico». ¿Quién negaría que ese centro es el testimonio de una historia? Nos referimos aquí a lo que fue la ciudad, en cierta forma intramuros, hasta finales del siglo XIX. Es principalmente esa parte la que actualmente es objeto de salvamento y restauración.

Sucede lo mismo con el término «barrio» que muy a menudo designa una entidad social con límites impresionistas e imprecisos. En Quito, la administración municipal y los censos de población y vivienda emplean el término «sector». Preferimos el primero que, para la gente de la calle, los usuarios de esos sectores y de otros espacios, tiene mucha mayor fuerza, pues, a nuestro criterio, la ciudad no tiene sentido ni razón de ser sino en función de un espacio social organizado y dividido por el uso (que generalmente ratifican los municipios) que de ella hacen sus habitantes, los

que otrora se denominaban «vecinos» (los vecinos, como se puede leer en *Quito a través de los siglos*, publicado por Eliécer Enríquez B., obra basada esencialmente en los archivos del Cabildo o Municipalidad de Quito y en los de la Corte Suprema que Pablo Herrera y, después de él, Alcides Enríquez, paleógrafo, contribuyeron a difundir), connotación que da efectivamente la dimensión del barrio, asociación necesaria de un espacio y sus habitantes, es decir de la sociedad que lo ocupa, lo anima y, por lo tanto, lo hace y lo justifica a cada momento. En resumen, un barrio es un espacio social cargado de significaciones que trasciende gracias a sus residentes y actuantes. Ahora bien, son efectivamente esos habitantes, esos «vecinos», su familia, sus empleos y sus actividades económicas y sociales, sus movimientos en la ciudad y sus ritmos de vida, y finalmente sus opiniones sobre diferentes aspectos relacionados con su existencia y sus lugares de vida (ver más adelante) los objetos de este estudio.

Teniendo en cuenta lo que acabamos de decir sobre la noción de barrio, tuvimos dificultades con ciertos límites establecidos actualmente por el Municipio de Quito y del Distrito Metropolitano. En efecto, estos límites han cambiado sin que la razón de tales modificaciones sea siempre claramente explicada. Por ello, nos vimos obligados a retomar límites más antiguos en el caso de San Juan y de Chimbacalle (alias Chiriyacu). En La Loma, ignoramos voluntariamente el terminal terrestre, equipamiento que en la actualidad está administrativamente asociado al barrio, lo cual por cierto no conllevó ninguna modificación en nuestra encuesta, pues el mismo no alberga a ningún habitante de La Loma.

1 • La Loma

La situación, el sitio, los límites del barrio

El barrio La Loma está situado en el borde sur-oriental del Centro Histórico de Quito del cual forma parte. Aparece ya en los antiguos planos de la ciudad y el de 1734 presenta en esa colina la imagen simbólica, aunque significativa, de más de 60 casas (Dionisio Alcedo y Herrera, *Archivo General de Indias*, Sevilla).

Situada casi a la misma altura (con una diferencia de 10 ó 20 m) que la parte más antigua del centro, se trata de una cima alargada que domina, a una distancia aproximada de 100 m, la quebrada del Machángara. Sus límites están marcados por taludes de 30 a 60 m de desnivel que lo separan del barrio de San Marcos al Norte y del de La Recoleta al Sur. Tales taludes están reforzados por muros de contención que los consolidan en especial en su parte oriental y septentrional. Esta morfología explica que sus calles se caractericen en su extremo por declives muy pronunciados y, frecuentemente, por escaleras. Es lo que ocurre con la calle Rocafuerte, denominada antiguamente de La Loma, calle grande que sirve de espina dorsal al barrio y termina en una escalinata. De ella parten la mayoría de vías que delimitan las manzanas y permiten acceder a ellas. Debido al relieve, además de esta distribución desde la arteria central y longitudinal que constituye la calle Rocafuerte, algunas vías siguen aproximadamente las curvas de nivel (calles Chávez y Francia) o las toman al sesgo (calle Antonio Rivera). Esta configuración hace de La Loma un barrio bien individualizado con su propia historia y personalidad. Solamente tres calles, varias escalinatas y múltiples senderos permiten acceder a él: la calle Rocafuerte que, a partir de la plaza de Santo Domingo y en cuanto cruza el arco del mismo nombre, se

transforma en la calle principal del barrio; la calle Antonio Rivera que sube desde la depresión de Manosalvas y la calle Montúfar que une La Loma a San Marcos.

Descartando la parte rellenada de la quebrada Sanguña (antigua quebrada Jerusalén) en la que se sitúa el terminal terrestre, principal estación de autobuses de Quito, que, por razones administrativas ha sido incorporada recientemente al barrio que nos ocupa, La Loma Grande se extiende en alrededor de 27 ha. Su espacio urbanizado consta de 32 manzanas (entre ellas 3 no construidas) que a su vez están divididas en 525 predios. Su trama urbana original *«se une al damero del núcleo original (de Quito) a través del eje principal y sigue esa organización general en tanto lo permite la topografía. El tejido urbano se torna más denso a medida que se construye el sector (lotes más pequeños); la implantación general se realiza al borde de la calle y la construcción ocupa casi todo el terreno, dejando solo pocos espacios libres para jardines o la plantación de árboles (...El sitio se caracteriza igualmente) por la altura de las edificaciones que tienen de uno a tres niveles en el caso de las construcciones al borde de la calle (y por) la densidad de las construcciones (el 61 % de ellas tienen un COS del 76 al 100 %)*. (DESCAMPS, F., *La Loma Grande y la plaza de Santo Domingo*, Editorial Libri-Mundi, Quito, 1994, p. 51).

El análisis de la parcelación es por cierto muy instructivo. Ahora ya no existen sino tres predios grandes, teniendo el mayor más de una hectárea ($\pm 13.200 \text{ m}^2$). Los demás se reparten en predios de mediano tamaño, entre 500 y 1.000 m^2 y predios pequeños (a menudo de 100 m^2 e incluso menos). Aquellos relativamente grandes se encuentran en la parte plana, la que forma La Loma Chica y su

prolongación hasta la plaza redonda situada al extremo de la Mama Cuchara. En las pendientes más marcadas, se encuentran pequeños predios, en especial cuando al borde de una calle, frecuentemente sin salida, se ha implantado una lotización, como en el «barrio Obrero» construido en los años 30 por iniciativa de Jacinto Jijón y Caamaño, o de un lado y otro de la calle Liceo donde se realizó «en los años 50, la construcción de casas "modernas" para clases medias» (DESCAMPS, F., Op. Cit.). En general, las propiedades son predios muy alargados, perpendiculares a la calle con una fachada estrecha (de 8 m o menos, a menudo, pero que puede ser más ancha, hasta 20 a 30 m).

El hábitat continuo, generalmente no retirado de la calle, como lo dice F. Descamps, da a este barrio una fisonomía muy similar a la de la ciudad colonial en su conjunto tal como la dejó la época republicana. Solo en el «barrio Obrero» se encuentran edificaciones de más de tres niveles.

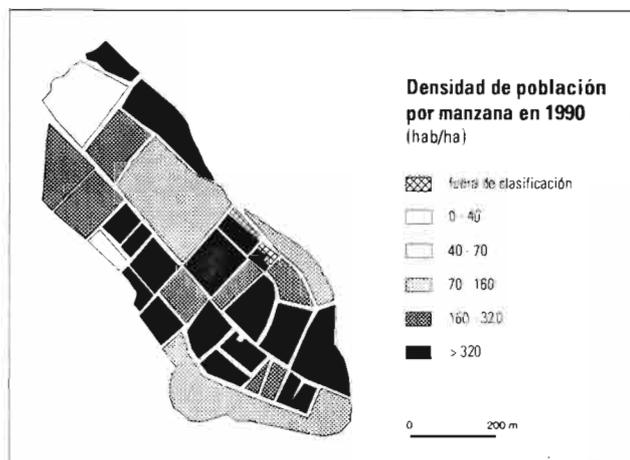
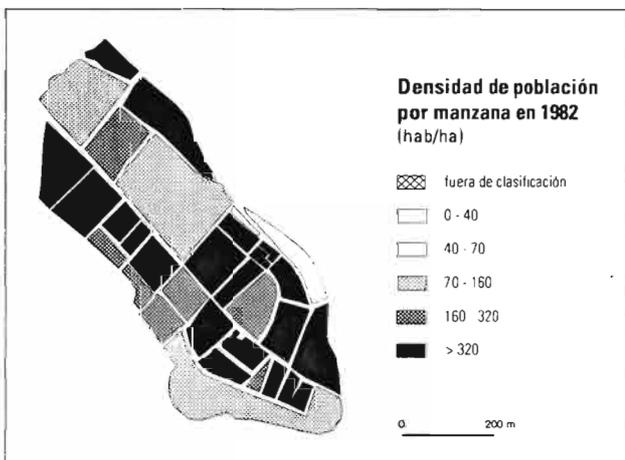
En 1990 (censo), la Loma Grande acogía a una población de 7.363 habitantes, repartida en 2.081 viviendas (3,54 habitantes por vivienda, es decir 7 personas por cada dos familias), con una mayoría de mujeres. En términos de espacio ocupado, las viviendas representan el 60 % del barrio, el comercio el 13 %, el sector educativo el 10 %, el sector

administrativo el 5 %, el de culto el 4 %, los talleres el 1 % y los espacios recreativos accesibles el 0,5 %. Se debe agregar un 5,9 % de terrenos baldíos (DESCAMPS, F., Op. Cit.).

Análisis de los mapas de densidad de población y de viviendas, y de las piezas habitables

La comparación de los mapas elaborados con base en los censos de 1982 y 1990 da una imagen muy instructiva. Permite captar las fluctuaciones y la permanencia del poblamiento de este barrio y formular algunas interrogantes sobre sus causas.

Ciertamente, el relieve del barrio influye en la distribución de la población y de las viviendas por manzana, pero tal hecho no es sorprendente pues en las fuertes pendientes que marcan el extremo sur-oriental de la colina que dio su nombre al barrio, solo existen unas pocas construcciones. Las manzanas de baja densidad poblacional, independientemente del censo de referencia, son entonces aquellas de fuerte pendiente o en las que se encuentra una institución o un servicio público importante, en el presente caso la Policía Municipal y la Cruz Roja ecuatoriana. Vienen luego siete manzanas con una densidad entre 160 y 320 habitantes por hectárea, pero, de un censo al siguiente, ya no

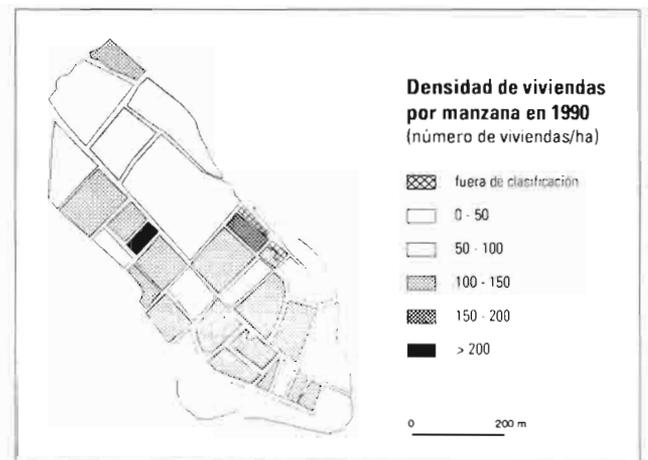
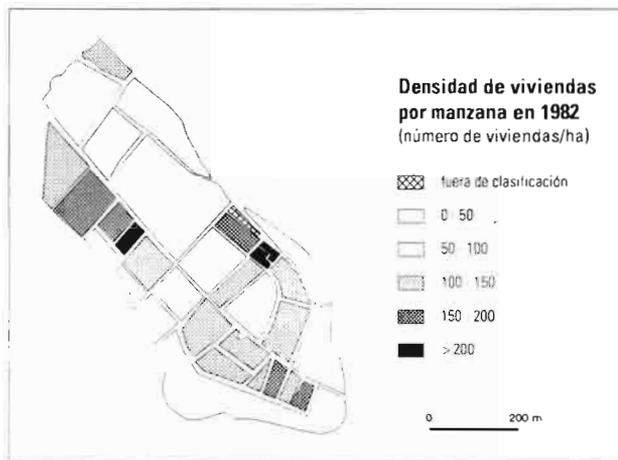


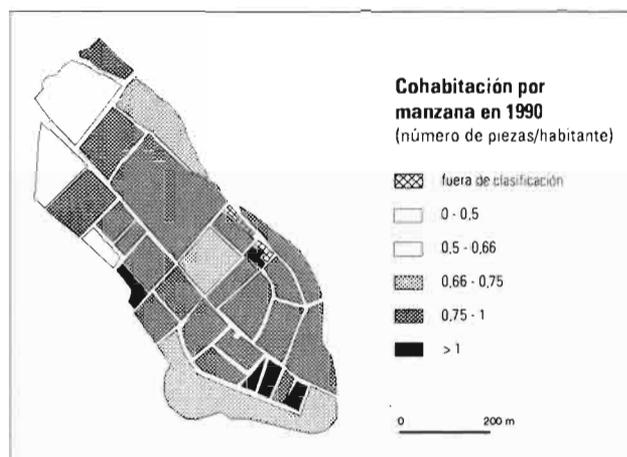
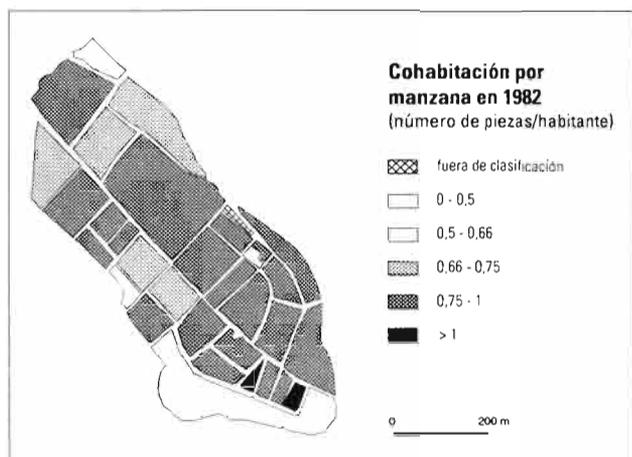
son las mismas salvo en dos casos. Se observan desplazamientos de población de una manzana a otra sin que se pueda saber, a falta de datos cifrados sobre la situación en 1982, si la población ha variado considerablemente entre los dos últimos censos. Sin embargo, la tendencia parece ser un descenso claramente perceptible en numerosas manzanas (aunque algunas, por el contrario, se han densificado, pero se puede pensar que estaban en un límite de clase y que algunas unidades adicionales bastaron para que pasaran a la clase de densidad superior). En efecto, manzanas de predios estrechos y por lo tanto de hábitat denso, han perdido población pasando de más de 480 hab/ha a la clase de 320-480 hab/ha e incluso a la de 160-320 hab/ha. Lo más interesante es saber por qué ciertas manzanas siguen estando densamente pobladas (más de 480 hab/ha) de manera sostenida entre 1982 y 1990.

Una atenta lectura revela que se trata de pequeñas manzanas que han sido divididas ya sea en predios muy pequeños (de 80 m² de un lado y otro de la calle Liceo, bordeada de casas adosadas, de fachada agradable, de dos niveles) o en predios un tanto más grandes pero que no superan los 120 m². en los que se han realizado (barrio Obrero) edificaciones colectivas de 4-5 niveles, aunque algunas de esas manzanas han perdido algo de población. Por otro lado,

son generalmente los predios situados a lo largo de la calle Rocafuerte, donde se ubican la mayor parte de comercios, en los que la población ha aumentado. ¿Se debe ver en ello una redistribución tendiente a una disminución de la población de La Loma, con una concentración de los residentes en la calle más activa? Tal vez los mapas de densidad de viviendas por manzana y de número de piezas disponibles por habitante permitan orientar mejor la interrogante, pero no se ve cómo, con las informaciones de que disponemos, se pueda dar una respuesta certera.

En 1982, la densidad de viviendas por manzana acompañaba muy de cerca a la densidad de población. En 1990, se encuentra ese mismo paralelismo en especial, como en 1982, en el caso de las manzanas más pobladas. En ellas se encuentra una densidad de 120 a 200 viviendas por hectárea e incluso más en 1990 en una manzana situada al borde de la calle Liceo. Por cierto, en toda La Loma se vive en estrechez pero sin exceso, puesto que en 1982, al igual que en 1990, solo en algunos multifamiliares del «barrio Obrero», se goza de al menos una pieza por persona. En todos los demás lugares existen apenas 3 piezas por 4 personas, e incluso solamente 2 piezas por 3 personas. En 1990, se observa un mejoramiento real, con excepción de una manzana, aquella en donde se encuentra la Casa de la

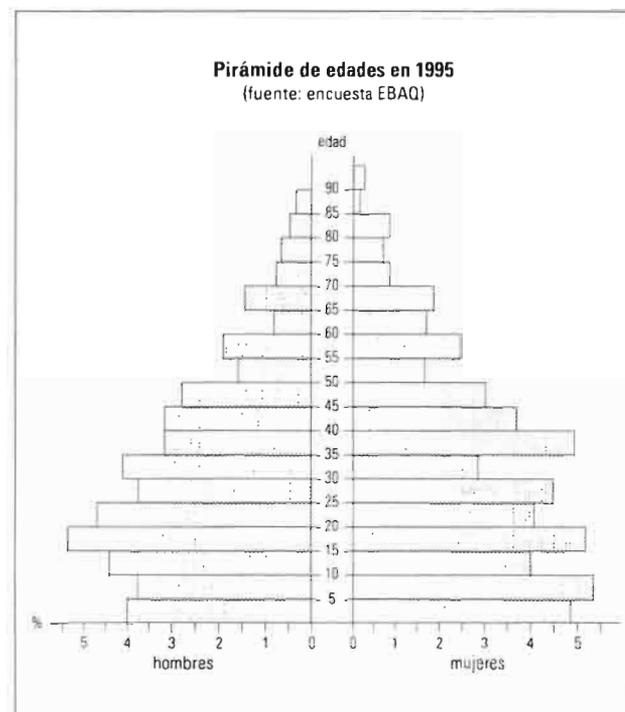
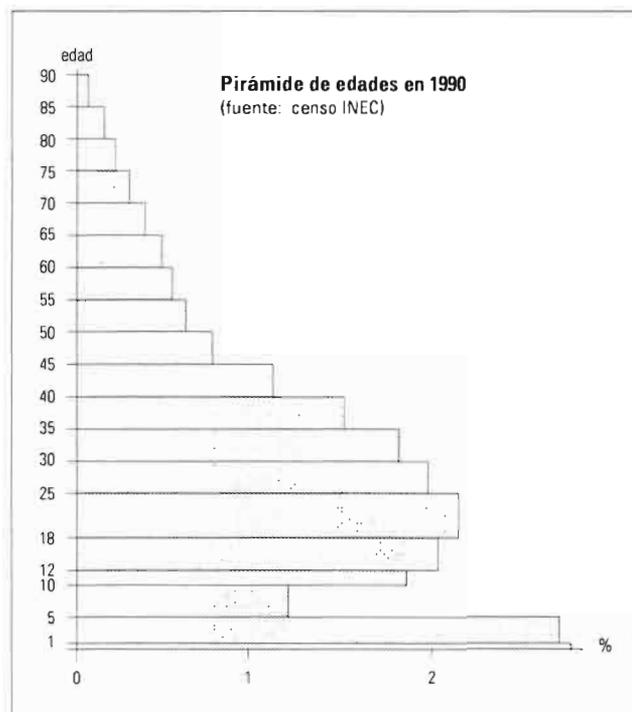




Virgen, la misma que, muy antiguamente urbanizada, presenta condiciones menos confortables y ha perdido gran parte de su población entre los dos censos. En la actualidad, se encuentra parcialmente en proceso de restauración.

En cambio, si bien entre los dos censos las condiciones generales de cohabitación han mejorado, dado que el barrio La Loma, densamente construido, al igual que el centro en su conjunto (fuera de las propiedades eclesiásticas) está sometido a un reglamento sumamente estricto que prohíbe toda modificación de importancia, —como, por ejemplo, edificar un piso adicional sobre antiguas casas o demoler casas bajas para reemplazarlas por unas más altas—, se puede deducir que la población ha disminuido, que parte de ella ya sea ha fallecido sin ser reemplazada o se ha instalado en otros barrios. ¿Acaso el histograma de las clases de edad elaborado con los datos del censo de 1990 corrobora este aserto? En él se observa una población que ya no crece e incluso presenta un déficit cada vez más acentuado de las clases de edad de menores de 18 años, con una importante baja en aquella de 5 a 10 años, signo de un envejecimiento que se va amplificando. Sin embargo, paradójicamente, en 1990, la clase de 1 a menos de 5 años se amplía considerablemente reflejando una renovación no confirmada por la clase de menos de 1 año. Por su parte,

la encuesta EBAQ de fines de 1995 corrobora la disminución de los nacimientos pero sin un estrechamiento alarmante de la base de la pirámide. Esta es, sorprendentemente, idéntica a la que establecida con los datos de 1982 en el caso de los barrios antiguos de Quito (MAXIMY (de). R., *Edad y sexo*, lámina N° 11 del AIQ). Según esa pirámide, estamos ante una población que garantiza su renovación pero sin más. La tasa de masculinidad, en 1990 de 100 mujeres por 87 hombres, se mantiene invariable en 1995 (tasa de sondeo de la encuesta: 1/4 de las viviendas), lo que indica una suerte de estabilidad. Sin embargo, tal tasa, aunque estable globalmente, refleja importantes fluctuaciones en cuanto se la detalla según las clases de edad. Así, el déficit de los hombres menores de 10 años es sumamente acentuado (tal vez debido a una representatividad incierta de nuestra muestra en cuanto a ese aspecto), pero entre los 10 y los 30 años, los hombres predominan claramente, para luego decrecer de manera relativamente regular. El hecho de que a partir de los 35 años predominen indiscutiblemente las mujeres ¿significa acaso el abandono del barrio por parte de los hombres y una población de mujeres solas con hijos, se trata de una situación fortuita o existe otra respuesta posible? Es una interrogante que podemos plantearnos, pero no disponemos de dato alguno para explicarla.



Distribución demográfica y características socio-profesionales de los habitantes de La Loma

Para algunos barrios aquí estudiados, se dispone de los datos de 1982 que permiten una comparación muy significativa, pero en el caso de La Loma no tenemos esas informaciones basadas en el censo de 1982 y en las encuestas de 1987, presentadas en el *Atlas Infográfico de Quito* (GODARD, H.; MAXIMY (de), R., lámina N° 33: *Clasificación y análisis de barrios*, y lámina N° 27: *Mallas de servicios y equipamientos*. AIQ, Quito, 1992). Únicamente contamos con los mapas proporcionados por la Dirección de Planificación (SUIM) del Municipio.

A falta de tales informaciones, extrajimos de la encuesta EBAQ y de los mapas elaborados a partir de los datos de 1982 y 1990, la distribución de los activos que declaran tener una actividad remunerada o asalariada —población

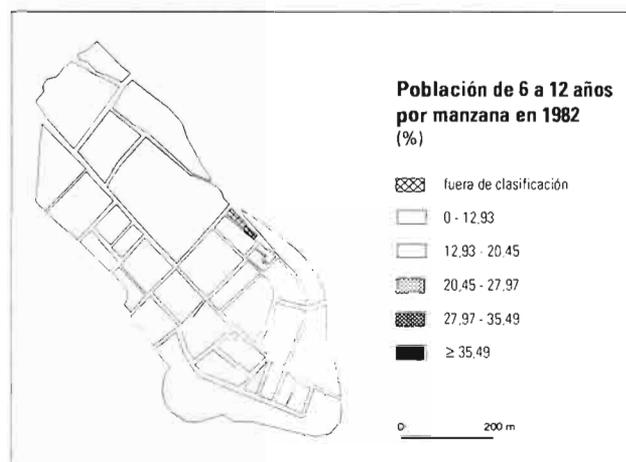
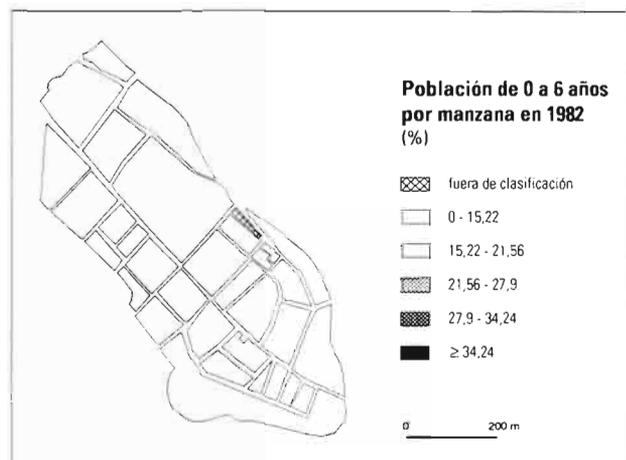
económicamente activa (PEA)—, en función de las categorías socio-profesionales (CSP) en las que se ubican. De 1.302 personas censadas, 1.289 (99 %) —los pocos que faltan corresponden a quienes no contestaron a esas preguntas— fueron consideradas en el análisis de las actividades declaradas, remuneradas o no. Entre ellas, 499 representan a la PEA, lo que significa el 38,71 % de los entrevistados y el 63,73 % de las personas en edad legal de trabajar (de 18 a 65 años de edad). Así, en La Loma, un trabajador, además de sí mismo, tiene más o menos dos personas a su cargo.

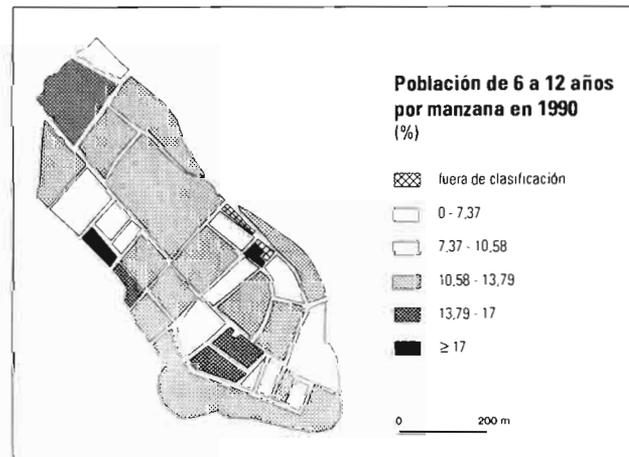
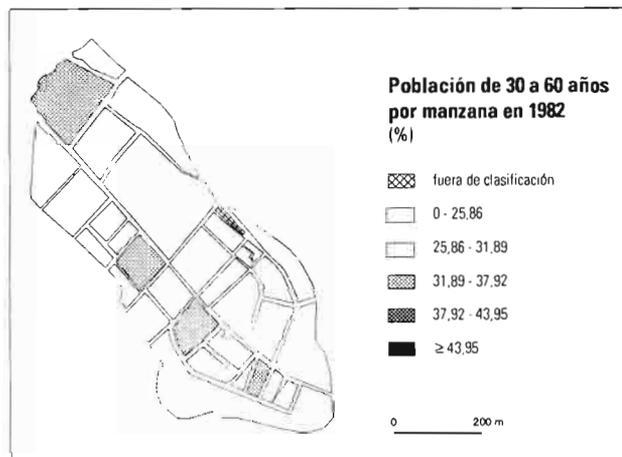
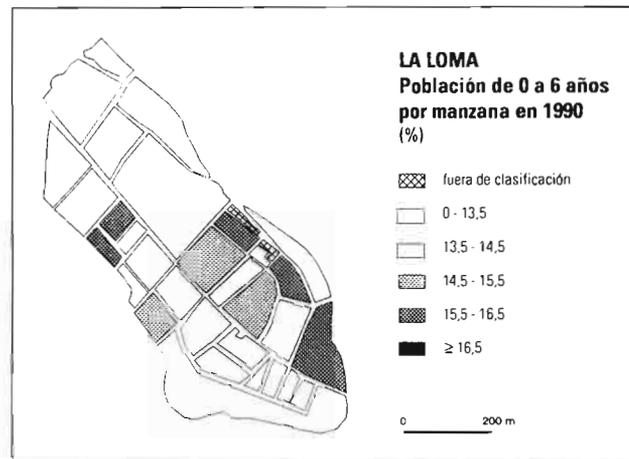
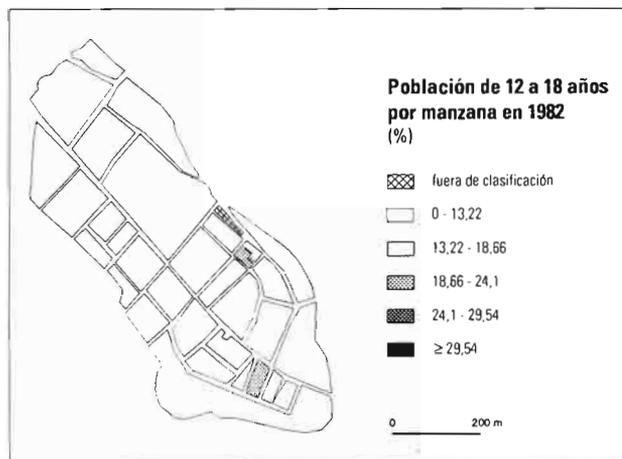
Según la encuesta EBAQ, la repartición de las CSP a fines de 1995, es la siguiente: ejecutivos: 11,02 %; empleados: 55,91 %; comerciantes: 13,83 %; artesanos: 7,61 %; obreros calificados: 4,61 %, obreros sin calificación: 3,41 %; desempleados: 3,61 %.

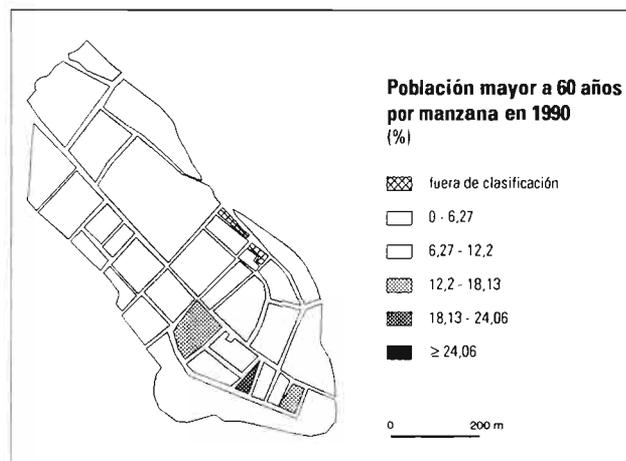
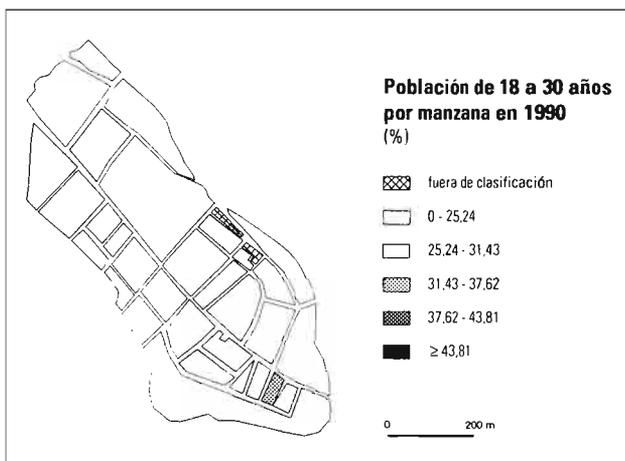
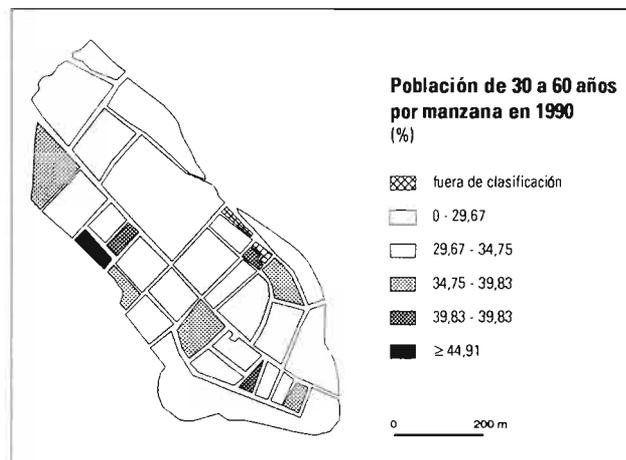
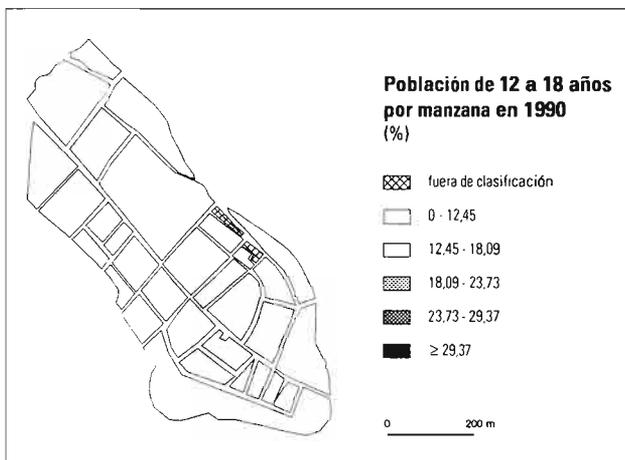
¿Cómo, al observar los mapas extraídos de los dos últimos censos y según las edades y las actividades económicas ejercidas, se distribuye esta población?

Se anotó que la población envejecía, o a lo sumo se mantenía, lo cual es propio de una población demográficamente poco productiva, hasta hace poco característica sobre todo de los países ricos y que, en la actualidad, es signo de un rápido cambio en el comportamiento social y colectivo. Eso ya se podía percibir en 1982 (ver los mapas correspondientes y MAXIMY (de), R., lámina Nº 11: *Edad y sexo*, AIQ, 1992). En efecto, en ese entonces, los menores de 6 años excedían el 15,2 % de la población total solo en 6 manzanas por cierto poco pobladas (menos de 320 hab./ha mientras se encontraban frecuentemente manzanas con una densidad superior a los 480 hab/ha), y las clases 6-12 años y 12-18 años registraban igualmente valores relativamente bajos. Los habitantes de La Loma menores de 18 años no representaban en ninguna manzana más del 45 % de la población total, lo que significa que en el mejor de los casos había 2 adultos por 2 niños menores. Esos adultos constituían casi en todas partes cerca del 60 % de la población y los jubilados eran, comparativamente al conjunto de Quito, relativamente numerosos (más o menos 7 %). En 1990, los mapas son más explícitos y se puede observar mejor la implantación por manzana de los habitantes de La Loma según su edad. Así, la población muy joven, menor de 6 años, se localiza en las partes centro-Sur (sobre todo en las calles Pontón, Liceo y Vásconez) y nororiental (sub-barrio entre las calles Rocafuerte y Antonio Rivera) del barrio. En algunas manzanas de esos sectores, los de 6 a 12 años superan aún en porcentaje el promedio de La Loma, pero si se considera la clase 12-18 años la situación es conforme al resto del barrio. Esto es totalmente coherente con el repunte del crecimiento de la clase de los menores de 5 años que mostraba el histograma demográfico de 1990. Tal repunte podría deberse entonces, aparentemente, a un movimiento que se produjo en los dos sectores del barrio señalados. Para saber exactamente lo que ocurre, sería necesaria una pequeña encuesta complementaria a las familias que residen en esas manzanas. De todas maneras, el porcentaje de los menores de 18 años disminuye en aproximadamente un 5 % con relación al censo de 1980. Los mapas muestran igualmente que existen más

personas que han pasado los 30 que jóvenes adultos, pero ello no es significativo en un barrio antiguo donde las separaciones iniciales, si existieron, se han esfumado desde hace algunas generaciones. Habría sido sorprendente que la situación fuera diferente puesto que ¡los de 30-60 años suman dos veces y media más años que los de 18-30!



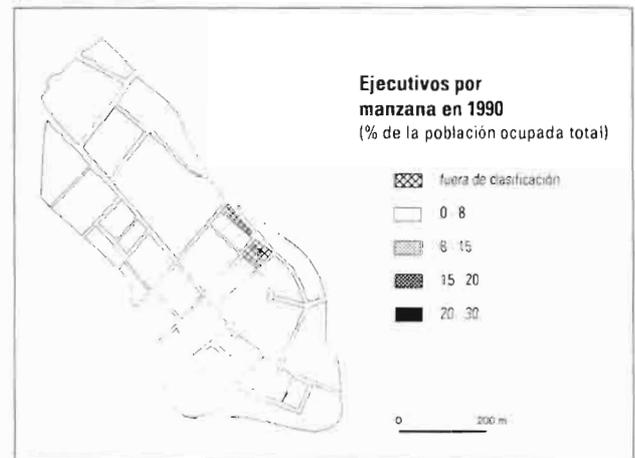
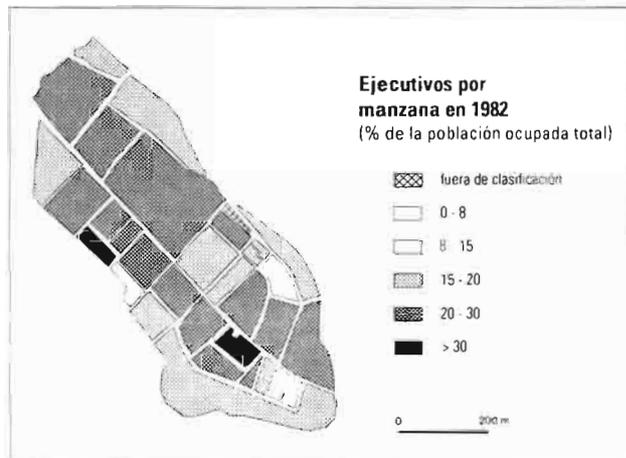


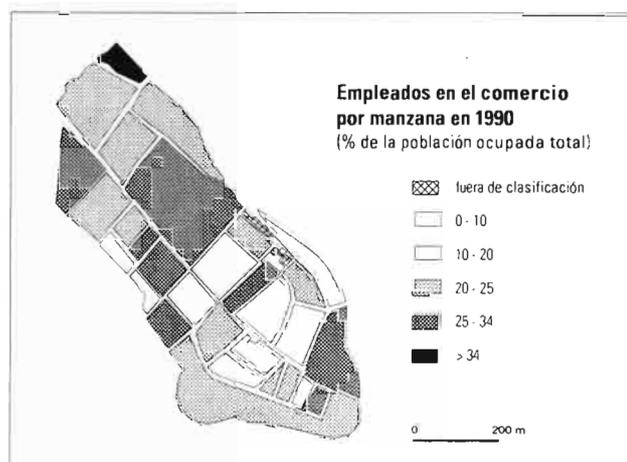
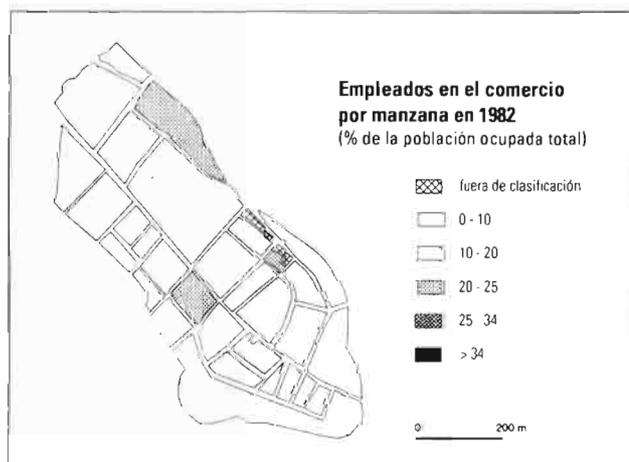
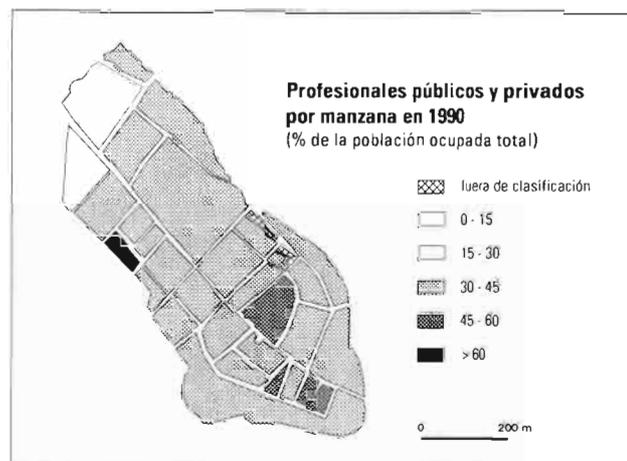
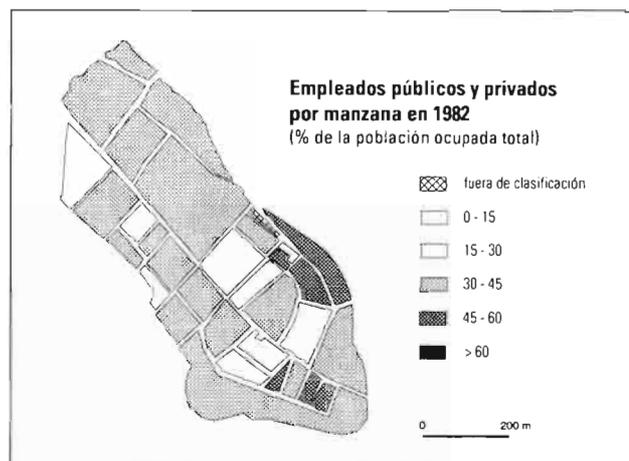


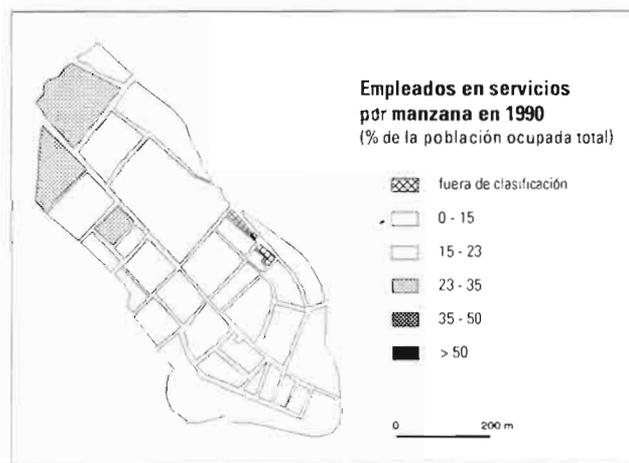
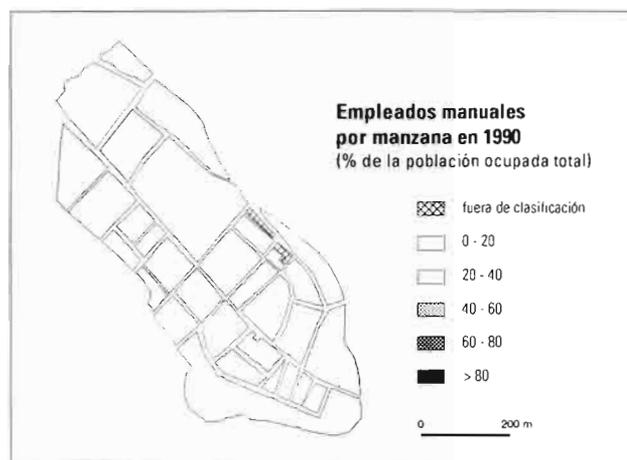
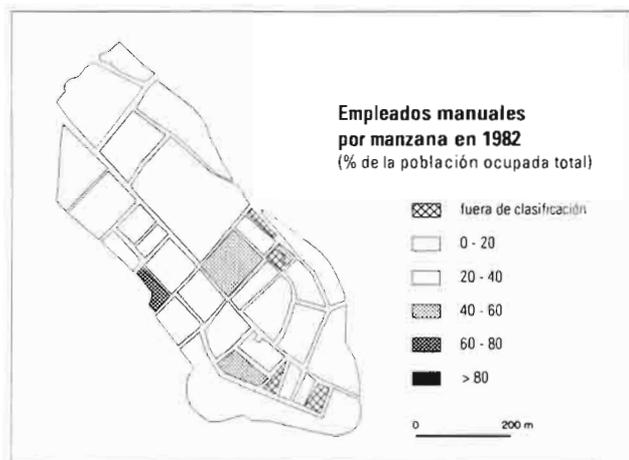
Esta constatación demográfica realizada en un barrio antiguo refleja bastante bien, según lo que sabemos por otras fuentes (en especial las que fueron recopiladas, representadas cartográficamente y analizadas en el *Atlas Infográfico de Quito* entre 1987 y 1992, al que nos remitimos una vez más), la situación de lo que se podría llamar «el Quito antiguo». El análisis de la distribución espacial de las categorías socio-profesionales según nos permiten captarla los mapas de 1990, establece de manera más precisa las ocupaciones más frecuentes de los habitantes de La Loma. La primera constatación es la poca importancia de los ejecutivos, menos del 5 % en el barrio, situación compartida con el Centro Histórico en su conjunto y que corresponde a lo que conocemos de la deserción de los antiguos barrios, demasiado estrechos e inconfortables a su gusto y por su afición por la expresión mundana y social de la vida citadina. En el caso de las demás actividades, La Loma es igualmente una fiel expresión de las especificidades profesionales declaradas por los residentes del centro antiguo. Así, las viviendas abandonan cada vez más el centro, siendo reemplazadas por *boutiques* y almacenes (ver *El Centro Histórico, datos y análisis de los censos poblacional, institucional y comercial*, CEDIME-ORSTOM, Quito, 1994), manteniendo una verdadera vida de barrio solo los sectores de la periferia. Entre ellos La Recoleta, La Loma, San Marcos, San Blas y La Tola,

así como, en el límite noroeste del Centro Histórico, San Juan, que analizaremos en el siguiente capítulo, son los más equilibrados. En La Loma existe, fuera del «barrio Obrero» y algunas otras manzanas en las que son pocos, entre el 15 y el 23 % de empleados en actividades de servicio distintas al comercio. Sin embargo, como en todo el Centro Histórico, los comercios (generalmente los pequeños) emplean de un cuarto a un tercio de la PEA: en la tercera parte de las manzanas (10/33) hay menos del 20 % de activos que trabajan en el comercio. En todos los demás lugares, esta proporción se sitúa entre un quinto y un cuarto (20 a 25 % en un tercio de las manzanas) y un cuarto y un tercio (25 a 24 % en 8 manzanas). Los trabajadores manuales, artesanos y obreros indistintamente, forman una clase socio-profesional al menos tan importante como la de los comerciantes: del 20 al 40 %, con excepción de 11 manzanas, que representan un tercio del conjunto, entre ellas aquella en la que funcionan los servicios administrativos de la Policía Municipal.

En resumen, según la cartografía extraída del censo de 1990, los habitantes de La Loma son gente laboriosa, bien arraigada en su modo de vida y que muestra una fuerte estabilidad social. Nos queda por ver lo que sucede realmente en 1995, según las declaraciones de los 331 representantes de las 331 viviendas donde se desarrolló la encuesta EBAQ.







¿Quiénes son, en 1995, los habitantes de La Loma, según sus declaraciones en las entrevistas realizadas en el marco del proyecto EBAQ?

Las 331 familias entrevistadas reúnen a 1.302 personas (607 de sexo masculino, 695 de sexo femenino, índice de masculinidad del 87,33 % que parece ser generalizado en los barrios antiguos; ver capítulo siguiente sobre la población estudiada en San Juan).

Únicamente 35 familias ocupan solas una casa, las demás la comparten o viven en departamento, y de ellas 161 en planta baja y 134 en pisos altos. Según la apreciación de los encuestadores, 82 (24,8 %) de esas viviendas están en mal estado, mal conservadas y, a veces, sumamente deterioradas.

En La Loma, como ya lo anotamos, el hábitat es poco elevado. Sin embargo, el 12,4 % de las familias entrevistadas habitan en un inmueble de al menos 3 pisos (4 niveles), pero el 59,8 % de las construcciones estudiadas solo tienen dos pisos (3 niveles). Es un barrio antiguo y consolidado. No parece estar aún en vías de tugurización pero su vetustez plantea un problema mayor. Numerosas casas están por cierto clasificadas e inscritas en inventario para ser restauradas (DESCAMPS, F., Op. Cit.), como la Mama Cuchara que acoge a la orquesta municipal y a un instituto de música. En el barrio, se encuentra una forma de urbanización tradicional: casas en línea de fábrica y alineadas al borde de la vereda (76,7 %) conforme al urbanismo quiteño hasta mediados del siglo XX, casas adosadas poco numerosas (13,3 %) y algunas independientes (2,4 %) no necesariamente aisladas pero muy individualizadas. Edificios (7,5 %) que pueden tener hasta 6 niveles, todos localizados en el «barrio Obrero» completan esta distribución. La mayoría de las casas (82 %) dan directamente a la calle o incluso a escalinatas. Esta última situación (escaleras

corresponde al 28,5 % de las viviendas estudiadas; el 11 % está retirado de la calle y las demás se encuentran dentro de un condominio. Además, una familia de cada cinco (20,8%) posee un garaje y cerca de una de seis (17,5 %) goza de un jardín. Dada la política de conservación del centro, del que La Loma forma parte, se puede esperar que tales jardines, casi siempre plantados y rodeados de muros, se mantendrán.

Cuatro hogares de cada 10 (39,9 %) son propietarios de su vivienda y los demás arrendatarios. Las viviendas son pequeñas e incluso muy pequeñas. Es probablemente una característica actual en esos barrios antiguos cuyo tiempo de gloria ha pasado y donde las casas han sido transformadas en casas renteras o divididas y vendidas en departamentos. Así, las 313 viviendas sobre las que se pudo obtener información, clasificadas según su tamaño, arrojan la siguiente distribución:

| Superficie de la vivienda | número | porcentaje |
|---------------------------|--------|------------|
| < 30 m ² | 86 | 27,5 |
| 31 a 50 m ² | 64 | 20,4 |
| 51 a 80 m ² | 65 | 20,8 |
| 81 a 100 m ² | 45 | 14,4 |
| 101 a 120 m ² | 26 | 8,3 |
| > 120 m ² | 27 | 8,6 |

Se puede observar fácilmente que cerca del 70 % de las familias viven en menos de 80 m².

La implantación en estas viviendas se distribuye ampliamente en el tiempo. El 41,5 % de los hogares se han instalado en las viviendas que ocupan actualmente en los últimos seis años (1990-1995). Más de la mitad (54,5 %) las ocupan desde menos de 10 años atrás. Este *turn over*, que no es excepcional, impide hablar de un barrio de población muy sedentaria, aunque un 10 % de los hogares se encuentran allí desde antes de 1960. Si bien 1973 es un año de referencia, pues marca el inicio de un crecimiento de

Quito —por razones económicas (*boom* petrolero)—, en población y en espacio ocupado, brutalmente acelerado, y que por cierto no ha cesado, es interesante y pertinente anotar que una quinta parte de los hogares (19,7 %) ocupaba ya su vivienda antes de ese año. Las respuestas a la encuesta de motivación nos permitieron conocer lo que puede en La Loma atraer a los habitantes. Sin embargo, se puede señalar desde ya que es un barrio apacible, sin circulación automotriz densa (pequeñas calles vecinales exclusivamente) donde la mayoría de calles, perpendiculares a la principal, tienen una longitud que jamás supera los 150 m, terminan frecuentemente en un estrechamiento de la vía, sin salida o en una escalinata, y no llevan sino a la puerta de las casas situadas al borde de ellas.

En 1982 (censo INEC, ver AIQ), La Loma, al igual que el centro en su conjunto, estaba correctamente atendido por los equipamientos de infraestructura. El barrio disponía de todos los servicios de las redes públicas. Sin embargo, si bien todos los habitantes gozaban de un punto de agua en su inmueble, no necesariamente lo tenían dentro de su vivienda. La evacuación de las aguas servidas en cambio estaba garantizada prácticamente en todas partes, pero la distribución del servicio telefónico era muy deficiente. En 1995, la encuesta lo confirma: el agua sigue sin llegar al 14,8 % de los hogares, lo cual es relativamente considerable y muestra la vetustez de ciertas construcciones, y es probable que la baja renta que producen frene considerablemente su modernización. Sin embargo, no se debe olvidar que este porcentaje era mucho mayor aún en 1982, puesto que en ciertas manzanas no alcanzaba a 75 el porcentaje de viviendas a las que llegaba el agua a domicilio. De todas formas, se constata que en todas las casas (salvo en una) ocupadas por una sola familia, hay agua. La electricidad en cambio llega a todas partes y todos utilizan el servicio de recolección de basura. Finalmente, los dos tercios de los hogares tienen servicio telefónico. También en este aspecto, al igual que en todo Quito, el cambio desde hace algunos años es notorio. Tener teléfono ya no es un lujo. También en este caso, los ocupantes de una casa para una sola familia están mejor atendidos pues el 88,6 % goza del servicio. La situación, de un censo a otro o entre dos encuestas, está mejorando.

Ya presentamos en algunas cifras la distribución por categoría socio-profesional de los activos que declaran recibir un ingreso regular, pero no se trata en ese caso sino de una parte de los habitantes de La Loma. Se deben agregar quienes permanecen en casa y la población escolar, lo que representa el 61,3 % de las personas censadas en 1995. Dos tercios de la PEA son hombres (185 mujeres por 314 hombres, es decir 59 mujeres por 100 hombres). De las 783 personas en edad de trabajar, 69 deben aún estudiar (dentro de la población escolar de nuestra muestra, existen 67 individuos que deben todavía hacerlo) y 215 (27,5 % de la población activa), todas mujeres, se quedan en casa para ocuparse de las tareas domésticas y de la educación de los hijos. El 68 % de ellas ha seguido estudios secundarios o superiores (10,2 %) y el 2 % apenas sabe leer. Los que se quedan en casa, jubilados (3,64 %) o niños menores y enfermos o minusválidos —9,77 %, lo que es un valor elevado en el que, probablemente se debe incluir a las mujeres de edad avanzada que, al nunca haber tenido un empleo asalariado, no gozan de una jubilación—, representan el 13,41 % de la muestra. La proporción de mujeres «activas» (remuneradas) que ha cursado estudios superiores es de 68 por 121 hombres (56,2 %), pero el 77,6 % de aquellas que han realizado estudios a ese nivel trabaja. Este porcentaje disminuye en el caso de las que han seguido estudios secundarios, pasando al 61 %, y en ese grupo hay 83 mujeres por 123 hombres (67,5 %), entre los activos remunerados. Dentro de la población que no ha alcanzado sino el nivel de la primaria, solamente un tercio de las mujeres trabaja fuera de las obligaciones de la casa y la proporción entre hombres y mujeres «activos» se mantiene idéntica, 33 mujeres por 61 hombres.

Es particularmente notable encontrar apenas 9 mujeres que declaran ser ejecutivas (todas en el sector privado) por 46 hombres: la quinta parte. ¿Significa eso que cuando la situación social es relativamente elevada (se puede pensar que si una mujer es ejecutiva, su marido también lo es) un ingreso en la familia es suficiente y la mujer se dedica entonces, conforme a la tradición, a las tareas de la casa y a la vida de familia? En este caso, no se la encuentra en el rubro «ejecutivos» sino en el de «amas de casa». No es sino

una hipótesis, pues la explicación es, en verdad, insuficiente y merecería ser verificada.

En el caso de los comerciantes independientes (es decir no asalariados) existen 35 mujeres por 34 hombres y en el de los empleados del sector público, generalmente más apreciado que el privado por ser menos exigente, se repite esta distribución igualitaria: 62 mujeres por 65 hombres. No sucede lo mismo con los empleados del sector privado en donde se encuentra una proporción de 1 a 2 (51 mujeres, 101 hombres), ni con los artesanos, de 2 a 3 (15 mujeres, 23 hombres). Esto último es bastante notable, siendo a menudo esta categoría, excluida la artesanía artística, casi exclusivamente masculina. Es entre los obreros donde la diferencia es más marcada: de 1 a 10 (2/21) en el caso de los obreros calificados, es decir de los empleos manuales de verdaderos profesionales que exigen un nivel de formación, pero solo de 1 a 3 (4/13 o más o menos 1 mujer por 3 hombres) cuando se trata de los empleos sin calificación que, como se sabe, son el destino de los más pobres y menos adaptados. Los desempleados declarados son más numerosos en valores absolutos entre los hombres (61 % a 39 %), pero en valores relativos la situación se invierte. Si se pondera esta relación por el peso que representan las mujeres en la PEA, se convierte en 44 % a 56 %.

La igualdad sexual es más probatoria en el período escolar, pero tal vez lo es porque corresponde a una época más reciente... Se tienen 197 estudiantes mujeres por 205 muchachos o adolescentes. La diferencia no es significativa. Los hombres no comienzan a superar a las mujeres sino en la secundaria (82/87) y sobre todo en la educación superior, relación de 1 a 2 (43/21). Se encuentra nuevamente esta separación tan característica de las sociedades machistas donde el conjunto del cuerpo social, hombres y mujeres indistintamente, encuentra aquello «normal», aunque la proporción nada despreciable de mujeres que cursan estudios superiores nos muestra que las «normas» están cambiando. De todas maneras, independientemente de la edad o del tipo de actividad ejercida, mientras más desfavorecida es la posición social de la población, mujeres en el hogar (en países machistas) o jubilados (por lo tanto de edad avanzada), menos gente ha efectuado estudios superiores y la importancia de la clase con el menor nivel de instrucción (ciclo

primario) aumenta con la edad. Entre los económicamente activos en cambio, la repartición según el sexo entre los diferentes niveles de educación alcanzados, no es significativa. Existe una diferencia apenas del 6 % en favor de los hombres en el nivel superior, pero de más del 13 % en favor de las mujeres en la escuela secundaria puesto que de aquellos que no han superado el ciclo secundario se debe descontar el suplemento masculino del ciclo superior. Todas estas observaciones hacen inclinar la calificación de los habitantes de La Loma hacia una imagen bastante conservadora y tradicional. Será interesante observar, a través de las opiniones emitidas por las personas encuestadas, si esta primera impresión se justifica.

¿Qué sucede con las horas y medios de desplazamiento, las distancias recorridas y el tiempo empleado para recorrerlas, en las migraciones cotidianas alternantes?

En los días hábiles, cerca de la mitad (557/1.222, es decir el 45,6 %) de los habitantes de La Loma considerados en la encuesta EBAQ no abandona el barrio. Se trata sobre todo de amas de casa y niños en edad escolar. Las tres cuartas partes de ellos (428/557, es decir el 76,8 %) permanecen en casa. Las cuatro quintas partes de estos últimos (84,8 %) son desempleados (3,6 %), amas de casa (54 %), jubilados (11 %), niños de temprana edad, incidentalmente enfermos o minusválidos (31,4 %). El 15,2 % restante corresponde esencialmente a trabajadores independientes: comerciantes (29,2 %), artesanos u obreros (17,7 %). Hay que agregar algunos empleados del sector público (7,7 %) y del sector privado (6,2 %), probablemente guardianes de edificios y otros obreros sin calificación (7,7 %) que pueden asimilarse a hombres que hacen un poco de todo, un poco de nada, capaces, a pedido, de «sacar de apuros» a la gente. Un ejecutivo del sector privado declara igualmente trabajar en casa, en una profesión liberal. Los escolares constituyen el grueso (76,7 %) de los que tienen una actividad fuera de casa pero que no dejan el barrio, y a ellos se suman las mujeres que no ejercen una actividad remunerada (5 % de aquellas contabilizadas como «amas de casa») pero se ocupan en algo en el barrio. Ellas representan el 8,5 % de la gente que no deja La Loma, pero sale de su casa. El 15 % restante se

distribuye casi por unidad entre hombres y mujeres cuyo lugar de trabajo no está lejos, sobre todo empleados del sector tanto público como privado.

Fuera de los escolares que representan los dos tercios (66/101) de los habitantes de La Loma que cada día salen de su barrio para ir, a trabajar o estudiar, a un barrio vecino, es decir en el Centro Histórico en el que hay una fuerte concentración de establecimientos escolares, son una vez más los empleados del sector público (15/101) y del sector privado (10/101) quienes hacen el mismo trayecto. Esto no es sorprendente en la medida en que La Loma es un barrio popular donde, como se vio, hay 5 veces más empleados que ejecutivos. Además, el Centro Histórico conserva una función administrativa (Presidencia de la República, Municipio, diversos Ministerios) y de servicio privado (restaurantes, hoteles), confesional, educativa y cultural (establecimientos escolares, lugares de culto, museos y otras actividades similares), muy marcada. Así, es a toda la ciudad antigua y a los barrios que se han desarrollado según su modelo urbanístico (tales como San Blas, América, Larrea, Alameda, San Roque, El Belén, La Chilena, San Juan o El Ejido) donde van a trabajar (46 %) o estudiar (51 %) el 6,4 % de los habitantes de La Loma. Los activos son en su mayoría comerciantes (30,6 %), empleados (47,2 %) y ejecutivos del sector privado (13,9 %).

Cerca del 40 % de los migrantes cotidianos (estudiantes en general, PEA) recorren una distancia desde su casa superior a 2 km, y en el caso del 23 % de ellos (la mitad de los escolares y un tercio de los empleados), tal distancia no supera los 5 km. Dispersándose en todo Quito, pero más en el Norte que en el Sur, 374 habitantes de La Loma (de los 1.222 entrevistados), es decir un tercio, se dirigen cada mañana a más de 5 km de su vivienda. La población escolar ya no representa sino el 35,3 % de ese conjunto, correspondiendo el principal porcentaje a los empleados (cerca del 44 % del conjunto de migrantes cotidianos de esa clase) del sector público (73/232 activos, 31,5 %, de los cuales 39 hombres y 34 mujeres) y del sector privado (93/232: 40 %, de los cuales 63 hombres y 30 mujeres, distribución de la que ya se habló). Esta vez los ejecutivos no están ausentes: 26, entre ellos 4 mujeres, de los 232 activos inventariados. Los demás son comerciantes (17/232) y trabajadores manuales (23/232 es decir

casi exactamente la décima parte de la PEA) entre los cuales existen pocos artesanos, y sobre todo obreros calificados.

En La Loma, la gente se levanta temprano. Antes de las 7 a.m., un tercio de los trabajadores y de los escolares (30,6 %) está ya en camino hacia su lugar de actividad económica o de estudio. Son sobre todo ellos los que provocan la agitación y representan el 53,8 % de los madrugadores. Vienen luego los empleados (23,3 %). La cuarta parte restante se divide entre los trabajadores manuales (6,6 %, de los cuales un tercio son artesanos), los comerciantes (5,6 %) y los ejecutivos (3 %) a los que se deben agregar las amas de casa (6,2 %) que salen también a esa hora, probablemente a hacer compras, y algunos jubilados que no especificaron las razones de una salida tan matinal. Los hombres salen a su trabajo antes que las mujeres. Se puede pensar que estas últimas, encargadas de la casa y de la vida de familia, se ven obligadas a organizar sus horarios aprovechando al máximo su tiempo. La hora pico se prolonga sin embargo al menos hasta las 7:20-7:30 a.m., puesto que entre las 7 y las 7:20 a.m. se registra aún el 21,5 % de las salidas, de ellas una fuerte proporción de escolares (12 % de las salidas) y de empleados (5,4 %), representando los ejecutivos y comerciantes 1 % cada uno. Fuera de los escolares, casi igualmente numerosos en los dos sexos (52/56), las mujeres representan un tercio de esas salidas y los hombres los dos tercios, lo que corresponde más o menos a la proporción de la PEA femenina con relación a la masculina. Entre las 7:20 y las 7:40 a.m. acaba esta primera ola y se esboza la segunda en una réplica mucho más modesta puesto que solamente el 9,1 % de los migrantes cotidianos se marchan entonces, de los cuales el 53,7 % son empleados (que ya no representan sino el 18 % de la población total de ese grupo mientras que antes de las 7 a.m. sus salidas correspondían a la mitad, 120/149) y un cuarto de los escolares o colegiales. Estos representan aún la cuarta parte en los siguientes 20 minutos, de las 7:40 a las 8 a.m. Durante ese lapso, el movimiento prosigue con un 11,6 % de las salidas diarias. Los empleados siguen siendo los primeros con un 30,5 % de las salidas, mientras que los ejecutivos (14,3 %) y los comerciantes (9,5 %) son más discretos, y las amas de casa participan en un 11,4 % en el movimiento. Entre las 8 y las 9 a.m., el

ritmo baja: 5,4 % en la primera media hora y 5,1 % en la segunda. La proporción según las actividades se mantiene idéntica a las de las gamas horarias anteriores. Después de las 9 a.m., el 13,6 % de la población que migra diariamente sale aún de su casa, tratándose esencialmente de colegiales o escolares (38,2 %) y amas de casa (31,7 %). Los demás, sin distinción de actividad, representan apenas 32 individuos, 18 hombres y 14 mujeres.

La duración de los trayectos hasta llegar al lugar de actividad en la mañana se distribuyen entre un 29 % de menos de 15 minutos, alrededor de un 39 % de 15 a 30 minutos, un 24 % de más de media hora y menos de una hora, y el 8 % manifiesta que ello le lleva más de una hora. Así, se confirma el peso del centro en la vida de los residentes, puesto que más de las dos terceras partes de ellos se encuentran a menos de media hora del lugar en donde estudian o ejercen su profesión y por lo tanto pasarán allí gran parte de su día. Vimos que 428 personas de las 1.222 contabilizadas en nuestra encuesta permanecían en su casa, que otras 129, sobre todo escolares, se quedaban en el barrio, donde funciona una importante escuela, y que 101 personas declaraban dirigirse a un barrio vecino. Estas 101 personas representan el 15 % de aquellas que salen cada día de La Loma. En definitiva, fuera de quienes permanecen en el barrio o en su periferia próxima (menos de 2 km), un 55 % migra cada día para ejercer sus actividades, lo que significa 10 puntos más que los sedentarios o casi sedentarios. Esto permite admitir que el 10 % de los migrantes, aunque superan las fronteras del barrio más cercano, apenas se alejan de La Loma, permaneciendo en la ciudad antigua (el centro o su periferia cercana), lo que confirma el papel de este sector en su vida cotidiana. Cabe interrogarse si la expresión «migración pendular» o «migración cotidiana» puede aplicarse verdaderamente a la gran mayoría de ellos, o si se los debe calificar con el término antinómico de «migrantes sedentarios», pues permanecen al alcance de un arcauz (menos de un cuarto de hora) con relación a su domicilio. Se trata entonces de niños y adolescentes escolarizados en un 54,9 %, seguidos de los activos efectivos (21,7 %, de los cuales un 12,8 % de ejecutivos y empleados, un 4,2 % de comerciantes, un 3 % de artesanos y un 1,7 % de obreros) y de

las mujeres que no ejercen una actividad remunerada (20,4 %). Además de ese 29 % de migrantes «sedentarios», el desplazamiento del 39 % de otros migrantes dura cada mañana de 15 a 30 minutos. Se trata primeramente, como en el caso anterior y en un porcentaje del 44, de escolares o colegiales, viniendo luego los ejecutivos y empleados (36,3 %), los comerciantes (6,7 %), y finalmente los trabajadores manuales, incluidos los artesanos, poco numerosos (2,5 %). El 10,5 % restante corresponde a personas que se desplazan por motivos no profesionales, amas de casa o jubilados. Parte de la población escolar demora más de 30 minutos en llegar al establecimiento al que asiste. Como la hora de entrada es generalmente alrededor de las 8 a.m., se puede pensar que se trata de aquella que sale antes de las 7 a.m. o, a más tardar, a las 7:15 a.m. Corresponde a un cuarto de los escolares y de ellos, solamente a un 15 % le lleva más de una hora llegar a la escuela. Esa población representa un tercio (33,5 %) que los que declaran tener más de media hora de trayecto cada mañana, estando el resto constituido sobre todo de empleados (43,3 %), más numerosos los del sector privado que los del sector público (proporción de 54/46), de ejecutivos (8,7 %), de comerciantes y trabajadores manuales (8,4 %) y de mujeres que no trabajan (6,1 %).

Algo más de la mitad de los escolares que parten en la mañana (51,5 %) declaran regresar antes de la 1:30 p.m. Los retornos al medio día son por cierto bastante frecuentes puesto que el 46,8 % de los 794 que salen de sus casas cada mañana vuelven para el almuerzo. Esta proporción se encuentra en todas las categorías de actividad, ya sea en la PEA, en los escolares (acabamos de anotarlo) y en las amas de casa, lo que confirma nuevamente que La Loma sigue estando en simbiosis con el centro antiguo. Si se considera que los regresos contabilizados después de la 1:30 p.m., pero antes de las 6 p.m., tienen lugar más bien antes de las 4 p.m., el 78 % de los alumnos y el 58 % de todos los migrantes cotidianos (36 % de los activos, o 39 % de los no escolares) regresan temprano.

Los regresos posteriores a las 6 p.m. se distribuyen a lo largo de dos horas y más, pues la mayoría hace compras u otras actividades, a menudo lúdicas, negocios o visitan a parientes y amigos después del trabajo. Así, el tiempo que

toma regresar no solo refleja la relación residencia-empleo-residencia. Sea como fuere, un 39 % de los regresos tienen lugar entre las 5 y las 6:20 p.m., sobre todo de empleados, lo que no es sorprendente en la medida en que ellos representan el 46 % de los activos.

Del conjunto de estos desplazamientos, el 41 % se realiza a pie (48 % de los escolares), el 44 % en autobús (39 % de los escolares), el 7 % en medios motorizados particulares (2,8 % de escolares), el 7 % a través del transporte proporcionado por la empresa o establecimiento educativo (9 % de los escolares) y el 0,7 % en taxi. Así, el autobús es, con toda evidencia, el medio de transporte popular, y la gran acogida brindada al transporte con vía exclusiva, el trolebús (desde inicios de 1996), demuestra la necesidad de una política municipal de transporte colectivo.

Los habitantes de La Loma frente a su barrio, a los otros barrios, a los lugares de actividades mercantiles y a la política urbana aplicada en el Centro de Quito

Así, La Loma es un barrio muy individualizado, con circulación sobre todo local, en donde se accede a menudo a la puerta de las casas por calles estrechas que terminan en un pasaje peatonal o sin salida (un tercio de las calles), cuando no es en escalinatas, y de todas maneras impracticables para los vehículos. Debido a las pendientes y quebradas, el terreno es relativamente inestable en su periferia, lo que subrayan sus habitantes quienes manifiestan que, por ser «muy antiguo», el barrio ha sido «olvidado por el Municipio» (dos tercios de las respuestas). Sin embargo, el 86 % de los encuestados estiman que es agradable vivir allí. Tal opinión se explica primeramente por la excepcional tranquilidad (68 % de las respuestas) debida a su ubicación al mismo tiempo marginal y sin embargo central, pues es directamente accesible desde el centro, aunque solo por el arco de Santo Domingo. Esta situación particular es positiva para el 45 % de los entrevistados. La tranquilidad y la cercanía a una parte muy urbana culturalmente bien aceptada, hacen que el 37 % de las personas consideren el medio de vida agradable, lo que es corroborado por un tercio de las respuestas que se expresan positivamente de las relaciones de vecindad que no afectan a la vida privada de cada uno

(30 %). Sin embargo, un 18 % tiene una opinión negativa del medio y un 14,5 % se queja del vecindario, lo que es coherente con la opinión globalmente negativa del barrio emitida por el 13,6 % de las personas entrevistadas. La cuestión de la seguridad es lo que más divide a los residentes de La Loma: el 53 % se siente, en la noche, en un medio potencialmente hostil. Una de las explicaciones es que la cercanía del terminal terrestre favorece la delincuencia, en especial el robo y los asaltos, lo cual es más que probable. A pesar de todo, el 29 % de la gente considera que el barrio es seguro. En verdad, esta respuesta depende en gran medida del lugar de residencia de cada uno dentro del barrio donde la parte central, bajo la mirada y al alcance de todos, es apacible, pero cuyos márgenes están expuestos a todos los riesgos externos. El relleno de la quebrada de Sanguña y la implantación en el terreno urbanizable resultante de la mayor estación terminal terrestre han sido, para ellos, una inquietante fuente de nocividad social.

Estas opiniones divididas se encuentran, en proporciones más bien favorables, en muchas otras preguntas. Por ejemplo, si bien el 28 % de entrevistados habla de departamentos espaciosos y el 30,3 % de vivienda barata (6,7 %) o no muy costosa (23,6 %), el 8,5 % (28 respuestas) se refiere a viviendas caras y el 4,5 % no está satisfecho con su tamaño (entre ellos, uno la encuentra demasiado grande). Un 2,7 % denuncia una fuerte promiscuidad mientras que el 2,1 % habla del aislamiento social, lo que parece un tanto exagerado tratándose de un barrio cuya historia toda hasta hace poco da testimonio de una fuerte cohesión social.

A las preguntas secundarias, las respuestas se hacen menos numerosas. Así, solamente 29 personas hablan de una bella vista y 14 de un barrio bien ventilado. Lo contrario habría sido sorprendente pues el barrio está geográficamente más bien encerrado y socialmente replegado en sí mismo, mientras que su paisaje es muy urbano. Entre los aspectos positivos del barrio, el 76 % manifiesta que está bien abastecido, el 53 % que se encuentra cerca de los establecimientos escolares, el 47,6 % que el lugar de trabajo no está muy alejado, el 31,2 % que los servicios de salud pública son satisfactorios y, lo que es más sorprendente

dada la poca cantidad de espacios verdes, el 27 % habla de lugares de recreación cercanos. Es verdad que en la periferia (que nunca está lejos) del barrio, se encuentran jirones de espacios acondicionados como parques. Sin embargo, el 7,3 % de los entrevistados deplora la inexistencia de una cancha de juego y de un lugar acondicionado para paseo.

Como en gran parte de Quito, aunque menos que en el centro sometido a la contaminación impuesta por los autobuses y otros vehículos en mal estado, nunca debidamente sancionada, en La Loma la gente se queja del ruido (11,8 %), de los olores (7,3 %), del polvo (3,9 %), pero sobre todo de la falta de higiene (20,3 %) y de la basura depositada directamente en la calzada (13 %). Los vehículos automotores indisponen a un 13,6 % de los habitantes de este barrio debido a la contaminación que provocan. Muy pocas personas perciben los comercios, talleres y grandes equipamientos como fuente de molestias, 3 % en todos los casos. Paradójicamente, mientras más de la mitad de la población entrevistada denuncia la inseguridad, muy pocos se quejan de los bandidos, drogadictos o ladrones: 0,9 %...

La Loma es entonces un barrio apreciado por sus habitantes, lo que se confirma por las respuestas a la pregunta «¿Le satisface su barrio?», que recoge un 88,5 % de respuestas positivas (ver más arriba prácticamente el mismo porcentaje positivo ante la pregunta «¿Le gusta vivir aquí?») y un 10,6 % de contestaciones negativas, frente a un 1 % sin opinión. Aquí no se encuentran las contradicciones de San Juan, otro barrio muy ligado al centro, puesto que el 46,5 % de las personas interrogadas consideran que La Loma es el barrio más atractivo, a las cuales se debe agregar un 10,3 % que se siente más atraído por otro barrio del centro, como la parroquia González Suárez (centro del centro), La Tola, Manosalvas o San Marcos (misma parroquia, en cierta forma del otro lado de la calle). A este grupo se pueden sumar, sin riesgo de error, quienes responden que no saben, que ningún barrio merece una atención particular, que no les importa, lo que da un total de 64,4 % de personas que no encuentran ningún barrio (salvo si es cercano e idéntico) más atractivo que el suyo. Muy pocos entrevistados (3 ó 4 máximo) consideran algún otro barrio o parroquia más atractivo(a). Sin embargo, sí hay que clasificar esas

unidades, se dirá que una u otra localidad de los valles merece el 5 % de las respuestas, que el Norte de Quito atrae ya sea globalmente (6,6 %) o más precisamente (es decir nombrando otro barrio, 14,5 %) a poco más de una persona de cinco y, que en el caso del Sur de la ciudad, es una persona y algo más, de 15, es decir tres veces menos...

A pesar de este reconocido atractivo de La Loma, si la gente tuviera realmente los medios, 7 de cada 10 se mudarían de casa y 1 de 2 de barrio, lo que significa que 1 de cada 5 de los que cambiarían permanecerían en el barrio. En efecto, el 33 % no desea cambiar de barrio o de tipo de barrio, el 54 % buscaría, en Quito, un barrio diferente y el 13 % se marcharía a las afueras cercanas o directamente al campo o, uno de ellos, a la Costa. Las motivaciones de tal partida son, por orden de importancia: diversas razones familiares y de conveniencia: 21,5 %; la vivienda: 21 %; la seguridad y la tranquilidad: 19 %; menos caro, más nuevo y más espacioso: 17 %; la contaminación, la higiene o el aseo: 15 %; un medio de vida más agradable (barrio más animado y alegre): 8,4 %. Vienen luego el deseo de cambio: 4,5 %; la centralidad y la cercanía a lugares de acopio, o razones familiares: 4 %; más cerca al lugar de trabajo: 1 %.

Ante la pregunta «¿Qué modificaciones le parecen convenientes para la vida del barrio?», vuelve a aparecer la delincuencia. Para el ciudadano, la lucha contra ese fenómeno es responsabilidad del Municipio en el 43 % de las respuestas, del Estado para el 32,3 %. También se contesta a menudo que los vecinos, la gente del barrio, debería organizarse: 13 %. El mejoramiento del transporte es reivindicado en segundo lugar (76 % de las respuestas), pero en diciembre de 1995, es decir antes de la entrada en servicio del trolebús que da servicio a la plaza de Santo Domingo situada a las puertas de La Loma Chica. La gente es también sumamente sensible al aseo de las calles y los espacios públicos, en especial a la desaparición de los depósitos no controlados de basura: 24 %. Hablan de higiene y estiman que ese aspecto depende del Municipio (89 % de las respuestas), pero no consideran que sea primeramente una cuestión de educación, sobre todo desde que los carros recolectores municipales (EMASEO) recogen los desechos domésticos, por lo que ya no hay razón de arrojar-

los en los taludes que bordean al barrio. Existe también una demanda nada despreciable de mantenimiento de los equipamientos públicos: 58 % de las respuestas sin distinción, siendo a veces redundantes pero aplicándose sobre todo a los lugares de recreación y a las escalinatas y calles, y para el 60 % de los entrevistados, la obligación corresponde al Municipio. El resto piensa que el deterioro es responsabilidad del Estado (algunas respuestas) o de los habitantes.

Según las 712 respuestas que permiten clasificar el orden de preferencia de los barrios (se podían citar en cada caso 3 barrios clasificados por orden de preferencia), un 7,4 % no escoge. Luego, indistintamente, son los barrios del Norte los primeros citados por un 42,7 % de las personas encuestadas, pero las respuestas se dispersan en todos los barrios y según todo tipo de características sin mayor relación entre ellas, aparte de la localización en el Norte. El centro y sus barrios contiguos son citados por un tercio de las personas (33,3 %), que se reparten en 47,7 % que optan por La Loma y un 52,3 % por los otros barrios del centro (Centro Histórico y barrios aledaños). El Sur, la Villaflores entre otros, no obtiene sino el 11,5 % de opiniones favorables y las localidades de los valles son mencionadas en un 5 % de los casos.

Sin embargo, estas opciones siguen siendo bastante teóricas, salvo en el caso del centro y de los barrios del Norte que constituyen el nuevo centro económico de la ciudad. Así, La Loma y los demás lugares del centro antiguo son considerados como el conjunto más representativo de Quito por un 73,2 % de quienes tienen una opinión (239/340). El 19,4 % no opina (-no sé- o -ninguno-), lo cual deja apenas un 7,4 % de otras opciones, que se dividen en un 3,5 % por los barrios del nuevo centro económico (Mariscal, Colón, La Carolina), un 2,9 % por el Norte (barrios ricos del Norte: 30 % de ese 2,9 %) y un 0,9 % por el Sur. La antigüedad, el valor histórico y la tradición, tres calificativos que se refieren al mismo tipo de interés, son las causas de elección más citadas, 197/249 veces (79 %) si se agrega la referencia estereotipada al Centro Histórico de Quito como «patrimonio de la Humanidad». (A propósito de esta calificación de la UNESCO, se debe decir que según las autoridades ecuatorianas, ella abarca toda la ciudad, lo que significa que independientemente de su nuevo crecimiento, el conjunto es uno de los patrimonios de

La Humanidad. Para los habitantes de La Loma y, lo veremos a propósito de las respuestas obtenidas en otros barrios estudiados por el proyecto EBAQ, la mayoría de quiteños, de manera más modesta y justa, tal patrimonio no atañe sino a la parte antigua de Quito que, por cierto, supera el área del Centro Histórico propiamente dicho). Se evocan igualmente la arquitectura, el comercio y otras actividades, la organización (¿espacial?), el turismo. En ciertas ocasiones aparece otra evidencia: «este es el barrio que mejor conozco y además es tranquilo», respuesta que está poco ligada a la idea de representatividad, pero más bien a la de simpatía y que significa que ciertos habitantes de La Loma no se preocupan por racionalizar su conocimiento existencial de Quito. La elección de otros sectores de la ciudad es muy poco argumentada. Apenas se hace alusión al comercio, a otras actividades y a la modernidad para calificar al nuevo centro económico de la capital: la Mariscal, la Colón, La Carolina, Naciones Unidas.

Naturalmente, como las respuestas anteriores ya permitían presagiar, la rehabilitación del Centro Histórico es percibida más bien favorablemente. De las 235 respuestas emitidas al respecto, en 150 (64 %), se afirma que la empresa es positiva y en 34 (14,5 %) que es «verdaderamente muy bueno». Al lado de ello, 41 (17,5 %) entrevistados tienen opiniones divididas que se traducen en el lánguido «más o menos» ecuatoriano. Solamente 5 personas piensan que sería mejor modernizar todo y otras 5 no saben qué responder. Se puede anotar que la idea de modernizar todo prevalecía ya a inicios de siglo y si el Centro Histórico de Quito ha conservado su *cachet* y parte de los testigos de su historia, es porque la falta de medios impidió a los quiteños destruir todo para reconstruir un barrio más moderno, lo que se ha hecho en numerosas otras ciudades de América Latina. Sin embargo, en la actualidad, la dimensión patrimonial de Quito es admitida por casi todos, de lo que por cierto el detalle de las respuestas da testimonio: «Es nuestra herencia» (24 veces), «para que no desaparezca» (59 veces) y en 57 ocasiones se manifiesta la referencia histórica. Así, prácticamente el 60 % de las respuestas evocan explícitamente el pasado de Quito y la necesidad de protegerlo. «Se debería hacerlo mejor» afirman incluso 33 personas (14 %), sin que ello pueda traducirse por «no se hace lo suficiente» o «no se lo hace correctamente». El

turismo, la colorida vida de la calle, la imagen-vitrina del centro son citados, de una manera u otra, por el 16 % de los habitantes de La Loma interrogados. Existen, por supuesto, algunos gruñones que consideran que los aparcaderos de vehículos en el centro son insuficientes (lo cual es cierto actualmente) y otros evocan conflictos de intereses.

Ahora, si se pregunta a las 343 personas que tuvieron a bien contestar a la pregunta «¿Quién financia esta rehabilitación?», 84 (casi la cuarta parte) no lo saben, cerca de la mitad (53 %, 182 personas) piensa que es el Municipio, el 5 % el Estado, el 5,2 % los propietarios (lo que en algunos casos es acertado). Vienen luego el Fondo de Salvamento, con solo 14 respuestas (4 %) y finalmente las organizaciones internacionales, opinión del 2,3 % de las personas entrevistadas.

Si bien todos conocen el centro antiguo, e histórico, de Quito, sobre todo en La Loma, ocurre totalmente otra cosa en cuanto a la existencia de un «barrio de negocios», a su localización y a sus funciones. Así, ese barrio existe (74 %) o no existe (9 %) o incluso no se tiene idea (17 %). Si existe, se pasea entre el Norte (3,6 %) y el centro (8,6 %) sin precisión, aunque para la mayoría está claramente localizado y para todos es un lugar, en ocasiones todo un barrio, donde se practica el comercio: supermercados, mercados cerrados o al aire libre, zocos. Para las tres cuartas partes de los habitantes de La Loma (el 68,3 % que lo localiza y el 8,6 % que no lo hace), está más bien ubicado en el centro y, más exactamente, al pie de El Tejar, centrado en el mercado de Ipiales y el zoco que ha generado, que es lo que afirma el 48,8 % de ellos. Para un 19,5 % se desplaza en el centro, de San Roque, a San Francisco, o La Marín, de una calle a otra. Algunos (3,3 %) lo sitúan en diversos centros comerciales localizados en un punto u otro de la avenida Amazonas, o en Ñaquito. El 7,9 % de las respuestas habla también de diversos puntos de la ciudad. Finalmente, al parecer, un puñado de habitantes de La Loma tiene una visión más amplia de lo que es un barrio de negocios y mencionan La Mariscal o Ñaquito, aunque en realidad se trata de la parte alejada a La Carolina. Este barrio de negocios, o más ampliamente comercial, que es el sentido usual que le dan las personas interrogadas, es el lugar donde existen posibilidades

financieras (26 %), se puede comprar de todo (17 %), es más barato (28 %). Esta última respuesta refleja un contrasentido en la comprensión de la pregunta. Ya no se habla entonces de un barrio de comercio, menos aún de negocios, sino del barrio al que quienes responden van a hacer sus compras. Esto puede ser el resultado de la incompreensión de la pregunta o de la indiferencia ante los objetivos de la encuesta, siendo lo único que cuenta los problemas cotidianos de cada cual, de los que todos quieren hablar. Las otras respuestas, muy variadas, son apenas significativas.

La existencia de un centro de la administración, o de un barrio administrativo si se prefiere, deja perplejas a 140 personas de las 303 (46 %), que no saben qué contestar. Un 1,6 % de los habitantes de La Loma declara que no existe un barrio o un centro administrativo en Quito, pero el 61 % afirma su existencia. De estos últimos, una gran mayoría lo sitúa en el centro (11 %) y más precisamente en la Plaza Grande donde se encuentra el Municipio (47 %). Algunos individuos responden casi cualquier cosa: en el barrio vecino de San Marcos, en la casa renovada de la Mama Cuchara, en La Loma, en el Palacio Legislativo, en algún ministerio (educación o bienestar social) y hasta en La Mariscal.

La encuesta continúa con preguntas sobre las organizaciones barriales. Las respuestas son muy decidoras: solo el 8,6 % de las personas manifiesta participar en una actividad en el seno de una organización barrial. En Europa occidental, sería un porcentaje importante, pero en el Ecuador, donde existe una sólida y viva tradición de ayuda mutua, esa cifra es poco alentadora. Los que hacen trabajo comunitario son aún menos numerosos, el 7 %. En realidad, actualmente en la ciudad se pierde rápidamente esta práctica, muy activa en los pueblos. Por cierto, ya no se trata de ayuda mutua ni de verdaderas actividades comunitarias. Las asociaciones o grupos deportivos son aún muy activos, siguiendo luego la participación en la preparación de fiestas y algunas actividades culturales, lo que no impide que el 48 % de los entrevistados opine favorablemente sobre las actividades colectivas y comunitarias.

Ocurre lo mismo con el conocimiento de un eventual reglamento urbano o de urbanismo: la ignorancia pre-

domina de manera insolente. Solamente un 17 % declara que efectivamente existe un reglamento urbano. Al desconocer su existencia, evidentemente el 61 % no tiene opinión al respecto, el 27 % lo considera bueno, el 5 % es escéptico, y el 7 % piensa que es malo. En cambio, no faltan las ideas en quienes tienen a bien especificar lo que, según ellos, debería ser tomado en cuenta en un reglamento de la ciudad. De las 207 opiniones expresadas, 76 (36,7 %) evocan la organización de la ciudad, lo que sigue siendo una reivindicación bastante vaga; más precisas, 29 personas (14 %) estiman que tal reglamento debe servir para definir y hacer respetar las ordenanzas municipales; el 10,6 % insiste en el cumplimiento de las «normas dictadas para cuidar la ciudad»; en el mismo orden de ideas, el 15,5 % habla de «leyes y reglas de vida», así como de «reglas de sociedad». El mantenimiento y el respeto del Centro Histórico es también un punto que debería considerarse en opinión de un 12,6 % de los entrevistados. Un 5 % reclama que uno de los puntos tratados por el reglamento urbano sea la simplificación de los trámites para toda acción de construcción o modificación de una edificación existente y el 3,4 % considera que tal reglamento debería encargarse de la «regulación de los transportes». Se evocan igualmente una o dos veces, no más, un «control de la población» —a menos que se trate del «poblamiento», los servicios básicos, la ecología, las ventas en la calle.

Se ve que lo que espera la gente no es precisamente lo que contiene usualmente un reglamento de urbanismo. En efecto, sus esperanzas o reivindicaciones se orientan más hacia lo que debería contener un código del urbanismo y, sobre todo, a la formulación de una reglamentación de las condiciones de vida en una sociedad urbana. Este último punto coincide con uno de los problemas cruciales del funcionamiento de la sociedad tal y como se plantea en la actualidad en las ciudades muy grandes: reconsiderar las estructuras de las sociedades ciudadinas y la práctica del marco de vida que deben garantizar. A este respecto, es interesante observar que muy tempranamente los habitantes reparan en esos aspectos y que muy tarde, o nunca, los responsables administrativos y políticos piensan en darles un mínimo de respuestas.

A la pregunta «cuáles deberían ser las obras prioritarias?», las contestaciones retoman, como *leitmotiv*, todo lo que ya se ha dicho, demostrando así la inquietud obsesiva que surge nuevamente. Así, de las 318 respuestas, 264 mencionan una o varias obras a emprenderse, abarcando a menudo todas las obras esperadas de un municipio que debe garantizar el funcionamiento de la ciudad que maneja y el bienestar de sus habitantes, deteniéndose a veces en un aspecto limitado de la cuestión. He aquí las respuestas de esas 264 personas: obras públicas, sin más precisión, 65; parques de recreación, 45; aseo, 41; seguridad, 29; mantenimiento de las casas y dotación de las mismas con los servicios básicos (es decir conexiones a las redes de infraestructura), 27; acondicionamiento y limpieza de calles, 23; mantenimiento de las escalinatas, numerosas en La Loma, 16; soluciones para el transporte local, 15; mantenimiento de los colegios para facilitar la educación, 12; solución de los problemas de alcantarillado, de agua potable y de otras redes, 8; mejoramiento del alumbrado público, 6. Tres personas piden además que se acelere la conexión de líneas telefónicas, que haya preocupación por el medio ambiente, que se abran «casas para los mendigos» —a menos que signifique se los encierre, en cuyo caso, se trataría de asilos—. Se ve que se mezclan verdaderas obras públicas, en lo referente a las redes —calles, escalinatas, transporte, alcantarillado, abastecimiento de agua— y equipamientos —parques de recreación, colegios, alumbrado público, teléfono— y cuestiones de sociedad como el medio ambiente, la mendicidad, etc.

Finalmente, en la encuesta nos interrogamos e interrogamos a los entrevistados sobre las actividades recreativas de fin de semana (ver el cuestionario en anexo). Resulta que la cantidad de personas que declaran no salir de La Loma (139) es muy similar a aquella de quienes manifiestan salir del barrio (137). Además, 47 dicen salir el fin de semana solamente de vez en cuando. Quienes buscan una actividad recreativa, a menudo deportiva o lúdica, son los más numerosos: el 38,4 % de los que contestaron. Vienen luego quienes salen de Quito (22,5 %), los que van a pasear a un barrio cercano (8,1 %) y los que van a visitar a la familia o a

los amigos (6,7 %). De quienes permanecen en su casa, el 28,8 % recibe regularmente la visita del resto de la familia. Para algunos (3,2 %), el fin de semana es un período como los demás: trabajan. Los que salen no tienen necesariamente idea del lugar al que van: 16,4 % no lo saben en absoluto y el 30,9 % cambia cada vez de objetivo de paseo. Los parques, como La Carolina o El Ejido, son igualmente muy frecuentados (14,5 %), aunque también se aprecian los valles (15,9 %) sobre todo por los equipamientos que ofrecen, como las piscinas de los complejos deportivos situados al pie del Ilaló. Las ciudades de la Sierra (7,2 %) o de la Costa (0,5 %) son también el destino de algunos desplazamientos semanales. Se debe mencionar otro fenómeno, reciente, el pasar la tarde en un centro comercial (El Bosque, Quicentro o El Jardín). Este tipo de «paseo» es significativo de nuevas costumbres y distracciones ligadas al consumo, pero, en realidad, procede de los mismos hábitos de «vitriñar» de no hacer mucho o el paseo por explanadas que se ha practicado en todas las épocas. Sea como fuere, los habitantes de La Loma son un tanto cautivos de la ciudad y dependientes del transporte colectivo pues menos de la cuarta parte de ellos (el 23 %) posee un vehículo propio.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de La Loma

Luego de la entrevista a 331 representantes de igual cantidad de familias de La Loma, ¿qué perfil se puede establecer del «lomeño», que evidentemente no existe pero cuyo reflejo sí existe? Vive en un barrio con límites muy marcados y ubicado en un sitio que lo convierte en un espacio bien diferenciado pero que también, desde siempre (es decir desde inicios de la colonización española), pertenece al Centro Histórico.

Ya no es muy joven, aunque tenga generalmente 2 hijos en casa y a menudo 4 personas a cargo. Una de cada tres veces, vive en el barrio desde decenios atrás, cuando no ha nacido allí. Reside en una casa o en un departamento, más frecuentemente como arrendatario que como propietario. Su vivienda, más bien estrecha, es muy a menudo vetusta, a veces incluso mal equipada: en uno de

cada siete casos, no existe agua corriente en la vivienda sino simplemente un grifo en la casa. Por cierto, si bien el «lomeño» tiene una familia corta, no cuenta con ingresos muy elevados pues, casi siempre, es solo un modesto empleado del sector privado o de una administración cuyas oficinas se ubican en el centro, y por lo tanto, afortunadamente no muy lejos. Sin embargo, en una quinta parte de los casos es ejecutivo (11 %) o comerciante (14 %), muy rara vez artesano y menos frecuentemente aún obrero. Así, se desplaza a pie en su barrio y en el centro, y en autobús para ir más lejos. Un tercio de los «lomeños» que trabajan recorre cada mañana más de 5 km desde su casa y no regresa sino a la noche. Su esposa trabaja igualmente como empleada o, a veces, permanece en casa, ocupándose de la vida doméstica y de la educación de los hijos. Estos van a la escuela en el barrio o en el centro, se levantan al alba y casi siempre retornan a sus hogares al medio día o en el transcurso de la tarde. A las horas en que se desplazan, invaden la calle pues representan la mitad de los movimientos cotidianos de desplazamiento.

En la noche, el «lomeño» regresa tranquilamente a su casa, se toma el tiempo de hacer sus compras y de ver a sus amigos, mientras su esposa se ocupa de la vida familiar. Es un ciudadano sumamente casero, le gusta su barrio aunque apreciaría que el Municipio se ocupara mejor de su mantenimiento, en especial de luchar contra una creciente inseguridad, de limpiar las calles y mantenerlas adecuadamente, al igual que las numerosas escalinatas, y de mejorar el alumbrado público. Sin embargo, muy encariñado con su antigua ciudad, de la que se enorgullece, la considera como el lugar

central de su vida de ciudadano. Es allí a donde va a hacer el mercado y donde pasea el domingo, recordando el tiempo, más solidario según él, de su juventud. Es por ello que reconoce de buena gana que la política de rehabilitación del Centro Histórico —para él, la dimensión de la Historia está omnipresente— emprendida, según él cree, por el Municipio, con ayuda del Estado, de los propietarios, del Fondo de Salvamento y de algunas organizaciones internacionales, es una buena e incluso excelente iniciativa. Si, al menos, ese mismo municipio se preocupara más por los problemas de sociedad y por su marco de vida, el «lomeño» sería un ciudadano plenamente satisfecho.

No obstante, lamenta haberse instalado en un barrio tan antiguo y poco confortable. Por cierto, es más su propia vivienda que el barrio, lo que le resulta incómodo. Sueña entonces con habitar en otro sector, más moderno, en el Norte de la ciudad preferentemente. Ello no le impide de manera alguna pasar uno de cada dos fines de semana en su barrio, en donde mantiene buenas relaciones de vecindad, sin por ello participar activamente en la organización barrial. Rara vez motorizado, escapa poco de Quito.

Para él, la ciudad no es tan grande. Si bien su perímetro supera el Centro Histórico y va indudablemente hasta La Mariscal e incluso para su recreación, hasta el parque de La Carolina, lo que le interesa principalmente sucede del otro lado del Arco de Santo Domingo. El «lomeño» no siente la necesidad de buscar su felicidad fuera de su parroquia y de las antiguas calles que son el horizonte de su vida de todos los días.

Los límites del barrio

Los límites del barrio utilizados en este estudio no son los recientemente determinados por el Municipio, sobre los cuales nadie pudo darnos explicación alguna, sino aquellos considerados tradicionalmente por los habitantes. Esto facilitó las comparaciones con el sucinto estudio realizado a fines de 1987 y publicado en 1992 en el AIQ. Sin embargo, cabe mencionar que si se hubieran tomado los límites actuales, las conclusiones de la encuesta no habrían sido muy diferentes. En efecto, la parte sur del barrio, añadida recientemente, tiene formas de hábitat algo diferentes (especialmente un mayor número de pequeños edificios), pero la población residente lleva un tipo de vida idéntico y sus preocupaciones son las mismas al igual que sus inquietudes en cuanto a sus condiciones de vida y a la práctica de sus actividades profesionales y sociales. El análisis cartográfico se limita al marco establecido en los censos de 1982 y 1990 pero la encuesta, al tiempo que consideró esos límites, tomó en cuenta y entrevistó a la gente de la parte sur recientemente asociada al barrio.

Las características geográficas del barrio

Ubicado al Norte del Centro Histórico de Quito en una superficie de 34 ha. San Juan se extiende sobre un lugar de fuerte pendiente (casi en ningún punto el valor de las pendientes es inferior al 5 por ciento, y generalmente es del 10 al 20 por ciento), con un subsuelo de ceniza volcánica estabilizada, protegida por una capa de cangahua. Este sitio, que ocupa la parte baja de las faldas del Pichincha y que domina hacia el occidente la depresión sinclinal en la que se extiende la mayor parte de la ciudad de Quito, se encuentra

frente a frente con la elevación del Itchimbía y las fuertes pendientes de La Tola. Se trata de uno de los dos relieves que cierran el casco colonial en su límite nor-noreste. Ubicado en el borde del centro, su parte baja participa desde mediados del siglo XVIII en la vida citadina de la capital. En el lugar existían gran número de casas pequeñas, probablemente fincas, diseminadas en la parte baja de las pendientes.

Este sitio imprime una marca particular al barrio. Puede ser definido por los espacios de relieve menos pronunciado y, por lo tanto, más fácilmente urbanizables, y por aquellos cuya ocupación demanda grandes obras de contención en las pendientes construidas y de acondicionamiento, a menudo de desmonte, de los espacios lineales de las calles. También se lo puede describir distinguiendo en la cumbre un espacio relativamente plano y estrecho que ha sido acondicionado como mirador y desde el cual se observa el Norte de Quito, y luego pendientes del 10 al 15 por ciento, una falsa planicie (pendientes del 5 al 10 por ciento), en forma aproximada de una pera, bordeada al Sur y al Norte por caídas abruptas cuyas pendientes superan en algunos lugares el 50 por ciento, y finalmente una parte nueva muy en declive que rodea a la planicie mencionada con un talud de una pendiente del 5 al 10 y a veces al 50 por ciento, donde numerosas calles terminan en escalinatas. Por último, en el contacto con la parte más antigua de Quito (el casco colonial propiamente dicho) se atenúa el relieve.

En otros lugares en donde las ciudades no habrían sido construidas según las disposiciones, nunca más cuestionadas, de Felipe II, el trazado de las vías habría adoptado probablemente la forma de un relieve limitante, pero en

este caso, como en casi toda la ciudad, se impuso el trazado en forma de damero aunque en sus partes más abruptas, distorsiones más o menos importantes indican una adaptación parcial del trazado a los imperativos morfológicos.

La antigüedad del barrio y su cercanía al Centro Histórico que, hasta mediados del siglo XIX, era toda la ciudad, y la tradición del trazado en forma de damero, han sido la causa de obras gigantescas que, inicialmente, solo pudieron realizarse debido al irrisorio costo de la mano de obra en aquel entonces. Cabe preguntarse si, en la actualidad, se emprenderían obras semejantes para implantar un barrio como este, lo que no impide que los servicios competentes del Municipio acepten muchos otros sectores en vías de consolidación, instalados en sitios considerados inconstruibles, y pese a todo, invadidos. Ciertamente en Quito se siguen de todas maneras construyendo barrios en sitios igualmente difíciles, violándose las normas del Plan de Ocupación del Suelo (POS) y del reglamento urbano. La ubicación, la antigüedad de San Juan que justifica la envergadura de las obras realizadas otrora (las últimas importantes se emprendieron con motivo de la construcción de los túneles que absorben la circulación de las vías rápidas y periféricas), su consolidación concluida y su evidente integración al Quito histórico y útil, lo convierten en un lugar que, sin ser el más exclusivo, nunca caerá en abandono. Sin embargo, prácticamente no presenta interés político y su importancia económica, basada en las actividades de proximidad, no ejerce atractivo alguno. De allí la apariencia de vertedero o de abandono de algunas partes del barrio de las que el Municipio casi no se ocupa según las declaraciones de sus habitantes (ver más adelante los resultados de la encuesta de opinión).

Sea como fuere, sus pendientes extremadamente fuertes explican los enormes muros de contención que lo consolidan tanto al Norte como al Este y al Sur, al igual que sus numerosas calles hechas en zanja y menos frecuentemente de cornisa que terminan en callejones sin salida o se prolongan en inmensas escalinatas que conectan al barrio con la parte baja de la ciudad, de la cual ha sido relativamente aislado por la construcción de la avenida Occidental y del cruce a diferentes niveles a la entrada de los túneles.

Desde entonces, se accede a su lado norte por la parte alta de los barrios Miraflores y América, de los cuales San Juan es únicamente una prolongación hacia lo alto y hacia el Sur.

Algunos aspectos urbanísticos

El tipo de sitio otorga al barrio un ritmo de vida y una forma de ocupación relativamente diferenciados que, por cierto, se reflejan más en sus características sociales y funcionales (especialmente en lo que se refiere a la accesibilidad) que en la arquitectura. En efecto, las casas, generalmente modestas, contiguas y sin mayor originalidad, no son muy altas. Pocas alcanzan los cuatro pisos. Sin embargo, el COS es elevado: 70,64. Un breve análisis del plan catastral revela la multiplicidad y la reducida extensión de los predios, así como la densidad de la construcción, y por lo tanto el fraccionamiento de la propiedad. Estamos lejos de la división inicial de cada manzana de la ciudad en cuatro solares.

Se cuentan 64 manzanas construidas y ocupadas con viviendas, 2.314 casas en 1.150 predios. En 1982, 14.535 habitantes ocupaban 3.479 de las 3.560 viviendas censadas. En 1990, se censaron 4.481 viviendas para una población de 15.072 residentes. Estas variaciones provienen sobre todo de la modificación de los límites del barrio. Los datos del censo de 1990 se basaron en los nuevos límites decididos por el Municipio, excluyendo la parte alta e incluyendo ciertos tramos de calles del Centro Histórico que antes formaban parte del barrio González Suárez. En la actualidad, dentro de los límites antiguos, las viviendas ocupadas deben acercarse a las 4.500 y además la encuesta de 1995 proporciona precisiones adicionales. Así, la mayoría de casas están construidas en forma continua, a lo largo de las calles (87,65 %). Solo una de cada diez casas estudiadas en la encuesta está retirada con respecto a la calle, y algunas, menos del 2 %, forman parte de un condominio. Más de la mitad (54 %) de las viviendas carecen de un pequeño jardín privado, de un patio, e incluso de una jardinera frente a su puerta. Además, sólo 55 personas entrevistadas declaran contar en la cercanía con una cancha de juego, un lugar de paseo o ambos a la vez. Se ha visto

que San Juan está ubicado en un sitio montuoso y sumamente accidentado. El acceso a un 18 % de las viviendas se efectúa por escalinatas y, el hecho de que el 7 % de las casas se encuentre al final de un sendero, como lo demuestra la encuesta, no implica otra cosa que la posibilidad de disfrutar de un corto camino privado, no asfaltado. El relieve impone igualmente algunos callejones sin salida, lo que no necesariamente es negativo. Sin embargo, algunas personas declaran que el sitio de su implantación es inestable, demasiado cercano a fuertes pendientes o a una quebrada, mientras que otros se quejan de que el barrio es antiguo, mal cuidado y olvidado por el Municipio, lo que, como se verá más adelante, no carece de fundamento.

Análisis de los mapas de densidad poblacional, de vivienda y de piezas habitables

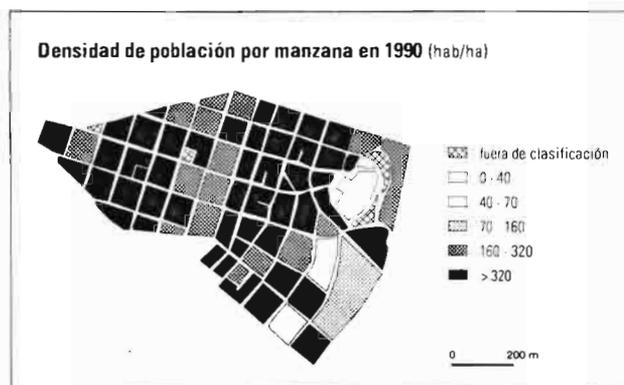
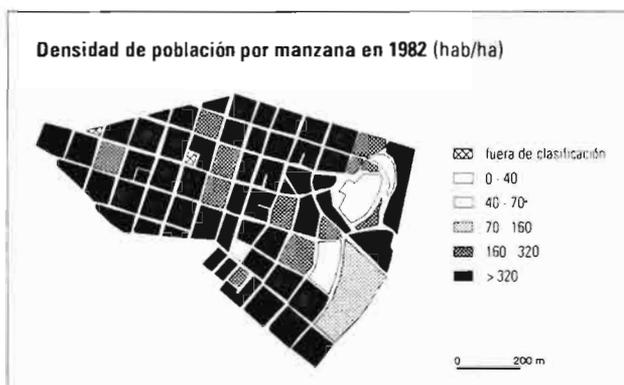
La comparación de los mapas elaborados con base en los censos de 1982 y 1990 es muy instructiva pues permite realizar un análisis particularmente revelador.

Se esperaba que las variaciones de relieve del barrio tuvieran un impacto en la distribución de las viviendas por manzana y su complemento, el número de piezas habitables relacionado con la población residente, tal como fueron captadas por los censos de 1982 y 1990. Indudablemente, ese es el caso. Las partes más accidentadas son también aquellas en las que, en 1982 y con menor intensidad en 1990, se encuen-

tran las peores condiciones de cohabitación: densidad relativa muy elevada (tomando en cuenta el tipo de hábitat), gran número de viviendas por hectárea y gran promiscuidad al interior de las viviendas. Esto no es un azar, pues en vista del menor atractivo del terreno, cuya ocupación resulta menos agradable debido, precisamente, a los declives más pronunciados, es allí donde se encuentran las viviendas más estrechas, es decir las menos costosas e igualmente las familias con el mayor número de niños pequeños. En este caso, los criterios económicos se conjugan con la topografía.

Cinco manzanas, ubicadas entre las calles Nicaragua y Nueva York —en el límite con San Juan alto al cual pertenecen morfológicamente (aunque no según los límites municipales actuales)— y la parte baja del barrio, presentan una situación de cohabitación particularmente difícil, con densidad muy elevada (para Quito), gran promiscuidad y sin cambios significativos entre los censos de 1982 y 1990. Sin embargo, no se trata de manzanas que se caractericen por una población estadísticamente diferente (edad, CSP) al resto de San Juan alto. Además, ¿el COS es claramente más elevado de lo que autoriza el reglamento municipal!

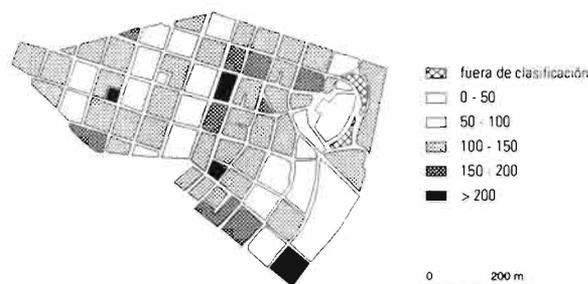
Pero la economía tiene un peso muy diferente. En efecto, se revela claramente que es el valor comercial del terreno el que impone su ley. Las manzanas más cercanas a la parte más activa del centro reúnen, en una superficie com-



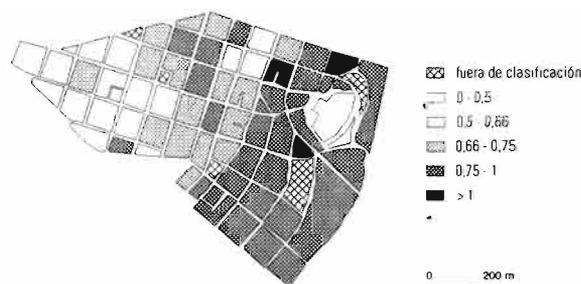
Densidad de vivienda por manzana en 1982 (número de viviendas/ha)



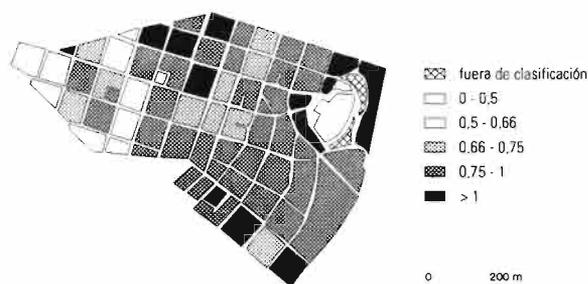
Densidad de vivienda por manzana en 1990 (número de viviendas/ha)



Cohabitación por manzana en 1982 (número de piezas/habitante)



Cohabitación por manzana en 1990 (número de piezas/habitante)



parable, el mayor número de viviendas. En 1990, existían de 150 a 220, e incluso más, viviendas por hectárea en ese sector, mientras que la cantidad en las pendientes bajas aunque fuertes de San Juan era de 120 a 150 y de alrededor de 100 en su parte más alta, con algunas manzanas con más de 120 viviendas por hectárea. En cambio, si bien el número de viviendas por manzana disminuye a medida que uno se aleja de las calles atractivas del centro, su tamaño y su densidad ocupacional aumentan, pues en 1982, mientras en la parte baja había de 3 a 4 piezas habitables por cada 4 residentes, en la parte alta se contaban 1 a 2 piezas por cada 3 personas. Esto significa que, en una situación extrema, cuando en 1982 un residente disponía de una pieza para sí

solo en la parte más antigua y más cercana al centro, 3 personas se hacían en una sola pieza en la parte más reciente y más alejada del centro. Sin embargo, las condiciones parecen haber mejorado en 1990.

Se trata de conocer por qué razones y en qué condiciones. Cabe preguntarse si la causa es demográfica: ¿resultado de un envejecimiento (es decir, partida de los más jóvenes o solamente la desaparición de los más viejos no compensada por una renovación natural o migratoria de la población) o de un proceso de disminución de la población? O si existe una causa social: ¿mejoramiento considerable de las condiciones y modos del hábitat? La importancia de esta interrogante es evidente: si se trata de un envejecimiento, ello implicará a

la larga un probable deterioro del barrio por falta de fuerzas vivas suficientes capaces de asegurar su mantenimiento cotidiano que ante todo corresponde a los habitantes; si estamos ante un cambio hacia mejores condiciones de vida, mayores comodidades para los habitantes entre otras cosas, entonces, por el contrario, se puede también esperar un mantenimiento cotidiano del barrio considerablemente mejor.

Los mapas de densidad muestran que esta evolución no es tan evidente. En efecto, en 1982, aunque en menor medida en 1990, la densidad poblacional era generalmente mayor en los lugares en donde había menos viviendas (acentuando así lo que enseña el mapa del número de viviendas por manzana), confirmando lo que evidencia el mapa sobre la cohabitación (relación entre la cantidad de piezas habitables en cada manzana y el número de residentes allí censados). Asimismo, con base en esto, se puede suponer que en las partes bajas de San Juan, las estructuras habitacionales están mejor adaptadas a las condiciones de la vida urbana: edificios más grandes, probablemente de dimensiones más adecuadas, distribución más racional de las viviendas y, al interior de ellas, piezas habitables. En tal caso, se trata de otra generación y de otro género de vivienda en donde (ya) no se encuentran casas de tipo rural y tradicional como las que aún existen en San Juan alto.

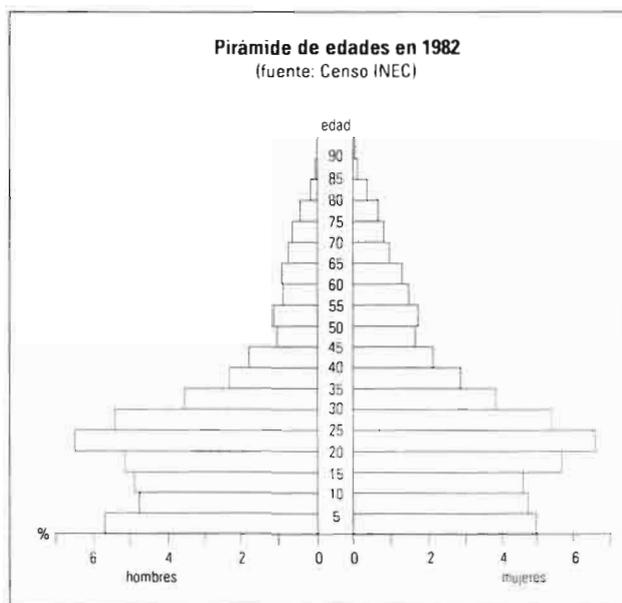
Así, la lectura de estos mapas muestra de entrada, en este barrio, una jerarquización urbana, y probablemente social (los resultados de las encuestas EBAQ deberían permitir verificarlo), del espacio.

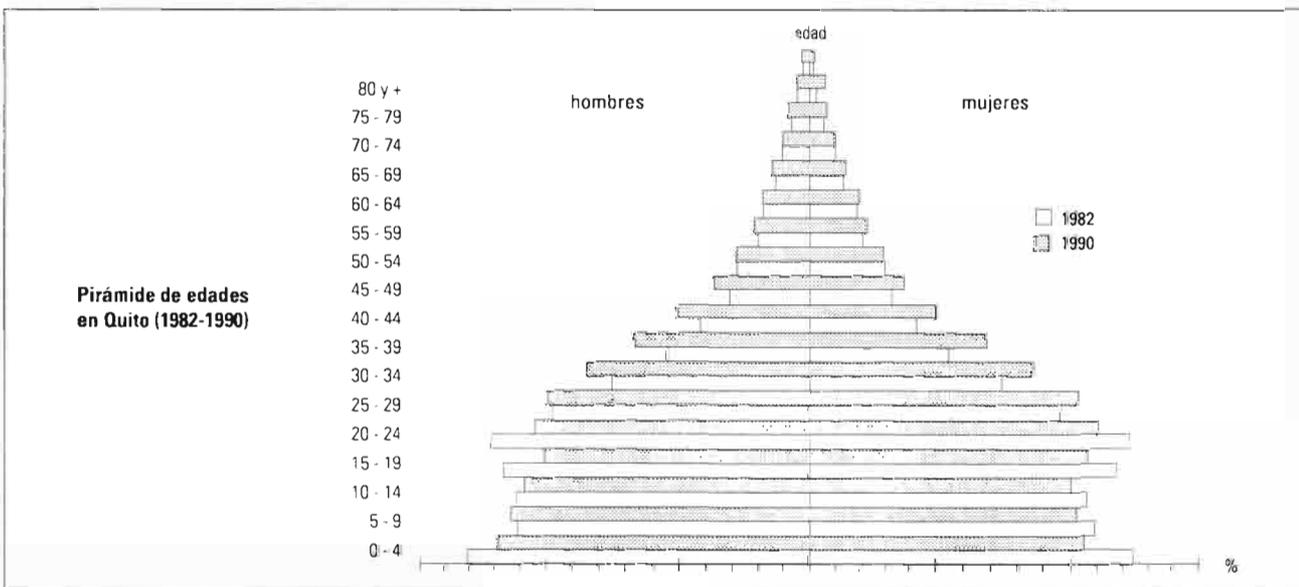
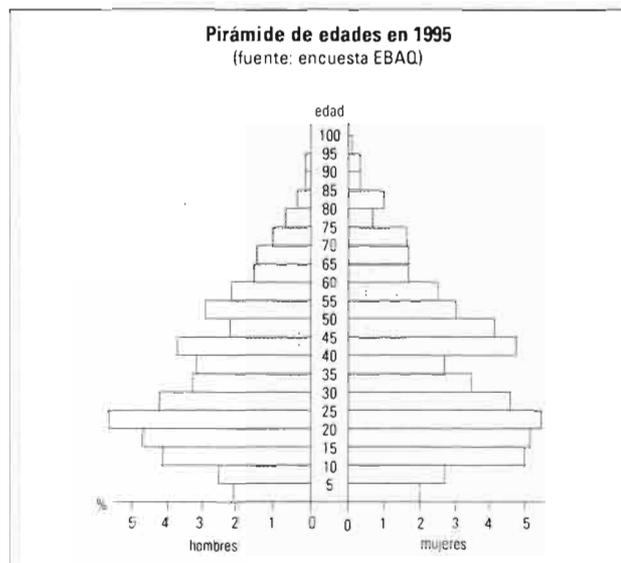
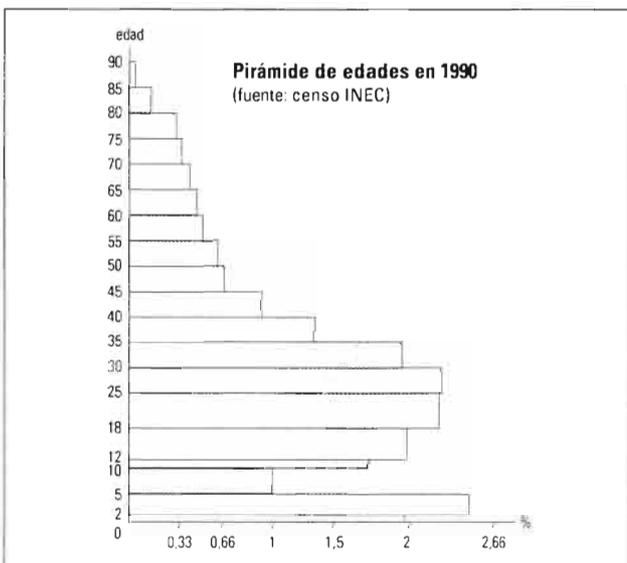
Demografía y características socioprofesionales de los habitantes de San Juan

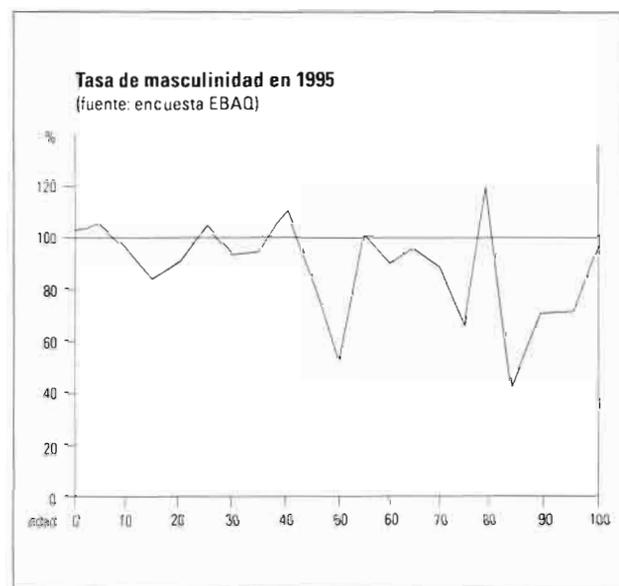
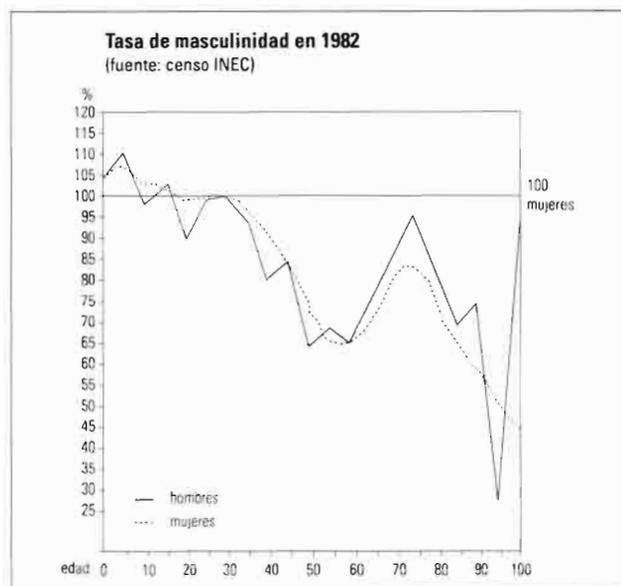
Para verificar la observación que se acaba de anotar, aún demasiado apresurada, se debe conocer más, por una parte, sobre la población del barrio en su conjunto, por otra, sobre sus características demográficas, y finalmente sobre sus particularidades socioprofesionales y sus actividades. Los gráficos y mapas obtenidos con base en los últimos censos y elaborados gracias al SIG Savane, permiten visualizar esas informaciones.

Consideremos la distribución por edad y sexo. (Esta información no pudo obtenerse del Municipio pues no existe en la BDU del SUIM. Al parecer, la Dirección de Planificación no la ha necesitado, o tal vez en el censo no se consideró necesario tomar en cuenta esta diferenciación. Sea como fuere, esta carencia es sorprendente e inexplicable). La pirámide de edades establecida para 1982 (censo) y 1995 (encuesta), distribuidas por clases quinquenales y según el sexo, así como el índice de masculinidad proveniente de las mismas fuentes revelan un cambio significativo entre las dos fechas, cambio que se confirma con la distribución asexual de 1990 (censo).

En 1982, comparando la pirámide de Quito en su conjunto, sin distinción de barrio, con la de San Juan, se revela que la ciudad en general tiene una población cuya base piramidal es relativamente estrecha, lo que indica una estabilización del crecimiento natural, mientras San Juan comienza ya a experimentar un cierto envejecimiento, teniendo las generaciones de elevada tasa de natalidad 20







años y más, pero estrechándose significativamente la base de la pirámide. En 1995, esta adquiere una forma muy pronunciada de as de picas, lo que evidencia el envejecimiento ya iniciado y continuado de la población. El censo de 1990 no refleja exactamente esta tendencia pues después de una escasez sorprendente de individuos en la clase de 5-10 años y de 10-12 años, se constata un aumento considerable de niños menores de 5 años que llegan a superar en importancia a los grupos de 12-18 y de 18-25 años, aunque con un déficit bastante sorprendente de la clase de los menores de 1 año. Sin embargo, pese a este aparente mejoramiento, el estrechamiento de la base piramidal se mantiene desde 1982. Si bien los resultados de la encuesta de 1995 lo amplifican exageradamente, no se lo puede ignorar. Por lo tanto, el fenómeno en este barrio no es circunstancial sino estructural.

En San Juan, las generaciones jóvenes ya no toman el relevo. Sin embargo, la situación para el conjunto de la ciudad parece ser, por el contrario, más satisfactoria en

1990 que en 1982. De hecho, en el último censo, la base de la pirámide de edades de la población quiteña revela una ampliación relativa que permite suponer que la inmigración de adultos jóvenes ha experimentado una desaceleración o que los recién llegados de 1982 han asegurado su descendencia, o, más probablemente, la conjunción de los dos fenómenos. Esta inversión de la tendencia debe probablemente imputarse al dinamismo demográfico de los barrios populares más recientes. Esto refuerza la idea de que la situación demográfica de San Juan es inherente a su antigüedad y a su pérdida de atractivo ligada al desplazamiento del centro de negocios (CBD) hacia el Norte.

Las curvas de la tasa de masculinidad de 1982 y 1995* (sabiendo que en 1995 nuestra muestra, insuficiente, permite apenas presentar una tendencia, la cantidad demasiado reducida de la población estudiada introduce un sesgo en las fluctuaciones observadas) se asemejan en cierto modo, pese a que se observa actualmente que los varones a partir de los 10 años son numéricamente inferiores a las niñas, mientras

que entre los 25 y 40 años de edad son por el contrario más numerosos (aunque con grandes y repentinas diferencias, lo que muestra claramente la poca representatividad, a este nivel de análisis, de la muestra EBAQ). El movimiento global de la curva nos indica que, en definitiva, la población masculina experimenta en 1995 menos fluctuaciones que en 1982, lo que puede ser una señal de mejoramiento de las condiciones de higiene y/o de trabajo. En efecto, los trabajadores manuales son sobre todo hombres; este tipo de trabajo es más desgastador, siendo el riesgo de accidentes de trabajo mayor que en cualquier otro tipo de actividad. Ahora bien, en 1982, en San Juan se contaba aproximadamente un 36 % de trabajadores manuales, cifra que descendió al 14 % en 1995, lo que significa dos veces y media menos. Aún si la representatividad de la muestra es, también en este caso, controversial, la diferencia es demasiado importante como para ser producto del azar: de hecho ha habido un cambio de actividad profesional de los habitantes de San Juan entre los dos años considerados. La curva de la tasa de masculinidad refleja este mejoramiento. Habiéndose consolidado la estructuración y el hábitat del barrio, también las condiciones de vida se han consolidado.

Consideremos con mayor atención la distribución, entre las dos fechas, de la PEA que declaró tener un empleo remunerado o asalariado, en función de las categorías socio-profesionales en las que se ubica —ver el cuadro elaborado con base en los datos de 1982 y, para las actividades de 1987 (ficha descriptiva del AIQ), el cuadro que recapitula las CSP extraídas de la encuesta EBAQ y los mapas elaborados a partir de los datos de 1982 y 1990.

El siguiente cuadro presenta, en porcentajes, una comparación de la distribución entre 1982 y 1995.

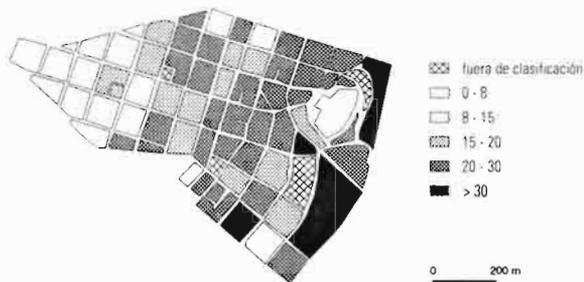
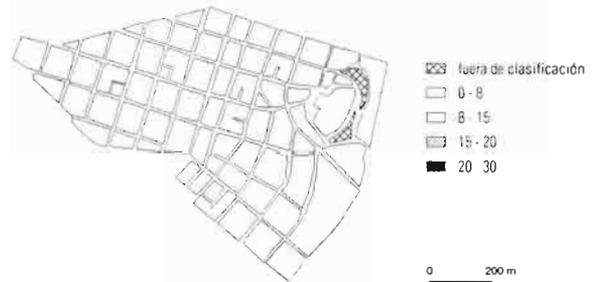
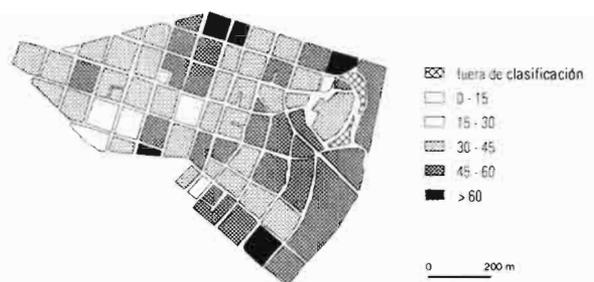
En 1982, el 55,60 % de los habitantes de San Juan en edad de trabajar declaró tener un empleo remunerado. En 1995, esa cifra alcanzó el 56,87 %. Existe entonces una gran estabilidad del número de personas que ejercen una actividad remunerada, pero se observa una modificación importante en la distribución profesional de esa población: reducción espectacular de los oficios manuales con una disminución del 22 %. Los hijos de obreros y de uno de ca-

| CSP | 1982 (%) | 1995 (%) | Fluctuación |
|--------------------------|----------|----------|-------------|
| Ejecutivos | 20,39 | 23,7 | + 3,31 % |
| Empleados | 31,89 | 41,73 | + 9,83 % |
| Comerciantes | 11,97 | 18,77 | + 6,80 % |
| Artisanos | 8,37 | 6,17 | - 2,20 % |
| Obreros calificados | 13,99 | 4,94 | - 9,05 % |
| Obreros sin calificación | 13,48 | 2,72 | - 10,76 % |
| Desempleados | — | 1,97 | — |

da 4 artesanos se han convertido en empleados, lo que coincide con la preponderancia cada vez mayor de las actividades de servicio en la economía moderna. Pero también el nivel de instrucción ha aumentado, puesto que en 1995 hay un 16 % más ($23,70/20,39 = 116,23$) de ejecutivos que en 1982 y las personas escolarizadas en San Juan que, en 1982 (ficha descriptiva AIQ) representaban el 10,81 % de la población, alcanzan en 1995, según nuestra encuesta, el 27,78 %. Este porcentaje parece ser exagerado no solamente porque la representatividad del estudio es muy incierta en este punto, sino por el hecho de que, durante el año académico, muchos estudiantes de provincia residen en Quito en este barrio cercano a la universidad. Sin embargo, es indudable que la tasa de escolarización aumenta considerablemente.

Es interesante considerar la situación de este barrio en relación al conjunto de Quito, saber lo que ha cambiado, entre los dos años de referencia, de acuerdo al lugar de residencia de cada persona económicamente activa y según el tipo de profesión ejercida, lo que es posible analizando los mapas de localización de la PEA.

Acabamos de ver que los ejecutivos experimentan un lento aumento. Tanto en 1990 como en 1982 se ubicaban en las partes bajas del barrio, lo que no es sorprendente pues son las más atractivas, y por lo tanto las más costosas, pudiendo ser ocupadas únicamente por familias con ciertos ingresos. Los empleados se distribuyen más en todo el barrio. Casi en todas partes representan del 30 al 45 % de la población activa remunerada residente, y al igual

Ejecutivos por manzana en 1982 (% de la población ocupada total)**Ejecutivos por manzana en 1990 (% de la población ocupada total)****Empleados públicos y privados por manzana en 1982 (% de la población ocupada total)****Profesionales públicos y privados por manzana en 1990 (% de la población ocupada total)**

que los ejecutivos, su presencia en la parte baja del barrio o en los sectores relativamente poco empinados de San Juan alto aumenta hasta alcanzar un 60 % de la población activa remunerada. En cuanto a los comerciantes, ejercen mayor atracción en ellos los principales ejes de circulación, las calles más transitadas, lo que no sorprende, pues la encuesta muestra que en su mayoría se dedican al comercio de cercanía, como las tiendas, y residen en el lugar de su actividad. Sin embargo, representan apenas del 20 al 25 % (del 20 al 34 % cerca del mercado) de los activos que declaran tener un empleo en las manzanas donde están más presentes, salvo en la parte baja, más comercial, donde pueden

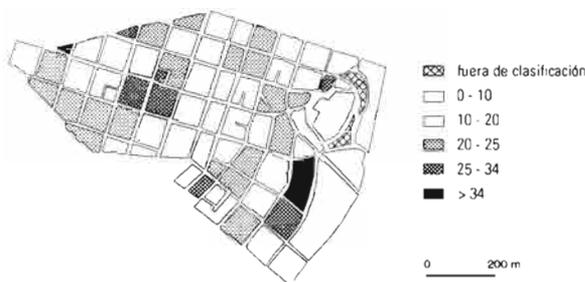
alcanzar del 20 al 34 % e incluso más, de las profesiones censadas. Los trabajadores manuales son minoritarios, estando casi por completo ausentes en la parte baja, representando algo más del 20 % en San Juan alto y hasta un 40 a 60 % (probablemente más cerca del 40 % que del 60 %) en cuatro manzanas de un lugar particularmente empinado.

Así, se perfilan dos San Juan, un San Juan alto más laborioso, más manual, y la parte baja, más comercial y poblada por gente que ejerce profesiones mejor remuneradas (ejecutivos) o si no bien remuneradas, asalariadas (los artesanos y comerciantes no entran en esta categoría), es decir con un ingreso regular.

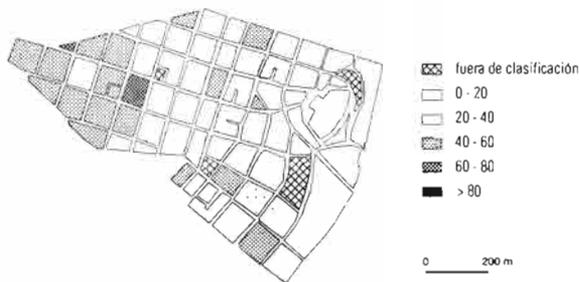
Empleados en el comercio por manzana en 1982
(% de la población ocupada total)



Empleados en el comercio por manzana en 1990
(% de la población ocupada total)



Empleados manuales por manzana en 1982
(% de la población ocupada total)



Empleados manuales por manzana en 1990
(% de la población ocupada total)



Empleados en servicios por manzana en 1990
(% de la población ocupada total)



En 1982 (censo, ver AIQ), San Juan aparecía como un barrio más o menos bien equipado y atendido. Todos tenían electricidad (99,05 %), pero el agua potable existía solo en el 68,81 % de los casos dentro de las viviendas, y en un 44,38 % dentro de los inmuebles. El uso de instalaciones sanitarias privadas estaba aún menos garantizado: 54,59 % al interior de la vivienda y 44,38 % en el inmueble. Sin embargo, sería aventurado deducir de esto que este barrio se encontraba entonces en vías de tugurización, pues esa distribución no significa de manera alguna un deterioro de la situación anterior, sino más bien que el barrio, antiguo, se modernizaba (aumento de la comodidad) progresivamente. La encuesta de 1995 lo confirma, ya que el 91,47 % de las personas entrevistadas

afirma tener agua potable en su domicilio y el 96,06 % servicio de evacuación de aguas servidas. No se censó el número de hogares que dispone de servicio higiénico privado pero es probable que haya aumentado en las mismas proporciones que en el caso del uso de agua al interior de la vivienda. Se puede constatar igualmente que el 63,93 % de las 258 viviendas estudiadas tiene teléfono, lo que significa que, en 13 años, la situación ha mejorado notablemente.

Además, en 1987, había casi 14 comercios y algo más de 6 actividades de servicio por cada 1.000 habitantes, y una tienda por cada 192 residentes.

De acuerdo a sus declaraciones dadas con motivo de las encuestas realizadas en el marco del proyecto EBAQ, ¿quiénes son los habitantes de San Juan en 1995?

Se retomarán aquí, rubro por rubro, las informaciones obtenidas en la encuesta, para comentarlas paso por paso a fin de lograr una mejor comprensión.

Las 258 casas escogidas al azar, albergan a 661 familias que reúnen 1.007 personas (471 de sexo masculino, 536 de sexo femenino, índice de masculinidad: 87,87 %). Se estudiaron 258 familias*: 64 ocupan una casa entera y las demás viven en departamentos (82 en planta baja y 112 en los pisos altos). A criterio de los encuestadores, todos estudiantes de arquitectura, en un 15 % las viviendas se encuentran en mal estado, bastante mal mantenidas o, a veces, muy deterioradas.

El hábitat de San Juan es generalmente poco elevado, ya que apenas el 5 % de las construcciones tiene más de tres pisos y la gran mayoría (68 %) no más de 2 (1 piso, 22 %; 2 pisos, 46 %). Como ya se mencionó, se trata de un barrio relativamente antiguo y consolidado. En él se encuentra una forma de urbanización tradicional —hábitat contiguo que da directamente a la calle (30 %)— y, una forma más reciente —casas gemelas (55 %) que dan igualmente a la acera. La forma primera de distribución de las casas se perpetúa en caso de renovación o densificación mediante la construcción de otra estructura de habitación en el fondo del predio, por ejemplo. Progresivamente, los jardines de los cuales aún disfruta el 20,54 % (53/258) de las familias estudiadas, son reemplazados por garajes (en el 16 %

de los casos las viviendas cuentan con un garaje) o nuevas construcciones, sin que la distribución de los predios ni la forma de implantación resulten fundamentalmente modificadas. Así, aunque desde los años 70 se ha desarrollado en Quito una política urbana, pública o privada, de lotizaciones y condominios, que rompe con la división en forma de damero, cuando se construye una lotización en San Juan (1 ó 2 casos) no por ello se modifica el aspecto urbano del barrio.

Más de la mitad de las familias (55,71 %) son propietarias de su vivienda. Las demás son inquilinas, a excepción de tres casos (algo más del 1 %) que son alojados por el empleador (guardianes). De las viviendas cuya superficie se pudo conocer (desconocida en el 21,70 % de los casos), casi el 40 % (39,58 %) alcanza o supera los 120 m². Si se suman las viviendas de entre 80 m² y 120 m², la proporción se eleva a casi dos tercios (62,5 %). El resto se distribuye entre un 18,65 % de viviendas de 51 a 80 m², un 18,75 % de menos de 50 m² y un 10,45 % de menos de 30 m².

Las fechas de instalación en las viviendas se distribuyen ampliamente*. En los últimos 6 años (1990-1995), un tercio de las familias (32 %) que respondieron a la pregunta (27,5 % sin respuesta) ha cambiado de vivienda, llegando al barrio por primera vez, regresando a él o mudándose sin cambiar de barrio. Una quinta parte de los hogares está instalada en San Juan desde hace más de 30 años, es decir desde hace una generación, siendo, como era de esperarse, los dueños más sedentarios que los inquilinos. Sin embargo, es indiscutible que este barrio ejerce una atracción de polo sedentario, inclusive para los inquilinos, lo que permitirá analizar más adelante las respuestas a la encuesta de motivación.

Se presentaron ya ciertas cifras sobre la distribución por categoría socioprofesional de la población activa que declara tener un ingreso regular, pero ello incluye solo una parte de la población de San Juan. Se deben añadir todas las personas que permanecen en casa y la población escolarizada que, en 1982, representa el 67,14 % de los habitantes censados y, en 1995, el 53,54 %. Aunque persista una incertidumbre sobre la representatividad estadística, por lo menos con respecto a las informaciones demográficas y a la ocupación social de la población estudiada por nuestra

encuesta, hay que constatar la clara disminución de las personas económicamente dependientes del ingreso monetario asegurado por la población activa que tiene un empleo. ¿Se lo puede interpretar como un mejoramiento de las condiciones de vida: menos personas a cargo? ¿O se trata más bien de un deterioro: más personas que deben trabajar para sobrevivir? No se lo puede saber con las informaciones de que se dispone. Sea como fuere, de la PEA casi los dos tercios son hombres (60,74 % de hombres, 39,26 % de mujeres), mientras que el 15,55 % de todas las personas estudiadas, únicamente mujeres, declara quedarse en casa. No se trata en todos los casos de ancianos o de madres de niños pequeños, y aunque la mayoría solo ha cursado la primaria o la secundaria, el 34,32 % no ha ido más allá de la primaria, a lo que se debe añadir el 7,10 % que no ha concluido este ciclo, y el 46,75 % ha terminado estudios secundarios o técnicos (2,37 %), existe un 11,24 % que ha realizado estudios superiores. Finalmente, quienes permanecen en casa, ya sean jubilados (5,43 %), niños pequeños y enfermos o discapacitados (4,78 %), representan el 10,21 % del conjunto de la población de la muestra. La proporción de las mujeres «activas» (remuneradas) que han realizado estudios superiores corresponde aproximadamente a una mujer por dos hombres (54 mujeres frente a 101 hombres). En el caso de los estudios secundarios, esa proporción aumenta a 58 mujeres por 54 hombres. En la distribución de la PEA que ha cursado únicamente la escuela primaria, las proporciones se inclinan nuevamente en favor de los hombres, pues se encuentra, curiosamente, la misma distribución en valores relativos que en el caso de los estudios superiores, es decir una mujer por dos hombres (hombres: 63,46 %; mujeres: 36,54 %). Esta última distribución es más interesante de lo que parece a primera vista, pues indica que mientras menor es el grado de instrucción de las mujeres mayor es el número de ellas que permanecen en casa, sin que ello signifique que sean menos activas pues deben ocuparse de la vida doméstica y familiar del hogar. Además, frecuentemente obtienen un cierto ingreso gracias a actividades que no se toman en cuenta como, por ejemplo, la costura o tareas domésticas realizadas donde los vecinos y no declaradas. Esto se confirma por el hecho de que solamente el 26 % de las muje-

res con un título universitario permanece en casa, mientras que tratándose de la secundaria esa cifra se eleva a más del 56 % y de la primaria a más del 75 %. Se puede entonces afirmar que a menor nivel de instrucción, mayor es el número de mujeres que permanecen en casa, lo que corresponde a un comportamiento tradicional con tendencia a desaparecer en las sociedades «modernas» si nos podemos permitir calificar de esa manera a las sociedades de los países sobre-equipados, ricos y malthusianos. Únicamente entre los comerciantes independientes hay tantas mujeres como hombres que trabajan fuera de la casa y los niveles de instrucción son comparables. En este caso también la información es significativa. Dichos comerciantes, que en contados casos han superado la secundaria, son casi siempre dueños de pequeños comercios, tiendas o puestos en el mercado generalmente manejados por una pareja. Para terminar con este análisis en cifras de la distribución sexual del trabajo, se observará que entre los ejecutivos hay 2 hombres por cada mujer, entre los empleados 4 hombres por cada 3 mujeres en el sector público (a menudo cercano a San Juan: varios ministerios y el municipio, menos exigentes en horarios y productividad y, por lo tanto, más flexibles para que las mujeres a cargo de una familia puedan adaptarse) y 3 hombres por cada 2 mujeres en el sector privado, mientras que entre los obreros manuales las mujeres son menos numerosas, una por cada 3 hombres. En la población escolar (escuelas, colegios y universidades), la distribución es perfectamente equilibrada (151/151) y no existen diferencias significativas entre varones y mujeres en ningún nivel del sistema educativo: primaria, 36/53; secundaria, 55/49; técnica, 13/13; superior, 26/28.

Sin embargo, hay que detenerse a analizar el fenómeno de la escolarización en San Juan, aunque fuera únicamente para captar claramente su importancia. En efecto, según nuestra encuesta, existen 307 personas realmente escolarizadas, que representan el 30,49 % de la población estudiada. Se trata primeramente de quienes teóricamente deberían asistir a la escuela primaria, obligatoria de los 6 a los 12 años de edad: 97 niños, es decir 9,63 % de las personas encuestadas. Sin embargo, hay 34 niños (de los cuales 10 aún no saben leer y 24 sí saben) que asisten probablen-

te a un establecimiento pre-escolar más 89 declarados escolarizados en la primaria, lo que podría significar que parte de los niños de 11-12 cursan ya la secundaria. Vienen luego los alumnos de secundaria y de los colegios técnicos, así como los estudiantes universitarios. La población que frecuenta este tipo de establecimientos suele situarse, en lo que se refiere a la secundaria, entre los 12 y 18 años de edad, lo que representaría 99 adolescentes (9,83 % de la población encuestada), pero en realidad 104 cursan la secundaria y 26 el colegio técnico (12,41 % de la población encuestada). Cincuenta y cuatro jóvenes cursan estudios superiores y residen en San Juan en parte por pertenecer al barrio, y en parte porque se han instalado cerca de su universidad (Universidad Central ubicada en el barrio vecino de Miraflores) por el período de duración de sus estudios.

Como complemento de las explicaciones anteriores, surge lógicamente la siguiente interrogante: ¿existe una diferencia notable, por sexo y categorías socioprofesionales o actividades (a excepción de las mujeres que permanecen en sus hogares), en la distancia entre el lugar de residencia y el lugar del empleo, y con respecto a los horarios?

Consideremos primero la situación global de la relación residencia/empleo, los horarios de desplazamiento cotidiano y los medios de transporte utilizados. Si se toman en cuenta todas las actividades y todas las profesiones, incluyendo a la población escolarizada, excluyendo a las amas de casa, a los jubilados, a los niños pequeños y a los discapacitados que permanecen en casa, pocas de las personas encuestadas trabajan en su domicilio (6,36 %). Entre ellas figuran los artesanos (20 % de quienes trabajan en su domicilio) y los comerciantes (46,66 % de las personas económicamente activas). El 12 % de la PEA —comerciantes, empleados del sector privado, artesanos y sus obreros, pero sobre todo los escolares (las tres cuartas partes: 74,1 %)— ejerce sus actividades en el barrio y se desplaza generalmente a pie. Salen de sus hogares entre las 7 y 8 a.m. y parte de ellos regresa a su casa para el almuerzo (especialmente los escolares, 206 de 253, de los cuales solo 63 estudian en el barrio propiamente dicho). Algo menos de un cuarto (23,79 %) de la PEA y de los estudiantes (incluyendo los universitarios) ejerce su actividad en un barrio contiguo a San Juan y el 12,02 % —entre ellos

nuevamente una mitad de escolares (47/97)— no se aleja a más de 2 km de los límites de su barrio. El 16 % recorre una distancia mayor a 2 km y de ellos, la mitad (64/129) — esencialmente comerciantes, ejecutivos y empleados del sector privado— ejerce sus actividades a más de 5 km de distancia.

Los hombres y las mujeres de San Juan que trabajan (como se ha visto, en el caso de la actividad escolar, la diferenciación sexual no es pertinente), no optan por lo mismo con respecto a la distancia a recorrerse diariamente entre su residencia y el lugar de su actividad económica. Las mujeres trabajan preferentemente bastante cerca de su domicilio: las tres cuartas partes de ellas (75,76 %) se desplazan a menos de 2 km y más de la mitad (55 %) no va más allá del barrio vecino. Se pueden imaginar las razones: las obligaciones familiares y la costumbre que permite admitir que una mujer se sienta menos responsable que un hombre de garantizar el ingreso monetario del hogar, hacen que se sienta menos obligada a aceptar un empleo a cualquier precio y en cualquier lugar. Puede esperar hasta que el trabajo ofrecido esté acorde a sus limitaciones familiares, aunque esa búsqueda de proximidad empleo/residencia implique un salario «aceptable» y necesariamente gratificante. Los hombres no tienen las mismas motivaciones (lo que, naturalmente, no significa que no las tomen en cuenta cuando establecen su relación residencia/empleo). Solo el 40 % de ellos permanece en el barrio o se dirige a un barrio vecino, mientras que casi el 44 % recorre una distancia superior a 2 km, y de ellos dos tercios se alejan a más de 5 km. Ciertamente, en este caso, las diferencias entre hombres y mujeres no son muy importantes pero sí significativas. Como ya se presentía al estudiar la antigüedad y la implantación de los habitantes de San Juan, el barrio se revela como un sector tranquilo, poblado por mucha gente de modestos recursos, muy sedentaria e inclusive casera. Por cierto, la mayoría se desplaza en autobús (55 %) o a pie (20 %, sobre todo los colegiales). Dicen que bajar a pie es fácil pero que para subir, se aprecia el autobús. Pocos, menos del 5 %, toma un taxi y menos del 13 %, ejecutivos o comerciantes, utiliza su propio vehículo en el que transporta a sus hijos a la escuela y al colegio, los mismos que regresan en autobús al finalizar las cla-

ses. Finalmente, algo menos del 8 % (7,92 %), de los cuales 4 de cada 5 son estudiantes (transporte escolar) es transportado por la empresa para la que trabaja.

Las horas pico son más marcadas en la mañana. Comienzan antes de las 7 a.m., cuando un tercio de las personas se desplaza ya a su lugar de actividad, de ellos 120 colegiales de los 196 madrugadores. En este movimiento matinal se observan dos picos: el primero, que comienza antes de las 7 a.m. y se prolonga hasta las 7:40 a.m. (en menos de una hora dos tercios de la gente, y entre ellos casi la totalidad de los escolares, han salido de su domicilio); el segundo se sitúa entre las 8:30 y las 9 a.m., momento en que deja su domicilio una segunda ola de personas, menos apresuradas, que representan una cuarta parte (25,29 %) de los migrantes diarios. Los atrasados, que salen después de las 9 a.m. representan un pequeño porcentaje, apenas algo más del 4 %. En la tarde, los regresos son muy dispersos en el tiempo. La mayoría de los habitantes de San Juan no regresa directamente, pasea, va de compras, visita a los amigos, se dedica a una segunda actividad utilitaria o lúdica. A veces llegan a casa solo dos horas después de haber salido de su trabajo y no se puede determinar una hora pico particularmente marcada. En la mañana, el tiempo de desplazamiento rara vez supera una hora. En el 20 % de los casos —de los cuales la mayoría (54,54 %) son escolares— es menor a 15 minutos, mientras que exactamente la mitad de los migrantes diarios (de los cuales nuevamente más del 57 % son escolares) demora entre 15 a 30 minutos y el resto (a excepción de unos pocos individuos) tarda más de media hora en llegar a su lugar de actividad.

Los habitantes de San Juan y su barrio, los demás barrios, los lugares de actividad comercial, la política urbana aplicada en el centro de Quito

Indudablemente, los habitantes de San Juan quieren a su barrio, aunque poco menos de la cuarta parte de ellos declara no estar completamente a gusto. Sin embargo, muchos de estos últimos hablan luego de las ventajas de vivir allí. En verdad la pregunta «Aprecia o no vivir en el barrio?» tenía dos acepciones posibles: «¿Le gusta vivir aquí?» o «Sabemos que

aprecia este barrio, pero quizás las dificultades son tales que no aprecian vivir aquí.». Esta segunda forma de entender la pregunta explicaría que tantos habitantes de San Juan constaten o afirmen que «no aprecian vivir en el barrio», para pasar enseguida a presentar todos los aspectos positivos de residir en él. Por cierto, el hecho de que algunos piensen en mudarse sin querer cambiar de barrio, refuerza esta segunda interpretación.

Sea como fuere, una sola persona lo define como un barrio de lujo. Lo que aprecian los residentes es, en orden decreciente, la buena conexión con el conjunto de la ciudad, es decir su integración (63,7 %), la excelente vista de la ciudad y sus alrededores (48,7 %), el precio no muy alto (38,3 %) y la amplitud (22,7 %) de las viviendas, el hecho de que sea un barrio barato como lo afirma la cuarta parte (24 %) de la gente y que cada uno pueda vivir tranquilamente en su casa (36 %) aunque se quejan de la carestía del barrio en un 6 % y de las viviendas en un 9,7 %, y un 12 % piensa que estas últimas son demasiado estrechas. A este respecto, se vio que el 10,45 % de la gente declara tener una vivienda de menos de 30 m², por lo que no es sorprendente que un número comparable hable de viviendas pequeñas y caras.

Por lo demás, el ambiente es calificado de agradable (35 %), limpio (19,7 %), tranquilo y bien ventilado (28,6 %), y aunque cerca de la mitad de la gente se queja de la inseguridad (47,6 %), una cuarta parte (26,4 %) afirma que es un barrio seguro.

Esta acumulación de apreciaciones positivas puede ocultar las expresiones de descontento. Sin embargo, hay críticas: a la inseguridad, reforzada por el temor a la delincuencia (asaltos, droga, robos, vandalismo, alcoholismo, etc.) de la que se queja el 9 % de la gente (parte de los que hablan de inseguridad), le sigue la contaminación del aire causada por los automóviles mencionada (sin poder hacer nada para evitarlo) por casi un tercio de los entrevistados. Cabe por cierto preguntarse a este respecto si los habitantes de San Juan solo hablan de su barrio cuando mencionan esa contaminación. En efecto, el tránsito no parece ser tan importante como para convertirse en un agente particularmente contaminante.

Vienen luego los montones de basura, la falta de higiene, dos maneras similares de expresar el mismo rechazo. Una persona de cada tres interrogadas (35,7 %) afirma verse afectada por este problema, mientras que una de cinco (20,8 %) habla de un medio ambiente desagradable. Se denuncia igualmente un vecindario desagradable (17,8 %) y el aislamiento social (10,4 %), aspectos de cierta manera emparentados y que no contradicen la promiscuidad señalada por el 8,55 % de la gente interrogada.

De esta suerte de letanía contradictoria, aunque existan más personas satisfechas que descontentas, se desprende una gran diversidad de opiniones. Esto se debe a una relativa heterogeneidad de la población del barrio y sobre todo al lugar de implantación de los informantes. Así, quienes residen cerca del mercado hablan, por ejemplo, de la basura, de olores desagradables, de higiene, mientras quienes viven cerca del antiguo Hospital Militar o del parque de los altos de San Juan señalan la delincuencia y la droga, sin poder por el momento precisar el origen de tales apreciaciones. Al parecer, en este punto, se trata en igual medida de rumores y de observación directa.

Esa dualidad, que no está ligada a la sensación inicial sobre el barrio «bueno o malo para vivir», se encuentra también en las apreciaciones relativas a los equipamientos y a los lugares cercanos, y en cuanto a los accesos que dejan mucho que desear. Así, aunque más del 59 % de los entrevistados indica la proximidad de los lugares de abastecimiento, sobre todo la calle Ipiales, o de los centros de salud (casi el 57 %), más del 52 % considera la escuela cercana (ver el movimiento cotidiano de los escolares), y más del 45 % afirma que su lugar de trabajo queda a poca distancia (ver análisis de desplazamientos presentado anteriormente), queda una pequeña cantidad que sostiene que el acceso a tales lugares es difícil (6 %) y/o que los mismos se encuentran alejados (entre 6 % y 3 %, según se trate de lugares de trabajo, de recreación, de escuelas, de centros de salud o de abastecimiento).

Como no todos aprecian el barrio, resulta interesante conocer con mayor exactitud las razones expresadas por los habitantes de San Juan para justificar el deseo de instalarse en otro lugar: en Quito, en los alrededores o aún más

lejos, en el campo, en otra ciudad de la Sierra o de la Costa, e inclusive en el extranjero. Entre los que declararon estar o no a gusto en San Juan (247 respuestas explícitas de 258 personas interrogadas, es decir un 96 %), 190 (76,9 %) lo aprecian, 41 (16,6 %) no lo aprecian y 16 (6,5 %) no tienen opinión al respecto. Una cuarta parte (25,9 %) prefiere permanecer en el mismo barrio, aunque no necesariamente en la misma casa, ya sea porque esta no les satisface o porque consideran que ese sector de San Juan presenta demasiados inconvenientes por una o varias de las razones antes mencionadas respecto a las dificultades que les llevan a afirmar no apreciar residir en el barrio. A la pregunta referente a una residencia fuera de San Juan, concretamente «¿qué barrio, qué parte de Quito o qué otro lugar le resultaría más atractivo?», las respuestas son variadas, aunque con una marcada tendencia hacia la misma parte de la ciudad (11,74 %) pero en un barrio mejor equipado como el barrio vecino América, llamado también Santa Prisca por su nombre parroquial, o más generalmente en el centro (es decir en el casco colonial: 13,8 % que optan por él escogen La Loma). Además, el 4 % desearía instalarse en Miraflores, un barrio vecino, pero mejor equipado y con la reputación de ser más seguro. Si añadimos los que «no saben», es decir quienes no han reflexionado sobre el tema porque probablemente el barrio les satisface, y los que responden «ninguno», lo que equivale a una aceptación de San Juan, constatamos que el 46,6 % de la gente interrogada no desea alejarse, o hacerlo muy poco, de la parte antigua y central de Quito. El atractivo del barrio y la proximidad del centro (cuya importancia se podrá ver en las respuestas al respecto de este último), el ser sedentario o las costumbres de vida, que finalmente viene a ser lo mismo, parecen ser los argumentos más contundentes para una importante minoría de los habitantes de San Juan.

Las otras opiniones se distribuyen al parecer más en función de la idea que se hacen los entrevistados de los demás sectores de Quito y de sus alrededores que con base en argumentos claramente justificados. Es así como el 8 % opta por uno de los pequeños pueblos o más bien, uno de los barrios nuevos asociados a uno de ellos, designados global y vagamente como «el valle». Un elevado porcentaje

(18,2 %) prefiere «el Norte» (sin precisión) de la ciudad, a lo que se añaden las opciones «nórdicas» o «meso-nórdicas» más definidas: San Carlos (4 %), Carcelén (2,8 %), el Norte rico (El Condado, El Bosque, etc., 2,4 %). El «Norte» cuenta entonces con la adhesión del 34 %, es decir de un tercio de las personas interrogadas. El Sur resulta menos atractivo: apenas el 5,3 % lo menciona, sin que la elección de los barrios sea significativa. Finalmente, algunas personas expresan su deseo de vivir en barrios lujosos como Bellavista o muy cómodos como El Batán, o incluso «en cualquier barrio porque todos valen» (2,8 %).

Sea como fuere, el deseo de cambio no es tan frecuente puesto que el 75 % de las 252 personas que contestaron a la pregunta «¿Si tuviera los medios, cambiaría de casa?» lo hicieron negativamente. Sin embargo, y contradictoriamente, 139 de las 194 personas que respondieron a la pregunta paralela «¿Cambiaría de barrio?», declararon que sí. Por lo tanto, hay que entender que el 75 % de quienes contestaron a la primera pregunta están satisfechos con su vivienda, aunque una parte no despreciable de ellos no lo está tanto con el barrio. Por cierto, el 84 % de los que aceptaron precisar el sentido de su respuesta (101/120) afirmaron desear un tipo de barrio diferente. Sin embargo, cuando se trata de explicar mejor tal opción, las respuestas se hacen más escasas (sólo 70) y muy imprecisas: 25 hablan de los alrededores, 14 del campo, 4 de otra ciudad y 14 de otro país, de los cuales 2 de América Latina, 2 de Estados Unidos (Los Ángeles), 1 de Canadá y 8 de Europa. Sus demandas principales para que el barrio vuelva a ser más habitable son la seguridad (más del 51 %) —reivindicación que se había encontrado en otro contexto—, luego la limpieza (18,6 %), el mejoramiento de las condiciones del transporte colectivo (11 %) y finalmente algunos mencionan las redes sin proporcionar más detalles. Para emprender este tipo de mejoras, la mayoría cuenta más con las asociaciones que con el Municipio que tiene muy mala fama o con el Estado que es simplemente ignorado, pese a que el 6 % hace alusión a obras públicas que deben ser realizadas, aunque sin indicar los responsables ni los recursos que las harían posibles.

Una vez expresados los deseos de una parte de los

habitantes con respecto a sus condiciones de vida en San Juan, nos pareció interesante conocer qué barrios, a excepción de San Juan, serían más atractivos para vivir y con base en qué criterios. Cada persona que aceptó responder manifestó entonces su opción, indicando hasta tres barrios o sectores de Quito en orden decreciente de preferencia. Sin embargo, esta pregunta, al igual que algunas otras, desconcertó a algunos que contestaron más en función de las modas del momento que de sus propios gustos, ya sea por falta de ideas, siendo para ellos una pregunta imprevista y sorprendente, o porque habían sido sensibles a cierto tipo de publicidad bastante agresiva. Por lo tanto, las 217 respuestas obtenidas (84 % de los entrevistados) resultaron generalmente más indicativas que significativas de un deseo verdaderamente reflexionado y dan, sobre todo, prioridad al Norte de la ciudad, al centro antiguo y a los valles suburbanos. El Norte, sin mayor precisión, parece ser particularmente codiciado (16,27 %), sumándose a ello una serie de barrios mencionados concretamente, entre los cuales los más citados son San Carlos y Quito Norte, ya escogidos anteriormente, y Carcelén (3,2 %) igualmente ya nombrado, más otros 15 citados una o dos veces, lo que eleva el porcentaje a 41. El Norte, con o sin precisión, es citado además 105/261 veces (40 % de las respuestas) en segundo o tercer lugar. Este entusiasmo se basa en una reputación de mejor organización y mayor seguridad de esa parte de la ciudad considerada, además y con razón, relativamente nueva (construida hace menos de una generación, generalmente 30 años). El centro, sin más precisión, tiene una importante representatividad con los barrios América y Santa Prisca (6,45 % en primer lugar, 9,58 % en segundo y tercer lugar), La Loma, San Marcos y La Tola (4,61 % en primer lugar, 4,61 % también en segundo y tercer lugar) y finalmente algunos otros sectores del centro y de los barrios antiguos asociados a él según el criterio usual de la gente. El porcentaje final para el centro alcanza 14,75 en primer lugar, 17,25 en segundo y tercer lugar. Dos barrios, Miraflores y La Gasca, ocupados por la clase media acomodada y ubicados cerca de San Juan, son también opciones bastante frecuentes. A ellos se puede agregar La Vicentina, un poco más alejado y modes-

to, aunque con muchos puntos en común con San Juan en lo que se refiere a su población. Los tres, siendo Miraflores la opción de dos tercios, ocupan el primer lugar en preferencia para casi el 14 % de los habitantes interrogados y, un segundo y tercer lugar, para el 9,58 %. El Sur interesa apenas a un 7 % (primer lugar de preferencia) y a un 8,8 % (segundo y tercer lugar) de los entrevistados. Si se consideran los barrios de otra manera, menos geográfica, se observa que los habitantes de San Juan, probablemente conscientes de sus medios, aprecian los barrios donde reside una clase económica comparable a la suya o una clase un tanto más acomodada, como es el caso de La Vicentina, La Floresta, La Villaflores o Atahualpa y algunos otros barrios con una población similar, los mismos que representan el 13,8 % de las opciones en primer lugar de preferencia.

En cuanto al barrio que sin merecer su preferencia es el más representativo de Quito, la opción masiva recae en el Centro Histórico, que reúne 108 respuestas de 273, es decir casi el 40 %. Si se elimina a quienes no opinan, este porcentaje alcanza 48 (108/225). Viene luego —el chauvinismo lo impone— San Juan con casi 22 % de las respuestas circunstanciadas. Si se toma todo o parte del centro y de los barrios asociados (San Juan, La Loma, La Tola, San Marcos, etc.), el conjunto representa 195 de 225 respuestas. Es así como para un 87,6 % de los habitantes de San Juan, el centro en su totalidad o en partes es el barrio más representativo de Quito. Las razones de tal convicción son en primer lugar la antigüedad, el valor histórico del barrio (o su valor patrimonial) y la tradición: la mitad de las respuestas explícitas, es decir 39/80, y si añadimos la arquitectura que es también un valor patrimonial, 48 de 80 respuestas (o el 60 %) se refieren a la dimensión de testimonio de la historia y de la antigüedad de la ciudad, hecho nada sorprendente, pues el discurso oficial se une, en este caso, al entusiasmo de la gente por su ciudad.

Tal entusiasmo se traduce en una apreciación claramente declarada, ya que de 215 respuestas, 175 (81,4 %) afirman que «la conservación y la rehabilitación del Centro Histórico» son algo bueno o inclusive muy bueno (alrededor del 22 %). Junto a 11 entrevistados que no tienen una

idea al respecto, existen también 23 personas que opinan negativamente (10,7 %), lo que refleja una visión que niega la historia: «Se debería botar todo» o algo menos radical, «Estoy opuesto a los grandes gastos en el centro histórico», o incluso un cierto disgusto, «Están dañando lo que Quito era antes», «deberían preocuparse de cosas más importantes», «está mal dirigido, lo están destruyendo», «hay demasiado desorden», etc.

Una vez más, las respuestas positivas hacen referencia primeramente a la dimensión histórica (30,6 %), pero también un 12,2 % reclama más acciones, sin precisar cuáles, un 10,2 % habla de una imagen muy representativa de Quito y en 3 rubros, cada uno con 8,2 % de las respuestas, se afirma que es «necesario y fundamental», que «no debe desaparecer», que «es bueno para el turismo y la convivencia». Vienen luego una serie de contestaciones poco numerosas: «para una mejor planificación», «para que se extienda a otros barrios», «para apreciar el colorido, el movimiento, la animación». Entre las opiniones positivas existen sin embargo algunos «peros»: «Debería ser un barrio exclusivamente peatonal», «es un caos, un desorden en el transporte y el tránsito», «los recursos deberían reservarse para algo más importante». En realidad, muchos aprecian la conservación del centro pero no están de acuerdo con la manera de realizarla.

Sea como fuere, de las 142 respuestas a la pregunta «¿Quién financia estas operaciones?», el 8,45 % no sabe, el 62,7 % responde que es esencialmente el Municipio, el 12,7 % que es sobre todo el Estado, el 5,6 % menciona las organizaciones internacionales, el 3,5 % habla del Fondo de Salvamento y el 3,5 % cita a los contribuyentes. Algunos mencionan también la contribución de los propietarios, la asistencia de organizaciones no-gubernamentales y la colaboración o la no colaboración de no se sabe quién.

Ahora bien, mientras el centro, su representación, su significación y la política de conservación y rehabilitación son bien conocidos, no sucede lo mismo con respecto al funcionamiento económico de la ciudad. Cuando se pregunta a los habitantes de San Juan si existe en Quito uno o varios centros de negocios, no entienden la pregun-

ta o, si la entienden, declaran no saber. Sin embargo, 220 personas contestaron, de ellas el 88 % afirmando conocer un centro de negocios, e inclusive varios, pero para ellas se trata de un centro de comercio de todos los días y siempre citan el mercado en el que se abastecen. Es así como 101 respuestas (46 %) mencionan el Tejar o la Ipiales y 21 (9,5 %) otros mercados. Sin embargo, algunos comprenden la pregunta de una manera más amplia, en el sentido de un barrio en donde se puede encontrar de todo en los almacenes. Es el caso cuando el 11,4 % se refiere al centro, del cual se sabe que es un inmenso barrio comercial similar, *mutatis mutandis*, al bazar de los países turcos o persas del Asia. Puede ser el caso igualmente de la Colón, La Mariscal, La Carolina e Ñaquito que son mencionados, uno u otro, 53 veces (24 %), sin que sea posible saber si se hace referencia verdaderamente a un *central business district* o solamente a un barrio con un comercio particularmente activo, lo que la mención de Ñaquito hace suponer. Se vuelve también a encontrar el «eterno» Norte que parece fascinar a algunos. En el caso de las respuestas explícitas, siempre se alude (a excepción de un caso que habla del lugar «en donde está el poder», ¡nombrando a Ñaquito!) a las compras diarias o la actividad comercial aparente: en donde «se encuentra de todo», «hay mucho movimiento», «es menos caro» (25 %), etc.

Si se trata de precisar la existencia de uno (o varios) centro(s) administrativo(s) y su ubicación, las respuestas son más claras: 74 no responden a la pregunta, 19 dicen no saberlo (10,3 % de los que responden), 25 (13,5 %) contestan negativamente y 141 (76,2 %) afirmativamente. De estos últimos, 99, es decir más de la mitad (53,5 %) lo(s) localiza en el centro, y más exactamente en la Plaza Grande. Al responder de esta manera, piensan en primer lugar en el Municipio, lo que es muy interesante pues comprueba que para los habitantes de San Juan, los problemas de la ciudad, los de su vida cotidiana y rutinaria son más importantes que los del país. Se citan igualmente otros dos barrios con bastante frecuencia: La Mariscal (19 %) donde están ubicados los ministerios y La Alameda (3,2 %) donde se encuentra el Congreso.

Esta encuesta de opinión habría sido incompleta si no se hubieran planteado dos o tres preguntas adicionales sobre el funcionamiento del barrio y de la ciudad. Así, se escogieron, por un lado, la participación en las organizaciones barriales y las obras que deberían emprenderse prioritariamente en el barrio, y por otro, los lugares a los que se dirige la gente durante el fin de semana. Se averiguó también si se conoce la existencia de un reglamento urbano y de qué trata o, en el caso de no existir, lo que debería ser en su opinión. A esta última pregunta, el 18,3 % respondió afirmativamente, el 18 % no lo hizo y el 63,7 % lo hizo negativamente. Es evidente que a nadie le interesa. De los 247 entrevistados, 31 no saben para qué puede servir un reglamento urbano, 4 vacilan, 13 tienen una opinión favorable, 2 una opinión desfavorable y los demás no responden.

Existe un mayor interés por las asociaciones aunque el 83 % admite no participar en este tipo de actividades barriales. Si se añaden aquellos que no respondieron, el porcentaje aumenta a 87. Sin embargo, 22,5 %, es decir un tanto más que en el caso de las asociaciones barriales, afirma participar a veces en una minga. Los demás participan en la vida de las asociaciones sobre todo en el marco de la preparación de celebraciones tradicionales: Navidad, la fiesta del barrio, las fiestas de Quito. Evidentemente, no existe un rechazo de este tipo de actividades: el 85,4 % las aprueba y solamente 17 personas pretenden que «no sirve para nada». Las opiniones más frecuentes expresan que es conveniente «para las normas» (sic) o para «mejorar la ciudad» (48 %), que es bueno «para vivir» pues «facilita las relaciones sociales» (4 %), que es útil para los «equipamientos» (16,7 %) sin que se sepa lo que ello significa exactamente. Ciertamente, se ha visto varias veces a lo largo de análisis de esta encuesta que la gente cuenta más con las asociaciones que con el poder público en lo que se refiere a aspectos de seguridad. Sin embargo, en estos casos se trata de asociaciones para vigilancia o, quizás, de autodefensa, aunque nunca se empleó este término.

Por cierto, una vez más se encuentra el problema de la seguridad ya que la acción pública prioritaria consiste en solucionarlo como lo demanda el 31 % de la gente. Siguen el transporte (14,9 %) y la infraestructura y las redes

(14,4 %). Luego se menciona el aseo del barrio (9,45 %), seguido de su mejoramiento, los terrenos de juego para los niños, los espacios verdes y, sorprendentemente, «leyes de la ciudad», una cancha deportiva, etc. En resumen, se trata de todo lo reivindicado o reclamado por la mayoría de las personas entrevistadas, en las respuestas sobre lo que piensan de la vida en su barrio.

Decididamente, la gente de San Juan es sedentaria. La mitad se queda en casa el fin de semana (49,35 %). Los que salen, visitan a la familia (16,4 %), a los amigos (15,6 %), pasean en el barrio o en un barrio vecino (28,1 %), pero la mayoría (54 %) prefiere esencialmente descansar. De los que dejan su casa, el 37,5 % sale de Quito para dirigirse, sobre todo, al valle (42 %) y a veces a las provincias. Generalmente, los medios de transporte son limitados ya que menos de un tercio de las familias posee un vehículo propio (30,4 %).

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de San Juan

Como recapitulación, vale la pena precisar el perfil, no arbitrario pues se basa en 258 entrevistas, aunque aún bastante superficial, del habitante de San Juan. Es evidente que tal personaje no existe, aunque sí su sombra. Vive en un barrio que bordea al Centro Histórico, en fuertes pendientes, bien ventiladas y con una vista magnífica, aunque difíciles de subir, cargado de compras, por escalinatas interminables, al regreso del mercado.

Lo que pasa es que comienza a envejecer. Alojado en condiciones aceptables en su casa o departamento, practica una economía doméstica calculada con base en la relativa modestia de sus ingresos y en función del uso de un territorio limitado. Así, desplazándose los días laborales, en autobús o a pie, entre las siete y ocho de la mañana, para ejercer sus actividades económicas o sociales, nunca se aleja mucho. Por la noche regresa tranquilamente, aprovechando las últimas horas del día para hacer sus compras, ver a sus amigos, saludar con el tendero de la esquina, hacer algo de deporte o simplemente pasear.

En casa lo esperan su mujer y sus hijos. Ciertamente, para equilibrar el presupuesto, a menudo su mujer se ve

obligada a tener un empleo, aunque siempre está en casa cuando él vuelve. Este comportamiento regular, casero y sin sobresaltos, le satisface por lo que uno de cada dos fines de semana permanece en casa para dedicarse a sus ocupaciones domésticas, a no ser que decida distraerse visitando a sus parientes, donde sus amigos o en un paseo por el valle. En ocasiones, se traslada también a la provincia aunque no es tan fácil pues rara vez posee vehículo propio.

Aprecia mucho su barrio y el Centro Histórico del que se enorgullece. Es el lugar preferido de su vida de ciudadano, donde va al mercado, pasea el domingo, sueña con la bella casa que tendrá algún día en el Norte de la ciudad donde, como se dice, todo es más cómodo, más limpio por ser más nuevo —pues su barrio, con más de cien años encima, se deteriora ante la indiferencia del poder municipal—. mejor cuidado y menos expuesto a las fechorías de los borrachos, vándalos, drogados y ladrones que una policía casi inexistente no logra controlar. Hay que decir que con la edad añora los viejos tiempos, los idealiza y cree recordar que antes había más solidaridad. Sin embargo, reconoce de buena gana que no es muy activo, que aprecia las asociaciones barriales, aunque de bastante lejos, salvo en el momento de las fiestas tradicionales, las de Quito y la Navidad en especial, ocasiones en las que sí participa.

De hecho, sigue viviendo como si la ciudad no tuviera más de 200 a 300.000 habitantes y como si estuviera aún confinada dentro de un perímetro de unos pocos kilómetros de radio, sin pasar de Chimbacalle y Atahualpa al Sur, la Floresta y la Vicentina al Este, La Carolina al Norte. En ello se origina su interés por la conservación y la rehabilitación del centro, su principal referente geográfico, y también su ira ante la manera —no bien asimilada por él— como se está cambiando su funcionamiento. Ello trastorna sus hábitos. Por cierto, ¿quién logra entender la política urbana actual, la única que podría interesarle, si la información es tan mal difundida? Se le pregunta si conoce la existencia de un centro de negocios. Claro que lo conoce, ya que en el centro, generalmente en la Ipiales y a veces en la Mariscal, hace todas sus compras.

¡Y el Municipio! ¿Qué se puede esperar de él si no da mantenimiento a las calles, se ocupa solo a medias del

aseo del barrio y no piensa en mejorar los medios de transporte de proximidad? Es evidente que se ha olvidado de la existencia de barrios tranquilos y honrados como San Juan que merecerían una mejor atención. Hay que decir que los habitantes de San Juan no son gente amenazadora, no son invasores de tierras prohibidas a la urbanización, ni constructores de barrios marginales que luego deben ser integrados, cueste lo que cueste, al conjunto de la ciudad para evitar conflictos demasiado violentos. Tampoco son nue-

vos ricos, influyentes, que puedan conseguir los equipamientos más modernos y todas las facilidades económicas de vida con que cuentan los lujosos barrios del Norte. En resumen, ¿por qué el Municipio se preocuparía por gente que paga sus impuestos y vive tranquila y bien instalada?

El habitante de San Juan añora el pasado, sueña con mudarse si tuviera los medios y piensa que sus hijos, cuando sean adultos, se establecerán en esa parte de la ciudad, mucho más moderna, que él conoce poco y «de oídas».

3 • Chimbacalle

Situación, sitio y límites

Ubicado 3 km al Sur de la Plaza Grande (casco colonial), el barrio actualmente identificado por el Municipio como Chimbacalle se desarrolló esencialmente entre 1921 y 1946, según lo revela la lectura de los planos y documentos cartográficos que datan de esos años. Era en ese entonces uno de los nuevos barrios obreros que se formaban a la entrada sur de Quito, cercanos a la vía férrea y al camino que llegaba de Guayaquil. El crecimiento de la capital desde mediados de siglo, y más aún desde los años 1970, modificó considerablemente la localización relativa de esta parte de la ciudad que en la actualidad es central. En efecto, la extensión de la red vial, la calidad de las vías y la implantación, muy reciente (1996), de una línea de trolebús con vía propia han acercado este barrio y sus vecinos a los espacios urbanos dedicados a las funciones centrales de administración, comercio y negocios.

Su sitio, como casi siempre es el caso en Quito, incluye pendientes débiles y una pequeña parte del fondo de la depresión sinclinal. Dos avenidas, la Napo y la Paredes de Alfaro, a las que llegan todas las calles vecinales de este barrio, lo enmarcan y delimitan con precisión. Al borde, separándolo de la Villa Flora, pasa la avenida Pedro Vicente Maldonado (nombre que toma la Panamericana Sur a su entrada en la capital), uno de los ejes que garantizan una buena integración urbana de esta parte de la ciudad. La vía férrea Quito-Guayaquil (por la Sierra) y este eje vial de penetración generaron, en los años 1920-1930, una zona industrial al Sur del Panecillo. Chimbacalle es uno de esos barrios populares cuya aparición y crecimiento acompañaron, entonces, la creación de esta zona de actividades productivas.

Sin embargo, la nueva delimitación adoptada por el Municipio al implantar el SUIM y crear la BDU que este utiliza y los ajustes requeridos por las técnicas informáticas que fueron el corolario, son la causa de cierta confusión en cuanto a la denominación de este barrio. En efecto, los sucesivos planos editados por el IGM, incluido el de 1991, designan a este mismo sector con el nombre de Chiriyacu y, en su parte baja, Eloy Alfaro. Así, el Chimbacalle estudiado en las láminas N° 27 y 33 del AIQ, barrio que los responsables del proyecto EBAQ pensaban haber escogido como representativo de un conjunto de barrios con las mismas características sociales y urbanas (ver MAXIMY (de), R.; SOURIS, M.: *Tentativa de definición de zonas urbanas homogéneas*, lámina N° 34 del AIQ), ya no corresponde al aquí tratado. Esto impone una aclaración de nuestra parte pues las nuevas apelaciones y límites de ciertos barrios bastante antiguos (de al menos medio siglo de existencia) no corresponden verdaderamente al espacio definido, con el mismo nombre, por el uso de los ciudadanos que lo practican. Ya nos enfrentamos a este problema en el caso de San Juan (capítulo 2). Es por ello que hemos modificado un tanto los límites de nuestro estudio, incorporando 11 manzanas en la parte norte que, para los habitantes parecen formar parte de él, pero que el Municipio ha excluido. Así, se abordará entonces el barrio Chiriyacu, tal como está identificado en el plano del IGM de 1991.

Sea como fuere, se trate del Chimbacalle de los planos del IGM o del escogido por el Municipio en la actualidad (Chiriyacu y Eloy Alfaro del IGM), el dibujo de la división predial, su análisis y la distribución de las edificaciones en los predios son muy similares: predios rectangulares, pequeños

(alrededor de 200 m²) a medianos (de 350 a 400 m²) con una estrecha fachada (que puede ir de 4 a 20 m) que da directamente a la calle y una profundidad generalmente de 22 m. En cada predio existen 2 y hasta 3 edificaciones, aunque se pueden encontrar algunos ocupados por una sola casa. Son barrios relativamente antiguos, bastante bien consolidados, de hábitat modesto, inmuebles de uno a tres niveles, rara vez de más y nunca (con una excepción, un edificio de 6 niveles en el borde meridional del barrio) de más de cinco. Casi todas las casas que se construyeron a inicios de los años 1920, o las pocas casas de campo anteriores a ellas, han cedido su lugar a una segunda e incluso a una tercera generación de construcciones, distinguiéndose cada época por su estilo y sobre todo por el material de las paredes que ha predominado cada vez: el adobe de los inicios, el hormigón armado actual, pasando por una utilización abundante, y que se perpetúa, de bloques de cemento, y pocas edificaciones de ladrillo.

Las comparaciones entre el barrio de Chimbacalle identificado en el AIQ en 1990 y aquel que abordamos ahora, pueden parecer abusivas por las razones enunciadas. Sin embargo, se puede matizar aquello admitiendo que no son pertinentes tratándose de datos en bruto, pero que lo siguen siendo con datos relativos. En efecto, aunque el estudio anterior (AIQ, láminas N° 27, 33 y 34) se refiere a un sector vecino, lo que no permite una comparación cifrada correcta entre ese estudio y nuestra encuesta de 1996, no por ello existen diferencias estructuralmente significativas entre los dos barrios yuxtapuestos. Por ello, retomaremos lo que se escribió en el Atlas de Quito (1992) afirmando que no es aberrante considerar que el Chimbacalle de 1982 y de 1987 (datos analizados en el atlas) permite hacerse una idea aceptable de una cierta evolución del conjunto de barrios de la zona (entre ellos el actual Chimbacalle) considerado con toda la prudencia necesaria.

Veamos lo que se decía entonces.

Barrio medianamente equipado, pero correctamente integrado, Chimbacalle no goza sino de un atractivo moderado (MAXIMY (de), R.; SOURIS, M.: AIQ, lámina N° 34). Surgido en los primeros decenios del siglo que termina, no es un barrio fortuito aunque su plano muestre cierta fantasía en

el trazado, que combina algunas calles circulares, que rodean a un estadio, con otras sinuosas que se adaptan al relieve. Se inscribe en el movimiento de urbanismo intencional que marcó a esta parte de la ciudad.

Densamente ocupado (406 hab./ha), allí se vive más estrechamente que en San Juan, puesto que 4 personas disponen de algo menos de dos piezas. En valores relativos, los empleos son pocos, ocupando al 57 % de las personas en edad legal de trabajar. Las condiciones de confort son mejores, y el agua y los baños más frecuentes dentro de la vivienda. La distribución de la población por sexo y edad es en cambio rigurosamente idéntica en los dos barrios, pero esta información se refiere a una población insuficiente como para aventurar una explicación racional cualquiera a este nivel de análisis. Sin embargo, se encuentra el aumento de las clases de jóvenes adultos que ya se observó en San Juan, en el censo de 1982, aunque en Chimbacalle este fenómeno se manifiesta desde la población de 15-20 años y tal vez se deba ver en ello el efecto de una migración: un 30,6 % de menores de 15 años, un 43,3 % de menores de 20 años. Joven en 1982, esta población es, además, sobre todo obrera (el 35 % de la PEA está constituido de trabajadores manuales). Se cuenta un 22 % de artesanos y obreros calificados sin distinción, pero la clase de los obreros sin calificación, manufactureros generalmente, representa por sí sola el 19 %. Como comparación, en el censo de 1982, los obreros sin calificación representaban el 13,5 % de la PEA. La cercanía de una zona industrial explica esta distribución. Pero existe otra divergencia: si bien hay igual cantidad de actividades de servicio censadas que en San Juan, los comercios son más modestos y menos numerosos. Se encuentran sin embargo dos veces más pequeñas tiendas (una por cada 97 habitantes, mientras que en San Juan hay una por cada 192 habitantes, lo que se explica por la cercanía del mercado de Ipiales) e igualmente numerosas puertas cerradas que podrían indicar una relativa pérdida de favor del ejercicio de actividades económicas.

Así, en Chimbacalle, ya en 1982 y aún más en 1987, nos encontramos ante una situación de «modernidad» como en tantas otras ciudades del planeta. El mejoramiento de los medios de desplazamiento en las ciudades, de la po-

sibilidad de conservación de los víveres perecederos comercializados y la marcada aceleración de la carrera a la productividad a través de economías de escala, y por lo tanto la concentración de los lugares de venta, en especial de productos de consumo corriente —incluso en Quito donde la importante inercia socio-cultural frena ese movimiento capitalista—, explican que actividades comerciales que atienden solo al barrio disminuyan (numerosas puertas cerradas son al parecer testimonio de antiguos almacenes). Las tiendas constituyen en este caso una excepción pues van de la mano con una relativa «cautividad» de los usuarios de Chimbacalle que en su mayoría no utilizan para desplazarse sino buses lentos, poco confortables, con frecuencias inciertas y que solo pasan al borde del barrio (aún en 1987), lo cual solo incita moderadamente a abastecerse en los centros comerciales o supermercados en cuanto están relativamente alejados. En cambio, la actividad comercial de San Juan, al menos en su parte baja (calle Venezuela) participa plenamente en la vida económica del centro.

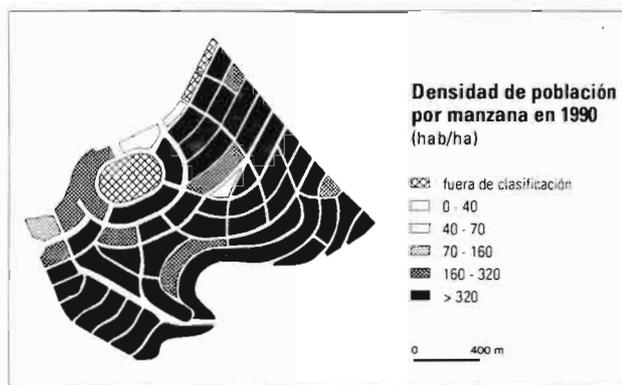
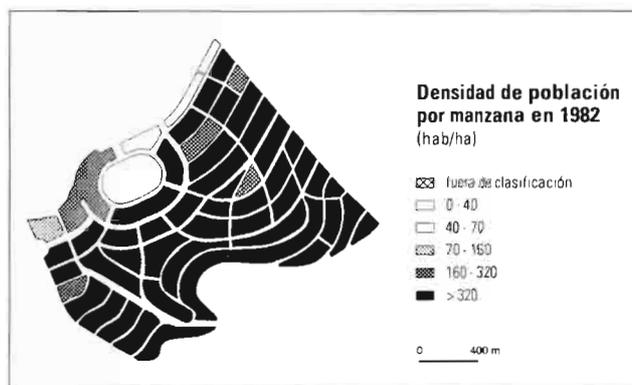
Para terminar con estos datos antiguos, el Chimbacalle de 1987 está bien equipado en establecimientos escolares: 9 escuelas y 2 colegios. Las tres cuartas partes de los niños en edad escolar asisten a clases en el barrio.

Análisis de los mapas de la densidad de la población, de las viviendas por manzana y de la cohabitación

Elaborados a partir de los censos de 1982 y 1990, los mapas de densidad de la población y de las viviendas por manzana, al igual que aquellos del número de personas residentes con relación a la cantidad de piezas habitables disponibles por manzana, permiten una primera aproximación a las condiciones de hábitat en Chimbacalle. En 1982, la mitad de las manzanas (25/46 es decir el 54,3 %) — la comparación cartográfica se realiza entre los censos de 1982 y 1990, con base en representaciones del barrio considerado actualmente por el Municipio como Chimbacalle — muestran una densidad que supera los 480 hab./ha, el 32,6 % (15/46) acogen entre 320 y 480 hab./ha, dos manzanas no cuentan con viviendas (un estadio y los equipamientos anexos) y 3 de las otras 4 tienen una densidad de 160 a 320 hab./ha, situándose la última en la clase de 78 a 160 hab./ha. Se tra-

ta, en el caso de Quito, de fuertes densidades que se explican por la existencia de familias relativamente numerosas y con bajos ingresos garantizados por una población de obreros, pequeños comerciantes y modestos empleados quienes, entre todos, representan en 1982 más de cuatro quintos de la PEA. En el censo de ese año, estas densidades se encontraban solo en San Carlos (grandes multifamiliares) y, precisamente, en ciertos barrios relativamente antiguos y bien consolidados del centro-Sur tales como la Villa Flora, Chiriyacu, El Camal, Chaguarquingo o Quito-Sur (MAXIMY (de) R., lámina 10, *Densidades de población*, y lámina N° 14, *Cohabitación*, AIQ).

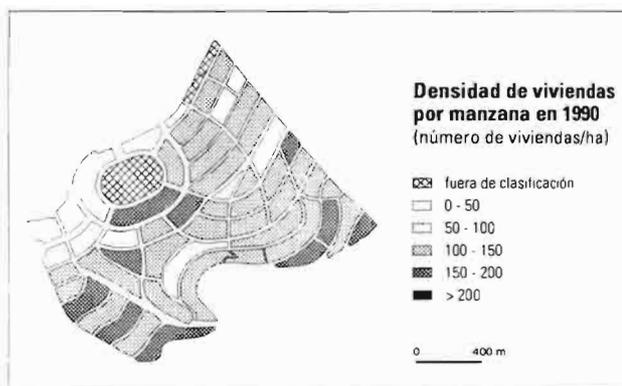
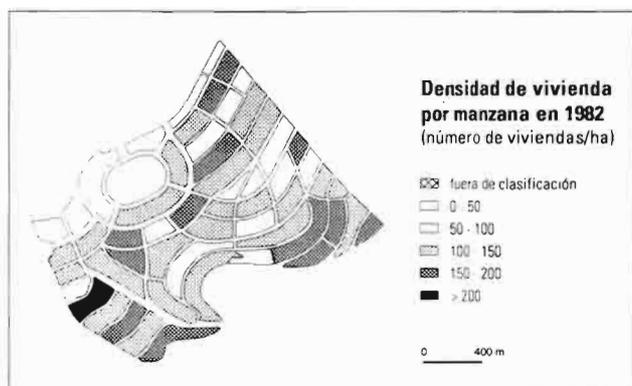
En 1990, siendo aún un barrio de fuerte densidad de poblamiento, la situación de Chimbacalle se ha modificado considerablemente. En ese año, existen 14.217 personas que viven en el barrio y se distribuyen en 3.857 viviendas, lo que significa un promedio de 3,7 ocupantes en cada una o, para decir algo con sentido humano que no distribuya porciones de hombre, 37 personas por cada 10 viviendas. En 1982, en el barrio vecino, bastante similar, se contaban 43 personas por cada 10 viviendas. Así, razonablemente, se puede pensar que en Chimbacalle, donde las condiciones de vida son básicamente las mismas, ha habido un cierto mejoramiento entre los dos censos, pero nada realmente espectacular, un 16 %. Es lo que refleja el mapa de densidad por manzana de 1990, comparado con el de 1982. El número de manzanas que acogen a más de 480 hab./ha pasa de 25 a 19, lo que representa una disminución de un cuarto. En cambio, 5 de las 6 manzanas que ya no se encuentran en la clase de mayor densidad están en aquella que le sigue inmediatamente (320-480 hab./ha) y se trata precisamente de eso pues todas las manzanas de fuerte densidad en 1982 que han cambiado de clase se encuentran en la inmediatamente inferior. Esto puede interpretarse probablemente como una prueba de sedentariedad, encontrándose la misma gente, a 8 años de intervalo, en las mismas viviendas, o al menos en las mismas manzanas, pero con una población residente en disminución: muerte o partida de algún miembro de la familia. Sin embargo, no se trata sino de una hipótesis que el análisis de los mapas de densidad de viviendas/ha por manzana y del número de piezas habitables disponibles por persona de-

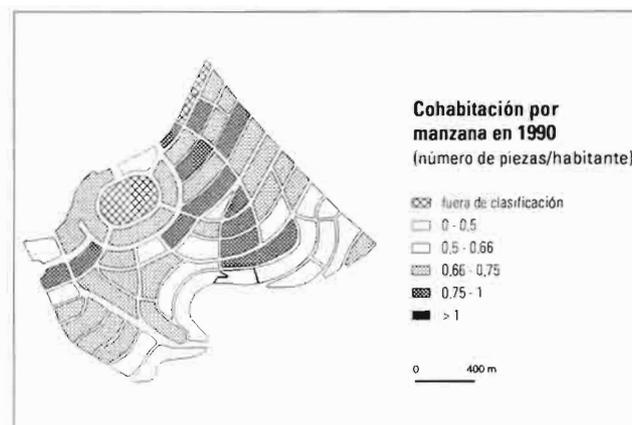
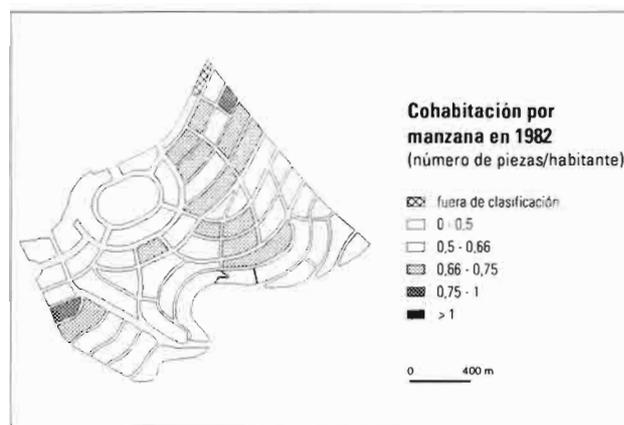


bería permitir verificar o invalidar. La variación observada según la localización de las manzanas no es significativa, al menos que en las manzanas que han perdido población haya habido, entre los dos censos, un cambio estructural del tipo de hábitat... Ahora bien, como lo dejaban entrever las variaciones de densidad de población, hay en efecto una disminución del número de viviendas/ha por manzana. Ciertas manzanas en las que se situaban algunas viviendas, parecen estar vacías, pero apenas se trataba de algunas piezas habitadas en donde se alojaban, con su familia, guardianes de bodegas o de espacios públicos. En cambio, las clases de manzanas que contaban con 120 a 150 y 150

a 200 viviendas/ha presentan una considerable disminución, del orden del 21,4 y 12,5 %. Pero la clase que muestra el más claro mejoramiento es aquella de 90 a 120 viviendas/ha. Comprende las manzanas que se encontraban en las clases de fuerte densidad en 1982, aumentando así el número de manzanas que abarca en un 35,3 %. Esto significa el abandono de numerosas pequeñas viviendas, e incluso de piezas aisladas que se unen nuevamente a la vivienda de la habían sido separadas.

Los mapas de cohabitación que representan la relación entre las piezas habitables y sus ocupantes dan testimonio igualmente de mejores condiciones de hábitat. En





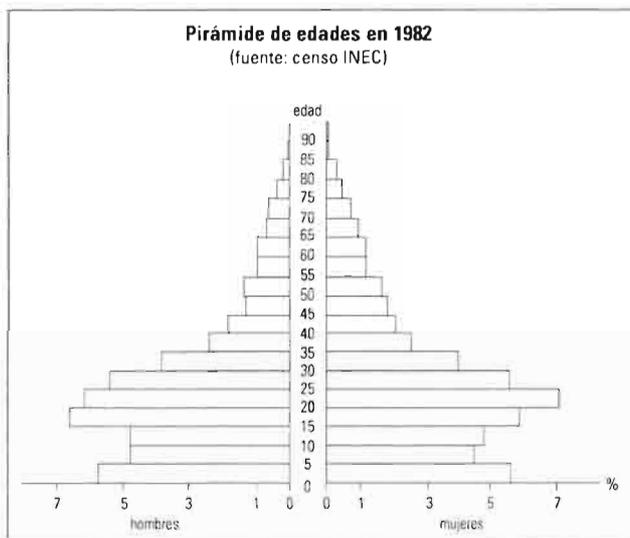
1982, apenas se contaban dos manzanas en las que, en promedio, en cada vivienda, 4 personas vivían en 3 ó 4 piezas, es decir en condiciones de cohabitación estrechas pero no excesivamente. En las demás manzanas la situación era claramente más deficiente, puesto que 13 de ellas no ofrecían sino 2 piezas por 3 personas o 3 piezas por 4 personas, y 34 (69,4 %) tenían apenas 1 pieza para 2 personas o, en el mejor de los casos, 2 piezas para 3 personas. En 1990, la situación mejora considerablemente: 3 manzanas presentan viviendas que, en promedio, ofrecen una pieza por persona o, en el peor de los casos, 3 piezas por 4 personas. Las que poseen 2 piezas por 3 personas o 3 piezas por 4 personas, se duplican en número (24 en 1990, 13 en 1982) y aquellas que no pueden sino ofrecer una pieza por 2 personas, o 2 por 3, pasan de 34 a 15, lo que significa una variación del 66 %. Son las manzanas de la parte alta de Chimbacalle, las que, al estar bastante mal atendidas, son las menos bien integradas al conjunto quiteño, las menos confortables, con una fuerte densidad, numerosas viviendas estrechas y poco espacio privado para cada uno, y las que menor variación han experimentado de un censo a otro.

La demografía de Chimbacalle

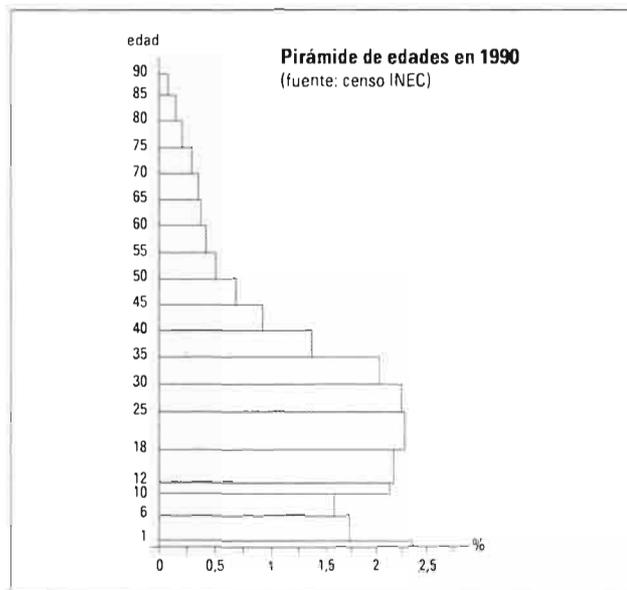
Para 1982, disponemos de la pirámide de edades (por estrato de 5 años), distribuidas según el sexo y por lo

tanto también del índice de masculinidad por clases de edad, de la población del antiguo Chimbacalle (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: lámina N° 33, *Clasificación y análisis de barrios*, AIQ). Formulamos la hipótesis de que ese vecino del barrio Chiriyacu, actual Chimbacalle, compartía con él características demográficas similares. En efecto, esos dos barrios surgieron y se desarrollaron en la misma época, por las mismas causas y en un mismo sitio. Así, sería sorprendente que su población, obrera y de idénticas costumbres, no tenga comportamientos demográficos semejantes por no decir iguales. Es por ello que expusimos aquí sucintamente algunos aspectos del antiguo Chimbacalle, invitando a considerar que lo que se afirmaba podía aplicarse igualmente a Chiriyacu, que corresponde al Chimbacalle estudiado en el proyecto EBAQ.

La pirámide de 1982 revela una población que aparentemente envejece pero que comienza nuevamente a reproducirse a fines de los años 1970 e inicios de los años 1980, si damos crédito al estrechamiento de las clases de menos de 20 años que se va acentuando hasta el estrato de los menores de 5 años, el mismo que, entonces, da testimonio de un inicio del repunte. Sin embargo, en 1990, si bien las diferencias entre clases de edad parecen menos marcadas, se confirma la tendencia a una desaceleración de la natalidad, la misma que indica, esta vez, un envejecimiento estructural de



la población, pues la generación en edad de procrear ya no garantiza su entera renovación. Sin embargo, este análisis no es satisfactorio, en especial en la interpretación de la pirámide elaborada a partir del censo de 1982. En efecto, que las clases de 5 a 20 años presenten un déficit aparente sería acertado solo si estuviéramos ante una población sedentaria que no recibe migrantes, y sabemos que no es el caso. El *boom* petrolero de inicios de los años 1970 provocó un poderoso movimiento migratorio hacia Quito. Podría ser entonces que no sean las clases de jóvenes las que presentan un déficit sino que aquellas de 20 a 35 años han crecido debido a un aporte migratorio excepcional. Así, la clase de los menores de 5 años, que ensancha la base de la pirámide, sería el fruto del aporte de esos nuevos migrantes a la producción natural de la población anterior. Consecuentemente, si ese fuera el caso, no sería un inicio de envejecimiento lo que refleja la pirámide de 1982. Sin embargo, pese a lo que acabamos de suponer, tal envejecimiento parece probable a más largo plazo, pues las costumbres han cambiado con la difusión de los procedimientos contraceptivos que, en este punto, va de la mano con

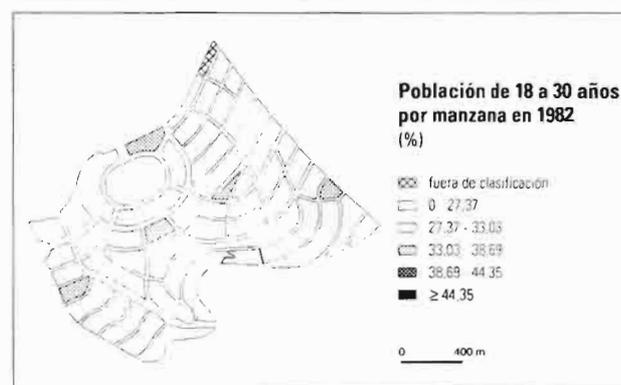
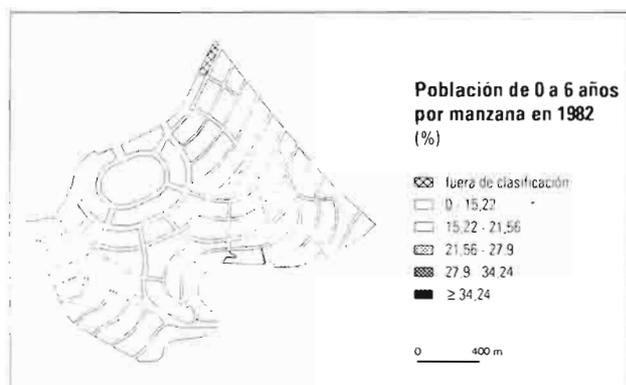
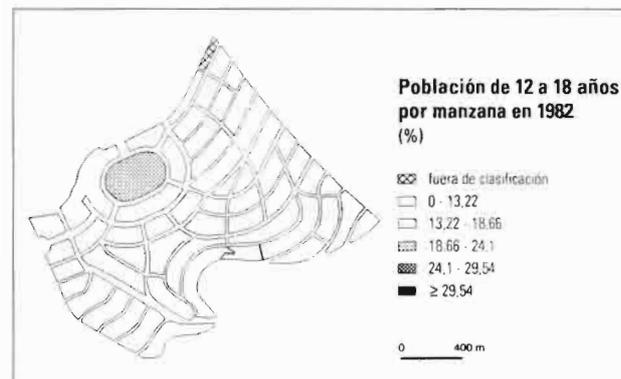
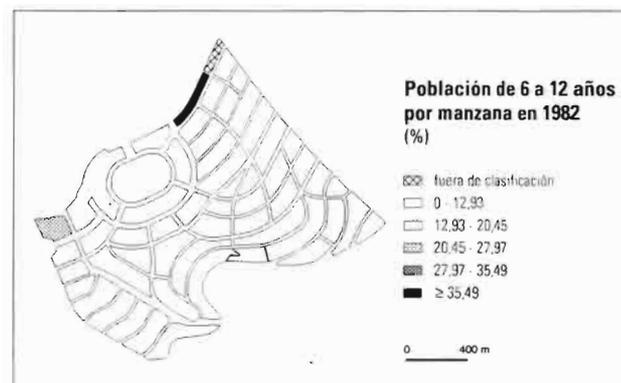


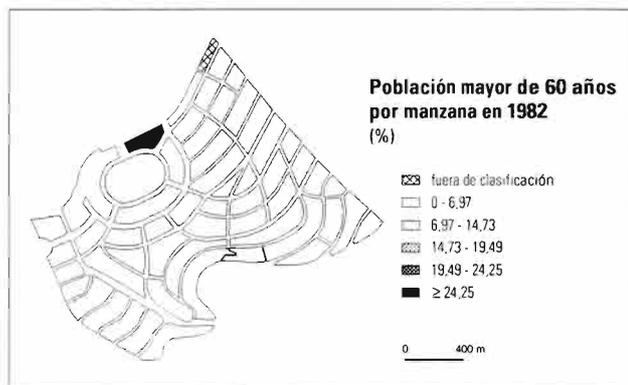
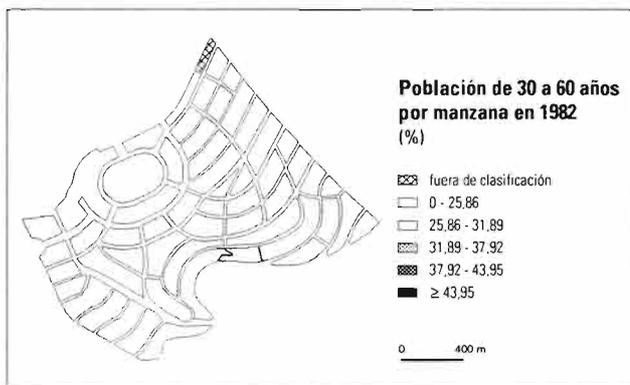
el progreso en la educación. Y es eso lo que refleja el histograma de 1990. En efecto, si no es un envejecimiento de la población, será al menos el acceso de ella a un estado de equilibrio (¿se debe hablar de «madurez»? que parece frágil pues se esboza una forma de as de picas.

Tal distribución plantea algunas interrogantes sobre la evolución socioeconómica del barrio de Chimbacalle y, probablemente, de los barrios vecinos que se le asemejan. En especial, ¿será acaso que tal equilibrio o inicio de envejecimiento es el signo demográfico de una pérdida de favor del barrio (y sus vecinos) que se acompañaría de una caída en desuso de la actividad económica, principalmente artesanal e industrial, en esta parte del centro-Sur de la ciudad? La vía férrea ya no tiene una función económica, la Panamericana y sus capacidades de transporte son un factor económico de producción solo a la entrada a Quito que se desplaza a medida que crece la ciudad y se encuentra en la actualidad varios kilómetros (5 a 10) más al Sur, donde se desarrolla, a lo largo de su eje, una nueva zona in-

dustrial más moderna. Consecuentemente, las personas que tienen los medios se mudan hacia el Norte de la capital, siguiendo así el movimiento que se produce en Quito desde hace medio siglo. Los recién llegados, generalmente sin calificación, se instalan en barrios menos caros y más cercanos a los posibles empleos, en aquellos, nuevos y planificados promovidos por la política municipal (La Solanda, Turubamba) o en aquellos, dejados a merced del dinamismo de cada uno o de asociaciones de neo-ciudadinos agresivos y bien organizados (Lucha de los Pobres), que se desarrollan sin reglamentación en las alturas sur de la ciudad. Así, únicamente los ciudadanos menos afortunados o los más arraigados en sus costumbres, rara vez los jóvenes en todo caso, permanecen y envejecen tranquilamente en su barrio.

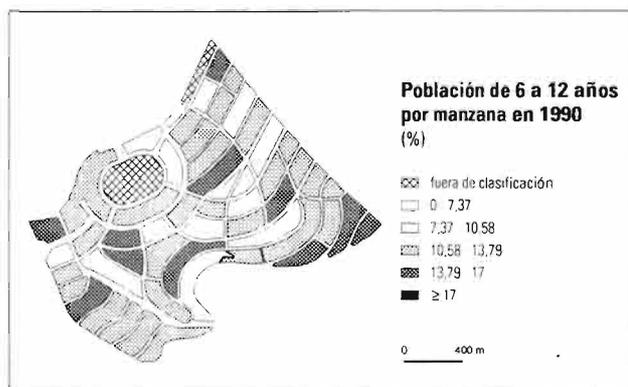
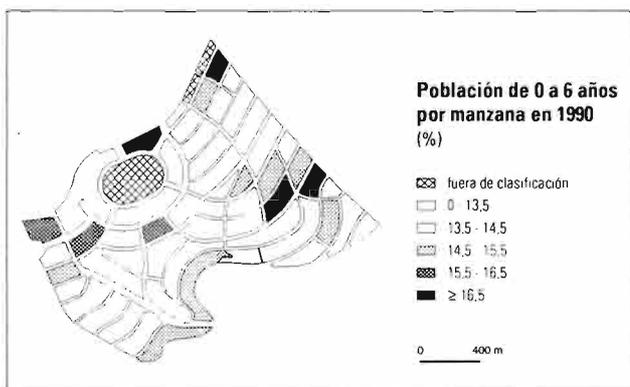
Si se consideran ahora los mapas de repartición de la población de Chimbacalle por grupos de edad (0-6 años, 6-12 años, 12-18 años, 18-30 años, 30-60 años, más de 60 años), se constata que, desde 1982, en el 56 % de las manzanas, el porcentaje de niños muy pequeños (0 a 6 años) es inferior al promedio y que solamente en un tercio de las manzanas los de 6 a 12 años son relativamente más numerosos que el promedio quiteño, elevándose tal porcentaje a 61 en el caso de los de 12-18 años. La cuarta parte de ese 61 % tiene al mismo tiempo un elevado porcentaje de niños muy pequeños y en menos de la sexta parte de esas mismas manzanas, el porcentaje de los de 6-12 años es tam-

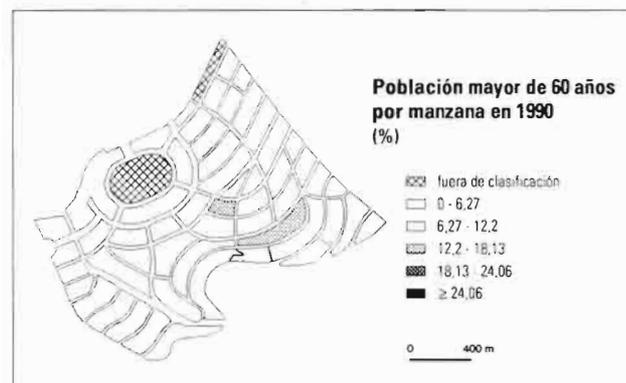
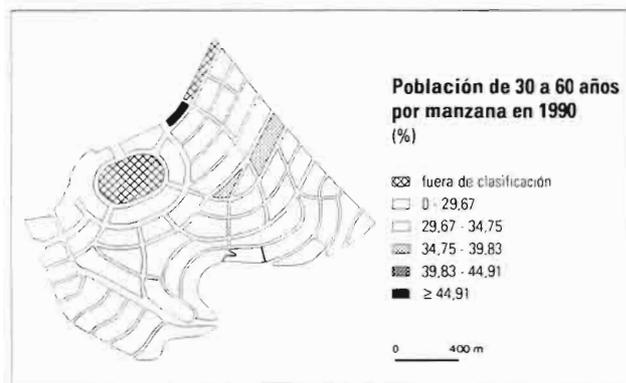
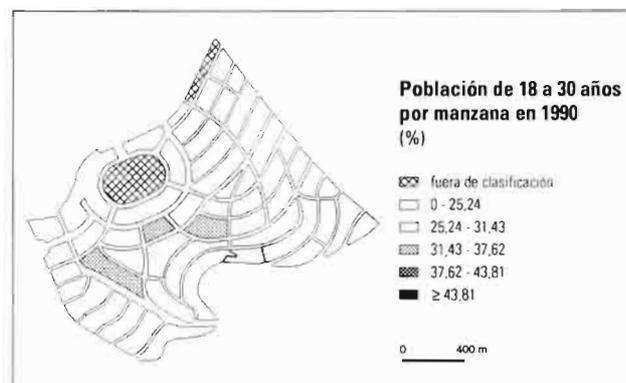
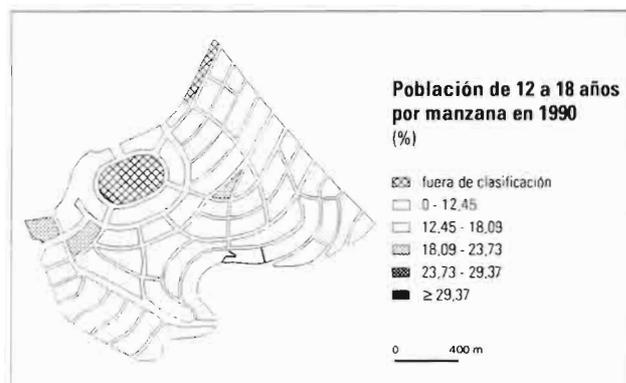




bién importante. La correlación entre esas manzanas y aquellas donde los adultos de 30-60 años están bien representados, no es tan clara como se podía esperar. En cambio, los mayores de 60 años son claramente más numerosos que el promedio en un 56 % de las manzanas. Así, se debe admitir que el inicio del envejecimiento está ya bien establecido desde 1982. En 1990, no hay sino un 6 % de manzanas que presentan una fuerte proporción de niños muy pequeños (entre el 15,5 % y el 16,5 % de los residentes de la manzana), un 16 % con un porcentaje de niños de 0-6 años que va de 14,5 a 15,5 con relación a los habitantes de la manzana y una quinta parte de manzanas con una pro-

porción de niños de 6-12 años situada entre el 13,79 y el 17 %. Solo una décima parte de las manzanas presenta una población menor a 12 años claramente superior al promedio de la ciudad. Más de las tres cuartas partes de las manzanas (76 %) tienen una población de 12 a 18 años muy por debajo del promedio quiteño. En cambio, la mitad de manzanas tienen una importante población (alrededor del 30 % de los residentes de la manzana) de 30 a 60 años y el 89 % una proporción de mayores de 60 años muy superior al promedio capitalino. Los mapas confirman claramente la prosecución del envejecimiento que se iniciaba ya en 1982.



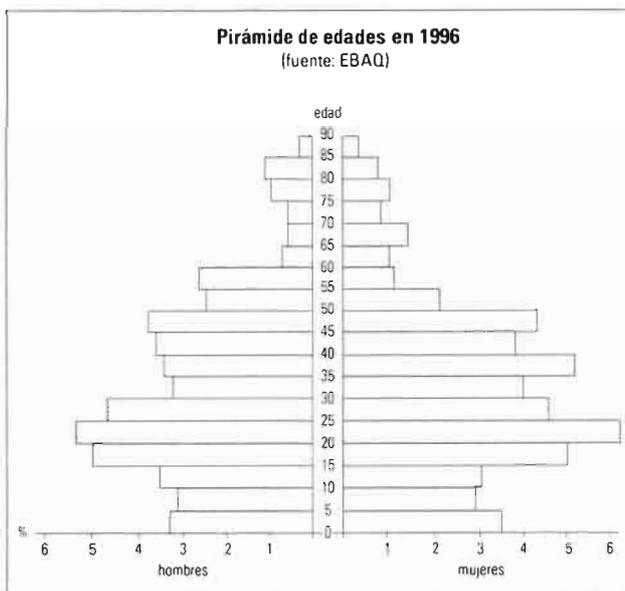


La pirámide de edades establecida con base en los datos de la encuesta EBAQ de enero de 1996, que concierne 1.156 personas de los dos sexos y de todas las edades, confirma de manera evidente el envejecimiento. La forma de las picas del histograma doble es esta vez muy característica. La clase de los de 20-30 años, aquellos que nacieron entre 1966 y 1976, sigue siendo importante. Sin embargo, ya no se puede invocar la migración, a menos que se trate de familias constituidas, sin que hayan sido precedidas por hombres solteros pues en esas clases los hombres son menos numerosos que las mujeres. Luego, la población parece estabilizarse en clases menos numerosas pero

de importancia casi igual. Tal vez estamos ante una especie de control de los nacimientos que sería bastante conforme a la evolución del nivel de vida de la gente.

Las viviendas vistas a través de la encuesta EBAQ, sus características elementales, su estatus de ocupación y sus elementos de confort

En Chimbacalle, se visitaron 285 viviendas y se interrogó a igual número de personas que representaban a 1.156 individuos (545 hombres y 611 mujeres, es decir 89 hombres por cada 100 mujeres). Sin embargo, no todos respondieron a la totalidad de las preguntas o lo hicieron en forma



incompleta. Los estudiantes, por otra parte, encuestaban su segundo barrio y no habían comprendido aún la necesidad de una respuesta sistemática y clara a todas las interrogantes, de manera que cuando la contestación les parecía evidente o la pregunta inútil, en lugar de explicar las razones de la falta de información, se contentaron con dejar en blanco el correspondiente espacio del cuestionario. Así, solo se censaron las características elementales (tipo de hábitat, localización de la vivienda en el inmueble, tamaño de la misma) de 224 viviendas. De ellas, el 48,2 % son propiedad de sus ocupantes, en especial aquellas bien individualizadas (aisladas) que están ocupadas por sus dueños en 7 de cada 8 casos. El resto (51,8 %) son arrendadas. La mayoría reside en edificaciones contiguas (55,8 %) o en línea de fábrica (36,2 %). Ninguna edificación supera los 5 niveles y el 72 % de las familias vive en los pisos altos, y la mayoría de ellas (66 %) en el segundo o tercer piso. Además, las tres cuartas partes de las viviendas son consideradas por los encuestadores (estudiantes de arquitectura) en buen estado (64

%) o en muy buen estado (11 %), pudiendo las otras estar en mal estado (19 %) y en muy mal estado (6 %). En la mayoría de estas últimas, el deterioro parece deberse a la falta de mantenimiento, lo que hace suponer que más que las estructuras mismas de las edificaciones, son las apariencias (enlucidos, marcos de puertas o ventanas, techos, etc.) las que dan esa impresión. Seguramente, tal descuido se debe más a una falta de medios financieros que a un desinterés de los ocupantes por su medio físico y personal de vida. Se trata, por cierto, de un barrio popular (ya lo señalamos), bastante antiguo y pobre puesto que solamente el 13 % de las personas entrevistadas declaran disponer de un garaje. Otro hecho notable es la inexistencia de un jardines privados.

El análisis cartográfico de la situación de 1982 y 1990 puso en evidencia la cohabitación relativamente elevada que se encuentra en numerosas manzanas. Esto se confirma por la exigüidad de las viviendas. Aunque no disponemos de dato alguno sobre el tamaño del 18 % de ellas, se puede constatar que el 37 % tiene menos de 100 m² y cerca de la mitad menos de 81 m². Una décima parte no supera los 30 m², es decir probablemente una sola pieza, y el 16 % se sitúa entre 31 y 50 m². Esto, con un promedio de 4 personas por hogar, no deja, teóricamente, para un poco más de la cuarta parte de la población estudiada, sino 6 ó 7 a 12,5 m² por persona, y para casi la mitad, 20 m² incluidos todos los espacios de la vivienda, lo que sería más que aceptable para una ciudad china en donde la norma es de 6 m²/hab., apenas aceptable en París (menos de 10 m² por habitante), pero representa muy poco en Quito donde las viviendas son a menudo muy espaciales. Naturalmente, estas cifras sorprenden, pero se debe admitir que solo pueden ser falsas, con algunas excepciones, en el caso de los valores menos elevados (7 a 10 m²), pues nada indica que los ocupantes de las viviendas pequeñas sean familias de 4 personas. Es más que probable que ese no sea el caso, lo que se confirma por la distribución cartográfica anterior donde no se cuenta sino una cuarta parte (26 %) de manzanas que presentan en promedio 1 pieza por 2 personas a 2 piezas por 3.

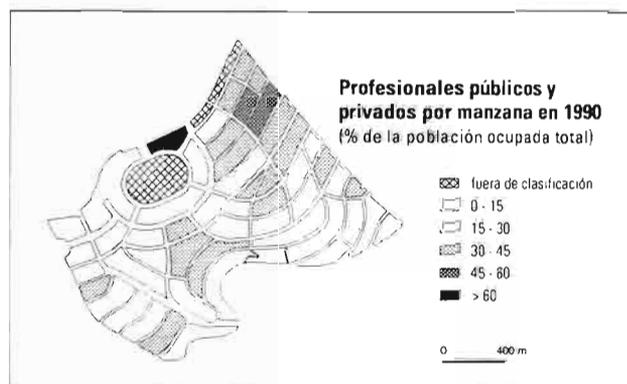
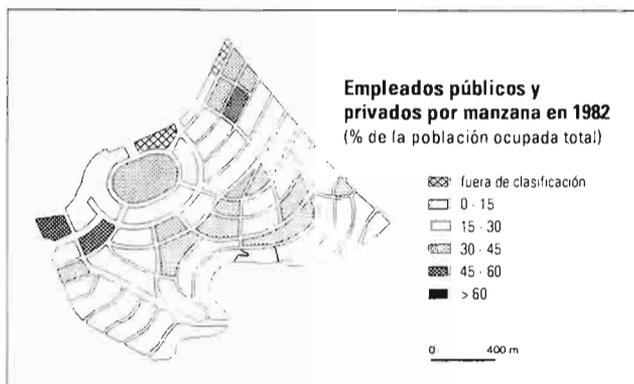
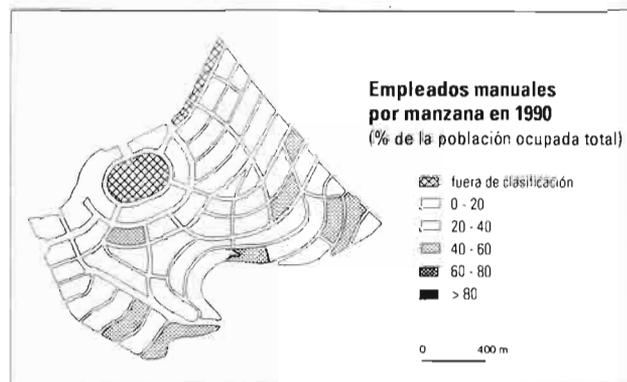
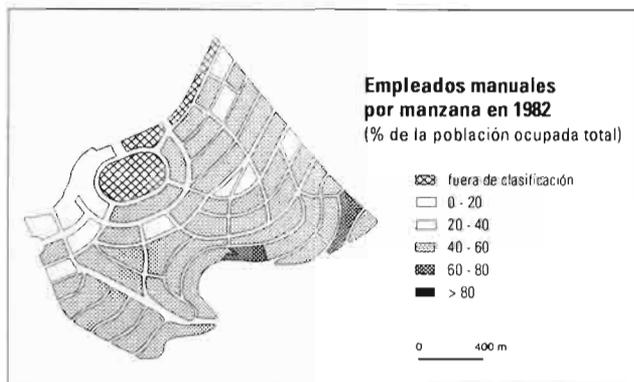
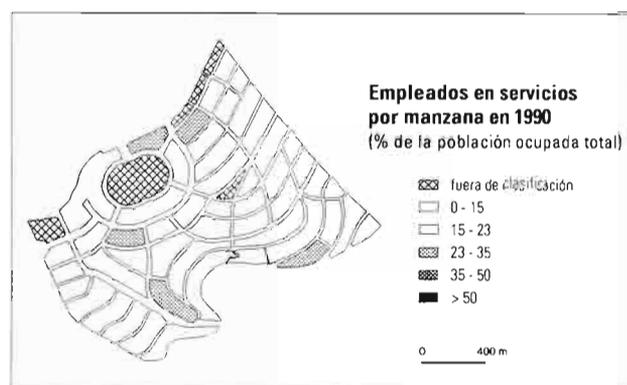
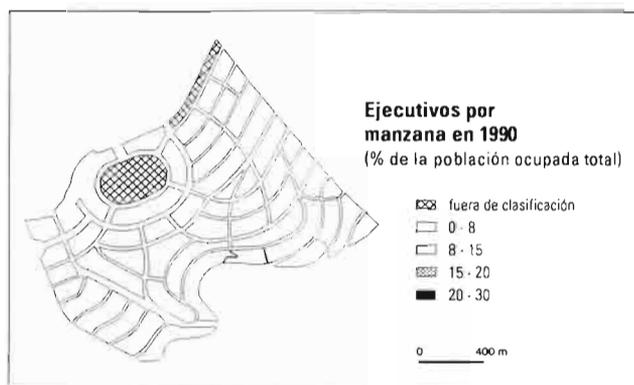
Se conocen mejor los servicios con que cuenta cada vivienda, puesto que se nos informó sobre todos ellos.

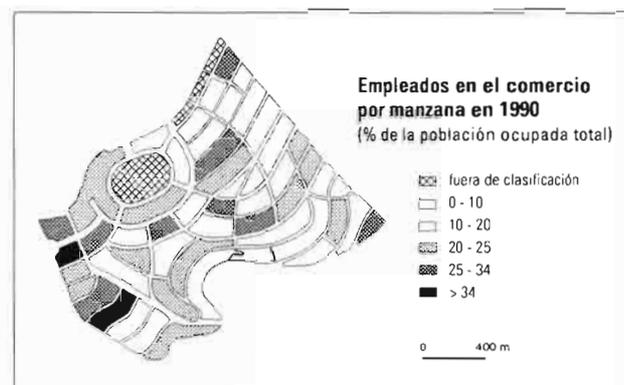
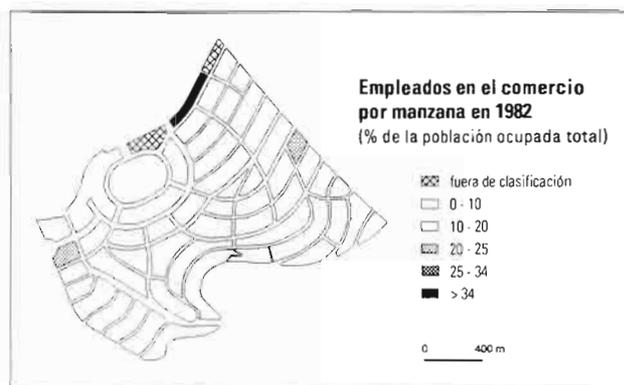
Salvo en el caso de la luz eléctrica, en que cada una dispone de al menos una fuente de energía en la vivienda, no todas están correctamente equipadas. Sin embargo, fuera del teléfono, del que gozan apenas el 42,5 % de los hogares, el agua existe en el 91,6 % de casos dentro de la vivienda y el 8,4 % restante dispone del recurso en el descansillo o al exterior. La evacuación de las aguas servidas y de los desechos se realiza en mejores condiciones: en el primer caso, el 97,5 % las evacúa por la red pública, el 1,4 % por otras vías y el 1,1 % no lo hace; en lo que se refiere a los desechos domésticos, el 97,9 % utiliza la red pública de recolección (lo que no implica sino depositar la basura en las vías el día fijado), el 0,4 % otros medios y el 1,7 % ningún medio. Esta repartición varía, como se puede esperar, con el nivel de vida, pues toda familia que ocupa sola una casa goza, al interior de ella, de los servicios de luz, agua y evacuación de aguas servidas, además del servicio municipal de recolección de desechos domésticos. Así, quienes no viven en la planta baja deben, en el 18 % de los casos, buscar el agua fuera de su vivienda. Es probable que se trate de aquellos que residen en los pisos altos, donde se encuentran las viviendas más exiguas, en especial las de una sola pieza.

En Chimbacalle, si bien el equipamiento de las viviendas fue bien captado por la encuesta EBAQ, no sucedió lo mismo con la antigüedad de instalación de las familias en su vivienda. En efecto, la información falta en el 43 % de los casos. Esta carencia significa aparentemente que la antigüedad de instalación de una mayoría de ese 43 % es tal que el año es incierto, lo que indica una importante sedentariedad de la población. Sin embargo, no se debe descartar una falta de técnica de encuesta de los estudiantes que no supieron ayudar a los entrevistados a recordar o a circunscribir con más exactitud el período aproximado de su instalación. Sea como fuere, por esas mismas razones, se puede admitir que en lo referente a los últimos años la información es exhaustiva. Así, un poco más de la cuarta parte de las viviendas han sido ocupadas a partir de 1990 (26,7 % en 6 años), y en 10 años ese porcentaje pasa a 33, lo que confirma una sedentariedad relativamente importante, pues en una gran ciudad de rápido crecimiento un *turn over* del 3 al 4,5 % por año es más bien bajo.

Características socio-profesionales, actividades y nivel de instrucción de los habitantes de Chimbacalle, desplazamientos cotidianos

La imagen cartográfica de la distribución de los residentes de Chimbacalle según las categorías socio-profesionales declaradas en el censo de 1990 y repartidas según el porcentaje de cada categoría con relación al conjunto de la PEA, confirma claramente el carácter popular del barrio. En efecto, en ningún caso, en ninguna manzana, las personas que se declararon entonces ejecutivos representan más del 8 % de los activos que afirmaban tener un empleo remunerado. Ahora bien, el porcentaje para todo Quito era ya, en 1982, del 18,94 %, pero la definición adoptada en el AIQ era menos restrictiva que la utilizada en este estudio. Reunía en esa clase a los profesores, los altos oficiales, etc. y por supuesto, a todos aquellos que ejercían una actividad de responsabilidad en la empresa que los empleaba. Sea como fuere, incluso reduciendo en un 50 % a esta clase y ateniéndose a la estrecha definición del censo, Chimbacalle se sitúa muy por debajo del promedio quiteño. Como ya lo mostraban los mapas elaborados con la información de 1982, los empleos más frecuentes ejercidos por los residentes son los de empleados y trabajadores manuales de toda categoría. Salvo en dos manzanas, el porcentaje de empleados del sector público y privado se sitúa, en un tercio, entre el 15 y el 30 % y, en dos tercios, entre el 30 y el 45 %. El correspondiente a los trabajadores manuales, incluidos los artesanos, salvo en tres manzanas, es superior al 20 % (20 a 40 % en el 79 % de las manzanas), estableciéndose tal porcentaje entre el 40 y el 60 de la PEA en 9 manzanas. En esta repartición, si bien la distribución a nivel de todo Chimbacalle es perfectamente indicativa, la distribución geográfica por manzana no es, en cambio, significativa. Los residentes empleados en servicios se reparten de manera muy diferente en el conjunto del barrio. Solo en cinco manzanas se encuentra un 23 a un 35 % de la PEA que se dedica a ese tipo de actividad. Sin embargo, en más de la mitad de manzanas (51 %), un 15 a 23 % de la población efectivamente remunerada de una forma u otra, tiene un empleo en servicios.





La encuesta EBAQ recogió información sobre las actividades y la distribución socio-profesional de 544 personas que tenían un empleo declarado, lo que significa el 47 % de la población estudiada. Así, en Chimbacalle, algo menos de una persona de dos ejerce una actividad (o está impedida de hacerlo por el momento: 4,41 % de la PEA declara estar desempleada) generadora de un ingreso monetario, lo que es perfectamente coherente con la población censada de la que se excluye a los menores de 12 años que no trabajan, en todo caso legalmente, a los mayores de 65 años que teóricamente ya no trabajan y a todas las mujeres que declaran ser solo amas de casa.

La situación, tal y como se la observó a inicios de 1996, es entonces de un 47 % de personas que declaran ser económicamente activas y un 27 % de estudiantes. Del 26 % restante, la mitad (13,6 %) permanece en la casa y los demás han cesado toda actividad remunerada. La distribución de aquellos que ejercen una actividad socio-profesional remunerada se presenta en la siguiente columna (ver cuadro).

*Ya se señaló que los dos tercios de los económicamente activos eran empleados o comerciantes. Aunque los datos no son comparables (otras definiciones, barrio diferente), su número ha aumentado considerablemente desde 1982, pero es difícil interpretar esas diferencias. ¿Son acaso el reflejo de un cambio estructural de la población activa que seguiría en ello el proceso de «terciarización» de la econo-

| CSP | 1982 (%) ^a | 1995 (%) |
|--------------------------|-----------------------|----------|
| Ejecutivos | 18,21 | 12,13 |
| Empleados | 28,73 | 41,00 |
| Comerciantes | 10,52 | 25,00 |
| Artesanos | 7,72 | 6,07 |
| Obreros calificados | 15,76 | 6,43 |
| Obreros sin calificación | 19,06 | 4,96 |
| Desempleados | - | 4,41 |

^a Los porcentajes de 1982 (AIC, última ZI) se refieren a lo que se llamaba entonces Chimbacalle (ver mapa IGM) y se presenta únicamente como indicación, sin comparación significativa posible.

mía urbana? ¿Se debe ver en eso la búsqueda de una economía de supervivencia que hace proliferar el sector informal y consecuentemente los pequeños vendedores? ¿Es otra cosa? No disponemos de datos capaces de esclarecer esta interrogante. Por el momento, basta con plantearla. Aquí radica precisamente el interés de este tipo de estudio: replantear las antiguas o hacer surgir nuevas interrogantes.

Sean cuales fueren las respuestas, se puede admitir que los empleados, los artesanos y los obreros independientes o calificados tienen ingresos por trabajador que

fluctúan, en la mayoría de casos, entre los que permiten situarse en la clase media-media y los de la clase media-baja. Se puede entonces, sin vacilación, considerar que los dos tercios de la población activa de Chimbacalle viven en el límite de la frugalidad. Se encuentra aquí nuevamente lo que ya se señaló en el caso del barrio de San Juan, la relación sumamente desequilibrada que es globalmente de un tercio (mujeres) / dos tercios (hombres) en la distribución por sexos según las CSP (ejecutivos: 42 hombres/24 mujeres; empleados: 135 hombres / 88 mujeres), relación que no es pertinente en el caso de los comerciantes donde predominan las mujeres (a menudo tienen una tienda o un puesto en el mercado). El desequilibrio entre los sexos es mucho más considerable en las actividades manuales donde hay tres hombres por una mujer, es decir 72 por 23. Esta discriminación sexual no existe naturalmente en la población escolar, salvo tal vez en los estudios superiores, pues la mujer de Chimbacalle parece ser primeramente ama de casa, amante esposa y madre, *genitrix* y educadora, para quien este nivel de estudios no es una necesidad imperiosa. Se contabilizan 159 estudiantes hombres por 152 estudiantes mujeres, de ellos 53 niños y 50 niñas en primaria, 55 muchachos y 68 muchachas en secundaria. Nueve muchachos y 2 muchachas realizan estudios técnicos y 33 hombres y 25 mujeres cursan estudios superiores.

Sin embargo, la distribución de la población según el nivel de instrucción no es tan simple. En especial, un 1,3 % de los adultos censados no sabe ni siquiera leer, y de ellos algunos son comerciantes. Esto es bastante excepcional en Quito. Comparando, a continuación, la situación escolar actual y el nivel de instrucción de la población económicamente activa, según los datos proporcionados por la encuesta EBAQ, se constatan diferencias interesantes (ver cuadro en la siguiente columna).

Así, si se compara la población escolar con la población adulta, e incluso más con la población financieramente productiva, al parecer, de una generación a la siguiente, el tiempo de escolarización se reduce y la formación técnica elemental ya se considera suficiente, prefiriéndose los estudios primarios y secundarios. Sin embargo, lo sorprendente es la disminución del porcentaje de quienes

| Instrucción | Población adulta (%) | PEA (%) | Población escolar (%) |
|--------------------|----------------------|---------|-----------------------|
| No sabe (aún) leer | 1,31 | 1,29 | 3,86 |
| Sabe leer | 1,70 | 1,29 | 1,29 |
| Primaria | 20,94 | 15,81 | 33,12 |
| Técnica | 7,33 | 9,56 | 3,54 |
| Secundaria | 46,73 | 43,74 | 39,54 |
| Superior | 21,99 | 28,31 | 18,65 |

han cursado estudios superiores. Ciertamente, si solo se considera la PEA cuyo nivel de instrucción debe ser más elevado que el del conjunto de los adultos, la situación es muy diferente. Así, solo unas pocas amas de casa, el 8 %, han realizado estudios superiores. Por ello, si se incluye en la distribución a la población de amas de casa y algunos jubilados, creando un rubro «población adulta» al lado de la «población económicamente activa», se observa que la mayor importancia de la escuela primaria ya no es sino una apreciación relativa que surge en detrimento no solo de la escuela técnica elemental, sino también de los estudiantes que llegan a la secundaria, e incluso, pero un tanto menos, a los estudios superiores, aunque se esfume la selección que impone una actividad económica remunerada. Se debe concluir, aunque sigue siendo únicamente una hipótesis, que, probablemente por razones de deterioro del nivel de vida, es decir de un empobrecimiento lento pero continuo, numerosas familias ya no pueden como antes asumir un largo período escolar de sus hijos a los que deben proyectar, con un menor bagaje escolar (por lo tanto teórico y cultural) hacia el mundo del trabajo con el fin de aliviar las cargas económicas del hogar.

Las personas jubiladas tienen, como se podía esperar, un nivel de instrucción que supera excepcionalmente la secundaria (1,6 %), habiendo la mayoría terminado únicamente la primaria (o un nivel de escuela técnica) o la secundaria, el 54 % y el 36,5 % respectivamente. Sucede lo mismo con las amas de casa que, en un 28 %, afirman tener

escuela primaria o técnica, en un 61 % escuela secundaria y en un 8 % estudios superiores. El 3 % restante sabe apenas leer o no sabe (un caso). Se pudo constatar que la población económicamente activa es más instruida. A pesar de ello, existen reales diferencias según las actividades ejercidas, pero no según el sexo del activo considerado. Así, el 65,2 % de los ejecutivos han seguido estudios superiores, siendo este porcentaje mayor en el sector público (68,2 %) lo que no deja de ser significativo, pues el sector privado, menos formal, no evalúa la calidad de sus empleados según sus títulos (63,6 %) sino también en función de la competencia manifestada en el ejercicio de la actividad practicada. Este porcentaje alcanza solo el 32,3 % en el caso de los empleados, con variaciones, por las mismas razones, de igual naturaleza entre el sector público (38,2 %) y el sector privado (29,3 %). Esta particularidad se encuentra a nivel de los estudios secundarios que corresponden a un tercio de los activos en el caso de los ejecutivos (27,3 % en el sector público, 29,5 % en el sector privado), y el 45,3 % en el de los empleados (46 % en el sector público, 44,9 % en el sector privado). Cuando se considera a los activos, ejecutivos o empleados, según su distribución en el sector público o en el privado, esa discriminación se acentúa aún más: casi no hay ejecutivos (ninguno en el sector público, el 4,5 % en el sector privado) que tengan un bagaje educativo inferior a la primaria y, en el caso de los empleados, el sector privado acepta a un 15 % mientras que el sector público tolera solo un 5,3 %. Aunque a veces las diferencias entre los dos sectores son apenas de 2 a 3 puntos, siempre van en el mismo sentido. Por ello, el análisis entre empleos calificados según el sector en que se trabaja parece ser pertinente independientemente del barrio estudiado.

Los comerciantes y los trabajadores manuales no entran en ese sistema. El caso de los primeros muestra que, en esa actividad, si bien el nivel de instrucción no es indiferente, no se debe tener el mejor título posible para llegar a un cierto umbral de competencia. Ciertamente, es preferible alcanzar o superar el final de la secundaria, lo que es el caso de los dos tercios de quienes se declaran comerciantes: el 44,1 % ha acabado al menos la secundaria, el 22,8 % ha terminado estudios superiores y el 28,7 % ha seguido

una escuela primaria o técnica completa. Además, el 2,9 % son iletrados y el 1,5 % sabe leer sin más, a tal punto es cierto que para dedicarse al comercio se debe sobre todo ser emprendedor y, por supuesto, saber contar, cosa que de todas maneras se aprende, sea cual sea la forma en que se proceda.

Los artesanos y los obreros independientes se singularizan de los demás trabajadores manuales por un mayor número relativo que ha concluido los estudios secundarios, 57,6 %, aunque ninguno ha cursado estudios superiores. Es evidente que un artesano, de cierta forma jefe de empresa, aunque tenga solo uno o dos obreros bajo sus órdenes, tiene mayores probabilidades de manejar correctamente su negocio si su nivel de instrucción es lo suficientemente elevado. Si no ha realizado estudios secundarios, por lo menos ha seguido, mucho más frecuentemente que en el caso de los empleados, estudios técnicos o ha sido aprendiz, lo que se produce en un 15 % de los casos. Sin embargo, se observará también que ¡el 6 % de estos últimos declara no saber leer! En cambio, entre los otros trabajadores manuales no hay iletrados. Más de un tercio (37 %) de los obreros calificados han sido aprendices o han seguido una formación técnica, algo menos de la tercera parte (31,4 %) ha terminado la escuela secundaria y el 5,7 % ha realizado estudios superiores. En cuanto a los obreros sin calificación, la tercera parte ha asistido a la primaria y un 59,3 % a la secundaria. Ninguno declara haber sido aprendiz o haber seguido una formación técnica, lo que tal vez explica su falta de calificación.

Los desempleados son más atípicos, lo que es coherente con esta situación que afecta a una parte de la población económicamente activa, independientemente de la categoría profesional.

Todos los días, una parte no despreciable de los habitantes de Chimbacalle se desplaza para ejercer actividades económicas o sociales, pero el trabajo de encuesta realizado presenta importantes lagunas. Tal insuficiencia nos obliga a ser sumamente reservados en cuanto a la representatividad de la muestra y por lo tanto de la población estudiada. Para dar una idea, presentaremos primeramente las diferencias cuantitativas observadas entre los datos recoge-

| | Ocupación | Lugar de actividad | Hora de salida | Desplazamientos |
|--------------|-----------|--------------------|----------------|-----------------|
| PEA | 544 | 397 | 368 | 199 |
| Amas de casa | 157 | 152 | 24 | 1 |
| Estudiantes | 311 | 244 | 262 | 59 |
| Otros | 144 | 131 | 4 | 1 |

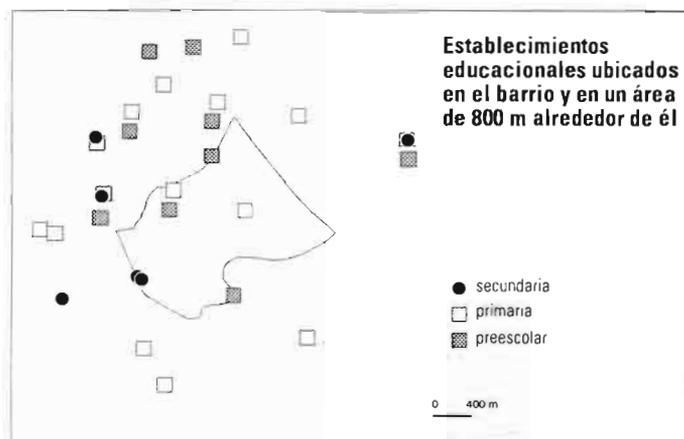
dos, según los rubros.

Aunque es normal, como lo muestra el cuadro, que las amas de casa, cuya mayoría (es previsible) permanece en casa, salgan poco salvo para hacer compras o visitar a alguien, es bastante sorprendente en cambio constatar que el 27 % de la población económicamente activa «desaparece» de la distribución cuando se trata de identificar su lugar de trabajo y un 5 % en el caso del conocimiento de la hora en que salen a trabajar, sin hablar del tiempo de desplazamiento, pues en ese caso se produce una verdadera «desbandada» de la información. Igual cosa sucede con los estudiantes: el 21,5 % que sin embargo se dirigen cada día a un establecimiento escolar, no están contabilizados en el rubro «lugar de actividad», y de ellos, curiosamente algunos, cerca del 6 %, vuelven a aparecer cuando se trata de conocer la hora matinal a la que dejan sus hogares. En el caso de los demás, las diferencias son mínimas. En resumen, este cuadro muestra la incertidumbre de ciertos datos de la encuesta.

De todas formas, las informaciones de que disponemos permiten un análisis de los movimientos diarios entre la residencia (Chimbacalle) y los lugares de empleo. Así, la cuarta parte (25 %) de los activos trabajan en su domicilio y el 85 % de las amas de casa apenas salen de sus hogares, en todo caso no para trabajar. El conjunto de quienes son definitivamente sedentarios, si se los puede llamar así, representan el 29 % de las personas consideradas en la encuesta. El 36 % de ellos son activos y su trabajo es remunerado. Lo que afirmábamos sobre Chimbacalle, en cuanto a su creación y localización y a las repercusiones del fin del rol económico del ferrocarril en el poder de atracción de este barrio y de los barrios cercanos (que en otros tiempos participaban del movimiento de la estación ferroviaria), se ve confirmado por lo que se conoce de las distancias que de-

ben recorrer cada mañana las casi tres cuartas partes (73,6 %) de la PEA del barrio, hasta llegar a su lugar de trabajo. De ella, solo cerca de un tercio (32,9 %) trabaja en el barrio o en un barrio vecino: el 26,4 % en su casa, 5 % cerca de su casa y en el barrio, 1,5 % en un barrio vecino, pero el 55,4 % (o el 75 % de aquellos que se desplazan, es decir que no trabajan en su domicilio) se dirigen a más de 5 km de su casa, mientras que el 8,1 % (11 % de los que salen de su domicilio) van a menos de 2 km, pero más allá de un barrio limítrofe. Son los empleados (76 %) y los ejecutivos (73 %) los que más lejos se desplazan, sobre todo aquellos que trabajan en el sector público (sin distinción entre nacional, provincial o municipal), puesto que más del 80 % (ejecutivos, 84 %; empleados, 81 %) recorren distancias mayores a 5 km. En efecto, los centros administrativos más cercanos están en el centro y el centro-Norte, a excepción de algunas oficinas de barrio, de zona o de parroquia. Los simples obreros, manufactureros o sin calificación, se desplazan también bastante lejos, en función de las obras se puede suponer, a más de 5 km en el 69 % de los casos. Los artesanos, incluso cuando salen de sus casas, siguen siendo relativamente sedentarios y solamente una cuarta parte de ellos (26 %) recorre más de 5 km. Los obreros calificados y los comerciantes van igual de lejos solo en un 32 % de los casos.

Los estudiantes no escapan a la necesidad de frecuentar establecimientos escolares situados a más de 5 km de Chimbacalle, según las declaraciones del 58,6 % de ellos. Sin embargo, se debe relativizar seriamente ese porcentaje, por tres razones. Primeramente, como ya se señaló, más de la quinta parte de los estudiantes declarados son omitidos en ese rubro del cuestionario de la encuesta; en segundo término, el mapa de los establecimientos escolares ubicados en el barrio o dentro de un perímetro que delimita un área de 800 m alrededor partiendo de los límites de Chimbacalle, muestra que en ese espacio existen 8 establecimientos pre-escolares, de los cuales 3 dentro de los límites del barrio, 15 escuelas primarias, una de ellas en el barrio y otra en el límite de él, 6 colegios secundarios, 2 de ellos en los límites del barrio. No se entiende entonces que tal porcentaje de estudiantes tenga que viajar cada día tan lejos. El tercer motivo es enunciado en una parte de la res-



puesta, pues hay 212 estudiantes, es decir el 69,3 %, que regresan a su casa para el almuerzo, es decir antes de la 1:30 p.m., por lo que es poco probable que asistan a establecimientos tan alejados. Esto disminuye el porcentaje de aquellos que se dirigen a más de 5 km de su residencia a menos del 47 %, cifra relativamente considerable, pero en Quito, en tanto es posible, se escogen para los hijos las mejores escuelas, aunque estén alejadas.

Las amas de casa declaran en un 14,5 % alejarse de sus casas, pero nunca se trata de distancias importantes. Apenas un 1,3 % afirma recorrer más de 5 km. Los jubilados permanecen en el barrio.

Dado el gran número de migrantes cotidianos que tienen sus actividades lejos de Chimbacalle (más de 5 km), no es sorprendente que el 38 % de ellos sean madrugadores y salgan antes de las 7 a.m. Como siempre, los estudiantes matinales son los más numerosos: más de la mitad de ellos (53 %) y el 55,6 % de los del barrio deja su casa antes de esa hora. Sin embargo, este movimiento matinal atañe a todas las categorías socio-profesionales: 36,5 % de los comerciantes, 35,4 % de los ejecutivos, 30 % de los desempleados, 28,7 % de los empleados, 26,3 % de los obreros calificados, 21 % de los obreros sin calificación y 18,2 % de los artesanos que, generalmente, residen relativamente cer-

ca de sus talleres. El movimiento que, en algunos casos comienza mucho más temprano, naturalmente no cesa después de las 7 a.m. puesto que el 87 % de los estudiantes, el 53 % de los empleados y el 51 % de los ejecutivos, y de manera general cerca del 52 % de quienes se desplazan diariamente salen antes las 7:20 a.m. y el 69 % antes de las 7:40 a.m. Apenas un 24 % del conjunto sale después de las 8 de la mañana.

Para el 51 % de quienes pudieron proporcionar información, es decir algo más de la mitad de aquellos cuya hora de salida se conoce, la duración del desplazamiento es inferior a una media hora, pero solamente al 10 % les lleva menos de 15 minutos. Sin embargo, aunque salen más temprano, los estudiantes llegan más rápidamente a sus actividades que el conjunto de migrantes, puesto que el 61 % de ellos tarda menos de 30 minutos en llegar a su establecimiento educativo y solamente el 2 % declara recorrer el trayecto en más de una hora, mientras que esa es la duración del desplazamiento cotidiano del 12 % de los activos que trabajan fuera de su casa. Por cierto, el 69 % de la población escolar regresa a su domicilio entre el medio día y las 1:30 p.m. y las 4 quintas partes no vuelven a salir.

Los regresos, al final del día, como en todo lado, se distribuyen más que las idas matinales aunque que más de la cuarta parte de los migrantes diarios (28 %) regresan antes de las 6 p.m. y el 54 % antes de las 7 p.m. Son las mujeres que trabajan, menos numerosas que los hombres que lo hacen, puesto que en Chimbacalle no representan sino el 36 % de la PEA, las que regresan más temprano, generalmente antes de las 7 p.m. A esa hora, el 63 % de ellas está en casa y algo más de la mitad de los hombres (53 %). Hay por cierto, casi un tercio de ellos (31 %) que no regresan sino después de las 7:30 p.m., pero también, curiosamente, un 30 % de las mujeres están en ese caso. En el capítulo sobre San Juan, ya se consideraron y explicaron las razones de este fenómeno. Todo ello es igualmente válido en el caso de Chimbacalle y probablemente para la población activa de Quito en su conjunto.

En definitiva, son esencialmente las amas de casa (un tercio), los niños que aún no van a la escuela (también los minusválidos) o los jubilados (una cuarta parte y el 14 % respectivamente) los que permanecen en casa. Sin embargo, el 28 % de esos «sedentarios» son activos y, entre ellos, el 58 % se declaran comerciantes independientes, por lo tanto vendedores en el mercado o tenderos probablemente. Si nos limitamos a los migrantes diarios, se desplazan sobre todo a pie (10 %) cuando apenas se alejan del barrio (la mitad de los estudiantes) y en autobús (o trolebús) en el caso de más de dos tercios (69 %) de aquellos que salen de su domicilio. El taxi es poco común (1,3 % de los casos), el transporte «empresa» corresponde principalmente a los niños escolarizados (54 % de los que se transportan de esa manera) y los medios motorizados particulares son utilizados por algo más del 12 % de los migrantes. Fuera de los escolares, no hay preferencia particular, según la actividad ejercida, por un medio de desplazamiento distinto a los transportes colectivos.

¿Qué piensan los habitantes de Chimbacalle de su barrio, de los otros barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito?

Los habitantes de Chimbacalle se alojan mayoritariamente en un hábitat continuo alineado a lo largo de la vereda, como se construían las calles tradicionalmente en Quito (ver el Centro Histórico), hasta mediados de este siglo, con las casas al borde. Solamente una décima parte de las viviendas consideradas en nuestra muestra están retiradas de la vía. Durante la encuesta, se visitó a 891 familias en 285 edificaciones. Se vio que existe una casa entera ocupada por una sola familia apenas en menos del 9 % de los casos. Como las dos terceras partes de las construcciones solo tienen dos niveles, se supone que casi siempre no hay, en definitiva, sino dos hogares por casa y que los inmuebles de tres o cuatro niveles acogen de 4 a 6 familias. Además, en Chimbacalle, los espacios verdes, privados o públicos, son escasos puesto que solamente el 8,8 % de las viviendas gozan de un espacio privado con árboles, lo que parece corresponder exactamente al porcentaje de las ca-

sas ocupadas por una sola familia. Sin embargo, 4 viviendas de 10 tienen algunas flores o un pedazo de césped delante de su puerta. Los espacios públicos en los que se puede pasear o jugar son tan pocos como los habitantes que dicen vivir cerca de uno de ellos.

Se trata de un barrio por el que no atraviesa ningún eje mayor de circulación. La mayor parte de las calles solo tienen una función vecinal y solamente la cuarta parte de las viviendas dan a una calle «principal», al fin de cuentas poco frecuentada en general, salvo en el caso de aquella situada en el límite occidental del barrio (avenida Corazón que se prolonga en la avenida Napo). Además, las fuertes pendientes que caracterizan a la parte alta del sitio explican que el 14 % de las viviendas encuestadas sean accesibles solamente a través de tramos de calle en escalera. Sin embargo, no existen problemas de inestabilidad y solo el 4 % de las personas interrogadas hacen alusión a pequeños derrumbes que se producen ocasionalmente. Un tercio de la gente piensa que el barrio es viejo, lo cual es verosímil si se considera solo la calidad de las construcciones. No por ello, ha sido olvidado por el Municipio y a propósito del mantenimiento de los servicios públicos, vías y alcantarillado sobre todo, si bien el 30 % no da una respuesta por no tener idea de ello, la mitad (49,5 %) reconoce que se han realizado obras más o menos recientemente, y una de 5 personas afirma que, por el contrario, nada se ha emprendido en ese sentido.

Solamente el 6,5 % de las personas interrogadas no respondió a las preguntas relativas a la vida en el barrio. Las demás se dividen entre un 74 % que aprecia vivir en él y un 26 % que no está verdaderamente satisfecho.

A pesar de la satisfacción que experimentan las tres cuartas partes de los habitantes de permanecer y vivir en el barrio, solamente un 39 % piensa que está correctamente conectado al resto de la ciudad. Este bajo porcentaje de opiniones positivas se debe primeramente a una cierta idea de los problemas que acarrea, o evita, la situación de Chimbacalle. En efecto, mientras el 30,5 % considera que los lugares de trabajo están cerca, el 23,9 % habla de su alejamiento. Sucede lo mismo con la localización de los establecimientos escolares: el 31,2 % declara que son fácilmen-

te accesibles, el 18,4 % que están demasiado alejados. En cambio, la mayoría reconoce la cercanía de los centros de salud (56,4 %) y de abastecimiento (58,6 %). La satisfacción es, de todas formas, parcial. Así, solamente la quinta parte considera que el barrio es limpio y un tercio que es barato, frente a un 7,5 % que lo califica de caro, cifra que se completa con el 40,6 % que encuentra que las viviendas son de precio razonable, mientras que para un 14,7 % son por el contrario, muy costosas. De todas maneras, un 35 % aprecia que las viviendas sean espaciosas, mientras que el 19 % se queja de su estrechez, lo que finalmente es muy poco pues, a menudo, las viviendas parecen relativamente estrechas al igual que el espacio exterior. Se debe anotar que, cada vez, las opiniones positivas predominan ampliamente sobre las negativas, pero la vista y la ventilación no son precisamente los atractivos de Chimbacalle y solamente el 13 y el 12 % piensan de manera diferente. No sucede lo mismo con la vecindad que es apreciada, pues un 46,6 % se felicita por ella, ni con la calidad de convivencia que es calificada de agradable por un 45,1 % de los entrevistados. Pese a estas opiniones favorables, la cuarta parte de los habitantes considera que el barrio es seguro, mientras un 54 % de queja de la inseguridad, de la que se sabe que a menudo es más una psicosis que una realidad, lo que se confirma con las cifras anteriores sobre la la vecindad y la convivencia. Las buenas relaciones de vecindad son reconocidas por una cuarta parte de las personas interrogadas que declaran que la privacidad (24,1 %) de cada cual y la tranquilidad en el barrio, o al menos en la calle en que viven, son grandes.

No faltan sin embargo las críticas. Los que las formulan son, mayoritariamente, los mismos que afirman que el barrio los satisface. Después de la denuncia de la inseguridad, es el ruido el que encabeza la lista de molestias, con un 40,6 % de opiniones desfavorables, seguido de la contaminación por los automóviles y los mercados (31,6 % condenan a los primeros y 10,5 % a los segundos) que puede aparejarse con los olores (27,1 %). Los desechos son también un objeto importante de descontento: cerca de una de cada tres personas (31 %) se queja de ellos y una de cada

cuatro (24 %) habla de la falta de higiene. Se evocan también el polvo (15,4 %) y el lodo (7,1 %).

Se destacan también otras molestias —debidas a veces a equipamientos de importancia como, en este caso, el estadio, pero no representan sino el 13 % de las opiniones desfavorables— y más frecuentemente causadas por las condiciones sociales de existencia puesto que el 23 % de la gente habla de un mal ambiente en el barrio o en la vecindad (14 %), probablemente los mismos (16 %) que se lamentan por una promiscuidad demasiado importante con los vecinos. Sin embargo, es importante el porcentaje de gente que se queja de la falta o rareza de espacios públicos de juego o de paseo. Así, el 26,7 % afirma que no hay lugares para jugar y el 15,4 % no sabe dónde podría ir a pasear o simplemente a tomar aire, en el barrio. A ellos se suma el 23 % que constata que los lugares de recreación y diversión son difíciles de acceso. Finalmente, un 6,4 % confiesa sufrir de un real aislamiento social.

Si hubiera que resumir todas estas apreciaciones, se diría que la gran mayoría de los habitantes de Chimbacalle está satisfecha de vivir allí aunque no ignora las molestias existentes, en especial, la inseguridad que preocupa a más de la mitad, el ruido y la suciedad de las calles donde se encuentra demasiada basura. Hay un 20 a 30 % de los residentes que deplora ya sea el ambiente, la falta de equipamientos de recreación, los vecinos (pero esto es una banalidad en numerosos barrios populares donde la intimidad de cada uno está muy mal protegida debido a las mediocres condiciones materiales de hábitat), o incluso todo lo resultante de las actividades de la calle: contaminación por los vehículos, molestias de ruido, suciedad del mercado a final de la mañana, etc.

A la pregunta «¿Está satisfecho con el barrio?», reaccionaron 250 de 285 personas. De ellas, el 78,8 % respondió afirmativamente y el 21,2 % negativamente, pero tal como se ha observado en todos los barrios de Quito estudiados, las respuestas a las preguntas «Si tuviera los medios, ¿se mudaría de casa? ¿se mudaría de barrio?», contradicen aparentemente esta conformidad, si no en lo que respecta a la vivienda, al menos en cuanto al barrio, puesto que el 69,5 % pretende que cambiaría de barrio y el 75,9 % que

cambiaría de casa. Evidentemente, los entrevistados que respondían a las sucesivas preguntas no tenían conciencia de este tipo de incoherencia. Por cierto, esto refleja una cierta abstracción que permite soñar: «Si tuviera los medios...» o «Si fuera rico... tendría una casa así» o «asado...», y también «iría a tal barrio...» o «tal otro...». Sin embargo, llegado el momento, ¿cuántos cambiarían? Se ha visto y ello corresponde a un sentimiento bien establecido de pertenencia al barrio, los residentes de Chimbacalle quieren a su barrio.

Sea como fuere, es interesante ver qué barrios o sectores de la ciudad les parecen más atractivos. En un 9 %, no están seguros (sin opinión, «ninguno», «cualquiera») y las tres cuartas partes citan, aunque de una manera dispersa, otro barrio. Sin embargo, hay un 19 % que confirma su preferencia por el mismo barrio y la cifra aumenta si se incluyen los barrios vecinos (Pío XII, Chriyacu, México, Villa Flora) o bastante cercanos (Atahualpa, El Calzado, La Magdalena) que reúnen el 16,3 % de las opiniones, lo cual hace que Chimbacalle y barrios relativamente vecinos parezcan más atractivos a más de una persona sobre tres (35 %), lo que permite pensar que la ciudad, para ellos, se limita a los barrios que mejor conocen, todos situados en el centro-Sur de la capital ecuatoriana. Mientras el 13 % cita el sector norte y el 1 % el Sur de la ciudad, sin más precisión, el 8,4 % habla del Centro Histórico. Sin embargo, si se observan las respuestas más precisas, el Norte se revela mucho más atractivo. En efecto, el 7 % opta por un barrio representativo del centro-Norte: La Mariscal, La Paz, o más lejos y menos encopetado, La Gasca, La Granja, etc. El 4,6 % cita el Norte, pero también de manera bastante ecléctica: El Condado o El Inca, o incluso Carcelén, Rumiñahui, Coto-collao o la Kennedy. Las pequeñas localidades y parroquias de los valles son también mencionadas por el 8,4 % de los entrevistados y algunos otros (1,4 %) hablan de nuevos barrios, muy recientes, que se construyen a lo largo de la avenida Oriental.

De esto se puede concluir que la idea de atractivo que contenía la pregunta es muy variable para la gente, que no la consideran por sí misma sino más bien en función de sus estrategias de vida quiteña personal. Sin embargo, como era previsible, reiteramos la pregunta buscan-

do la opinión de las personas entrevistadas sobre el barrio de Quito que les parecía más atractivo, con otra interrogante algo diferente y más personal: «Si tuviera los medios y decidiera cambiarse de casa, ¿a dónde iría? Si fuera a otro barrio, ¿a cuál?». No hay necesariamente una correlación entre esta pregunta y la anterior, pues se puede considerar un barrio representativo porque es, según lo que se sabe o se cree, la opinión generalizada y, al mismo tiempo, se puede apreciar personalmente otro barrio. Es por ello que no se trata de una repetición, aunque la correlación declarada entre una y otra pregunta pueda hacer creer que, para algunos, lo que prefieren o escogen representa necesariamente, desde el punto de vista del sentido común, la única posibilidad. Sin embargo, las respuestas obtenidas dejan a la pregunta sin una verdadera respuesta. En efecto, se vio que un 76 % cambiaría de casa, de los cuales el 6,3 % permanecería en el mismo barrio y el 13,2 % se instalaría en un barrio del mismo tipo, es decir con la misma calidad y estilo de vida, pero más de la mitad (51,2 %) de los que se mudarían de casa, que corresponde igualmente al 62 % de los 285 (169) que afirman que cambiarían de barrio si tuvieran la oportunidad, se contentan con decir que irían a un barrio «diferente», de los cuales el 14,2 % precisa que sería fuera de Quito, en las afueras, y el 6,5 % restante que iría «al campo». Además, el 4,1 % cita otras ciudades del país y, en un caso, los Estados Unidos.

Las razones de una mudanza dentro del mismo barrio son de tres órdenes: en primer lugar, ser propietario de su vivienda; en segundo término, por razones muy personales, generalmente familiares; finalmente, por elección, sin más explicación. Si bien se trata de ir a un barrio del mismo tipo, el primer argumento es una mejor localización: «más central» y un mejor equipamiento; vienen luego nuevamente las razones familiares, seguidas de «la tranquilidad» o «la seguridad». En el caso de la elección de un barrio «diferente», las razones de «conveniencia personal» predominan en un 27,6 % de los casos, y vienen luego nuevamente «la seguridad» y «la tranquilidad» (24,1 %), las «razones familiares» (13,8 %), un barrio «más central» y «mejor equipado» (12,1 %), ser propietario de su vivienda (6,9 %), acercarse al lugar de trabajo (5,2 %) y finalmente algo «menos ca-

ro», «más limpio» o «para variar». La propiedad, las razones familiares o personales (lo que quiere decir todo y nada) y la «tranquilidad», entendiéndose como «seguridad» son los tres grandes motivos de los deseos de cambio. Nunca es el tipo de vida propio del barrio lo que se cuestiona, fuera, por supuesto, del temor —a menudo más imaginario que realmente justificado— a la delincuencia, oculto tras los términos de «tranquilidad» y «seguridad». Las respuestas relativas a la opción de salir de Quito privilegian igualmente esas tres razones.

Puesto que tantas personas evocan la idea de cambiar de barrio, lo que supone que Chimbacalle no les satisface sino en parte a pesar de la gran mayoría que afirma estar satisfecha, es instructivo saber lo que, a su juicio, debería modificarse en el barrio y quién debería asumir tales cambios. De ahí la pregunta «¿Qué modificaciones le parecen deseables para el bienestar del barrio y quién debe realizarlas?». Cerca de la cuarta parte (23,5 %) no respondió y las respuestas de los 218 restantes se reparten como sigue: 10,6 % no ve la necesidad de modificación; el 30,7 % coloca en primer plano la seguridad y el control de la delincuencia (si se prefiere, mayor vigilancia, si no más represión, discurso sobre la seguridad que en la actualidad contamina a la sociedad de ciudadanos de todas las grandes ciudades del planeta, o casi); el 15,6 % desea una limpieza cotidiana de las vías y lugares públicos, lo cual, al igual que la inseguridad, aparece como un *leitmotiv* en todo Quito y corresponde a una verdadera falta de educación social de los quiteños, incluido de aquellos que se quejan pensando solo en los basureros y los montones de desechos olvidando su propio comportamiento (se arrojan las cajetillas de cigarrillos vacías, los restos de comida, etc. como si las calles tuvieran la función de un amplio colector de desechos personales y domésticos). A nuestro parecer, esta educación depende ante todo de los profesores y los responsables del mantenimiento urbano, lo que los primeros (se trate de establecimientos educativos públicos o privados) no han comprendido aún, pero que el Municipio sabe muy bien si se juzga por las campañas de sensibilización, desgraciadamente insuficientes, que ha emprendido con el simpático personaje de Evaristo. Las diversas redes son citadas en 9,6 % de las respuestas, sobre todo los transportes colectivos (encuesta realizada antes de la puesta en ser-

vicio del trolebús), las alcantarillas y, más generalmente, todas ellas sin precisión.

Se anotó ya que la gente es muy sensible a la falta de lugares de recreación (juegos, paseos, deportes). Esta demanda se reitera: el 14,7 % reclama parques y canchas de juego y algunos (1,4 %) retoman lo de la convivencia que se expresa de la mejor manera justamente en esos espacios públicos de esparcimiento. Hay aún un 17,4 % de las respuestas que precisan un deseo pero se dispersan (una a dos respuestas) entre las calles, los mercados, las escalinatas, el embellecimiento, el mantenimiento de lo existente y, más globalmente, todo tipo de equipamientos.

«¿Quién debe asumir las modificaciones y obras esperadas?» A esta interrogante, el 13,5 % no contesta, pero el 53,5 % designa al Municipio, sobre todo en el caso de la seguridad, el aseo, los parques y otros espacios de recreación. Para el 13,9 % de la gente, se apela al Estado, conjuntamente con el Municipio pero en menor medida, para resolver los problemas de delincuencia y de aseo, sin que este segundo punto se explique claramente (¿educación?, ¿tal vez!). Se lo responsabiliza menos que al Municipio que aparece, en realidad, como el único poder oficial cercano, aunque no a los ciudadanos, al menos a los ciudadanos. Frecuentemente se considera también que los vecinos y, más ampliamente, los residentes del barrio deberían participar más activamente en la solución de tales problemas (seguridad, aseo). Es lo que afirma el 9,8 % de los interrogados. Finalmente, también para la seguridad y el aseo, el 6,1 % piensa que las asociaciones barriales tienen un papel que cumplir (¿educación?, no se precisa).

Después de las interrogantes sobre el atractivo de los barrios, en especial de aquel donde, de ser el caso, unos y otros quisieran instalarse, se prosiguió la encuesta en ese sentido pidiendo una clasificación argumentada de los barrios de Quito según los gustos de cada uno.

Si se descarta la importancia atribuida por los habitantes de Chimbacalle a su propio barrio y a los barrios vecinos, se encontrará una vez más la formidable atracción que ejerce el Norte de la ciudad (debe entenderse el centro-Norte y el Norte, hasta las afueras norte) que merece la preferencia más de 6 de cada 10 personas. Sin embargo, y ya se

vio anteriormente, como los habitantes tienden siempre a considerar aparte su barrio y los barrios cercanos, puesto que son mejor conocidos y por lo tanto más apreciados, el Sur, donde se localiza el barrio que tratamos en este capítulo, encabeza la lista de preferencias. Así, en primer lugar, en un 45 % la gente prefiere el Sur en primera posición, en un 36 % en segundo lugar y en un 35 % en tercer lugar. Esta distribución se matiza cuando se estudian las respuestas en función de los subgrupos escogidos. Así, quienes colocan al Sur en primer lugar optan por Chimbacalle (27 %) y los barrios vecinos (45 %). El 63 % coloca a esos barrios en segunda posición y el 46 % en tercera posición. Los demás barrios del Sur escogidos corresponden más bien, con algunas excepciones, a barrios que tienen ya una generación.

No obstante, el Norte sigue siendo muy codiciado. Más de 4 personas de 10 (42 %) lo cita en primer lugar, casi una de dos (47,5 %) en segunda posición y el 51 % en tercera posición, pero dentro de esta elección hay una distribución entre los barrios cercanos a Chimbacalle por el nivel de vida de la población que reside en ellos, que representan, según el rango de la opción, el 5 % (primer lugar), el 12 % (segundo lugar) y el 16 % (tercer lugar) de las preferencias, los barrios de la pequeña burguesía (clases relativamente acomodadas), 25 %, 30 % y 24 % respectivamente (deseo de promoción social), y los barrios ricos en los que, los valores son del 25 %, el 22 % y el 31 % respectivamente.

El centro y algunos barrios muy cercanos, ligeramente al Norte, vienen en último lugar: el 19 % los designa en primera posición, el 22 % en segunda y el 16 % en tercera.

Finalmente, si se juzga por los tipos de barrios escogidos y su localización, los habitantes de Chimbacalle son lúcidos y realistas. Son muy conscientes de su manera de vivir, de sus gustos y de sus medios. Es por eso que sus opciones se centran ante todo en barrios cuya población se les asemeja o se sitúa apenas un poco más alto en los modos de vida y en el confort. Solamente el 21 % (primer rango), el 25 % (segundo rango) y el 29 % (tercer rango) optan por barrios de pequeña o gran burguesía, que están fuera de sus costumbres y de su interés.

De ninguna manera habríamos podido recoger las opiniones sobre los lugares de Quito clasificados según sus atractivos y el interés particular que cada uno tiene en ellos, si no hubiéramos agregado una pregunta sobre su representatividad real, aprendida o supuesta, establecida en la mente de cada cual. Aunque hay mucho de convencional en las respuestas, evidentemente fruto de ideas recibidas más que de juicios elaborados por cada uno y que se aplican únicamente a lugares particulares, muy identificados y caracterizados, se debe admitir que siempre es más o menos de esta manera como se establecen las jerarquías de valores, se trate ya sea de objetos de arte o de ideas, de lugares o de cualquier otro objeto sometido a una clasificación. Y no es necesariamente negativo que se siga una opción generalizada, en la medida en que aquí no hay un efecto de moda. Ahora bien, tal efecto de moda es relativamente menos fuerte en Chimbacalle que en otros barrios encuestados, lo cual confirma lo que se afirmaba anteriormente sobre la lucidez y la prudencia de los habitantes entrevistados. Así, sabiendo que existe un 9 % de sin respuesta y 10 % de sin opinión, de las opiniones vertidas, el Centro Histórico es el conjunto urbano de Quito reconocido como el más representativo por más de 13 personas de 20 (65,5 %) que, cuando argumentan tal convicción hablan en un 81,5 % de los casos de la dimensión histórica (la mitad de las respuestas, es decir 40 %), la arquitectura (20 %) y luego la tradición (18,5 %) o el «patrimonio» (término aprendido, 3 %). El 18,5 % de las explicaciones distintas son mucho menos precisas: el 11 % se contenta con decir «es aquel que tiene más carácter», el 3 % habla de las actividades comerciales, la vida de la calle, mientras que otro 3 % cita el turismo, confundiendo el efecto con la causa. El 1 % restante se limita a anotar simplemente que «es el barrio más conocido» de Quito.

Después del centro, el 11 % de las respuestas se refiere al Sur, sobre todo a los barrios cercanos a Chimbacalle, como la Villa Flora designado por el 80 % de ese 11 %, hablándose sobre todo de las actividades comerciales que allí se desarrollan.

Viene luego el Norte, también con el 11 %, sobre todo porque es en esa parte (amplia y mal delimitada) de Quito donde se encuentran los barrios ricos (La Colina-La Paz, avenu-

da González Suárez, El Condado, El Bosque), y finalmente otro barrio rico pero más comercial y de negocios, La Mañiscal (7,3 %).

Se ve que, aparte del centro, no hay un discurso preestablecido con una opinión elaborada. Destacamos aquí este hecho puesto que es evidente en Chimbacalle, donde las respuestas siempre fueron sencillas, pero se podría probablemente hacerlo a propósito de las respuestas emitidas en cualquier otro barrio. Sea como fuere, esta constatación permite darse cuenta de que, desde hace algunos años (2 decenios tal vez) la toma de conciencia «patrimonial» orquestada inicialmente por la UNESCO y retomada por los responsables municipales y nacionales, aunque tradicionalmente ya bien interiorizada, funciona. Cabe otra observación: el entusiasmo por lo que es, o se cree que es, la «modernidad» está en la actualidad relegado aunque no al olvido, al menos a otros discursos. Así, ya no se verá el sueño de una modernización destructora-renovadora del centro, que no se hizo entonces por falta de medios, pero que primaba antes de que se empiece a hablar del «patrimonio de la Humanidad»...

La opinión vertida sobre las operaciones de conservación y rehabilitación del Centro Histórico confirma el impacto y el contenido del discurso oficial retomado por todos. De las 285 personas interrogadas, 32 (11,2 %) no respondieron; 22 (7,7 %) fueron imprecisas («más o menos»), 39 (13,7 %) solo tienen una opinión negativa, y 192 (67,4 %) se refieren a ello positivamente (52,6 %) o muy positivamente (14,7 %). La referencia histórica es la primera invocada con un 27 % de las respuestas positivas, seguida de un deseo de conservación (23 %) sin que se dé la razón: «para que no desaparezca», como si no fuera sino una constatación explicativa de las acciones que se están llevando a cabo. «Es nuestra herencia» o respuestas de igual significación representan aún cerca del 14 % de las opiniones emitidas. En los tres casos, que reúnen al 64 % de las opiniones favorables, estamos ante las referencias de connotación histórica. La imagen urbana de la ciudad republicana en su conjunto, implantada en la malla de calles de la ciudad colonial, retomada a su vez de la ciudad prehispánica, es igualmente bien recibida: el 13 % la menciona. Ella halaga al chau-

vinismo quiteño y ecuatoriano que, por caridad, se puede llamar también patriotismo o, con más justeza, orgullo de los testimonios mantenidos (o reinterpretados) de los siglos anteriores. Esa imagen se muestra a los visitantes.

Los movimientos diarios, la animación de la calle, los comercios y demás actividades se destacan también en un 6 % de las respuestas. Hay también aceptaciones condicionales, tales como «no estaría mal una mejor organización, más planificación» o «se debería hacer más y mejor», que es lo que pide un 14 % de la gente. Finalmente el «bien» o «muy bien», así como el «más o menos» están sometidos por el 8 % de las opiniones a la esperanza de ver que se tome verdaderamente en cuenta la circulación automotriz considerada «desorganizada» y «caótica». Evidentemente, se encuentra también la opinión cascarrabias y severa (1,5 %), clásica en todo tipo de tema —¡Hay necesidades más urgentes!— pero esa posición está más (43,6 %) del lado de quienes no aceptan la conservación y rehabilitación del Centro Histórico. Asimismo, el 28 % de los descontentos destaca el problema de la circulación automotriz desorganizada y caótica, y el 5 % habla, al respecto, de conflicto de intereses, lo que es probable. Los nostálgicos, entre otros aquellos que siempre dicen «no» a cualquier cambio, se manifiestan explicando su rechazo no al hecho de salvar al centro del deterioro y la destrucción, sino por el contrario, a verlo dañado por una mal llamada «restauración»: «Están dañando lo que era Quito en otros tiempos» (23 % de las opiniones desfavorables), completado con una conservadora afirmación de «se pierde la tradición» (5 %). Los que temen a «las novedades» también participan (20 %) protestando contra la implantación del trolebús, olvidando, o desconociendo, que de 1933 a 1946 funcionaba un tranvía muy bien aceptado. Finalmente, hay quienes se preocupan por la economía municipal, cuando no aprueban los gastos (10 %), afirmándose entonces contra «toda gran inversión en el Centro Histórico». Más radicales que estos últimos, solo existen los que sostienen un perentorio «Se debería destruir todo» y que representan el 5 % de los hostiles.

Sin embargo, que se trate de los incondicionales de la conservación y la restauración, de los indiferentes o de los opositores, muy pocos tienen una idea precisa de quién hace

qué y de las condiciones financieras e institucionales de las operaciones emprendidas o proyectadas. Las tres cuartas partes de los encuestados, incapaces de decir quién las financia, confiesan desconocerlo o, simplemente, estudian la cuestión. De la cuarta parte restante, el 62,3 % afirma, con justeza, que el Municipio es el principal maestro de obra de la acción de salvamento del centro, el 14,5 % es más preciso y habla del Fondo de Salvamento, otorgando una capacidad de acción al Estado el 8,7 % de la gente, y a organismos internacionales y organizaciones varias, el 7,2 %. Lo importante es saber que si bien 2 de cada 3 personas aprueban la conservación del Centro Histórico, son 4,5 veces menos numerosos aquellos que tienen una idea de las condiciones económicas y administrativas de su aplicación.

Fuera de la cuestión del Centro Histórico, la encuesta buscó captar lo que tendrían que decir las personas entrevistadas sobre el (o los) barrio(s) de negocios (que, como se vio, pueden ser entendidos como barrios comerciales) y el (o los) barrio(s) administrativo(s). Se revela que en el caso de los lugares de negocios, la cuarta parte (26 %) no responde y tratándose de los sitios de vocación administrativa, esa cifra se acerca a un tercio (31,6 %). Sin embargo, lo más sorprendente es que un 13 % manifiesta que no existe un barrio de negocios y el 6,7 % que no hay un centro administrativo. O la pregunta no se entendió o la indiferencia frente a estas dos funciones mayores de la urbe es tanto más grande cuanto que a estas contestaciones negativas se debe sumar la falta de respuesta. Solamente la cuarta parte del 61 % que saben de la existencia de un barrio de negocios aportó ciertas precisiones sobre lo que piensa o sabe al respecto. Así, el 59 % sitúa a ese barrio en diversos lugares donde funcionan mercados del Centro Histórico (El Tejar, Ipiales y San Roque): el 18 % lo ubica en La Villa Flora o en el mismo Chimbacalle y el 9 % habla de La Mariscal. Luego vienen toda suerte de barrios, de La Solanda a El Bosque. Las elecciones son motivadas primeramente por las actividades comerciales (29,5 %), luego por los precios (22,7 %) y finalmente por la animación, el poder financiero y los intercambios monetarios que se observan, los mismos que, aunque muy modestos, impresionan a la gente de

bajos recursos (20,5 %). El 27,3 % restante utiliza argumentos muy variados: «la gente va allí», «los turistas conocen», «son zonas ricas y desarrolladas», etc. De todo esto se destaca que para los habitantes de Chimbacalle, «barrio de negocios» significa «barrio comercial», siendo el comercio corriente el único tipo de negocios que conocen.

En cambio, si bien sobre la cuestión del centro administrativo, un tercio no contesta, el 10,5 % confiesa no saber nada y el 6,7 % pretende que no existe tal centro. Esta pregunta fue entendida mejor que la anterior y el 51,2 % restante supo explicar su respuesta. Así, el 53 % de ellos estima que el lugar de la administración es el centro, es decir la Plaza Grande y el Municipio (como lo precisa el 44,6 %) más que la Presidencia de la República; el 9 % lo ubica en La Alameda o alrededor de El Ejido, el 11,6 % alrededor de La Carolina (lo que corresponde, en realidad, a parte del barrio de negocios), el 7,5 % en Chimbacalle o en las cercanías, el 4,1 % en el Sur, el 3,1 % en todos los barrios en los que hay alguna oficina de la administración y el 4,1 % en los bancos. Es evidente que en el caso de La Carolina, La Mariscal y los bancos, hay confusión entre las dos series de respuestas esperadas: barrio de negocios y centro administrativo.

Todas estas personas, más o menos bien informadas de lo que sucede en la urbe, de las acciones de quienes, elegidos y por lo tanto sus representantes escogidos, están a cargo del mantenimiento y buen funcionamiento de la ciudad y de los lugares donde se concentran ciertas actividades primordiales ¿tienen conciencia de los reglamentos que rigen la vida urbana en su conjunto y, al menos a nivel de su barrio, un conocimiento de las acciones que les atañen directamente, desarrolladas colectiva y solidariamente por los habitantes? Es lo que trató de captar la última serie de preguntas planteadas.

El 69 % afirma que no existe reglamento urbano alguno, el 13 % no se pronuncia y solo el 18 % sabe, o supone, que existe uno. De ellos, el 34 % no dice más, el 15 % no sabe qué decir, el 1 % se contenta con afirmar que «está bien», y los demás se dividen, con matices, entre los que piensan que el reglamento debe dictar normas de fun-

cionamiento de la ciudad. Estos representan un 32 %, de los cuales la mitad agrega que debería haber, como complemento, una verdadera educación de la gente, decirse al menos lo que debe saber la gente; el 3 % habla de seguridad, de salud, de higiene, que son temas recurrentes y obsesivos; el 7 % aborda la cuestión del control de los servicios públicos y de las normas de construcción; los demás se dividen entre «cambiar lo que debe cambiarse», que se puede traducir como «adaptar los reglamentos a la evolución de las necesidades» (2 %) y toda clase de lugares comunes.

Si se va más lejos preguntando qué obras prioritarias deberían emprenderse, las respuestas giran alrededor de las demandas que ya se han mencionado, a propósito de cada rubro, a lo largo de la encuesta. He aquí una vez más la distribución de las respuestas: una cuarta parte «sin respuesta» (27.7 %), el 16,8 % reclama más seguridad, el 8,1 % habla de los servicios esenciales que deben mejorar, sin que estas dos demandas tengan mucho que ver con lo que comúnmente se conoce como obras públicas. Se encuentra aquí una gran ignorancia de todo lo referente a cuestiones urbanas o de interés general, lo que confirma la poca apertura de la gente fuera de la esfera de su vivir cotidiano. El resto se refiere a los transportes (4,9 %), a la protección de los peatones (1,4 %), a la contaminación y la higiene (5,6 %), a los espacios de recreación (5,3 %), a «obras públicas» sin precisión (3,5 %), lo que es responder a la pregunta con la repetición aprobadora, u «obras varias» (21 %) que es una manera de contestar idéntica a la anterior. Finalmente, un 6,6 % manifiesta que «no hay necesidad de obras públicas particulares». Se encuentran las reivindicaciones habituales, en parte justificadas —contaminación, higiene, salud, diversos equipamientos de servicio, transporte, seguridad de los peatones, espacios de recreación, etc.— y en parte repetidas incansablemente sin sentido crítico, como consecuencia de miedos irracionales, como en el caso reiterado de la seguridad que, como ya lo hemos señalado, se destaca de manera mucho más clara que la importancia de los riesgos. Por cierto, tal inseguridad no es caracterizada sino rara vez, comprobándose que se trata efectivamente ante todo de una psicosis.

Cada uno tiene entonces sus indiferencias, sus esperanzas y sus reivindicaciones, pero cuando se trata de comprometerse, a través de las asociaciones, en acciones comunitarias directamente vinculadas a la vida del barrio, solamente un 19 % dice participar en las actividades de una o varias organizaciones. Decimos «solamente» pero el término no es el adecuado pues es ya un porcentaje elevado que no se encuentra, lejos de ello, en todos los barrios de Quito. Reforzando esto, el 23 % afirma participar en obras colectivas de interés comunitario, tales como la minga cuya tradición, mantenida en los pueblos y aldeas, tiende a perderse en la ciudad. Aunque se observa un 4 % por un lado y un 17 % por el otro*, de falta de respuesta, aparentemente esos valores no subestiman la realidad, pues si hay una participación, es poco probable que se la haya omitido. Por cierto, cuando se trata de precisar qué tipo de participación o con qué clase de organización barrial, se encuentra un 78 % de sin respuesta, lo que es coherente con los datos anteriores (23/2 + 19/2 y 100 - 78 = 22). Para quienes participan activamente, son las fiestas parroquiales, municipales, nacionales, tradicionales o de barrio las que tienen la mayor adhesión: 44 %. Hay una manera de vivir muy interiorizada que se perpetúa. Las actividades deportivas, con una cierta dimensión social, también son importantes: 35 %. El mantenimiento, el aseo entre otros, de los espacios exteriores más cercanos, veredas, tramos de calle, también es citado por el 21 % de los encuestados. Naturalmente, el 61 % de los habitantes del barrio opinan favorablemente sobre esas actividades, pero el 27 % no responde y el 45 % no lo sabe (lo que es una manera de no comprometerse, incluso en una respuesta sin alcance social grave). Lo más sorprendente es encontrar un 7,5 % de las personas interrogadas que considera negativa tal acción.

Se formuló otra pregunta, muy diferente, pero que de alguna manera se une a la necesidad de conocer los movimientos diarios, durante la semana (migraciones alternantes) y los días feriados (organización de los fines de semana): «¿Qué hace usted, a dónde va los fines de semana?». La décima parte (10,9 %) no responde, la mitad (50,2 %) afirma permanecer en casa, algunos (2,4 %) salen de vez en cuando y los demás (36,5 %) salen prácticamente todas las semanas. Un

tercio (33,7 %) no da detalles de lo que hace ni de a dónde va; el 21,4 % cambia un poco yendo a lugares de descanso o paseando, según el humor del día; el 16,5 % sale de Quito para dar una vuelta en los alrededores; el 10,2 % recibe a la familia en su casa y el 3,1 % va a visitar a familiares; el 4,9 % se reúne con los amigos o pasa un momento con los vecinos; finalmente, el 10,2 % va a pasear a algún lugar cercano, en el mismo barrio, o más frecuentemente en un barrio vecino. Aparte de los que visitan a la familia o a los amigos (9,8 %), en cuyo caso es difícil precisar a qué barrio van pues el 60 % no da información alguna (esa cifra comprende aquellos que permanecen en sus casas y parte de los que salen pero no precisan a dónde), los lugares de la ciudad más frecuentados son primeramente La Carolina y el Parque Metropolitano, espacios lúdicos acondicionados y mantenidos por el Municipio, a donde, según sus declaraciones, se dirige el 5,3 % de las personas interrogadas. El 4,9 % cambia de lugar cada semana. El campo, casi siempre un lugar en el valle con club y piscina, o más alejado, a una distancia de 20 a 30 km (El Quinche, por ejemplo, e incluso otra provincia), atrae al 15,3 % de los encuestados. Para el resto, los destinos y las actividades son muy vagos y variables según las semanas. De todas formas, Chimbacalle, barrio popular, está poblado de gente a menudo poco afortunada y una cuarta parte solamente (25,6 %) dispone de un vehículo, lo que limita su capacidad de desplazamiento.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista de los habitantes de Chimbacalle

En definitiva, ¿qué es un habitante de Chimbacalle?

Vive en un barrio de nombre cambiante a voluntad de los cartógrafos o del Municipio, a menos que sea de la gente. Algunos lo llaman Chiriyacu y otros, refiriéndose a su parte meridional, lo denominan El Camal, pues el antiguo camal se encontraba en el límite de su territorio. Lo que es seguro es que si bien el ferrocarril fue la causa de su creación, de su desarrollo y de su poblamiento, también es causa de la decadencia de sus actividades artesanales y comerciales. Es un barrio instalado en pendientes, al borde de la Panamericana y de la vía férrea, habitado por gente de la cual la mitad se ha instalado hace largo tiempo y

es propietaria de su vivienda, generalmente de dimensión razonable, pero sin exceso. Es un barrio popular y bonachón, de hábitat modesto y consolidado, donde los edificios son raros y poco elevados.

Aunque bien conectado y por lo tanto bien integrado a la ciudad útil, Chimbacalle está de todas formas bastante alejado de los lugares de actividad de un tercio de su población económicamente activa y de la mitad de los menores que estudian. Comparte esta situación con el conjunto de los barrios del Sur de Quito, pero en su caso no es dramática, pues los equipamientos básicos son suficientes. Lo mismo sucede con el confort en las viviendas donde, aparte del servicio telefónico con el que cuentan apenas 4 viviendas de cada 10, todas las redes —agua, luz eléctrica, evacuación de las aguas servidas— están correctamente distribuidas.

La población, debido a la antigüedad del barrio (tres generaciones), envejece progresivamente, los jóvenes se marchan y los nacimientos o nuevos migrantes no compensan el déficit. Los hombres tienen una actividad económica dos veces más frecuentemente que las mujeres, que son amas de casa y guardianas del hogar. Es madrugador, a las 7 a.m. está ya en camino hacia su lugar de actividad cotidiana. Su desplazamiento dura entre 30 minutos y una hora, nunca más. Casi siempre toma el autobús o, en sus desplazamientos intra-barrio y hacia los barrios vecinos, va a pie. Sin embargo, una vez de cada 10 trabaja en su domicilio. Si es estudiante, regresa a su casa al medio día, para el almuerzo, y 4 veces de cada 5 no vuelve a salir por la tarde.

En la noche, regresa a casa a su ritmo, de ser posible antes de que caiga la noche, y se reúne con su familia. Esta es de 4 personas en promedio, pero como muchos viven solos, se puede decir que casi siempre hay cinco personas en el hogar, entre ellas tres niños.

Este comportamiento regular, sin incidentes y caseiro, le satisface. El fin de semana, una de cada dos veces permanece en casa para recibir a la familia o a los amigos, o pasea en el barrio o en un barrio cercano donde puede reunirse y divertirse con sus semejantes. En otras ocasiones va a uno de los espacios acondicionados para recreación, como el parque de La Carolina, o mejor, el Parque Metro-

politano. Las pequeñas localidades de los valles también lo atraen. A veces sale de la provincia.

Dos de tres veces afirma que le gusta vivir en Chimbacalle. Sin embargo, no piensa quedarse, llegado el caso, sino en uno de cada 3 casos. Es esa una de sus contradicciones, aunque no lo es sino aparentemente, pues si se mudara, el barrio al que iría se parecería a Chimbacalle, pero estaría mejor situado para el acceso a los lugares de trabajo. Podría ser a un barrio cercano y casi con igual frecuencia a un barrio del Norte, donde cree que la seguridad de los bienes y las personas es mayor. En verdad, lo que no sabe es que los habitantes del Norte, por las mismas razones, quieren también ir siempre más al Norte. Lugar mítico de los barrios bien equipados, ordenados y seguros.

El Centro Histórico forma parte de su patrimonio. Si bien no es el barrio en el que le gustaría vivir, lo considera atractivo y eminentemente representativo de Quito. Igualmente, está totalmente de acuerdo con que el Municipio, con ayuda exterior, lo restaure y lo conserve, lo que, en su opinión, cuando tiene una al respecto (9 de cada 10 veces), es algo excelente pues el valor histórico y tradicional del centro le parece evidente. Aunque conoce y se interesa por el Centro Histórico, no tiene muy clara la locali-

zación de un barrio de negocios, o más bien, para él no se trata sino de un barrio comercial y, naturalmente, si se le pide que lo sitúe, designará el más amplio (Ipiales, El Tejar, San Roque) o el más cercano, la Villa Flora. Ubica también bastante bien el centro administrativo que no puede ser sino municipal y en el centro, alrededor de la Plaza Grande.

Pero que no se le hable de un reglamento de urbanismo: siete de cada diez veces no tiene idea de su existencia ni tampoco de su necesidad. Lo único que debería hacer el Municipio, según él, sería solucionar los problemas evidentes de la delincuencia, del descuidado aseo del barrio, de la higiene, de la salud, del ruido y de la contaminación generada por los vehículos. Debería además, mantener, e incluso crear, espacios de recreación. Ciertamente, de buena gana daría una mano de vez en cuando a los vecinos al momento de las fiestas o para actividades deportivas, pero no más allá...

En resumen, el habitante de Chimbacalle es una persona apacible, que trabaja en oficinas, fábricas u obras y goza de un modesto confort. Envejece lentamente y sabe que su barrio, que necesitaría ser renovado, se deteriora y no es una prioridad para el Municipio. Se contenta con su suerte, pues, en resumidas cuentas, es demasiado case-ro y apacible como para rebelarse contra la adversidad.

4 • La Mariscal

Características y especificidades urbanas del barrio

La ciudadela Mariscal Sucre, más comúnmente conocida como La Mariscal, se sitúa aproximadamente un kilómetro al Norte de los límites de Quito a inicios de siglo, más allá del parque de El Ejido. Su sitio, plano salvo en su parte oriental relativamente empinada, es muy propicio a la urbanización. Este barrio, en su espacio actual, se extiende en 144 hectáreas. Está compuesto de tres subconjuntos diferentes por su localización, su morfología y su trazado, distribuidos en 118 manzanas.

El primero, adyacente en su borde meridional (avenida Patria) al parque de El Ejido, es el que dio el nombre al conjunto. Es el más antiguo y en él se iniciaron las actividades comerciales. Por ello, desde los años 1970, estuvo sometido a una importante especulación de bienes raíces que provocó la destrucción masiva de las villas con jardín que le daban su encanto y que fueron reemplazadas por edificios que pueden alcanzar y superar los 10, e incluso 15, pisos, en especial a lo largo de las avenidas Patria, Amazonas y Colón. De todas formas, donde no se elevaron nuevos edificios de función comercial, desaparecieron los jardines. En su lugar se construyeron garajes individuales o, casi siempre, *boutiques*. Por cierto, la avenida Amazonas, cuya extremidad meridional constituye en cierta forma la espina dorsal de negocios del barrio, tiene un papel más amplio, pues lo conecta con el aeropuerto del mismo nombre, mostrando así su interdependencia (ver de MAXIMY, R., 1984 Contribución al estudio de los barrios de Quito: La Mariscal Sucre, en revista del CEDIG*, nº 5). Desde entonces, la función terciaria (burocrática, comercial y empresarial) predomina sobre la función residencial.

El segundo subconjunto, conocido durante largo tiempo con el nombre de Simón Bolívar, está constituido esencialmente de una lotización que reúne 28 manzanas. Se lo circunscribe entre las calles Luis Cordero (al Norte) y Veintimilla (al Sur), y las avenidas Amazonas y 6 de Diciembre, al Oeste y al Este respectivamente. En nuestro análisis cartográfico, se asociaron a él las manzanas que lo bordean al Sur, excluyendo aquellas que bordean a la avenida Colón. Urbanísticamente, se caracteriza por una orientación diferente de las calles y una mayor estrechez de las manzanas, alinéandose unas y otras perpendicularmente a la avenida Amazonas cuya dirección se desvía igualmente entre la calle Veintimilla y la avenida Colón, límite septentrional del barrio. Sin embargo, ese cambio de orientación se observa en realidad en toda La Mariscal. Este sub-barrio, aunque no carece de actividades comerciales, ha conservado más sus características originales: casas individuales y pequeños edificios, de función residencial predominante, aunque a lo largo de la avenida Colón, y ocupando las manzanas adyacentes, se alzan edificios de gran altura, entre ellos las cuatro Torres de Almagro que forman el volumen más importante.

Finalmente, el tercer subconjunto, situado entre las avenidas 6 de Diciembre y 12 de Octubre y que ocupa 35 manzanas, es un mejor testimonio de lo que fue inicialmente la ciudad: un conjunto agradable de villas en medio de jardines cerrados. La función residencial sigue siendo preponderante, encontrándose también algunos restaurantes y otras actividades de servicio (oficinas), colegios y embajadas. Los comercios han colonizado las avenidas que lo limitan.

A pesar de estas diferencias, el sistema vial sigue siendo muy tradicional, con la omnipresencia del principio de la cuadrícula, incluso si a menudo el cuadrado es un tanto ladeado o se transforma en un rectángulo más estrecho como en la lotización Simón Bolívar.

Antes de analizar los resultados de la encuesta realizada, es preciso detenerse en este barrio cuyos rol y significado superan la importancia geográfica de la implantación. El hecho de que, cuando empezó a constituirse en 1924 (año del centenario de la Batalla del Pichincha, decisiva para la liberación de Quito) se lo haya llamado ciudadela (término que, en la actualidad, se encuentra en otros barrios de la ciudad) indica la intención de hacer de él una entidad relativamente separada. En esos años, las familias lo suficientemente afortunadas comenzaron a construir allí su casa para instalarse definitivamente. Fue el inicio del abandono del centro y es lo que explica una cierta arquitectura, aún tradicional, de la que dan testimonio las fachadas, con sus marcos de puertas y ventanas de piedra hábilmente tallada. Se trataba de vivir mejor, de aislarse un tanto de una ciudad bulliciosa (para la época) donde el espacio se había tornado demasiado estrecho. Esta nueva urbe de villas con jardín estaba a la moda. El valor de los terrenos aumentó considerablemente desde 1933, cuando el tranvía lo comunicaba con el centro que seguiría siendo aún durante una larga generación la sede de los poderes públicos (municipales, nacionales) y económicos (matrices de bancos y de grandes empresas). Sin embargo, solo desde hace aproximadamente veinte años esta designación merece simbólicamente el segundo sentido de ciudadela (pequeña ciudad). En efecto, fue el primer verdadero barrio de negocios de Quito, una especie de fortaleza pacífica, centro financiero de la capital ecuatoriana. Menos que nunca, allí los pordioseros no tienen derecho alguno. Además, contrariamente a lo que se ve en el centro, apenas se encuentran mendigos o indigentes. En la actualidad, esta fortaleza se destaca desde cualquier punto elevado del sitio (los altos de San Juan o del Itchumbía, por ejemplo) como un macizo de edificios de gran altura, cuyas torres denotan la riqueza y la especulación de bienes raíces que genera (MAXIMY (de), R.; GODARD, H.; BOCK, S.: *Los modos de composición urbana*, lámina N^o 40 del AIQ). Se

trata de un tipo de urbanización reciente que desde hace menos de una generación se desarrolla cada año un tanto más hacia el Norte. Es así como, a su vez, se han construido y modificado posteriormente los barrios vecinos del parque de La Carolina (2-3 km al Norte de La Mariscal): de las casas individuales y los pequeños edificios se ha pasado a los edificios de 10 pisos y más. Es el sector de Quito —en especial entre la Shyris y la 6 de Diciembre, aunque también a lo largo de las avenidas Amazonas y Naciones Unidas (barrios La Pradera, La Carolina e Ñaquito)— donde la renta inmobiliaria es mayor.

Esta atracción del Norte no es nueva. Desde la Conquista, las tierras situadas inmediatamente al Norte de la ciudad de entonces eran acaparadas o adquiridas por los nuevos dueños del territorio. Pero en este fin de siglo se trata de una colonización urbana, fenómeno completamente de otro orden, que ya no tiene una dimensión elitista, sino económica, donde la parte comercial, que se debe considerar como el nuevo centro de negocios, es una prolongación de lo que se hizo y se sigue haciendo a un ritmo menor en La Mariscal. Naturalmente, la posición de esta parte de la ciudad con relación al Pichincha al pie del cual se desarrolla, juega su papel, pues la masa del volcán constituye un obstáculo para las lluvias provenientes de la Costa garantizándole así una menor higrografía (dos veces menos precipitaciones en el Norte que en el Sur de Quito) acompañada de temperaturas más elevadas que permiten el cultivo de cítricos en la Mitad del Mundo. Es la desviación en la orientación de la depresión sinclinal en la que se extiende Quito la que da esta ventaja determinante al Norte de la ciudad actual.

Pero regresemos a La Mariscal. Este barrio tiene una forma trapezoidal de orientación aproximada Sur-Norte. Su funcionamiento está condicionado por cuatro ejes longitudinales. Por dos de ellos, las avenidas 10 de Agosto y 6 de Diciembre circula una importante parte del tráfico interbarrial o transurbano. Por el tercero, la avenida 12 de Octubre, se realiza una circulación únicamente interbarrial, y el último, la avenida Amazonas une a los hombres de negocios provenientes del mundo entero con los de Quito, y recíprocamente, pues, del lado de La Mariscal, termina en

uno de los hoteles internacionales más importantes de la capital, y del lado septentrional en el aeropuerto internacional de Quito. Además, dos vías juegan un papel desigual: la avenida Patria permite ingresar al barrio y une los barrios este y oeste vecinos, y la avenida Colón (bordada de edificios de oficinas y por ello mucho más activa) es su similar hacia el lado opuesto (Norte) del trapecio. Ciertamente, las demás calles que irrigan a La Mariscal se clasifican en secundarias y vías principales según su dimensión, pero todas son de una sola vía con excepción de la calle Veintimilla, más ancha en una parte de su trazado y que es la vía de salida de los bomberos. Otra particularidad de este barrio consiste en que no hay una sola calle sin un mínimo de actividades comerciales.

Análisis de los mapas de densidad de población y viviendas por manzana y de los de cohabitación

La Mariscal es un barrio muy poblado durante el día pero en él la densidad de residentes es reducida. En el censo de 1990 se contaban 7.643 personas, 3.577 hombres y 4.066 mujeres (índice de masculinidad: 88 personas de sexo masculino por 100 de sexo femenino) que ocupaban 2.054 viviendas, es decir un promedio de 3 personas por hogar. En nuestra muestra, y ello refuerza su calidad indicativa, se encontró prácticamente la misma proporción: 321 personas distribuidas en 105 familias escogidas. La imagen del barrio que proporcionan los mapas a gran escala, cuya unidad espacial es la manzana, lo confirman. Elaborados, como en el caso de los barrios estudiados anteriormente, con base en los datos de los censos de 1982 y 1990, los mapas de densidad de población y de densidad de viviendas por manzana, así como aquellos del número de personas residentes con relación al número de piezas habitables disponibles por manzana, permiten una primera aproximación a la situación residencial tan particular de La Mariscal actual, dividida entre una importante frecuentación diurna (ligada sobre todo a los comercios y negocios) y una vida nocturna sumamente apacible en la que ciertas manzanas son desiertas. Sin embargo, no se trata de una situación residencial fija y repartida de igual manera en todo el barrio. Entre los dos censos, dos de los tres subconjuntos citados anteriormente mantie-

nen una población residente relativamente importante para el barrio. Para captar su importancia, se contabilizaron las manzanas según su densidad de población (fuente: INEC, Población y viviendas censadas en el lugar de implantación de las viviendas, por lo tanto de residencia de la población), el número de viviendas existentes en ellas y la relación entre las piezas habitables y el número de ocupantes de las mismas. Como se expuso en el capítulo introductorio, cada información se refiere a la manzana, unidad espacial de referencia. A continuación se presentan las correspondientes cifras.

| Año | | 1982 | 1990 |
|------------------------|----|-------|-------|
| fuera de clasificación | nº | 1 | 14 |
| | % | 0,85 | 18,6 |
| 0-40 hab/ha | nº | 12 | 17 |
| | % | 12,71 | 14,41 |
| 40-70 hab/ha | nº | 32 | 23 |
| | % | 27,12 | 19,49 |
| 70-160 hab/ha | nº | 48 | 48 |
| | % | 40,68 | 40,68 |
| 160-320 hab/ha | nº | 22 | 13 |
| | % | 18,64 | 11,02 |
| + de 350 hab/ha | nº | — | 3 |
| | % | — | 2,54 |

Densidad de población por hectárea en cada manzana

Así, en 8 años, entre los dos últimos censos, la densidad de población por manzana ha disminuido considerablemente en los lugares donde era elevada puesto que 16 manzanas en lugar de 22 presentan más de 160 residentes por hectárea. Ha disminuido igualmente allí donde era baja, habiendo 9 manzanas cambiado de clase para albergar apenas a menos de 40 residentes por hectárea mientras 14 manzanas están desocupadas en 1990 en lugar de 1 en 1982. El número de manzanas en que residen de 70 a 160 personas por hectárea se mantiene notablemente estable.

| Año | | 1982 | 1990 |
|------------------------|----|-------|-------|
| fuera de clasificación | nº | — | 14 |
| | % | — | 11,86 |
| 0-50 viv./ha | nº | 67 | 89 |
| | % | 56,78 | 75,43 |
| 50-100 viv./ha | nº | 17 | 3 |
| | % | 14,4 | 9,32 |
| 100-150 viv./ha | nº | 33 | 3 |
| | % | 27,97 | 2,54 |
| 150-200 viv./ha | nº | — | — |
| | % | — | — |
| + de 200 viv./ha | nº | 1 | 1 |
| | % | 0,85 | 0,35 |

Densidad de viviendas por hectárea en cada manzana

En cuanto a la densidad de viviendas por hectárea al interior de cada manzana, el fenómeno es más marcado: mientras en 1982 se contaban 51 manzanas ocupadas por más de 50 viviendas por hectárea, esa cifra pasa a 7 en 1992 y 14 manzanas ya no tienen residentes. Pese a esta situación, las condiciones de cohabitación, buenas para la mayoría, pues en 1982 más de 9 manzanas de 10 albergaban a residentes que gozaban de al menos una pieza habitable por persona, se degradan. En efecto, en 1990, se observa que no solo hay menos de 8 manzanas de 10 que alojan población donde cada residente usa una pieza para sí, sino que aumenta el número de manzanas donde la incomodidad es manifiesta: promiscuidad fuerte a muy fuerte.

El análisis de la situación en cada subconjunto de La Mariscal permite captar mejor lo que ha sucedido. Al desglosar, al igual que para toda La Mariscal, los datos de 1982 y 1990 en cada uno de los sub-barrios, se observa que esa alteración de las condiciones de habitación afecta sobre todo a la parte convertida en barrio de negocios. En el caso de este sub-barrio, el fenómeno de deterioro ya se había iniciado claramente en 1982 (lo cual se observa fácil-

| Año | | 1982 | 1990 |
|---------------------------|----|-------|-------|
| fuera de clasificación | nº | 3 | 14 |
| | % | 2,54 | 11,86 |
| + de 5 pers./2 p | nº | 3 | 5 |
| | % | 2,54 | 4,24 |
| + de 5 pers./2 p | nº | — | 7 |
| | % | — | 5,93 |
| 3 pers./2 p a 4 pers./3 p | nº | 3 | 1 |
| | % | 2,54 | 0,85 |
| 4 pers./3 p a 1 pers./1 p | nº | 15 | 13 |
| | % | 12,71 | 11,02 |
| 1 pers./1 p o + | nº | 96 | 78 |
| | % | 76,67 | 66,1 |

Cohabitación en cada manzana

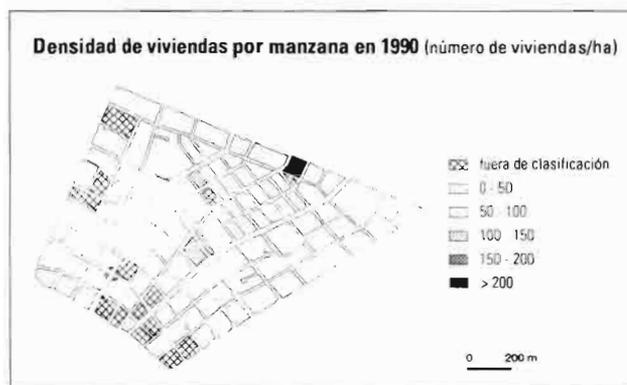
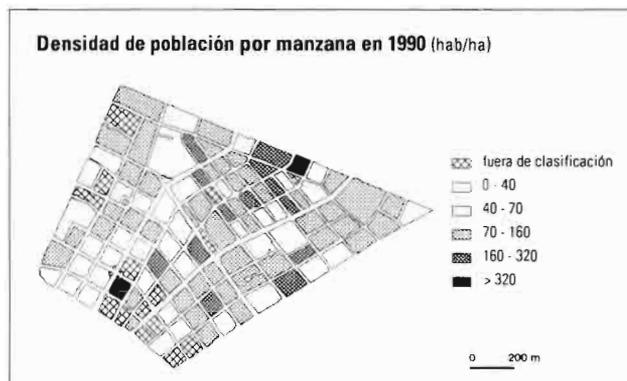
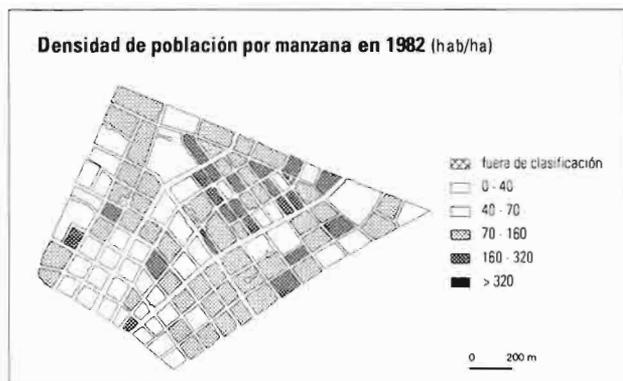
mente al consultar el censo de 1976) y prosigue como se ve primeramente en el aumento de las manzanas que ya no tienen función de residencia permanente (lo que excluye los hoteles) que pasan de ninguna en 1982 a 8 en 1990, mientras que en el caso de las manzanas situadas entre la 6 de Diciembre y la 12 de Octubre, se pasa de 0 a 4 (oficinas de las Embajadas de Francia y de los Estados Unidos) y en la Simón Bolívar de 0 a apenas 2, siendo una de ellas un pequeño parque en el que dejó de vivir el guardián entre las dos fechas. Sin embargo, en este último subconjunto existe un ligero deterioro aunque la densidad de población y la de viviendas han disminuido considerablemente, lo que significa que quienes partieron (probablemente hacia el Norte o los valles) formaban parte de los más afortunados, reforzando consecuentemente el peso relativo de quienes habitan en condiciones menos aceptables.

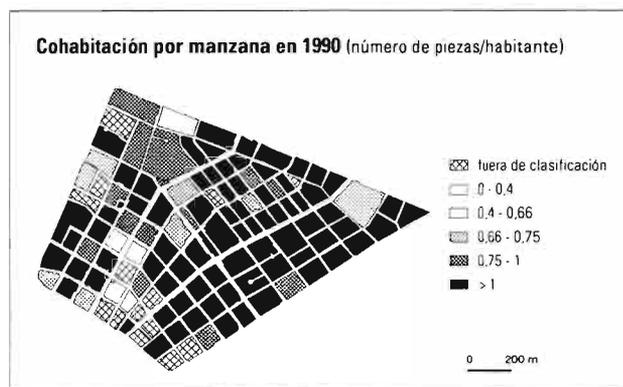
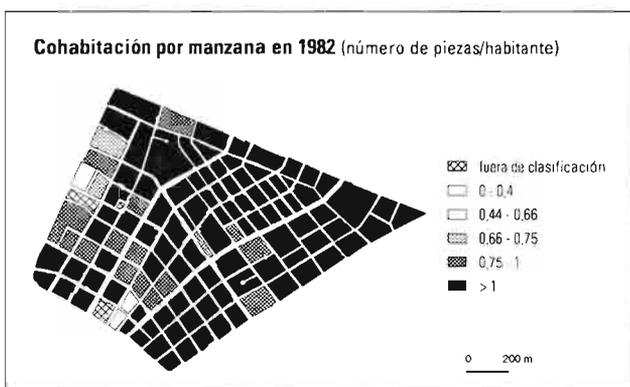
Entre la 6 de Diciembre y la 12 de Octubre en cambio, la situación es notablemente estable. Se identifica apenas una ligera baja de la densidad de población que se acompaña de una clara disminución de la de viviendas, pero al parecer no en detrimento de las condiciones de vida

de los residentes. Ciertamente, este subconjunto, salvo las construcciones que bordean a los dos ejes Norte-Sur que lo limitan, no alberga sino colegios o instituciones religiosas por vocación particularmente estables, o inmuebles de alta categoría y hermosas residencias, que garantizan una renta inmobiliaria nada despreciable. Esta particularidad se alía a un empuje del centro de negocios hacia La Carolina e Ñaquito que hace menos tentador reemplazar esos lugares de residencia de lujo por oficinas que requerirían previamente la destrucción de las edificaciones existentes y su reemplazo por edificios más altos y funcionales, inversión menos justificada (fuera de las orillas de los grandes ejes) des-

de que las matrices de bancos y otras actividades de alto rendimiento migran más hacia el Norte.

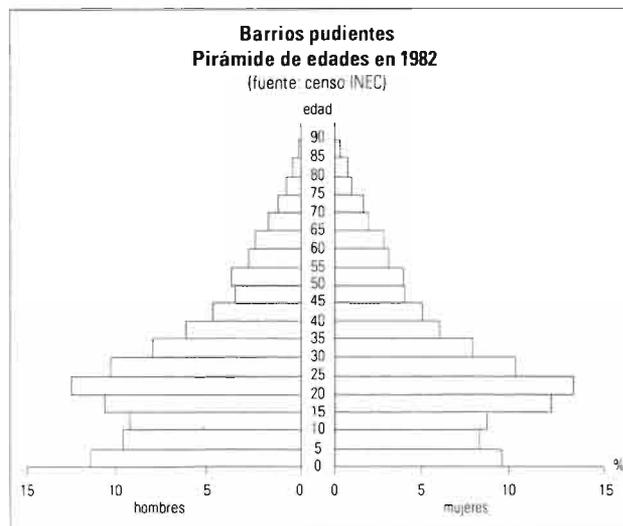
En definitiva, los mapas de densidad de población y de viviendas, al igual que los que tratan de la cohabitación dentro de las viviendas, confirman efectivamente que hay al menos tres sub-barrios en La Mariscal y que, de ellos, el único que tiene la probabilidad de mantenerse en sus estructuras de residencia y sus funciones actuales es el situado al Este de la 6 de Diciembre. La lotización Simón Bolívar, aunque no es presa de una especulación inmobiliaria notable, está ya en vías de una evidente mutación funcional.



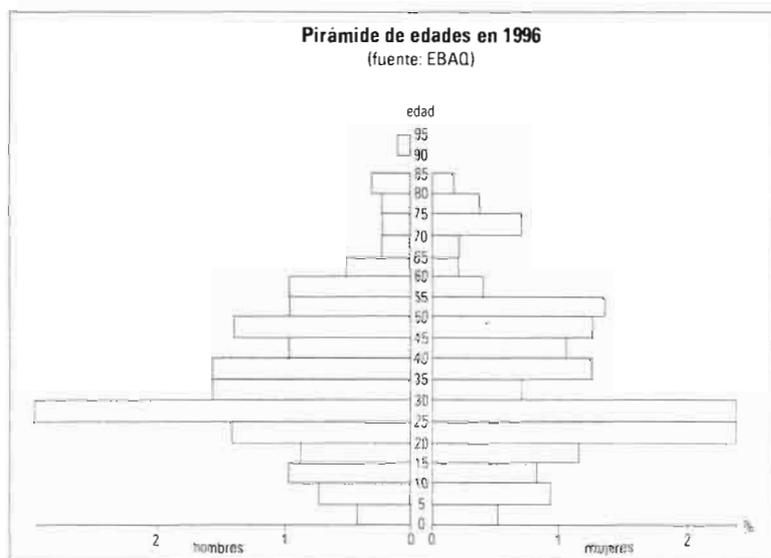
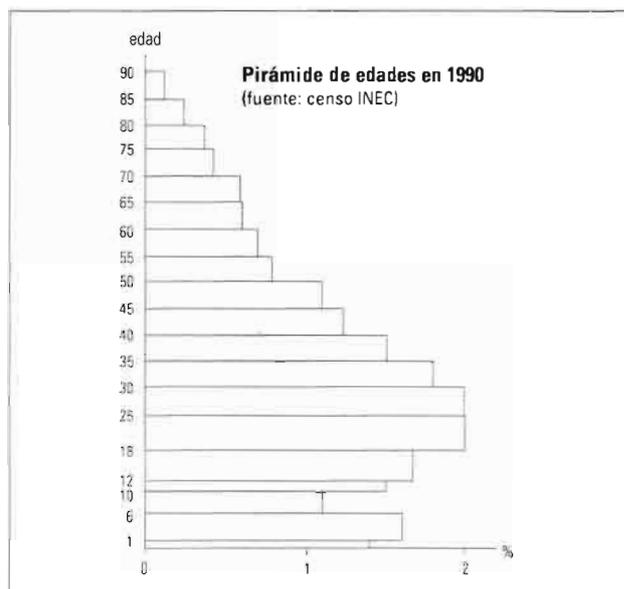


La demografía de La Mariscal

Para 1982 (censo INEC) no disponemos sino de la pirámide de edades (por estratos de 5 años), distribuidas según el sexo, y por lo tanto también del índice de masculinidad por clases de edad, de una población representativa de los barrios patricios de Quito (ver de MAXIMY, R.: *Edad y sexo*, lámina N° 11 del AIQ). Dicha pirámide muestra ya claramente que en ciertos barrios ricos, se ha iniciado el envejecimiento de la población, aunque es relativamente moderado. En 1990, este fenómeno se acentúa sobremanera, evidenciándose en el histograma resultante que tal envejecimiento comenzó a principios de los años 1970, lo que concuerda perfectamente con el *boom* petrolero y la era de las modificaciones estructurales del paisaje urbano de La Mariscal. La pirámide de 1996, extraída de una muestra sin rigor estadístico (recordemos que ese no era el objeto de la encuesta), es mucho más irregular, pero no por ello confirma menos la tendencia. Se encuentra sin embargo, aunque en una clase de edad contigua, la preponderancia de las mujeres jóvenes, entre 20 y 30 años. ¿Se trata aún de las empleadas domésticas «puertas adentro» observadas en los barrios ricos de Quito durante el análisis del censo de 1982? Se lo puede suponer, explicándose entonces la diferencia entre 1982 y 1996, tal vez por una escolaridad más prolongada. Sea como fuere, si bien el envejecimiento es convincente, ya no se trata de un hecho de sociedad lento y progresivo



de la población residente, sino de una imagen que nos informa que ya no quedan muchos jóvenes en este barrio. Se habría entrado entonces definitivamente en la fase de establecimiento del fenómeno de *city*; por lo que tal vez se puede afirmar que a nivel de Quito se establece actualmente un barrio de negocios que ya casi no tiene función residencial. Se observa sin embargo la relativa permanencia de



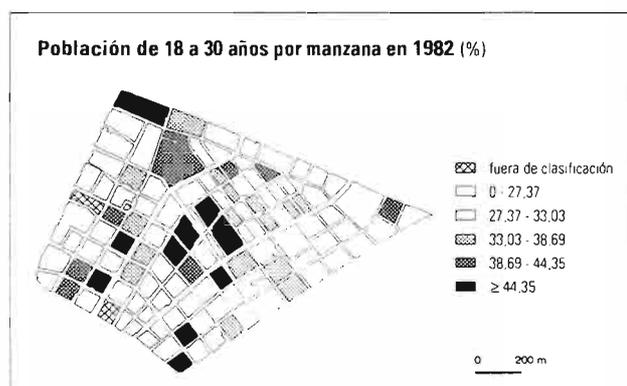
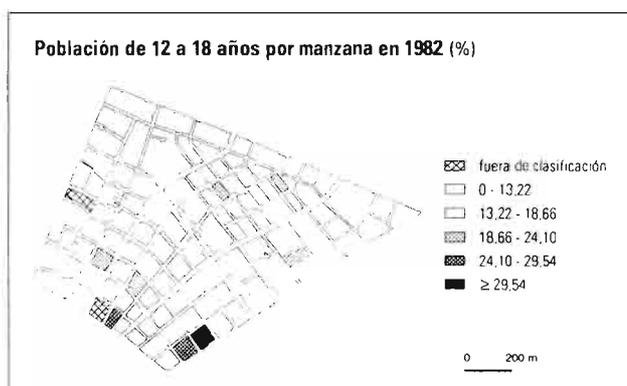
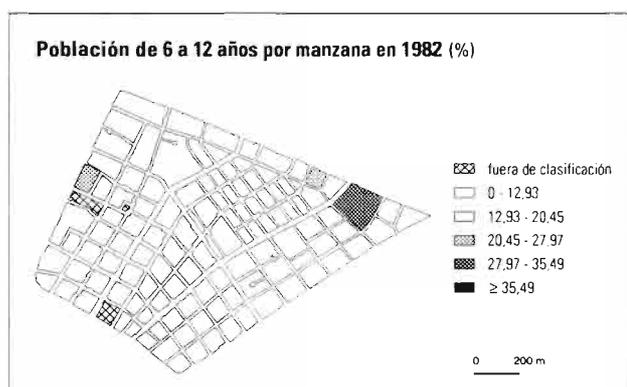
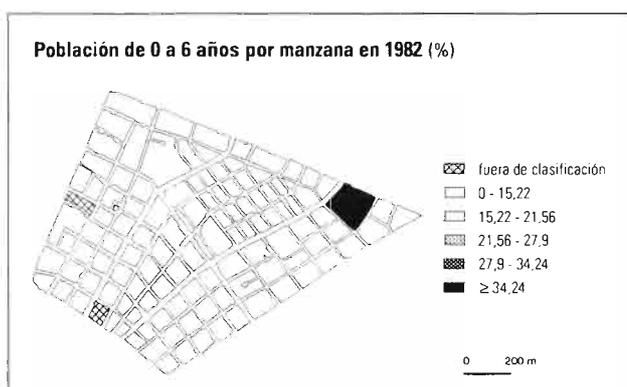
esta función, aunque, teniendo en cuenta la migración hacia el Norte tanto de la gente de elevados ingresos como de las matrices de bancos, grandes empresas y compañías internacionales (barrios contiguos al parque de La Carolina, complejos inmobiliarios de la avenida Naciones Unidas y su prolongación hacia el barrio de Ñaquito), se podría pensar que no se trata aquí sino de una disminución lenta pero inevitable. Esto sería, a nuestro parecer, una conclusión muy apresurada. Ciertamente, la especulación inmobiliaria, pese a una clara desaceleración, no se ha detenido. Sin embargo, dos observaciones (planteadas con base en lo observado directamente, fuera de encuesta, durante las repetidas visitas a este barrio, como a todos los que fueron escogidos para el estudio) nos incitan a creer que la utilización urbanística de La Mariscal ha llegado, en cuanto a lo que nos revela el análisis demográfico (aunque muy sucinto) que acabamos de realizar, a un punto de parada, preludio de un nuevo equilibrio: la función residencial resiste fuera de los grandes ejes y del eje estructurante interno que es el extremo meridional de la avenida Amazonas; los nuevos edificios que se construyen

y las nuevas actividades que se instalan (comercial y de servicios que ofrecen los almacenes y oficinas que se abren cada mes para reemplazar a los que se cierran) se orientan hacia la acogida de organismos internacionales no comerciales como las sedes de misiones diplomáticas o de instituciones universitarias (la FLACSO, por ejemplo), y restaurantes, hoteles, almacenes de artesanía artística dirigidos a una clientela internacional atraída por el turismo. Este tipo de alianza entre residencias y servicios debería estabilizar, por un tiempo, al barrio y a su demografía. En todo caso, es demasiado pronto como para hablar de una reconquista de la función residencial en La Mariscal cuyas transformaciones en los últimos 25 años han alterado considerablemente el atractivo para quienes están en capacidad de implantar allí su marco de vida privada. Nos encontramos aquí frente a un proceso

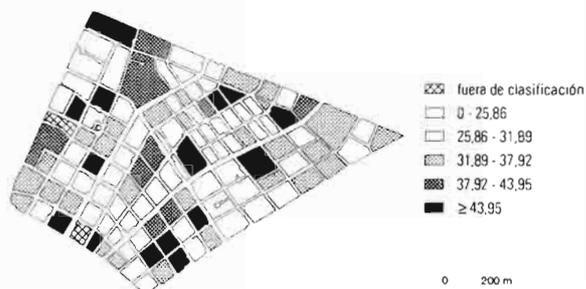
demográfico completamente distinto al de la casi totalidad de los demás barrios de Quito.

Los mapas de distribución por manzana de la población por clases de edad no son muy decisivos, pero muestran sin embargo que, en el barrio en su conjunto y ya en 1982 aunque en mayor medida en 1990, los menores de 18 años son muy minoritarios y están muy por debajo del promedio quiteño, mientras que la población es proporcionalmente muy importante tratándose de los mayores de 30 años. Sin embargo, son sobre todo las manzanas donde la

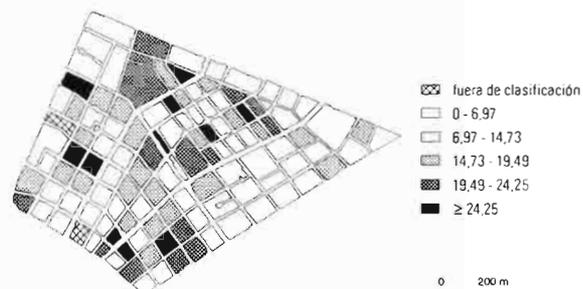
población residente es menos numerosa, menos densa, los que presentan las mayores distorsiones de repartición con relación al promedio quiteño. Esta constatación no hace sino reforzar lo que afirmábamos sobre La Mariscal barrio de negocios, aunque al mismo tiempo lo matiza, pues esta función se desarrolla reorientándose, sobre todo en las manzanas que bordean a las vías principales. Si existe un *central business district* (expresión no muy apropiada teniendo en cuenta la dimensión tan restringida de este distrito), se lo encuentra alrededor de La Carolina, al Occidente y al Norte.



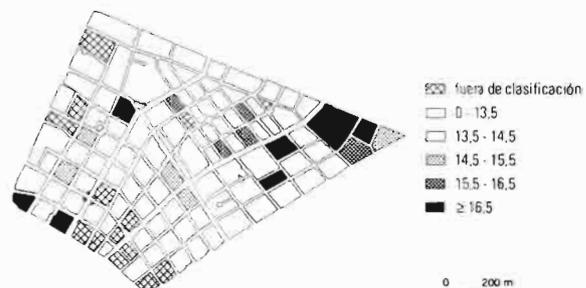
Población de 30 a 60 años por manzana en 1982 (%)



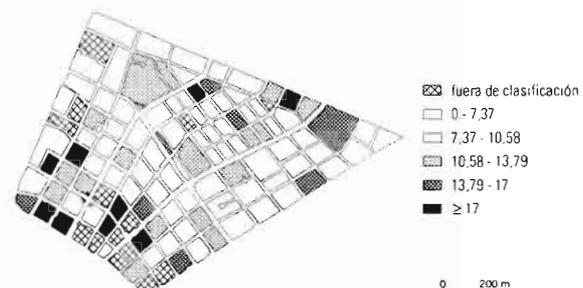
Población mayor de 60 años por manzana en 1982 (%)



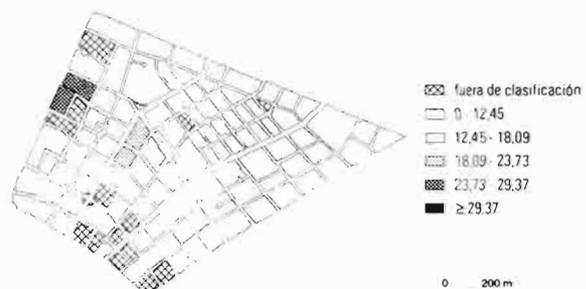
Población de 0 a 6 años por manzana en 1990 (%)



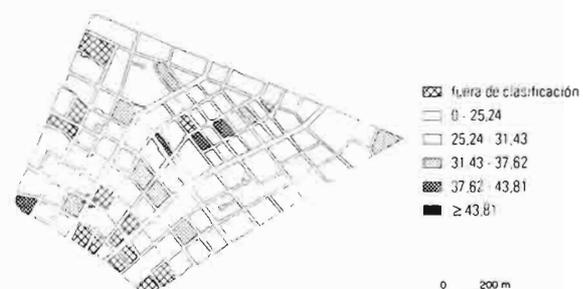
Población de 6 a 12 años por manzana en 1990 (%)

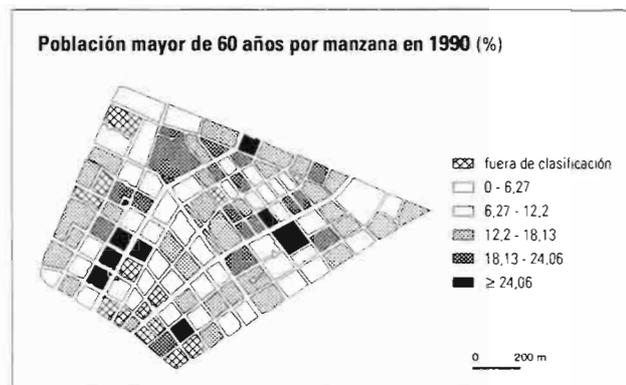
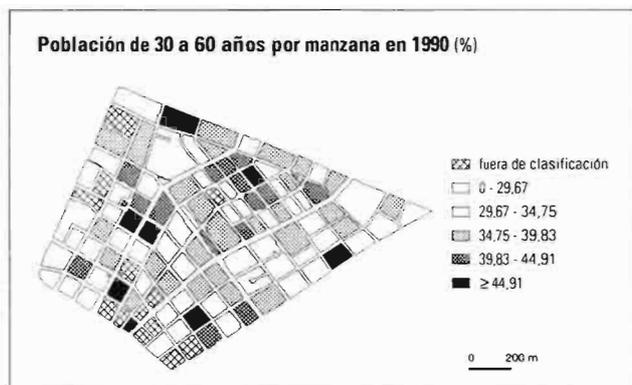


Población de 12 a 18 años por manzana en 1990 (%)



Población de 18 a 30 años por manzana en 1990 (%)





Características del hábitat de La Mariscal, según la encuesta EBAQ

De las 105 familias visitadas en las edificaciones escogidas al azar en cada manzana y que teóricamente debían representar a la población residente, solamente 98 a 101, según los rubros considerados, aceptaron responder a los encuestadores. Estas 98 familias que residen en La Mariscal reúnen a 312 personas, de las cuales 151 de sexo masculino (48,40 %) y 161 de sexo femenino (51,60 %) — sex ratio: 93,8 hombres por 100 mujeres —. Las tres cuartas partes de estas familias (78,1 %) viven en casas que no superan los tres pisos. Dada la gran cantidad de edificios que exceden los 10 niveles, cabe preguntarse si no habría una subrepresentación de las familias que residen en los pisos de uno u otro de esos edificios, a menos que estén casi desocupados durante el día, lo que afirman nuestros encuestadores. La repartición entre propietarios y arrendatarios aventaja a los primeros que representan el 61 %. La mayoría vive en el primer piso (47,6 %) o en el segundo (13,3 %), solamente el 10,5 % en la planta baja y el 11,4 % en los pisos superiores. Además, 4 de cada 10 familias estudiadas (39/98) ocupan solas su casa. Por otro lado, las viviendas son generalmente espaciosas, incluso muy espaciosas, puesto que la mitad al menos tiene más de 100 m² y el 47,7 % supera los 120 m². Aunque no se pudo determinar correctamente la superficie de un tercio de las viviendas visitadas, se puede

admitir que una gran mayoría de las personas que residen en el barrio están alojadas en condiciones muy aceptables. En efecto, restringiéndose únicamente a las 57 de las que se pudo obtener información, el 75 % posee más de 120 m² y el 80 % supera los 80 m², dimensión que en una ciudad como París sería considerada como muy satisfactoria. Existe igualmente, es cierto, un 7 % del conjunto (10,5 % de aquellos sobre los que pudimos informarnos a este respecto) que apenas cuentan con 30 m² o menos. Finalmente, el 90 % de las viviendas está en buen o muy buen estado. Indiscutiblemente, nos encontramos en un barrio de calidad. El acceso a las principales redes de equipamiento de las viviendas lo confirma, pues una sola de ellas, es decir apenas el 1 %, no posee teléfono (lo que es excepcional en el Quito de 1996 donde es aún raro que más de los dos tercios de las viviendas estén conectados a la red de telecomunicaciones) y no cuenta con el servicio de recolección de basura doméstica. Además de estos equipamientos, que son un índice de confort, algo más de la mitad de las familias gozan de un jardín con por lo menos un pedazo de césped y flores y, en el 28,6 % de esos jardines, existen algunos árboles. Una buena cuarta parte de las casas están construidas al borde de la calle y en línea de fábrica. El resto están retiradas de la calzada y disponen de un jardín, o se trata de inmuebles construidos sin alineación. Naturalmente, el acceso es fácil, el sitio no obliga, como a menudo en Quito, a subir cuestas o largas escalinatas antes de llegar a casa.

Dijimos que este barrio tenía una población en vías de envejecimiento marcado. El año de llegada a la vivienda no permite matizar esta constatación. En efecto, solamente el 21 % de las familias se han instalado en los últimos cinco años, y si se considera el fenómeno en diez años, el porcentaje es del 28,5, lo que está por debajo de la mayor parte de barrios de la ciudad. Es verdad que únicamente el 60 % de los entrevistados pudo proporcionar el año de instalación en la vivienda, pero ello no cambia gran cosa en las proporciones, pues es generalmente cuando la mudanza a una vivienda es antigua que se tienen dudas sobre las fechas, o cuando la vivienda ya estaba ocupada por la familia desde más de una generación atrás.

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes del barrio La Mariscal, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos

El análisis del nivel de escolarización, de la profesión y de las actividades de los habitantes concierne 308 personas. La encuesta contabilizaba 321 en una primera aproximación, pero 9 de ellas no respondieron en absoluto a las preguntas y otras 4 lo hicieron solo parcialmente. Sin embargo, esta diferencia de alrededor del 4 % no incide en el valor indicativo de la información.

Abordemos primeramente la población escolarizada. Comprende casi una cuarta parte (24 %) de la población total, de la cual el 12,66 % es de sexo masculino y el 11,3 % de sexo femenino. Los jóvenes de 6 a 18 años representan el 6,41 % y el 6,73 % de los residentes respectivamente. En realidad, la población escolarizada de nuestra muestra no es lo suficientemente importante como para ser estadísticamente significativa: 8 niños y 9 niñas en la primaria; 10 muchachos y 8 muchachas en la secundaria; 20 jóvenes varones y 19 mujeres en la universidad. Por otra parte, la población de 6 a 25 años representa un 26,6 %, y la población escolarizada en la primaria, la secundaria y la universidad un 23,70 %. Se observa que los jóvenes, después de finalizar la secundaria, prosiguen sus estudios durante 4 a 5 años en promedio, lo que muestra de todas formas que la población de La Mariscal mantiene aún una cierta holgura económica. Tal posibilidad de continuar por tan largo tiempo los

estudios no se encuentra en los barrios populares como, por ejemplo, Chimbacalle o el Comité del Pueblo).

Pasemos ahora a la población económicamente activa. Como La Mariscal es considerada como un barrio habitado por una población acomodada, habría podido esperarse un relativamente bajo porcentaje de activos que ejercen una actividad remunerada, con relación al conjunto de residentes. Sin embargo, no es así. Por el contrario, la distribución en 1996, según las encuestas EBAQ, la única de que disponemos, indica que la PEA representa un 54,55 % del conjunto considerado, situación comparable a la de los barrios que alojan a una pequeña burguesía, como la Kennedy o San Carlos. Puede ser que, actualmente, en La Mariscal, habiendo las clases acomodadas migrado hacia barrios más tranquilos, al Norte (por ejemplo, El Bosque o, más cerca, Bellavista) o a los valles interandinos (Cumbayá, Tumbaco, etc.), la pequeña burguesía ocupe parte de las viviendas dejadas, habiéndose transformado las demás en oficinas o almacenes, lo que no parecía ser tan claro en 1982 (MAXIMY, R. (de): *Jerarquización socioeconómica del espacio quiteño*, lámina N° 38 del AIQ). Ciertamente, no se trata sino de una hipótesis que no se puede comprobar, pero tal proceso nada tendría de sorprendente. ¿No es acaso lo que se produjo ya hace una generación en el caso de ciertos sectores del centro y de los barrios cercanos a él, alrededor de Santa Prisca, entre otros?

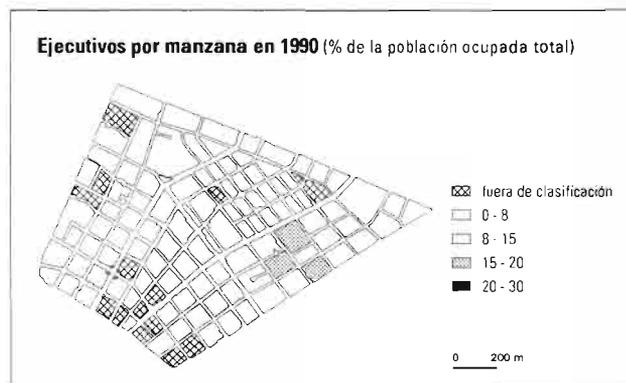
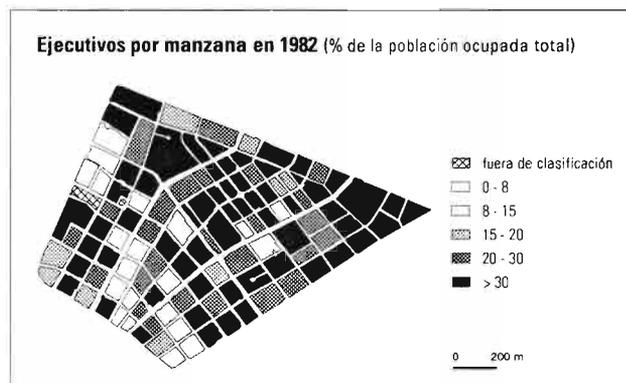
En el cuadro de la siguiente página, se presenta la repartición actual de la PEA por sexo y categoría socio-profesional.

Los trabajadores manuales aparecen en una cantidad ínfima, menos del 5 % de la PEA. Los ejecutivos, en cambio, mucho más numerosos que los empleados (casi el doble) y un poco menos que los comerciantes y empleados reunidos, se presentan en una proporción idéntica a la que se observa en los barrios patricios desde el censo de 1982 (AIQ). Además, los ejecutivos y empleados en el sector público no representan sino una décima parte de esa categoría de activos (10,7 %; 8 % de los trabajadores no manuales, excluyendo a los desempleados). Otra particularidad es la relación entre económicamente activos de cada sexo, que es de 96/72 (hombres, 57 %; mujeres, 43 %). Estas dos caracte-

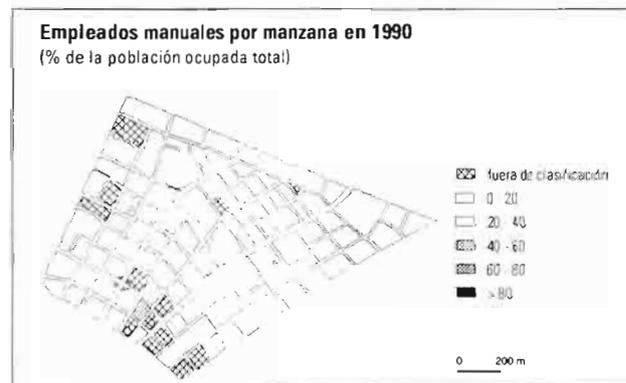
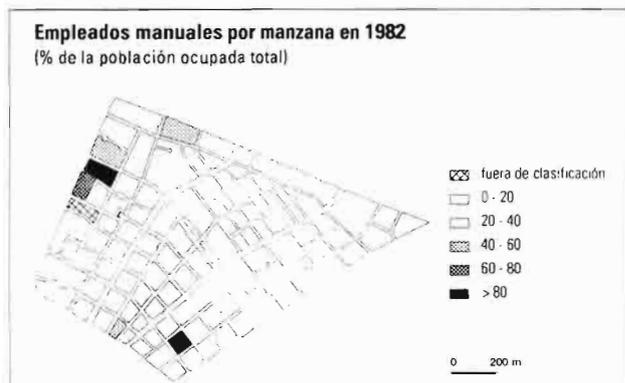
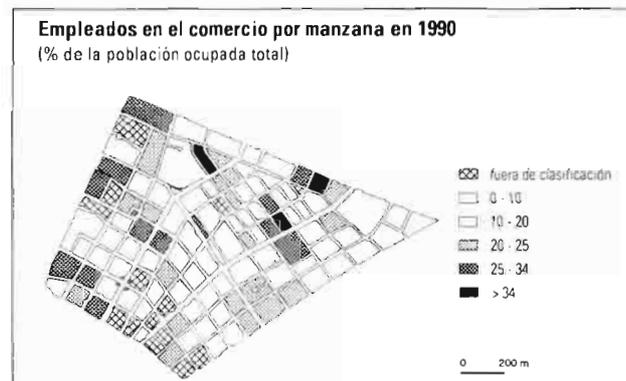
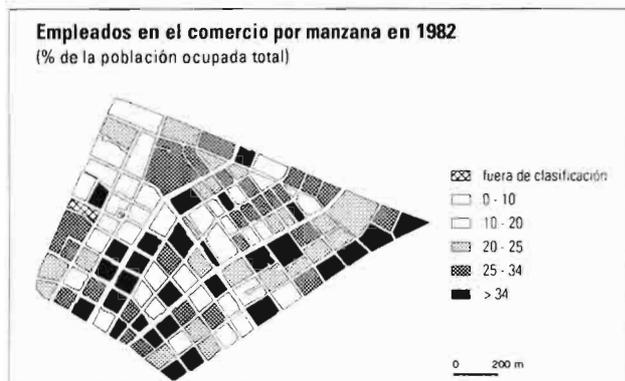
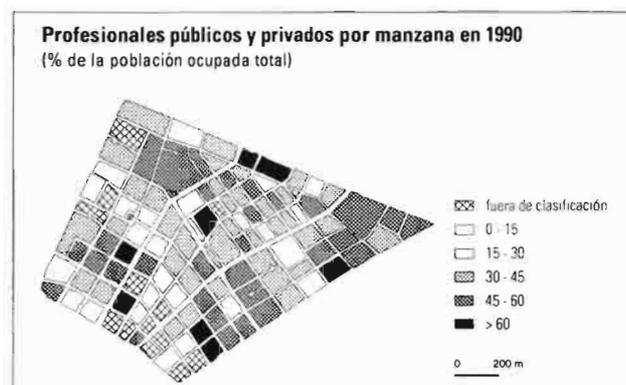
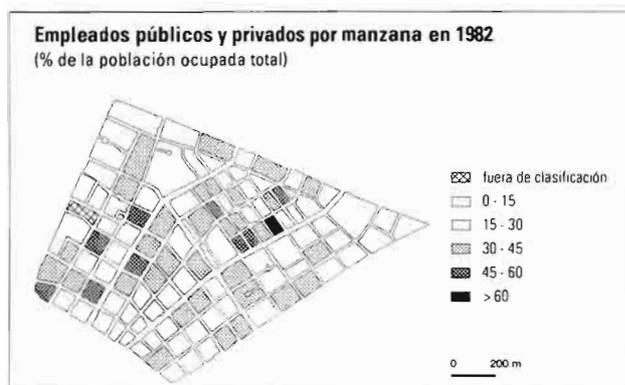
| CSP | % de hombres | | % de mujeres | | Conjunto (%) | |
|--------------------------|--------------|-------|--------------|-------|--------------|-------|
| | pob. total | PEA | pob. total | PEA | pob. total | PEA |
| Ejecutivos | 15,59 | 28,57 | 7,80 | 14,29 | 23,39 | 42,86 |
| Empleados | 5,85 | 10,71 | 7,14 | 13,10 | 12,99 | 23,81 |
| Comerciantes | 7,14 | 13,09 | 5,19 | 9,52 | 12,33 | 22,61 |
| Artesanos | 0,32 | 0,60 | 0,98 | 1,78 | 1,30 | 2,38 |
| Obreros calificados | 0,32 | 0,60 | 0,32 | 0,60 | 0,64 | 1,20 |
| Obreros sin calificación | 0,65 | 1,19 | - | - | 0,65 | 1,19 |
| Desempleados | 1,30 | 2,38 | 1,95 | 3,57 | 3,25 | 5,95 |

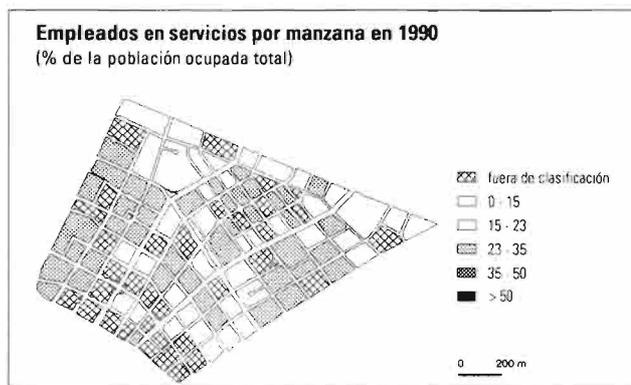
rísticas confirman también, si fuera necesario, que La Mariscal tiene una función de negocios y comercial: no existen prácticamente trabajadores manuales en su población residente, hay muchos ejecutivos y empleados, trabajando la mayor parte en el sector privado, junto a comerciantes independientes relativamente numerosos (22,6 % de la PEA).

Los mapas de distribución por manzana de la PEA residente según su pertenencia socio-profesional no permiten confirmar que parte de la gente acomodada ha cambiado de lugar de residencia. En efecto, en 1982, había 56 manzanas de 118, es decir un 47,5 %, que albergaban a más del 30 % de ejecutivos y 82, es decir un 69,5 %, donde se contabilizaba al menos un 20 %. En 1990, existen 76. La disminución no es significativa (8 % en 8 años). Sin embargo, ciertas manzanas que en 1982 estaban aún habitadas son actualmente terrenos cuyas construcciones han sido demolidas y parecen estar a la espera de otros usos. Esa población de ejecutivos, en 1990 al igual que en 1982, está repartida indistintamente en todo el barrio, exceptuando las manzanas vecinas a la avenida Amazonas que presentan una relativa ausencia de residentes ya perceptible en los mapas de densidad de población y de viviendas por hectárea, sobre todo en su extremo meridional, desde la calle Veintimilla. En el caso de los empleados, la repartición es aún más estable entre los dos censos. Sucede algo muy distinto con los comerciantes. Su peso relativo es mucho menor en 1990 que en 1982. Entre esas dos fechas, existen 40 manzanas que presentan, en valores relativos, una notable disminución de su número: en 1982, 57 contaban con una cuarta parte o más de comerciantes entre las



profesiones representadas en cada manzana, cifra que pasa a solamente 17 en 1990. Se puede pensar que, en mayor medida que las demás categorías socio-profesionales, los comerciantes acompañaron la migración de las actividades del sector moderno e internacional hacia el Norte, y que, al cambiar de barrio para la implantación de su lugar de actividad, siguieron el movimiento en cuanto a su lugar de residencia. Sin embargo, esto no es sino una especulación. Nada nos autoriza a afirmarlo y deberemos considerar este fenómeno como una simple hipótesis. Además, el análisis de los mapas entre los dos censos debe ponderarse por las variaciones de densidad observadas entre 1982 y





1990. No habiéndose extraído los datos estadísticos sobre la población en La Mariscal (lo que habría podido hacerse sin mayor dificultad a partir del BDU del SUIM si hubiéramos tenido tiempo), no se puede cuantificar el fenómeno. Más significativa es la ausencia de residentes que ejercen una actividad manual en el subconjunto situado en el cuadrilátero 6 de Diciembre, Patria, 12 de Octubre y Colón. Es efectivamente, como lo habíamos anotado ya, un sector de La Mariscal reservado a un hábitat de muy alta categoría.

Se vio que, con relación a los hombres, el número de mujeres que tienen una actividad económica remunerada es, en este barrio, proporcionalmente superior a lo que se observa en los demás barrios abordados en este estudio. Por lo tanto, no es sorprendente constatar que únicamente un tercio de las mujeres en edad de trabajar (34,5 % de aquellas entre 20 y 65 años) son amas de casa, sin ejercer actividad profesional alguna. Por otra parte, en la PEA, mientras menor es el nivel de escolarización, mayor es la proporción de mujeres con relación a los hombres. Esta relación es de 14 hombres por 26 mujeres que no han estudiado más allá de la secundaria. Para quienes han realizado estudios superiores, se invierte pasando a 64 hombres por 38 mujeres. Si se agregan las amas de casa, se obtiene, para las personas que tienen entre 18 y 65 años y que no han cursado estudios más allá de la secundaria, una relación de uno a dos (32/64) y en el caso de quienes han realizado estudios superiores una relación en detrimento de las muje-

res de cuatro hombres por tres mujeres (64 a 47), lo que significa que los hombres de generaciones anteriores seguían estudios mucho más frecuentemente que las mujeres una vez terminado el ciclo secundario, pero también que el hecho de haber realizado estudios superiores era un factor de emancipación de la mujer. La situación ya no es la misma actualmente, al menos en este barrio puesto que la relación entre muchachos y muchachas, entre los estudiantes universitarios, es en 1996 casi igualitaria, 20 hombres por 19 mujeres. Es verdad que dos de las tres principales universidades de Quito están ubicadas cerca de La Mariscal, a no más de un kilómetro en promedio.

De los que se desplazan, activos, estudiantes u otros, los trabajadores representan casi los dos tercios (64 %), constituyendo los estudiantes el tercio restante (32 %) con excepción de algunos individuos (4 %). Naturalmente, todos los estudiantes se desplazan mientras que el 21,2 % de los activos efectivos ejerce su actividad en su casa y entre ellos, el 81 % son comerciantes o activos del sector privado, siendo el resto obreros (cuya escasez entre los residentes en el barrio ya se señaló) o desempleados. En más de la mitad de los casos, la PEA trabaja en La Mariscal o en un barrio vecino y el 13 % en un radio de menos de 2 kilómetros. Asimismo, solo una de cuatro amas de casa declara salir de su hogar y desplazarse cada día pero nunca se aleja más allá de un barrio vecino. Los jubilados siguen siendo muy caseros. Aunque se contabilizan 24 establecimientos escolares en La Mariscal y otros 42 a menos de 800 m de los límites del barrio, es decir 66 entidades educativas (ver mapa) —20 escuelas infantiles, 22 escuelas primarias y 22 secundarias, más 2 universidades— la población escolarizada se desplaza más que la de los trabajadores, puesto que solamente la mitad de los estudiantes (44,8 %) frecuenta un establecimiento en el barrio o en un barrio adyacente, mientras que el 15,5 % recorre distancias mayores a 2 y menores a 5 km, y el 34,5 % de más de 5 km. ¿Acaso los estudiantes relativamente numerosos que residen en La Mariscal frecuentan la universidad privada San Francisco, la más lujosa y costosa de las universidades quiteñas y ecuatorianas, instalada en Cumbayá (a más de 5 km)? Se puede pensar así, aunque el colegio San Gabriel, igual-

mente de alta categoría en la enseñanza secundaria de Quito, situado a más de 2 km de La Mariscal, atrae igualmente a los colegiales de la alta sociedad de este barrio patricio. Tal vez no es inútil recordar que los quiteños que cuentan con los medios necesarios no vacilan en inscribir a sus hijos en los mejores establecimientos independientemente del precio y de la distancia, a tal punto es mala la reputación de la enseñanza pública (dependiente del presupuesto del Estado). Naturalmente, más del 50 % de los estudiantes de Quito, aunque disguste a quienes pretenden lo contrario, asisten a establecimientos relativamente cercanos a su domicilio, lo que explica las clases sobrecargadas y el poco éxito en los exámenes en los barrios populares y pobres de la ciudad (ver МАХИМ (de). R.; VEGA, J.: *Establecimientos y frecuentación escolares*. lámina Nº 19, AIQ).

Como en toda la ciudad, antes de las 7 a.m., cada mañana de un día hábil, el barrio se despierta y los primeros migrantes cotidianos dejan su domicilio. Ya en esas horas matinales, el 26 % de la gente está en camino a su lugar de actividad y antes de las 8 a.m. los dos tercios (65,3 %) ya han dejado su casa, habiendo terca de la mitad (47,4 %) salido antes de las 7:40 a.m. El resto, salvo un 3,5 %, deja su domicilio antes de las 9 a.m. La población escolarizada que, como lo vimos, forma una buena tercera parte de los migrantes cotidianos, es como siempre la más madrugadora puesto que la mitad (31/62) ha salido antes de las 7 a.m. y casi los tres cuartos (73 %) antes de las 7:20 a.m., mientras que esas cifras son apenas del 14,3 % y 29,5 % respectivamente en el caso de los trabajadores. Sin embargo, el lugar de actividad cotidiana, ya sea de trabajo o de estudio, es relativamente cercano en tiempo (duración del desplazamiento) en casi todos los casos. Un cuarto de los migrantes diarios tarda menos de 15 minutos en ir a su lugar de actividad, siendo más numerosos los estudiantes (28,6 %) que los trabajadores (22 %) en recorrer distancias cortas. Para una importante mitad, 55 % de la PEA y 41,3 % de los estudiantes, son necesarios de 15 a 30 minutos. Cerca de la cuarta parte (23,2 %) de los trabajadores y solamente menos de uno de cada diez estudiantes (9,5 %) superan la media hora. Sin embargo, lo que permite constatar que La Mariscal sigue siendo un barrio de gran actividad económica y

que sus residentes gozan de un cierto confort, es la existencia de un porcentaje no despreciable de gente que regresa a su domicilio para el almuerzo al medio día. En efecto, este movimiento del medio día concierne a por lo menos el 30 % (cierta cantidad de entrevistados no contestaron a este punto) de los trabajadores y a los dos tercios de los 63 estudiantes de los que obtuvimos respuesta. De la PEA, son sobre todo los comerciantes y los empleados del sector privado los que regresan a medio día y por cierto no todos vuelven a salir, y solamente un estudiante de dos que regresan a su casa, retorna a la escuela por la tarde.

Al caer el día, los regresos se distribuyen más ampliamente que las salidas matinales, incluso si el 55 % de todos los migrantes ha dejado su trabajo antes de las 7 p.m., situándose la hora pico (muy relativa) entre las 6 y 6:30 p.m. Se trata, es cierto, de un fenómeno que afecta a la ciudad en su conjunto. Los desplazamientos se hacen a pie en el caso del 10 % de los activos y del 27 % de los estudiantes, en autobús para el 19 % de los activos y el 35 % de los estudiantes. El transporte escolar recoge a un 14 % de estos últimos. Sin embargo, como lo impone el nivel de vida, el vehículo particular es también muy utilizado. Es el caso de la mitad de la PEA y de un cuarto de la población escolar, utilizando amas de casa y jubilados también este medio para desplazarse, lo que estabiliza el porcentaje global en 34.

Lo que piensan los residentes de La Mariscal de su barrio, de otros barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política desarrollada en el centro de Quito

Como cada vez que se plantea la pregunta, en cualquier sector geográfico de la capital, los habitantes de La Mariscal dicen apreciar su barrio puesto que 4 de cada 5 que respondieron a los encuestadores afirmaron: «¡Me gusta vivir aquí!». De todas maneras, un 13 % no piensa de la misma manera y un 11 % no se expresó sobre este punto. Esto no impide, por razones que analizaremos más adelante, que un 60 % desearía mudarse de casa, y una cantidad similar se instalaría de buena gana en otro barrio si tuviera los medios para hacerlo. En todo lado encontramos esta ambigüedad sin saber si se trata de una suerte de para-

doja (satisfacción-deseo de cambio) o de un fenómeno de sociedad inherente a una instalación, en el caso de 6 personas de cada 10, demasiado reciente en Quito como para sentir algún apego. Después de todo, esta proporción nos remite a una Quito intra-muros de 400.000 habitantes, es decir de mediados de siglo, por lo que se puede suponer que únicamente los 4 de cada 10 que no desean cambiarse se sienten bien arraigados en La Mariscal (Hacemos este razonamiento en este caso pero queda por verificar si es fundamentado en todos los barrios de Quito).

No obstante, se reconocen muchas cualidades del barrio. Así, la mitad de los entrevistados encuentra su vivienda espaciosa y el 5 % afirma que es demasiado pequeña. El 20 % en cambio la considera costosa, arrendatarios probablemente, es decir cerca de la mitad de ellos. Ciertamente, el barrio es más bien caro. El 26,6 % lo dice claramente, pero la calidad de vida es muy apreciada. En efecto, está bien situado y conectado con el resto de la ciudad, lo que es evidente, aunque solamente el 74,5 % de los entrevistados lo reconoce. Asimismo, la proximidad de los equipamientos está lejos de ser calificada unánimemente como lo muestran las respuestas sobre este punto: de los lugares de trabajo, 63,8 %; de los lugares de abastecimiento, 59,6 %; de los lugares de esparcimiento y entretenimiento, 53,2 %; de los establecimientos escolares o universitarios, 52,1 %; de los lugares de atención médica, 40,4 %. Conociendo La Mariscal y todo lo que allí se encuentra en materia de equipamientos, esto podría sorprender, pero si se observan las respuestas contrarias de tipo «el acceso a los lugares de ... no es fácil», se obtiene de un 3 a un 6 % de opiniones desfavorables: centros de salud, 6,4 %; lugares de recreación o de esparcimiento, establecimientos escolares o universitarios, 4,3 %; lugares de trabajo y de acopio, 2,1 %. Así, el 30 al 60 % que no expresaron una opinión favorable demostraron solamente su indiferencia frente a estas preguntas que tal vez consideraron inútiles a tal punto la respuesta les parecía evidente.

Es mucho más interesante detenerse en las apreciaciones en cuanto a las condiciones de vida social en el barrio que, si bien no tiene los atractivos naturales de San

Juan alto por ejemplo, tales como una vista panorámica excepcional o un aire no contaminado (o rara vez y de todas maneras no intensamente) —el 15 %, a pesar de todo, menciona un panorama digno de interés y el 6,4 % encuentra que está bien ventilado—, presenta reales ventajas geográficas debidas a su sitio muy propicio a la urbanización y a la localización central. Ahora bien, efectivamente, el 56,4 % aprecia la convivencia que se encuentra en él, el 37,2 % el respeto a la vida privada de cada uno y el 34 % las relaciones de vecindad que se acompañan de una gran tranquilidad según lo manifiesta el 30 % de las personas interrogadas. Sin ser masivos, estos porcentajes dan la impresión de que no son sus habitantes ni sus costumbres lo que hace la vida a veces poco atractiva en La Mariscal. Las apreciaciones cambian claramente cuando se trata del medio físico, no por sus cualidades iniciales de localización, sino por su deterioro antrópico. Así, el 54,3 % se queja del ruido. Lo atribuyen a las actividades callejeras como se podía suponer, a los vehículos cuya acción contaminante es señalada insistentemente por el 45 % de los entrevistados. Los olores, el polvo parecen en cambio poco dañinos (4,3 %). Otras fuentes de desagrado denunciadas son los desechos y la higiene (18 %) y las actividades comerciales alrededor de los mercados (10,6 %), lo que es sorprendente puesto que ¡no existe mercado en este barrio! Pensamos que quienes se quejan se refieren a los diversos mercados quiteños a los que deben acudir, lo que nos obliga a admitir que las preguntas de la encuesta no siempre fueron bien planteadas, o al menos, no siempre se las comprendió. Sea como fuere, el medio ambiente (como está a la moda designarlo ahora) es calificado de detestable por el 25,5 % de la gente y, como en todas partes, se denuncia la inseguridad en un 51 % de los casos mientras que un 23 % estima que el barrio es muy seguro, lo cual, teniendo en cuenta los guardias armados que se encuentran delante de numerosas puertas, parece probable. Sin embargo, es justamente su presencia lo que crea un temor obsesivo, una psicosis: «si existen tantos guardias armados, es porque tal vez hay una gran inseguridad» parece ser un razonamiento deductivo relativamente previsible. A este respecto, finalmente, es difícil hacerse una opinión pues el discurso de los medios de comunicación y el

efecto de la moda parecen pesar en las declaraciones. En resumen, la imagen del barrio visto por sus habitantes está muy dividida a pesar de su categoría que nada tiene de comparable con la de los barrios populares u ocupados por una pequeña burguesía con recursos aceptables.

Sin embargo, a lo largo del análisis de las respuestas dadas a los encuestadores, se constatan una vez más las fluctuaciones en las afirmaciones de la gente interrogada. En efecto, es agradable vivir en el barrio, según lo que afirma el 80 %. Confirmaron esta opinión reconociendo en un 83 % que les agradaba habitar en él. En ambos casos, el rechazo no supera el 5-6 % y los indecisos representan esa misma proporción, pero el 60 % se declara en favor de cambiar de vivienda y de barrio. Cada vez se observa este fenómeno que debe tener una razón de ser. Pensamos, aunque es solo una idea, por cierto ya expresada en el capítulo anterior, que los interlocutores, a medida que avanza la encuesta, toman conciencia progresivamente del sentido de las preguntas y rectifican entonces también progresivamente su primer juicio matizándolo, e incluso contradiciéndolo. ¿Quién no diría, aunque solo fuera para no confesarse a sí mismo las molestias que acompañan a menudo a las ventajas reales de una situación dada, que aprecia vivir en el lugar donde ha aceptado hacerlo para luego reconocer que si tuviera los medios finalmente cambiaría de vivienda y de barrio? Lo que es sorprendente finalmente es que cada vez, en cada barrio, se encuentra aproximadamente un 40 % de la gente que asegura que no se mudaría (lo que es el caso también en La Mariscal), lo que prueba que el barrio conserva su atractivo. Por cierto, cuando se trata de designar el barrio que sería más atractivo, las opiniones son tan vagas o divididas que no se precisan sino otros 4 sectores de la ciudad que canalizan más del 1 % de las preferencias. Para comenzar, el 29 % no responde, el 14 % persevera en su elección de La Mariscal, el 10 % habla de El Batán que presenta características sociales similares, agregando la vista y suprimiendo las molestias debidas al tráfico y a las actividades. En el mismo orden de ideas (barrios patricios o para población acomodada), se mencionan otros barrios: Ñaquito, 5 %; Chaupicruz, 3 %; La Carolina, 3 %; El Inca, 2 %; Colón, La Paz, Miraflores, 1 % cada uno.

Dicho en otros términos, el 69 % está satisfecho total o parcialmente con su barrio. En el segundo caso, escogen un barrio que se le asemeja sin las molestias debidas a las numerosas actividades que desde hace una generación han destruido considerablemente el encanto del lugar. Estas razones son tan evidentes que un tercio de quienes manifiestan su elección hablan de «un barrio del mismo tipo». Hay también la atracción de los valles ahora que existen vías de acceso satisfactorias y suficientes (en 15 años, las carreteras se han triplicado): el 12 % afirma que le gustaría ese cambio. El 19 % restante se dispersa entre el Norte (10 % aproximadamente), el Sur (3 %) y el centro (4 %), más un 2 % que escoge «el exterior» sin más precisión.

Las causas evocadas se reparten en cinco rubros principales, entre los cuales constan, por orden de preferencia, la seguridad, razones familiares, los equipamientos del barrio (atracción del confort y de la modernidad, o de la novedad) y finalmente ser propietario de su vivienda o simplemente «para cambiar». Algunos manifiestan argumentos como el aseo y el precio del barrio.

Ante estas opiniones tan imprecisas y divergentes, se podrían esperar respuestas a la pregunta «¿Qué modificaciones le parecen convenientes para el barrio?», que permitan orientar la acción del Municipio o de las asociaciones u otras organizaciones preocupadas por el marco de vida en el barrio. Ahora bien, las respuestas estereotipadas reflejan primeramente una psicosis que alcanza a todas las capas de la sociedad quiteña. La inseguridad se revela como la herida mayor de la vida urbana: el 49 % de quienes respondieron la citan. Si nos damos el trabajo de interesarnos en los medios de comunicación, o de conversar detenidamente con los habitantes de cualquier barrio, se constata que ese discurso es menos el reflejo de una experiencia vivida que un decir mediatizado por propagadores, periodistas, hombres públicos, políticos de toda tendencia, un tanto demagogos y otros tecnócratas, en resumen que socio-neuróticos sin inteligencia forman una opinión desestabilizadora, a menos que sea una manera de manipular e infantilizar a una población cuya ignorancia política y credulidad son inmensas como lo muestran las campañas electorales que se suceden tan frecuentemente y lo que de

ellas resulta. En definitiva, esta respuesta es probablemente un síntoma de una falta de conciencia política muy extendida. Lejos detrás de las contestaciones relativas a la vigilancia y la seguridad, y a la lucha contra la delincuencia, el 11,4 % de las respuestas plantean el problema del aseo de las calles, de los desechos domésticos y de la higiene. Esta preocupación, más concreta, verdaderamente vinculada al barrio y a su práctica cotidiana, es seguramente si no más real, al menos más inmediata para todos los barrios de Quito. Aparece siempre, claramente expresada, en cada barrio estudiado. Con un 10,1 % de deseos expresados, el mantenimiento de todos los equipamientos públicos y primeramente de las vías, es la tercera reivindicación formulada. Como en las anteriores, se cita primeramente al Municipio y menos frecuentemente al Estado como los llamados a actuar en ese sentido. Se observa sin embargo una diferencia: comparado con lo que se afirmó en numerosos barrios, no se menciona la cuestión de los transportes colectivos y su funcionamiento. Pero ya se vio que en La Mariscal, más que en otros lugares, los migrantes alternantes diarios se desplazan en su vehículo particular. Esto es entonces muy significativo. Finalmente, las respuestas indican una verdadera falta de asunción por parte de los habitantes de La Mariscal que sostienen el discurso de circunstancia pero esperan todo de la autoridad y nada o muy poco de ellos mismos. Existe aquí en espera y sin que se lo diga, pues no se lo ve verdaderamente, una necesidad popular de educación (más allá de la instrucción pública) y de información que el Municipio debe asumir, y si ya lo ha hecho, reforzar.

Sin embargo, toda esta gente que tanto espera del Municipio tiene acaso una imagen realista de Quito, de sus barrios especializados y de sus lugares referenciales así como de la política municipal aplicada?

Sí, ciertamente, pero tal imagen es más bien parcial y al parecer bastante elemental. Pasa primeramente por su propio confort. Es por ello que La Mariscal (en primera posición: 23 %; en segunda posición: 7 %; en tercera posición: 8,1 %) y El Batán (en primera posición: 19,6 %; en segunda posición: 26 %; en tercera posición: 28,2 %) encabezan la lista de los barrios que más les gusta, seguidos de muy cerca por las pe-

queñas ciudades de las afueras orientales y todas las nuevas lotizaciones hipervigiladas que se construyen y crecen cada día en el valle (en primera posición: 19,6 %; en segunda posición: 14,9 %; en tercera posición: 8,1 %) para quienes tienen los medios de instalarse allí. Si se agregan los demás barrios comparables, tales como la Colón, La Paz, La Pradera, La Carolina, Ñaquito, Miraflores, se obtiene una distribución que refleja claramente el real nivel de vida de los habitantes de La Mariscal o el nivel al que aspiran: en primera posición: 79,3 %; en segunda posición: 64,4 %; en tercera posición: 56,4 %. Fuera de estos barrios, los del Norte son citados 27 veces, los del centro 12 veces, los de hábitat tradicional cercanos al centro y cuya población reúne habitantes de todas las clases sociales, 11 veces, y finalmente, los del Sur, 8 veces. Sin embargo, fuera de los barrios que prefiere cada uno, son el centro o La Mariscal los que parecen ser para todos los más representativos. El 59,4 % de los entrevistados escoge el primero y el 21,8 % el segundo. Además, el Norte (sin más precisión) es citado por un 2 % y el 10,9 % no tiene opinión. Pero si se cita primeramente el centro, es por razones históricas o arquitecturales, mientras que La Mariscal lo es por su modernidad y por las actividades que en ella se ejercen.

En la lógica de esta elección, el 56 % estima que la rehabilitación del centro es una excelente iniciativa, el 25 % expresa una apreciación positiva moderada y el 6 % confiesa no tener una opinión al respecto, mientras que el 3 % está en desacuerdo. Los argumentos en contra expresan una insatisfacción de tipo «se lo debería hacer mejor» y los positivos giran alrededor de la dimensión histórica, patrimonial y turística, o de la necesidad de rehabilitar mejor el centro, juntándose esta última opinión con la de quienes se declaran insatisfechos pero con una conclusión opuesta. Sin embargo, pocas de las personas interrogadas saben quién se encarga de esa rehabilitación: el 62 % confiesa su ignorancia, el 21 % cita al Municipio, el 7 % al Estado, el 8 % a las organizaciones nacionales (2 %) o internacionales (6 %), pero solamente el 1 % habla del Fondo de Salvamento.

En La Mariscal, 3 de cada 4 personas entrevistadas saben que existe un «barrio de negocios» (ya se señaló la ambigüedad del término). Ahora bien, contrariamente a lo que

observamos hasta ahora, para un 51,5 % de los habitantes del barrio, este corresponde a un barrio específico donde se desarrollan toda suerte de negocios, entendido en el sentido del *business central district* más que en el de barrio en el que se localizan simplemente los comercios de primera necesidad. Esta última acepción se mantiene sin embargo, puesto que el 22,2 % cita, una vez más, el mercado de El Tejar o de Ipiales que se extiende en 14 manzanas del centro y a donde «es peligroso dirigirse pero se encuentra de todo», o afirma que los negocios, entendidos como el comercio más banal, se hacen «en cualquier lugar de Quito» (13,1 % de las respuestas). El 13,2 % restante no tiene una opinión al respecto. Así, en mayor medida que los habitantes de los barrios populares estudiados o que se estudiarán más adelante, los habitantes de La Mariscal tienen globalmente una idea relativamente exacta de lo que se conoce actualmente como un barrio de negocios, aunque a menudo lo ven de un solo lado: «allí donde hay movimiento», o «animación», o «circulación de dinero».

En lo que respecta a la existencia o inexistencia de un barrio administrativo, la vaguedad de la pregunta deja la libertad de responder abiertamente, y fue lo que se hizo. Así, el 11 % afirma que no existe y el 13 % nada sabe. Del 76 % restante, manifiestamente algunos no comprenden claramente la pregunta y declaran que en todo Quito hay oficinas de la administración, o que el Congreso es el lugar principal de la administración. Otros aluden a oficinas de barrio o confunden con los barrios de administración de negocios (con un barrio de negocios finalmente). Es el caso de quienes hablan de La Carolina o de Ñaquito y tal vez también de aquellos que citan La Mariscal que acoge igualmente ministerios (Finanzas, Relaciones Exteriores, Obras Públicas, etc.) y organismos públicos de gestión como la Policía de tránsito. Finalmente, una buena cuarta parte (28 %) lo sitúa de manera más significativa, en El Ejido o La Alameda, en el centro o más explícitamente en la Plaza Grande, sede del Municipio (incidentalmente, sede también de la Presidencia de la República).

La participación en actividades colectivas practicadas en el marco de organizaciones barriales no parece ser una preocupación esencial para los residentes de La Mariscal.

En otros barrios, tal participación puede involucrar hasta aproximadamente un 20 % de las personas interrogadas. No es el caso en este antiguo barrio patricio puesto que solamente el 6 % dice participar más o menos en este tipo de actividades. Sin embargo, si se extiende un tanto la encuesta, esa cifra alcanza el 13 % incluyendo las actividades deportivas a igual nivel que el trabajo comunitario (minga). Por supuesto, muchos (62 %) piensan que es positivo, pero ¿quién diría que una acción benévola y provechosa para todos no es positiva? Es por ello que puede sorprender que el 6 % se exprese desfavorablemente y el 32 % no conteste. Sin embargo, aunque el nivel de vida de los residentes del barrio sea claramente superior al de los barrios estudiados hasta ahora, su ignorancia en cuanto a la gestión municipal es al parecer apenas menos marcada. Solamente para un 37,4 % existe un reglamento urbano, el 55,6 % asegura que no existe y el 7 % nada sabe. De aquellos que dicen haber oído hablar de él o que, ignorando si existe o pensando que no lo hay, emiten sin embargo una opinión sobre su conveniencia, el 3,6 % estima que es una buena cosa y la mitad no se compromete: «más o menos» (respuesta sumamente banal y emitida por puro decoro). Evidentemente, esto no implica lo que debería ser para cada uno un reglamento urbano. Sobre este punto, se pueden clasificar las respuestas en tres rubros: definición y control de las normas para el 62 %, de los cuales algunos no hacen sino invertir la pregunta («difundir un reglamento»); mantenimiento de los barrios (aseo, seguridad) para un 18 %; finalmente, relaciones humanas para un 3 %. Se debe agregar a ellos un 17 % que no fue capaz de precisar lo que debe ser un reglamento urbano y confesó su ignorancia. A este respecto, una vez más se observa una opacidad* entre la política que pretende aplicar el Municipio y su real impacto en los supuestos beneficiarios de tal política. Por cierto, ante la pregunta «¿Qué obras deberían emprenderse prioritariamente?», se encuentran siempre las mismas demandas: varias, sin más precisión. 32 %: la seguridad, 26 %: el mantenimiento, los servicios básicos, 10 %: el aseo, 4 %: el medio ambiente, 2 %: nada, 2 %: y, evidentemente, aquellos que no saben qué decir, 24 %.

Una última serie de preguntas relativas a la recreación durante los fines de semana completaba el cuestionario. Ahora bien, en La Mariscal la gente es más bien sedentaria. Si no se toma en cuenta a quienes no respondieron a esta parte de la encuesta, el 59 % afirma permanecer en su casa, el 3,5 % sale a veces y el 37,5 % sale cada semana. De estos últimos, el 54 % busca un lugar de distracción que puede ser uno de los parques de la ciudad, o lugares muy diferentes cada semana; el 9 % sale a pasear en su barrio o en un barrio cercano (hay que recordar que un parque, El Ejido, bordea a La Mariscal, y otro, La Carolina, está situado no muy lejos); el 37 % sale de Quito para dirigirse a las afueras o a la provincia para pasear, e incluso visitar la propiedad familiar, cuando no se trata más prosaicamente de descansar en uno de los múltiples clubes en el valle cercano. Seis de cada diez familias entrevistadas poseen un vehículo particular.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista de un habitante de La Mariscal

Como los habitantes de los otros barrios, se puede intentar esbozar un retrato del residente de La Mariscal con todo lo que puede comportar en aproximaciones. Vive en un barrio poco poblado, alrededor de 160 habitantes y 50 viviendas por hectárea construida, fuera de la red vial. Sin embargo, aunque en 6 de cada 10 casos es propietario de su vivienda y dispone generalmente de al menos una pieza habitable por persona, no vive en las mismas condiciones de confort o de marco de vida según resida entre la 10 de Agosto y la Amazonas, en la lotización Simón Bolívar o arrienda un departamento en una de las torres que caracterizan al barrio. Para él, el sector más agradable para vivir sigue siendo aquel en el que se encuentran numerosas residencias confortables rodeadas de jardín, entre la 6 de Diciembre y la 12 de Octubre, la avenida Patria y la Colón.

Su familia, cuando ha fundado alguna y no ha sido formada recientemente, es poco numerosa, tres personas en promedio, aunque más frecuentemente está constituida de una pareja y dos hijos. Es una población con una baja tasa de renovación, experimentando por ello un envejecimiento que va aumentando entre un censo y otro. Goza en cambio de un buen nivel de confort y de vida, estando to-

da vivienda conectada a todas las redes disponibles, incluyendo la del servicio telefónico. Es ejecutivo, y menos frecuentemente comerciante o empleado, y trabaja más bien en el sector privado. Su esposa tiene un empleo remunerado apenas en uno de cada dos casos, pero sus hijos están correctamente escolarizados, y cursan estudios superiores si lo desean, sin discriminación sexual, aunque se debe admitir que este comportamiento igualitario es bastante reciente. Pese a esta holgura profesional relativa, es un madrugador que, frecuentemente, se dirige a su lugar de trabajo en vehículo aunque, a menudo, dicho lugar no es muy distante. Sus hijos, en uno de cada dos casos, asisten a un establecimiento escolar cercano, en La Mariscal o en un barrio vecino y regresan para el almuerzo, lo que hace también el padre bastante a menudo. La familia sale poco durante la semana y se acuesta temprano.

Reconoce que su barrio está adecuadamente equipado, conectado a todas las redes urbanas necesarias y a lugares de abastecimiento corriente. A pesar de ello, considera que existen demasiados desechos domésticos depositados en algunos terrenos baldíos, e incluso en la vereda, lo que él deplora. Es tal vez por ello que en ciertos casos sueña con mudarse al Norte de la ciudad o, más frecuentemente, al valle, pero sus preferencias lo llevan casi siempre a escoger un barrio similar a La Mariscal, sin la delincuencia, la suciedad de las calles y las molestias del ruido. No es que las relaciones de vecindad sean malas, sino apenas calurosas, aunque el barrio esté poblado de «gente buena». Ciertamente es desconfiado, incluso temeroso, y las cuestiones de seguridad son a su parecer las que deben ser tratadas prioritariamente por el Estado o el Municipio, sin saber exactamente las funciones de cada uno. Por cierto su conciencia cívica no llega hasta la militancia en el seno de asociaciones barriales, salvo a veces en el deporte. Reconoce la excelencia de la tradición de las acciones comunitarias, tales como las mingas, sin por ello participar en ellas llegado el momento, lo cual por cierto es rarísimo en este barrio. Para él, el Municipio, y eventualmente el Estado, debe asumir las tareas de mantener la seguridad (lo repite varias veces), el aseo del barrio y las redes, estas últimas de responsabilidad exclusiva del Municipio.

Como todos sus conciudadanos, estima que el centro es el barrio más representativo de la ciudad y también el más emblemático puesto que al referirse a él habla de historia, de tradición, de arquitectura y de patrimonio, sin olvidar su atractivo turístico. Sin embargo, en uno de cada cinco casos, coloca a su barrio en primera posición, el mismo que, a su criterio, da una imagen de actividad urbana de buena calidad que él atribuye a la modernidad, lo que de ninguna manera le impide, por las razones que acabamos de enunciar, aprobar casi unánimemente la rehabilitación del centro que debe ser tarea prioritariamente del Municipio.

Sabe también que existen barrios donde se hacen preferentemente los negocios. Más a menudo que los habitantes de los barrios populares, los diferencia de aquellos de pura vocación comercial. Sin embargo, es bastante indiferente a la identificación de los lugares de vocación administrativa, aunque en uno de cada dos casos sabe localizarlos: centro, La Alameda, La Mariscal sobre todo. Finalmente, es sedentario o, cuando sale, esencialmente el fin de semana, pese a disponer de un vehículo particular en el 80 % de los casos, no va muy lejos. Como la mayoría de quiteños, él y su familia son gente tranquila, apenas un tanto más satisfecha de su suerte que el resto de sus conciudadanos.

5 • El Batán

La situación y el sitio

Situado a vuelo de pájaro 6.500 m al Noreste de la plaza de la Independencia, centro de la ciudad colonial, y aproximadamente 3.500 m al Noreste de La Mariscal que acabamos de estudiar, el barrio de El Batán alto está implantado a una altitud promedio de 2.840-2.880 m. En las laderas orientales del sitio de Quito, está adosado al mayor parque acondicionado de la ciudad, el Parque Metropolitano, y domina a unos 50* metros el parque de La Carolina, muy urbano y central con relación al barrio de negocios. Es atendido por la avenida Eloy Alfaro, vía rápida que lo acerca a todas las posibilidades de abastecimiento y de empleos terciarios y lo coloca en relación directa con el Norte de la provincia de Pichincha y del país, así como con los valles hacia los que se extiende la riqueza de la capital ecuatoriana. Esta ubicación le garantiza, al igual que a los barrios vecinos de Bellavista, una renta inmobiliaria bastante elevada. Es uno de los sectores más acomodados de Quito. He aquí lo que se decía de este barrio en el AIQ: «Es un barrio aireado y bien construido, en pendientes como miradores que escalan las alturas centro-orientales de Quito. Desde él se domina todo el Norte de la ciudad. Se combinan los pequeños edificios colectivos y las villas, y numerosos jardines ponen el toque de verdor (...). Su plano es bastante compuesto. Se encuentran calles sin salida con pequeño redondeel en el extremo, algunas subidas en escalinata y la tranquilidad de un barrio atravesado sin embargo por una gran vía, futura salida hacia el Norte, y bordeado en su parte baja por una de las avenidas de mayor circulación de la ciudad, la 6 de Diciembre.» (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: *Clasificación y análisis de los barrios*, lámina N° 33 del AIQ). El Ba-

tán alto, parte alta del barrio considerado íntegramente en el AIQ, está, ciertamente, más construido. Los pequeños edificios (tres a cuatro pisos) son más numerosos que en la parte baja de El Batán donde se concentran las hermosas villas rodeadas de jardines. Ya en 1982, los datos del censo permitían calificarlo de «muy bien integrado e hiper-equipado» (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: *Mallas de servicios y equipamientos*, lámina N° 27 del AIQ), lo que lo hace muy atractivo.

Algunos aspectos urbanísticos

Es un conjunto de aproximadamente 12 ha que comprenden 9 manzanas y 161 predios ocupados por alrededor de 210 estructuras de habitación. Siguiendo el declive del sitio, las manzanas escalonadas, rectangulares, cuya mayor longitud tiene una orientación Este-Oeste, sacan el mejor partido del relieve. En 3 de cada 4 casos, hay solo una construcción por predio, a menudo acompañada de un anexo, generalmente un garaje. Es una ocupación poco densa del espacio y, aunque relativamente heteróclito, el estilo de las casas le da una imagen de barrio acaudalado, que lo es. El plano vial, como sucede a menudo en los barrios recientes —El Batán alto tiene apenas dos decenios— ha sido diseñado en función de la circulación automotriz, por lo que escapa al damero que fue la norma quiteña hasta pasada la mitad de siglo, con algunas excepciones, como se encontró en Chimbacalle. Las manzanas se adaptan de la mejor manera al relieve que conserva sus características, existiendo un acceso para cada fila de edificaciones, lo que favorece la ventilación de esta parte de Quito y contribuye al confort de los residentes. Además, esto permite, en la

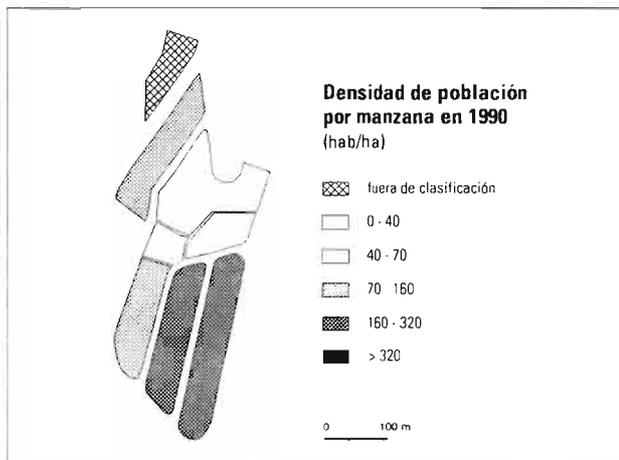
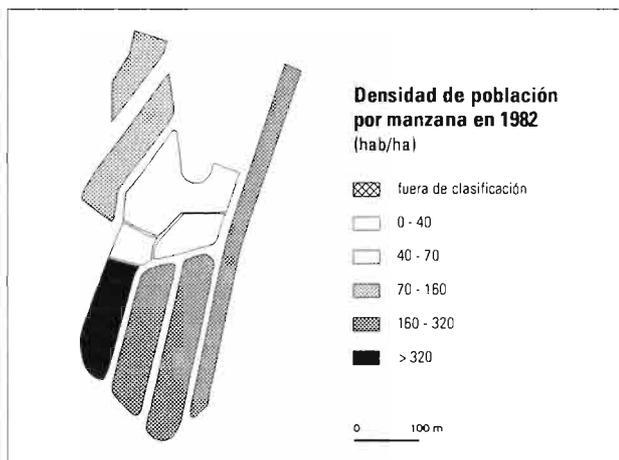
medida de lo posible, reducir las importantes obras de construcción de terrazas y de sostenimientos como los observados por ejemplo en el sitio de San Juan. Si se exceptúa la avenida Eloy Alfaro, las mallas de sus calles solo permiten una circulación intrabarrrial. Está diseñado para permitir un acceso adecuado a los automóviles, pues cada manzana está rodeada de vías que permiten llegar a su destino se venga de donde se venga.

En 1982, dentro de límites distintos a los propuestos desde entonces por el Municipio que separan al Batán alto del resto del barrio del mismo nombre (AIQ, láminas N° 27 y 33), en 87 ha, se contabilizaban 69 manzanas, 1.825 viviendas y 8.150 habitantes, es decir una densidad promedio de cerca de 94 habitantes por hectárea urbanizada. En 1990, en una superficie un tanto menor a la sexta parte y en 12 manzanas en las que se contabilizaban 241 viviendas que alojaban a 1.031 personas, tal densidad experimentaba una ligera disminución: 86 hab/ha. Teniendo en cuenta las variaciones de superficie entre los dos censos, excluyendo la parte más antiguamente urbanizada de El Batán e incorporando espacios lotizados recientemente para formar lo que se conoce ahora como El Batán alto, esta mínima fluctuación de densidad puede explicarse por ese solo fenómeno. Podemos entonces atrevernos a pretender que existe una cierta estabilidad significativa de la permanencia de las condiciones de poblamiento del barrio y en especial de la relación entre sus habitantes y el espacio urbanizado del que disponen.

Análisis de los mapas de densidad de población y de viviendas por manzana, y de los de cohabitación

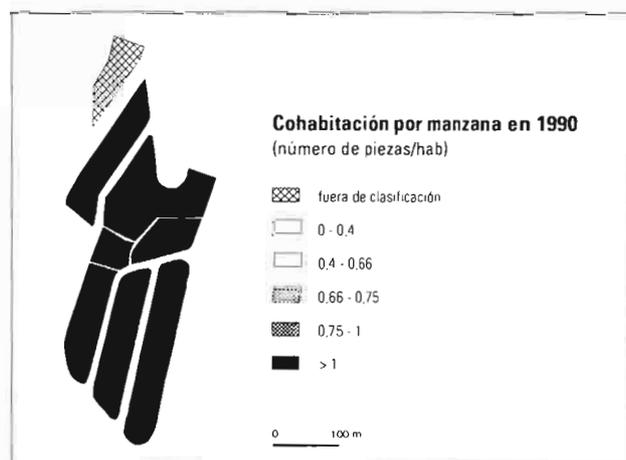
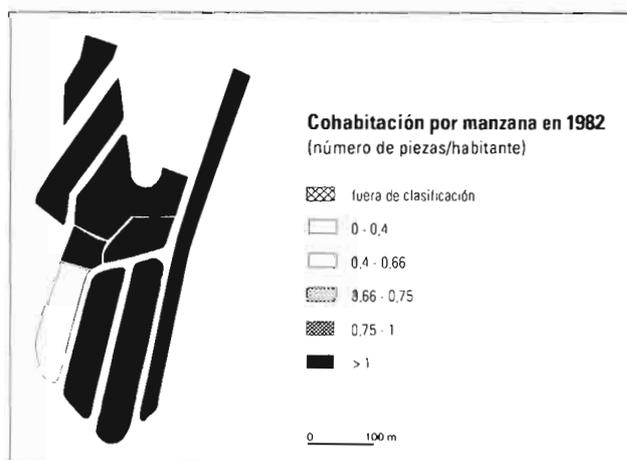
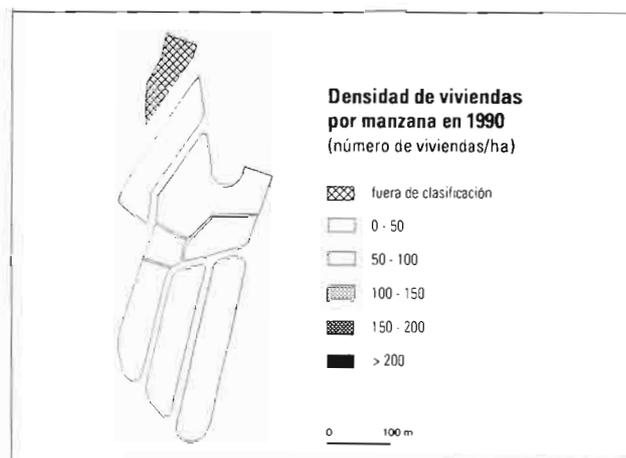
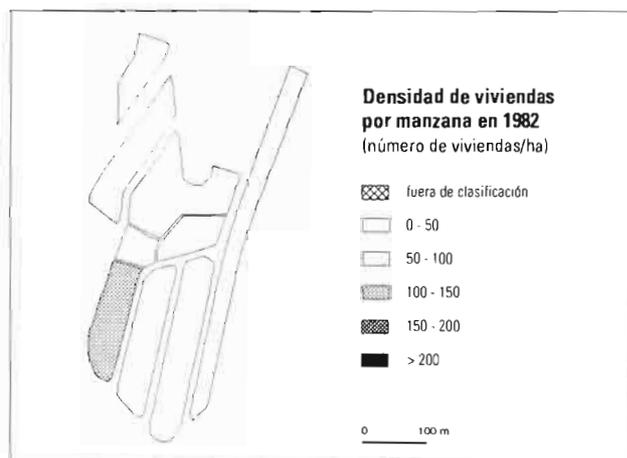
Los mapas elaborados con base en los datos de los censos de 1982 y 1990 (de densidad de población y de viviendas por manzana, y de número de piezas habitables por residente), reflejan ya algunas variaciones. Así, en 1982, se observaba una repartición espacial de la población relativamente contrastada, presentando las primeras manzanas construidas densidades de más de 160 hab/ha. y en el caso de las manzanas más antiguamente lotizadas, esa densidad superaba los 360 hab/ha. En 1990, la densidad parece reequilibrarse, los valores elevados ya no sobrepasan los 360 hab/ha. Se observa in-

cluso una notable disminución de la densidad en la manzana más cercana al nuevo barrio de negocios, la misma que, de 360 hab/ha en 1982, pasa a menos de 160 hab/ha. Esta variación se explica justamente por la ampliación del barrio de negocios, habiendo las oficinas y comercios de lujo (restaurantes entre otros) ocupado el lugar de las viviendas. Es allí también donde se origina la ligera disminución de la densi-



dad global del barrio, la misma que no ha podido ser compensada por el aumento de la construcción de edificios de 3-4 niveles en la parte alta. Sin embargo, el sitio no está densamente poblado (para este tipo de barrio, se entiende) sino en su parte sur. Este fenómeno, ya observado en 1982, se ha mantenido. El mapa de densidad de viviendas lo confirma. En 1982, solamente la manzana sudoeste presentaba una

densidad de 100 a 150 viviendas por hectárea. En 1990, esa cifra descende a menos de 50. Por el contrario, en el caso de la manzana situada en el borde del Parque Metropolitano, tal densidad se ha incrementado, superando las 50 viviendas por hectárea. Sea como fuere, ya en 1982, cada residente gozaba de al menos una pieza habitable para él solo dentro de su vivienda. En 1990, esa situación se mantiene, salvo en la man-



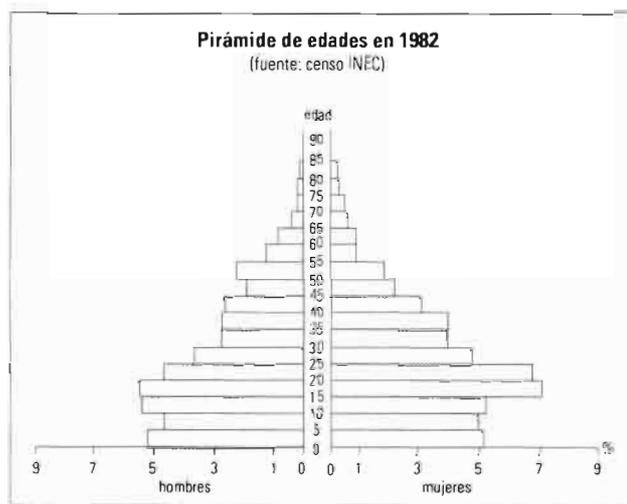
zana cuya función pasó de residencial a actividades de servicio. Desde entonces, las personas que siguen residiendo allí parecen sufrir un deterioro del confort, puesto que el promedio es ahora de 2 a 3 personas por pieza habitable. Naturalmente, esto debe matizarse, pues este cambio no afecta a todos los residentes de la manzana, sino que se debe probablemente a la aparición de guardianes de oficinas que son alojados en condiciones de gran estrechez. Como la densidad es baja, basta con pocos cambios en el uso y las funciones de edificios o de casas para modificar ese dato para la manzana en su conjunto. Es de todas maneras el único barrio estudiado hasta ahora que ofrece tales condiciones de comodidad.

La demografía de El Batán alto

Para 1982, disponemos de la pirámide de edades (por estratos de 5 años), distribuidas según el sexo, y por lo tanto también del índice de masculinidad por clase de edad de la población de todo El Batán y de la parte alta (la única abordada aquí). Evidentemente, por razones de cambios de límites ya evocadas, los datos no son comparables en valores absolutos. Los mapas publicados en el AIQ muestran que en 1982 las condiciones de vida eran mejores en la parte baja del barrio que en la alta (MAXIMY (de), R.: *Jerarquización socioeconómica del espacio quiteño*, AIQ, lámina N° 38), situación debida, al parecer, a una población instalada recientemente, o dicho en otros términos, en proceso de aclimatación. La distribución demográfica se presentaba de manera muy homogénea independientemente de la parte en que se ubicaran los habitantes. Así, se pueden comparar las pirámides de edades (estratos de 5 años) de los dos últimos censos y disponer de la extraída de la EBAQ (población de abril de 1996).

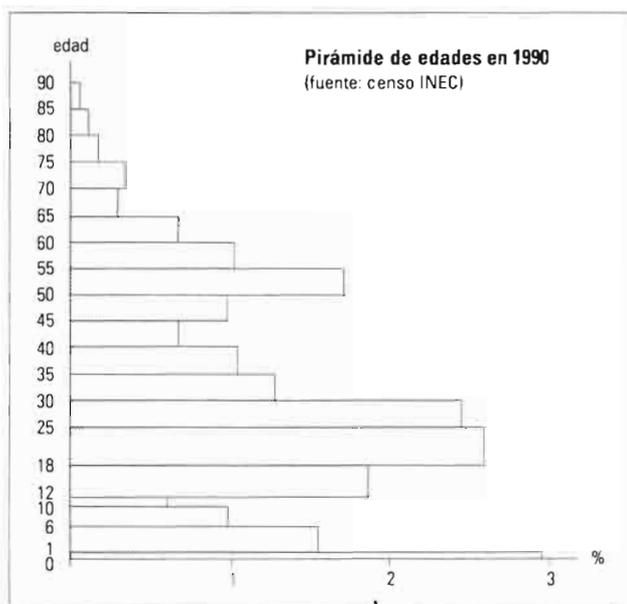
La pirámide de 1982 presenta una población estabilizada donde las clases jóvenes, hasta los 25 años de edad, tienen básicamente la misma importancia, aunque se inicia ya un notable, pero limitado, estrechamiento de la base (menores de 10 años), explicándose el ensachamiento, entre los 15 y 25 años, de la parte femenina de la población no solo por una mayor fecundidad en los años 1960, sino sobre todo por la existencia de una joven empleada domés-

tica «puertas adentro» que se renueva constantemente al ritmo de las salidas por diversas causas (matrimonio u otro empleo más gratificante) lo que hace que la mayoría de esas empleadas tengan entre 15 y 25 años. Este fenómeno se encuentra en 1982 en todos los barrios ricos de Quito, siendo incluso una suerte de indicador de holgura burguesa. Luego la pirámide se estrecha de manera regular.

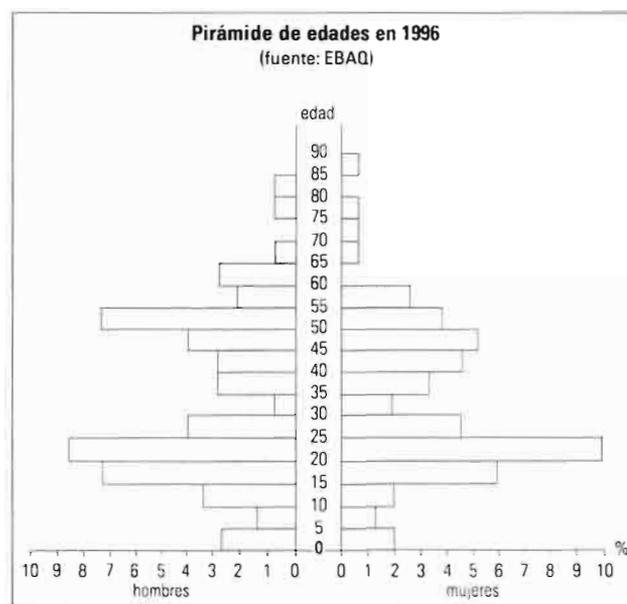


En 1990, el as de picas, símbolo del envejecimiento de una población dada, caracteriza claramente a la distribución demográfica piramidal. Los 8 años transcurridos entre los dos censos se traducen en un ascenso de dos estratos de las clases que son testimonio de un control de la natalidad y también de un suplemento femenino aportado por las empleadas domésticas, pareciendo estas distribuirse en 1990 en tres estratos, lo que podría ser signo de una mayor longevidad del empleo doméstico, pero se trata solo de una hipótesis. Estas dos características demográficas confirman la calificación de pudientes que puede aplicarse a los habitantes del barrio.

La pirámide extraída de la encuesta de 1996, que como sabemos no es estadísticamente representativa,

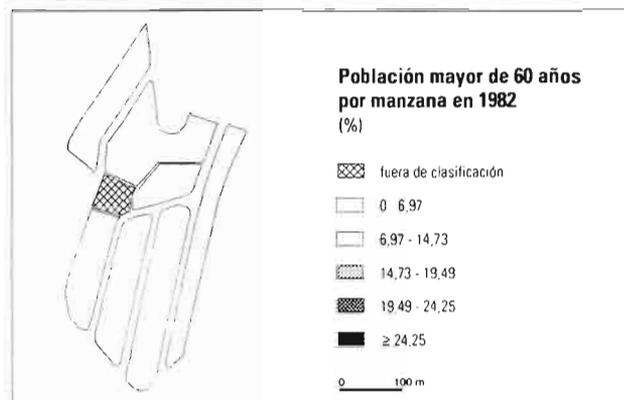
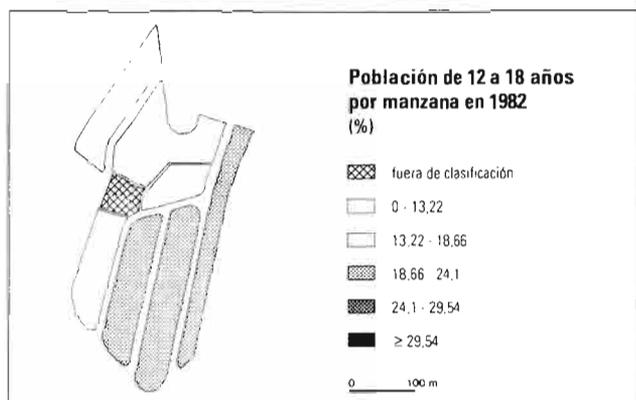
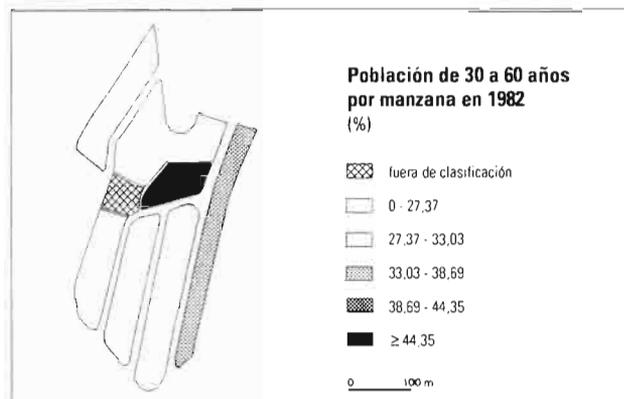
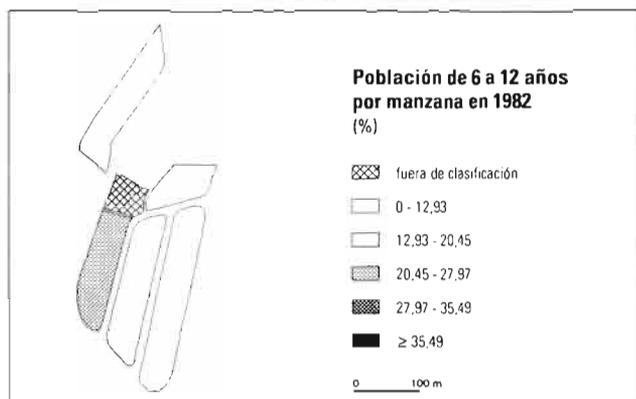
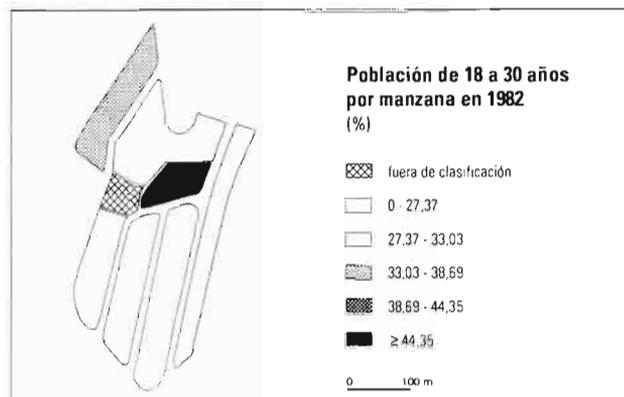
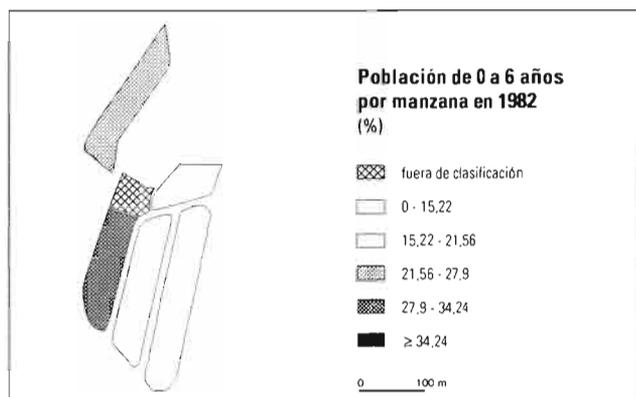


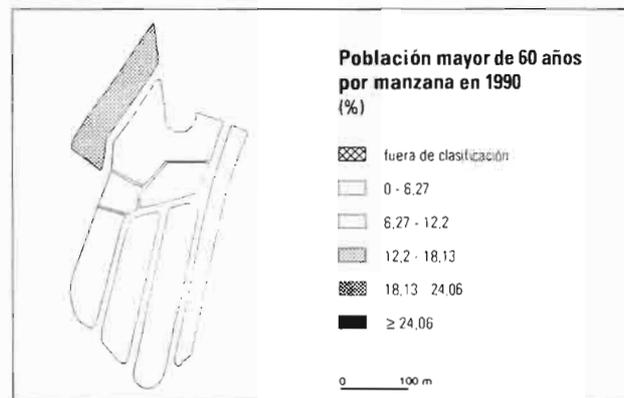
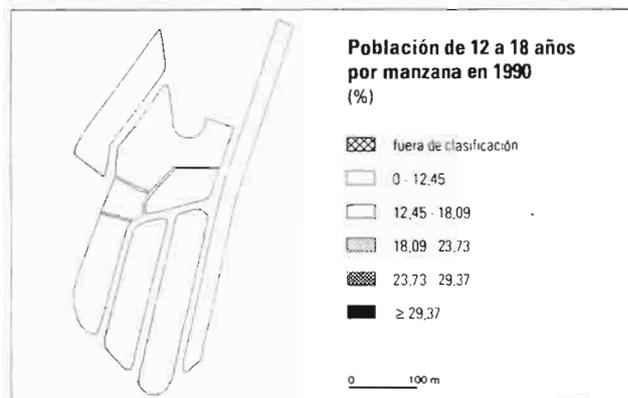
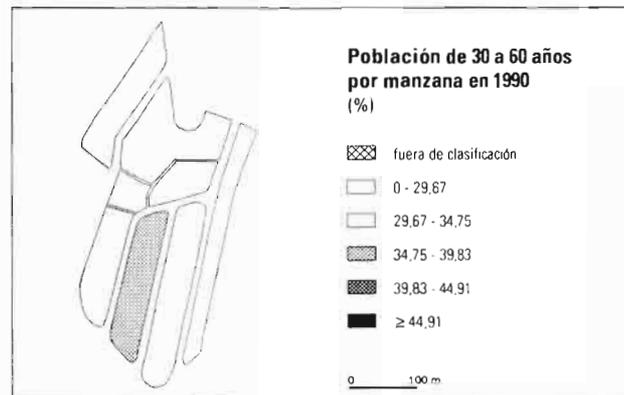
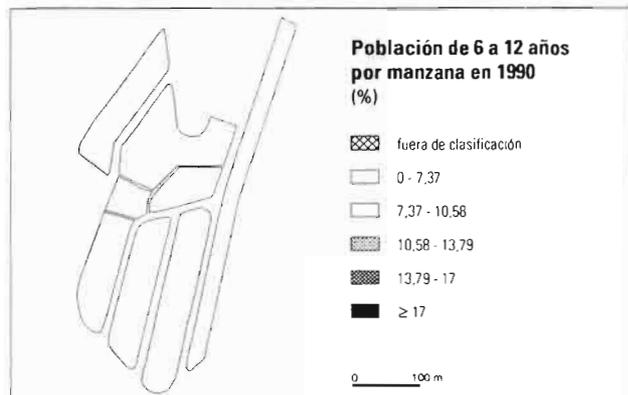
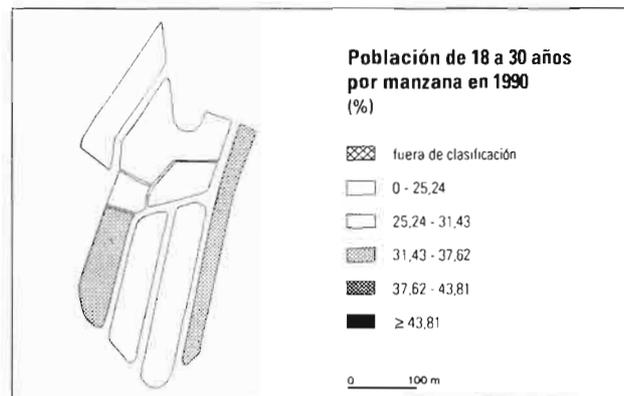
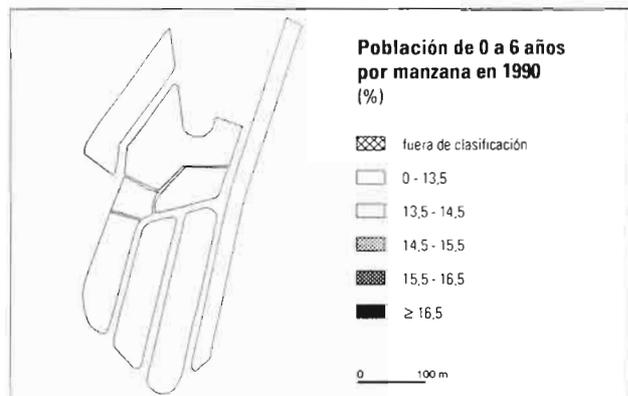
muestra justamente esa no representatividad cuya prueba es la forma extremadamente irregular del histograma. Revela también que, en la actualidad, dos etapas marcan el poblamiento de El Batán alto: una primera que corresponde a una generación que debe tener actualmente más de 60 años, y otra, a sus hijos o a nuevos habitantes llegados a medida que se construía el barrio y se transformaban las formas de hábitat (mayor cantidad de edificios de varios pisos) que, en un momento, dio un nuevo impulso a los nacimientos. Pero esto no parece haber durado y los estratos de menos de 15 años reflejan un déficit considerable de renovación de la población. ¿Significaría esto que el costo actual de la instalación en este barrio es tal que está prohibido a las jóvenes parejas que no consiguen aún ingresos suficientes? Es difícil emitir una opinión aceptable pues la encuesta es poco confiable en este aspecto. Pese a todo, en 1996 se tiene apenas un cuarto de la población (25 %) de menos de 16 años; ya en 1990, no alcanzaban sino un 26 %, mientras en 1982 esa cifra era todavía 6 puntos superior



(31,3 %). El índice de masculinidad que hace media generación (INEC, 1982) daba una preponderancia considerable a las mujeres (100 por 84,6) tiende progresivamente a equilibrarse (93 hombres por 100 mujeres) en 1996, signo probable de un incremento de la longevidad masculina que se mantenía en 1982 y en este barrio muy por debajo de la de las mujeres.

Los mapas de distribución de la población por manzana y por clases de edad muestran que en 1982 al igual que en 1990, los niños y los jóvenes adolescentes de El Batán alto se distribuyen de manera particularmente homogénea y que su porcentaje es inferior al de la ciudad en su conjunto. Sin embargo, las manzanas situadas en la parte baja presentan una proporción de esas edades mayor que las demás. Se vuelve a encontrar lo que ya se anotó anteriormente cuando se trataba de densidad o de condiciones de confort, aunque se observa igualmente que en 1982, en el caso de la población mayor de 18 años, la separación entre las manzanas se realiza según una distribución latitudinal, sien-





do el Norte, en población relativa, más deficiente que el Sur salvo en las clases de 18-30 años y de más de 60. En 1990, tal separación es menos clara. Ora la altitud juega un papel, ora son las manzanas situadas más al Sur, distinguiéndose singularmente la más alta, a lo largo de la calle Guanguiltagua, y la más baja, bordeada por la avenida Eloy Alfaro. Para esto no existe una explicación aparente. Haría falta una encuesta particular para conocer la causa.

Características del hábitat en El Batán alto, según la encuesta EBAQ

Las 37 familias de El Batán alto consideradas en la encuesta EBAQ reúnen a 153 personas, de las cuales 77 de sexo masculino (50,33 %) y 76 de sexo femenino (49,67 %). Estas familias de cuatro personas en promedio (aunque este promedio apenas tiene sentido, a no ser para diferenciar a este barrio de aquellos más pobres donde el promedio por familia es generalmente de 5-6 personas) habitan en viviendas que gozan de todos los servicios. Una sola persona declara no tener teléfono, lo que no se observó en ningún otro lado de este barrio. Aunque el barrio siempre ha estado poblado de gente pudiente, como lo preveía ya en 1944 el Plan de G. Jones Odriozola, en 1982 existía aún más del 10 % de los hogares que no tenía agua en la vivienda, pero disponía de ella dentro del edificio (3,7 %) o fuera de él (4,6 %), quedando un 2 % que no contaba en absoluto con el servicio. El uso de sanitarios presentaba porcentajes del mismo orden: 90,4 % en la vivienda. Existía incluso cerca de un 4 % de viviendas sin electricidad.

En cuanto a los equipamientos de servicio de los particulares, en especial pequeños comercios, no se dispone de informaciones recientes, pero ya en 1987 (ver AIQ, lámina Nº 27), por 1.000 habitantes se contabilizaban menos de 9 comercios y algo más de 6 actividades de servicios distintas, entre ellas una tienda por 193 a 194 personas. A todas luces, desde hace 15 años, la situación se ha mantenido o ha disminuido debido al desarrollo en esta parte de Quito de los supermercados y centros comerciales de pluri-servicios, pues nos encontramos en un barrio de elevado poder adquisitivo donde 4 de cada 5 hogares posee un vehículo y no necesita de la tienda sino episódicamente,

pero esto no es sino una suposición pues en Quito todos aprecian este tipo de comercio, muy presente en todos los barrios, salvo en las extensiones del callejón interandino, los valles, donde se vive encerrado en ciudadelas amuralladas y vigiladas por guardias armados, «ghettos de ricos», donde solo prosperan los grandes centros comerciales que, por supuesto, albergan toda suerte de comercios de productos de uso corriente vendidos al por menor, pero cuya implantación y manejo se inscriben en una lógica capitalista muy actual.

Además, en El Batán alto, el 54 % de las familias ocupan una casa entera y más de las tres cuartas partes son propietarios de su vivienda, que generalmente es muy espaciosa. La gran mayoría de residencias están retiradas con relación a la calle. Únicamente dos de las 37 estudiadas, es decir un 5,4 %, están alineadas a la calzada y son contiguas. Estas no tienen jardín, pero el 94,6 % restante dispone al menos de un pedazo de césped con flores (51,4 %) e incluso árboles ornamentales (43,2 %). El acceso es generalmente fácil, aunque para llegar al 19 % de las casas hay que subir algunas gradas. Habiéndose establecido que el 54 % de las familias ocupan una casa entera, que los encuestadores entrevistaron, como se había convenido, a una sola familia por edificación escogida por sorteo y que consecuentemente encuestaron solo a 37 familias de las 69 contabilizadas en los edificios visitados, se puede adelantar que en 17 edificaciones (37 - 20) viven 49 familias (69 - 20) lo que determina que cada edificación acoge aproximadamente 3 viviendas. Sin embargo, existen generalmente por piso dos viviendas o una vivienda muy grande, lo que hace suponer que en El Batán alto se vive en casas familiares o en departamentos ubicados en edificios que excepcionalmente superan los tres niveles (3 departamentos en un solo edificio de 3 niveles, o 4 departamentos por piso, en un inmueble de 2 niveles, o, finalmente, edificios de 3 ó 4 pisos con departamentos dúplex).

En lo que respecta a las familias estudiadas, se instalaron progresivamente en el barrio, contrariamente a lo sucedido en San Carlos —producto de una política social voluntarista apoyada por las mutualistas— o en el Comité del Pueblo —decidido por un movimiento popular estructurado y organizado

que procedió a la invasión de tierras obtenidas por presiones que obligaron a propietarios y al Municipio a admitir un hecho consumado—, el Batán, sobre todo en su parte alta considerada en nuestro estudio, es un barrio que se construye aún por iniciativa individual o a través, casi siempre, de promotores privados, empresas constructoras o propietarios asociados. Existen entonces sin cesar nuevos residentes que ocupan viviendas nuevas y también, como en todo lado, una cierta renovación. Sea como fuere, en 1996, el barrio no tiene más de 35 años (data de inicios de los años 1970) y lo que muestra la encuesta es que existe como máximo una familia que se instala cada año, lo que significa probablemente pocas salidas y por lo tanto una gran estabilidad de implantación. Se puede entonces suponer que la gente está satisfecha de la elección de su marco de vida, lo que se verifica más adelante.

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes de El Batán alto, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos

El análisis del nivel de escolarización, de la profesión y de las actividades de los habitantes se refiere a la totalidad de personas censadas en las 37 viviendas estudiadas.

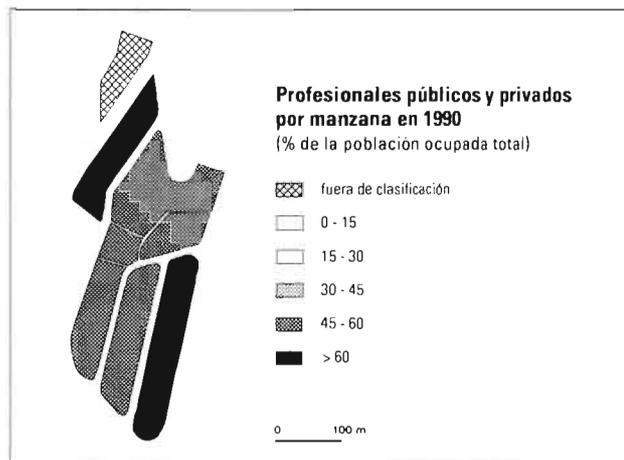
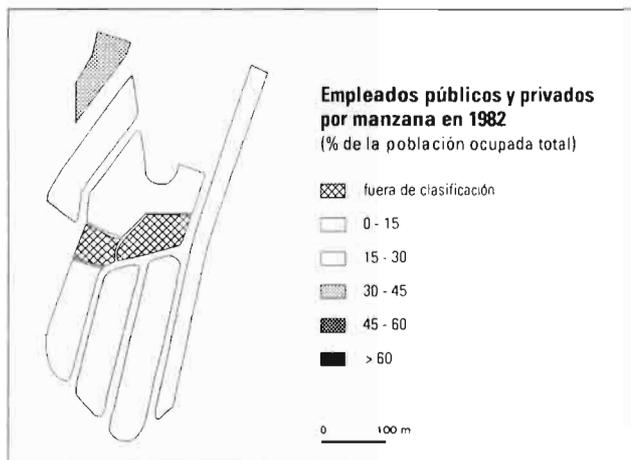
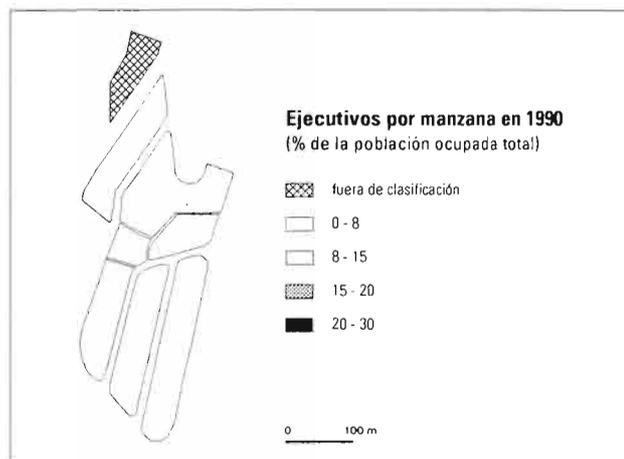
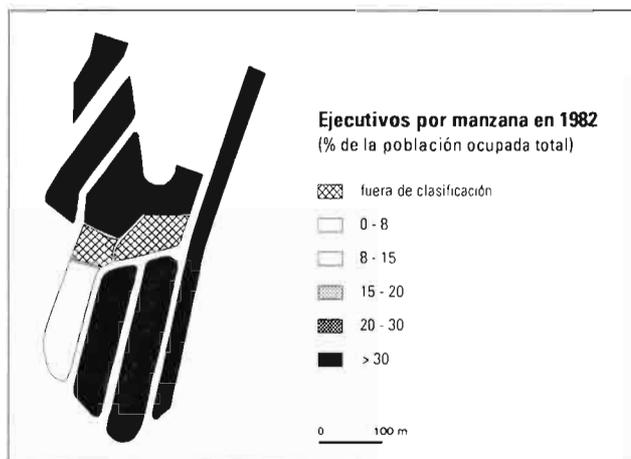
Sabiendo que, como se lo expuso ya, los límites del barrio difieren considerablemente entre 1982 y 1996, la distribución comparada, en porcentaje, de los activos económicos entre esas fechas no puede ser sino indicativa. Sin embargo, es pertinente pues se trata en ambos casos de población de elevados ingresos y de una distribución muy somera, estando las categorías socio-profesionales representadas solo en 6 clases, lo que no permite considerar sino una suerte de situación social que corresponde supuestamente a un cierto nivel de ingresos. Esto basta para contribuir a la comprensión de los hechos que se decidió estudiar. Los datos de 1982 y 1996 (abril) se presentan en el cuadro de la siguiente columna.

En 1982, en El Batán había un 60,5 % de las personas en edad de trabajar que declaraban tener un empleo remunerado. En 1996, esa cifra es del 63,6 %. Existe por lo tanto una gran estabilidad (3,1 % de diferencia entre las dos fechas) del peso de las personas que ejercen una actividad re-

| CSP | % 1982 | % 1996 | valor de fluctuación |
|--------------------------|--------|--------|----------------------|
| Ejecutivos | 36,2 | 60,3 | + 24 % |
| Empleados | 24,6 | 11,8 | - 12,8 % |
| Comerciantes | 24,5 | 26,5 | + 2 % |
| Artesanos | 1,5 | 1,5 | invariable |
| Obreros calificados | 3,6 | 0 | ∞ |
| Obreros sin calificación | 9,6 | 0 | ∞ |

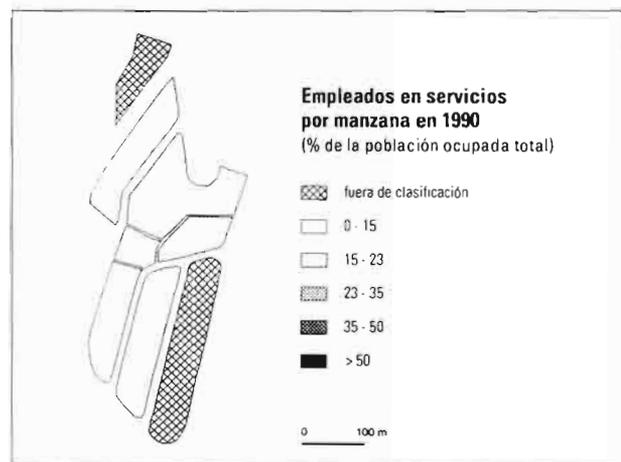
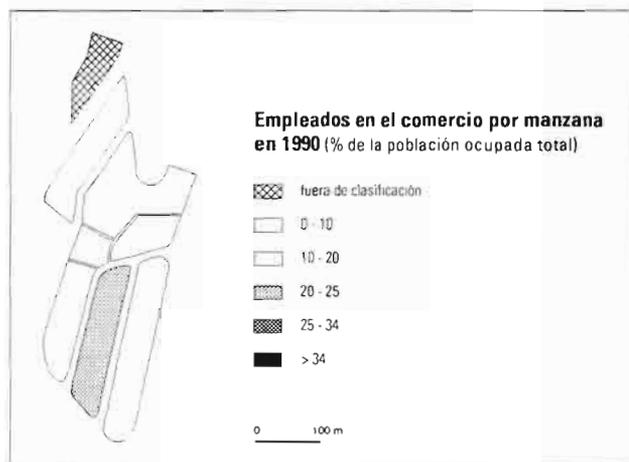
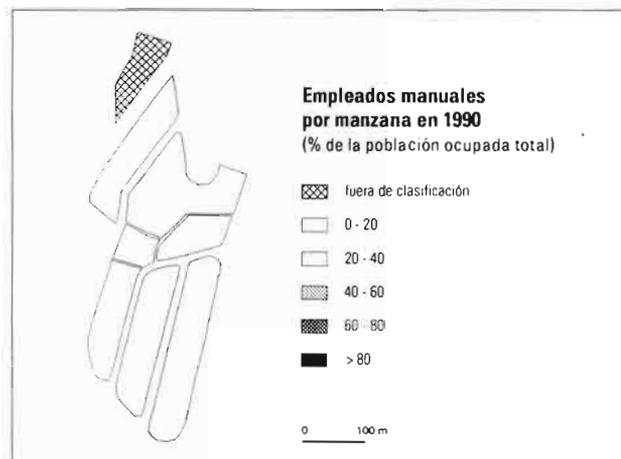
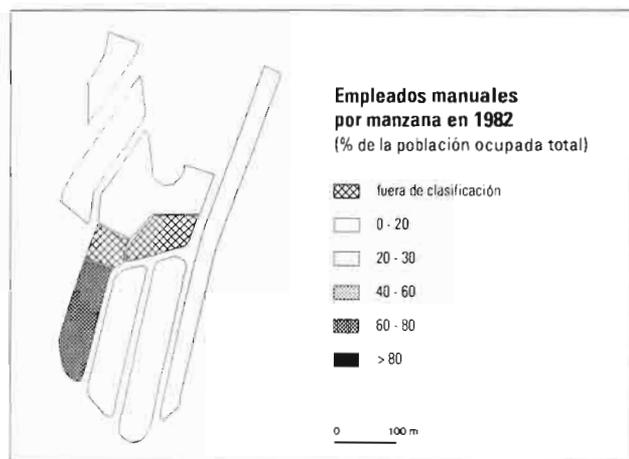
munerada, pero importantes modificaciones en la distribución: total desaparición de los obreros y situación invariable en el caso de los artesanos. Ciertamente, ya en 1982, los trabajadores manuales eran raros, sin estar ausentes, pero tal vez el barrio se construía más activamente provocando la instalación temporal de trabajadores en las construcciones. De todas maneras, jamás se debe olvidar que en el Ecuador los censos se hacen a menudo en los lugares de nacimiento, lo que falsea los datos comparados con los de la encuesta EBAQ que no está marcada por ese sesgo sistemático. La variación más espectacular es la desaparición de la mitad de comerciantes entendidos, casi siempre, como pequeños comerciantes, a menudo sedentarios, como los tenderos. Esto significaría entonces que en este barrio se implanta definitivamente la costumbre de abastecerse en los supermercados que, desde hace algunos años, se han multiplicado en esta parte de Quito. No se puede buscar una explicación de esto en la frecuentación de los mercados que son igual de numerosos en 1982 y en 1996. Seguramente sucede también, hecho de sociedad, que los hijos de los comerciantes, como ya se ha observado en otros barrios, se han convertido más bien en empleados e incluso en ejecutivos.

El análisis de los mapas de repartición según las CSP muestra que en 1982, los ejecutivos y los empleados cohabitan. Sucede lo mismo en 1990, pero se observa que las concentraciones difieren según las manzanas. Sin embargo, este punto no puede ser aclarado, pues las definiciones no coinciden. En 1990, en la clasificación del INEC



adoptada por el SUIM aparece una categoría de «profesionales» que toma un tanto de los comerciantes jefes de empresa, considerados en 1982 en el AIQ (que es nuestra referencia) como ejecutivos, y un tanto en ciertos empleos de servicios que eran censados en el AIQ, en ese mismo año, como empleados. Los trabajadores manuales que representaban el 14,8 % de la PEA en 1982, se encontraban en la

manzana que, en 1990, acoge a la población menos afortunada del barrio, la única que no dispone de una pieza habitable por persona si se considera la manzana ocupada por familias idénticas. Esta parte del barrio es entonces, social y sociológicamente diferente del conjunto de manzanas de El Batán alto. Sería interesante saber por qué, lo que motivaría una encuesta complementaria centrada en esa



cuestión. Nos detendremos entonces en la interrogante sin aportar una respuesta.

Pese a esta particularidad, El Batánalto es un barrio que acoge a una población muy homogénea. Naturalmente, no es el hecho de ejercer tal o cual actividad lo que ha provocado esta homogeneidad, sino el de tener una cierta capacidad financiera garantizada de manera regular. Por

supuesto, esta puede emanar de una alta calificación socio-profesional, aunque también de una base capitalista importante. Sea cual sea el origen de los ingresos de cada uno, nos encontramos entre gente con condiciones de vida muy semejantes o, por lo menos, garantes de un nivel económico de existencia mínimo que les permite permanecer en el barrio.

Así, el 44,5 % de la población son activos que declaran tener ingresos regulares. A ellos se agregan todas las personas que permanecen en la casa y la población estudiantil, lo que, en 1982, representaba el 61,9 % de las personas censadas y, en 1996, aproximadamente el 65,5 %. La tendencia es entonces a un aumento relativo de la población económicamente dependiente de los ingresos monetarios garantizados por los activos que tienen un empleo, lo que se opone a lo que se constató en otros barrios. El cambio social caracterizado por el acceso al empleo de un número siempre creciente de mujeres, lo que va de la mano con un aumento de las necesidades en productos de consumo corriente y menos corriente, que determina una búsqueda de ingresos suplementarios, no parece ser determinante en este caso. Pero no se trata sino de una hipótesis y no se puede ignorar que las dificultades financieras de los hogares, incluso en los barrios acomodados, deben también impulsar a las mujeres a tener un empleo remunerado, lo que probablemente va de la mano con un deseo de emancipación económica que juega en favor de las mujeres.

Sea como fuere, en la población de nuestra muestra. 36 hombres declaran tener una ocupación profesional remunerada y existen 39 hombres de 25 a 65 años. ¿Significa esto que antes de los 25 años no se trabaja en este barrio donde no se encontró desempleado alguno declarado? Es posible, en todo caso en lo que respecta a la población masculina, pues se contabilizan 31 muchachos o jóvenes varones de 5 a 25 años y, al mismo tiempo, 30 estudiantes. Teniendo en cuenta algunos que se jubilan a los 60 años (y no a los 65) y que a los 5 años no se va obligatoriamente a la escuela, se puede decir que en El Batánalto, según nuestra encuesta, hay empleo para toda la población masculina. En este punto también, el barrio es específico. Si es correctamente representativo del conjunto de barrios poblados de gente pudiente, como ya lo dejan entrever las láminas 34 y 38 del AIQ en 1992 (de MAXIMY, R.; SOURIS, M.: Tentativa de definición de zonas urbanas homogéneas, y R. de MAXIMY, R.: Jerarquización socioeconómica del espacio quiteño, AIQ, 1992), se puede entonces plantear que los barrios ricos, los barrios patricios, viven en condiciones de confort social y profesional. No es nada sorprendente, pues existe necesari-

amente una fuerte interacción entre el hecho de vivir en esos barrios y el de gozar de una real holgura basada en ingresos regulares y consecuentes. Las mujeres se encuentran en una situación un tanto diferente. Existen 40 de 25 a 50 años de edad y solamente 32 ejercen una actividad profesional. Además, 29 tienen entre 5 y 25 años y 22 están escolarizadas, pero también 22 son amas de casa, lo que significa que con bastante frecuencia las mujeres dejan de estudiar antes que los varones y que algunas prefieren permanecer en casa y ocuparse de su familia (amas de casa: 14,4 % de la población total, 29 % de la población femenina total y 37 % de las mujeres de más de 20 años) o se ven obligadas a hacerlo por tener niños pequeños e igualmente por la tradición. Finalmente se contabilizan seguramente como amas de casa personas que tienen ya edad de jubilarse. Sin embargo, su nivel de instrucción es relativamente elevado, pues más del 90 % de las amas de casa han concluido los estudios secundarios, y de ellas cerca de la mitad (45 %) han llegado al final de un ciclo de estudios superiores.

El peso relativo de las mujeres en la población activa de este barrio es otra característica. En otras partes, se observa casi siempre una relación de dos hombres con un empleo remunerado por una mujer, pero en este caso la proporción es claramente más equilibrada. Los hombres constituyen el 53 % de la PEA, las mujeres el 47 %. Existe de todas maneras una discriminación en el trabajo. Entre los ejecutivos, los hombres representan más del doble y las mujeres predominan en las actividades comerciales donde son tres veces más numerosas. En cuanto a los empleados, existe una igualdad absoluta. Si consideramos el nivel de instrucción, los hombres se encuentran una vez más en situación dominante: 78 % de ellos han finalizado los estudios superiores. En el caso de las mujeres, esa proporción cae al 56 %. Sin embargo, al tomar en cuenta la población no escolar en edad de actividad, la discriminación hombre/mujer se matiza significativamente, llegando a desaparecer a nivel de los estudios superiores, como lo indica el cuadro de la siguiente página, que presenta la situación relativa según el sexo.

Si se considera al conjunto de la población (PEA, jubilados, estudiantes, amas de casa) la distribución es la siguiente-

| sexo | nivel de instrucción | | |
|-----------|----------------------|----------------|--------------|
| | primaria (%) | secundaria (%) | superior (%) |
| masculino | 1,1 | 7,8 | 31,1 |
| femenino | 3,3 | 26,7 | 30,0 |

te: sin instrucción, 5,2 %; nivel primario, 7,2 %; nivel secundario, 32,0 %; nivel superior, 55,6 %.

En esta distribución, las mujeres y muchachas son mayoritarias en cada rubro, salvo en el nivel superior, pero la diferencia es reducida. Se debería entonces admitir que, en El Batán alto, la decisión de ejercer una actividad económica no está ligada a un fenómeno de escolaridad. Un análisis más fino nos obliga a revisar este juicio: en nuestra muestra, existen 31 muchachos o jóvenes entre 5 y 25 años y 29 niñas o muchachas, pero solamente 22 de ellas están escolarizadas actualmente mientras que en el caso de los varones esa cifra es de 30. Como en este barrio toda la población en edad legal de escolarización estudia, se debe admitir que a nivel de los estudios superiores la discriminación se mantiene: existen 24 varones y 24 mujeres de 15 a 25 años, y cursan estudios superiores 15 varones y 12 mujeres. Ciertamente, la diferencia no es importante, pero sigue favoreciendo a la población masculina. Si ello no se debe a la maternidad, se deberá a una tradición de amas de casa o a la idea de que los varones, más que las mujeres, deben avanzar lo más posible en los estudios. Así, podemos atrevernos a decir que, aparentemente, incluso en este barrio en principio más abierto a la modernidad, el fenómeno machista no ha sido totalmente erradicado.

El Batán alto es un barrio relativamente cercano a las fuentes de empleo. Algo más de la cuarta parte de los activos, el 26,5 %, trabaja ya sea en su domicilio (11,8 %), en el barrio (4,4 %), o en un barrio vecino (10,3 %). Si a ellos se suman quienes se dirigen más allá del barrio vecino sin recorrer una distancia mayor a 2 km, cerca de 4 activos de 9 (42,7 %) trabajan en las cercanías. Es cierto que el centro de negocios comienza en la parte baja de las pendientes en donde están construidas sus casas. El resto se divide de

manera bastante equitativa entre quienes recorren cada día distancias mayores a 2 km y menores a 5 km (59,4 %) y aquellos que se dirigen más lejos (27 %). Curiosamente, la población escolar no frecuenta establecimientos en el barrio ni en un barrio vecino. Ciertamente uno de los mejores colegios de Quito, sin estar en el barrio, ni en un barrio vecino, es muy cercano, está situado en la avenida 6 de Diciembre, pero no parece atraer particularmente a los alumnos de El Batán alto, puesto que solamente 6 de ellos asisten a él. Se debe anotar, en efecto, que no existe establecimiento escolar en el barrio y que a menos de 800 m de sus límites se encuentra solo un jardín de infantes, tres escuelas y el colegio que acabamos de mencionar. De 52 personas escolarizadas, 6 (11,5 %) se dirigen a menos de 2 km, 20 (38,5 %) recorren distancias entre 2 y 5 km y 26 (50 %) se desplazan más lejos. Nos encontramos exactamente frente a lo que la burguesía de Quito prefiere y proclama como norma con una crasa ignorancia de la realidad estadística encontrada en los barrios pobres (MAXIMY (de), R.; VEGA, J.: *Establecimientos y frecuentación escolares*, lámina N° 19, AIQ), lo que de su parte es signo de una grave inconsciencia en cuanto a las condiciones de implantación y de frecuentación de los establecimientos escolares en la ciudad de Quito. Para esta burguesía, los niños de Quito no asisten por elección a los colegios más cercanos de su casa sino a los más encopetados, a menudo privados. Es una contra-verdad, como lo muestra el estudio publicado en el AIQ, pero la gente rica inscribe a sus niños en los colegios encopetados y privados elegidos por ellos. El Batán alto se inscribe en esta figura. De ahí las distancias que separan a los estudiantes de su colegio, que obligan a desplazamientos cotidianos motorizados en las condiciones que se verán más adelante.

Las horas de salida, el tiempo de recorrido durante los días hábiles, comienzan verdaderamente temprano solo en el caso de algunos comerciantes que abren sus almacenes (son los que trabajan en su domicilio) y de un tercio de los estudiantes, puesto que el 6 % de los activos y el 34,6 % de los escolares parten antes de las 7 a.m., y la misma cantidad de activos, de ejecutivos y un 38,5 % de los estudiantes, entre las 7 y las 7:20 a.m. Así, algo más de un ac-

tivo de 10 deja su casa antes de las 7:20 a.m., pero es el caso de cerca de 3 estudiantes de cada 4. Antes de las 7:40 a.m., la mayoría de colegiales o universitarios (92,3 %) han abandonado su residencia y solamente un activo de 5 (19,1 %). Es más bien alrededor de las 8 a.m. y más tarde cuando salen los activos: el 16,2 % entre las 7:40 y las 8 a.m.; el 25 % entre las 8 y las 8:30 a.m.; el 23,5 % entre las 8:30 y las 9 a.m. Todos los ejecutivos han partido antes de las 9 a.m.. Algunos empleados y comerciantes, más numerosos, salen después de las 9 a.m., pues muchos almacenes abren sus puertas entre las 9:30 y las 10 a.m.

La localización del barrio con relación a los lugares de trabajo determina, a pesar del uso común de medios particulares de transporte, una duración de trayecto que se sitúa entre 15 y 45 minutos, sobre todo en el caso de quienes pasan primero a dejar a sus hijos en el colegio. Al 39,7 % de ellos les toma entre 15 y 30 minutos y al 36,8 % más de media hora pero menos de una hora, mientras que el 22 % han llegado a su destino en menos de cuarto de hora. La situación difiere un tanto cuando se trata de los colegiales puesto que solamente el 17,3 % llega en menos de un cuarto de hora y el 30,8 % en menos de media hora. Cerca de la mitad, el 46,1 %, tiene un recorrido de más de media hora aunque de menos de una hora. Para algunos, el 5,8 %, el trayecto dura más de una hora.

El regreso a casa para almorzar es frecuente y corresponde al 40 % de los que salen por la mañana, de los cuales la mitad son activos y 9 de 10 vuelven al trabajo por la tarde. Hay que señalar que de los barrios estudiados, El Batán es el único que presenta una proporción tan alta, ligada probablemente a la posesión de un vehículo particular y al ejercicio de una profesión liberal o, al menos, de responsabilidad y libertad relativa en el horario. También son numerosos los colegiales que regresan a casa a almorzar, la mitad de ellos, de los cuales solamente una parte vuela a salir por la tarde. Los regresos al final del día son, como en todas partes, menos concentrados en términos de horario que las salidas por la mañana. Se distribuyen de manera bastante regular entre las 6 y las 7 p.m., del 12 al 16 % cada veinte minutos, pero un importante tercio (37 %) solo regresa a casa después de las 7 p.m. En el caso de los

colegiales, la mayoría ha regresado ya a las 6 p.m. Son probablemente, como en los demás barrios estudiados, los estudiantes universitarios los que más tarde llegan a su domicilio. De quienes están ocupados por la tarde, el 23 % está de regreso después de las 7 p.m. La duración del desplazamiento al final de la jornada es un tanto mayor que por la mañana, pero la diferencia no es significativa. Como lo anunciamos anteriormente, los desplazamientos se hacen mayoritariamente en vehículos particulares, puesto que el 81,5 % de los activos (96,4 % si se descuentan aquellos que trabajan en su casa y quienes se desplazan a pie, 3 %) y el 55,8 % de los estudiantes utiliza ese medio de transporte. Por otro lado, el 43 % de los colegiales utiliza el transporte escolar y el 7 % viaja en autobús. El 3 % de los activos utiliza igualmente el autobús. Así, este barrio y probablemente todos los barrios ricos y bien atendidos de Quito son poco afectados por el problema de los transportes colectivos, lo cual se confirma con las declaraciones recogidas en el resto de la encuesta donde se observa que el transporte no aparece como una prioridad.

Lo que piensan los residentes de El Batán alto de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito

Casi todos los que residen en El Batán alto (95 %) consideran que es agradable vivir en el barrio. Lo contrario habría sido sorprendente pues ciertamente no es la miseria o la fatalidad lo que lleva a la gente a implantarse allí, sino una opción financiera. Por cierto, apenas se toma en cuenta la carestía del barrio. Solamente un 5 % afirma que es muy caro e igual cantidad que es muy barato. En cambio, el 70 % aprecia el espacio de que dispone y la vecindad, el 68 % la seguridad frente a un 11 % que habla de inseguridad. Es el primer barrio en que se manifiesta tal grado de satisfacción. Vienen luego, con un 65 % de las respuestas, la vista de Quito y del Pichincha de la que se goza y también el respeto de la vida privada que, hay que decirlo, está perfectamente protegida por las barreras que aíslan a todos de la mirada del vecino: goce no compartido de una casa, muros que rodean a los jardines, terraza privada, etc. Re-

presentando cerca del 60 % de opiniones positivas, se mencionan igualmente la convivencia sin más precisión, el lujo, la limpieza, la óptima integración del barrio al conjunto de la ciudad. La tranquilidad es citada por un 54 % de las personas interrogadas. La pureza del aire parece menos evidente, aunque existe de todas formas un 49 % que aprecia tal aspecto, cifra más elevada que en cualquier otro lado donde la contaminación es muy marcada. Otra sorpresa, vinculada probablemente a una suerte de idea preconcebida, solamente un 38 % reconoce beneficiarse con un amplio espacio exterior en casa. Dado el número de jardines y la cercanía (aunque relativa, es cierto) del Parque Metropolitano, se habría podido esperar una proporción mayor.

Otra apreciación un tanto sorprendente es la cercanía del lugar de trabajo de la que habla un 68 %, mientras que acabamos de ver que para una mayoría de activos el trayecto es relativamente largo, pero es cierto que el tiempo no se cuenta de la misma forma cuando se viaja en un autobús repleto que en un vehículo particular. Asimismo, el colegio y los lugares de abastecimiento son cercanos para un 54 % de los entrevistados. Los lugares de recreación o de diversión y los centros de atención médica, parecen cercanos solo a un 49 y un 46 % de los habitantes respectivamente, mientras que el 20 % se queja de la lejanía de los centros de salud.

Sea como fuere, si se comparan las opiniones con aquellas emitidas por habitantes de otros barrios, vivir en El Batán alto es muy apreciado. Por cierto, nadie afirma no gustar del barrio, aunque un tercio considera que las lotizaciones y urbanizaciones de los valles son muy atractivas. Otra prueba de que el barrio satisface a sus habitantes es que un porcentaje relativamente bajo de ellos, 65 %, responde a la pregunta «Si tuviera los medios, ¿cambiaría de casa o de barrio?» y, de quienes contestan, el 70 % no cambiaría ni de casa ni de barrio. Una vez más, estos porcentajes difieren considerablemente con relación a lo declarado en los demás barrios. Las precisiones proporcionadas por quienes se mudarían no son significativas, pues su número es sumamente limitado: 11 respuestas, es decir un 27 %, de las cuales la mayoría habla vagamente del «cam-

po» o de «las afueras» por razones de tranquilidad y para cambiar. En estas condiciones, no debe sorprender que pocas personas por rubro estimen que son necesarias modificaciones. Ya un 46 % considera que nada debe cambiar en las condiciones de vida del barrio. Entre los demás, el 21,6 % desearía una mayor vigilancia, pero sabemos que se trata de una psicosis que recorre las sociedades de los países ricos y que, por carambola, se propaga al ritmo de las ideas *made in USA*, por lo que sería sorprendente que no hubiera encontrado eco en El Batán alto. Además, aunque existan excesos en esta sensación, en toda ciudad que alcanza o excede un millón de habitantes, se plantea evidentemente un problema de seguridad. Más sorprendente es el 8 % que desea una mejor atención por parte del transporte colectivo, debido a la utilización generalizada de vehículos particulares en este barrio. Tal vez ello significa que la deficiencia de transporte colectivo obliga a algunos a utilizar su automóvil, a menos que quienes se quejan no posean vehículo propio. Sin embargo, esta demanda proviene apenas de 3 personas. En estos aspectos, todos quienes desean modificaciones afirman que ellas dependen del Municipio o, en el caso de la seguridad, del control y la prevención, que podrían competir a un entendimiento entre vecinos, es decir a servicios de vigilancia de una empresa de guardianía contratada por los residentes de una calle o de una manzana por ejemplo, algo común en los barrios acaudalados de Quito.

Prosiguiendo la investigación, se llega a la distribución por orden de preferencia de los barrios de la ciudad y de su área metropolitana. También en este caso, las respuestas obtenidas corresponden al Batán alto que un 44 % menciona en primera posición, y un 13 % en segunda o tercera posición. Vienen luego los valles (el callejón interandino en su parte cercana a Quito), colocados en primer lugar por un 26 %, en segundo lugar por un 26 % y en tercer lugar por un 33 %. Prácticamente, todos los demás barrios mencionados, elección de una a tres personas en cada caso, corresponden solo a barrios más encopetados que El Batán alto, o de nivel de vida y reputación semejantes, o un tanto menos apreciados. Más allá de estas preferencias, el 38 % de la gente afirma que el Centro Histórico es el ba-

rrio más representativo de la urbe. Sin embargo, si solo se tienen en cuenta las opiniones realmente formuladas, lo que elimina a un 11 % de las personas interrogadas, ya sea porque no respondieron (8 %) o porque manifestaron no saberlo (3 %), y se suman al centro sub-barrios del mismo como La Loma, se obtiene un 57,6 % de las elecciones que recae en el centro, un 9,1 % en El Batán, un 18,2 % en La Mariscal o La Paz (avenida González Suárez), y el resto en diversos barrios de los cuales 6,1 % en el Norte, el 3 % en barrios vecinos del centro (San Juan) y el 6,1 % en el Sur. Cuando se la explica, tal elección se justifica, en el caso del centro, por el valor histórico, el valor de patrimonio o la arquitectura. Tratándose de los demás barrios, a veces se habla del turismo, es decir probablemente de los almacenes de artesanía, los restaurantes y los hoteles en La Mariscal, de las actividades en Chaupicruz, del ambiente en La Mariscal y El Bosque.

Un 89,2 % de los entrevistados se declara en favor de la rehabilitación del Centro Histórico; el 5,4 % no la aprueba («Se pierde el tiempo», «No es suficiente») y el 5,4 % no contesta. Sin embargo, no todas las respuestas positivas son incondicionales. De 33 respuestas favorables, solamente dos consideran que está muy bien, 25 la encuentran bien y 4 son más reservadas: «más o menos». De todas las contestaciones obtenidas durante la encuesta, es en El Batán donde se escucharon las más restrictivas. Una cuarta parte, a la vez que declara que se trata de una buena iniciativa, piensa que se debería hacer más. Los demás, cuando explican su respuesta, lo que no hizo un 61 %, hablan de herencia, de turismo o de vida sumamente animada y colorida. En realidad, aquí, al igual que en otras partes, no se dan explicaciones muy originales. Por cierto, cerca de la mitad de los entrevistados (49 %) no pueden contestar a la pregunta sobre quién financia tales actividades. Los demás citan al Municipio (44 %), a la asistencia internacional (32 %), al Estado (12 %), a organizaciones varias (8 %) o al Fondo de Salvamento (4 %).

Si bien el centro es lo suficientemente conocido como para que la gente desee su rehabilitación. lo que se revela con evidencia en todos los barrios encuestados durante este estudio, es que habitualmente las respuestas relati-

vas a la existencia o inexistencia de un barrio de negocios o de un barrio administrativo en Quito son más inciertas. Tal incertidumbre se manifiesta en mucho menor medida en El Batán, donde la pregunta parece ser más bien interpretada correctamente. En efecto, el 86,5 % afirma que existe un barrio de negocios y más de la mitad de ellos (56 %) mencionan a La Mariscal. Si a ello se agregan aquellos que hablan de La Carolina que, efectivamente, en la actualidad, desempeña también ese papel en igual, e incluso mayor, medida, se llega a un 91 % de respuestas expresadas que van en el sentido del barrio de negocios (*central business district*) y no en el sentido de barrio comercial o donde se hacen buenos negocios. Sin embargo, el 19 % cita aún el centro o, señaladamente, el mercado de Ipiales y el 3 % el centro comercial El Bosque o la avenida González Suárez, pero nadie es capaz de explicar la significación de su elección. Así, el concepto de «barrio de negocios» sigue siendo abstracto para los quiteños. Si se trata solo de un centro comercial, saben formular su apreciación. Si se trata de un fenómeno semejante a la City de Londres o al barrio de la Bolsa, e incluso el de La Défense, en París, pierden la capacidad de hacerlo, por ignorancia o por temor a no dar una contestación inteligente, no sabríamos precisarlos. Cuando la elección recayó en La Carolina, hubo solamente tres repuestas: «comercio» o «negocios» según el sentido atribuido a este segundo término, «circulación de dinero» y «concentración de bancos», yendo las tres en el sentido del término de CBD.

La determinación de un barrio administrativo no fue tan clara. Hay que decir que había varias respuestas aceptables y que de las 26 personas que contestaron, es decir el 70 % de los entrevistados, el 85 % no se equivocó. Se menciona a La Mariscal en primer lugar (45 %), luego a la Plaza Grande o al centro (21 %) y finalmente a El Ejido y La Alameda (19 %). Los demás citaron Iñaquito, el Norte sin más precisión o centros de barrio.

Así, al parecer los residentes de El Batán alto y aquellos de los barrios ricos a los que representan están en mayor capacidad que los demás quiteños de reconocer ciertas funciones urbanas, pero se involucran aún menos en las actividades de barrio, sean estas tradicionales como

la «minga» o asociativas. Solo un 11 % de ellos afirma participar en el barrio en actividades comunitarias de este tipo, pero ninguno precisa el tipo de asociación en que milita, a no ser con la respuesta sumamente vaga de «participación en actividades barriales». No es entonces sorprendente encontrar un 40,5 % que carece de opinión al respecto. Tampoco es sorprendente que el 46 % afirme que tales actividades son «buenas», pero ¿quién diría lo contrario? Se trata, aparentemente, de algo que atañe a los otros, lo que hace de su respuesta formal y cortés una afirmación conveniente...

De todos modos, cerca de una de cada dos personas (49 %) sabe que existe un reglamento o una reglamentación (legislación) urbana. Una pequeña mayoría (51,6 %) tiene alguna idea de su contenido o, al menos, de su papel: establecimiento de normas, 25,8 %; control de las normas de construcción, 19,4 %; desarrollo de la ciudad, que tal vez se puede traducir como control del crecimiento urbano, 6,4 %. En cuanto a las obras que sería prioritario emprender en Quito, las respuestas son dispersas: el 46 % no sabe o no responde a la pregunta y el resto expresa deseos que están totalmente fuera de tema. Así, el 10 % de los que contestan habla de seguridad que depende de una reglamentación policial y no de una reglamentación urbana, pues no se trata de ninguna manera de normas de seguridad en la edificación de casas y edificios grandes, el 5 % invoca el control del consumo de alcohol en la vía pública, lo cual también compete a la policía. Más inesperados son los pocos que hablan de las «iglesias» (2,5 %) o de la «ecología» (2,5 %), lo que no significa gran cosa. Finalmente, se habla, en desorden de la contaminación (2,5 %), del tráfico (5 %), de los transportes (7,5 %), de las infraestructuras (5 %), del mantenimiento de las vías (7,5 %) y del mejoramiento de los parques y espacios verdes (10 %). Se debe sin embargo admitir que contaminación, circulación automotriz, transportes, mejoramiento de las infraestructuras, de los parques entre otras, y mantenimiento de las mismas deben también reglamentarse pues ello incumbe a la planificación urbana sin tener que ser, propiamente hablando, incorporado directamente a un texto de reglamento de urbanismo. En definitiva, los residentes de El Batán

alto tienen una conciencia bastante justa de lo que debe ser reglamentado para un buen funcionamiento de la ciudad.

El fin de semana, los habitantes de este barrio, de los cuales el 82 % afirma poseer por lo menos un vehículo particular, salen, como lo manifiestan los que aceptaron contestar a estas preguntas (6 de 33 no respondieron). La visita a la familia o a amigos es el motivo evocado por un 26 %; la búsqueda de un lugar de esparcimiento, por un 37 %, salir de Quito, por un 33 % y un 15 % no precisa razones. Mayoritariamente son los alrededores de Quito, entre ellos los valles y la provincia, los que atraen, durante el fin de semana, a quienes dejan la capital.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista de un habitante de El Batán alto

Barrio pudiente, El Batán alto es muy diferente por su urbanismo y su confort a los demás barrios estudiados. Además, sus habitantes, al gozar de ingresos suficientes, no viven de la misma manera que sus conciudadanos menos afortunados.

Primeramente, gozan de una vivienda cómoda, a menudo de una casa con jardín. Además, el espacio no es limitado pues el hábitat no es denso y las células familiares están formadas de 4 ó 5 personas, además, con bastante frecuencia, de una empleada doméstica. La población muestra por cierto signos de envejecimiento. No puede renovarse constantemente pero como el barrio es atractivo, nuevas parejas se instalan en él de manera bastante regular, con lo que, por un tiempo, hay un repunte del crecimiento natural. Aunque no hay un establecimiento educacional dentro de los límites del barrio, la frecuentación escolar es importante, llegando, sobre todo en el caso de los varones, hasta la conclusión de los estudios universitarios. Posteriormente, se convierten en ejecutivos, en ocasiones en comerciantes y, si tienen menos suerte, en empleados, pero permanecen en esas categorías, pues casi no existe quien desempeñe un trabajo manual, salvo algunos artesanos.

Esta condición social y la localización de El Batán con relación a la de los lugares de empleo terciario determina que se deja el domicilio un tanto más temprano que

en otros lugares, salvo si se trata de los colegiales, quienes se dirigen más lejos, a mejores establecimientos de educación. De todas maneras, prácticamente no se utilizan los transportes colectivos, pues se posee un vehículo, lo que evita los tropeles del autobús por la mañana. Por ello también el residente de El Batán alto regresa, en uno de cada dos casos, a su casa a almorzar. Por la noche, casero —costumbre muy quiteña— rara vez regresa a su domicilio después de las 7 p.m.

Está muy satisfecho con su barrio. Si bien en ocasiones tendría ganas de mudarse, sería para encontrar el mismo confort en un barrio con la misma calidad de vida. Entonces, ¿para qué mudarse? El barrio está bien atendido y nada es lejos en Quito para quien posee un vehículo y habita en la parte centro-Norte de la capital... Se encuentra seguro en su barrio, sus vecinos son agradables, su tranquilidad y vida privada están aseguradas. Tiene una hermosa vista de la ciudad, la contaminación no es muy importante. La única queja se refiere a la lejanía de los centros de atención médica.

Aunque está satisfecho con su barrio, sabe que este es menos representativo que el centro, de pasado prestigioso, o La Mariscal, barrio de negocios —con una fuerte vocación administrativa que comparte con el centro antiguo— y lugar de atracción para el turismo. Está, por supuesto, de

acuerdo, aunque con un ligero bemol pues estima que no se hace lo suficiente, con la rehabilitación del centro que es, según piensa, responsabilidad del Municipio y de la ayuda internacional desde que ese antiguo barrio ha sido catalogado como Patrimonio de la Humanidad.

Ciudadano pudiente, más bien apreciaría el trabajo de las asociaciones barriales pero no participa en ellas, salvo en raros casos en que algunos afirman hacer un esfuerzo comunitario en ese sentido. Esto no significa que ignore la reglamentación urbana. Generalmente tiene una idea de ella y piensa que el Municipio tiene, naturalmente, la vocación de velar por el cumplimiento de las normas de la construcción, del transporte y del tráfico urbanos, de las infraestructuras y del mantenimiento de la ciudad. Debe igualmente controlar su crecimiento. Sería también juicioso que se ocupe de la seguridad y del consumo excesivo de alcohol en la vía pública, pero, por supuesto, para la seguridad, es mejor entenderse entre vecinos.

Durante el fin de semana, el habitante de El Batán alto recibe a su familia o amigos, o va a verlos, aunque es más frecuente que se dirija a agradables lugares de distracción en los alrededores, a los valles o incluso a la provincia. Vive bien en Quito y no parece preocuparse demasiado de los asuntos públicos, lo que realmente no es lo suyo.

5 • Kennedy

La situación, el sitio y algunos aspectos urbanísticos

Implantado en terrenos adquiridos en 1964, situados 10 km al Norte-Noreste del Centro Histórico, el barrio de la Kennedy se construyó cerca del aeropuerto, entre las avenidas 10 de Agosto (nombre de la Panamericana al atravesar el Norte de Quito) y 6 de Diciembre. Estas, que han sido acondicionadas como vías de gran circulación desde La Mariscal Sucre (barrio de negocios) hasta la salida septentrional de la capital ecuatoriana, lo conectan cómodamente con los barrios centrales del conjunto quiteño. Sin embargo, la barrera del aeropuerto obliga a sus habitantes a desplazarse en dirección Norte-Sur y a tomar ciertos desvíos para acceder a la parte noroccidental de la ciudad. Este inconveniente es solo menor, pues la ciudad útil (industrias, comercios, negocios, servicios) se concentra en estos mismos ejes interurbanos que se prolongan al Sur en la avenida Pedro Vicente Maldonado (que sigue siendo la Panamericana).

La Kennedy corresponde a la primera generación de barrios que se implantaron más allá de los límites del plan G. Jones Odriozola, aprovechando las infraestructuras viales que fueron construidas al mismo tiempo que el aeropuerto actual e hicieron muy atractivo todo el Norte de Quito, garantizándole, por la plusvalía económica aportada, una renta inmobiliaria particularmente importante. Se trata de una lotización programada de mediados de los años 1960 y que lleva la marca de ello: numerosas calles sin salida, acceso de los vehículos limitado a las casas que dan a la calle y circulación automotriz local muy separada de la circulación general. Es muy representativo de lo que se construyó entonces en esos nuevos espacios urbanizados que consolidaron y amplificaron considerablemente el

movimiento de conquista, iniciado en los años 1930, de la parte septentrional de la ciudad.

Su principal característica física es el relativamente moderado declive de su relieve. En efecto, la Kennedy forma parte, en esta ciudad de alta montaña y sitio muy limitante, de esos barrios implantados en el fondo —de 1 a 2 km de ancho y caracterizado por pendientes medianamente acentuadas— de la parte sinclinal que se extiende desde El Ejido hasta el extremo norte del aeropuerto. Previsto por sus promotores (el Banco Ecuatoriano de la Vivienda y la Alianza para el Progreso) para una población determinada de ingresos estables, una parte de ese entonces nuevo conjunto urbano fue edificada para alojar a familias de militares acantonados en Quito y, entre ellas, especialmente las de los miembros de la Aviación, debido a la proximidad del aeropuerto. Este barrio continúa ahora albergando a gente de la pequeña burguesía. En 1996, en la parte considerada (Kennedy 1), un 89 % de la PEA está constituido por empleados en los servicios y el comercio. Dadas estas circunstancias económicamente favorables —el programa concedía préstamos para vivienda a precios muy interesantes, con un reembolso mensual de 500 sucres (de mediados de los años 1960) durante 25 años—, se construyó rápidamente, de manera homogénea, en una malla de calles de comunicación local. Al respecto, en el Atlas Infográfico de Quito se dice «las mallas de calles y los lugares delimitados de manera exacta quieren privilegiar el uso de cercanía, asumido y casi interiorizado, de un espacio restringido, lo que va de la mano con el desplazamiento a pie. Aunque el vehículo se tolera (...) es solo como en un lugar de llegada y de parqueo, lo que impide un uso intensivo del mismo» (Bock, M.S.; GODARD, H.; MAXIMY (de). R.: *Los modos de composición urba-*

na, AIQ, lámina N° 40). Esta disposición lo convierte, como a todos los barrios de esa época que se le asemejan (La Luz, California, Rumiñahui en especial), en una entidad urbana distanciada del tráfico automotor. Sin embargo, por la cercanía de las vías rápidas y del aeropuerto no puede evitar la contaminación del gas de escape de los vehículos, ni las molestias sonoras del tráfico aeroportuario diurno.

Las condiciones sociales y financieras de implantación le confieren una unidad de estilo basada en la forma rectangular de las manzanas y de los predios de orientación Norte-Sur, en la disposición idéntica, en la mediana calidad arquitectural y de los materiales de construcción de las casas. Estas se distribuyen de un lado y otro de las pequeñas calles, de las cuales la mitad no tiene salida para los vehículos, aunque sí para los peatones quienes pueden tomar los callejones que las prolongan y se comunican con otro pasaje que desemboca en otra calle de servicio local, de dirección Este-Oeste. Casi siempre las casas están retiradas de la calzada o la vereda (73 % de los casos), aunque en ciertas ocasiones, están alineadas al borde de la calzada. Además, el 63 % de estas viviendas están rodeadas por un muro. La densidad se situaba, en 1982, entre 160 y 320 habitantes por hectárea, probablemente más cerca del primer valor.

Relativamente reducido, el COS de la Kennedy 1 no está reforzado por un CUS particularmente elevado. Las casas, en ocasiones gemelas o más a menudo adosadas (62,7 %), rara vez superan los 3 niveles lo que da una impresión de barrio poco denso y apacible, que lo es.

Algunas cifras permiten cuantificar esta breve descripción:

| | |
|-----------------------|--------|
| espacio construido | 43,2 % |
| espacio disponible | 27,5 % |
| espacio reconstruible | 1,8 % |
| espacio recreativo | 7,9 % |
| espacio vial | 19,6 % |

El coeficiente de ocupación del suelo (COS) se reparte de la siguiente manera:

| | | | |
|--------------|------|--------------|------|
| de 0 a 30 % | 4 % | de 51 a 60 % | 29 % |
| de 31 a 40 % | 5 % | de 61 a 70 % | 31 % |
| de 41 a 50 % | 18 % | de 71 a 80 % | 13 % |

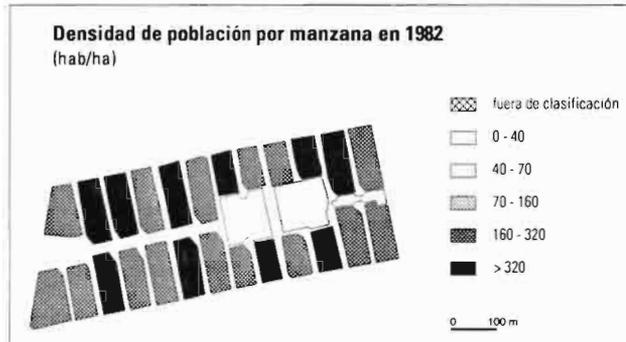
Un análisis sucinto de la parcelación (plano catastral) revela un modelo de lotización fechado con precisión (años 1960/1970) e internacionalmente difundido: calles sin salida y calles vecinales intra-barriales sistemáticamente alternadas, ensanchamiento en un espacio oblongo de alamedas con césped y camino peatonal bien trazado, áreas de juego muy protegidas de la circulación automotriz, espacio público abierto central y, como ya se ha señalado, casas distribuidas de manera idéntica al borde de las vías.

La Kennedy cuenta con 45 manzanas construidas, de dimensiones variables que van de 1.080 a 7.308 m² —4 manzanas tienen sin embargo menos de 1.000 m²: 180, 384, 540 y 972 m² respectivamente— y ocupadas de manera desigual por viviendas, sin ser nunca el coeficiente de ocupación del suelo inferior al 26 % ni superior al 75 %. En 1990 (censo), esas 45 manzanas alojaban a 3.526 personas en 975 viviendas, es decir un promedio de 3 a 4 personas por familia.

Análisis de los mapas de densidad de población y de viviendas por manzanas y de los referentes a la cohabitación

Como en el caso de los demás barrios estudiados, los mapas elaborados con base en los datos de los censos de 1982 y 1990, de densidad de población y de viviendas por manzana, al igual que los que representan el número de personas residentes con relación al número de piezas habitables disponibles por manzana, permiten una primera aproximación a las condiciones de habitación en la Kennedy 1. En 1982, la densidad promedio estaba comprendida generalmente entre 160 y 320 habitantes por hectárea construida (MAXIMY (de), R.: *Densidad de la población*, AIQ, lámina N° 10). En 1990, es claramente superior: 390 hab/ha construida o 281 hab/ha considerando la superficie total del barrio (datos no procesados del censo del INEC). El análisis muestra que la repartición correspondiente es bastante homogénea, puesto que el 40 % de las manzanas habitadas tenía una densidad que superaba los 320 hab/ha en 1982 y 8 años más tarde, en 1990, esta situación caracterizaba aún al 31 % de ellas. Es probable que la densidad se sitúe en valores elevados de la clase baja (160-320 hab/ha por manzana) y bajos de la clase alta (más de 320 hab/ha por manzana). Apenas se observa un desplazamiento de la densidad, a no ser

por tres manzanas desocupadas en 1982 y ocupadas en 1990, así como una manzana de fuerte densidad en 1982, desocupada en 1990.



La densidad de las viviendas por hectárea y por manzana es en cambio notablemente estable, situándose entre 50 y 100 viviendas. Únicamente en 2 manzanas se incrementó esa densidad y en otras 2 disminuyó, a tal punto, en ambos casos, que cambiaron de clase: 100 a 150 y a menos de 50 viviendas por hectárea y por manzana respectivamente. Esta estabilidad no significa una permanencia de la situación residencial. En efecto, entre los dos censos, la cohabitación mejoró significativamente. En 1982, menos de la sexta parte de las manzanas (16 %) proporcionaba globalmente a cada vivienda una pieza habitable o más pa-



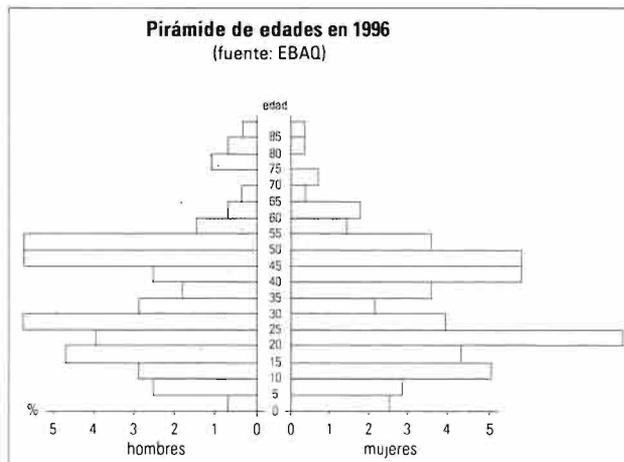
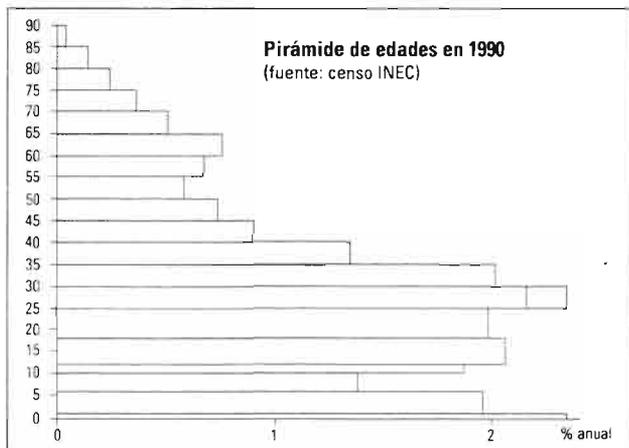
ra cada uno de sus residentes, mientras que una de 5 no ofrecía sino 2 piezas para 3 a 5 personas, teniendo la mitad (48 %) 3 piezas y algo más para 4 personas, pero en ningún caso una pieza por residente. En 1990, esta distribución pasa a un tercio de las manzanas con una pieza habitable, o más, para cada uno de sus habitantes, disponiendo el resto de viviendas de las manzanas habitadas (63 %, exceptuando una manzana muy poco poblada con menos de 40 habitantes por hectárea) de 3 piezas en promedio, o algo más, para 4 personas.

Este mejoramiento se explica tal vez por la relativa sedentariedad de la generación inicial y la partida de los adultos de la nueva generación hacia otros sectores de la ciudad. Es un caso generalizado, que va de la mano con un envejecimiento de la población por la prosecución de

un déficit progresivo pero muy sostenido de los nacimientos, que se ha iniciado en el Ecuador desde hace dos generaciones. Sin embargo, es difícil saberlo, pues solamente un 20 % de los hogares ocupan la misma vivienda desde hace 20 años. Otra hipótesis podría ser que a lo largo de los años, el barrio, al consolidarse, atrae a una población de mayores ingresos que, consecuentemente, se instala en condiciones más confortables. No obstante, durante nuestra encuesta, las tres cuartas partes de los entrevistados (73 %) se declararon propietarios de su vivienda, lo que es generalmente una prueba de sedentariedad que tiende a hacernos optar por un envejecimiento de la población que se acompaña de un incremento de los ingresos.

La demografía del barrio Kennedy 1

Para este barrio, disponemos de la distribución por clases de edad de la población de 1990 y de aquella por sexo y clases de edad igualmente, proporcionada por la encuesta EBAQ cuya representación estadística, lo sabemos, sobre todo en este aspecto, no está garantizada. Sin embargo, el gráfico titulado «La población juvenil de Quito» (figura 3 de la lámina N° 10 del AIQ) muestra que en este barrio, en 1982, los menores de 18 años al igual que los menores de 6 eran comparativamente más numerosos que



el promedio quiteño calculado para esas clases de edad, lo que significa que en ese entonces el barrio se encontraba en un proceso de crecimiento demográfico sostenido. El histograma de la población de 1990 permite afirmar que se trataba entonces del final de un período de crecimiento natural de esa población, que llevaba en sí una potencial estabilización, si no una disminución, de la densidad. En efecto, los menores de 13 años son para cada clase de edad representada menos numerosos que sus mayores. Nos encontramos entonces ante una población que da los primeros signos estadísticos de estancamiento demográfico, si no se puede hablar aún de envejecimiento. En 1996, a pesar de la señalada no representatividad de la encuesta, la tendencia ya marcada durante el último censo se confirma y se acentúa. Ciertamente, la pirámide establecida muestra anomalías que serían incomprensibles si no se supiera que esa imagen fue elaborada con base en datos no confiables. No por ello, el movimiento general de envejecimiento deja de ser evidente.

El índice de masculinidad general era, en 1990, de 86 hombres por 100 mujeres. En nuestra encuesta es de 79. Tenemos derecho entonces a pensar que ese déficit de nacimientos no está ligado a un déficit de mujeres, aunque observando más de cerca, salvo que se haya introducido

un sesgo debido a la no representatividad demográfica de la muestra, en las clases de mujeres en edad de procrear, de 15 a 45 años, ese índice varía considerablemente de una clase a otra, lo que podría, al menos parcialmente, explicar esta pirámide irregular. En definitiva y a pesar de todo, la Kennedy 1 es un barrio urbanísticamente consolidado y demográficamente, al menos por el momento, no garantiza la renovación natural de la población, lo que se puede afirmar con base en la relación entre la población y el número de viviendas (que consideramos sin gran riesgo como correspondiente al número de hogares). Así, las 67 familias del barrio Kennedy 1 consideradas en la encuesta EBAQ reúnen a 276 personas, un promedio de algo más de 4 personas por hogar (4,1). En 1990, se contabilizaban entre 3 y 4 personas por vivienda (3,6). Esta última cifra podría considerarse como más exacta, mostrando que, desde ese año, la tasa de renovación está lejos de ser garantizada. Sin embargo, las modalidades de censo, tal como son practicadas en el Ecuador, introducen un sesgo sistemático que no es corregido en los resultados por barrio publicados por el INEC. En efecto, la población es tomada en su lugar de origen a menos que los individuos contabilizados hayan registrado un cambio de domicilio, lo que está lejos de ser la regla. Es por ello que, por hogar, el valor de 4,1 es también (o no menos) aceptable que el de 3,6. De todas maneras, ni uno ni otro permiten la renovación de la población residente en este barrio.

Características del hábitat de la Kennedy, según la encuesta del EBAQ

De los 276 habitantes considerados, la mitad (49,2 %) ocupan la totalidad de la casa en que habitan. Los demás residen en la planta baja (22,4 % del conjunto) o en el piso alto (38,4 %). Las estructuras de hábitat que no superan los 3 niveles se reparten en 24 % de una sola planta, 58 % de dos pisos y 18 % de tres pisos. De aquellas sobre las que se obtuvo información, el 13,6 % son casas independientes (no adosadas), el 66,1 % son adosadas y las demás (20,3 %) en línea de fábrica. Se observó que el porcentaje de propietarios de su vivienda es particularmente alto, lo que va de la mano con un estado satisfactorio que se ex-

plica también por las condiciones de creación del barrio: solamente el 6 % de las viviendas fueron consideradas por los encuestadores como mal mantenidas, e incluso en muy mal estado. Si nos referimos a su tamaño, es de dos tipos: las relativamente modestas, de menos de 100 m² (54,2 %) de las cuales sin embargo el 60 % tiene entre 80 y 99 m², y las grandes, de más de 120 m². Además, todas, pequeñas o grandes, en buen o mal estado, disponen de agua, luz, conexión a al red de alcantarillado y sanitarios. Nueve de cada 10 viviendas tienen igualmente teléfono, siendo esta proporción curiosamente mucho menor, 85 % en lugar de 97 %, en el caso de las viviendas que ocupan toda una casa. Aparte de un inmueble de 4 pisos que se inventarió, generalmente no hay más de dos familias por construcción de habitación puesto que se censaron solamente 112 en las 67 viviendas visitadas.

Se señaló anteriormente que las estructuras de habitación que gozan de un pequeño espacio privativo, casi siempre con césped y flores, árboles también en ocasiones, son mayoritarias, siendo la cifra anunciada del 55 % del conjunto si se incluyen los patios. Ahora bien, el porcentaje de familias que pueden aprovechar un espacio exterior porque ocupan toda una casa o están instaladas en la planta baja, es del 72 %. Por lo tanto, si se relacionan esas familias con los espacios privativos exteriores contabilizados, se obtiene una relación de 39/48, es decir 4 familias de 5 que están en condiciones de disfrutar de tales espacios por encontrarse al mismo nivel que el exterior. Esta relación era probablemente igual a uno, 48 familias habitantes de una planta baja y 48 jardines, al inicio de la ocupación del barrio pues, desde entonces, se han construido 32 garajes que se han debido implantar en algún lugar, lo cual no se ha podido hacer sino modificando lo construido u ocupando los espacios abiertos que daban a la calle.

La última información proporcionada por la encuesta sobre este aspecto es la movilidad habitacional de los actuales residentes de la Kennedy 1. Este barrio fue ocupado tanto más rápidamente cuanto que sus primeros moradores, los militares, fueron los beneficiarios escogidos y privilegiados. Desde entonces, su poblamiento parece renovarse de manera continua y sin exceso, a razón de algo

más del 1 % por año de cambio captable. Sin embargo, en los primeros años, el ritmo de llegada que generalmente no corresponde a una renovación, fue evidentemente más sostenido, pero de ellos muchos se han mudado ya sea cambiando de casa sin dejar el barrio, o migrando a otro lugar, por lo que apenas un 20 % afirma residir en el barrio desde más de 20 años atrás. Posteriormente, se observa una llegada más importante, 4 veces más masiva que antes y después, entre los inicios de 1978 y finales de 1981: ¿nuevas viviendas disponibles o mudanza de ocupantes de viviendas preexistentes? No se pudo obtener esa información de las personas entrevistadas. En los últimos tiempos, en 1994 y 1995, se observa de nuevo una aceleración de *turn-over* sin conocerse tampoco sus causas.

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes de la Kennedy 1, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos

El análisis del nivel de escolarización, de la profesión y de las actividades de los habitantes se refiere curiosamente a una población de 279 personas mientras que la distribución por edad no contabiliza sino 276. Se tienen 3 nuevos individuos que aparecen en los rubros socio-profesionales, por lo que seña lógico clasificarlos como «indeterminados» en la distribución demográfica propiamente dicha. Sin embargo, se ignoró este particular sin retomar los cuestionarios, pues la pequeña incoherencia evidenciada no se refería sino al 1 % del conjunto de individuos y el análisis se realizaba sistemáticamente con base en los valores relativos. La relación entre tiempo empleado para encontrar el error y aporte esperado de su rectificación no justificaba tal tarea adicional. En efecto ¿cómo se podía encontrarlos sin retomar los cuestionarios? Las personas con empleo o en busca de uno, a las que se agregan las amas de casa que representan 166 individuos, los adultos de 25 a 60 años, por su lado, eran 145 y, a lo mejor, los tres mencionados son ficticios, ¿resultado de un doble conteo! Definitivamente, nos detendremos aquí.

Los 279 individuos entonces se reparten en 47,7 % que pertenecen a la PEA, 11,8 % de amas de casa, 32,6 % de población escolar o universitaria y el resto, es decir el

7,9 % jubilados o personas que permanecen en casa por incapacidad física o temprana edad.

La distribución de los activos y otros por actividad y por escolaridad se presenta, a inicios de 1996 (marzo) de la siguiente manera:

| CSP | Número | % de la PEA | % hombres | % mujeres |
|--------------------------|--------|-------------|-----------|-----------|
| Ejecutivos | 20 | 15 | 12 | 3 |
| Empleados | 71 | 53,4 | 27,1 | 26,3 |
| Comerciantes | 24 | 18 | 6 | 12 |
| Artesanos | 10 | 7,55 | 6,8 | 0,75 |
| Obreros calificados | 1 | 0,75 | 0,75 | - |
| Obreros sin calificación | 4 | 3 | 3 | - |
| Desempleados | 3 | 2,25 | 1,5 | 0,75 |

| Otros | Número | % de la población total | % hombres | % mujeres |
|-------------------|--------|-------------------------|-----------|-----------|
| Amas de casa | 33 | 11,8 | 12 | 3,0 |
| Población escolar | 91 | 32,6 | 16,5 | 16,1 |
| Jubilados | 10 | 3,6 | - | - |
| En casa | 12 | 4,3 | - | - |

| Nivel de instrucción | Número | % de la PEA | otros (número) | Σ % población total |
|----------------------|--------|-------------|----------------|---------------------|
| E superiores | 67 | 50,4 | 38 | 37,6 |
| E técnicos | 11 | 8,3 | 2 | 4,6 |
| E secundarios | 42 | 31,6 | 116 | 41,6 |
| E primarios | 13 | 9,8 | 34 | 12,2 |
| Otros | - | - | 22 | 4 |

La población activa de la Kennedy 1 ejerce una actividad de servicio en una mayoría aplastante: cerca del 90 %. El sector público emplea a un 21 %, el privado a un 65,4 %, entre ellos un 18 % de comerciantes independientes. Finalmente, los empleos manuales son bastante raros, 7,55 % de artesanos u obreros independientes, 3,75 % de obreros asalariados, sobre todo trabajadores poco o nada calificados. En todo Quito encontramos este bajo porcenta-

je de empleos manuales, en disminución importante cuantificable de un censo al otro en los casos en los que se tiene posibilidad de comparaciones intercensales. Las amas de casa están en edad de trabajar y su nivel cultural es globalmente elevado, pues un 88 % ha concluido la escuela secundaria. Se debe suponer que si permanecen en casa es por opción: ocuparse de los niños y del hogar, mantener la tradición de la mujer en casa, sin que las dos opciones sean, evidentemente, antinómicas. No todas las personas que superan los 65 años, 12 ó 4,34 % del conjunto de la población estudiada, forman parte de los jubilados. Se puede admitir que las mujeres se contabilizan después de esa edad entre las amas de casa y que existen algunos hombres jubilados antes de los 65 años que representan el 30 % de los retirados lo que, al menos en el caso de los militares, es habitual.

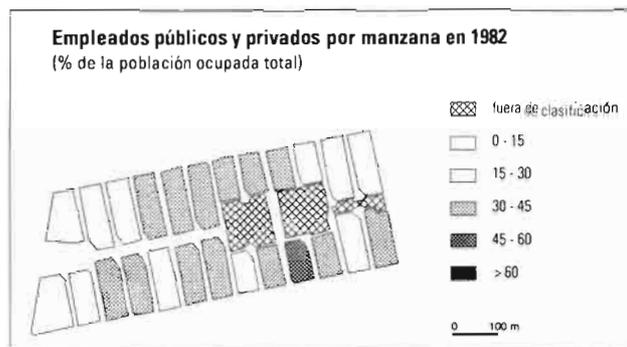
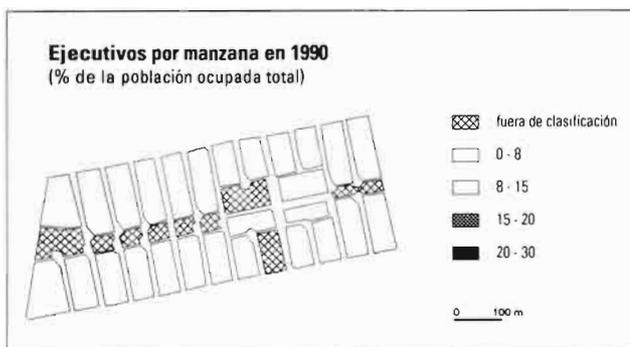
Al parecer, todos los niños y adolescentes están escolarizados hasta finales de la escuela secundaria y una parte nada despreciable de los jóvenes cursa estudios superiores. Este nivel de instrucción, tanto de los adultos activos como de las amas de casa o de los jóvenes que aún estudian, es particularmente elevado. En los barrios estudiados, solo tiene equivalente en el Batán alto o en La Mariscal. En este barrio, en la actualidad, la mitad de los activos ha realizado estudios superiores y los dos tercios de ellos, como se observó prácticamente en todos los barrios, son hombres: 44/23, es decir un 65,7 %. La enseñanza técnica, por su lado, concierne exclusivamente a los hombres (una sola mujer, ama de casa). En la escuela secundaria, la relación se invierte, pues existen dos tercios de mujeres, lo que no sorprende pues los hombres prosiguen más frecuentemente los estudios más allá de ese ciclo. Si se observa a quienes han concluido la secundaria, incluyendo aquellos que han continuado sus estudios más adelante, esa relación sigue aventajando considerablemente a los hombres: 60/109, es decir el 55 %. Ciertamente, si se agregan las amas de casa, una vez más la relación se invierte, pasando de 78/137, es decir 57 % de la población que ha concluido la secundaria, sin contabilizarse los jubilados y discapacitados según el sexo, que por cierto no corresponden, en este rubro, sino al 3,5 % del conjunto del que se

puede decir que se reparte de manera relativamente igualitaria entre los géneros. El sector privado es en este caso menos igualitario que el público. Atañe a 23 hombres por 16 mujeres que han realizado estudios superiores, aunque a 6 hombres por 12 mujeres que han finalizado la secundaria. Entre los comerciantes, las mujeres son, independientemente del nivel de instrucción alcanzado, dos veces más numerosas que los hombres. Como lo muestra claramente el cuadro anterior, allí no existen prácticamente mujeres en las actividades manuales que, por cierto, no involucran en esta parte de la Kennedy sino a un 11,3 % de la PEA.

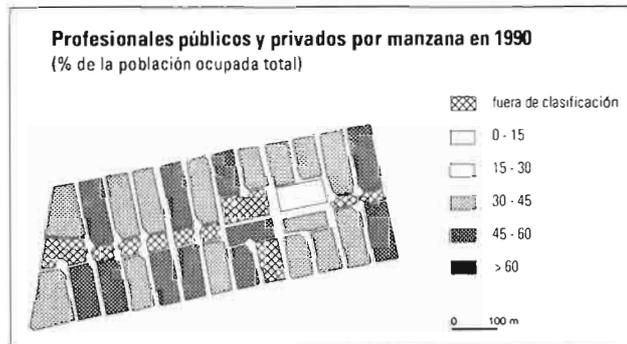
Estos últimos años, las desigualdades sexuales desaparecen puesto que las variaciones entre varones y mujeres escolarizados, independientemente del nivel de instrucción alcanzado, no son significativas: 24 varones por 22 mujeres en secundaria y 15 varones por 17 mujeres en la universidad...

Más allá de estas diferencias de educación institucional, ¿existe una segregación entre las profesiones manuales y las demás en la localización intrabarrrial de la vivienda de los habitantes de la Kennedy? Los mapas del barrio que presentan la localización residencial de los activos deberían permitir juzgarlo. En 1982, los ejecutivos eran considerablemente más numerosos en la parte occidental, cercana a la 10 de Agosto y por lo tanto más accesible, pues en ese entonces la 6 de Diciembre aún no estaba pavimentada hasta allá. Tres manzanas albergaban a más del





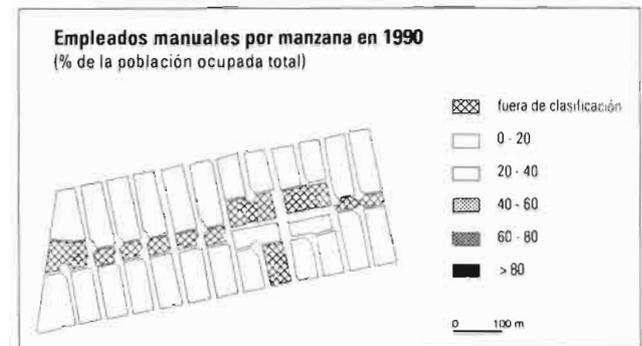
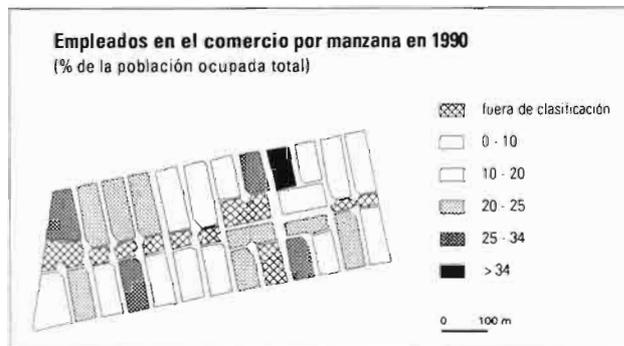
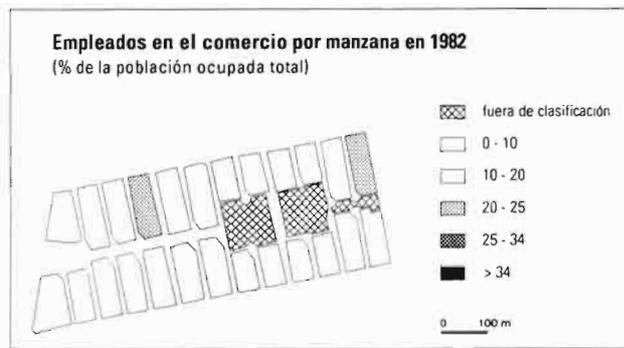
30 % de los ejecutivos entre los activos censados y otras 13 acogían del 20 al 30 %. En 1990, una sola manzana presenta entre sus activos un 8 a 15 % de ejecutivos. Esto sería sorprendente si, como ya se tuvo la oportunidad de señalarlo y explicarlo (ver introducción), hubiera habido un cambio en la definición de las CSP consideradas entre los bancos de datos utilizados, de manera que actualmente, parte de los activos clasificados como «ejecutivos» por los autores del AIQ de 1992 se encuentra dispersa en los otros rubros. Por ello, no es posible establecer, con base en los mapas, una comparación en el caso de la localización de la población de los ejecutivos entre 1982 y 1990.



Asimismo, en 1982, los empleados se encontraban más bien en la parte central del barrio donde 14 manzanas acogían a más del 30 % de ellos, y de ellas una albergaba a más del 45 %. Como en el caso de los ejecutivos, no se puede establecer una correlación entre las dos representaciones cartográficas, sino solamente constatar que en 1990 los trabajadores públicos y privados se distribuyen de manera casi idéntica en el conjunto de esta parte de la Kennedy; con al menos un 30 % de ellos en cada manzana, e incluso más, del 45 al 60 % en 11 manzanas, es decir el 40 % de ellas. Sin embargo, su repartición no es significativa y parece deberse más bien a una elección bastante arbitraria (0-15, 15-30 y luego 30-45, 45-60 y más del 60 %) de las clases de distribución establecidas. Pensamos que en realidad la situación es homogénea en el conjunto geográfico considerado, lo que se podría constatar si las clases escogidas tu-

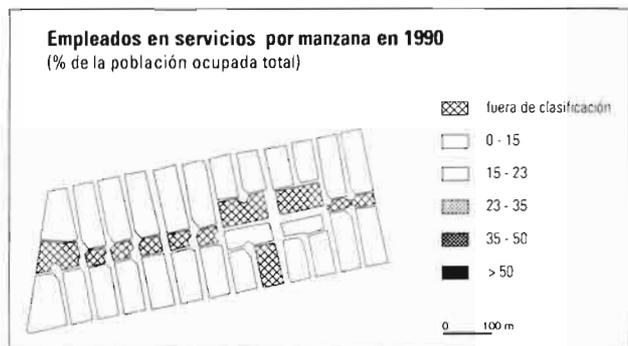
vieran un 5 % de intervalo. No existe duda alguna de que entonces se habría visto que cada manzana alberga entre 40 y 50-55 % de los trabajadores públicos o privados, como lo permite pensar la distribución de 1996 (53,4 %, encuesta EBAQ).

En el caso de los empleados del comercio y de los trabajadores manuales en cambio, se dispone de mapas comparables, a nuestro criterio, entre 1982 y 1990, lo que posibilita observar un considerable aumento en valores relativos de los comerciantes entre las dos fechas. Ahora bien, esto es lo suficientemente sorprendente como para que nos preguntemos si no se debe a una suerte de revolución en la distribución de los tipos de actividad practicada por los habitantes de la Kennedy, pero no es nada de eso. Una vez más este fenómeno es un señuelo inherente al hecho de que la definición INEC de 1990 no es la establecida para el



AIQ, pues en 1982 (AIQ) se consideró como ejecutivos a los responsables, asalariados o no, de empresas comerciales de cierta importancia, y actualmente se encuentran entre los «empleados en el comercio», término impropio utilizado en la leyenda del mapa: habría sido mejor hablar de personas que ejercen una actividad predominantemente comercial, o alguna otra formulación de ese estilo. Sea como fuere, aquí se encuentra a los ejecutivos de 1982 sumados a sus empleados. Es por ello que en 1990, se los observa en todas las manzanas, incluso en aquellas ocupadas sobre todo por ejecutivos en 1982, aunque también allí donde había entonces empleados, mucho menos numerosos (pues en realidad la definición era muy distinta). Tratándose de los trabajadores manuales, disminuyen entre los dos censos y ello corresponde, esta vez, a una observación realizada en todos los barrios estudiados.

De esa población, el 27 % permanece en casa durante el día, ya sea porque son inactivos económicamente, para quienes, el radio de acción es ordinariamente el barrio en donde se dedican a algún negocio del momento, o porque se trata de trabajadores que tienen en su domicilio su lugar de actividad profesional, lo que es el caso del 16 % de los activos, sobre todo de los comerciantes (62,5 % de ellos), de los artesanos o de los obreros independientes. Este porcentaje se agrega al 97 % de amas de casa, sedentarias, a la totalidad de jubilados y niños de muy temprana edad. De los demás, el 44,4 % va a trabajar a una distancia de 2 a 5 km y el 34,1 % a más de 5 km, lo cual, dada la localización de la Kennedy, no es nada sorprendente. Apenas el 5,6 % trabaja en un barrio vecino. En el caso de los activos, no existen, fuera de los comerciantes independientes.



diferencias significativas en cuanto a la distancia del lugar de trabajo entre las categorías socio-profesionales.

Los colegiales se encuentran en una situación paralela: el 34 % va a la escuela, colegio o universidad a más de 5 km de distancia y para el 52,3 % su establecimiento universitario está ubicado a más de 2 km y menos de 5 km. Los demás, el 13,6 %, se dirigen a pie a un establecimiento cercano. La densidad de establecimientos escolares es razonable para esta parte no central de la ciudad. En efecto, en un radio desde el centro del barrio y hasta 800 m fuera de sus límites, se contabilizan 6 jardines de infantes, 7 escuelas primarias, una sola de ellas en el barrio propiamente dicho, y 7 escuelas secundarias.

En Quito en general, la gente madruga. Es también el caso de la Kennedy: el 38,5 % de quienes ejercen su actividad fuera de la casa, salen antes de la 7 a.m., algo menos de un activo de 7 (14,85 %) y la gran mayoría de la población escolar (72 %, es decir casi 3 de cada 4 colegiales). Antes de las 7:20 a.m., el 93 % de estos últimos están camino a la escuela, colegio o universidad y, para el ejercicio de su actividad profesional, el 42,5 % de la PEA. Así, la mitad de los migrantes cotidianos (53 %) ya han salido a esa hora. Luego, el movimiento decrece: el 15,8 % de los activos sale entre las 7:20 y las 7:40 a.m., el 12 % entre las 7:40 y las 8 a.m., el 23,8 % en la siguiente media hora y el 5 % después de las 9 a.m. Se puede entonces observar una vez más una ligera disminución de las salidas después de las 8 a.m., pero nada tiene que ver con la

salida masiva entre las 6:45 y las 7:20 a.m. Los trayectos duran algunos minutos, menos de un cuarto de hora en el caso de los más cortos (9,5 % de quienes se desplazan), de 15 a 30 minutos para un 15,5 % de ellos, de los cuales el 19,6 % corresponde a la PEA. Las tres cuartas partes de los migrantes cotidianos estiman sin embargo que la duración de su desplazamiento de la mañana es de media hora a una hora (68,5 %) e incluso más (6,5 %). La mitad de ellos (52,3 %) regresan a casa a almorzar, caso de la quinta parte de los activos de los cuales los dos tercios vuelven a salir a su trabajo en la siguiente hora, y 6 escolares de 10, de los cuales igualmente las dos terceras partes regresa a su actividad.

Como se observó en todo lado, el regreso al final de la jornada es menos concentrado en términos de horario. Sin embargo, el 62,5 % de los migrantes alternos cotidianos ha regresado antes de la 6:20 p.m., mientras que algo más de la quinta parte no aparece sino después de las 7 p.m. por razones que ya hemos mencionado al inicio de nuestro estudio, a propósito de San Juan especialmente. En este punto, sea cual sea el barrio, las mismas razones producen los mismos ritmos. Los tiempos de trayecto son del mismo orden al regresar a casa.

Fuera del 26 % de habitantes de la Kennedy que, según nuestra encuesta, permanecen en casa o apenas se alejan de ella, y el 3 % que se desplaza a pie, los demás utilizan prioritariamente el autobús (46,7 %) o un vehículo particular (32,5 %), es decir 23 y 33 % respectivamente del conjunto de la población, tengan o no una actividad exterior a la casa. Sin embargo, los activos utilizan más a menudo sus vehículos (51,4 %) que el autobús (41,3 %). Así, en la Kennedy, más de la mitad de quienes se desplazan para ir a trabajar utilizan su automóvil particular. Es una de las proporciones más elevadas encontradas en nuestra encuesta. Pocos son transportados en cambio por su empresa: 7,3 %. Los colegiales utilizan más el servicio de transporte escolar: 30,8 % de los estudiantes.

Lo que piensan los habitantes de la Kennedy de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito

Como en todas partes en Quito, la gente está satisfecha de vivir en su barrio puesto que solamente un 3 % declara no apreciarlo. A estos se pueden agregar el 1,5 % que dice no saber qué contestar sobre este punto dando una imagen relativamente negativa. De todas formas, para algunos existen ciertos motivos de descontento. Así, el 7,5 % se queja de la carestía del barrio, pero el 15 % lo considera barato; asimismo, el 18 % estima que su vivienda es demasiado costosa mientras que el 24 % reconoce que su precio es totalmente razonable. Por cierto, el 40 % la califica de espaciosa, y algo más sintomático aún, más del 34 % aprecia la seguridad frente a solamente un 27 % que se queja de la falta de seguridad. Únicamente el Batán alto presenta un porcentaje menor (11 %) de habitantes que subrayan esta lacra social mayor de la capital, al decir de los quiteños. En San Carlos también la tasa es relativamente baja (28 %), pero en todos los demás barrios, alcanza alrededor del 50 %: San Juan (47,6 %), el Comité del Pueblo (71 %)...

Al inicio de este capítulo señalábamos que la proximidad de las avenidas 10 de Agosto y 6 de Diciembre era un atractivo de la Kennedy, lo que confirma el 31,3 % de las personas entrevistadas. Del 40 al 60 %, según los lugares de ejercicio cotidiano de la vida citadina considerados, reconoce que su proximidad les satisface, lo cual refuerza esta apreciación y está resumido en el siguiente cuadro:

| Lugar | cercanía adecuada (%) | excesivo alejamiento (%) |
|-----------------------|-----------------------|--------------------------|
| Trabajo | 40,3 | 12 |
| Escuelas, universidad | 36,8 | 9 |
| Centros de salud | 46,3 | 1,5 |
| Abastecimientos | 58,2 | 1,5 |
| Recreación, deportes | 40,3 | 1,5 |

Ciertamente, el 38 % de quienes están satisfechos de la cercanía de los establecimientos escolares habría podido hacer suponer que el 61,2 % no lo están, pero se observa que solo un 9 % habla de su alejamiento, lo que significa finalmente que más de la mitad simplemente no consideran la cuestión digna de abordarse. La proporción es del mismo orden en el caso de los demás lugares citados. En definitiva, únicamente el alejamiento del lugar de trabajo o del establecimiento escolar es un problema para una novena o décima parte aproximadamente de los habitantes de este barrio. Los demás aspectos abordados motivaron la respuesta de apenas una pequeña parte de los entrevistados, ya sea para felicitarlos o para lamentarse. No es por supuesto un barrio de lujo. Solamente el 3 % lo cree, pero es muy limpio al decir de 3 personas interrogadas de 4, aunque un 18 % señala la contaminación debida a la basura y el 16,4 % habla de falta de higiene y de servicios públicos adecuados (12 %). Se hace referencia también a los ruidos (14 %) y los olores (10,4 %), así como a los vehículos (15 %) y al mercado, pero son los grandes equipamientos cercanos los tachados de contaminantes (18 %), y entre ellos, seguramente el aeropuerto, los aterrizajes y despegues que impiden escucharse, aunque también la avenida 10 de Agosto, de gran circulación. Sin embargo, la vista, la buena ventilación del aire son reconocidas por 18 y 21 % respectivamente de los que aceptaron responder, y el 48 % se congratula de las buenas condiciones de vecindad, el 40 % de la calidad de las relaciones de vida compartida, el 36 % de la tranquilidad, el 30 % del respeto a la vida privada. Pocos se quejan de este aspecto, menos del 10 %.

No es sorprendente entonces que el 91 % afirme globalmente apreciar su barrio, frente a un 4,5 % que no lo aprecia y 4,5 % que no se pronuncia. Por cierto, para un 34 % es el barrio más atractivo, mientras que el 21 % no designa barrio alguno como especialmente atractivo, un 6 % no sabe y un 4,5 % es indiferente a esta cuestión. Los demás citan algunos nombres: Cochapamba (6 %), Belisario Quevedo o una de las pequeñas ciudades cercanas del valle (4,5 %), e incluso para una o dos personas en cada caso, sin más precisión, el Norte o el Sur, o precisándolo La Mariscal, Miraflores, El Batán. Ñaquito. Rumipamba. El In-

ca, el Aeropuerto, el Bosque, el Condado, Carcelén y la Mitad del Mundo. El único punto común a estos lugares es que están situados en el centro-Norte o al Norte del Centro Histórico.

La respuesta a la pregunta «¿Si tuviera los medios, se cambiaría de casa o de barrio?» refleja opiniones divididas: el 49,2 % permanecería en la misma vivienda y el 44,8 % en el mismo barrio; el 47,8 % cambiaría de casa y el 52,2 % de barrio. Sin embargo, no es una pregunta que se planteaban como lo muestran las contestaciones a «¿en dónde se instalaría?»: en el mismo barrio en el caso de cambio de casa o en un barrio del mismo tipo o en un barrio diferente sin precisión, en el campo o en los alrededores de Quito, lo que para todos es más un sueño que una posibilidad, y finalmente en Norteamérica... Entre quienes explicaron mejor su respuesta, algunos invocan el deseo, muy comprensible, de una vivienda más espaciosa o de ser propietario de su vivienda. Los demás hablan de tranquilidad o de seguridad, de un buen vecindario, de un barrio más animado, de una menor contaminación o simplemente de un deseo de cambio.

Las modificaciones que deben aportarse para hacer más agradable al barrio retoman los mismos aspectos: seguridad, 25,4 %; parques y lugares para hacer deporte, 19,4 %; aseo, 10,4 %; desplazamiento del mercado, 7,4 %, al igual que vigilancia de la calle, lo que se hace en numerosos barrios de Quito, transportes colectivos, mantenimiento del barrio y recolección de basura. Sin embargo, el 24 % no desea cambio alguno. En el caso de todas las modificaciones deseadas, generalmente se considera responsable al Municipio, teniendo el Estado apenas una responsabilidad parcial en lo que respecta a la seguridad. Apenas se mencionan las asociaciones, aunque para la seguridad y el aseo, muchos piensan que habría que resolverlo entre los vecinos del edificio, de la calle o del condominio en que viven.

El cuestionario tenía una progresión que permitía regresar mediante otra pregunta a la idea que se hacen los quiteños de su ciudad. Así, al pedido de clasificar por orden de preferencia los barrios, en el que cada uno debía dar tres respuestas respetando ese orden, la Kennedy ocu-

pa la primera posición, citada en 31 ocasiones, es decir por el 46 % de las personas entrevistadas. Vienen luego Cochapamba (24 %) y los valles (22 %); el Batán recibe el 15 % de las preferencias; luego se citan Chaupicruz (13 %), el Condado (12 %), El Inca y La Carolina (10 %). Finalmente, por orden decreciente, se habla de El Rosario (9 %), la Villa Flora, Belisario Quevedo, Iñaquito y Calderón (6 %), el Bosque y Rumipamba (4,5 %) y todos los que son citados una o dos veces: Chillogallo, el centro, La Vicentina, San Juan, Miraflores, La Mariscal, La Floresta, La Paz, La Pradera, Bellavista, California alta, Aeropuerto, la Magdalena, San Carlos, Cotocollao, San Isidro, el Comité del Pueblo, Carcelén y la Mitad del Mundo. Así, una de dos personas habla de un barrio distinto, aunque el centro-Norte y el Norte siguen estando bien representados, mientras el centro apenas es citado y el Sur algunas veces. Sucede completamente otra cosa en cuanto a la representatividad. Las preferencias se manifiestan por el lugar en que querían vivir y la representación sigue siendo muy simbólica y cargada de sentido. Por ello, el centro es citado por un 72 % y La Mariscal, representativa de la modernidad de dimensión humana, por el 14 % de la gente. Vienen luego la Kennedy, El Batán, el Bosque, Jipijapa e incluso los Chillos, mencionados cada vez por una persona, la Kennedy dos veces, pero es evidente que quienes responden de esta manera no han captado realmente lo que significa la representatividad. Por cierto, las respuestas no se explican verdaderamente sino cuando se trata del centro: valor histórico (25 veces), patrimonio (8 veces) y tradición (3 veces); las actividades o «es el mejor», 2 veces, el turismo, 2 veces. En cinco ocasiones se citó La Mariscal por sus actividades comerciales y el Bosque una vez por su arquitectura, es decir los grandes edificios que reflejan riqueza y modernidad, y una vez por su centro comercial. Las demás preferencias no se explicaron.

Ese centro, representativo, está en proceso de restauración, a lo que no son indiferentes los quiteños, no más los de la Kennedy que los otros. Un 73,5 % aprueba plenamente esa restauración-renovación, más un 4,1 % que está de acuerdo sin entusiasmo y el 12,2 % con el ritual quiteño de «más o menos». En resumen, solamente un 10,2 % desapruueba la operación porque es «un desperdicio

de dinero» por algo que «no vale nada». Los demás hablan de su propia herencia colectiva, del turismo, o son más precisos: «es un lugar muy animado», «se debería hacer más», «no debe desaparecer pero todo el barrio debería ser peatonal pues los transportes colectivos crean el caos». Para los habitantes de la Kennedy, es más difícil precisar quién financia las operaciones: el Municipio para un 59 % de los que responden, el Estado para un 13 % y todos los quiteños para un 10 %. Algunos piensan que es la cooperación internacional la que realiza las principales obras, u organizaciones de las que nada saben, las que las financian. Sin embargo, el 42 % de las personas interrogadas no contesta.

En cuanto a la existencia de barrios de negocios y barrios administrativos, esos mismos habitantes de la Kennedy parecen bien informados, puesto que el 83,6 % afirma que en efecto existe un barrio comercial —la Ipiates y El Tejar (30 %), el centro (6 %), «todos los barrios tienen uno» (6 %)— o un barrio administrativo —el centro (11,4 %) o más exactamente la Plaza Grande donde se encuentra el Municipio (11,4 %)— aunque La Mariscal (29,5 %) y La Alameda (25 %) son citados más a menudo. Se mencionan igualmente Ñaquito (9 %), la avenida 10 de Agosto (7 %) donde efectivamente se encuentran dos ministerios, el de Finanzas y el de Relaciones Exteriores. Finalmente, también se habla de todos los centros administrativos zonales y algunos también lo ven en todo lado. Si se trata de explicar lo que significa para cada uno un barrio de negocios, el silencio es completo, apenas se contesta a veces «allí donde se encuentra de todo» o, una vez, «un centro de poder», lo que no es falso.

En la Kennedy, como en todo Quito, la participación en una organización barrial concierne solo a unos pocos: el 15 % afirma hacerlo. Sin embargo, esta cifra es inferior a la realidad puesto que el 24 % declara luego que de tiempo en tiempo realizan un trabajo comunitario. Ciertamente ello no significa necesariamente que una acción emprendida cada cierto tiempo, de limpieza del barrio por ejemplo, corresponda a una cierta militancia asociativa. Y se trata de eso precisamente, pues las acciones emprendidas se relacionan con las fiestas (las de Quito y de Navidad entre otras), el aseo del barrio o la adhesión a una cooperativa, y

el 70 % piensa que es una buena cosa. Por otro lado, el 40 % afirma que existe un reglamento de urbanismo, pero en cuanto a lo que piensan de él, las opiniones divergen entre la regulación de la ciudad, la actualización del equipamiento urbano, las normas y las reglas aplicadas con rigor. Asimismo, en lo que respecta a lo que deberían ser las obras prioritarias, se habla de seguridad por supuesto, de parques aunque también del mercado, de las redes telefónicas, eléctricas y de agua.

El fin de semana, el 12 % de la gente declara trabajar y una gran mayoría de los demás sale de su casa. Los intercambios familiares y entre vecinos son moneda corriente, ya sea que se los acoja o que se vaya a visitarlos. Si no es así, algunos van de paseo en el barrio, otros, más numerosos, se dirigen a uno de los grandes parques para descansar a la sombra de los grandes árboles, o a una piscina. Otros van a pasear un poco más lejos, hasta la Mitad del Mundo. Para ello, al menos un 60 % dispone de un vehículo.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de la Kennedy

El habitante de la Kennedy, aunque bastante alejado del centro emblemático de Quito y de los barrios que constituyen el nuevo centro de negocios, principal perímetro de empleo de la ciudad, vive en un barrio bastante bien conectado con la ciudad útil y correctamente atendido en lo que respecta tanto a sus relaciones interbarriales como a aquellas vinculadas con su espacio de vida cercano. Además, la malla y la distribución de las calles le garantizan caminos vecinales sin peligros ligados a la circulación. Es una persona relativamente joven, como lo es su barrio. Sin embargo, desde hace algunos años, la población se ha estabilizado en su crecimiento e incluso tiende a envejecer sin renovarse completamente con relación a los nacimientos.

Inicialmente, el habitante de la Kennedy fue un privilegiado. Muy a menudo militar, el jefe de familia ha podido gozar de un hábitat correctamente equipado y de condiciones de instalación muy ventajosas, por lo que casi siempre es propietario de su vivienda y dispone de un pequeño jardín o de un césped florido delante de su casa, lo que acrecienta su sedentariedad. En relación probable con

estas condiciones iniciales de acceso que establecieron de entrada una selección de la población, es muy raro encontrar un trabajador manual, más frecuentemente un pequeño comerciante pero mayoritariamente un activo del sector terciario, al servicio del Estado o del sector privado. Su esposa y él han realizado en uno de cada dos casos estudios superiores y casi siempre han concluido la secundaria. Sus hijos siguen estudios secundarios y universitarios.

Esa calificación no impide que tenga que levantarse temprano y recorrer una distancia bastante larga mientras que relativamente a menudo su esposa permanece en la casa. Sus hijos son igualmente madrugadores, a menudo más que él, para llegar a la escuela a la hora. Ese habitante de la Kennedy, migrante cotidiano, activo o escolar, se desplaza en vehículo particular o toma el autobús. En ocasiones, si es colegial, utiliza el transporte escolar. Siempre que le es posible, regresa a casa al mediodía para el almuerzo y vuelve a salir a su trabajo, pero es a menudo a nivel de la escolaridad temprana cuando adopta ese ritmo.

Lleva una vida ordenada, en 3 de cada 4 casos, ha regresado a su domicilio antes de las 7 p.m. Sus opiniones sobre su barrio y sobre el resto de la ciudad son tan moderadas como el ritmo de su vida diaria. Así, se encuentra bien en la Kennedy y apenas proyecta mudarse. Que se evoque tal hipótesis con él le sorprende y si acepta la formulación, su elección de cambio lo lleva sobre todo a permanecer en el mismo barrio o a dirigirse a otro similar. Máximo otro sector del Norte de la ciudad puede parecerle aceptable. Lo que sucede es que la Kennedy está bien atendido, el vecindario es agradable y la inseguridad más bien menor que en otro lado. Ciertamente hay molestias debidas al aeropuerto y a los vehículos, y también pequeños problemas de recolección de desechos domésticos, pero el barrio es limpio, tranquilo, se respeta la vida privada

de cada uno.

Como en el caso de una gran mayoría de quiteños, considera al centro como el más representativo de la ciudad, aunque en ocasiones puede pensar que la Mariscal podría también pretender tener esa cualidad. Sin embargo, es evidente para él que ese Centro Histórico debe imperativamente ser restaurado y conservado por su valor arquitectural, histórico y patrimonial, incluso si son los quiteños los que pagan la factura, como a veces cree, al tiempo que atribuye al Municipio la responsabilidad de las operaciones de restauración. Es menos absoluto al designar el emplazamiento de un eventual centro de negocios, en la medida en que sabe, o cree saber, que existe uno. Se inclina a designar tanto a la Mariscal como al mercado de El Tejar, cuando no se trata de la Carolina. Para él, el centro administrativo en cambio se encuentra ya sea en La Alameda, en el centro y más precisamente en la Plaza Grande, o incluso en La Mariscal y hasta en la 10 de Agosto.

En cuanto a saber si hay para Quito un reglamento urbano vigente, lo cree más o menos sin estar muy seguro. De todas maneras, la idea que se hace de él es muy vaga: obras públicas, mantenimiento, lucha contra la delincuencia, reglamentación de permisos de construcción o de las costumbres son los diversos puntos de aplicación que le parecen prioritarios. Sin embargo, siendo una persona tranquila, apenas se le ocurre cuestionar, aunque fuera sobre temas precisos, sus condiciones de existencia. Durante el fin de semana, sigue los movimientos caseros de todos: visitar o recibir a la familia, saludar con los vecinos mientras pasea por el barrio, ir a un lugar donde pueda hacer algo de ejercicio, le parece una buena práctica. Por cierto, tiene generalmente un vehículo particular para desplazarse.

7 • San Carlos

Las características geográficas del barrio

Al Noroeste de Quito y dominando el aeropuerto, el barrio de San Carlos, de construcción relativamente reciente (1973), se encuentra de un lado y otro de la avenida Occidental (vía de circunvalación) que lo conecta por automóvil con los barrios mejor abastecidos de la capital, reforzando así su integración y su atractivo. Además, gracias a la cercanía de la avenida de la Prensa, muy activa (CAZAMAJOR D'ARTOIS, P., mapa sobre el Papel de los ejes en la implantación de las actividades dominantes, lámina Nº 18 del AIQ), el barrio se une muy naturalmente al conjunto de la ciudad y a sus sectores más activos. Como sucede casi siempre en Quito, las pendientes ocupadas por el barrio son fuertes, aunque no se pueden comparar con el relieve particularmente acentuado de los barrios extremadamente contrastados como La Loma, San Juan o El Tejar, que bordean al centro, ni tampoco con aquellos, más recientes, de asentamientos populares, que se han desarrollado al margen de los límites municipales (de la época de su construcción) y que se consolidan sucesivamente en pendientes reglamentariamente inconstructibles: Argelia o Lucha de los Pobres (Sur), Pisulí o Santa Isabel (Norte). Sin embargo, como en el caso algunos de esos barrios periféricos, las partes altas de San Carlos están ubicadas a aproximadamente 2.900 m.s.n.m., aunque en pendientes menos fuertes (generalmente del 5 al 10 por ciento). No obstante, contrariamente a lo que sucede en La Loma o en San Juan por ejemplo, el espacio no está restringido, ni subdividido, ni tampoco aislado de los barrios vecinos por quebradas profundas o taludes altos y empinados.

Algunos aspectos urbanísticos

Adaptadas al declive del sitio, las manzanas casi siempre rectangulares, escalonadas y en su mayoría orien-

tadas en dirección Norte-Sur, subrayan las curvas de nivel, y organizan el espacio, aunque el plano del barrio presenta otros aspectos interesantes. Subiendo desde la importante arteria comercial de La Prensa, las calles trazadas en dirección Este-Oeste dividen al espacio en subconjuntos muy accesibles, cruzados por vías de acceso local tan características de muchos sectores de la capital. Esto refleja una voluntad de sectorización, ofreciendo dos imágenes urbanísticas basadas en el mismo principio que, sin embargo, dan una cierta diversidad al conjunto.

Es así como a lo largo de toda la avenida Occidental, y de un lado y otro de la misma, aunque predominantemente hacia el Este, se elevan tres filas de inmuebles de 5 pisos, multifamiliares sin estilo, de ese tipo económico anónimo que se encuentra desde Beijing hasta París y desde Río de Janeiro hasta Lima, pasando por Quito. Algunos de ellos, alineados a la avenida Occidental, están particularmente deteriorados al cabo de menos de 25 años de existencia (fueron construidos a bajo costo, con materiales de muy mala calidad). Sea como fuere, la primera fila de edificios cumple la función de muro anti-ruído y de barrera contra una parte considerable de la contaminación emitida por el tránsito urbano que circula por esta vía de descongestionamiento. La parte baja del barrio goza así de mayor tranquilidad. Debajo de estos conjuntos bien atendidos por vías de acceso utilizadas únicamente, como se dijo, por el tránsito automotor local, manzanas menos estrechas del mismo estilo (e igual altura) con un mayor coeficiente de ocupación del suelo (COS), cercano al 80 % y a veces superior, ocupan la parte septentrional del barrio. Los inmuebles, de idéntica calidad (construidos en la misma época en el marco de las

operaciones inmobiliarias realizadas por mutualistas), se diferencian de los anteriores con los cuales forman una continuidad visual y estilística, solo por su disposición y distribución. Cercanos a un parque con árboles y áreas de recreación equipadas, alrededor del cual se agrupan, parecen relativamente bien mantenidos y están por lo tanto en mejor estado que los anteriores. Finalmente, al Norte y al Sur de estos conjuntos, las manzanas, a la vez que conservan casi siempre la orientación Norte-Sur con fachadas que dan hacia el Este y el Oeste, se reducen en superficie y se diversifican. Aunque sigue siendo bastante elevado, el COS no está reforzado por un CUS particularmente alto. Las casas, a menudo contiguas o adosadas, solo tienen de 1 a 2 niveles. Estos dos tipos de estructura residencial, es decir grandes multifamiliares y casas particulares, y esta distribución que crea un fuerte núcleo de hábitat denso rodeado de casas bajas con pequeños jardines privados, alineadas a lo largo de calles apacibles, complementados con un espacio público, un área verde recreativa en el corazón del barrio, son testimonio de un proyecto urbanístico racional, acondicionado con rigor, donde el espacio, aunque densamente poblado, sigue siendo relativamente abierto y ventilado.

Algunas cifras permiten cuantificar esta descripción general:

| | |
|-------------------------|---------|
| espacio construido | 43,26 % |
| espacio disponible | 27,51 % |
| espacio inconstructible | 1,75 % |
| espacio recreativo | 7,87 % |
| espacio vial | 19,61 % |

El coeficiente de ocupación del suelo (COS) se divide de la siguiente manera:

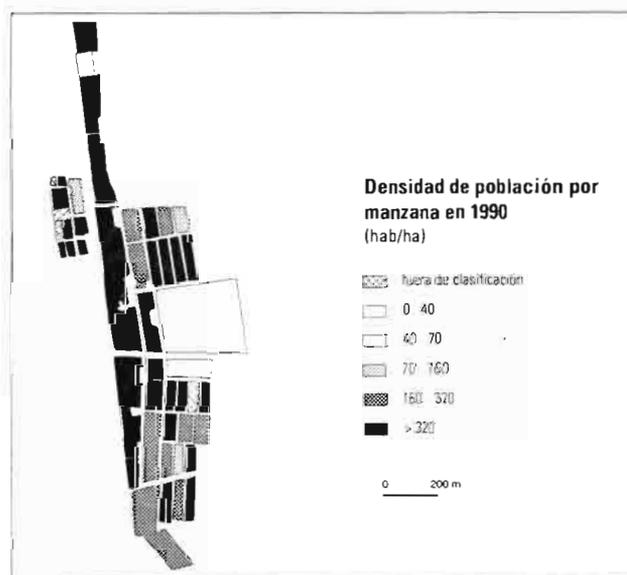
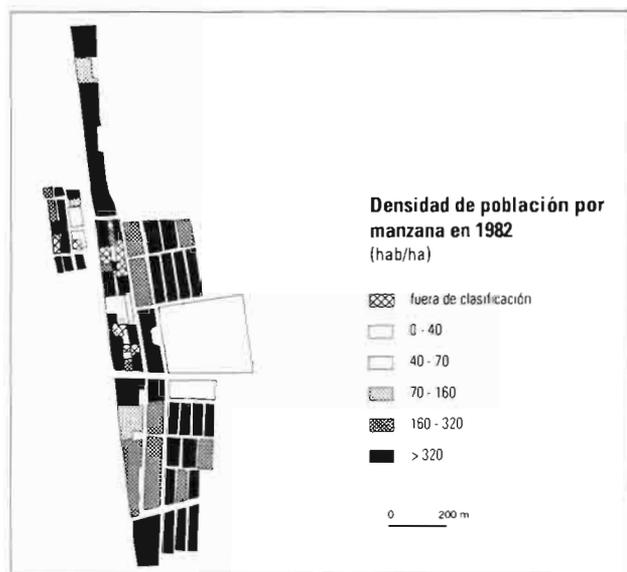
| | |
|-----------|------|
| 0 - 30 % | 18 % |
| 31 - 40 % | 14 % |
| 41 - 50 % | 14 % |
| 51 - 60 % | 16 % |
| 61 - 70 % | 18 % |
| 71 - 80 % | 20 % |

Un breve análisis de la parcelación (plano catastral) revela un recorte del espacio por parte de vías de acceso interior, diseñadas para evitar una excesiva monotonía en la distribución de los grandes conjuntos de inmuebles ad-

yacentes a la avenida Occidental. Sin embargo, hay otros lugares donde, por el contrario, en la parcelación predomina la regularidad geométrica, sin imaginación. Tal monotonía es relativizada únicamente por el parque mencionado y por la diversidad, bastante relativa, de las casas bajas construidas en las manzanas periféricas a los bloques que albergan a la mayoría de la población de modestos recursos de San Carlos. Nos encontramos aquí ante una forma de urbanización inspirada en los modelos internacionales de hábitat organizado, programado y de bajo costo que rompe radicalmente con la forma tradicional de división del suelo que, desde la fundación de Quito por parte de los españoles, ha predominado en la disposición inmobiliaria y espacial de la ciudad.

Según se considere como delimitación de las manzanas solamente las calles o también las vías de acceso dentro de los conjuntos que bordean a la avenida Occidental, se cuentan 89 o solamente 49 manzanas construidas y ocupadas por viviendas. En 1982 (censo), dentro de límites diferentes a los propuestos por el Municipio desde entonces y que no incluían la parte ubicada al Oeste de la avenida Occidental, ahora parte del barrio (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: *Clasificación y análisis de barrios*, lámina N° 33 del AIQ), en 49 ha se contaban 118 manzanas, 3.045 viviendas y 13.595 habitantes (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: *Mallas de servicios y equipamientos*, lámina N° 27 del AIQ). En 1990 (censo), en una superficie casi idéntica (aunque dentro de límites diferentes, véase el plano catastral adjunto*) las 89 (ó 49) manzanas mencionadas albergaban a 8.872 personas en 2.413 viviendas.

Al igual que en San Juan, estas variaciones se deben sobre todo al cambio de límites del barrio. En 1982, la densidad promedio era de 278 habitantes por hectárea habitada, con manzanas de densidad superior a los 480 hab/ha. En 1990, esa misma densidad promedio alcanzaba 292 hab/ha, encontrándose aún ciertas manzanas con densidades superiores a 480 hab/ha. Sin embargo, en 1990, el número de manzanas con tal densidad es exactamente dos veces menor que en 1982, aunque muchas otras experimentan un crecimiento significativo de su densidad poblacional (ver mapas).



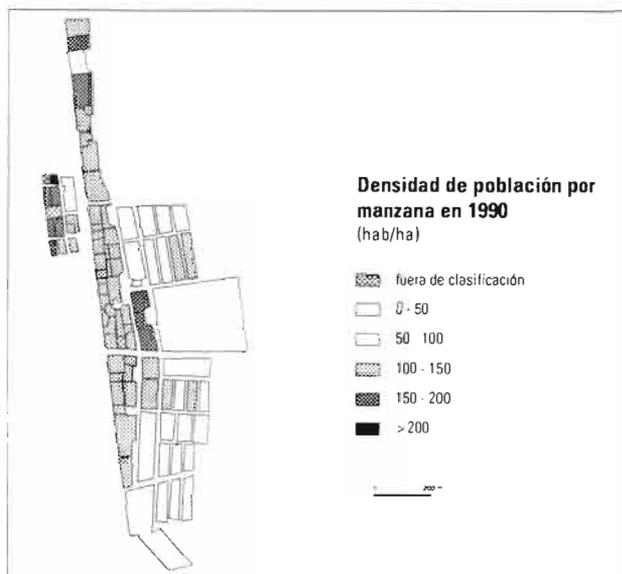
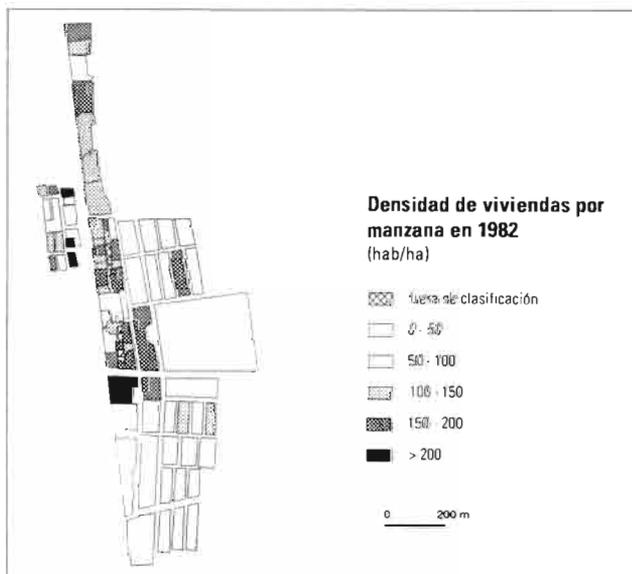
Análisis de los mapas de densidad poblacional y de viviendas por manzana, y de aquellos sobre la cohabitación

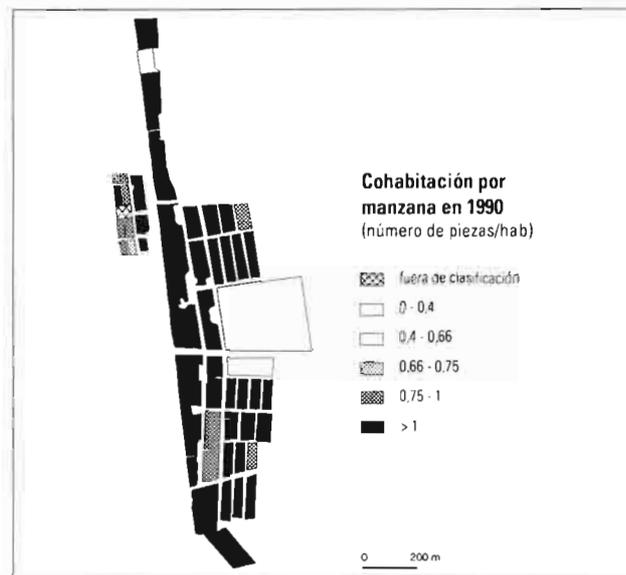
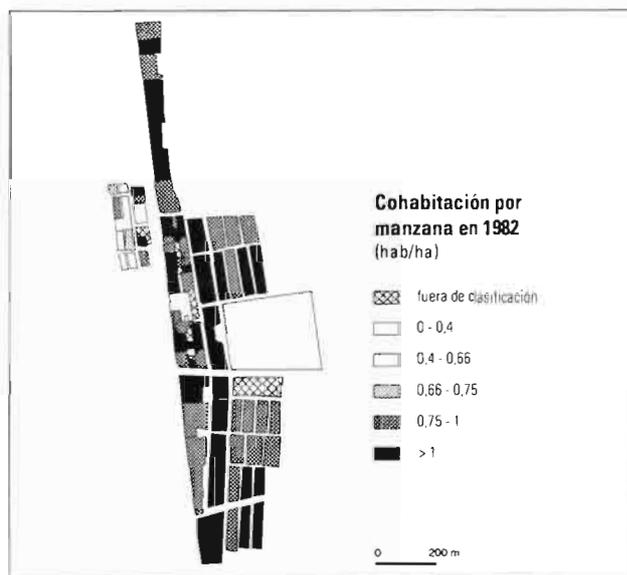
Elaborados con base en los datos de las encuestas de 1982 y 1990, los mapas de densidad poblacional y de viviendas por manzana, así como los del número de residentes en relación con el número de piezas habitables disponibles por manzana, permiten una primera aproximación a las condiciones de hábitat en San Carlos. En 1982, el barrio se revelaba como uno de los sitios de mayor densidad poblacional (más de 480 personas/ha en 34/89 manzanas o submanzanas, es decir en un 38 %) de toda la ciudad. Únicamente algunos grupos de manzanas de los barrios populares periféricos del Centro Histórico y de ciertos barrios relativamente antiguos y bien consolidados del centro-Sur (Villa Flora, Camai, Chaguarquingo o Quito Sur) presentaban densidades comparables. Esto se debía al tipo de vivienda programada a bajo costo: grandes bloques de 5 pisos divididos en departamentos relativamente reducidos, ocupados por familias con hijos pequeños. Sin embargo, considerando precisamente este tipo de hábitat, las condiciones de vida en San Carlos eran aceptables en ese entonces: baja promiscuidad y fuerte densidad (MAXIMY (de), R.: *Densidades de la población*, lámina N° 10 del AIQ; *Cohabitación*, lámina N° 14 del AIQ). Sin embargo, al lado de estos conjuntos de bloques distribuidos a lo largo de la avenida Occidental, o retirados con respecto a ella, otros inmuebles parecidos albergaban a una población menos numerosa, clases de 320-480 hab/ha (23/89 manzanas o submanzanas, es decir el 26 %) y de 160-320 hab/ha (11/89 manzanas o submanzanas, es decir el 12 %), sin que exista ninguna manzana con menos de 70 habitantes por hectárea. En 1990, San Carlos sigue siendo un barrio de alta densidad poblacional aunque su situación ha cambiado significativamente. En efecto, la población global ha aumentado pero su repartición indica una menor presión sobre los inmuebles ubicados a lo largo de la avenida Occidental (solo 12/89 de las manzanas o submanzanas, es decir el 13,5 %, albergan a más de 480 hab/ha, y de ellas 4, en vez de 26 anteriormente, colindan con la vía rápida). Por el contrario, es visible un aumento de la densidad en las manzanas retiradas de esta avenida, donde, aunque el número de manzanas con más de 480 hab/ha (6 y 8 pertenecían a esta

clase en 1982 y 1990 respectivamente) no ha variado, 15 manzanas (en vez de 13 en 1982) tienen una densidad entre 320 y 480 hab/ha, mientras que el resto se mantiene igual. Se puede, por lo tanto, constatar un ligero desplazamiento de las densidades causado por el abandono, muy relativo, de los inmuebles colindantes con la avenida Occidental, y el relleno, igualmente relativo, de las manzanas ubicadas más abajo.

Se puede suponer que la contaminación causada por la vía rápida y el deficiente mantenimiento de ciertos inmuebles son la causa de este desplazamiento. En realidad se trata solamente de una hipótesis que parece, sin embargo, confirmar la densidad de viviendas por manzana en esta parte del barrio donde, en la mayoría de casos, hay 120/150 viviendas/ha en vez de las 150/200 viviendas/ha anteriores. Más abajo, protegidas de las molestias causadas por la Occidental, ya sea ocupadas por grandes inmuebles o casas de 1 a 2 niveles, las manzanas han experimentado, por el contrario, un aumento de la densidad de viviendas por hectárea: 13 en vez de 8 en 1982, es decir una diferencia del 62 % (12 manzanas con 90 a 120 viviendas por hectárea

en 1982, de las cuales 4 colindantes con la vía rápida, y 14 en 1990, de las cuales una sola al borde de la Occidental). Los mapas que representan el número de piezas habitables disponibles por residente (cohabitación) en 1982 y 1990 confirman un aparente mejoramiento de las condiciones de vivienda en San Carlos. En efecto, mientras en 1982 en el 38,2 % de las manzanas o submanzanas se disponía de una pieza o más por persona, en el 34,8 % solo había 3 a 4 piezas para 4 personas (únicamente 4 manzanas no presentaban, en el mejor de los casos, más de 2 piezas para 3 personas, y en el peor caso, 1 pieza para 2 personas, y 2 manzanas, en el mejor de los casos, 3 piezas para 4 personas, y en el peor caso 2 piezas para 3 personas). En 1990, la situación ha mejorado claramente ya que todas las manzanas (o submanzanas) habitadas (5 manzanas que corresponden a parques o espacios sin habitantes) disponen de una pieza o más por persona, a excepción de 6 que cuentan con 3 a 4 piezas para 4 personas. Sería interesante conocer la(s) razón(es) de este mejoramiento, pero no se dispone de información al respecto. Quizás habrá que entenderlo como la consolidación de un barrio que, en





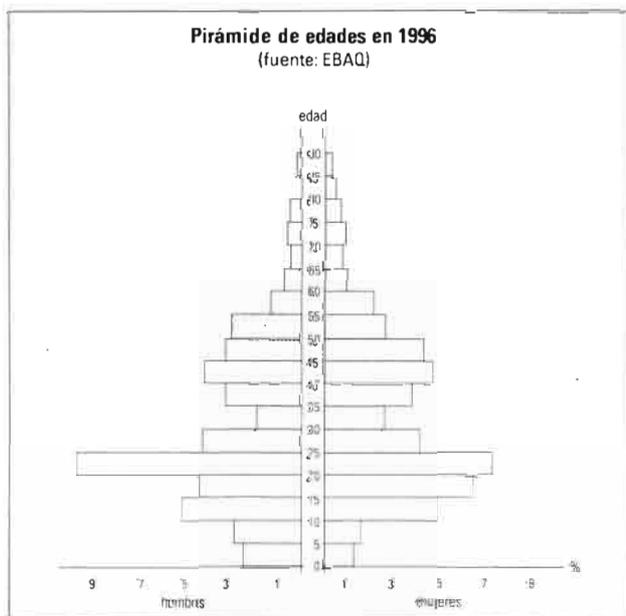
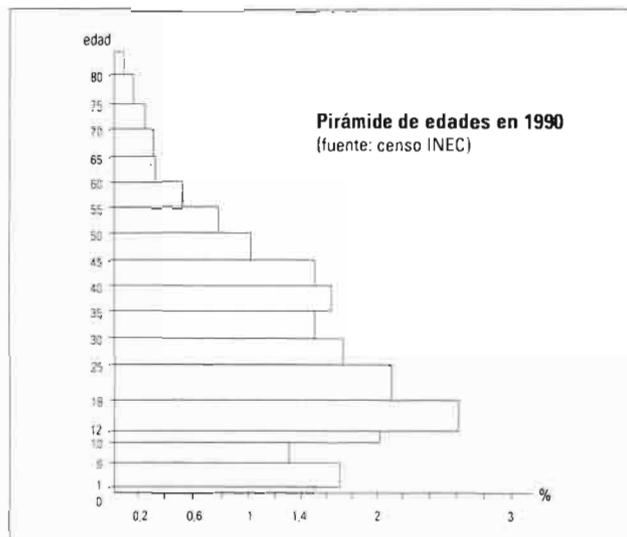
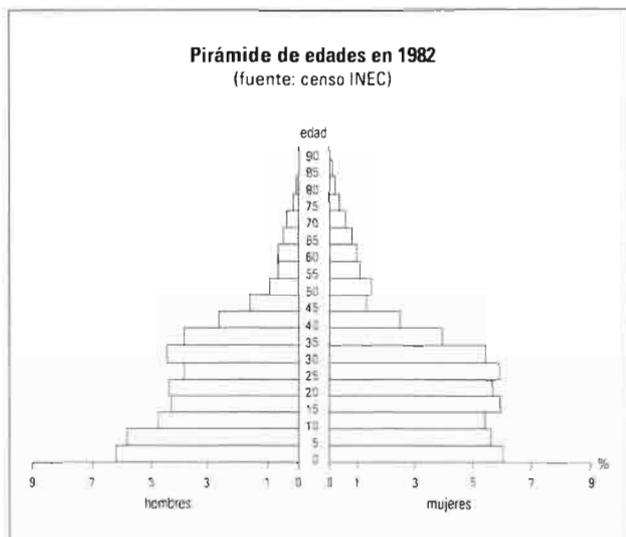
1982, aún no cumplía 10 años de existencia y que albergaba a familias relativamente numerosas, mientras que en 1990 (el barrio fue construido en 1973) los jóvenes de ese entonces eran ya, al menos en parte, adultos económicamente activos que han adquirido su independencia y probablemente, han dejado el barrio donde sus padres siguen alojándose en viviendas ahora menos ocupadas. Se puede esperar que el análisis de los datos demográficos y de su representación cartográfica permitirá aclarar este punto.

La demografía de San Carlos

Para 1982 se dispone de la pirámide de edades (por grupos de 5 años), distribuidas según el sexo y, por lo tanto, del índice de masculinidad por clases de edad de la población de San Carlos (GODARD, H.; MAXIMY (de), R.: lámina N° 33 del AIQ) tomada dentro de límites algo diferentes (ver el inicio de este capítulo), aunque ello no debería impedir la comparación, estructuralmente aun posible, con los datos de 1990, distribuidos solo por edades sin distinción del sexo. Además, la encuesta de 1996 (abril, 682 personas considera-

das) permite establecer una imagen muy significativa de la población estudiada. Basados en las mismas fuentes censales, los mapas de ubicación de esta población en 1982 y 1990, tomada por grupos de edad en las manzanas correspondientes, completan tales informaciones.

La pirámide de edades establecida con base en el censo de 1982, asciende casi en línea recta hasta la edad de 35 años para luego estrecharse rápidamente. Un tercio de la población tiene menos de 15 años, el 45 % menos de 20 y solo un 5 % sobrepasa los 60 años de edad. Según el índice de masculinidad, existe una mayoría considerable de mujeres: 100 por 84 hombres. Sin embargo, hay fuertes fluctuaciones que serán, en 1996, idénticas pero desfasadas en las edades y aún más marcadas (aunque con un *sex ratio* equilibrado: algo menos de 102 hombres por 100 mujeres), probablemente ya en 1990 (AIQ, lámina N° 33) cuando había menos de 80 hombres por 100 mujeres. Se observará que este índice de masculinidad se asemeja bastante al índice de 1982. Si en 1996 la situación es diferente, ello se debe probablemente al hecho de que los estudiantes-encuestadores realizaron sus



entrevistas en horas hábiles, optando por entrevistas a los presentes y privilegiando así a un grupo poblacional de características demográficas más estables, representado por las amas de casa.

En 1990, las clases de 25 a 45 años presentan una importancia casi idéntica aunque se constata una ligera reducción en el grupo de 30 a 35 años. Finalmente, en abril de 1996, este fenómeno se repite en el grupo de 35 a 55 años, esta vez con un grupo de 40 a 45 años ligeramente más importante. Si se considera que pasaron 8 años entre los dos censos y otros 6 años entre el último y la encuesta EBAQ, resulta normal que las personas que hoy tienen entre 35 y 55 años, tenían 6 años menos en 1990, es decir que se situaban entre 25/30 y 45/50 años y que, en 1982, tenían menos de 35 años. Existe una permanencia, índice de una estabilidad de implantación de una parte no despreciable de la población, aunque se observan diferencias significativas a nivel de los movimientos.

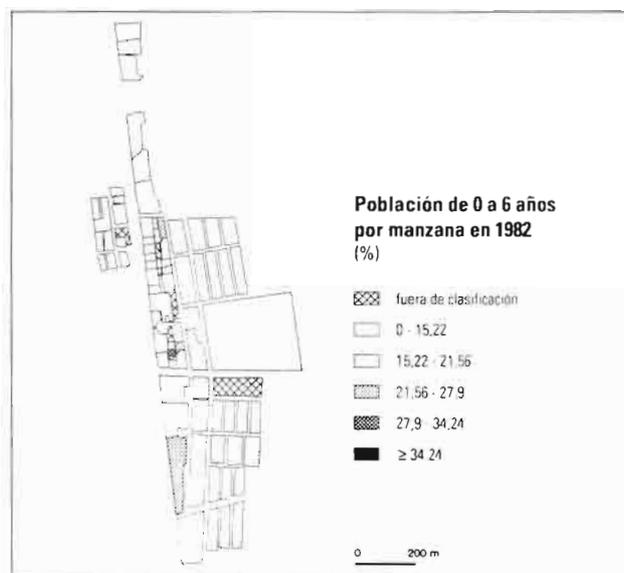
La pirámide de 1982 confirmaba las condiciones de poblamiento de San Carlos desde su construcción programada. De hecho, el acceso al hábitat económico, dise-

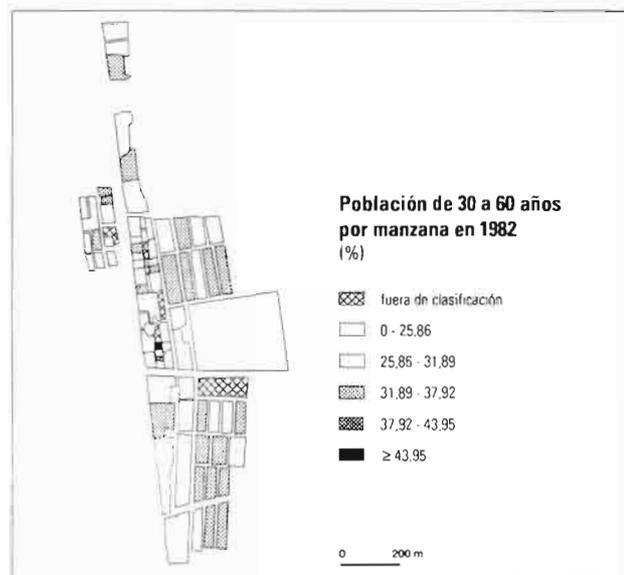
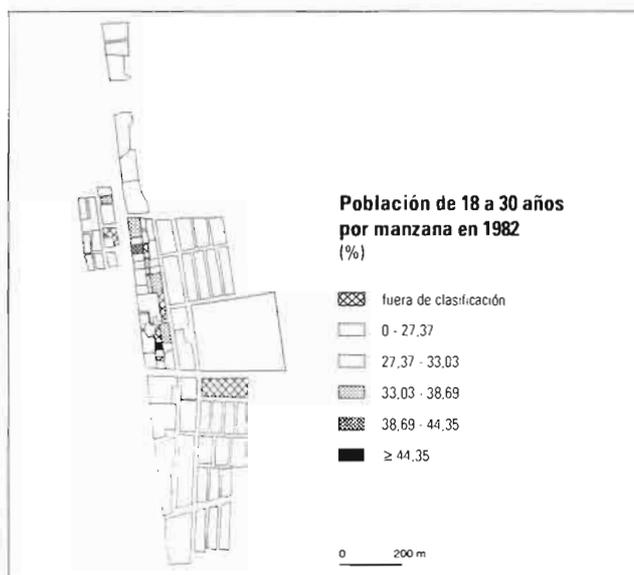
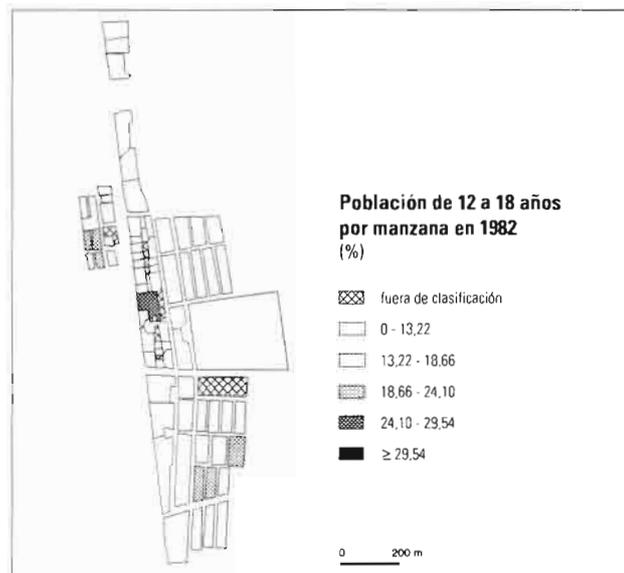
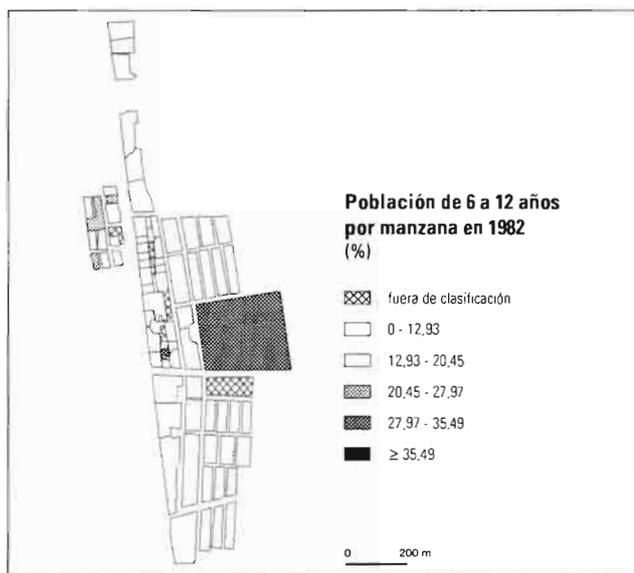
ñado como tal, tan característico de este barrio fruto de la política de mutualista, correspondió a una población de parejas jóvenes a relativamente jóvenes con un promedio ya de varios niños. En 1990, las clases de edad de 12 a 25 años siguen siendo fuertes. Se trata probablemente de los hijos de la primera generación que viven aún con sus padres (el hecho de tener una clase de 18 a 25 años esconde probablemente un corte que podría ubicarse entre las dos edades, lo que permite afirmar que nos encontramos en presencia del grupo de más o menos 5/15 años del censo anterior donde se constataba ya un crecimiento muy moderado de la población infantil). Luego, la base del histograma (una media pirámide) se estrecha considerablemente. Se puede suponer que muchos de los primeros habitantes de San Carlos que tienen entre los 50/60 años o más, siguen viviendo en el barrio y ya no se reproducen. Así se explica el marcado envejecimiento causado por la no-renovación generacional.

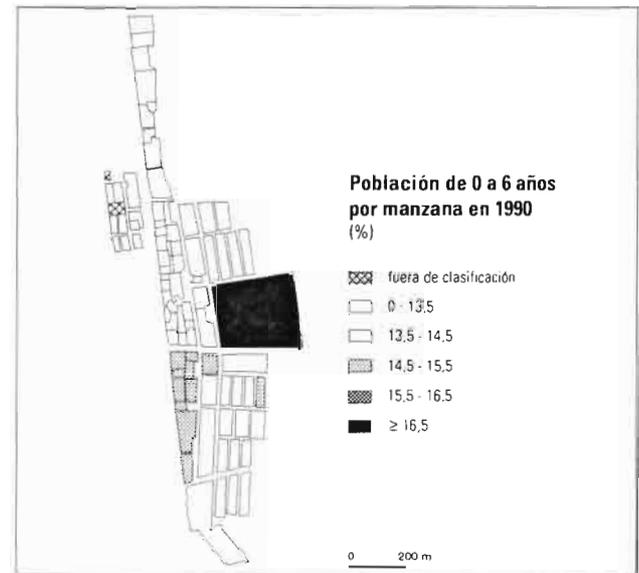
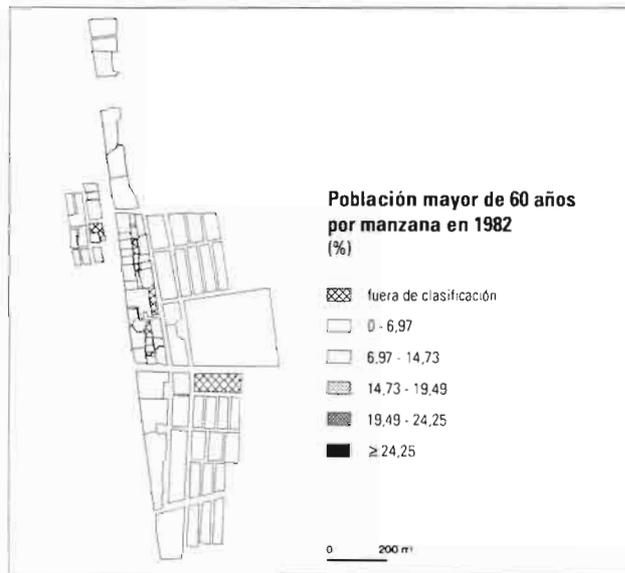
La pirámide de 1996, producto de una muestra estadísticamente no representativa (recordemos que ese no era el objetivo de la encuesta), es mucho más irregular pero no por ello menos decisiva. En ella se observa el envejecimiento previsto de una población sedentaria, la producción de la siguiente generación (25/40 años en 1990) ya instalada o llegada de otras partes (no se puede saber) y finalmente signos de envejecimiento que se acentúan con respecto a 1990. ¿Hay que concluir que se trata de una distribución tipo acordeón causada por las premisas de implantación en San Carlos, cuyo resultado es un grupo de edad relativamente estrecho (15/20 años de diferencia entre los más viejos y más jóvenes, es decir una media generación) que ingresa a la producción demográfica engendrando una nueva generación concentrada en 15-20 años que cesa luego de reproducirse y envejece? La nueva generación que termina la segunda mitad de su tiempo de crecimiento (equivalente a una generación, es decir el paso a su edad de reproducción) engendra entonces una tercera generación con una producción de niños que se estabiliza a un nivel más bajo que el de la generación anterior. El estrechamiento observado correspondería entonces a un período de latencia. De todas maneras, a la larga, la población de San Carlos que ha seguido creciendo entre los dos censos debería corresponder

a un grupo que ha alcanzado un equilibrio demográfico característico de las poblaciones urbanas (más o menos) acomodadas de fines de este siglo: una pareja que se reproduce, engendra dos hijos, rara vez más, lo que, teniendo en cuenta una mortalidad residual de niños y adolescentes, asegura una tasa de crecimiento demográfico cercana a cero. Se observa aquí un proceso demográfico muy diferente a los de los barrios más antiguos y más recientes de Quito (ver La Loma, San Juan etc. y también el Comité del Pueblo o La Ecuatoriana).

Los mapas de distribución por manzana de la población por grupos de edad muestran que en 1982 los niños y adolescentes se distribuían de manera homogénea y se situaban siempre por debajo del 22 % de la población de cada manzana en el grupo de los menores de 12 años, pudiendo la población alcanzar el 24 y el 30 % tratándose de quienes tienen entre 12 y 18 años. Esto confirma lo afirmado anteriormente, es decir que los que tenían esta edad en 1982 vinieron a San Carlos siendo niños (entre 1973 y 1982). En cambio, ora el grupo de edad de 18 a 30 ora

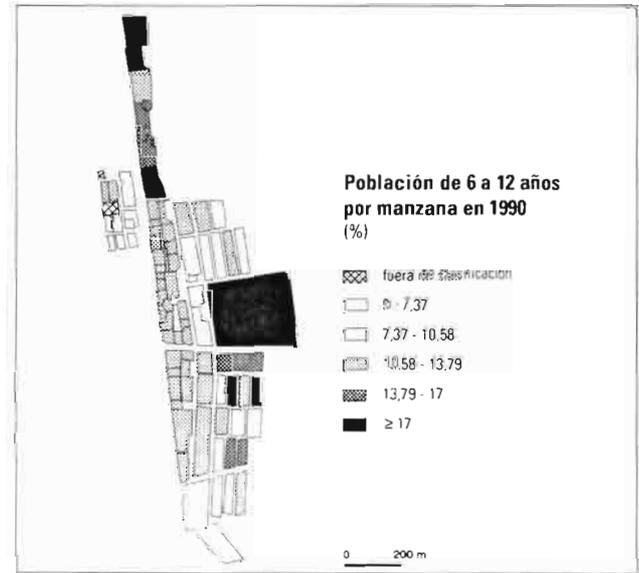


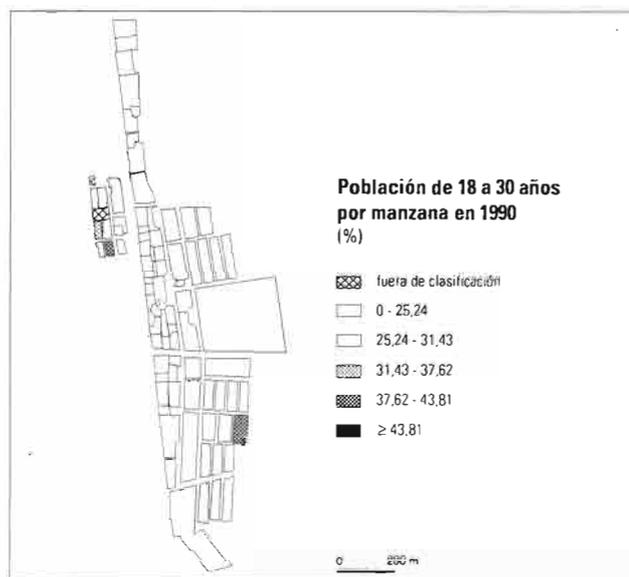
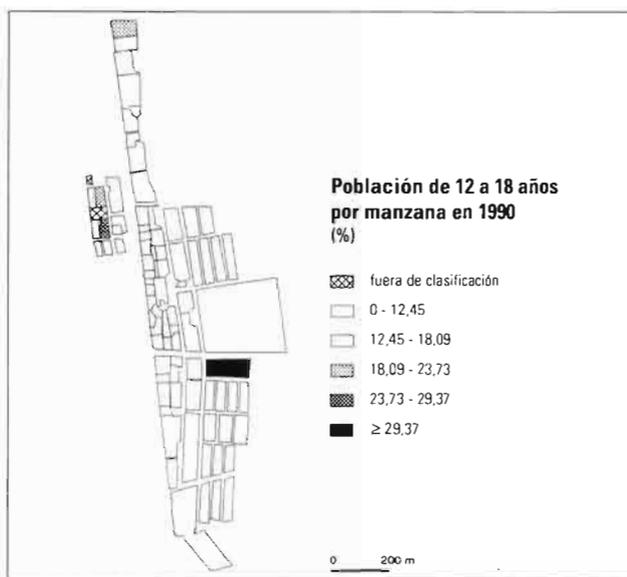




aquel de 30 a 60 años (si se observa la pirámide de edades, sobre todo entre los 20 y 45 años), en las manzanas de la parte central, las primeras construidas, en los bloques colindantes o cercanos a la Occidental, representan frecuentemente más del 30 % de la población de la manzana (lo que puede significar 3 a 4 niños por cada 2 adultos). En los sectores más retirados, donde las manzanas se caracterizan aún por bloques de cinco pisos pero también por casas individuales, el grupo de 30/60 años (en realidad de 30/45 años) es más numeroso que en otros lugares (32 a 38 %) y, en una manzana supera incluso el 38 %. ¿Se debería ver en este fenómeno el efecto del nivel de ingresos o de capital disponible, en la medida en que las casas individuales son accesibles necesariamente para quienes gozan de un cierto nivel de ingresos, tratándose de personas de más edad, es decir con una actividad económica rentable más prolongada que les ha permitido capitalizar el dinero necesario?

En 1990, solo se encuentra un número relativamente elevado de niños (entre 10,6 y 13,8 %) menores de 6 años en el grupo de inmuebles ubicados en las submanzanas





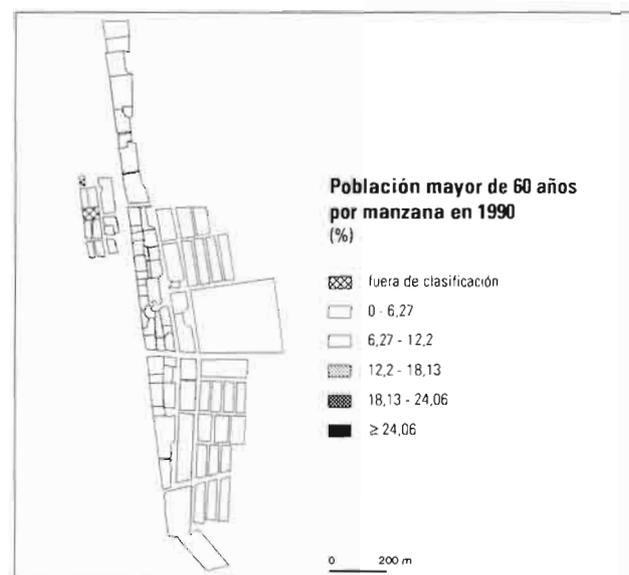
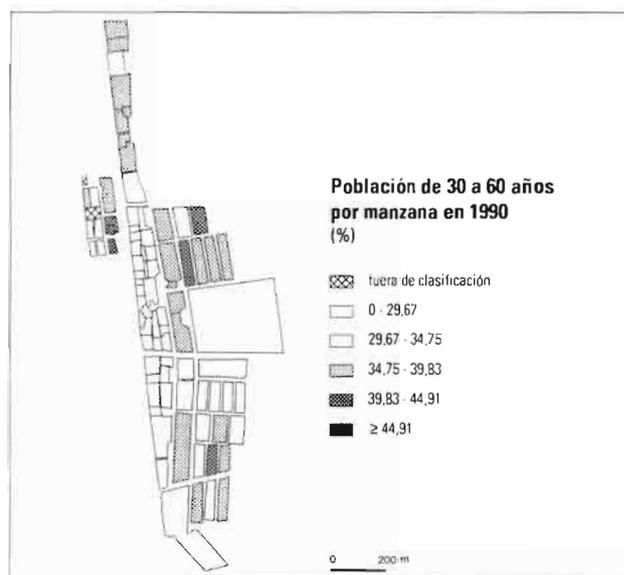
más sureñas de las que colindan con la avenida Occidental. En la clase de 6 a 12 años, el valor más frecuente es 10,6-13,8 % con un repunte hasta el 17 % y más en el grupo de inmuebles ubicados en las submanzanas más norteñas de las que colindan con la Occidental. ¿Habrán que interpretar esta situación en los dos casos como los efectos de una cronología en la terminación de la lotización y la subsecuente instalación de los habitantes? Si ese fuera el caso, ello significaría que este tipo de hábitat conserva un atractivo real para las familias con niños pequeños y que a medida que se concluyen las obras esas familias se instalan prioritariamente allí.

La localización de los adolescentes (12 a 18 años) parece confirmarlo. Son mucho más numerosos (12,5 a 18 %, 12,5% en otros lugares) en los inmuebles de las manzanas y submanzanas de la parte central y la que bordea a la vía rápida, de la lotización al igual que en los bloques y casas individuales ubicados más abajo. Esta vez, como era de esperarse, la clase de 18-30 años parece representar entre el 25,2 y el 31,4 % solo en 10 manzanas de las cuales ningun-

na se subdivide en submanzanas. En dos manzanas, esta clase de edad representa del 31,4 al 37,6 % de la población, y en otras dos, entre el 37,6 y el 43,8 %. En cuanto a la clase de 30 a 60 años (en 1990), 21 manzanas (de las cuales una se subdivide en submanzanas colindantes con la avenida Occidental) albergan del 34,7 al 39,8 % de las personas de esta clase de edad y 5 manzanas del 39,8 al 44,9 %. Existe entre un 6,3 y un 12,2 % de personas de más de sesenta años que viven en la mitad de las manzanas sin que su repartición parezca obedecer a una lógica particular de asentamiento.

Características del hábitat en San Carlos según la encuesta EBAQ

Las 177 familias de San Carlos consideradas en la encuesta EBAQ reúnen a 682 personas, 344 de sexo masculino (50,44 %) y 338 de sexo femenino (49,56 %). El 45,2 %, es decir 80 familias, vive en uno u otro de los edificios de cinco pisos, viviendas planificadas que fueron construidas en los años 1970 y caracterizan el barrio. Cada una de estas 80 fa-



milias comparte las escaleras de su inmueble con otras 9. En realidad, independientemente de su ubicación, únicamente algo más de la cuarta parte de ellas (50 familias: 28,25 %) disfruta de la exclusividad de toda una casa. La mayoría ocupa un departamento o parte de una casa. Veintisiete (15,25 %) viven en planta baja, las otras 100 (56,5%) en pisos altos. Como ya se dijo al comienzo de este capítulo, se trata de estructuras de hábitat colectivo, en su mayoría de cinco pisos (47 %), otras generalmente de dos pisos (34 %) y con menor frecuencia de un piso (12 %). Existen muy pocas casas no adosadas (menos del 2 % de la muestra). Fuera de los inmuebles divididos en departamentos que albergan la mitad de las viviendas estudiadas (50,6 %), las casas de dos pisos, adosadas o continuas representan el 47,6 % del conjunto y se distribuyen equitativamente entre los dos tipos de implantación (41 y 40 respectivamente). En un 95 % de los casos, las casas son habitadas por sus dueños, mientras que más de un tercio (37 %) de los departamentos está alquilado y el resto (63 %) ocupado por el dueño y su familia. Se puede deducir que el movimiento de las perso-

nas alojadas en departamentos es mayor, lo que puede explicar la presencia de las familias jóvenes encontradas en ciertas manzanas.

Esta posibilidad no necesariamente invalida lo propuesto anteriormente, pero sí lo matiza. Las viviendas se encuentran en bastante buen estado ya que los estudiantes (de arquitectura) que realizaron las entrevistas sólo identificaron una doceava parte (8,3 %) deteriorada. Se observan igualmente pocos jardines, en apenas un 11 % de las casas. Probablemente, en muchos casos el garaje ha ocupado el sitio del jardín, al igual que en toda la ciudad. En efecto, se censaron 53 garajes adyacentes a la vivienda (en aproximadamente el 30 % de ellas). Estas modificaciones pretenderían ser un índice de mejoramiento del nivel de vida. Representan una opción de existencia: teóricamente, la posesión de un automóvil ofrece una mayor movilidad, pero suprimir un jardín significa que ante la imposibilidad de tener vehículo y jardín (por insuficiencia de ingresos y de espacio exterior) se opta por el encierro en un espacio privado (la casa) lo que excluye en adelante la más mínima apertura

ra hacia el exterior, siendo probablemente el automóvil un signo de éxito social mayor que la capacidad de disfrutar de un espacio abierto privado. Hay que recordar, sin embargo, que la larga estación lluviosa y una temperatura exterior, considerada baja por muchos quiteños a partir de fines de la tarde, reduce relativamente el interés por un jardín de todas maneras demasiado estrecho. A pesar de ello, el ambiente exterior de la estructura habitacional en sí es casi en la misma proporción cerrado (45,6 %) y abierto (54,2 %). Ciertamente, la opción de urbanización adoptada favorece el retiro de las construcciones colectivas o individuales. Así, el 25 % de las familias entrevistadas vive en una de las lotizaciones programadas por un organismo público, el 11 % en una lotización privada (condominio) y el resto directamente frente a un espacio público, ya sea alineadas a lo largo de las vías (9 %) o retiradas de la calle (55 %), probablemente sobre todo en casas individuales con jardín o, en sustitución del mismo, un garaje. El acceso es siempre fácil y el 68 % de las personas entrevistadas dispuestas a contestar (sólo un tercio de los encuestados respondió a este punto) afirman encontrarse cerca de un lugar de paseo o de juego.

Los departamentos ubicados en los bloques cumplen con las normas internacionales para este tipo de vivienda de bajo costo diseñada para familias numerosas. Por esta razón, el 55 % de los departamentos cuenta con una superficie de 80 a 100 m², norma que rige también en Francia para los grandes departamentos de alquiler moderado. De las otras viviendas, el 16 % tiene entre 50 y 80 m², el 22 % más de 120 m² (28 % más de 100 m²). No existe una sola vivienda sin agua dentro del departamento. Todas, salvo tres no ubicadas en planta baja que estarían desprovistas de este servicio básico, están también conectadas a la red eléctrica y de evacuación de aguas servidas. La recolección de desechos domésticos está igualmente asegurada a excepción de los tres casos citados que no tienen explicación. El teléfono también se ha generalizado: ahora el 82 % de las viviendas visitadas cuenta con ese servicio, situación muy diferente a la de 1982 (de MAXIMO. R.; VEGA, J.: Otras redes: teléfono y energía eléctrica, lamina N° 25 del AIQ).

La movilidad habitacional de los actuales residentes

de San Carlos merece cierta atención. Probablemente, este barrio se pobló rápidamente en sus inicios. Desde entonces, su población se renueva bastante lenta y regularmente. Hoy en día, solo algo menos de un tercio de sus residentes actuales declara vivir allí desde aproximadamente veinte años atrás. Según la encuesta EBAQ, antes de 1982, aproximadamente el 5 % de las viviendas estaba ocupada por primera vez o cambiaba de ocupantes cada año. Después de esa fecha y hasta 1990, un promedio de 2,5 % de los entrevistados afirma haber llegado a San Carlos menos de un año atrás. Este porcentaje desciende al 1,3 % en 1991, sube al 3,4 % en 1992 y 1993, luego al 6 % en 1994 y alcanza un 10 % en 1995. Estas fluctuaciones y el hecho de que más del 16 % no supo indicar la fecha de su instalación en San Carlos y en la vivienda que ocupa, nos obliga a proceder con gran prudencia en la interpretación de este aspecto. En efecto, además de este importante margen de incertidumbre y la discutible representatividad estadística de la muestra en este punto, los mapas elaborados con base en los dos censos muestran que entre 1982 y 1990, se construyeron manzanas desocupadas anteriormente en las que se establecieron bloques habitacionales que correspondían probablemente a las últimas etapas del programa iniciado a principios de los años 1970. Por esta razón, no es exagerado pensar que la llegada de nuevos residentes no significa la salida de otros. Esta constatación refuerza la idea de que el barrio se ha consolidado, que su población es más bien sedentaria y que de todas maneras, un ritmo de cambio de 5 % y menos por año, si se excluye el año 1995 (que por cierto considera además los 4 primeros meses de 1996) no es nada sorprendente, en vista de que el *turn over* en muchas ciudades norteamericanas o europeas es mucho más marcado.

Nivel de escolarización, características socio-profesionales de los habitantes del barrio San Carlos, lugares de actividad de la PEA y desplazamientos cotidianos

El análisis del nivel de escolarización, de la profesión y actividades de los habitantes solo concierne a 614 personas, es decir al 90 % de la población abordada en la encuesta. Se carece de información sobre estos aspectos para el 10 % restante.

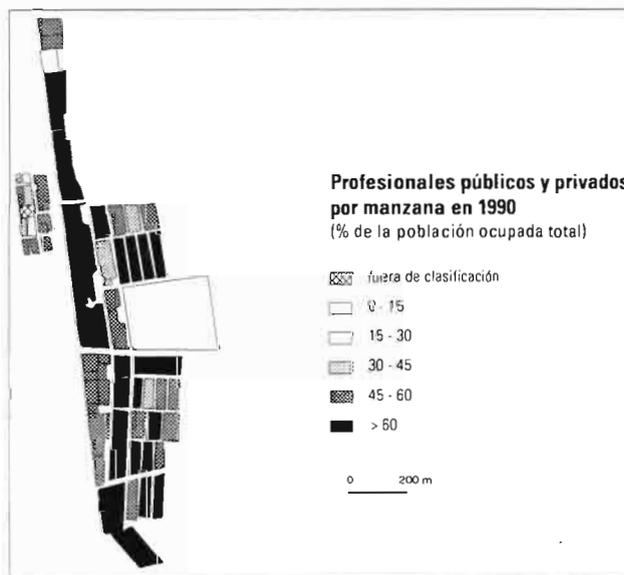
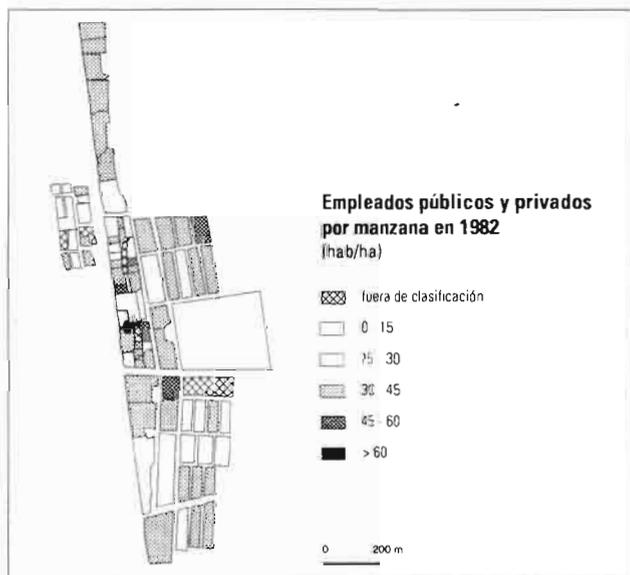
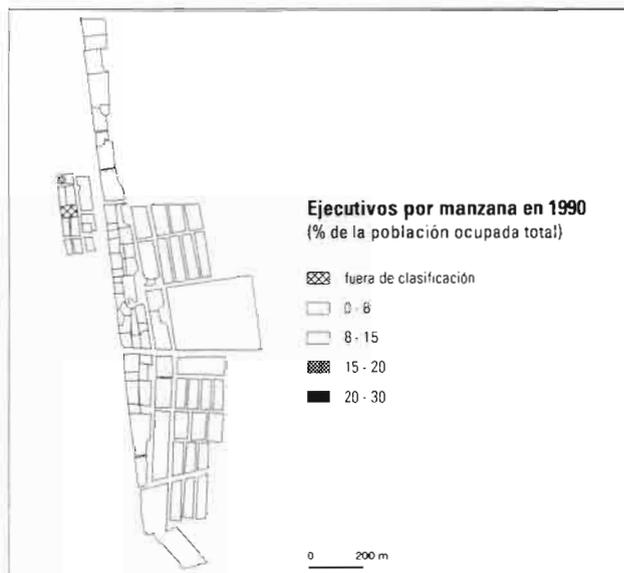
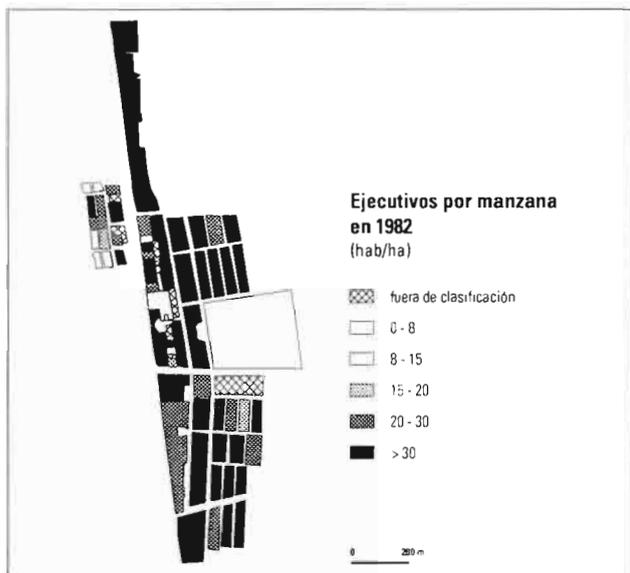
Las distribuciones porcentuales comparadas de 1982 y 1990 se presentan de la siguiente manera:

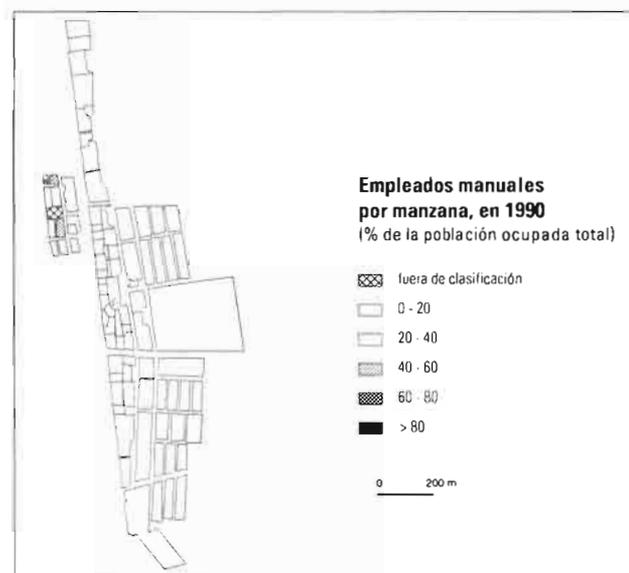
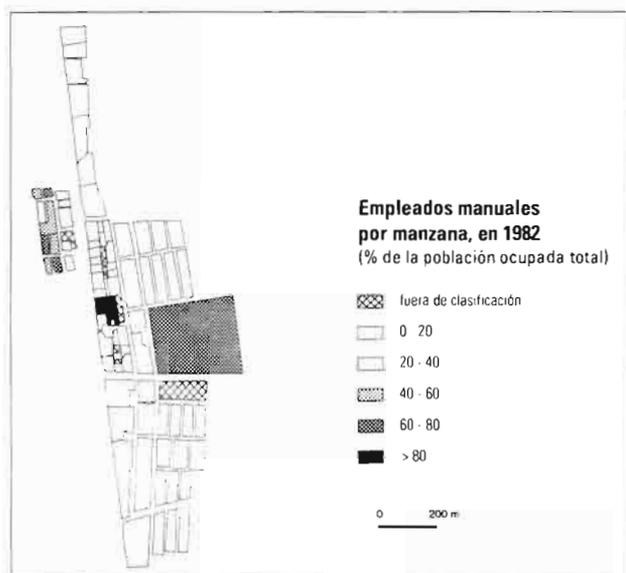
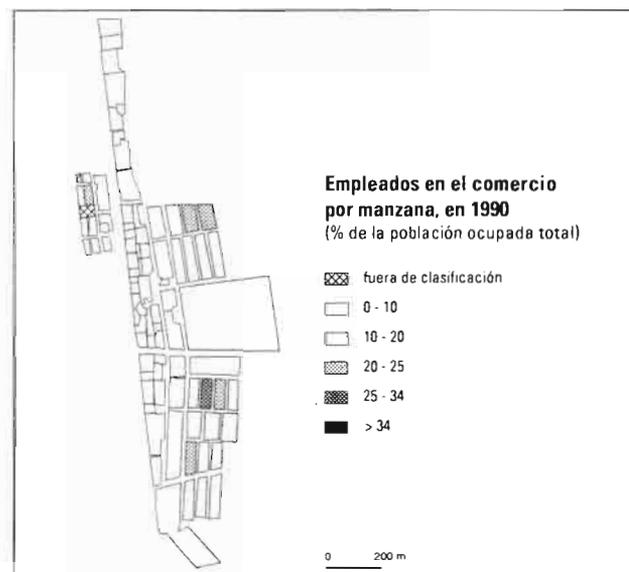
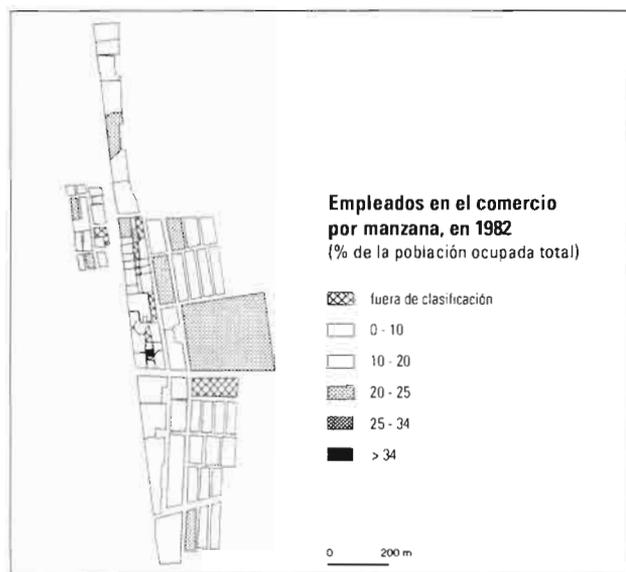
| CSP | % 1982 | % 1995 | fluctuación (%) |
|------------------------|--------|--------|-----------------|
| Ejecutivos | 33,6 | 23,62 | - 29,7 |
| Empleados | 34,95 | 55,91 | + 59,97 |
| Comerciantes | 13,43 | 12,6 | - 6,18 |
| Artesanos | 3,03 | 4,72 | + 55,78 |
| Obreros calificados | 6,61 | 0 | - 100 |
| Obreros no calificados | 8,4 | 0,79 | - 90,6 |
| Sin empleo | - | 2,36 | - |

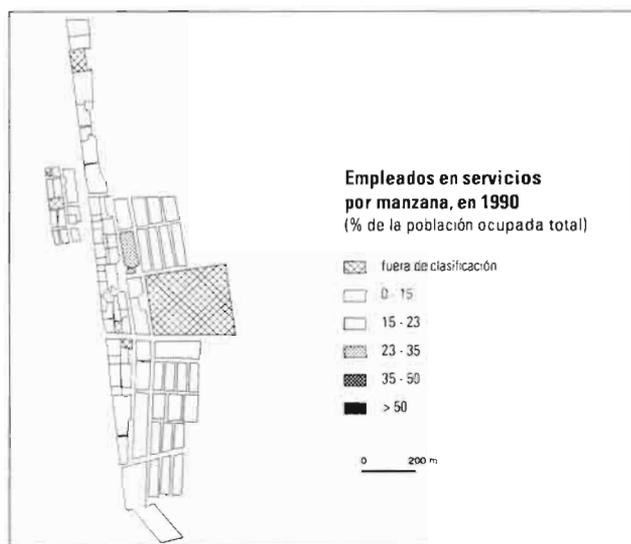
En 1982, el 55,28 % de los habitantes de San Carlos en edad de trabajar declaró tener un empleo remunerado. En 1995 esa cifra es del 53,47%, lo que muestra una gran estabilidad (3,3 % de diferencia entre las dos fechas) del número de personas que ejercen una actividad. Sin embargo, se constatan importantes modificaciones en la distribución profesional de la población. La disminución de los obreros no calificados (ya muy pocos en 1982: el 91% desapareció desde entonces) y la desaparición total de los obreros calificados son datos absolutamente espectaculares. Por otro lado, el considerable aumento de los artesanos es casi tan importante como el de los empleados asalariados (sector público y sector privado indistintamente). Esto se debe probablemente a que un determinado número de obreros calificados comenzó a trabajar por cuenta propia. Sin embargo, no se trata de una población numerosa. Se puede pensar que, tal como ya se observó en los barrios relativamente antiguos y bien consolidados, los hijos de los obreros son ahora empleados (casi un 60 % más, en casi 14 años), fenómeno constatado en todas partes, que se debe a la creciente preponderancia del sector de servicios en la economía moderna. La disminución del número de ejecutivos puede tener dos explicaciones: por un lado, el perímetro de San Carlos en 1982 abarcaba un mayor número de manzanas ocupadas por una población relativamente acomodada, y un número menor de inmuebles ocupados por una población de

clase media-baja; por otro, la definición adoptada para clasificar a los ejecutivos en la encuesta EBAQ es menos detallada. Sin embargo, se constata también un aumento del nivel de instrucción. En 1982, sólo el 11,84 % de la población de San Carlos estaba escolarizada, mientras que, de acuerdo a nuestra encuesta, la cifra correspondiente a 1995 se eleva al 32,84 %, es decir el doble de la población en edad legal para la escolarización. Esto significa que el acceso de los jóvenes de este barrio a la educación superior es mucho mayor que 15 años atrás. Este porcentaje puede ser muy exagerado, no solo porque el estudio no es representativo en este aspecto, sino también porque, como ya se dijo, se entrevistó sobre todo a familias con hijos pues estaban más presentes a las horas de visita de los encuestadores. Sin embargo, es seguro que al cabo de 14 años (1982-1996) la situación ha cambiado por completo y que la tasa de escolarización está en aumento y ello de manera considerable.

El análisis de los mapas de distribución según las CSP de 1982 (AIQ) muestra que en ese año, los empleados y trabajadores manuales representan más del 71 % de la PEA y se reparten en todo el barrio. En 1990, los ejecutivos, muy escasos, son difíciles de localizar y en ninguna parte del barrio los trabajadores manuales superan el 20 % de la población que declara tener un empleo. Los empleados (profesionales según la terminología del censo) en cambio, del servicio público o privado, representan más del 60 % de la población activa en la mitad del barrio y al menos del 45 al 60 % en la otra mitad, a excepción de 7 manzanas donde representan entre el 30 y el 45 %. Corresponden, según los mapas elaborados con las cifras del último censo, a una parte esencial de la PEA. Sin embargo, lo curioso es que esa repartición se hace en San Carlos según una simetría cruzada: las manzanas pobladas mayoritariamente (más del 60 %) por empleados se ubican al Norte, a lo largo de la avenida Occidental y también claramente retirados de ella a una distancia de dos manzanas, y al Sur a una distancia de una manzana. Las manzanas donde representan del 45 al 60 % se encuentran al Norte, a una manzana de distancia de la avenida Occidental, y al Sur, al borde de la misma y a una distancia de dos manzanas. En cuanto a la pe-







queña parte del barrio ubicada más al Oeste que la avenida, está ocupada por menos de un 60 % de empleados y en ocasiones menos del 45 %. Los empleados del comercio, y menos a menudo, de los servicios, se encuentran casi indistintamente en todo el barrio, salvo algunas manzanas muy retiradas con relación a la avenida Occidental, sobre todo aquellas donde existen casas adosadas con jardín, lo que implica ingresos fijos más elevados.

Ya en 1982 (censo, ver AIQ), San Carlos era un barrio equipado y atendido adecuadamente. Todos tenían electricidad (99,65 %) y el 97% de las viviendas estaba conectada a la red de agua potable. Lo mismo se puede decir de los servicios higiénicos, ubicados al interior de la vivienda en el 98 % de los casos. Como ya se vio, esto se debe al tipo de implantación (urbanización controlada) característica de este barrio: hábitat de bajo costo ciertamente pero construido de acuerdo a las normas mínimas de comodidad. Nada que ver, por lo tanto, con un barrio de autoconstrucción. Naturalmente, este tipo de hábitat programado por las mutualistas o los organismos públicos no es tan económico como se proclama. Sigue siendo inaccesible para los ciudadanos poco solventes, ya sea porque no tienen

ingresos regulares, o porque sus ingresos, aunque regulares, no son suficientes para entrar en un plan de ahorro que permita, por ejemplo, cumplir un contrato de arrendamiento-venta. No les queda otra opción. Si desean alojarse tienen que convertirse, en la precariedad, en promotores de su propia vivienda, implantada en espacios considerados no aptos para la construcción. Esta condición anula casi toda presión especulativa sobre el suelo haciéndolo accesible de facto para los desposeídos (proceso usual de las invasiones de tierra y extensiones ilegales que el Municipio se ve obligado posteriormente a aceptar). Las circunstancias en las que se creó San Carlos determinan, como ya se dijo, la homogeneidad de su población. Ahora bien, entre 1982 y 1996, esta homogeneidad parece haberse reforzado considerablemente. Es una de las afirmaciones que permite la encuesta de 1996, ya que, en la actualidad, los dos tercios de las actividades declaradas (68,5 %) corresponden a empleados o artesanos (igual nivel de ingresos) y algo menos de un cuarto (23,63 %) a ejecutivos, estos últimos en clara disminución. Así, el crecimiento, muy paralelo, de los empleados y artesanos permite afirmar que la población tiende hacia una clase media identificada según el tipo de empleo ejercido por su PEA efectiva (según la encuesta EBAQ, el 92 % de los empleos declarados corresponde a ejecutivos y empleados o artesanos). ¿Habría que suponer que los jóvenes ejecutivos con hijos se instalaron primero en San Carlos, barrio accesible a sus ingresos y adecuadamente equipado, para luego migrar hacia otros barrios (alquilando eventualmente el departamento del que serían propietarios en San Carlos) en la medida en que aumentaban sus ingresos (con el tiempo) y/o disminuían sus cargas (con la partida de los hijos)? La hipótesis puede ser defendida pese a que no se dispone de información alguna sobre este punto, pero existe, de todas maneras, una disminución del 30 % de ejecutivos en un lapso de quince años!

Con respecto al equipamiento en servicios a particulares, no se dispone de información reciente pero ya en 1987 (véase AIQ, lamina N° 27) se censaron aproximadamente 10 comercios y 6 servicios de otro tipo por cada 1.000 habitantes, incluyendo una tienda por cada 208 personas. Es muy posible que la situación haya cambiado en quince

años, probablemente mejorado, en el sentido de una adaptación a las condiciones actuales en vista de que se trata de un barrio con un poder adquisitivo real en el que el 63 % de las familias entrevistadas dispone de vehículo propio.

Los activos que declaran un ingreso regular, distribuidos según la categoría socio-profesional a la cual dicen pertenecer, constituyen solo una parte de la población de San Carlos. Hay que añadir todas las personas que permanecen en su hogar y la población escolarizada lo que, en 1982, representa el 64,63 % de las personas censadas y, en 1995, el 62,76 %. Aunque permanece la incertidumbre sobre la representatividad estadística, al menos en lo que respecta a las informaciones demográficas y de ocupación social de la población abordada por la encuesta EBAQ, hay que constatar la limitada disminución de las personas económicamente dependientes del ingreso monetario asegurado por la PEA. ¿Habría que interpretar este hecho no solo como una consolidación de las condiciones de vida, sino también como un tímido acceso de las mujeres a un empleo remunerado? ¿O como un aumento de las necesidades de consumo que provoca una búsqueda de dinero adicional? ¿O, por el contrario, un ligero deterioro de la situación económica de las familias que exigiría que un mayor número de personas trabaje para sobrevivir? Es una interrogante interesante pero no es posible dar una respuesta con la información de que se dispone.

Sea como fuere, prácticamente todos los hombres en edad de trabajar que declaran tener una ocupación económica son mayoritarios con relación a las mujeres: constituyen casi las tres quintas partes (58,66 % frente a 41,34 %) de la PEA. Sin embargo, las mujeres tienen un peso considerable en la economía financiera del hogar en vista de que más de la mitad de las que están en edad de trabajar (52 %) ejerce una profesión exclusivamente en actividades de servicio, como ejecutivas o empleadas. El 48 % restante, 14,37 % de todas las personas estudiadas, es clasificado como «ama de casa» (una función al parecer aún bien aceptada en el Ecuador). Declaran permanecer en la casa aunque no son jubiladas, discapacitadas o necesariamente madres con hijos pequeños. Todas han estado escolarizadas. La mayoría de ellas (91 %) ha cursado estudios secundarios o superiores: el 25,5 % de-

claro haber seguido estudios superiores, el 65,5 % ha terminado la secundaria y solamente el 9 % no ha ido más allá de la primaria. Existe apenas un 44 % de las mujeres que han realizado estudios secundarios que trabaja, pero el 68 % de las que siguieron estudios superiores, lo hace.

Finalmente, entre las personas que permanecen en sus hogares, los jubilados (3,37 %) o niños pequeños, y enfermos o discapacitados (4,15%) representan el 7,52 % de la población de la muestra.

El análisis de la población económicamente activa permite precisar el sitio que ocupa cada sexo en las diferentes categorías socio-profesionales. Resulta notable que el porcentaje de esa población que solo tiene estudios primarios, independientemente de las categorías socio-profesionales, es ínfimo: 2,36 %. Esta proporción corresponde a algo más de un tercio (39 %) tratándose de las personas de ambos sexos que cursaron únicamente estudios secundarios (30 %) o técnicos (9 %). Las mujeres representan el 58 % de los trabajadores con estudios secundarios, mientras que casi solo hay hombres que han seguido estudios técnicos (91 %). Sin embargo, dos tercios de las mujeres (68 %) que han realizado estudios universitarios o politécnicos tienen un empleo.

La distribución socio-profesional demuestra la preponderancia numérica masculina, salvo en el caso de los empleados del sector privado (40/40) y los comerciantes (47 % de hombres / 53 % de mujeres). Así, entre los ejecutivos la proporción de mujeres «activas» (remuneradas) con estudios superiores es de una por cada dos hombres (16/33). Tratándose de las personas de esta categoría sin estudios superiores, la proporción se invierte sin ser significativa (concieme un número reducido de personas: 7 mujeres. 4 hombres). Cabe igualmente anotar que las mujeres ejecutivas son tres veces más numerosas en el sector público que en el sector privado, pero, a la inversa, los servicios (salvo los comerciantes independientes) del sector privado emplean dos veces más mujeres (40/20) que los del sector público. Los trabajadores manuales que viven en San Carlos (barrio del que se destacó ya la homogeneidad de los residentes) son escasos y todos los entrevistados declararon ser artesanos u obreros independientes. Representan menos del 5% de la

población económicamente activa y hay una mujer por cada diez hombres. Solo el 1 % de la población en edad de trabajar se declaró desempleada.

De la población estudiantil (escuelas, colegios y universidades), el 19,3 % está en la primaria, el 49,6 % (la mitad) en la secundaria, el 31 % en la universidad y solo el 2 % recibe una formación técnica. La relación es de 60 muchachos por 40 muchachas (168/111) en la muestra que abarca a 69 individuos masculinos entre 6 y 18 años y únicamente 56 de sexo femenino para la misma clase de edad. La diferencia se encuentra a lo largo de todo el ciclo educativo: primaria, 39/17; secundaria, 73/63; superior, 55/30. La encuesta no proporciona los elementos necesarios para explicar esta situación.

Complementariamente, se debe analizar si existe una diferencia notable según sexos y categorías socio-profesionales o actividades (a excepción de las mujeres que permanecen en sus hogares) con respecto a los horarios de trabajo y la distancia entre el lugar de residencia y el lugar de actividad, empleo o escolarización.

Consideremos en primer lugar la situación global de la relación residencia/empleo, los horarios de desplazamiento cotidiano y los medios de transporte utilizados. En todas las actividades y profesiones sin distinción, incluyendo a los estudiantes, pero excluyendo a las amas de casa, los jubilados, los niños pequeños o los discapacitados, solo pocas personas (6,75 %) declaran desarrollar una actividad en el barrio mismo y de ellos, más de la mitad (3,57 %) la ejerce a domicilio. Generalmente se desplazan a pie. Su distribución según las CSP no es significativa.

Se puede también suponer que un determinado número de estudiantes está escolarizado en el barrio donde existen 2 escuelas primarias, pero solo se tiene la información sobre los lugares de estudio para el 86 % (236/247) de los estudiantes encuestados. La información es aún más limitada en lo que se refiere a las horas de salida al colegio o a la universidad. Al parecer, para este grupo se "olvidaron" los movimientos al interior del barrio o hacia los barrios vecinos. Igualmente hay muy pocos habitantes de San Carlos (1,2 %) que trabajan en un barrio vecino.

De hecho, dada su ubicación y su tipo de implantación, San Carlos tiene prácticamente solo una función residencial. Cuenta con algunos comercios y servicios, pero de mediana importancia. Tampoco cuenta con colegios. Esta situación obliga a las personas económicamente activas a desplazarse bastante lejos para ir a trabajar. Es así como el 21,43 % se desplaza a diario más de 2 kilómetros pero menos de 5 km y el 67,86 % más de 5. Aunque en un perímetro de 800 metros alrededor de los límites del barrio existen 3 establecimientos secundarios y 14 escuelas primarias, entre ellas las dos únicas censadas en el barrio, un muy alto porcentaje de los estudiantes censados se desplaza también diariamente más de 2 kilómetros (20,76 % entre 2 y 5 km), o más de 5 kilómetros (74,58 %).

La salida de casa para ejercer una actividad diaria, escolar o profesional, se inicia bastante temprano. Antes de las 7 a.m., buena parte de los migrantes diarios (41,14 %) ya ha dejado su domicilio. Aquí la proporción de estudiantes es preponderante: 31,07 % de las salidas y más de la mitad de la población escolar (51,08 %). Se sabe que habitualmente, los colegios y universidades inician sus actividades antes de la apertura de las oficinas. De los 232 estudiantes que indicaron su medio de transporte, 13 se desplazan en automóvil particular. Suponiendo que todos ellos son transportados por uno de los padres o un amigo que se dirige a su trabajo (es decir 13 x 2 personas), esto abarca una séptima parte (7,23 %) de las salidas tempranas y 5,69 % del conjunto de las salidas matinales. Ochenta y cinco estudiantes son recogidos por un autobús escolar. También salen temprano aunque se puede suponer que, incluso si se alejan más de 5 kilómetros de su domicilio, su salida de casa se produce hasta las 7:20 a.m. Este sistema de transporte corresponde sin duda a una buena parte de la salida masiva y muy temprana de la población escolar. Si se considera solo la población económicamente activa que se dirige a su trabajo, el movimiento no está tan concentrado en el tiempo. En efecto, únicamente el 19,25 % de las personas que indican su hora de salida parte antes de las 7 a.m., mientras que el 53,97 % lo hace entre las 7 y 8 a.m.: de ellos el 46 % entre las 7 y 7:20 a.m., el 25 % entre las 7:20

y 7:40, los demás (29 %) antes de las 8. El 17,57 % de la PEA sale a trabajar entre las 8 y 8:30. Luego, el movimiento se reduce (5,86 % antes de las 9 a.m. y 3,35 % después de las 9). El tiempo de transporte más usual es de 15 a 30 minutos (48,42 %), pero el 42,53% de los desplazamientos toma entre media y una hora, mientras que el 6,79 % estima que demora más de una hora en llegar a su lugar de actividad profesional o escolar. Contrariamente a lo que se pudo observar, por ejemplo en San Juan, el tipo y las condiciones de urbanización de San Carlos hacen de él un barrio alejado de los lugares de actividad. Por ello, con excepción de buena parte de los estudiantes, los residentes no regresan a sus casas para el almuerzo. Solo un tercio de la PEA (31,8 %) lo hace y de ellos el 63 % vuelve a salir, tratándose, probablemente, de los que trabajan en el barrio.

Al igual que en los otros barrios, el regreso es más disperso y menos preciso aunque 130/282 personas (46 %) declaran regresar antes de las 6:20 p.m., 92 (32,6 %) de ellos antes de las 6 y 38 (13,5 %) entre las 6 y las 6:20. De ellos, una quinta parte (26/130) son estudiantes. Por otra parte, casi el 35 % de los regresos, de los cuales algo menos de la mitad corresponde a estudiantes, se produce después de las 7:30 p.m., lo que significa que pueden tener lugar hasta tarde en la noche. Sin embargo, se pueden observar dos momentos con un poco más de concentración, antes de las 6:30 p.m. con el 49 % de los regresos en menos de una hora, luego un período vacío, y nuevamente una llegada, ciertamente poco marcada (16 %) alrededor de las 7 p.m. (de todos modos antes de las 7:30 p.m.). No se puede afirmar que existan horas particulares de dirigirse al trabajo y de retorno a casa según las profesiones. Lo contrario habría sido sorprendente en vista de la homogeneidad real de la población con respecto tanto a su edad como al tipo de empleo: actividades de servicio (público o privado, incluyendo los pequeños comercios).

El medio de transporte más utilizado es el autobús. Corresponde al 47 % de los desplazamientos no realizados a pie, siendo los estudiantes los utilizadores mayoritarios (53,4 %). Le siguen los medios particulares (27 %), utilizados por la mitad de la PEA, sin distinción de las profesiones a excepción de las mujeres empleadas en el sector público

y los empleados de ambos sexos del sector privado. El transporte colectivo de las empresas beneficia solo al 9 % de la PEA pero como ya se señaló, el 40 % de los estudiantes que no se dirige a pie a su escuela, colegio o universidad, es recogido por un transporte escolar.

Si hubiera que sacar conclusiones sobre este capítulo, se diría que la situación de San Carlos no refleja particularidad alguna, a no ser su alejamiento relativo de los lugares de actividad escolar y económica, pero se trata de una característica que comparte con los barrios que se implantaron o desarrollaron después del despertar económico ecuatoriano provocado por el auge petrolero.

Lo que piensan los habitantes de San Carlos de su barrio, de los otros barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito

Los habitantes de San Carlos afirman masivamente apreciar su barrio, pues apenas el 4 % declara no estar muy a gusto allí. Un número un tanto más elevado, el 8,5 %, encuentra que el barrio no les satisface. Así, globalmente, la gente está satisfecha aunque el 61 % quisiera cambiar de casa y, un número mayor, 69,4 %, inclusive de barrio. Son paradojas normales evidenciadas por las encuestas de motivación cuando las personas entrevistadas responden espontáneamente. A veces depende del estado de ánimo, y más frecuentemente se trata de deseos contradictorios: se desea un alojamiento mejor, financieramente inalcanzable, por lo tanto el barrio es conveniente e inclusive apreciado, aunque uno se mudaría de buena gana si fuera posible. Aquí no se puede hacer abstracción de las ventajas y desventajas que se combinan para producir expresiones opuestas.

En orden decreciente, los residentes aprecian la cercanía de los lugares de abastecimiento (62 %), salud (56 %), trabajo (49 %), estudios (47 %) y recreación (46 %). Si bien las respuestas son previsibles en lo que se refiere a los lugares de aprovisionamiento, salud y recreación por tratarse de un barrio preconcebido y, por lo tanto, acondicionado y dotado del equipamiento económico y social básico, resulta algo sorprendente que casi la mitad de personas entrevistadas consideren cercanos los lugares de estudio y trabajo. Se sabe que las tres cuartas partes de los estudiantes y la mi-

tad de la PEA se desplazan diariamente más de 5 kilómetros desde su domicilio, trayecto equivalente a por lo menos media hora. Para explicar este fenómeno, hay que recordar que los desplazamientos de un cierto número de estudiantes no fueron declarados, tratándose probablemente (hipótesis formulada entonces) de aquellos que se desplazan por sus propios medios a un establecimiento escolar cercano. La declaración anterior parece confirmarlo. Se puede también suponer que las personas que indican la cercanía relativa, antes de instalarse en San Carlos, tenían condiciones menos convenientes (o que se esperaban lo peor cuando vinieron a este barrio), o que el tiempo de espera del transporte público y las posibilidades de circulación les parecen muy satisfactorias. Es verdad que en la Occidental y, en menor grado, en la avenida de la Prensa, se puede circular a una velocidad regular, sobre todo antes de las 9 a.m. También es verdad que San Carlos está bien conectado, y por lo tanto mejor integrado, al conjunto económico y social de Quito, hecho reconocido por el 31 % de los entrevistados.

Los otros argumentos positivos se refieren a las condiciones sociales de vida: «vecindario agradable», 64,3 %; «buena convivencia», 53,2 %; «tranquilidad», 46,8 %; «privacidad», 40,5 %, «buena conexión con el conjunto de la ciudad», 31 %; finalmente, «seguridad» 23 % —mientras que solo el 28,6 % de los entrevistados habla de «inseguridad», valor bastante bajo en comparación con los barrios populares y de clase media baja o media de Quito—. Se mencionan luego la buena vista (24 %), argumento frecuente en Quito, la buena ventilación (17 %) —lo que depende de la distancia de la avenida Occidental—, la limpieza del barrio (21 %) y también el espacio exterior disponible (13,5 %).

Sin embargo, no todo agrada. Aparte de la inseguridad mencionada, el 38,2 % de los encuestados considera que las viviendas son demasiado pequeñas, pero solo el 4,76 % que son caras. Por el contrario, el 21,4 % piensa que la vivienda es barata. Se trata sin duda, en ambos casos, de respuestas de inquilinos. Puede ser que ello esté ligado a la fecha del contrato de arrendamiento, ya que en los últimos años, ha habido un importante aumento de los precios. Una persona de cinco lamenta la distancia del lugar

de trabajo o de los establecimientos educativos y también una de cinco se queja de molestias causadas por la basura o la falta de higiene. Sin embargo, apenas un 15 % de las personas entrevistadas considera a los grandes equipamientos urbanos, como la avenida Occidental, como contaminantes, mientras que el 9 % se queja de la contaminación causada por los vehículos. Evidentemente, hay también personas que denuncian deficientes condiciones de vida (8 %), un vecindario desagradable (6,4 %), la falta de lugares de recreación (4,8 %) o el aislamiento (2,4 %). Se trata de reacciones marginales que ciertamente no pueden ignorarse, pero no menoscaban la imagen positiva del barrio visto por sus habitantes.

Por ello, no sorprende que el 85 % de ellos, e inclusive casi el 92 % si se considera a quienes dicen no saberlo, aunque sí saben que no les disgusta, afirman que el barrio les agrada. A todas luces, esta apreciación es dictada por la razón. El barrio les satisface porque viven en él, pero eso no significa que no haya ningún otro barrio que les parezca más atractivo y que no se mudarían si tuvieran los medios para hacerlo. En esta parte de la encuesta, las preguntas suscitan respuestas dobles y a veces contradictorias: se tiene una idea del barrio más atractivo, pero no es necesariamente el barrio que se escogería para vivir. Es como si la primera pregunta «¿En su criterio, cuál es el barrio más atractivo de Quito?» correspondiera a una pregunta de examen, distante, a la que hay que contestar con base en ideas preconcebidas y compartidas. Entretanto, la segunda pregunta «Si tuviera los recursos para cambiar de vivienda y de barrio ¿qué haría?» les atañe directamente y exige una respuesta muy personal. Sin embargo, hay que mencionar que de las 148 respuestas explícitas (12 % no detalló su respuesta), el 14,9 % no sabe o no ve ninguno, casi un tercio (29,7 %) afirma que su barrio es el más atractivo y el 55,4 % restante distribuye su elección entre 42 barrios o grupos de barrios. Aquellos ubicados en las faldas del Pichincha, ocupados por gente acomodada (clase media-alta) son citados en primer lugar (17,57 %); les siguen los barrios ricos (12,8 %), una u otra ciudad pequeña o nuevas urbanizaciones en el valle (la depresión interandina más cercana a Quito), y finalmente los barrios populares (10,1 %), las urbanizaciones progra-

madras y lotizaciones diversas de la parte norte de Quito. El Centro Histórico y el Norte, sin más precisión, solo son citados tres veces y el Sur, igualmente sin precisión, una vez.

Un tercio no quiere cambiar de vivienda (32 %) o de barrio (34,59 %). A ello se debe añadir un 4,8 % que cambiaría de casa dentro del mismo barrio y un 9,4 % que solo se mudaría a un barrio del mismo tipo. Se puede, por lo tanto, afirmar que el tipo de barrio representado por San Carlos satisface absolutamente al 44 % de sus habitantes. Esto implica que el barrio, bastante mal mantenido, podría, mediante un esfuerzo municipal —mantenimiento y equipamiento más denso y más adecuado, refacción de ciertos inmuebles, arreglo de espacios públicos— ser mucho más atractivo. Mientras los demás (49 %) desean vivir en otro barrio, la mitad de ellos en las afueras de la ciudad, un número bastante mayor (casi 68 %) desea por lo menos cambiar de vivienda. Sin embargo, casi no se argumenta ese deseo. Algunos quieren tener casa propia, otros buscan la tranquilidad y un buen vecindario o una mayor cercanía al trabajo, a los comercios y otros lugares bien equipados, pero la gran mayoría (82 % de los que cambiarían de barrio) no explican su deseo. Parece tratarse en cierto modo de la expresión vaga de un sueño imposible y prueba, en todo caso, que la pregunta los toma desprevenidos y provoca un «sí, por qué no...» o un «si tuviéramos los medios...», pero en realidad, no saben explicar su respuesta.

Se ha visto que para una gran mayoría resulta satisfactorio vivir en San Carlos, pero asimismo, de poder hacerlo, muchos aceptarían cambiar de vivienda e incluso de barrio sin saber explicar la razón. Esto no excluye que entre tanto se deseen algunas mejoras. Lo que más se demanda es seguridad (45 %) en forma de controles más severos (23 %) y el fortalecimiento de la vigilancia preventiva (22 %), seguido por el mantenimiento de los equipamientos públicos (24 %), sobre todo de los parques y espacios recreativos (12 %), y las demás obras (9 %), las vías y las diversas redes. Igualmente se espera una mejor política de transporte. Se menciona al Municipio como primer responsable de tales mejoras: el 52 % de las respuestas a la pregunta «¿quién debe realizar estas modificaciones?» se pronuncia en este sentido. Se espera su intervención sobre todo a ni-

vel de la seguridad y la prevención de la delincuencia (un cuarto de las respuestas) y la limpieza de calles y parques. Como segundo ejecutor se menciona al Estado, sobre todo para la seguridad. Es evidente que para los habitantes hay una real deficiencia de los poderes públicos. Sin embargo, no sólo se trata de ellos, pues un número no despreciable de respuestas mencionan las asociaciones o acuerdos entre vecinos para la vigilancia y también la limpieza del barrio, así como la conservación y el mantenimiento de los equipamientos públicos. Esto refleja tal vez una toma de conciencia de la falta de educación cívica de los habitantes quienes deberían considerar los equipamientos del barrio como suyos y de su responsabilidad.

Ante estas respuestas cabría preguntarse si un barrio de población homogénea favorece la responsabilidad ciudadana de los habitantes. Desgraciadamente, si bien se espera mucho de las organizaciones y asociaciones barriales en las áreas mencionadas, se trata más bien de un deseo que de un consenso para una acción militante. En todo caso, los que lo mencionan no parecen interesarse ni preocuparse en comprometerse en este tipo de actividad necesariamente voluntaria y benévola. En efecto, el 88 % de los que contestaron a la pregunta «¿Participa usted en una asociación barrial?» afirmó no hacerlo, aunque algo más de un tercio de las personas entrevistadas dice participar en acciones comunitarias, concretamente en las mingas (44 %) y en las fiestas (27 %). Todos reconocen el interés de las asociaciones que permiten establecer relaciones abiertas entre vecinos, pero nadie va más lejos en el análisis.

Independientemente de la pregunta hay siempre entre un cuarto y un tercio de los habitantes de San Carlos muy apegados a su barrio: el 28 % le coloca en el primer lugar de sus preferencias, mucho antes de los barrios ricos (23 %) como El Condado y El Batán, ambos citados 11 veces (14 %), el valle (11 %) y La Gasca (6 %). Luego, las opciones son más dispersas: 22 barrios, entre ellos, la Rumiñahui citada 4 veces y el Centro Histórico 2 veces. Como segunda opción, San Carlos, aunque nombrado únicamente en un 14 % de las respuestas, sigue siendo el más apreciado, seguido del valle y Carcelén, cuyas similitudes con San Carlos ya se mencionaron. Si se contabilizan las res-

puestas de otra manera, San Carlos resulta en primera, segunda o tercera posición en un total de 67 veces, los barrios ricos también 67 veces y el valle 29. Finalmente, los barrios acomodados, confortablemente burgueses, ocupados por las clases medias con un poder adquisitivo satisfactorio, son citados con mayor frecuencia (98 veces). Todos se distribuyen en el centro-Norte y el Norte de Quito.

Pese a estas preferencias, a la pregunta «¿Cuál es el barrio más representativo de Quito?», las respuestas recaen en el Centro Histórico en 72/139 de los casos, es decir casi el 52 %. Le sigue La Mariscal (8,6 %), San Carlos (5,75 %), La Loma y La Ronda, dos sectores unidos al centro (6,5%) y San Juan (5 %) en fuerte simbiosis con el mismo. Se puede entonces decir que como barrio más representativo de Quito, el Centro Histórico recoge el 58,5 % de las respuestas, basadas en su antigüedad y su valor histórico, presentadas como tales con una referencia igualmente a la tradición y al patrimonio. Otra de las razones mencionadas, el turismo, no es citado sino 4 veces. Por lo tanto, no es sorprendente que 156/161 opiniones formuladas sobre la rehabilitación del Centro Histórico sean positivas (62,7 %), e incluso muy positivas (34,2 %). El 3 % restante se reparte en «más o menos bien» y mal (uno dice que «hay que mandarlo al diablo», otros dos que el dinero sería mejor utilizado en otra parte). De aquellos que expresan una opinión, el 53 % afirma que el Municipio es el responsable de la rehabilitación, el 16 % que es el Estado, el 12 % las organizaciones internacionales y no gubernamentales (4 %) o el Fondo de Salvamento (3 %). Dueños y bancos son citados una vez.

En definitiva, la gente está poco informada de aquello que no se refiere a sus problemas cotidianos, muy ligados a la familia, la vivienda, el trabajo, los transportes y las condiciones de vida en el barrio. Así, el 86 % de los que responden afirma que existe un centro de negocios en Quito. Sin embargo, según las respuestas, lo ubican en el centro (40,7 %), especialmente en El Tejar en dos tercios de los casos, en La Mariscal (27,2 %) o en La Carolina, en el Centro de Exposiciones o en la Avenida Naciones Unidas (9,3 %) y el centro comercial El Bosque (3,7 %) y también en el Norte o en todo Quito. Tal centro de negocios de ubicación fluctuante no significa nada en particular para

los habitantes de San Carlos. Responden rara vez que «es donde hay el dinero» o «donde están los comercios», en vista de que el término «negocios» se refiere tanto a las transacciones como a los comercios. Para ellos puede tratarse simplemente de un centro comercial bien abastecido, lo que evidentemente nada tiene que ver con los *business*.

Cuando se trata de precisar si existe un centro administrativo en Quito y dónde se ubica, las respuestas son más claras: el 14,4 % no contesta o no lo sabe, el 5,6 % responde negativamente y el 37,4 % afirmativamente. De estos últimos, un tercio (33,9 %) lo localiza en el centro y más precisamente en la Plaza Grande, el 9 % en La Alameda y el 36 % en La Mariscal. Sin embargo, una persona de cada cinco solo tiene una idea vaga, lo ubica en el Norte sin más precisión o en El Bosque, la avenida Eloy Alfaro (¡que se extiende a lo largo de 12 kilómetros!) o en el extremo norte de La Carolina o también en el Sur de Quito donde se encuentran ciertamente servicios del Registro Civil.

En lo que respecta al funcionamiento de la ciudad, hay un gran desconocimiento. En realidad, no es su problema y nadie se pregunta si tal vez debería serlo. Sin embargo, el 40 % de las personas entrevistadas afirma saber que existe un reglamento urbano sin tener opinión al respecto. Es un porcentaje excepcional pero puede ser que exista una confusión con un reglamento de las lotizaciones que dieron origen a San Carlos. Solo un puñado de personas parece realmente saber de lo que se trata y hablan de la fijación de normas que se deben aplicar en Quito para las obras públicas, la construcción, las redes, la recolección de desechos domésticos, la higiene, la limpieza, los servicios públicos, etc. Estas obras prioritarias, que dependen de la política municipal, surgen incesantemente en forma estereotipada y obsesiva. Reflejan las inquietudes y una fuerte demanda hacia el Municipio.

El último punto abordado se refiere a las actividades de la semana. Los habitantes de San Carlos se dividen en un 47 % de sedentarios y 53 % de no sedentarios. Estos últimos organizan su tiempo libre, visitan a la familia (8,4 %) o a los amigos y vecinos (8,4 %), van a dar una vuelta en un barrio vecino (16,8 %), buscan esparcimiento (27,4 %) en el parque de La Carolina, van al cine, etc. De los que salen

de la casa, el 28 % se dirige fuera de Quito y sobre todo hacia el valle o la provincia. Casi dos tercios (63,5 %) de las familias entrevistadas tienen vehículo propio.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de San Carlos

Aunque existe una multitud de habitantes en San Carlos y nadie se parece por completo a su vecino, se puede intentar esbozar un retrato del residente típico.

Vive en un barrio bizarro, una entidad dividida sorprendentemente, aceptable para la lotización que le dio origen, pero sumamente arbitraria y poco creíble para convertirse en un verdadero barrio, rico por su diversidad. En realidad no es sino un gran conjunto más algunas manzanas agregadas. Implantado en sentido longitudinal, a lo largo de una vía periférica de la ciudad de Quito, tiene un defecto geográfico de identidad debido a su localización a ambos lados de un eje muy transitado que lo corta en dos partes desiguales. En otras ciudades y países, esto conllevaría considerables riesgos de desequilibrio. Por el momento, tiene tres puntos a favor: está bien conectado y, por lo tanto, bien integrado a las actividades de la ciudad; es reciente, su población relativamente joven, aunque curiosamente repartida, parece ser socialmente muy homogénea; sus habitantes parecen estar satisfechos con su suerte, probablemente porque al momento de su instalación, el espacio construido que se les ofrecía, correspondía a sus recursos y necesidades.

El habitante de San Carlos está alojado decentemente en su casa o un departamento bien mantenido por su esposa que acepta quedarse en casa a pesar de haber hecho estudios secundarios o superiores. Sin embargo, algunas trabajan al igual que su marido. En este caso debe madurar como él y sus hijos escolarizados y desplazarse lejos para ir a su trabajo, mientras que los hijos son recogidos por el transporte escolar. Así, los días laborables, el habitante de San Carlos, su mujer y sus hijos recorren cada mañana más de 2 y muchas veces hasta más de 5 kilómetros en autobús o automóvil. Salen entre las siete y ocho de la mañana para ejercer sus ocupaciones cotidianas. Trabaja en el sector terciario donde puede ocupar un cargo de responsabilidad y, más a menudo, un empleo más modesto.

En la noche, todo el mundo regresa a casa a su ritmo, si es posible antes de que caiga la noche... Todavía uno o dos hijos viven en casa pero los mayores ya se han establecido en otros barrios.

Este comportamiento regular, casero y sin sobresaltos, le satisface. Sin embargo, le gusta salir los fines de semana, tomar el automóvil y divertirse con sus parientes o amigos. Frecuentemente se dirige al valle donde le gustaría tener su casa si tuviera los medios. A veces va también a la provincia.

Quiere tanto a su barrio que en un caso de tres no piensa mudarse, pues lo considera el mejor de la ciudad. No es porque no aprecie el Centro Histórico, que califica como el más representativo de Quito y del cual se enorgullece por su historia y sus tradiciones, aunque nunca lo visita. Sin embargo, está de acuerdo con su rehabilitación, lo que considera responsabilidad del Municipio, del Estado y de las organizaciones internacionales. Tiene sus problemas de barrio: seguridad, mantenimiento de los parques, de los equipamientos públicos y de las vías, limpieza e higiene. Eso le basta. Está dispuesto a dar una mano de vez en cuando a sus vecinos con motivo de las fiestas, pero nada más.

Esto no significa que desconozca totalmente el funcionamiento comercial o administrativo de Quito. Por ejemplo, sabe que hay un barrio de negocios y evidentemente un barrio administrativo, pero ¡no sabe muy bien dónde localizarlos, en el Centro Histórico, La Mariscal o La Carolina! Incluso, está relativamente informado sobre reglamento urbano emitido por el Municipio. Hay que decir que San Carlos es el fruto de una planificación urbana de hace aproximadamente veinte años o más, donde todo fue programado y reglamentado desde el inicio.

En resumen, el habitante de San Carlos es una persona tranquila que trabaja en oficinas y goza de una cierta comodidad, a veces modesta. Sin embargo, no se queja y envejece lentamente esperando que las generaciones que, por el momento, forman parte de las clases de edad demasiado marcadas, se distribuyan progresiva y armoniosamente para formar una entidad urbana que logre conservar y reforzar el sentimiento de pertenencia del que se enorgullece.

8 • Comité del Pueblo

Origen, situación y sitio

El Comité del Pueblo se extiende en algo menos de 60 hectáreas distribuidas en 224 manzanas habitables. Nació de una acción popular de invasión de tierras y de un plan de ocupación diseñado por arquitectos militantes deseosos de ayudar a la gente sin techo para que hicieran valer su derecho a la ciudad. La densa trama de su red vial en forma de un damero clásico pero con casilleros estrechos, y la fuerte densidad de construcción que deja muy pocos espacios abiertos para las calles, reflejan a qué punto el suelo fue valioso, justamente porque su costo, desde los primeros días de la invasión, fue accesible para una población de bajos ingresos. En la actualidad, el sitio, que apenas puede extenderse, está saturado. Ocupa la cima redondeada de una colina de relieve moderado, bordeada por fuertes pendientes y rodeada de quebradas al Norte y al Este, que se apoya en la avenida Eloy Alfaro, vía rápida de descongestionamiento hacia el Norte en esta parte de su recorrido, y se prolonga al Sur sobre un relieve igualmente urbanizado pero según otros principios de urbanización. La mayor particularidad de este barrio popular radica en el origen de su poblamiento y en la densidad del trazado de sus calles.

Situado muy al Norte de Quito, y durante los primeros quince años de su existencia al margen, debido a la terminación de la construcción de la avenida Eloy Alfaro y de la vía perimetral Norte, este barrio se encuentra actualmente bien integrado a la ciudad. Además, con el crecimiento urbano, se puede considerar que ya no está en la corona externa, muy marginal aún, de la capital. Sin embargo, por su origen social y asociativo, del cual su nombre es testi-

monio, conserva un fuerte sentimiento de pertenencia, al menos en su expresión política (política urbana se entiende) y una imagen de barrio separado. Durante años, este barrio no tenía la reputación de ser acogedor para quien no podía identificarse como independiente de ciertos poderes. Por cierto, los habitantes no podían concebir que alguien que viniera a él sin ser residente no tuviera una segunda intención sospechosa. Según los estudiantes que realizaron la encuesta, esta desconfianza no ha desaparecido aún totalmente. Ciertamente, la encuesta que aquí se analiza se presta, *a priori*, a tales sospechas.

Algunos aspectos urbanísticos

En 1992, en el AIQ, se presentaba rápidamente el Comité del Pueblo. Se decía entonces: *-Todas las colinas cercanas y, más abajo, la segunda parte del barrio, la Bota, están en pleno crecimiento. El frente de urbanización es aquí particularmente activo: las casas inacabadas de los inicios son terminadas progresivamente; se ha instalado un mercado y la calle principal ofrece la imagen de una actividad comercial de buena calidad. (...) ...no puede clasificarse (...) dentro de los barrios marginales; es un barrio en rápido proceso de integración. La finalización de las obras de la avenida 6 de Diciembre (en esa época se terminaba el asfaltado de esa avenida y la prolongación de la Eloy Alfaro no era sino un trazado en un espacio ocupado por matorrales) a la que está asociado, no puede sino reforzar ese movimiento.-* (Godard, H.: Maximy (de). R.: *Clasificación y análisis de barrios*. lámina N° 33 del AIQ). *-En su parte occidental, está en vías de consolidación y de integración en el frente de urbanización. Este barrio, que en 1982 no te-*

nia agua ni vía asfaltada, dispone de ambas cosas desde 1991. (GODARD, H.: MAXIMY (de), R.: *Mallas de servicios y equipamientos*, lámina Nº 27 del AIQ).

En 1996, se puede afirmar que la consolidación del barrio prácticamente ha concluido. Los resultados del censo de 1990 deberían, probablemente, confirmarlo mediante datos equilibrados de su situación demográfica (ver más adelante). Sin embargo, los encuestadores observaron no solamente modificaciones en la implantación de las construcciones con relación al plan inicial, sino también que, con el fin de incrementar la densificación, se infringen a menudo las normas de urbanismo dictadas por el Municipio, ignorándose en especial el COS.

Así, a primera vista, todo sucedería como si, al haber ganado en reñida lucha su derecho a la urbe, los habitantes consideraran que el fruto de su conquista no puede ser manejado sino por ellos mismos. En este sentido, este barrio funcionaría un tanto como un enclave autónomo en la ciudad. Ello sería, en el ejercicio de una cierta democracia directa diferente, bastante inhabitual en Quito, en lo que se apoyaría la verdadera conquista popular que lo caracteriza. Sin embargo, nada hay menos seguro que la autenticidad de esta imagen. Serán las respuestas de los entrevistados a las preguntas que se les formularon las que permitirán de cierta manera darle su justo valor. En Quito se ha dicho tanto, se han hecho tantas declaraciones poco fundadas sobre esta primera y espectacular invasión de tierras que se realizó innegablemente en beneficio de los «invasores».

Si las manzanas son pequeñas, ello se debe al origen social y a las condiciones, sumamente modestas, de existencia de los primeros ocupantes. No poseían vehículo ni pensaban que ese estado proletario podría cambiar a corto plazo. Además, conscientes de la ocupación ilegal, no cabe duda de que para ellos, la esperanza de contar rápidamente con una calzada pavimentada era incierta y en realidad se hizo esperar por media generación. Por cierto, en el Comité del Pueblo, como en los barrios empinados de la periferia del Centro Histórico, las calles fueron pavimentadas en parte por los propios habitantes (minga...). En resumen, el plano en damero, tan arraigado en las costum-

bres, distribuye el espacio en pequeñas manzanas adaptadas a los limitados medios de que disponían los pioneros, en especial a la necesidad de desplazarse a pie dentro del barrio. Las casas están implantadas en un tejido denso aunque la mayoría ligeramente retiradas de la calle o al fondo de un pequeño patio, muy a menudo plantado con flores y en ocasiones con un árbol o dos. Sin embargo, ciertas partes del sitio son de difícil acceso y a numerosas casas construidas en las pendientes de su periferia solo se llega por abruptos senderos o escaleras. Estas pendientes son un grave problema pues frecuentemente son afectadas por derrumbes y ciertos sectores son por ello inconstructibles, pero *como de todas formas han sido construidos, han sido objeto de reiteradas prohibiciones que no se han respetado completamente. Frente a esta reglamentación preventiva y protectora, los habitantes afirman que el Municipio ignora sus problemas y los olvida.

Este modo de composición se explica entonces por las condiciones de pobreza en las que se instalaron los primeros habitantes-construtores, verdaderos autopromotores de su espacio privado y del entorno cercano a él.

Análisis de los mapas de densidad de la población y de las viviendas por manzana, y de aquellos relativos a la cohabitación

Elaborados con base en los datos de los censos de 1982 y 1990, los mapas de densidad de población y de viviendas por manzana, así como los del número de personas residentes con relación al número de piezas habitables disponibles por manzana permiten una primera aproximación a las condiciones de habitación en el Comité del Pueblo.

Sin embargo, puede ser útil recordar primeramente algunos datos de 1982. Ese año, «se censaban 10.000 personas. (...) La pirámide de edades (...) revela —característica clásica de todos los frentes pioneros— una población muy joven (...) (menores de 15 años: 42 %; menores de 20: 53 %). (...) la repartición entre los sexos (...) parece ser (...) equilibrada. Los empleos —29,6 % de la población tiene trabajo en 1982— son (...) relativamente diversificados (...) (solamente un 63,4 % de trabajadores manuales y el 42 % de ellos son obreros sin calificación). La situación es

mejor que en Guajaló o en El Tejar. En realidad, probablemente porque la población inicial estaba socialmente mejor estructurada y era más responsable...» (GODARD, H.; MAXIMY (de), R: lámina N° 33 del AIQ).

«El barrio es aún muy reciente y la densidad de la población es baja para un barrio popular (...). Si bien las viviendas, como en El Tejar o en Guajaló (otros barrios estudiados en el AIQ), apenas superan en excedente poblacional al promedio quiteño, son estrechas y se registran cerca de 2 personas por pieza habitable. (...) el 80 % de las viviendas no tenían agua. (Si bien) los empleos manuales son mayoritarios (...), se encuentran más frecuentemente artesanos y obreros que peones (relación de 3 a 5). Proporcionalmente, las actividades de servicio parecen ser igual de numerosas que en otros lugares, pero (...) se cuenta una pequeña tienda de barrio por cada 286 habitantes— es decir 2 veces menos que el promedio quiteño. El Comité del Pueblo cuenta, en su parte occidental, con 3 establecimientos de enseñanza primaria y 2 de enseñanza secundaria; más de la mitad de los alumnos están escolarizados en el barrio.» (GODARD, H.; MAXIMY (de), R. lámina N° 27 del AIQ).

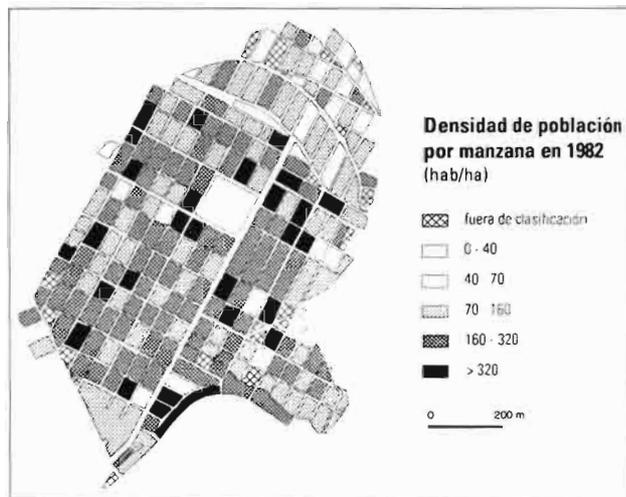
Es lo que confirma la «malla de equipamiento» establecida en 1991, con datos de 1987, y las informaciones que la acompañan y explican (censo de 1982 y encuestas de 1987, ver lámina N° 27 del AIQ).

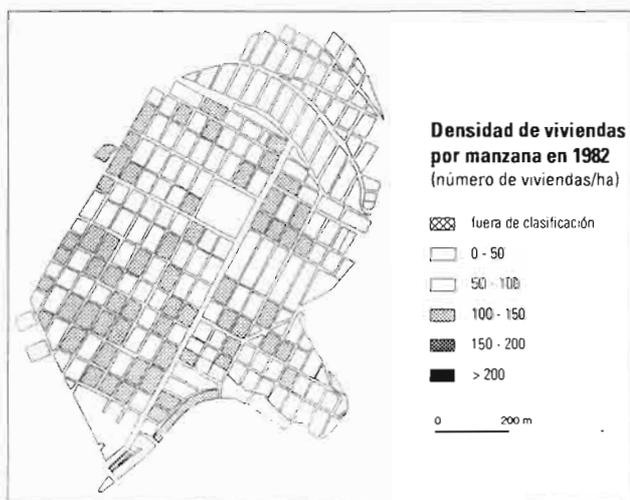
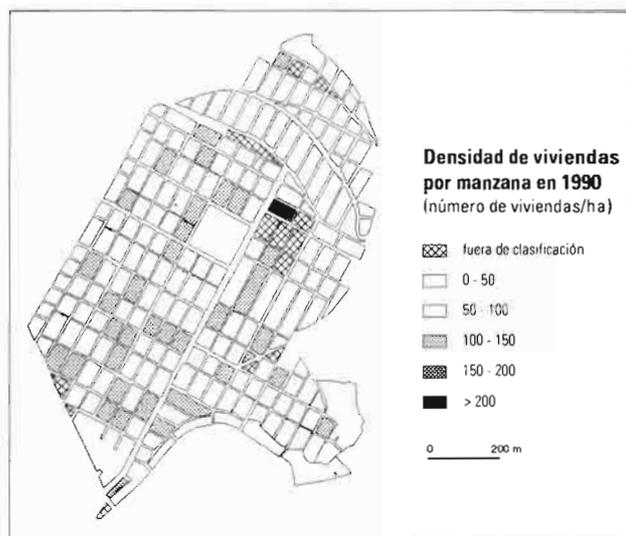
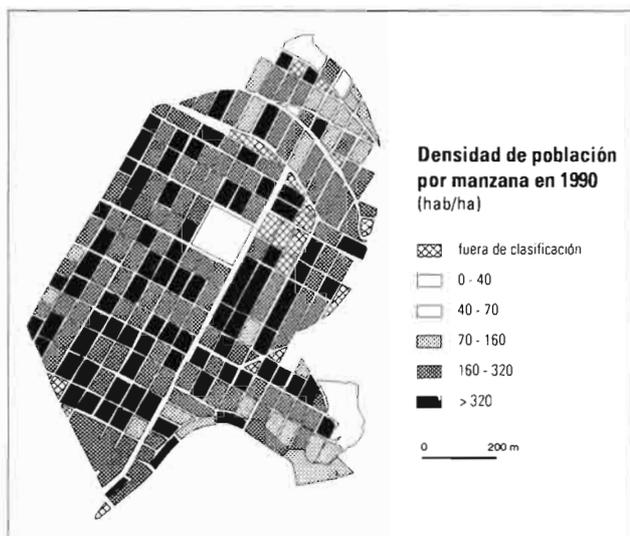
En 1982, el Comité del Pueblo estaba aún en su fase de construcción, de poblamiento y de alguna manera de llenado de su espacio constructible. Muchas casas aún no estaban ocupadas, no habían sido aún construidas o estaban inacabadas. Es lo que explica la diferencia con la imagen extraída del censo de 1990. Así, 28 manzanas, el 12,5 % solamente, presentaban una densidad de 160 a 320 personas por hectárea. Globalmente, se trataba de una densidad de frente de urbanización y la población, joven, se caracterizaba por un elevado porcentaje de niños muy pequeños. Las instalaciones seguían el avance del frente pionero, presentando la calle principal, alrededor de la cual se organiza el barrio, una densidad promedio más elevada que la de todo el sector, pero, y ello es muy significativo, es en los límites meridionales e, incluso en la parte más empinada y más alejada de la 6 de Diciembre (recordemos que era

el único eje, aún no pavimentado más allá del redondel Huayna Cápac ubicado en la parte baja del barrio El Inca) donde se encontraban la mayor cantidad de manzanas vacías o que no albergaban sino a algunos individuos que acampaban sobre los cimientos de su casa en plena construcción.

En 1990, ya no existen manzanas vacías, con excepción de 5 definidas como «fuera de clasificación» ocupadas por un establecimiento escolar. La densidad es en todas partes fuerte a muy fuerte, pues 82 manzanas, es decir más de las dos terceras partes de ellas (36,6 %) presentan una densidad de más de 320 habitantes por hectárea, y otras 100, es decir el 44,6 % de 160 a 320. Sin embargo, como ya era el caso en 1982, las densidades son mucho más bajas a partir del inicio de las pendientes orientales que unen al Comité del Pueblo con La Bota. Esta evolución confirma efectivamente que el barrio se ha llenado y que en 1990 estaba ya probablemente en el límite de un umbral de sobredensidad, teniendo en cuenta que las casas tienen apenas dos niveles y rara vez tres.

La densidad de viviendas por hectárea, al interior de cada manzana, confirma el análisis anterior. En 1982 era de baja a muy baja. Exactamente una cuarta parte de las manzanas presentaba entre 50 y 100 viviendas por hectárea

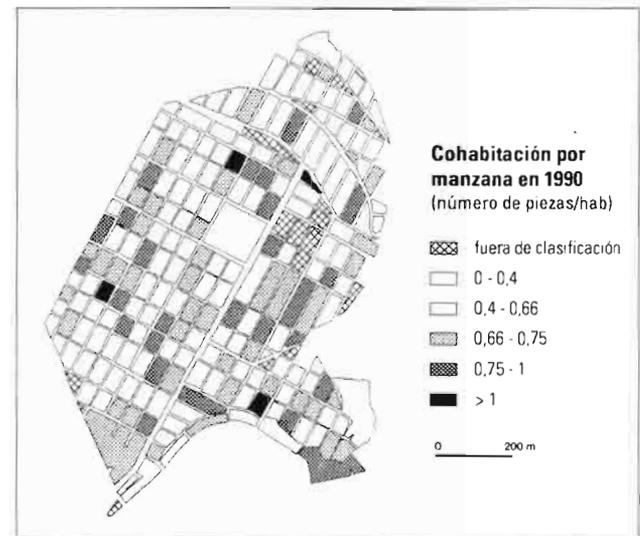
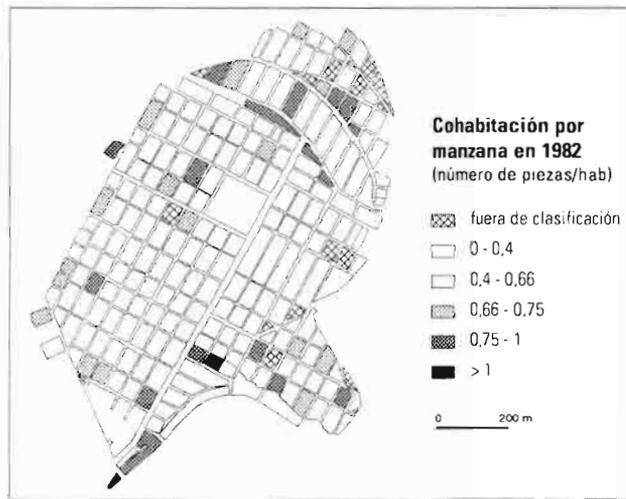




construida. En 1990, 36 manzanas (16 %) tienen una densidad de 100 a 150 viviendas por hectárea e incluso, cerca del mercado, de más de 200, y 42 (19 %) menos de 50,

situándose la mayoría (cerca de las dos terceras partes) en la clase de 50 a 100 viviendas/ha. Además, esta densidad es mucho menor en las pendientes orientales.

Los mapas de cohabitación son diferentes. A nuestro criterio, este fenómeno, que relaciona el número de piezas habitables y el tamaño de cada familia, indica mejor las manzanas que albergan a una población de alto o de bajo nivel de vida. En 1982, al igual que en 1990, una pieza habitable o más por persona se encontraba únicamente en 4 manzanas, pero entre los dos censos, aquellas en las que se disponía en promedio de 3 a 4 piezas por 3 personas pasaron de 16 (7 %) y con aquellas de una pieza o más por personas, 10 %) a 27 (12 %) y con las de una pieza o más por persona, 14 %, y aquellas en las que no había sino 2 piezas por 3 a 5 personas pasaron de 152 manzanas en 1982 a 130 en 1990, es decir del 68 al 58 %. lo que significa una mejora de 10 puntos en 8 años. Esta mejora fue aún más importante en el caso de las manzanas con un promedio de hogares con menos de 2 piezas para 5 personas, que pasaron de 30 a 10 entre los dos censos (20 puntos en 8 años). Así, en el Comité del Pueblo, el nivel de vida (en la medida en



que disponer de más espacio privado en un departamento es signo de confort) se eleva progresivamente.

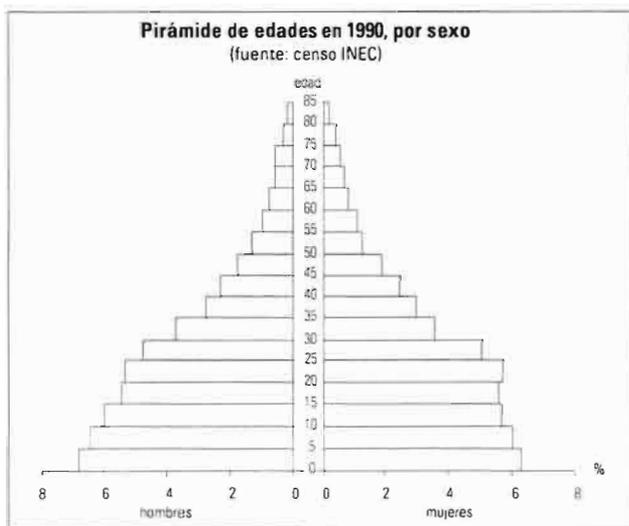
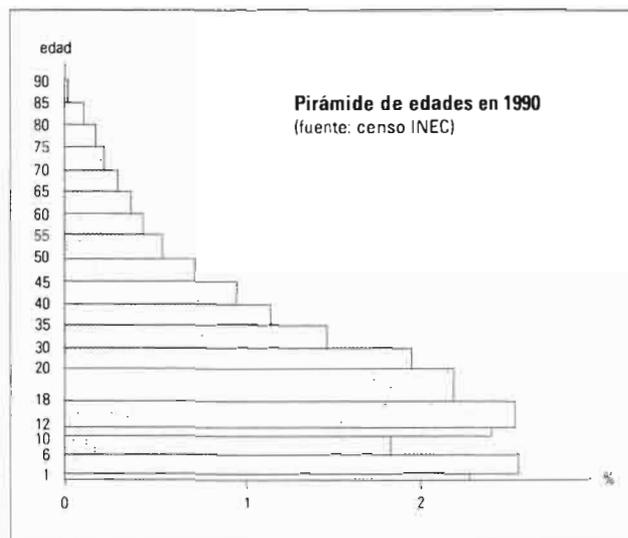
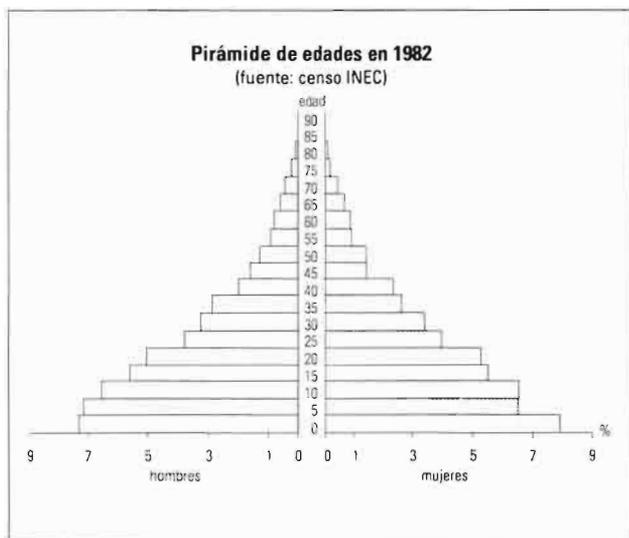
La demografía del Comité del Pueblo

En 1982, había 9.886 habitantes y 2.208 viviendas habitadas. En 1990, esas cifras eran de 15.946 y 3.906 respectivamente, es decir un incremento de viviendas del 77 % y un aumento de la población residente del 62 %. Si cada vivienda corresponde a una familia, lo que casi siempre es el caso, en 1982 se contabilizaba un promedio de 4,5 personas por vivienda y por familia. En 1990, esa cifra pasa a 4 personas solamente. ¿Partida de los hijos? ¿Cambio de la estructura familiar de los nuevos residentes? ¿Envejecimiento de la población y mayor cantidad de jóvenes hogares que aún no han alcanzado el tamaño familiar deseado? Son preguntas que podemos plantearnos ante estas cifras, y las cuales el análisis que emprendemos permitirá tal vez responder...

Para 1982, disponemos de la pirámide de edades (por estratos de 5 años) distribuidas según el sexo, y por lo tanto del índice de masculinidad por clases de edad, de la población del Comité del Pueblo (ver GODARD, H.; MAXAMY (de). R.: *Clasificación y análisis de los barrios*. lámina N° 33, AIQ).

He aquí algunos aspectos completados con los datos del censo de 1990.

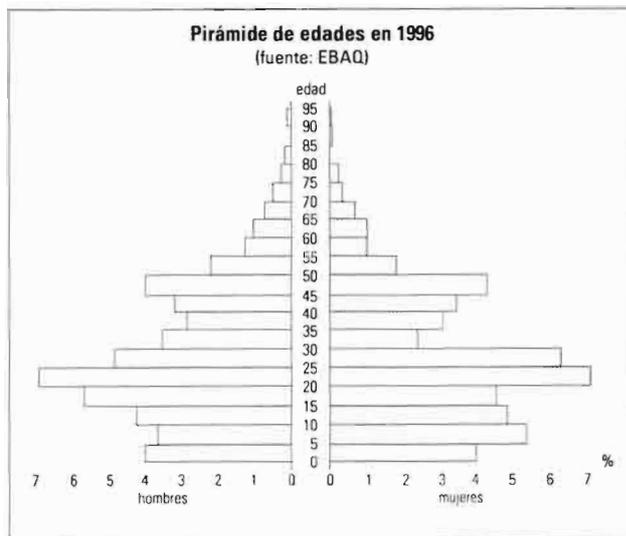
La pirámide de 1982 tiene todas las características de una población joven: base ancha, perfil que se estrecha progresivamente hacia arriba y punta muy estrecha en las clases de edad avanzada. Se vio que se trataba de una población pionera, aunque con seguridad no se trata de jóvenes trabajadores migrantes que aún no han fundado una familia, o que la han abandonado en su pueblo o ciudad de origen. En efecto, si la población disminuye rápidamente en las clases de más de 40 años, la base, que no presenta ninguna distorsión, es efectivamente el índice de una implantación familiar (padres jóvenes e hijos pequeños). Esto corresponde a lo que se sabe de esta primera forma quiteña de urbanización popular de invasión disfrazada de tierras —se forzó a los propietarios de terrenos, por los que se pagó un precio no especulativo después de haber depreciado el espacio conquistado por la sola presencia de ocupantes ilegales, y al poder municipal que no podía proponer una alternativa aceptable por falta de una verdadera política de planificación urbana— donde las mujeres, muy presentes y, por es-



tar cargadas de hijos, más militantes que los hombres en el seno del comité que coordinó la acción, la impulsaron con

tenacidad hasta su pleno éxito, siendo para ellas el acceso a la vivienda extremadamente crucial e imperiosa su necesidad de un hogar.

En 1990, la población joven de 1982 se tomó menos reproductora. Se encontró ya este fenómeno en San Carlos y la explicación que se puede dar de ello parece ser del mismo orden. En ambos casos, el poblamiento del barrio se realizó en pocos años, máximo una media generación. Por ello también se puede retomar el razonamiento del capítulo anterior, suponiendo que la primera generación que se instaló apenas una generación atrás, ve disminuir significativamente su capacidad de procreación y se inicia el envejecimiento. Sin embargo, el histograma sin discriminación por sexo elaborado con base en el censo de 1990, contradice a la pirámide presentada, extraída de ese mismo censo. En el primero se observan «accidentes» de distribución que permiten un análisis más matizado, que presentamos aquí únicamente para mostrar lo que la distribución de la población por clases de 5 años puede ocultar. Así, la depresión de 6 a 12 años y la de los menores de un año, muy visibles en el histograma, son ocultadas por la distribución bi-



sexual en pirámide pues las clases quinquenales sucesivas de 0 a 15 años tienen un inoportuno efecto de alisamiento de la curva demográfica. Aparece entonces únicamente el envejecimiento de la población, mientras que los accidentes que revela el histograma permiten otras hipótesis explicativas que favorecen la reflexión sobre los comportamientos demográficos de las familias del Comité del Pueblo y, por extensión, de los barrios populares que se asemejan. Por cierto, muy consciente del interés de tales semejanzas presumidas, aunque no verificadas, la Dirección de Planificación del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito deseaba que se estudiara el barrio La Lucha de los Pobres que, diez años después del Comité del Pueblo, se implantó en el Sur de la ciudad siguiendo un proceso de invasión de tierras del mismo estilo, pero los representantes de ese barrio se negaron a que se hiciera la encuesta EBAQ.

Pero ¿qué se puede presumir con base en el histograma? La hipótesis más simple sería la de que los hijos de los primeros ocupantes (que vinieron con sus hijos, de los cuales los mayores podían tener diez años o más, hay que recordarlo para admitir esta hipótesis) que tienen menos de 30 años se

encuentran, en el caso de los más jóvenes (aún adolescentes o adultos muy jóvenes), todavía en el domicilio parental (y por lo tanto en el barrio) y, en el caso de los demás, se han ido o se han instalado en el barrio sin ser aún muy procreadores, lo que explicaría la depresión en lo que respecta a los niños de 6 a 10 años. Sin embargo, la falta de nacimientos de la clase de 0 a 1 año es más sorprendente. Si bien esa clase de edad corresponde efectivamente a los nacimientos considerados en un período de 12 años —lo que es el caso únicamente si las divisiones por clases de edad se realizaron en el INEC fijando el inicio de cada año en la fecha del censo y no el 1º de enero del año calendario—, no se explica tal disminución de nacimientos recientes. En caso contrario esos nacimientos solo corresponden a una parte del año. En resumen, esta distribución, perturbada en su base, en el caso de la generación de «un día a 12 años» ¿significa un cambio en la demografía del Comité del Pueblo, o una perturbación coyuntural? Es lo que no se sabe. Ahora bien, la distribución por sexo y clases de edad, realizada a partir de los datos de la encuesta EBAQ (suponiendo que la representatividad estadística sea aceptable, lo que es más que dudoso dado el principio de muestreo adoptado), muestra que la clase de los más pequeños (menos de 5 años) es claramente más estrecha que las inmediatamente superiores (5-10 años, 10-15 años, que, sin embargo, empiezan ya a estrecharse claramente). Así, al parecer se confirma lo que anunciaba el censo de 1990.

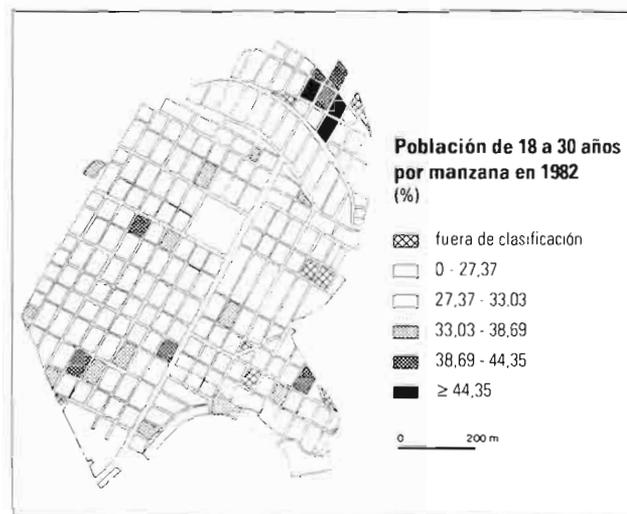
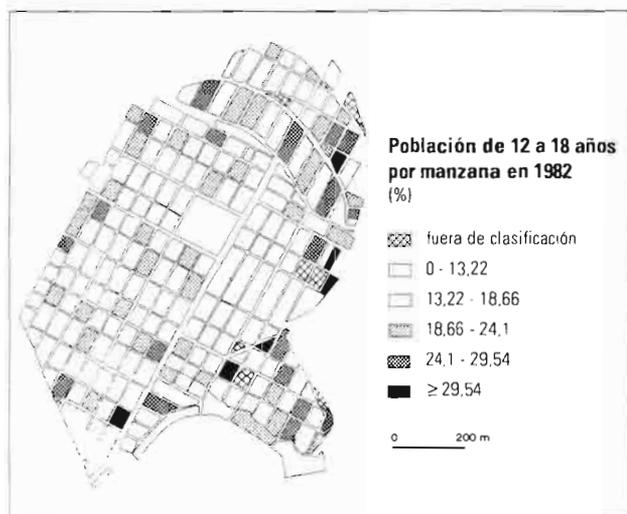
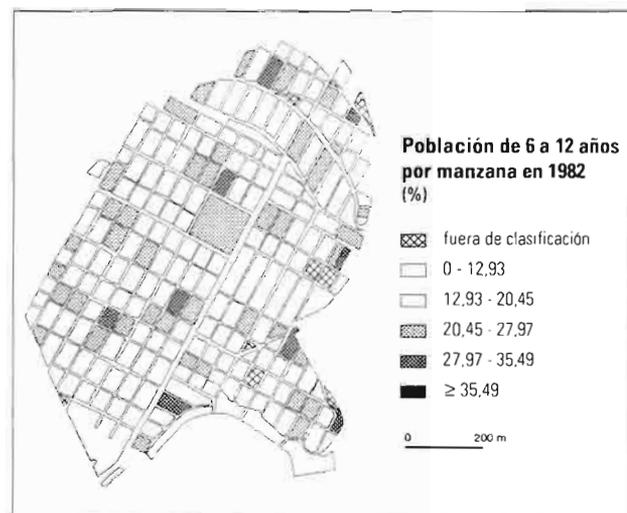
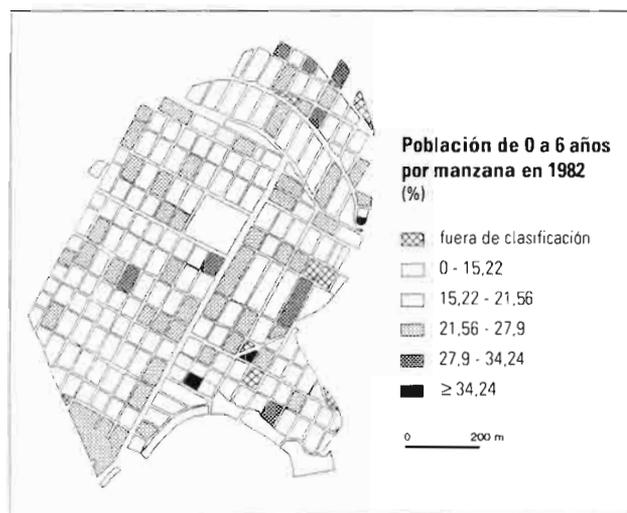
En 1996, pese a su representatividad estadística muy relativa, el histograma piramidal refleja claramente la evolución de la curva hacia un estrechamiento de su base. Todo ocurre, una vez más (ver San Carlos) como si la población del Comité del Pueblo no hubiera alcanzado aún su equilibrio: la ruptura de cada generación es muy marcada —pocas personas de más de 50 años—, lo que significa que los pioneros se instalaron, en su mayoría, cuando tenían más o menos entre 20 y 30 años. Entonces, desde ya, hay poca gente mayor en el Comité del Pueblo. La clase de edad entre 45-50 años en cambio está bien representada. Son ellos quienes debieron producir, se lo puede suponer razonablemente, las clases de 20 a 30 años, también muy numerosas. Viene luego una nueva depresión. Hará falta probablemente una generación, e incluso dos, para que esta distri-

bución en forma de acordeón desaparezca, lo que no significa que la población vaya a crecer de nuevo de manera considerable como anteriormente. Se puede, sin embargo, formular otra hipótesis que únicamente estudios demográficos profundizados sobre la población de Quito permitirán verificar o invalidar: el comportamiento de los jóvenes hogares (es decir la actual generación de jóvenes adultos, de 18 a 40 años) ha cambiado completamente, gracias a un mejor conocimiento y a una difusión adecuada de los métodos anticonceptivos y, por supuesto, a una verdadera liberación sexual. En este caso, considerar que la población más pobre produce más hijos (ignorancia, necesidad de brazos en la casa y otros argumentos socioeconómicos ahora superados) ya no es adecuado: criar hijos es una pesada carga económica, mayor que la rentabilidad esperada que era aceptable en el caso de la población rural, autárquica, y todos los urbanos lo saben. Máximo se puede afirmar que aunque en el campo estas no son aún las costumbres, en la ciudad dicha causa es clara.

La curva del índice de masculinidad (100 x hombres/mujeres) de 1982 es significativa. Se basa en el conjunto de la población del Comité del Pueblo en ese entonces. La de 1996 es apenas indicativa y muy aproximada, en especial en lo que respecta a las clases de edad más altas (las de más de 80 años comprenden únicamente uno o dos individuos, por lo que, en ningún caso, la distribución sexual puede ser significativa). En 1982, los dos sexos son equilibrados hasta aproximadamente la edad de 50 años, aunque los varones entre 5 y 20 años son un tanto más numerosos que las chicas y a partir de los 20 se observa casi constantemente un ligero déficit de hombres, cuya causa es indeterminada (mayor mortalidad o se han instalado en otro lugar...). Sin embargo, entre los 40 y 50 años, los varones vuelven a ser, globalmente, igual de numerosos que las mujeres. Luego, las diferencias en favor de las mujeres se ahondan definitivamente, probablemente, esta vez, a causa de una mortalidad masculina más elevada. En 1996, la curva es mucho más irregular. Evidentemente, la muestra estudiada es muy reducida como para permitir un análisis serio de la cuestión, pero si nos esforzamos en admitir que, pese a sus excesos, los picos y las depresiones muy marcadas de la distribución hombres-mujeres deben ser relativ-

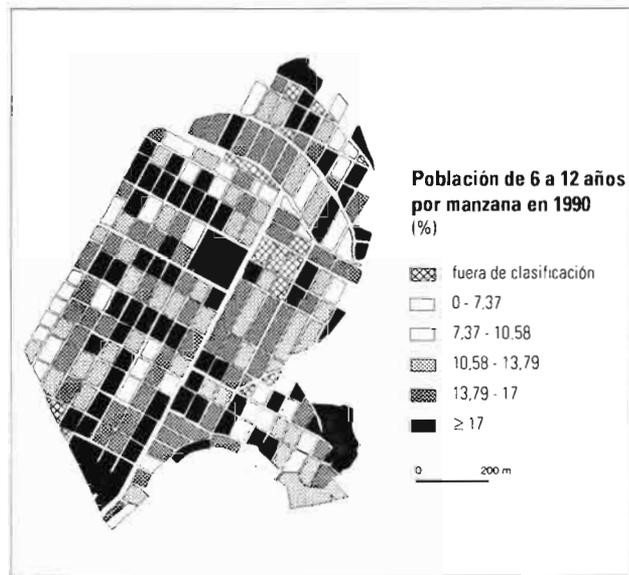
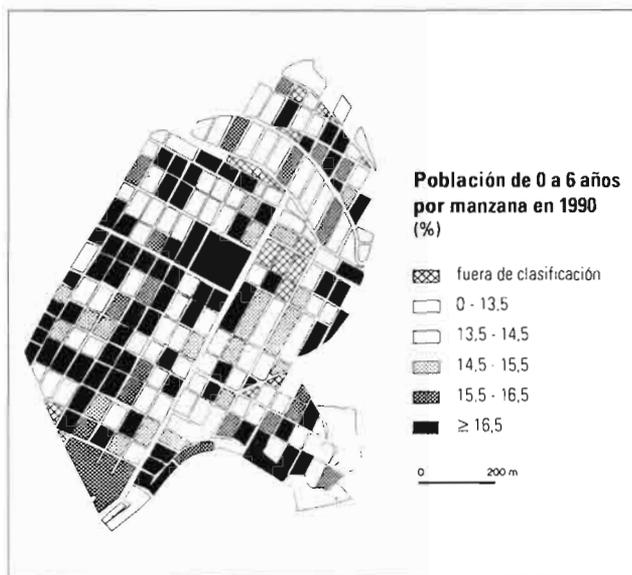
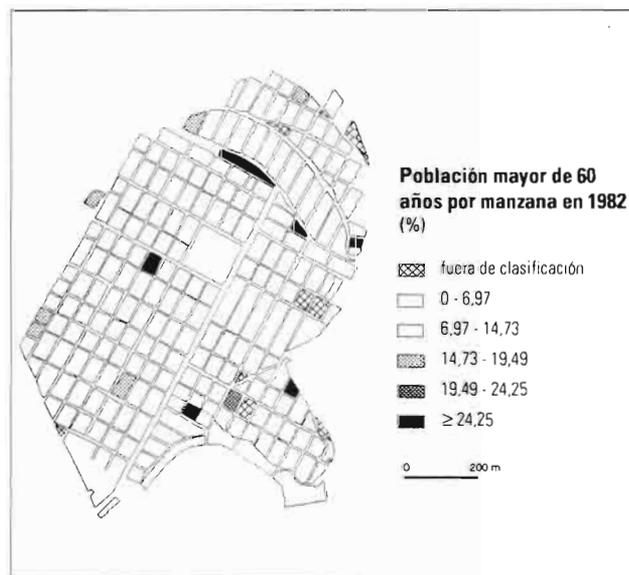
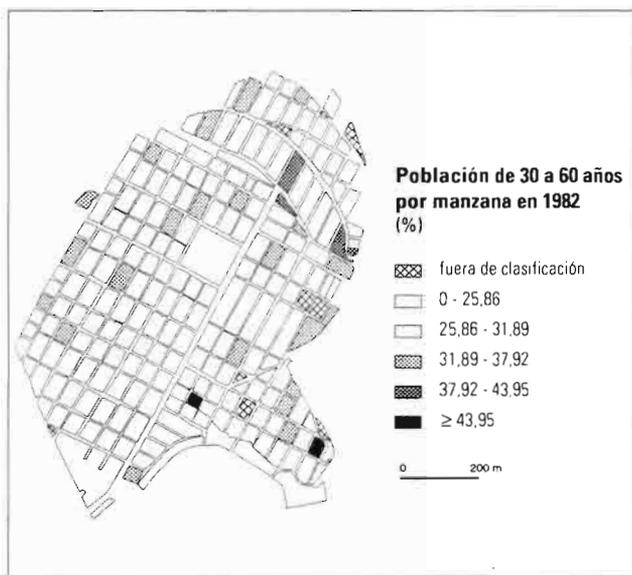
zados, se observa que la esperanza de vida de unos y otras es similar, lo que significa que, en 14 años, las condiciones de vida de los hombres han mejorado notablemente. ¿Se debe tal vez ver en ello los efectos de una mayor estabilidad de existencia de gente que finalmente ha accedido a una vivienda decente? Esto justificaría entonces plenamente la invasión que dio origen al barrio. O, lo que es una tendencia generalizada, los empleos manuales, más mortíferos (sobre todo en el caso de peones sin calificación en construcciones riesgosas, como grandes edificios sin una protección suficiente, entre otros) han cedido lugar progresivamente a empleos en las actividades de servicio. O, incluso una tercera hipótesis simple: la población del Comité del Pueblo ha cambiado sobremanera en media generación. El análisis de la fecha de instalación de cada familia en su domicilio actual, y la repartición sexual y actual de las actividades socio-profesionales, comparada con la de 1982, deberían proporcionar un inicio de explicación a esta modificación demográfica.

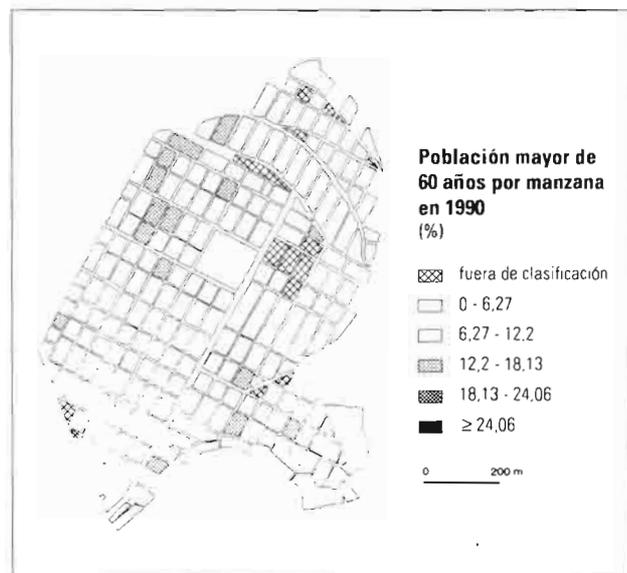
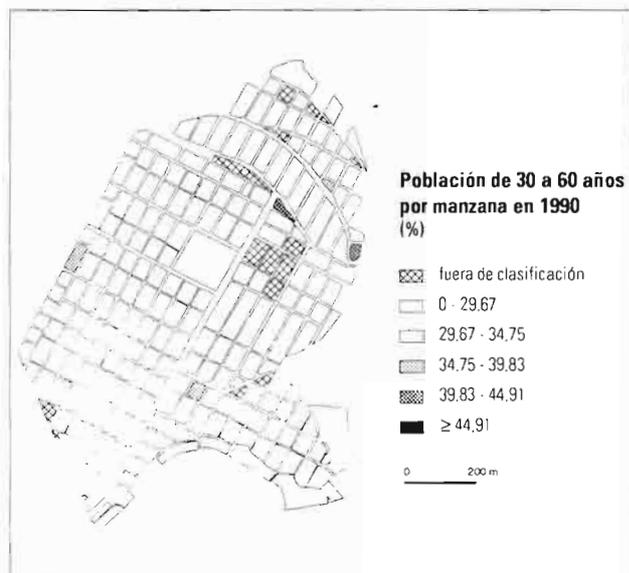
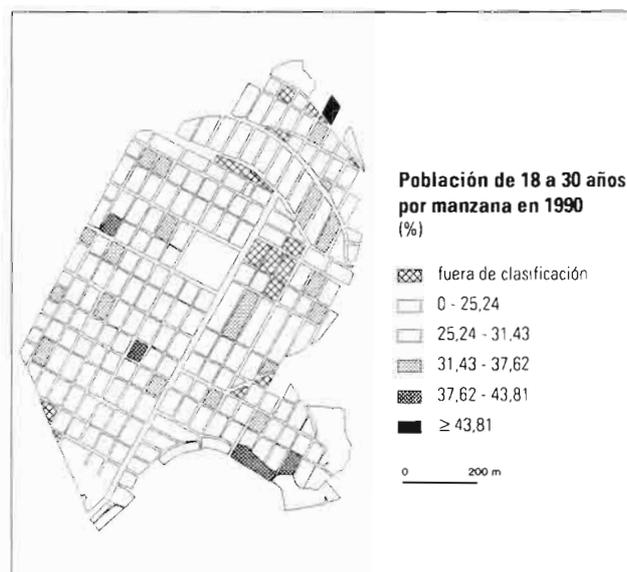
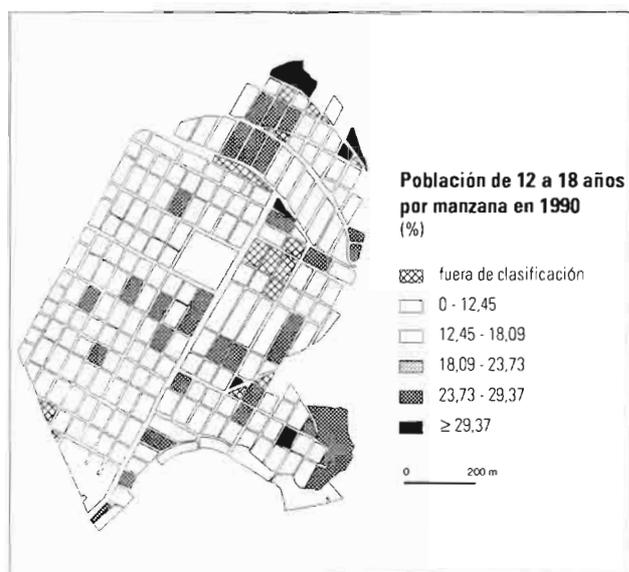
Si se observan ahora los mapas de repartición de la población del Comité del Pueblo por grupos de edad (0-6, 6-12, 12-18, 18-30, 30-60 y más de 60 años), se constata que en 1982 su distribución según las manzanas y la geografía del barrio no es significativa. Ninguna lógica (avance del frente de urbanización, influencia del relieve, atracción del eje mayor de penetración en el barrio) parece guiar esta distribución, independientemente de las clases de edad consideradas. En 1990 se esboza una tendencia a una mayor concentración de jóvenes de menos de 12 años en la parte central norte (al Norte del eje vial y del mercado) del barrio. En realidad, ya en 1982, y ello se confirma en 1990, el Comité del Pueblo, fuera de su parte oriental, en la parte alta de las laderas que se inclinan hacia La Bota, presenta una gran heterogeneidad en la repartición de la población, o tal vez, cabría decir que la heterogeneidad de esa repartición atañe a todo el sitio, presentando las manzanas más o menos densamente pobladas densidades de vivienda por hectárea más o menos importantes y condiciones de cohabitación más o menos soportables, distribuyéndose sin que una concentración más homogénea se manifieste en uno u otro punto del espacio ocupado, de todas formas, muy densamente.



La repartición de la población por clases de edad obedece a la misma falta de reglas, aunque es probable que la implantación de cada familia y de cada vivienda sea testimonio de

una estrategia perfectamente explicable. Tal vez la localización de la PEA según los datos de los dos últimos censos sea más decisora...





Las viviendas vistas a través de la encuesta EBAQ, sus características elementales, su estatus de ocupación y sus elementos de confort

Durante la encuesta EBAQ, se abordaron en el Comité del Pueblo 258 casas, que albergaban a 519 familias, es decir en promedio de dos familias por estructura habitacional. Se interrogó a 258 personas, se visitaron 258 hogares (uno por casa por sorteo) donde vivían 1.157 individuos (568 hombres y 589 mujeres, es decir 96 hombres por 100 mujeres). Esta población representa alrededor del 5 % de la población total del barrio evaluada aproximadamente en 23.000 habitantes en 1996.

Las 258 viviendas estudiadas son ya sea arrendadas, caso de una cuarta parte de ellas, o están habitadas por sus propietarios. Es la primera vez que se encuentra una proporción tan alta de propietarios en un barrio calificado de «popular». Ciertamente, es evidente que las condiciones sumamente militantes de la fundación del barrio excluían toda idea especulativa, lo que explica esta proporción. Sin embargo, transcurridos aproximadamente 20 años desde los inicios, es de todas maneras notable observar que solamente el 25 % de los antiguos «invasores» han cambiado de comportamiento o se han visto obligados a alquilar su bien. Otro dato interesante es que la casi totalidad de las construcciones no superan los tres niveles, casi siempre dos y ello corresponde igualmente a las condiciones iniciales: población de escasos ingresos, autopromotores y, en ocasiones constructores, de su propia vivienda. No se ve cómo habrían podido elevar casas de más de tres pisos. Es incluso probable que, llegado el caso, el tercer piso, sin estar programado al principio, haya sido agregado más tarde e incluso inimaginable. Se dijo que la densidad de construcción era muy elevada. La encuesta confirma que el hábitat es continuo o está repartido en casas gemelas, o tal vez es mejor hablar de casas adosadas de dos en dos, lo cual hace suponer no que se construyeron dos casas al mismo tiempo, por parte del mismo promotor-propietario (lo que parecería poco conforme al proceso creador del barrio), sino que, con el afán de ahorrar espacio, cuando las construcciones no se realizaban de forma continuada, debieron implantarse tan apegadas que la única solución aceptable

era adosarlas: el 54 % de las casas están en este último caso, el 39,5 % son contiguas y solamente un 6,5 % aisladas. Se vio que existía un promedio de dos familias alojadas en cada casa. La localización de las viviendas muestra que es lo más frecuente, puesto que el 58,2 % de las familias estudiadas residen en el segundo o tercer piso lo que hace suponer que la planta baja está ocupada por otro hogar, o, si acaso, por una actividad económica, aunque el Comité del Pueblo no es un barrio industrial, ni de oficinas, ni siquiera particularmente comercial. Una quinta parte de las viviendas posee además un garaje, dos veces menos que el número de familias que afirman habitar en la planta baja. Más sorprendente es el 69 % que goza de un jardín, aunque fuera muy pequeño, que a menudo no es sino un pedazo de césped con algunas flores, es cierto. Esto también es bastante excepcional en los barrios populares de Quito. ¿Se debe esto a que es un barrio reciente cuyos espacios verdes van a ser poco a poco suprimidos? Se puede pensar así. ¿No será acaso también que, en tanto el precio del terreno a urbanizarse es razonable, la gente, sobre todo en lugares donde la temperatura es clemente, aprecien poder gozar de un espacio abierto privado?

Sin embargo, hay algo sorprendente en un barrio que tiene apenas veinte años: los encuestadores estimaron que el 16 % de las viviendas estaban en mal estado, o al menos mal mantenidas. Ello hace suponer o una dejadez de parte de la gente que sin embargo hizo todo para tener un techo o una falta de medios para un mantenimiento adecuado.

Aunque las manzanas son mucho menos extensas que el promedio quiteño y las calles sumamente estrechas, ello no incide en el tamaño de las viviendas. De aquellas cuyas dimensiones se pudieron evaluar (3 viviendas de 4), exactamente la mitad tiene más de 80 m². La distribución más detallada es la siguiente: más de 100 m²: 42 % (36 % de más de 120 m²); de 50 a 80 m²: 26,5 %; menos de 50 m², menos de una cuarta parte (23,5 %).

En 1982, salvo en lo que respecta a la luz eléctrica, las viviendas no estaban prácticamente equipadas. En 1990, aunque la situación ha mejorado en gran medida, sigue siendo precaria para una cuarta parte de las viviendas, las mismas no tienen agua en la casa, o para una quinta

parte que no la tienen ni en la casa ni fuera de ella. Las demás comodidades, excepto el teléfono, están garantizadas en un 99 % en el caso de la electricidad y prácticamente en un 97 % en el de la evacuación de las aguas servidas y la recolección de basura.

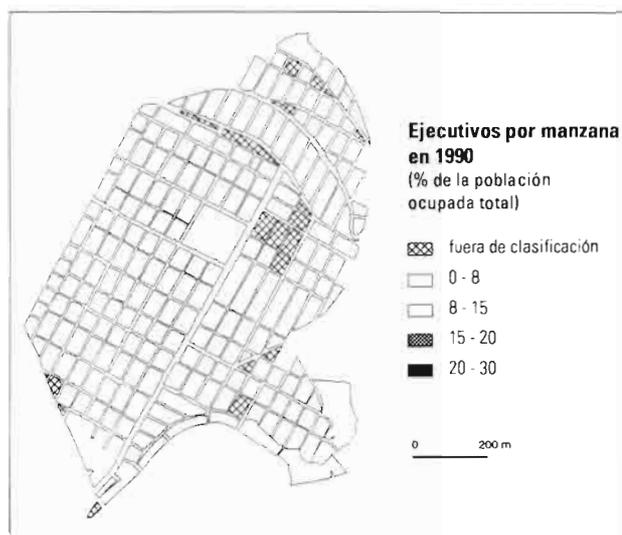
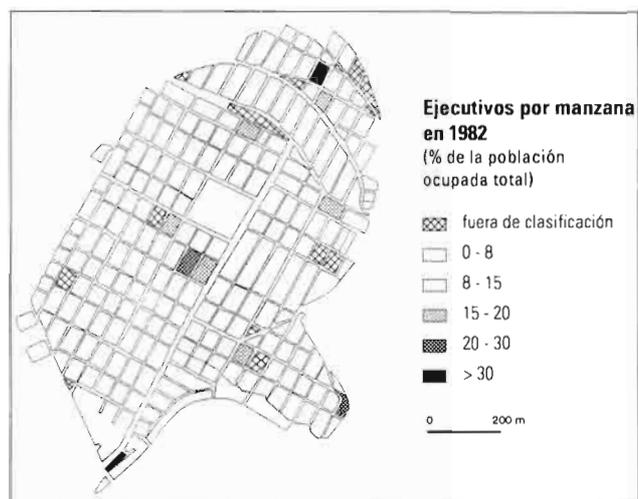
| Equipamiento | 1982 (%) | 1996 (%) |
|----------------------------------|----------|----------|
| Electricidad | 77,6 | 98,8 |
| Agua en la vivienda | 0,5 | 73,0 |
| Agua en el edificio | 0,5 | — |
| Agua al exterior | 0,5 | 7,0 |
| Sin agua | 98,5 | — |
| Servicio higiénico | | |
| • en la vivienda | 11,9 | 96,5 |
| • en el edificio | 7,2 | — |
| • otra situación | 80,9 | 3,5 |
| Evacuación de las aguas servidas | | |
| • por la red pública | — | 96,5 |
| • otra solución | — | 3,5 |
| Recolección de basura | — | 96,9 |
| Otra solución | | |
| Teléfono | — | 44,1 |

Cerca de la mitad de personas interrogadas (47,6 %) declara haberse instalado en el Comité del Pueblo al menos diez años atrás, algo más del 10 % habla de veinte años o más. El ritmo de instalación y de crecimiento de la población, como se señaló, prosiguió de manera sostenida hasta inicios del actual decenio. En el solo año 1990 se instaló un 5,3 %. Sin embargo, es difícil distinguir entre las implantaciones de larga duración y los movimientos usuales de cambio de residencia. En efecto, en 1991, un 4 % de nuevos residentes se instalaron en la vivienda que ocupaban al momento de la encuesta. En 1992, esa cifra es de alrededor del 2 %, pero tal desaceleración no dura y el 10 % de la gente declara estar allí (en la vivienda, y no necesariamente en el barrio, información que por cierto no se buscó) apenas desde

1994, registrando el año 1995 y los primeros meses de 1996 aún un 10 % de nuevas instalaciones. Es difícil interpretar acertadamente estos movimientos pues desconocemos sus causas, pero no se puede dudar que el barrio continúa creciendo en población. Es posible suponer entonces que parte de los nuevos residentes no está solamente de paso. Si se agrega que en un 19 % de los casos no se precisó la fecha de instalación, apenas se puede señalar que un movimiento bastante consecuente se opera en el barrio, aunque se puede pensar que el 19 % de «sin información» probablemente no se instaló recientemente, pues de ser el caso habría podido precisar la fecha, aún fresca en su memoria, lo que confirma una sedentización bastante significativa de una mayoría de habitantes del Comité del Pueblo.

Características socio-profesionales, actividades y niveles de instrucción de los habitantes del Comité del Pueblo, desplazamientos cotidianos

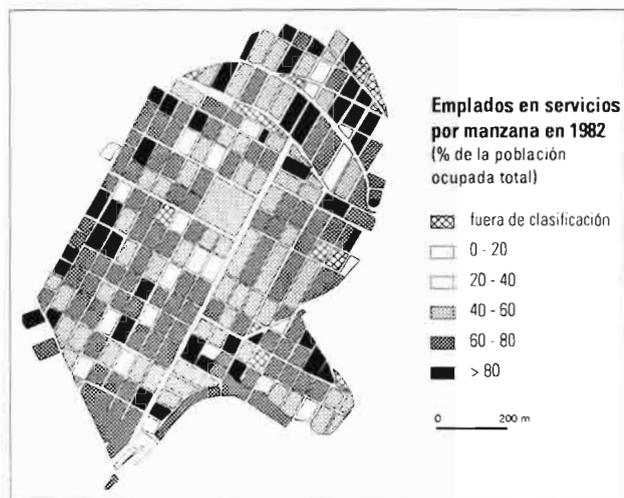
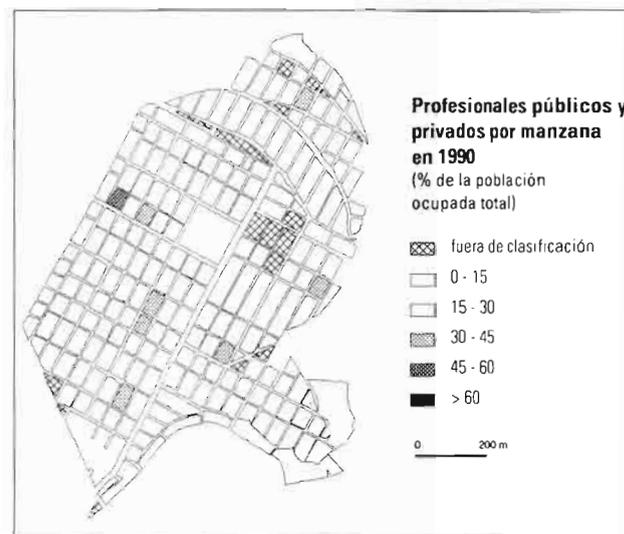
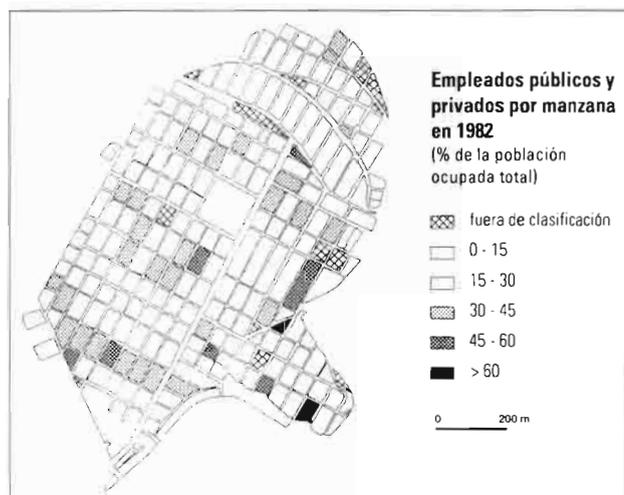
La imagen cartográfica de la distribución de los residentes según las características socio-profesionales declaradas en los últimos censos (antes de ellos la ciudad de Quito no se extendía hasta ese sitio!), repartidas según el porcentaje de cada categoría con relación al conjunto de la población económicamente activa (PEA) confirma claramente el carácter popular e incluso obrero del barrio. En 1982, definiendo a los ejecutivos con un criterio muy amplio, se contaba un 4,3 %. En 4 manzanas se encontraba más del 20 %, en otras 6, de 15 a 20 %, es decir finalmente un 4,5 % de las manzanas del barrio presentaba una elevada tasa de ejecutivos. Si nos referimos, para 1982, al promedio quiteño de ejecutivos según los criterios adoptados para la elaboración del AIQ, es decir el 18,94 % de la PEA, no llega al 4 % la proporción de manzanas con una población de ejecutivos superior a ese promedio. Mucho más significativo es el hecho de que el 82 % de las manzanas casi no albergan ejecutivos. Si, eventualmente, se encuentran algunos, no se distribuyen de una manera particular. En 1990, la situación es aún más clara. En ninguna manzana se encuentran ejecutivos, salvo en la clase más baja representada en los mapas (entre el 0 y 8 % de la PEA residente en la manzana).



En 1982, los empleados de los sectores público y privado, excluyendo los del comercio, representaban en todo Quito el 26,3 % de la PEA. En el Comité del Pueblo, la cifra es de apenas un 17,6 %. Ahora bien, en ese mismo año, el 15,6 % de las manzanas albergaban a más de un 30 % de empleados de ese tipo, de las cuales el 28,6 % (4,5 % de toda la PEA) presentaba más de un 45 % de esa categoría socio-profesional con relación a la población activa de la manzana. En casi una tercera parte (30,8 %) de las manzanas, del 15 al 30 % de la PEA que cuenta con un empleo remunerado se clasifica como empleado no comercial. En 1990, una diferencia de clasificación impide captar adecuadamente la implantación por manzana de esa categoría socio-profesional que actualmente se distribuye en dos rubros: «profesionales del sector público y del sector privado» por una parte, y «empleados en los servicios» por otra. No existe una razón económica clara para esta diferenciación, siendo comparables los ingresos que perciben los dos grupos, único aspecto interesante, puesto que la elección de la vivienda y del tipo de hábitat está estrechamente vinculada a los medios de los que dispone cada quien. Sin embargo, considerando los dos mapas que representan cada uno un grupo de esta población, se observa que la población de

los empleados (ya sean «profesionales» o empleados en los servicios) está bastante bien representada, puesto que en una cuarta parte (25,4 %) de las manzanas, de un cuarto a un tercio de la PEA, incluso más en el caso de los «profesionales», pertenece a esas categorías socio-profesionales. Al no disponer de las cifras de la distribución socio-profesional de la PEA quiteña en el censo de 1990, es difícil saber si la cifra de 1982 sigue siendo válida. Pensamos, sin embargo, que siguiendo en ello la evolución de las actividades terciarias, ha aumentado y que el Comité del Pueblo debe albergar a una población de «profesionales» y de empleados que no trabajan en el comercio propiamente dicho cercana al promedio quiteño, lo que lo designa como un barrio de una muy pequeña burguesía mezclada con una clase de comerciantes de igual nivel de vida y con una fuerte población obrera.

En efecto, en 1982, los empleados en el comercio representaban el 13,98 % de la PEA de Quito. Ahora bien, en ese mismo año, el Comité del Pueblo presentaba una población comerciante residente del 14,72 %, por lo tanto ligeramente superior al promedio quiteño. Los mapas



muestran la correspondiente distribución, siempre repartida de manera desigual en el sitio, pero en una desigualdad sin particularidad espacial. Siempre se encuentra en el Comité del Pueblo esa mezcla indiferenciada, cuando se trata

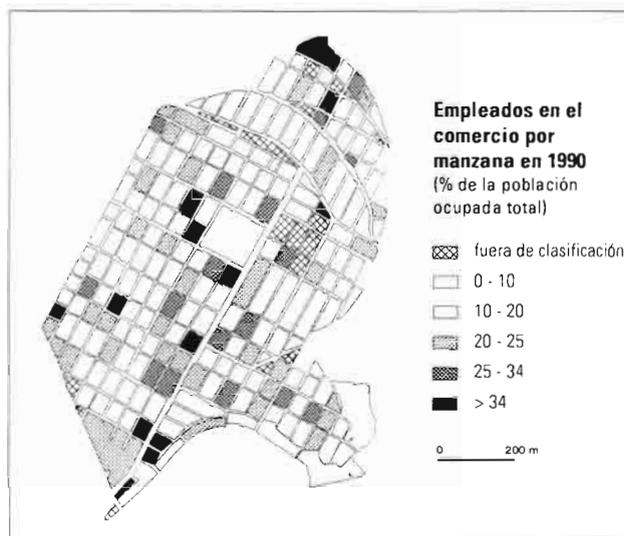
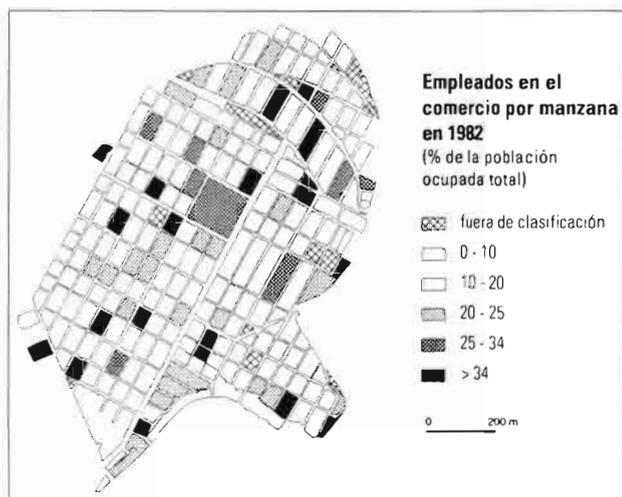
de las edades de los habitantes o de sus actividades profesionales. El hecho mismo de no tener particularidades en ese punto es en sí una de sus características.

Así, en 1982 y 1990, la situación es la siguiente:

PEA empleada en el comercio

| | % de manzanas donde está presente | |
|--------------|-----------------------------------|------|
| | 1982 | 1990 |
| más del 25 % | 12 | 13 |
| 20 al 25 % | 11 | 15 |
| 10 al 20 % | 38 | 34 |

El 61 % de las manzanas albergan a más del 10 % de comerciantes en 1982 y, en 1990, la cifra es del 62 %. La situación ha cambiado un tanto sin embargo. Al parecer, el número de comerciantes residentes ha aumentado poco entre los dos censos, incrementándose la proporción de comerciantes en algunas manzanas.



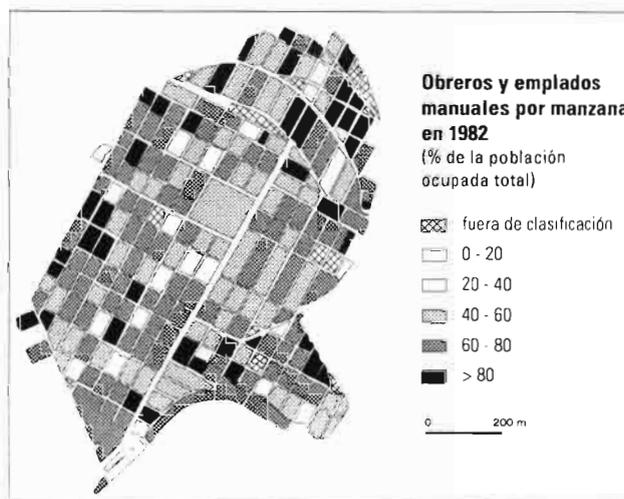
Los trabajadores manuales constituyen el 63,43 % de la PEA que reside, en 1982, en el Comité del Pueblo. He aquí la distribución por manzana para 1982 y 1990:

PEA que tiene un empleo manual

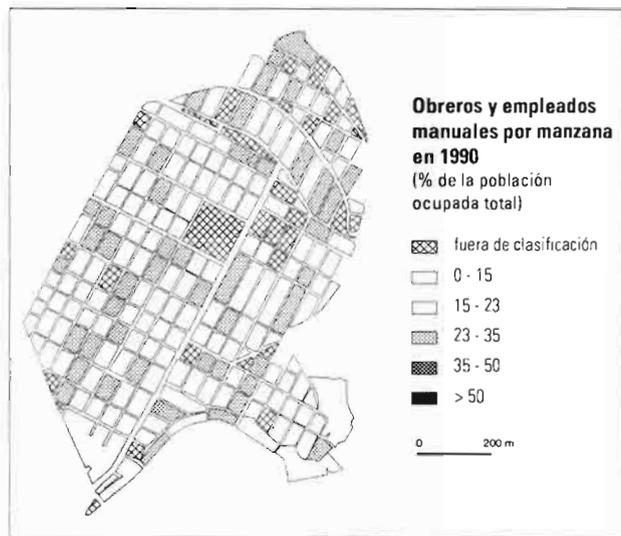
| | % de manzanas donde está presente | |
|--------------|-----------------------------------|------|
| | 1982 | 1990 |
| más del 80 % | 19 | 2 |
| 60 al 80 % | 41 | 18 |
| 40 al 60 % | 28 | 55 |
| 20 al 40 % | 9 | 20 |

Es un barrio primeramente obrero, lo que se confirma en la repartición de la población de trabajadores, la misma que se encuentra en el 88 % de las manzanas en 1982 y aún en las tres cuartas partes en 1990, representando el 40 % y frecuentemente mucho más, de la PEA residente.

La encuesta EBAQ por su lado contabilizó las actividades y la distribución socio-profesional del conjunto de



la población estudiada. Los 258 hogares analizados reúnen 1.157 individuos. El tamaño promedio de cada familia es, como ya se señaló, de 4,5 personas. En 1982, la cifra era la



misma y se mantendría entonces estable desde hace 14 años, pero el censo de 1990 revela una familia promedio de 4,1 personas. La diferencia puede deberse a la incierta representatividad estadística de la muestra. Además, los datos relativos a la población global muestran, en este barrio, una PEA que representa el 39,4 % y el 58,1 % de los adultos en edad legal de trabajar. A título de comparación, en 1982, esos porcentajes eran respectivamente, para toda la ciudad, del 39,9 % y del 54,5 %, y en el Comité del Pueblo, del 29,6 % y del 46,2 %. La población de los activos que tienen un empleo ha aumentado claramente en 14 años, lo que no es sorprendente dada la época pionera en que se realizó el censo de 1982, época de instalación de una población aún flotante y en busca de trabajo.

Así, en el Comité del Pueblo, un poco más de dos personas de cinco ejercen una actividad (o están impedidas de hacerlo por el momento. 3,7 % de la PEA se declara desempleada) generadora de un ingreso monetario. Además del 39,4 % de los habitantes que se declaran activos, el 35,1 % está escolarizado, y el resto permanece en casa o ha cesado toda actividad remunerada. La repartición de los que

ejercen una actividad socio-profesional remuneradora es la siguiente:

| CSP | 1982 (%) | 1996* (%) |
|--------------------------|----------|-----------|
| Ejecutivos | 4,30 | 4,39 |
| Empleados | 17,55 | 45,61 |
| Comerciantes | 14,72 | 20,39 |
| Artesanos | 13,14 | 11,62 |
| Obreros calificados | 23,66 | 7,46 |
| Obreros sin calificación | 26,53 | 6,80 |
| Desempleados | — | 3,73 |

* Las cifras de 1996 son las recogidas en la encuesta EBAQ en abril de ese año.

Según estas dos distribuciones, entre 1982 y 1996, el porcentaje de ejecutivos parece notablemente estable, pero los cambios de CSP son considerables en las demás categorías de PEA. Los dos tercios (66 %) de esta son, en 1996, empleados o comerciantes, mientras que en 1982 representaban apenas el 32,27 %. Su número relativo se multiplicó por más de dos durante los 8 años que separan a los dos censos. En otros barrios, ya se observó este fenómeno que es coherente con la «terciarización» de las actividades, en especial en las ciudades. En el mismo lapso, la población obrera, sin distinción de trabajadores manuales, pasa del 63,43 % en 1982 al 25,88 % en 1990. Sin embargo, más que una excepcional disminución de la población manufacturera, al haber desaparecido en valores relativos los dos tercios de los trabajadores, tal vez es mejor atribuir aquello primeramente a una llegada masiva de «*cols blancs*» (ejecutivos, empleados, etc.) entre las dos fechas, y luego a una disminución de la población obrera en cuanto la demanda de mano de obra desapareció con la consolidación del barrio. El período fasto para los manufactureros y obreros calificados ha pasado, ya no se construye tanto en el Comité del Pueblo, hace falta espacio para ello. También se puede pensar que una cantidad considerable de obreros, domiciliados allí durante las grandes obras, partieron

después a instalarse en otros lugares, más cercanos a su lugar de empleo.

Hay dos veces más hombres que mujeres que trabajan. Ahora bien, según los datos demográficos, los hombres y las mujeres adultos se equilibran (393/392). La regla se mantiene en los barrios populares como ya se observó en La Loma, San Juan, Chimbacalle e incluso en San Carlos: las mujeres permanecen aún muy a menudo en el hogar, son verdaderas amas de casa y cuidan también de los niños pequeños. Una vez más, es en el caso de los comerciantes donde la distribución por género favorece a las mujeres (54 mujeres/41 hombres). Se debería poder llamar a eso «síndrome tienda» o «síndrome de la placera» (incluyendo la venta ambulante o de puerta en puerta, la venta informal, etc., no son términos lo que falta). Tratándose de los ejecutivos, muy pocos, se encuentra una mujer por 14 hombres; en el caso de los empleados, sector usualmente muy femenino, la relación es cercana a 1 por 3 (15 hombres/57 mujeres) al igual que entre los trabajadores manuales (94 hombres/24 mujeres).

Si se observa el nivel de escolarización, la repartición es la siguiente:

| | iletrado, sabe leer un poco (%) | primaria (%) | secundaria (%) | técnica (%) | superior (%) |
|----------------------|---------------------------------|--------------|----------------|-------------|--------------|
| Total | 9,9 | 32,2 | 36,7 | 4,2 | 18,0 |
| PEA masculina | 2,5 | 29,8 | 38,6 | 11,4 | 17,7 |
| PEA femenina | 2,9 | 25,7 | 51,4 | 5,7 | 14,3 |
| Amas de casa | 5,4 | 52,4 | 40,7 | 0,5 | 1,0 |
| Escolares masculinos | 2,4 | 20,1 | 32,1 | 1,2 | 44,2 |
| Escolares femeninos | 3,8 | 44,6 | 38,2 | 0,7 | 12,7 |

El nivel escolar de la población del Comité del Pueblo es muy diferente según el género, no solamente en lo que respecta a los estudios técnicos donde los hombres son considerablemente más numerosos (esto se debe al aprendizaje en talleres que se ha sido agrupado con los estudios técnicos). La mayoría de mujeres adultas no han superado el nivel secundario, salvo aquellas que tienen una vida profesional, en

cuyo caso han cursado estudios superiores en uno de cada 7 casos. Este esquema se reproduce, al parecer, en la nueva generación en la que se encuentran 3,5 veces más muchachos que muchachas que cursan estudios superiores. Parece evidente que en Quito la escolarización sigue estando vinculada al medio social. El Comité del Pueblo es un barrio de obreros y de pequeños empleados. La universidad no parece estar hecha para ellos o sus hijos, sobre todo si se considera que la escolaridad en los mejores establecimientos de educación superior es costosa. Igualmente, el porcentaje de los que saben apenas leer es muy elevado, pero en realidad es apenas un tanto más alto que en un país de gran reputación cultural como Francia donde, a pesar de ello, el acceso a los estudios superiores es generalizado.

Los estudios superiores, en este caso, son asunto de los ejecutivos, en ocasiones de los empleados, más del sector público que del sector privado, y a veces de los comerciantes, aunque frecuentemente estos últimos y sobre todo los empleados, y también los artesanos, han concluido al menos la escuela secundaria. Los obreros calificados son los más numerosos en haber recibido una enseñanza técnica o en haber sido aprendices en un taller. Los menos afortunados, como siempre, son los obreros sin calificación. Los que buscan un empleo se distribuyen de manera atípica.

Todos los días, más de la mitad de los habitantes del Comité del Pueblo se desplaza para el ejercicio de las actividades económicas o sociales. Sin embargo, dada la incertidumbre en cuanto a las respuestas, la información sobre los desplazamientos presenta lagunas. El siguiente cuadro (página 183), donde se presentan primeramente las diferencias cuantitativas observadas entre los datos recogidos según los rubros, da una medida de ello.

Aquí se puede retomar, casi al pie de la letra, lo que se decía a propósito de los movimientos pendulares diarios de la población de Chimbacalle: si bien es normal, como lo muestra el cuadro, que las amas de casa, cuya mayoría (cosa por cierto previsible) permanece en casa, sale poco, a no ser para hacer compras o visitas, es en cambio sorprendente constatar que el 14 % de la PEA «se esfuma» de la dis-

| | Ocupación | Lugar de actividad | Hora de salida | Desplazamiento |
|--------------|-----------|--------------------|----------------|----------------|
| PEA | 456 | 391 (-14,3 %) | 326 (-28,5 %) | 281 (-38,4 %) |
| Amas de casa | 204 | 201 (-1,5 %) | 24* | 33* |
| Estudiantes | 406 | 286 (-29,5 %) | 172 (-57,6 %) | 196 (-51,7 %) |

* Información indicativa, sin significación por las razones indicadas a continuación

tribución cuando se trata de identificar su lugar de trabajo e incluso un 28,5 cuando se trata de conocer la hora de salida a trabajar, para no hablar del tiempo de desplazamiento, pues en ese punto ¡la información desaparece! Ocurre lo mismo con los colegiales y estudiantes: el 29,5 % que sin embargo se dirigen todos los días a un establecimiento escolar, no se contabilizan en el rubro «lugar de actividad» y son muchos más numerosos en ese caso cuando se trata de conocer la hora matinal en que van a la escuela, repareciendo algunos para indicar la duración del desplazamiento. En resumen, el cuadro muestra la incertidumbre que marca a ciertos datos de la encuesta.

Sea como fuere, las informaciones de que disponemos autorizan de todas maneras un análisis de los movimientos diarios entre el lugar de residencia y los lugares de empleo. Así, el 19 % de los activos trabajan en su domicilio y el 97,5 % de las amas de casa apenas salen, salvo para hacer algunas compras en el barrio (16 %). Todos los que son definitivamente sedentarios, si se los puede llamar así, representan el 27 % de las personas consideradas en la encuesta. El 31 % de ellos con activos en su domicilio y su trabajo es remunerado. Sin embargo, el barrio, aunque relativamente bien conectado a la ciudad en la actualidad para quien se desplaza en autobús, sigue estando lejos de todo, sobre todo de los lugares de empleo. Por ello, solamente el 12 % de la PEA, fuera de quienes trabajan en su casa (comerciantes y artesanos en el 70 % de los casos), permanecen en el barrio o se dirigen a un barrio vecino, y el 3,3 % recorre distancias menores a 2 km. Los demás, es decir el 65,5 % (los dos tercios de los trabajadores del barrio) recorren varios kilómetros. Un tercio de ese 65,5 % recorre entre 2 y 5 km y los otros dos más de 5 km. A este respecto, todas las categorías socio-profesionales distintas a los comerciantes y artesanos siguen el mismo movimiento.

Los escolares, que constituyen el tercio (32,6 %) de los migrantes cotidianos, son un tanto más favorecidos, aunque casi un tercio (30 %) recorre diariamente distancias superiores a los 5 km y el 14 % distancias comprendidas entre 2 y 5 km. El 37 % están escolarizados en el barrio o en un barrio vecino y el 19 % a menos de 2 km de distancia. Por cierto, en un radio de 800 m más allá de los límites del barrio, se cuentan 6 jardines de infantes, 6 escuelas primarias y 4 establecimientos de enseñanza secundaria, entre ellos uno que es escuela y colegio situado en pleno centro del barrio, frente al mercado.

Cada mañana, 4 trabajadores (38 %) de 10 y un estudiante (49,4 %) de 2 abandonan su domicilio antes de las 7 a.m. En la siguiente hora, el 47,2 % de los migrantes cotidianos ya han salido. A las 8 a.m., apenas un 13,8 % de quienes van a trabajar o asisten a un establecimiento escolar están aún en casa. Los comerciantes, conjuntamente con los colegiales, son los más madrugadores y quienes más temprano salen. Sin embargo, aunque distribuyéndose un tanto más en el tiempo, todas las categorías socio-profesionales están en ese caso. La hora pico se sitúa antes de las 7:30 a.m., y el barrio pierde así la mitad de su población desde las primeras horas del día, en especial las cuatro quintas partes (79 %) de los escolares están camino a la escuela antes de las 7:20 a.m.

Un quinto de los migrantes cotidianos se desplazan apenas 15 minutos, sobre todo jóvenes estudiantes. La duración de los trayectos se descomponen en cuatro clases: el 27 % emplea entre un cuarto de hora y media hora, el 29 % entre media hora y una hora, y finalmente, el 24 %, cerca de una persona de 4, necesita más de una hora para llegar a su lugar de actividad de cada día. Son los comerciantes y los empleados los que recorren las distancias más largas. Aquí se ve cómo el Comité del Pueblo, pese a estar actualmente bien conectado a la ciudad, está lejos de todo. La hora pico se sitúa antes y después de las 7 a.m.

Alrededor del mediodía, 181 colegiales (casi dos tercios) regresan a casa a almorzar, y 109, es decir el 60 %, salen nuevamente al colegio por la tarde. Existen también algunos trabajadores que regresan al almuerzo, probablemente quienes trabajan en el barrio o en un barrio vecino.

Por la tarde, una cuarta parte de los migrantes ha regresado a su casa antes de la 6 p.m., y un cuarto antes de las 6:30 p.m. Son los comerciantes quienes regresan a casa más tarde (primeros en levantarse, últimos en regresar). La mitad de ellos están de regreso mucho después de las 7 p.m.

Si bien por la mañana los trayectos se realizan bastante fácilmente, por la tarde y noche duran más, pues la distribución del regreso, en todo Quito, está mucho menos concentrada que la ida matinal. Todos salen de su trabajo a la misma hora pero los ejes de circulación interbarrial se ven taponados siendo más lento el tráfico y los habitantes de este barrio soportan las consecuencias. Así, por la mañana, apenas el 24 % de los que se desplazan emplean más de una hora. Por la noche, ese porcentaje es de 32 y solamente un 17 % demora 15 minutos en su trayecto de regreso, mientras que por la mañana, el 20 % ha llegado a su lugar de actividad en un cuarto de hora, como acabamos de ver. Por todas estas razones, los habitantes del Comité del Pueblo no se distraen mucho al regresar a su domicilio, como es costumbre en otros barrios más centrales y más antiguos de Quito.

Así, al parecer existe una especificidad del Comité del Pueblo, barrio obrero y de pequeños empleados. Como una suerte de austeridad, o más bien de regularidad tranquila de vida que se aparenta *mulatis mulandis* al «metro, trabajo, cama» de las afueras obreras de París. Pero el metro aquí es el autobús. Un tercio de la gente va a pie o permanece en su casa todo el día (jubilados, amas de casa, niños no escolarizados), pero entre los que se desplazan, el 67 % lo hace en autobús. Solamente el 11 % de la población escolar goza de un servicio de transporte escolar. Algunos utilizan un vehículo particular, esencialmente comerciantes, empleados y artesanos.

Lo que piensan los habitantes del Comité del Pueblo de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito

A pesar de este alejamiento que de todas maneras les afecta, los habitantes aprecian su barrio, el mismo que es calificado de agradable por el 76,6 % de las 248 personas que

respondieron sobre este punto de la encuesta. Los argumentos de comodidad son los primeros que se evocan, lo cual entra en la lógica de quien luchó y sigue luchando con los responsables del manejo del espacio municipal para tener derecho a un hábitat decente. En cierta forma, apreciar la vida en el barrio es ser militante. Sin embargo, más allá de este pequeño refrán combativo que aún puede escucharse por momentos «parando la oreja», las razones que se dan son mucho más prosaicas. Se consideraron, sucesivamente y según el avance de las preguntas de la encuesta, las ventajas (abordadas de manera sucinta) de la vivienda y las del barrio visto con sus cualidades y defectos geográficos, urbanísticos y sociales. En este orden las analizaremos.

Las opiniones están divididas en cuanto al precio de la vivienda. El 56 % la encuentra barata y el 44 % cara. Coinciden un poco más en cuanto a su tamaño que algo más del 69 % aprecia, mientras los demás tienen una opinión contraria. Su prolongación hacia el exterior mediante espacios de juego o de paseo, en cambio, no satisface a todo el mundo, sino solo a un 22 %. Los demás lamentan la inexistencia de espacios de juego (45 %) o de paseo (33 %) consecuentes. Se unen a las 58 personas (23 % de las entrevistadas) que deploran el difícil acceso a los lugares de diversión o de recreación.

En cambio, el barrio está bien surtido en productos de consumo corriente y permite abastecerse fácilmente. Existe un consenso sobre este punto. De quienes respondieron, solo un 2 % no está convencido de ello. Asimismo, se reconoce que ciertos equipamientos públicos como la salud y los establecimientos escolares son cercanos, muy accesibles. De quienes expresaron su opinión, el 87 % lo piensa de la salud y el 67 % de las escuelas. Sin embargo, en cuanto a esta cuestión de proximidad de los lugares usuales de la vida cotidiana, todo no es tan positivo. Así, un 51 % encuentra que su lugar de trabajo es cercano y el 49 % que está demasiado alejado. Evidentemente es cierto en ambos casos y ello está ligado necesariamente a la diversidad de las situaciones. Ello no impide que, para muchos, los desplazamientos cotidianos son muy largos. Una cuarta parte de los trabajadores tienen más de dos horas de trayecto por día.

Otros objetos de insatisfacción son el aseo del barrio, la higiene, los desechos y las molestias de todo orden. Si se reúnen las respuestas en cuanto a la higiene (24 %), los desechos (26 % y no solo domésticos) y la falta de servicios públicos (19 %), un 69 % de los entrevistados se lamenta de una u otra manera de la falta de aseo del barrio. La basura es lo que menos se acepta y apenas un 14 % de la gente encuentra limpio el barrio! Muchos son los que se quejan del polvo (35 %), de los olores sobre todo asociados a los vehículos (unos y otros 18,5 %), del ruido (14 %) o de todo tipo de molestias o inconvenientes mal precisados (22 %).

Los aspectos sociales son mucho mejor percibidos, exceptuando la inseguridad y su doble, los ladrones y bandidos o que se supone que lo son. Así, 220/248, es decir el 88,7 %, se expresaron sobre este último punto. De ellos, el 13 % afirma que el barrio es seguro, lo que piensan probablemente mucho más gente que considera agradable vivir en él, pero entonces matizan su discurso diferenciando las horas del día de las de la noche. El 87 % adorna su discurso sobre el tema de la inseguridad (71 %) y de los bandidos (16 %), pero el 80 % de aquellos que responden se felicitan por las buenas relaciones de vecindad, el 65 % por las buenas condiciones de convivencia, el 85 % por el respeto de la vida privada y hay unanimidad en cuanto a la tranquilidad del barrio. Se encontraron de todas formas 5 personas que se quejan de un aislamiento social, en otras palabras que no se sienten integradas a la vida del barrio.

Una mayoría aprecia vivir en el Comité del Pueblo. Sería sorprendente que no fuera así. Si se exceptúan los indecisos (10 %), esa mayoría se eleva al 81 %. Sin embargo, al mismo tiempo, como se observó en todas partes, surge la contradicción aparente cuando solamente casi la tercera parte de la gente (31,2 %) afirma que incluso si tuviera los medios no cambiaría de barrio y aún menos (27,1 %) no cambiaría de vivienda. Para aclarar un tanto estas dos reacciones, la satisfacción del barrio expresada masivamente y el deseo, no menos masivo, de partir si se dispusiera de los medios, se preguntaba qué barrio de Quito les parecía más atractivo para instalarse si fueran libres de elegir. A la primera pregunta, las respuestas proporcionadas (234/258, es decir que el 90 % respondió) se dispersan ampliamente, y una cuarta parte confir-

ma su apego al barrio. Si se agregan los indecisos, los que no saben qué responder o que declaran «ninguno» (lo que podría ser una contestación de desengaño que significaría entonces «me da lo mismo» o «todos son iguales») y que por lo tanto dudan que pueda haber, según sus criterios y razones, una mejor elección, se llega a un 41 % de aceptación del Comité del Pueblo, lo que supera a la afirmación anterior de no desear cambiar de lugar de residencia. La Kennedy es el segundo barrio en atractivo, término que a menudo se confunde con la propia preferencia. El 10,7 % de los entrevistados lo escoge. Viene luego el centro con el 6,8 % de las respuestas, y después El Inca (5,6 %), El Rosario (4,7 %) y Carcelén (3,4 %) que no están muy alejados. También se cita al Norte sin más precisión (2,1 %) y varios barrios situados en esa parte de la ciudad. Totalizando todos los que se encuentran en el Norte, se llega a un 35 % de las opciones. Globalmente, se destacan los barrios del centro (Centro Histórico y centro-Norte), antiguos o menos antiguos siempre y cuando sean centrales, apacibles y bien consolidados. Así, el 16,2 % de las opciones, reuniéndolas, recaen en el centro, San Juan (3,4 %), Eugenio Espejo, América, La Mariscal, La Floresta, Miraflores, algunos otros más e incluso Guápulo. El Sur, aunque más bien el Sur consolidado como La Villa Flora, tiene igualmente sus adeptos, pero pocos, menos del 4 %. Algunas elecciones recaen también en pequeñas ciudades o barrios de los valles, pero es muy notable que los barrios considerados atractivos nunca son, con una sola excepción, barrios con reputación de estar habitados por una burguesía pudiente, e incluso confortablemente rica. En el Comité del Pueblo, todos son conscientes de sus posibilidades financieras y de sus preferencias sociales.

Hay mucho menos respuestas explícitas en cuanto a la designación del lugar de instalación soñado. El 12,3 % responde «en el mismo barrio», «en un barrio vecino» o «en un barrio idéntico a este», mientras el 87,7 % se contenta con responder «en un barrio diferente». Ninguna de las respuestas indica un verdadero deseo de cambio. Puesto que se les planteaba la pregunta, la mayoría respondió de manera vaga y aproximada, no para dar gusto a su interlocutor sino porque aparentemente jamás se habían preguntado aquello, o porque estimaban que la respuesta anterior era suficiente. Entre los motivos de una posibilidad de cambio si existieran los

medios de hacerlo, el más frecuentemente citado fue el más natural: «para estar en nuestra casa», «para ya no ser arrendatario», «para ser propietario». Viene luego la respuesta que no es tal: «porque quisiera hacerlo y punto». En tercera posición se ve aparecer el monstruo de los tiempos actuales, la delincuencia: se optaría por un barrio más seguro, sin delincuencia. «Para cambiar», «para vivir en un barrio con una mejor vecindad», «para acercarse a un lugar mejor equipado», son también otras respuestas frecuentes. Las demás se refieren a la búsqueda de un barrio limpio, no contaminado, por razones de familia y para acercarse al lugar de trabajo.

A propósito de la pregunta «¿Qué modificaciones le parecen deseables para el barrio?», surgen nuevamente la lucha contra la delincuencia y el refuerzo de los medios de protección. El 43 % reclama medidas y son el Municipio (49 %), el Estado (33 %), las asociaciones (de defensa, probablemente, 12 %) y finalmente una acción entre vecinos (6 %) los que deberían encargarse de ello. Después de la seguridad vienen el mejoramiento y mantenimiento de la calzada, que desea el 23 % de la gente. El Municipio debe preocuparse por ello, según lo piensa el 82 % de la gente interrogada. Al parecer, las asociaciones, es decir el trabajo colectivo (minga), estarían en capacidad de actuar en ese sentido: 10,5 %. Los demás (algunas respuestas) hablan del Estado o de los vecinos. Los parques, los equipamientos públicos y el aseo son las tres mejoras deseadas. El poder responsable, del que se espera acciones, es el Municipio.

Después del atractivo supuesto de los diferentes barrios de Quito, definido según lo que piensa cada quien, se quiso conocer el orden de preferencia atribuido a tres de ellos. En efecto, contrariamente a las apariencias, las respuestas al respecto no son redundantes, siendo el atractivo una noción teóricamente objetiva y así lo entendieron algunos, y teniendo la preferencia una importante dimensión subjetiva, como todos lo comprendieron. Sin embargo, como lo subjetivo interfiere en lo objetivo tanto más cuanto que la pregunta se formula de alguna manera por sorpresa, las contestaciones se superponen parcialmente. La clasificación sigue siendo interesante y permite afinar la visión que tienen los habitantes de los diversos lugares de vida doméstica y social de Quito.

Más de 4 personas de 5 (82,2 %) aceptó hacer esta clasificación. El Comité del Pueblo no se ubica sino en segundo lugar en el caso de la primera preferencia, en tercer lugar en la segunda y en cuarto lugar en la tercera. El preferido es la Kennedy, situado hacia abajo, a 2 km a vuelo de pájaro. Es un hecho sin explicación, pues no se previó en el cuestionario que se desarrollen las razones de la elección. He aquí la clasificación de los primeros doce escogidos, sin distinción de orden de preferencia:

| Orden de preferencia | Kennedy | El Rosario | Comité del Pueblo | El Inca | Carcelén | Calderón |
|----------------------|---------|------------|-------------------|---------|----------|----------|
| 1 | 33 | 17 | 24 | 11 | 16 | 5 |
| 2 | 30 | 25 | 14 | 8 | 5 | 13 |
| 3 | 19 | 15 | 8 | 10 | 3 | 4 |
| Total | 82 | 57 | 46 | 29 | 24 | 22 |

| | los valles | Cotacollao | San Juan | La Floresta | San Carlos | Villa Flora |
|-------|------------|------------|----------|-------------|------------|-------------|
| 1 | 10 | 7 | 6 | 8 | 2 | 4 |
| 2 | 6 | 4 | 8 | 2 | 5 | 4 |
| 3 | 4 | 3 | — | 3 | 5 | 4 |
| Total | 20 | 14 | 14 | 13 | 12 | 12 |

Vienen luego: La Vicentina (7), La Carolina (7), Manosalvas (6), Eugenio Espejo (6), Cochapamba (6), El Condado (6), Ferroviaria (6), La Magdalena (6), y 20 otros nombres de barrios citados de una a 5 veces. Si los reunimos por grandes conjuntos geográficos, la parte situada al Norte del Centro Histórico va a la cabeza masivamente, mencionada en 369 ocasiones (72,8 %), entre ellas 42 que designan el centro-Norte; le sigue el Sur del Panecillo, citado 52 veces, pero el primero de sus barrios, Villa Flora, se coloca en la décimo segunda posición. Finalmente, el Centro Histórico y dos o tres barrios muy cercanos y que están en simbiosis con él, son citados 45 veces. Todo esto merece un rápido comentario. Primeramente, el espacio que corresponde al Centro Histórico es muy estrecho con relación al Norte o al Sur, por lo que su rezagada posición debe relativizarse. Luego, los valles aparecen como parte integrante de Quito, lo que es

relativamente nuevo, en especial en el caso de Calderón, muy cercano gracias a las vías rápidas. Finalmente, la casi totalidad de los barrios citados pueden clasificarse de pequeño-burgueses y, en su mayoría son cercanos al Comité del Pueblo que en sí cuenta con un 9 % de las preferencias (la Kennedy, 16 %; El Rosario, 11 %). No es por lo tanto aventurado afirmar que la gente que da estas respuestas lo hace por otras razones que un entusiasmo por el «Norte», como puede ser el caso en otros barrios si se cree lo que se dice comúnmente (pero esos «se dice» se basan en otros «se dice»...).

Después de haber expresado su opinión sobre la atracción que ejercen los diferentes barrios y su preferencia por algunos, a la interrogante «¿Cuál es el barrio más representativo de la ciudad de Quito y por qué?», los habitantes del Comité del Pueblo reaccionaron de la siguiente manera: sin respuesta, 9,4 %; «ninguno», 3 %; «no lo sé», 15 %. El resto se reparte entre:

- un 23,7 % de opiniones dispersas en 9 barrios, entre ellos: el Norte, sin precisión, 6,4 %; La Mariscal, 6 %; el Sur, sin precisión, el 3%; el Comité del Pueblo, 2,6 %; la González Suárez (es decir la avenida de este nombre, barrio La Paz, y no el casco colonial o el barrio González Suárez), 2,3 %; el Bosque, los valles, los Pinos y La Carolina reunidos, 3,4 %;
- un 48,9 % habla del Centro Histórico en su totalidad o en partes, entre ellos el centro sin más precisión, 38 %; La Loma, 6 %, y otro tanto La Mariscal; La Ronda, El Puncillo, San Blas, 4,9 %.

Esto significa que, para 7 de cada 10 obreros y empleados de este barrio que, para la burguesía quiteña oía a azufre durante tantos años, el valor emblemático del antiguo núcleo inicial de la urbe conservó toda su fuerza, que el apego a los valores tradicionales no es incompatible con una lucha política, de dimensión social contestataria, para el acceso a una vivienda propia. Prueba de ello es que la antigüedad histórica, el patrimonio y la tradición, más la arquitectura, son las razones que motivaron las elecciones más frecuentemente expresadas, el 85 %. Es cierto que la mitad de los habitantes no desarrollaron su punto de vista. El 15 % restante de respuestas gira alrededor de la animación, del comercio, las actividades del centro, y también alrededor de

la organización (es decir, al parecer el modo de composición del espacio) y el hecho de que «es el mejor». Las opciones que no se refieren al centro, en cambio, no tienen sino una justificación: son comerciales.

Teniendo en cuenta lo anterior, no es sorprendente que el 67,9 % estime que la conservación y la rehabilitación del Centro Histórico es algo positivo (61,2 %) o muy positivo (6,75 %). Sin embargo, el 7,2 % no responde y el 12,7 % está de acuerdo con prudencia, el famoso «más o menos» ecuatoriano. Sin embargo, un porcentaje bastante alto (12,2 %) considera todo eso negativo porque es desordenado, cuesta caro, es un robo, son gastos inútiles, un desperdicio, y las razones contrarias: «A manera de conservación se estropea lo que existía anteriormente», entonces el remedio es peor que la enfermedad, o «se debería de una vez botar todo». Únicamente quienes consideran positivo o muy positivo rehabilitar el Centro Histórico restaurándolo, explican un tanto su apreciación: «Se debería hacer más», 47 % de las opiniones formuladas; «es nuestra herencia», 15 %; «eso da nueva vida al centro, es más colorido que antes», 9 %; el resto gira alrededor del 6 % cada vez y hace alusión a la historia, a la necesidad de impedir que todo desaparezca poco a poco, a la vitrina turística de Quito, etc., aunque también algunos lamentan que la cuestión del tráfico no sea solucionada, mientras que entre los descontentos se encuentran dos personas que acusan al trolebús de ser una molestia. Sin embargo, la mayor parte de la gente desconoce quién financia todo ello. Prácticamente 4 de 10 personas no responden, mientras que una de 5 declara no saberlo. De los demás, el 60 % afirma que se trata del Municipio, el 22 % que es el Estado, el 13 % que es el pueblo y el 5 % que son organismos internacionales.

Ante las preguntas, aunque simples, relativas al funcionamiento de Quito, hay gente que no responde y otros que confiesan no tener nada que decir. Así, a propósito de la existencia o la inexistencia de un barrio de negocios, el 6 % no contesta y el 6 % restante no sabe. De quienes creen saber, el 17 % niegan que exista uno y menos aún varios, y el 83 % afirma que existe uno o varios. Se dijo que la confusión entre barrio de negocios y barrio comercial es generalizada. Esto se comprueba una vez más y solamente el

24 % responden «tal vez», «no es tan seguro», hablando de un centro de negocios en el sentido del *central business district*. Mencionan La Carolina o La Mariscal y la Colón. Todos los demás hablan de un centro comercial particularmente bien abastecido: El Tejar encabeza la lista, con el 48 % de las respuestas, seguido del centro considerado por un 10,6 % como un inmenso mercado, que lo es. El Comité del Pueblo es citado por el 4,8 % e igual porcentaje afirma que cada barrio tiene su centro comercial, mercado o supermercado en este caso. Se mencionan también el Norte, los valles, el mercado mayorista, varios barrios del Sur y El Bosque, que fue durante varios años el centro comercial más lujoso de Quito. Sin embargo, si se interroga sobre lo que significa para ellos la expresión «barrio de negocios», se obtiene apenas un 5 % de respuestas entristecedoras, del estilo «allí donde hay de todo», «donde circula el dinero», «un lugar bullicioso e inseguro», «un sitio barato», «comercio», «animación», etc.

El centro administrativo es una entidad mejor conocida, aunque una cuarta parte (25,1 %) no responde, el 19,4 % no sabe y el 10,1 % afirma que no existe en Quito. (Se puede discutir sobre este último punto. En realidad han habido más esbozos de agrupamiento que una creación de un verdadero barrio administrativo: después del centro que era la casi totalidad de la ciudad, hubo una veleidad jamás concretada, en El Belén, entre La Alameda y El Ejido, y luego algunos ministerios, que aún subsisten, en La Mariscal, mientras que el centro continuaba albergando algunas instituciones administrativas. Finalmente, según el plan Jones Odriozola, se construyeron en La Pradera el Ministerio de Agricultura y Ganadería y el de Obras Públicas, antes de que se convirtiera en el feudo de los militares). No queda sino un 45 % que afirma que existe un centro administrativo. El centro cumple esta función para un 46 %, de los cuales alrededor de la mitad declara que se sitúa alrededor de la Plaza Grande. Viene luego La Mariscal, con el 29 % de las respuestas, El Belén con 8,5 % y La Carolina también con el 8,5 %. Las demás contestaciones se diluyen en todo Quito, desde Turubamba hasta San Blas y la avenida González Suárez, de la cual ¿nos preguntamos qué mito de modernismo representa?

Habiendo el Comité del Pueblo nacido de una acción comunitaria, se puede pensar que el movimiento asociativo está muy bien implantado en el barrio. Ahora bien,

solamente un 24 % afirma que ello no está tan mal, declarando ejercer una actividad de ese tipo, pero el 44 % participa en las mingas cuando surge la necesidad a nivel del barrio. El caso más citado es el aseo de las calles, en el que participa más de uno de 5 entrevistados. Algunos se ocupan igualmente de los juegos y el deporte, o son consejeros zonales. Algunos no piensan nada bueno de ese trabajo asociativo, pero la gran mayoría de quienes responden, 89 %, se expresan de esas actividades en los mejores términos.

La política municipal en cambio no es conocida. Solamente el 18 % de las personas entrevistadas saben que existe un reglamento urbano y de los 134 que aceptaron aventurarse en explicaciones, el 86 % no sabe qué pensar de él, el 7 % respeta la tradición del «más o menos», el 3 % lo aprueba y el 4 % solo se expresa mal de él. Para un tercio, el reglamento urbano es... «el reglamento urbano», el 19 % habla de «normas de vida urbana», el 27 % de «leyes municipales» y el 10 % de «reglas de circulación». La antigua y ancestral inquietud de los impuestos se manifiesta en el 5 % de la gente, el 4 % habla de «reglas de construcción» o de «alcantarillado». En resumen, existe una sospecha de lo que puede contener un reglamento urbano, pero estos jirones de información yacen esparcidos en la conciencia de diferentes ciudadanos. Es evidente que si los responsables del Municipio desean que su acción sea comprendida por sus conciudadanos, deberían promover en mayor medida sus propios reglamentos. Sin embargo, si realmente se consultara a los ciudadanos, estos no dejarían, en el futuro, de hacer propuestas. En espera de ello, consideran que las acciones prioritarias son una adecuada intervención de la policía (25 %), las infraestructuras, entre ellas las calles, el 17,6 %, los parques, el 8,8 %, o globalmente todas las que se pueda imaginar (12,4 %). Se habla también de higiene y de salud (6 %), de circulación (1,9 %) y de todo tipo de necesidades (medio de vida, recolección de basura, molestias sonoras del aeropuerto, alumbrado público, cabinas telefónicas, más atención de parte de los choferes de autobús, cambio de las paradas de los autobuses, guarderías para los niños pequeños, más establecimientos escolares, más servicios básicos, transporte para las personas de la tercera edad, etc.) que representan, juntas, el 12,4 % de las demandas.

La mitad de los habitantes salen el fin de semana (52 %). De quienes permanecen en casa, el 68,5 % reciben a sus familiares y amigos, el 19 % van, por el contrario, a visitarlos y el 12,5 % se dedica a los vecinos y amigos. Los que salen, buscan, en un 61 %, un lugar de diversión es decir un cancha de juego o deporte, el 21 % sale de Quito, el 18 % va de paseo en el barrio o a un barrio vecino. Los parques, incluso lejanos, atraen a mucha gente, al igual que los valles y los alrededores de Quito de una manera general, pero en realidad, el habitante del Comité del Pueblo no tiene vehículo, lo que hace de él una suerte de usuario cautivo: únicamente el 18,5 % posee un vehículo, es decir una de cada cinco familias.

A manera de conclusión, retrato impresionista del habitante del Comité del Pueblo

El habitante del Comité del Pueblo es un adulto de 40 a 50 años que recuerda haberse instalado en la ciudad después de un largo proceso de acaparamiento de tierras con el aval forzado del Municipio. Sus inicios fueron difíciles, familia con niños pequeños, vivienda en construcción o apenas terminada y aún no correctamente acondicionada, medio ambiente urbano en construcción, no integración ni equipamiento del barrio, aislamiento geográfico. Recuerda por cierto que en ese entonces muchas manzanas permanecían casi vacías. Había que inventar la vida ciudadina. Ahora todo eso ha cambiado en gran medida. Vive en un barrio reconocido, con calles adoquinadas, en parte gracias a sus esfuerzos y a la organización entre vecinos, y unido al resto de Quito mediante una vía rápida.

La población también ha cambiado, se ha diversificado socio-profesionalmente: a los obreros de los primeros tiempos vinieron a agregarse los pequeños empleados. La mitad de la gente se ha instalado 10 años atrás y algunos (10 %) están allí 20 años. Se ha convertido en un barrio de clase media baja, donde las tres cuartas partes de las familias son propietarias de su vivienda y, progresivamente, incrementan su confort. Muchos son los que gozan de un pequeño jardín florido. Ciertamente, disfrutar de una casa para un solo hogar sigue siendo un lujo, pero no se trata tampoco del amontonamiento en multifamiliares como en San Carlos. Es raro que

una casa albergue a más de dos familias, lo cual es soportable y, a fin de cuentas, más bien banal. Las viviendas son también más habitables. En 1982, aún se amontonaban 3 a 4 personas por pieza. Ahora se tienen 3 piezas, e incluso 4 aunque nunca más, para cuatro personas. Hay que decir que parte de los hijos han partido a instalarse en otro lugar, que quienes se quedaron y fundaron una familia tienen menos hijos que sus padres, lo que permite mejores condiciones de vida. Además en la actualidad está equipado, aunque si bien todos tienen luz eléctrica, una vivienda de 4 no está conectada a la red de agua y muchos deben continuar abasteciéndose en un predio vecino. Pero el alcantarillado está instalado, la basura es recogida regularmente e incluso tener teléfono ya no es raro.

Barrio de obreros en sus inicios, con la nueva generación y los nuevos habitantes, cambia el perfil tipo del adulto que tiene una ocupación económica remunerada. Los empleados, ya sean del sector público o del sector privado, son mayoritarios y su nivel de instrucción es más elevado. Pero no por ello existe segregación social. Los obreros son vecinos de los empleados y los hijos de todos se frecuentan sin la menor discriminación. Hay que decir que el ritmo de la existencia es, durante la semana, acompasado por una fuerte migración diaria. Aunque en la actualidad adecuadamente conectado con la ciudad, el Comité del Pueblo está de todas formas alejado de los barrios comerciales y de negocios, al igual que de los ministerios y oficinas de la administración central, lo que obliga a todo el mundo a madrugar. Antes de las 7 a.m., todo el barrio está despierto: los colegiales (uno de cada tres de los que parten), pues la escuela comienza generalmente hacia las 8 a.m. y deben tomar el autobús, los comerciantes y artesanos porque hay que abrir el almacén y el taller (una quinta parte de los activos trabajan en el barrio), los trabajadores porque deben tomar también el autobús y, en el caso de la mitad de ellos, desplazarse más de 5 km (mucho más) lo que implica una hora de trayecto por la mañana, aunque por la tarde y noche más, a causa de la salida, concentrada en términos de horario, de las fábricas, talleres y oficinas. Durante el día, las amas de casa son dueñas del barrio. Al medio día los niños regresan de la escuela a la que

parte de ellos retornarán por la tarde, y por la noche todo el mundo regresa a casa sin dilación. Es un barrio particularmente poco agitado.

Los habitantes saben bien que hay limitaciones. Eso no les impide de manera alguna considerar que es agradable vivir en el Comité del Pueblo, pues les gusta el barrio. Sin embargo, si tuvieran los medios para hacerlo, podrían por supuesto pensar en instalarse en otro lugar, en la Kennedy por ejemplo, o en El Rosario, incluso tal vez en Calderón. En todo caso en un barrio al alcance de sus medios, no donde los ricos —¿qué harían allí?—. En realidad, están bien donde están y no piensan en mudarse sino en la medida en que son arrendatarios, pues estar en su propia casa es de todas formas lo mejor que se puede desear. Entonces, se instalarían de buena gana en otro lugar en el Norte de preferencia, pues está mejor acondicionado, aunque el centro, La Loma o San Juan también podrían ser agradables, o incluso en el Sur, en la Villa Flora.

¿Qué habría que mejorar? La seguridad por supuesto, sobre todo por la noche, la iluminación no es buena, y luego, el aseo, la higiene, la recolección de basura, el medio ambiente (contaminación, espacios de juego y de paseo), pero los vecinos son agradables, hay un buen ambiente, se participa en las mingas cuando es necesario y el domingo se ve a la familia, se sale a dar una vuelta o se trata con los vecinos.

En lo que respecta a la vida de barrio, el habitante del Comité del Pueblo es un ciudadano globalmente satisfecho.

En cuanto a los problemas de la ciudad, es otra cosa. No sabe si existe un barrio particular para los negocios, se abastece en el mismo barrio o, para compras particulares, se desplaza al gran mercado permanente de El Tejar, en el centro.

Igual sucede con la administración. Funciona en el centro, alrededor de la Plaza Grande, y tal vez también del lado de La Mariscal, pero eso no le preocupa. Por cierto, nada sabe de la política desarrollada por el Municipio. Es a este último al que le corresponde ocuparse de las obras y las reglas que facilitan la vida en Quito, no a él. Entonces, ¿cómo lo hace el Municipio? Lo ignora. ¿Quién se lo habría podido decir?

Ah, sí. Sabe de todas maneras que el Centro Histórico está en restauración y piensa que no está nada mal: turístico, animado. Pero eso es muy natural pues el centro tiene una historia, representa a Quito, es su patrimonio. En cambio, no sabe con exactitud quién paga todo ello: el Municipio seguramente, el Estado un poco, también organizaciones internacionales y todo el mundo.

En definitiva, el habitante del Comité del Pueblo luchó por tener un sitio donde vivir. Lo consiguió y se organizó. Ahora es un ciudadano como todo el mundo y quiere que lo dejen vivir en paz, pues han terminado las épocas de militancia y de lucha por una vivienda, los hijos han crecido y él ha alcanzado un estatus de pequeña burguesía que le satisface plenamente.

9 • La Ecuatoriana

La situación, el sitio y los límites del barrio

La Ecuatoriana es un barrio relativamente reciente: aproximadamente veinte años. En efecto, a principios de los años 1980 comenzó a poblarse activamente, aunque al parecer, los primeros residentes llegaron ya a inicios de los años 1970. Se trata de una lotización compuesta de 42 manzanas y dividida en 659 predios, según el plano catastral elaborado en 1984. Su superficie es de aproximadamente 45 ha ocupadas (datos de 1990) y cuando el censo de 1982, algunas manzanas presentaban ya una densidad de más de 160 habitantes por hectárea (AIQ, lámina N° 10), que probablemente no superaba los 200 hab/ha. En 1990 (censo INEC), está habitado por 4.255 personas.

Se sitúa a 12 km a vuelo de pájaro del Centro Histórico de Quito, al Sur-Suroeste del mismo y a 6 km del mercado mayorista ubicado en El Carmen, en el Sur de la ciudad. Su sitio se extiende entre los 2.980 y los 3.040 m.s.n.m. en el piedemonte del Atacazo, volcán que se levanta directamente al Sur del Pichincha. Su forma es aproximadamente triangular. Su límite oeste está materializado por una quebrada, la de Monjas, y el límite este, en su parte baja, por una segunda quebrada, más pequeña, la Calcania, que lo separa del barrio vecino. Finalmente, su tercer límite es la avenida Vencedores de Pichincha que lo conecta con el resto de la ciudad. Se trata de un eje de circulación cortado por numerosos cruces con semáforos de señalización y cada vez más transitado a medida que nos acercamos al centro, lo que coloca a La Ecuatoriana completamente al margen de la capital. En efecto, las vías periféricas que atienden bastante bien a la parte noroccidental de Quito, convergen únicamente en la avenida Vencedores de Pichincha al Sur del

centro, después de los túneles de San Roque. Así, para llegar al Norte de la ciudad, solo queda utilizar los autobuses de las compañías privadas y saber que, en el momento de mayor circulación, los 16 km pueden recorrerse en aproximadamente una hora, o rodear el Panecillo por el Este, con el riesgo de caer en los embotellamientos de la calle Maldonado, entrada sur de la Panamericana, que también son permanentes. Esta segunda solución supone además otro medio de locomoción personal o que se haya llegado a la estación de trolebús más cercana en un autobús, si existe, que recorra el correspondiente trayecto.

La lotización de La Ecuatoriana está formada de dos partes. La más baja ocupa un espacio rectangular aproximado salvo del lado de la quebrada Calcania que impone al sitio su recorte. Reúne casi un tercio de las manzanas (13) que se alinean en un damero de casillas rectangulares en su mayor parte. Es un sector fácilmente penetrable en vehículo aunque ninguna calle esté pavimentada salvo la principal que ha sido adoquinada. La parte más alta constituye una pendiente bastante regular. Se organiza alrededor de un eje central, pavimentado en parte, que es la calle principal. Todas las calles son ortogonales con relación a ella. Una segunda vía, paralela a la principal permite una mayor accesibilidad a nivel interno. Sin embargo, todas esas calles ortogonales desembocan en una quebrada y no tienen salida. Tal como ha sido diseñado, este barrio reproduce más o menos, adaptándose al sitio, la trama vial rectangular tan común en Quito.

Análisis de los mapas de densidad de población, de viviendas y de las piezas habitables ocupadas por los residentes

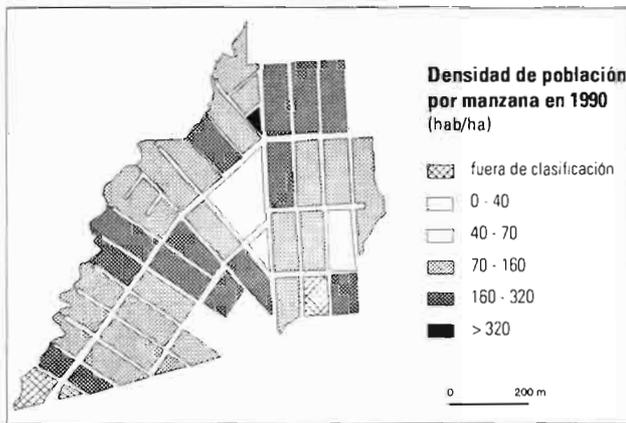
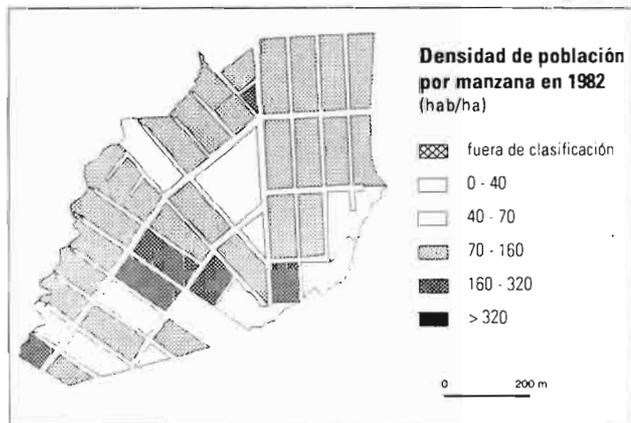
Se dijo que en 1982, la densidad era superior a 160 hab/ha en algunas manzanas. En ese año, la densidad

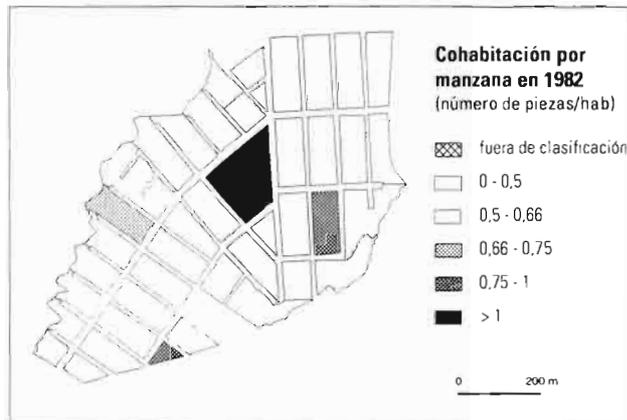
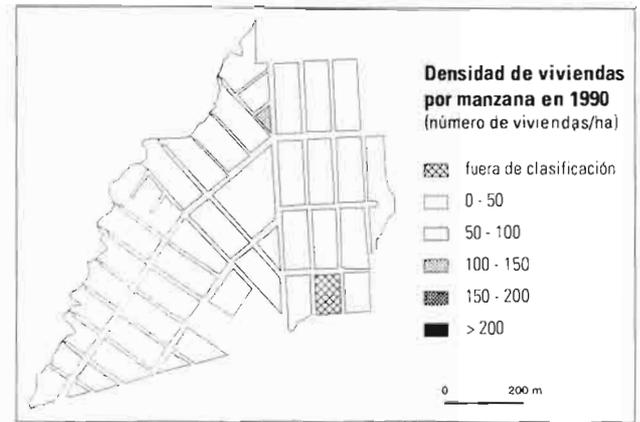
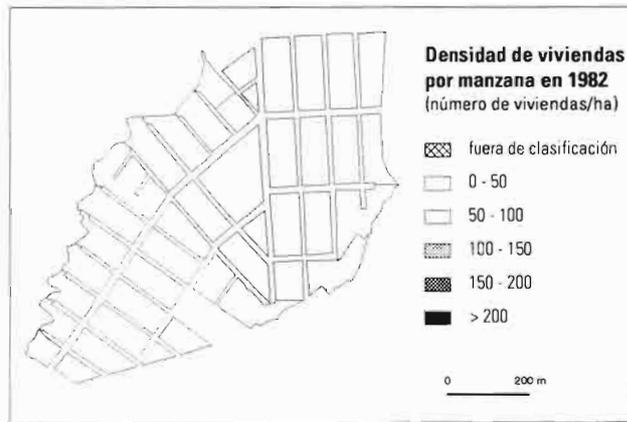
promedio global era cercana a los 40 hab/ha. En 1990, estaba aún por debajo de los 100 hab/ha. Los mapas extraídos de la BDU del SUJM permiten ver y captar la evolución por manzana entre los dos últimos censos. Así, en 1982, no había sino 6 manzanas, de las cuales 4 de dimensiones modestas, que presentaban una población que se situaba en la clase densidad de 160 a 320 habitantes por hectárea (probablemente dada la novedad del barrio) pero más cerca de 160 que de 320. Otras 26, es decir el 62 % de las manzanas sin distinción de tamaño, albergaban de 70 a 160 hab/ha, y otras 6, es decir el 14 %, no tenían sino de 40 a 70. En 1990, el barrio tiene ya cerca de 20 años. Se ha densificado considerablemente pues se encuentran, siguiendo la misma clasificación, 14 manzanas, de las cuales solo 3 son las mismas que en 1982, en la clase de 160 a 320 hab/ha y una, la más pequeña del barrio, situada a la entrada de su calle principal es cierto, que se ubica en la clase de más de 320/ha. Esa misma manzana, en 1982, era ya una de las 6 más pobladas. La mitad de manzanas, 21/42, tienen de 70 a 160 hab/ha y solamente una de 40 a 70 hab/ha. La repartición de las densidades que en 1982 es más bien importante en la parte baja del barrio y a lo largo de su calle principal y central, se homogeneizó en 1990 en todo el sitio construido, lo que hace suponer que el período más activo de instalación de la población se desarrolló entre los dos censos. Sin embargo, La

Ecuatoriana parece estar lejos de la saturación.

En lo que respecta a la densidad de viviendas por hectárea, en 1982 se situaba entre 0 y 50, con excepción de esa manzana sumamente pequeña mencionada, en la que existían más de 50 viviendas por hectárea, pero se trata de una unidad de máximo 1.500 m², es decir algo más de un séptimo de hectárea o más de 7 y menos de 14 viviendas en la manzana. En 1990, esa densidad sigue siendo globalmente baja. Solamente 4 manzanas han cambiado de clase: aquella que se distingue de todas las demás, que cuenta con 100 pero menos de 150 viviendas por hectárea y otras tres que se encuentran actualmente en la clase de 50-100 viviendas/ha. Estas están en evidente correlación con aquellas del mapa de la densidad de población, pero no es posible, a través de la lectura de los mapas, explicar esta situación excepcional con relación al conjunto. Existe tal vez en esas manzanas una presencia más antigua, pero se trata solo de una hipótesis.

Los mapas de cohabitación apenas aclaran las cosas. En 1982, se goza de al menos una pieza por habitante en una sola manzana. Se trata seguramente de quien cuida el terreno, la manzana más grande del barrio, que está solo y ocupa una caseta. Por lo tanto, no es significativo. En dos manzanas, ni más ni menos pobladas que el promedio, existen entre 3 y 4 piezas para 4 personas; una manzana





dispone de 2 piezas para 3 personas a 3 piezas para 4 personas. Las demás, salvo cinco, es decir el 74 % de las manzanas, tienen apenas una pieza para dos personas a 2 piezas para 3 personas. En las cinco últimas manzanas, cada uno de los habitantes debe compartir una pieza habitable con al menos otra persona. En 1990, solo hay una manzana que se encuentra en la peor situación de cohabitación de 1982. En 29 manzanas, 69 % del conjunto, se comparten aún dos piezas entre tres personas a tres piezas entre

4 personas; en 9 manzanas, 21,4 %, 3 personas comparten 2 piezas o, en el mejor de los casos, 4 comparten 3. En una sola manzana, el confort promedio alcanza más de 3 piezas para 4 personas, o incluso prácticamente una pieza habitable por persona. Así, progresivamente, las condiciones de vida mejoran.

Características del hábitat en La Ecuatoriana, según la encuesta EBAQ

La encuesta EBAQ estudió 63 hogares. El conjunto de casas escogidas por sorteo para este estudio albergaban a 118 familias, lo que significa que prácticamente cada construcción está, en promedio, ocupada por dos familias. Si se recuerda que el 34,9 % de las personas encuestadas afirman que su familia ocupa sola la casa, nos encontramos con 41 casas en las que viven 96 familias. Así, en promedio, en cada casa viven 2 ó 3 familias, o lo que es más verosímil, las casas tienen entre 2 y 4 departamentos. Las 279 personas que forman parte de una de las 63 familias de La Ecuatoriana, de las cuales al menos uno de sus miembros accedió responder a las preguntas de la encuesta EBAQ, viven, en un 93,6 % de los casos (59 familias), en casas que no superan los 2 niveles. Por cierto, en el barrio, el hábitat no sobrepasa los 3 niveles. Cuatro de 5 familias son propietarias de su vivienda. Las casas aisladas están ocupadas solo por un 9,5 % de

las familias entrevistadas que son arrendatarios 5 veces más frecuentemente que propietarios. Las más comunes son las casas adosadas de dos en dos, que representan más de la mitad: 52,4 %. Vienen luego las casas en línea de fábrica, en hábitat continuo (36,5 %), pero solamente más de un tercio de las familias, el 34,9 %, goza de una casa en forma exclusiva. Otro tercio, 36,5 %, ocupa una planta baja, y el resto, 28,6 %, un piso alto. Además, las tres cuartas partes de las casas están en buen estado. Las que parecen más deterioradas no tienen sino un nivel y dan directamente a la calle. Es posible, en algunos casos, que se trate solo de un hábitat de espera, construido con la arquitectura de la precariedad y que deberán ser destruidas, o de viviendas en proceso de reestructuración para la elevación de otro piso por ejemplo. En esas casas, la superficie de los departamentos es inferior a 50 m² solo en el 14,3 % de los casos y un 22,4 % cuenta apenas con 50 a 80 m², mientras que casi un tercio, 32,6 %, tiene viviendas de 80 a 100 m² e incluso un 30,6 % de más de 100 m².

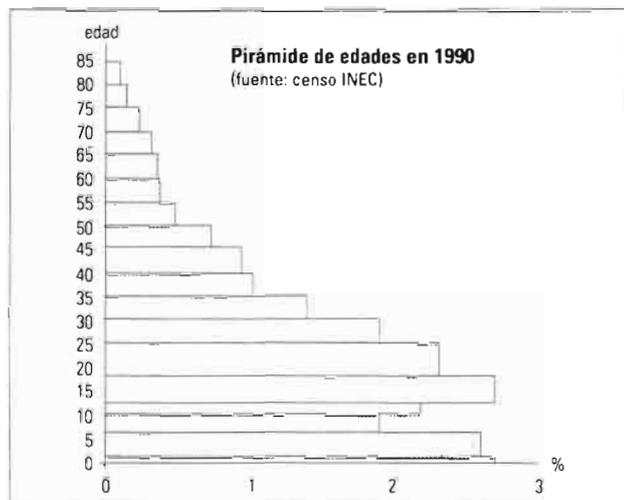
Un tercio (32,3 %) de las casas están alineadas a la calle, y el resto claramente retiradas de la calzada. El espacio que las rodea es sin embargo abierto en un 57,4 % de los casos, y cerrado en el resto. Existe a menudo un césped delante de las casas (47 %) y algunas veces árboles (11,5 %). El acceso es directo en 9 de 10 casos, pero a veces es necesario tomar un sendero o escalinatas (8 %). Las viviendas están todas adecuadamente equipadas: electricidad, agua, evacuación de las aguas servidas. La recolección de basura doméstica se realiza regularmente; solo el teléfono es aún un equipamiento de lujo del que dispone apenas el 21 % de las viviendas.

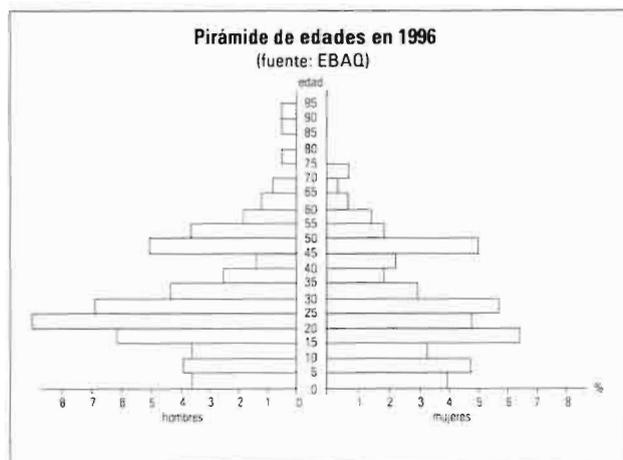
No todos los residentes, ni mucho menos, están instalados desde muchos años atrás. ¿Es ello acaso el resultado de un cierto *turn over* o de un incremento progresivo de la población en el barrio? Las dos cosas probablemente. De quienes pudieron indicarnos con precisión el año de su instalación en su actual vivienda, la mitad, 26/50, están allí desde más de 10 años atrás. Los demás han llegado a un ritmo promedio de 2,4 a 9,5 % por año. El valor pico de 9,5 % se sitúa en 1992. Hubo otro, más modesto, en 1990, del 7,9 %. Tal vez se trata de años en que se terminó la

construcción en nuevos lotes puestos la venta. Los encuestadores no precisaron este punto. Sin embargo, el barrio está lejos de estar saturado. Es verosímil que haya más llegadas que salidas.

Distribución demográfica y características socio-profesionales de los habitantes de La Ecuatoriana

En 1982, el barrio tenía apenas un decenio de existencia. Su densidad de población crecía progresivamente, pero ya en 1990 alcanzaba 4.255 habitantes, 2.067 hombres y 2.188 mujeres, es decir un índice de masculinidad del 94,5 %. Había además 975 viviendas ocupadas, es decir en promedio familias de 4 personas, en un tercio de los casos de 5 miembros. El histograma por clases de edad de esa población indica que en 1990 todavía garantiza naturalmente su tasa de renovación. En realidad, se trataba de una población joven cuando su instalación, pero al parecer desde su sedentarización en el barrio ha comenzado a regular los nacimientos. El histograma refleja esa modificación de comportamiento. Se podría sin embargo interpretar de otra manera esa curva que registra una disminución de los nacimientos en las clases de edad de 6 a 12 años y





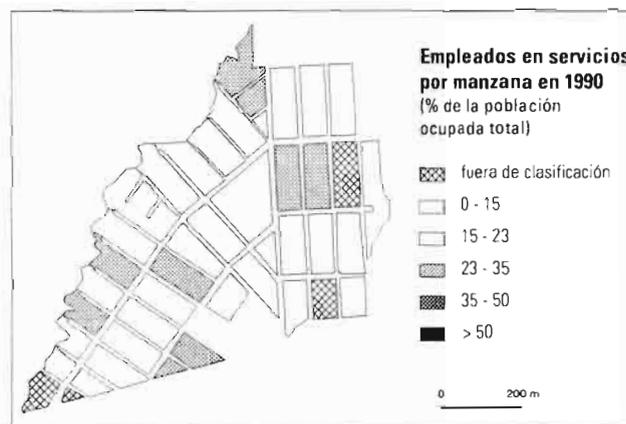
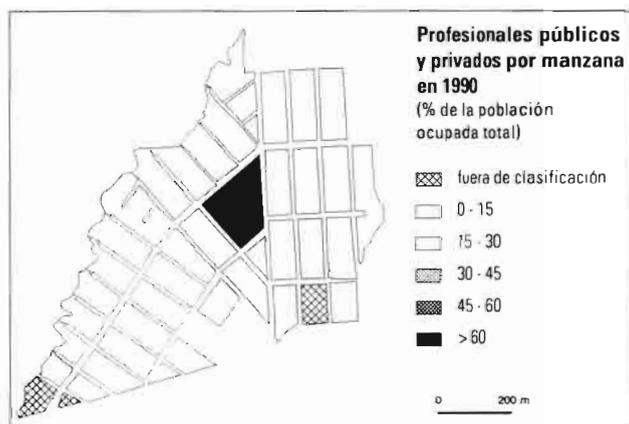
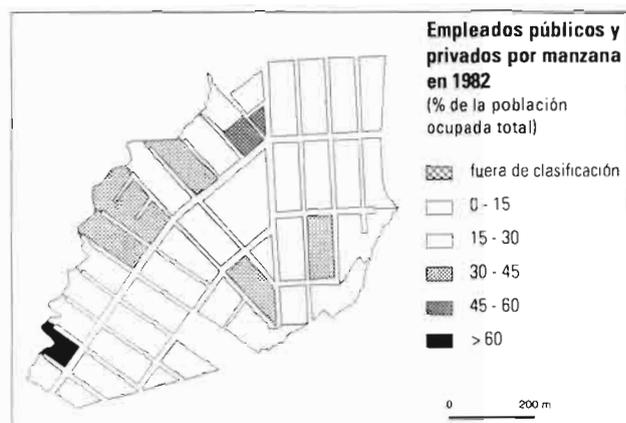
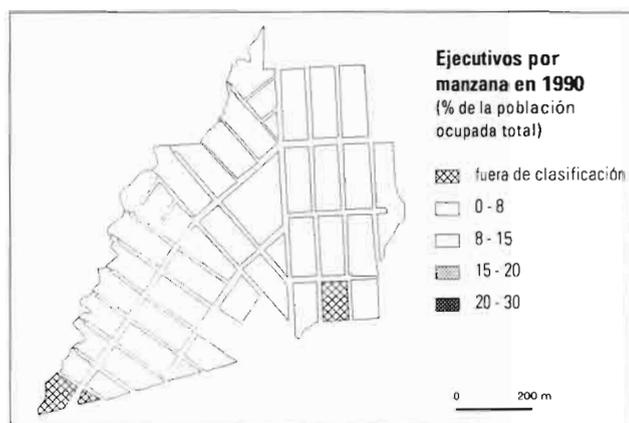
parece repuntar moderadamente luego, pero la pirámide establecida con base en los datos de la encuesta EBAQ de 1996, aunque estadísticamente poco representativa, confirma de todas maneras el inicio del envejecimiento. Finalmente, aquí, como en el resto de Quito, la regulación de los nacimientos parece haber entrado definitivamente a formar parte de las costumbres.

Nuestra muestra de 1996 concierne 63 familias (63 viviendas) y 279 personas, de las cuales 152, es decir el 54,5 %, son de sexo masculino y 127, es decir el 45,5 % de sexo femenino (índice de masculinidad de 120). La pirámide de edades es muy irregular. Se tiene la impresión de que corresponde a dos olas de poblamiento del barrio, pero no disponemos de elementos para verificarlo. Apenas se puede anotar que parece haber habido una afluencia de población lenta pero continua entre 1973, año clave en la urbanización de Quito, y 1980. Luego se observa una desaceleración y un repunte a fines de los años 80. Otra particularidad consiste en el bajo número de personas mayores de 60 años y el número aún menor de mayores de 75. Los jubilados no representan por cierto sino el 1,8 % de nuestra muestra cuya distribución en términos de actividad o de ocupación es la siguiente:

| Categoría | Número | Porcentaje |
|-----------------------------------|------------|------------|
| Ejecutivos | 6 | 4,9 |
| Empleados | 41 | 33,6 |
| Comerciantes independientes | 33 | 27 |
| Artesanos, obreros independientes | 17 | 13,9 |
| Obreros calificados | 9 | 7,4 |
| Obreros sin calificación | 10 | 8,2 |
| Desempleados | 6 | 4,9 |
| Total CSP | 122 | 100 |
| Amas de casa | 44 | 16,3 |
| Población escolar | 85 | 31,5 |
| Jubilados | 5 | 1,8 |
| En casa | 14 | 5,2 |
| TOTAL | 270 | 100 |

N.B.: Existen 279 personas en nuestra muestra y solamente 270 en este cuadro. Probablemente se debe a que 9 personas no declararon su actividad. Pensamos que se trata de niños muy pequeños. Los encuestadores mostraron, en ciertos casos, una curiosa propensión a omitir la precisión de «sin estatus», de «corta edad» y que por lo tanto permanecen en casa, pues ello les parecía muy evidente.

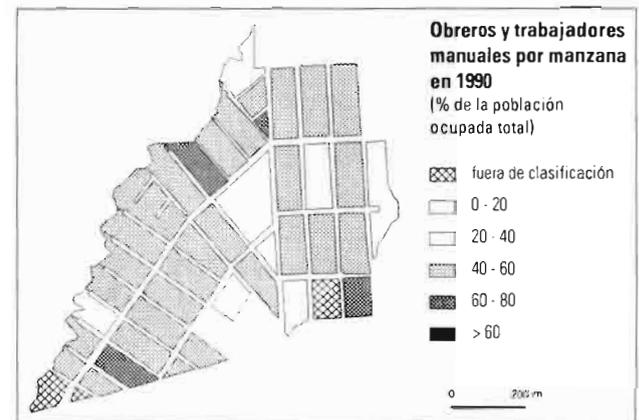
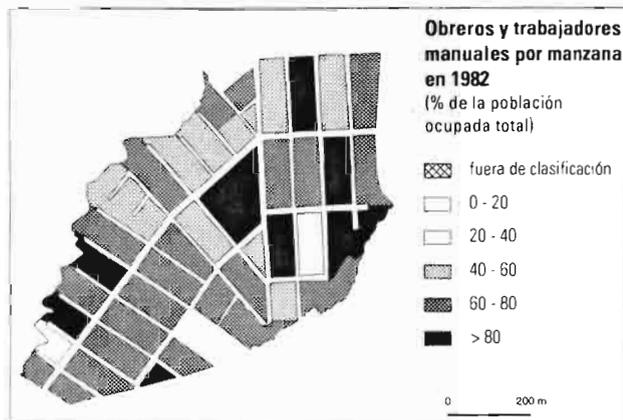
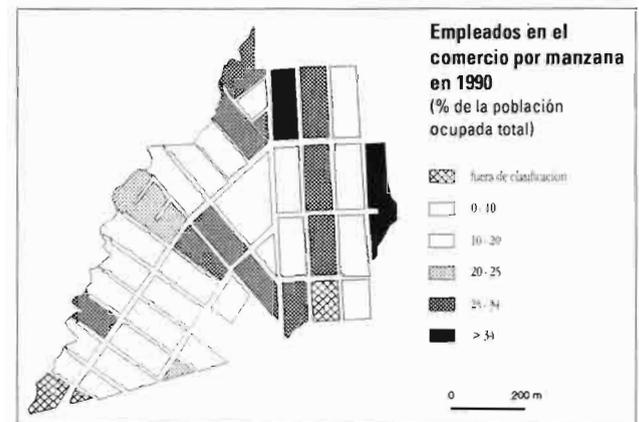
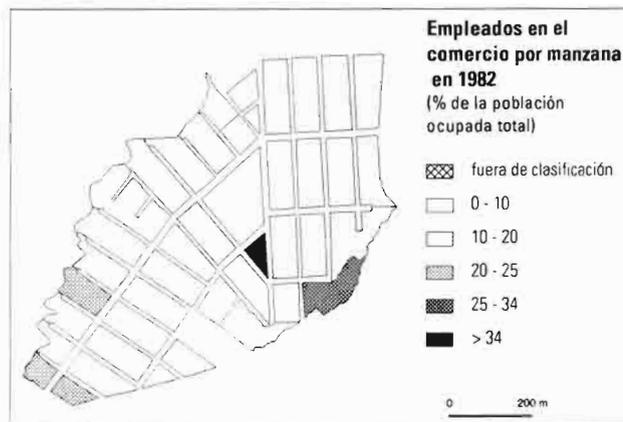
Los mapas que localizan a la PEA según las categorías socio-profesionales a las que pertenece no mencionan a los ejecutivos sino para constatar su casi total inexistencia, menos del 5 % según nuestra muestra de 1996. En 1982, aparentemente no existía ninguno. En 1990, al ser muy poco numerosos, no son localizables. Los empleados se reúnen, en 1982, primeramente en la parte norte y media del barrio, donde representan más de un tercio de los trabajadores allí domiciliados, a veces más del 45 % e incluso más del 60 %, y en la parte baja del barrio donde no sobrepasan el 30 %. Es allí donde se encuentran también la mayor cantidad de niños pequeños. En 1990, seguirán estando allí, con ocho años más naturalmente, reforzando la hipótesis



de que esta parte de La Ecuatoriana es la más antiguamente poblada. Son entonces los mismos sectores los que los acogen, aunque se distribuyen un poco más ampliamente en el barrio. La parte septentrional conserva una mayor densidad promedio. Los comerciantes parecen privilegiar, ya en 1982 aunque más en 1990, la proximidad a la calle principal, lo que, en la medida en que se trata, en el caso de parte de ellos al menos, de un tercio (según EBAQ) de comerciantes que tienen un local en el barrio, parece racional.

Los niños pequeños se encuentran más en las manzanas que bordean a la calle principal.

De todas maneras, son los trabajadores manuales los que conforman la principal proporción de los activos. En 1982, casi nunca están por debajo del 40 % por manzana y generalmente por sobre el 60 %, e incluso a menudo sobre el 80 %. En 1990, repartidos de manera homogénea en todo el barrio, representan en las tres cuartas partes de las manzanas (76 %) más del 40 %, y en 4 manzanas del 60 al 80 %.



Pero regresemos un momento a la distribución de la población según las actividades y ocupaciones y según el nivel de escolarización alcanzado. Casi los dos tercios (61 %) de la PEA no ha superado la escuela secundaria y el 15 % ha finalizado apenas la primaria. Se dijo que los ejecutivos estaban muy poco representados, pero en esa representación se puede constatar una vez más que existen dos hombres por una mujer, que ninguna de las dos mujeres contabilizadas ha superado el final de la secundaria

mientras que 3 hombres de cada 4 declaran haber seguido estudios superiores. Entre los comerciantes, la distribución es de tres hombres por una mujer. La proporción sigue estando en favor de los hombres en lo que respecta a los estudios superiores, tres veces más que las mujeres. Por otro lado, ninguna mujer y pocos hombres han tenido una formación técnica. El nivel de final de estudios secundarios, sin tener en cuenta los estudios superiores, da, entre los comerciantes, una relación de 18/7 en favor de los hombres. Pero

ello ya no es significativo en la primaria. Los comerciantes independientes se distribuyen de manera equitativa entre los dos sexos, 17 hombres y 16 mujeres, ninguna mujer ha llegado a los estudios superiores. En la secundaria, la balanza es bastante equilibrada, pero dos mujeres por un hombre (3 hombres, 6 mujeres) se han quedado a nivel de la primaria. La población obrera es muy masculina: 32 hombres por 4 mujeres. Entre los desempleados, se cuentan 5 hombres por una mujer.

Este déficit de mujeres en la PEA se explica solo por el número de amas de casa, pero ¿se trata de una situación deseada o de mujeres que no tienen esperanza de encontrar trabajo y por ello se quedan en casa? No podemos responder a ello. Sea como fuere, la PEA representa una tasa relativamente baja, 45 % del conjunto, mientras que las amas de casa representan más del 16 %, es decir una cuarta parte de la población en edad de trabajar, excluyendo sin embargo los adultos escolarizados. Esas mujeres tienen un bagaje escolar bastante limitado. Aproximadamente el 38 % no ha superado el nivel de la primaria, el 57 % ha concluido los estudios secundarios y menos del 5 % ha cursado estudios superiores.

Entre la población escolar, es difícil ver una discriminación entre muchachos y muchachas en la prosecución de los estudios, pues esa población es muy masculina. La relación es de 3 niños o adolescentes varones por 2 alumnas de sexo femenino. Esta proporción se encuentra en todos los niveles de estudios, salvo en el superior donde existe al parecer, un porcentaje mayor aún de jóvenes varones que de muchachas, pero ello no se refiere sino a una población muy poco numerosa: 7 hombres y 4 mujeres...

Migraciones alternantes cotidianas

Un tercio de la población permanece en la casa, pero solamente una quinta parte de los activos (19 %) y ningún colegial por supuesto. Otra tercera parte recorre más de 5 km para ejercer su actividad cotidiana, pero cerca de la mitad de los trabajadores (48,3 %) mientras que ese no es el caso sino para un 32,2 % de los colegiales, lo cual ya es bastante. Hay que decir que en un radio de 1 km desde el centro del barrio hay solo dos jardines de infantes, tres escuelas

primarias y un establecimiento de enseñanza secundaria. Los activos que trabajan en el barrio o en un barrio vecino no representan sino el 27,6 % de esa población, de los cuales los dos tercios, comerciantes y trabajadores manuales en su mayor parte, trabajan en su casa. Así entonces, de quienes salen del sector geográfico cercano, un tercio recorre distancias entre 2 y 5 km y los dos tercios restantes distancias mayores a 5 km. En el caso de los colegiales, una quinta parte (22 %) permanece en el barrio o va a un barrio vecino, en todo caso a menos de 2 km, el 41 % recorre entre 2 y 5 km y un tercio más de 5 km.

Así, en La Ecuatoriana hay que levantarse temprano. El 58 % de los activos y el 71 % de los colegiales salen de su casa antes de las 7 a.m. A las 7:20 a.m., 8 activos y 9 estudiantes de cada 10 están camino a su lugar de trabajo o de escolarización. El 20 % restante de los trabajadores sale luego progresivamente y a las 8:30 a.m. prácticamente todos los que ejercen una actividad fuera del hogar están ya lejos. Después de las 9, no queda sino un 11 % de la población escolarizada, que debe dirigirse ya sea a un jardín de infantes cercano o a una de las universidades de Quito donde los horarios son menos limitantes. El tiempo de desplazamiento confirma la situación de La Ecuatoriana con respecto al centro, puesto que solamente el 4 % de los activos y el 5 % de los colegiales emplean cada mañana menos de un cuarto de hora para llegar a su lugar de actividad. Sin embargo, no todos van al otro extremo de Quito a trabajar o estudiar. El 42 % de los activos y el 37 % de los estudiantes tienen apenas un trayecto de 15 a 30 minutos en la mañana. De todas formas, un 38 % de estos últimos y casi el 45 % de los trabajadores necesitan entre media hora y una hora para llegar a su lugar de actividad, e incluso el 9,5 % de estos y el 20 % de los estudiantes afirman necesitar más de una hora. Dadas estas condiciones, los regresos a mediodía corresponden únicamente a quienes han salido sumamente temprano, algunos individuos solamente, que han terminado ya su jornada a esa hora, o a algunas otras personas que vuelven a salir después del almuerzo, artesanos o comerciantes del barrio. Los colegiales que regresan al mediodía son más numerosos, 60 %, y solo el 14 % de ellos vuelve a salir por la tarde.

Otro efecto de las distancias a recorrerse y de la duración de los desplazamientos son los regresos sumamente distribuidos en el tiempo y sobre todo particularmente largos. Todos los activos que aceptaron precisar ese tiempo emplean más de media hora en regresar a su casa y en ocasiones más de una hora. Entre los colegiales, solo algunos están en ese caso. Sea como fuere, apenas el 30 % de los migrantes diarios están en casa antes de las 6 p.m. y a las 7 p.m. solo algo más de la mitad de ellos ha terminado su jornada. Entre las 7 y las 7:30 p.m., llega a su domicilio aún el 12,4 % de la población, entre ellos algunos estudiantes y el 9,5 de la PEA. Exactamente un tercio de esa población migrante cotidiana regresa a casa después de las 7:30 p.m.

El medio de transporte más utilizado es el autobús. El 52 % de los trabajadores lo utiliza, el 18 % trabaja en casa o va a pie a su lugar de trabajo, el 27 % utiliza un medio de transporte particular, vehículo o motocicleta, y algunos son transportados por su empresa. La población escolar utiliza también masivamente el autobús (69,3 %), va a pie (13,6 %) y en autobús escolar (5,7 %).

Lo que piensan los habitantes de La Ecuatoriana de su barrio, de los demás barrios de la ciudad, de los lugares de actividad comercial, de la política urbana aplicada en el centro de Quito

Los habitantes de La Ecuatoriana afirman masivamente apreciar su barrio, aunque el 17,4 % declara que no le gusta vivir allí (9,5 %) o que el barrio no les satisface (7,9 %), pero más adelante en la entrevista, 68,3 % manifiesta que quisiera cambiar de casa y un tanto menos, el 63,5 % de barrio. En resumen, el barrio satisface, es incluso apreciado, aunque, si se pudiera, se lo cambiaría por otro. No es posible abstraerse de las ventajas e inconvenientes que se combinan y llegan a formulaciones opuestas.

Lo que aprecian los residentes, en orden decreciente, es: un barrio barato (36,5 %), viviendas a precios abordables (44,4 %) y más bien espaciosas (34,9 %). En cambio, aunque el barrio no parece ser particularmente limpio, solamente el 14,3 % lo destaca, pero el porcentaje es el mismo en cuanto a la disponibilidad de un amplio espacio ex-

terior mientras que en La Ecuatoriana no es lo que falta. Se trata también de un barrio bien ventilado y poco contaminado, lo que señala un 22,2 % de las personas interrogadas y, a la inversa, pocos son los que se quejan de la contaminación por parte de los vehículos, los talleres o las fábricas. Sin embargo, la recolección de basura doméstica es muy deficiente según el decir del 35 % de la gente que habla también de la falta de higiene (20,6 %) y de las deficientes prestaciones de los servicios públicos. La inseguridad se siente mucho. El 51 % la coloca en el primer plano de los problemas del barrio mientras que el 38 % por el contrario lo consideran seguro. Reforzando esta última apreciación, el 65,3 y el 63,8 % de los entrevistados se felicitan por el vecindario agradable y la buena convivencia que genera respectivamente, y el 43 % por el respeto a la vida privada. Más de 1 de cada 4 personas destaca la tranquilidad. Una sorpresa es en cambio la opinión bastante positiva de los habitantes de La Ecuatoriana en cuanto a la proximidad de los lugares de trabajo (36,5 % frente a un 14,3 % de opiniones negativas) y de los establecimientos escolares (30,2 % frente a un 14,3 % de respuestas desfavorables). La cercanía de los centros de salud y de los lugares de abastecimiento es reconocida por la mitad de las personas entrevistadas: 49,2 y 50,8 % respectivamente. En definitiva, los habitantes de La Ecuatoriana tienen una idea más bien positiva de su barrio, a pesar de (o tal vez a causa de) su real alejamiento del centro de Quito.

Así, el barrio les satisface, incluso si el 63,5 % declara que se mudaría si tuviera los medios de hacerlo. Por el contrario, más de un tercio no tiene ganas de cambiar y considera a su barrio como el más atractivo de Quito, aunque de ese tercio algunos se unen a los otros dos tercios para decir que apreciarían disponer de una vivienda más agradable. Estamos en el Sur y la gente conoce bien el sector, por cierto prácticamente desconocido para los del Norte. Por ello, entre los barrios que les parecen particularmente atractivos, distintos a La Ecuatoriana, la Villa Flora viene en primer lugar con un 17,4 % de las preferencias. Chillogallo, la Solanda u otros igual de cercanos e igualmente bien conocidos son citados por el 14,3 %, el centro por el 6,3 % y barrios del centro-Norte, como la América o Miraflores, por el

9,5 %. El Norte es apreciado apenas por menos del 5 % de los habitantes entrevistados y los valles por menos del 2 %. Estos bajos porcentajes contrastan con lo observado casi siempre. Cuando se aborda la elección de otro eventual barrio para instalarse, pese al 63,5 % que afirma que se mudaría a otro sector si tuviera los medios de hacerlo, la respuesta, cuando hubo alguna, es de lo más vaga. El 68 % responde solamente, sin comprometerse «a un barrio diferente». Las respuestas de los demás, extremadamente dispersas, se extienden a un barrio vecino, a los alrededores de Quito, al campo, hasta Ambato y mucho más lejos aún, a la jauja, detestada y deseada: los Estados Unidos. Las razones de un deseo de cambio son por orden de importancia: «el deseo de partir» que expresan 3 de 4 personas que pensarían, eventualmente, en mudarse. Viene luego «un mejor barrio» y «un barrio más central», y después «más cerca del trabajo» o «por conveniencias familiares o personales», y finalmente «para cambiar, no más» y «un barrio donde el ambiente sea bueno».

Se debe sin embargo recordar que pocas personas respondieron a estos últimos puntos, lo que permite comprender mejor que las modificaciones deseables a promoverse en el barrio sean tan numerosas, ciertamente, pero llegado el caso propuestas solamente por algunos individuos, máximo 2 ó 3, salvo tratándose del acondicionamiento de las calles que demanda una persona de cada 5, e incluso más si se entiende en ese sentido las obras públicas que piden algunos. Hay que recordar que las calles de La Ecuatoriana están lejos de estar revestidas. Un esfuerzo en los equipamientos públicos y la limpieza regular del barrio se reclama igualmente en varias ocasiones. Por supuesto, se estima que la realización de esas obras públicas y de la limpieza de las vías depende del Municipio, aunque se cita también al Estado, aunque rara vez. Los habitantes de La Ecuatoriana, prácticamente como todos los habitantes de Quito entrevistados, no esperan gran cosa del Estado pero mucho del Municipio.

Acabamos de ver la indiferencia relativamente grande de los habitantes de La Ecuatoriana en cuanto a los demás barrios de Quito, con excepción de algunos que conocen, todos situados en el Sur de la ciudad y cerca de su

casa, en especial la Villa Flora. Tal indiferencia se concibe pues cuando se habita en La Ecuatoriana es difícil tener una idea precisa de barrios situados más allá del Panecillo, a donde nunca se va o cuya existencia se ignora. Asimismo, cuando se debió clasificar por orden de preferencia, los barrios de Quito que más les gustaban, los cálculos se realizaron rápidamente: el 32,3 % optó por barrios cercanos, del Sur-Sur por lo tanto, el 34,6 % designó más bien los del centro-Sur, entre ellos la Villa Flora, el 5,1 % el centro, el 14 % el Norte, el 10,3 % el centro-Norte y el 3,7 % una de las localidades de los valles.

La indiferencia relativa se mantiene cuando se trata de designar el barrio de Quito que les parece más representativo. El 48 % no tiene opinión alguna sobre este aspecto que no parece presentar interés actualmente. Quienes aceptaron expresar su preferencia designan al centro ya sea en su globalidad, es el caso de un 32,8 %, o citan uno de sus barrios: La Loma, San Marcos, La Ronda o la Plaza San Francisco, etc. (28,4 %). Así, más del 61 % escoge el centro, pero el 13,4 % se inclina por La Ecuatoriana. Se mencionan además otros tres barrios: La Magdalena, el Recreo (por sus actividades) y la Amazonas (igualmente por sus actividades) que es más una entidad lineal que un barrio y que, tal vez, corresponde a La Mariscal y la Colón o a los alrededores de La Carolina y a Ñaquito. La elección del centro es más argumentada: su valor histórico y su antigüedad representa el 72 % de las razones expresadas; por ser el mejor, el 11 %; porque es un lugar de tradición, el lugar de los orígenes de Quito, por su arquitectura, son razones que aparecen cada una en el 5,6 % de las respuestas.

A pesar de esta relativa indiferencia observada, el 87,3 % de los habitantes de La Ecuatoriana interrogados estima que la restauración y la conservación del centro, es una iniciativa muy buena (9,5 %) o buena (77,8 %), mientras que el 12,7 % tiene una opinión negativa. Las opiniones positivas se acompañan de las siguientes explicaciones: «para que no desaparezca» (7,3 %); porque «es nuestra herencia» (5,5 %); «es una referencia histórica», «es el lugar más representativo de lo que es Quito», «aún no se hace lo suficiente» (3,6 % cada una); «por el turismo» (1,8 %). Sin embargo, el 27,3 % de los que opinan favorablemente sobre la

restauración del centro afirman que «se deberían tener también en cuenta otros barrios». Tal vez haya que ver en ello un discreto llamado a no olvidar los barrios relativamente alejados, descuidados, e incluso desheredados, como el suyo... Finalmente, el 41 % no explicó su posición. De aquellos que opinan desfavorablemente, una cuarta parte propone «botar todo», otra cuarta parte considera que «es un desperdicio de dinero», una tercera cuarta parte es incapaz de explicar su hostilidad, y finalmente el último cuarto se divide entre un perentorio «así es» y un más franco «no conozco el centro».

En lo que atañe al financiamiento de esa prestigiosa restauración, el 57,1 % no contesta, el 6,3 % afirma desconocer y del 36,6 % que responde, el 82,6 % cita al Municipio, el 13 % al Estado y el 4,3 % a los propietarios de las casas.

Si bien en cuanto a los demás barrios e incluso al centro de la ciudad, los habitantes de La Ecuatoriana están poco informados y parecen manifestar muy poco interés, están mejor informados en cuanto a lo que, en Quito, podría corresponder a un barrio de negocios. El 90,4 % declara que existe uno pero piensan en un barrio comercial como lo prueba el detalle de las respuestas, o en un centro administrativo (el 69,8 % afirman que existe uno). El barrio de negocios se encuentra en la Ipiales en el caso de más de un tercio de las respuestas (36,2 %). El segundo lugar se ubica en La Maniscal o La Carolina (13,8 %), en tercer lugar se opina que cada barrio tiene su centro de negocios, es decir su espacio comercial (12,2 %); luego se menciona El Recreo donde se encuentra, entre otras cosas, un supermercado; se citan igualmente el centro (8,6 %), la avenida Vencedores de Pichincha donde se ubica un mercado abierto permanente y la Marín, representando ambos un 6,9 %, y finalmente Atahualpa (3,4 %). El Tejar (Ipiales) y el Recreo son considerados como lugares donde hay de todo, cómodos y baratos, y la Marín como un lugar de comercio, no más.

El centro administrativo es una identidad más definida. El 42,6 % lo ubican en el centro y un 17 % precisan, en la Plaza Grande, es decir en el Municipio, mientras que el 23,4 % lo sitúan siempre en el centro pero ¡en la Ipiales!, lo que hace que para el 83 % de los habitantes de La Ecuatoriana el centro administrativo se encuentra en el centro. Algu-

nos, el 6,4 % lo ubican en Turubamba, lo que es signo de que el nuevo subcentro del Sur programado por el Municipio comienza a ser reconocido como tal. La Alameda o El Ejido, el Recreo, el Norte, los bancos privados y los centros zonales son también mencionados cada uno por una persona.

La participación en una organización de barrio es comparativamente importante en La Ecuatoriana: el 28,6 % e incluso más puesto que a la segunda pregunta prevista para precisar la primera, el 60,3 % declara participar en mingas para limpieza de las calles y preparación de fiestas, actuar en el seno de una cooperativa o ayudar a resolver los problemas de agua. Las tres cuartas partes de los habitantes estiman que eso es bueno para la vida del barrio.

Sucede completamente otra cosa con el reglamento urbano. El 19 % no responde a la pregunta, el 57 % declara que no existe y finalmente el 24 % afirma que existe uno pero prácticamente nadie emite un juicio de valor sobre él. Para quienes aceptaron ir un tanto más lejos en su respuesta, es decir para un 35 % de las personas interrogadas, tal reglamento se refiere sobre todo a las normas de urbanismo, luego a las leyes de la ciudad, a las reglas de transporte y finalmente a las normas de trabajo. Se debe agregar a ello la reglamentación de las mingas y las leyes contra la invasión de tierras.

En cambio, las obras deseadas prioritariamente son la construcción de calles, la implantación de infraestructuras, ambas citadas en el 20 % de las respuestas, el teléfono, en un 12 %, el transporte, en un 9 %, la seguridad, en un 8 %, el mejoramiento del agua potable, en un 7 %, el deporte, en un 4,5 % y finalmente el alumbrado público en un 2%.

Los fines de semana, el 63,5 % de los habitantes de La Ecuatoriana permanece en casa, el 31,7 % sale regularmente y el 4,8 % lo hace de vez en cuando. La mitad recibe a su familia, el 16 % va a distraerse en un parque o en otros lugares de recreación, muy pocos salen de Quito para dar una vuelta por el campo, por los alrededores, que sin embargo no están alejados de su barrio, pero tal vez ellos no consideran eso como salir de Quito... Únicamente un tercio de quienes contestaron a nuestra encuesta poseen un vehículo.

A manera de conclusión, esbozo de un retrato impresionista del habitante de La Ecuatoriana

El residente de La Ecuatoriana vive en un barrio muy alejado del centro, a 12 km a vuelo de pájaro del Centro Histórico de Quito. Ha llegado al barrio hace tal vez unos 20 años, aunque más frecuentemente hace un decenio. Como los terrenos tienen un precio accesible, cada año ve llegar nuevos vecinos. Tres de cuatro veces se ha transformado en propietario de su terreno cuando era posible, y en todo caso de su vivienda. Cuando no ha podido hacer esta adquisición, ha alquilado un departamento a un precio razonable. Debe admitir que su vivienda está equipada adecuadamente, con todos los servicios básicos (agua, electricidad, alcantarillado). Solo falta el teléfono.

Ciertamente, en el barrio, todo, o casi todo, queda por hacer. Las calles no están revestidas y ni siquiera son mantenidas, lo que motiva mingas para poner nuevamente en buen estado la calzada, o al menos limpiarla, a falta de un mantenimiento satisfactorio por parte del Municipio. Existen sin embargo césped y flores delante de algunas casas, lo que no deja de ser agradable.

Su familia no es muy numerosa, una niña y un niño que van a la escuela, a veces un pequeño último que permanece en casa con su madre. Los estudios son importantes. Sus hijos, al menos los varones, irán, lo espera, a la universidad. La hija también, si es que lo desea, pero no la forzará. Él mismo ha concluido el ciclo secundario, es empleado del sector privado. Trabaja bastante lejos, en un barrio central, lo que lo obliga a levantarse temprano y salir antes de las 7 a.m. Viaja en autobús o a pie cuando tiene algo de tiempo, hasta el terminal del trolebús, a la estación de El Recreo, y de allí, directo hasta los barrios del centro de la ciudad. Su vecino que es artesano no va muy lejos, al extremo de la calle apenas donde tiene su taller. No madruga, pues aunque sale más tarde que él llega antes al trabajo. Sus dos hijos también son madrugadores, pero no van muy lejos, su escuela está en un barrio vecino, a un kilómetro más o menos. Vuelven a casa para el almuerzo y uno de ellos sale nuevamente en la tarde para regresar antes de caída la noche, mientras que él rara vez regresa a casa antes de las 7 ó 7:30 p.m.... Afortunadamente su esposa se queda en ca-

sa y realiza las tareas domésticas. Las compras la llevan hasta El Recreo donde encuentra todo lo que busca. En ocasiones va a la Ipiales, pues le gusta el ambiente del mercado de El Tejar, a pesar de la multitud y los riesgos de que le roben el dinero de la casa. El mercado al aire libre de la Vencedores de Pichincha le parece demasiado sucio, nunca va.

Su esposa y él gustan bastante del barrio. Por supuesto, si tuvieran los medios, se mudarían para instalarse en la Villa Flora pues es el barrio que les parece más atractivo de todos los de Quito. Además está en el Sur de la ciudad, lo conocen bien por haberlo atravesado varias veces. Si no dejaran el barrio, cambiarían de casa para disponer de más espacio. Pensándolo bien, el barrio no está tan mal, existe un centro de salud no muy lejos y es fácil abastecerse. Es bien ventilado, la contaminación es mínima, los vehículos entran allí solo rara vez, salvo los de los vecinos de la calle, por supuesto. Además, la vista es bastante amplia lo que permite gozar de ella cuando hay buen tiempo. La tranquilidad es grande, los vecinos agradables, su vida privada no le interesa a nadie y nadie se ocupa de ella. Cada quien en su casa ¿no es cierto? Ciertamente se habla mucho de robos, de droga, de delincuencia, pero debe decir que ni él ni los suyos han sido hasta ahora víctimas de ello.

Si se debiera decir lo que no anda bien, citaría la calzada prioritariamente, y el aseo de la misma, un poco más de higiene y algunos equipamientos públicos que harían más agradable al barrio. Después de todo, es el Municipio el que debe manejar todo eso. De buena gana participaría en una minga para preparar fiestas, y si acaso de cuando en vez para retirar los montones de basura que reaparecen siempre en el mismo sitio cuando se lo ha limpiado. Cree que el Municipio gasta todos sus ingresos en renovar el centro. Podría recordar también que existen barrios que esperan desde años atrás que se ocupen del agua, del alumbrado público y, por supuesto, de pavimentar sus calles. ¿Y el centro entonces? Sí, está de acuerdo con que se lo restaure, es la historia de la ciudad y la herencia colectiva legada por sus ancestros, pero es dinero que hará falta para otras cosas. Es verdad que ese centro es el lugar más representativo de Quito.

Fuera de estos aspectos del centro, no sabe con certeza lo que hace el Municipio. ¿Qué espera para reglamentar un poco todo eso? Sin embargo, hay tal vez un reglamento y normas para manejar la ciudad, pero en todo caso no sabe absolutamente nada de ello. Como el otro día cuando se le preguntó si había un centro comercial y un centro administrativo en Quito. ¡Qué ocurrencia! Claro que hay un centro comercial, es en El Tejar, en el Recreo más bien, o incluso en la Marín. En verdad, jamás se ha planteado la pregunta. En cuanto al centro administrativo, sabe que es la Plaza Grande, la Alcaldía.

Finalmente, su esposa, sus hijos y él están satisfechos de su barrio. Los fines de semana la familia viene a verlos y en ocasiones van a su vez a pasear hasta el parque metropolitano para distraerse. Antes iban a La Carolina, pero realmente hay demasiada gente, sobre todo el domingo. mientras que el Parque Metropolitano es amplio y hay como pasear en él tranquilamente.

En definitiva, se siente más de su barrio que de Quito.

Conclusiones: la gente de Quito

Después de considerar con atención los datos que nos permitió reunir la entrevista a 1.584 habitantes de la capital ecuatoriana, residentes en 9 barrios situados tanto en el Sur, como en el centro y Norte de la ciudad, resulta interesante presentar de una manera más general a la «gente de Quito». Nuestra muestra nos llevó a encontrarla en barrios populares antiguos, ricos, centrales, de pequeña burguesía, populares recientes, a veces bien integrados al conjunto urbano en la actualidad, en ocasiones aún bastante marginales. Esta diversidad y dispersión son la garantía de una representatividad del conjunto de la población quiteña, si no desde el punto de vista estadístico (se advierte permanentemente al lector sobre la tendencia bastante conocida de hacer decir a las cifras lo que no pueden hacerlo sin abuso), al menos desde el punto de vista del sociólogo o del geógrafo urbanista.

Así, 1.584 personas nos hablaron, larga y siempre cortésmente, de las 6.346 personas que viven con ellos en pequeñas casas, grandes edificios, en pisos altos o en la planta baja, según los barrios, y que a menudo comparten la estructura de habitación que los alberga con otros hogares, vecinos de piso con los que generalmente se han establecido vínculos inherentes a las relaciones de vecindario, como sucede, necesariamente, con el paso de tiempo.

Algunas indicaciones sobre la vivienda, la escolarización, las actividades y los desplazamientos de los quiteños

Independientemente de su nivel de vida, los quiteños, en una gran mayoría (88 %) aprecian el barrio en el que viven. Sobre este punto, sus respuestas no presentan ambigüedad alguna: vivir donde lo hacen les satisface. Sin embargo, se trata en este caso de una respuesta razonada,

pues si se les pide imaginar un instante que tuvieran los medios de hacerlo, aceptarían cambiar de casa y de barrio, aunque en una menor proporción, 69 y 61 % respectivamente, pero, naturalmente, esto es matizado según la parte de la ciudad en la que se han instalado. Así, en La Loma, el 68,5 % cambiaría enseguida de vivienda, pero solo el 49,7 % dejaría el barrio; en Chimbacalle, las tres cuartas partes se mudarían de casa y 7 de cada 10 personas se instalarían en otro barrio. En el Batán alto en cambio, donde nadie piensa que es desagradable vivir, apenas menos de un tercio de los residentes (30 %) aceptaría cambiar de casa o de barrio para dirigirse a sectores más pudientes. La Kennedy, igualmente, parece satisfacer particularmente a sus habitantes, pues después de El Batán alto es allí donde se encuentran una mayoría de residentes plenamente satisfechos con su vida: la mitad permanecería en la misma vivienda y el 54 % se quedaría de todas formas en el barrio. Las razones indicadas para tales cambios son muy variadas, siendo las más frecuentemente invocadas primeramente la seguridad, manifestada por un 17 %, luego el acceso a la propiedad de su vivienda, citada por el 15 %, y finalmente un barrio más alegre, más animado, lo que debe interpretarse en el sentido de un barrio en el que se encuentre de todo, deseo expresado por un 12 %.

Sin embargo, se trata de alguna manera de una afirmación de principio, pues los quiteños son realistas y saben perfectamente lo que sus medios les permiten esperar. Así, es sintomático constatar que, a la pregunta «¿para instalarse dónde?», los que aceptaron responder, y cada vez fueron más los que se abstuvieron, citaron un barrio cercano conocido o uno muy similar al suyo, y a veces también un barrio emblemático de su subconjunto urbano, la Villa Flora o, menos a menudo,

Solanda, en el caso de los quiteños del Sur, un barrio septentrional planificado, en el caso de los del Norte. Por cierto, el 60 % de los quiteños es propietario de su vivienda, pero en este aspecto también las disparidades son grandes entre los barrios, y por lo tanto los ingresos de sus habitantes, puesto que la capital ecuatoriana es una ciudad de alta tasa de segregación (ver AIQ). Así, en La Loma, barrio popular y vetusto del centro, el 40 % de las familias es propietaria de su vivienda, en El Batán alto, barrio rico y reciente, más del 68 %, y en San Carlos, barrio planificado igualmente reciente en manos de una pequeña burguesía poco adinerada, al igual que en el Comité del Pueblo o en La Ecuatoriana, barrios populares si los hay, que tienen apenas una generación o que aún se construyen (La Ecuatoriana), de 75 (Comité del Pueblo) a cerca del 80 %.

En efecto, aunque más de la mitad de los hogares goza de al menos 80 m² y el 28 % de más de 120 m², únicamente en algunos barrios construidos racionalmente en condominios, con un programa de mutualista, tales como San Carlos, o que son el resultado de actividades de promotores privados y están poblados de gente acomodada, cada residente, o casi, tiene a su disposición una pieza habitable. En El Batán alto, en una sola de las manzanas estudiadas, se encuentran menos piezas habitables que residentes. Sin embargo, siguen siendo los barrios antiguos los que ofrecen menores condiciones de confort, puesto que en La Loma, San Juan o Chimbacalle, apenas existen manzanas aunque fuere con tres piezas para cuatro personas, siendo incluso frecuente el caso de dos habitantes para una sola pieza. Sin embargo, las diferencias se encuentran en el seno mismo del barrio. Así, la parte baja de San Juan y de Chimbacalle gozan de mejores condiciones que la parte mediana, en el primer caso, y la parte alta en el segundo. Los barrios recientes en cambio ofrecen todos mejores condiciones de cohabitación. Por ejemplo, en la Kennedy y en San Carlos, que no tienen ni la misma historia ni la misma morfología, ni incluso la misma población original, una mayoría significativa de viviendas garantiza una pieza a cada uno de sus residentes. Sucede lo mismo en el Comité del Pueblo. Ciertamente, los barrios no planificados y alejados del centro, que aún se construyen, presentan condi-

ciones mucho menos confortables, pero se puede pensar que se trata solo de una etapa de su evolución hacia la consolidación, mientras que los barrios antiguos tienen pocas esperanzas de que se modifique rápidamente su situación de confort pues, por una parte, son relativamente olvidados por quienes tendrían los medios de modernizarlos, y por otra, y es la contraparte de lo que acabamos de afirmar, sus actuales residentes a menudo no tuvieron, por falta de ingresos suficientes para dirigirse a otro lugar, otra opción que instalarse allí como arrendatarios en viviendas construidas inicialmente por una sola familia y que fueron, desde entonces, divididas y compartimentadas, transformadas en casas renteras. En este plano, nuestro estudio de 1995-1996 confirma y completa el análisis realizado a partir del censo de 1982 y publicado en el AIQ en 1992: Quito es una ciudad de fuerte segregación social. Sin embargo, la situación mejora progresivamente con las normas de construcción, lo que desafortunadamente no tiene sino un impacto sumamente limitado en los barrios más antiguos, barrios populares, aunque también barrios del centro y de su periferia cercana, abandonados definitivamente por la burguesía quiteña desde los años 1960-1970 e incluso antes. No obstante, hay algunos motivos para ser razonablemente optimistas, pues en la actualidad todos tienen acceso a las redes más necesarias, incluyendo en aquellos barrios calificados como los más desposeídos, donde ya no hay sino apenas un 8 % de hogares que asegura no disponer de agua potable en la vivienda y 2 % no contar con un servicio de evacuación de las aguas servidas. La electricidad y la recolección de basura son servicios que existen en todas partes. Hace 15 años, en 1982, la situación era muy diferente. Hoy en día, únicamente el teléfono sigue siendo un medio de comunicación doméstica inaccesible para el 40 % de los quiteños.

Estas modificaciones son el signo evidente de una mejor integración urbana, lo que confirma el mejoramiento de otros equipamientos colectivos de infraestructura, la red vial especialmente. Ello va de la mano. A medida que avanza el revestimiento de las calles, se implantan, casi al mismo tiempo, otras redes: alcantarillado y agua. A ello se suman otros signos que no engañan y que están ligados

tanto al mejoramiento de las condiciones de vida como a una mejor educación de masa, que origina un control de la natalidad creciente que ha cambiado en casi una generación y que redibuja el perfil demográfico de Quito. Las pirámides de edad, sucesivas o superpuestas, de los dos últimos censos, reforzadas por la de 1996 (EBAQ) muestran que en 1982 la población se estabilizaba después de un fuerte empuje migratorio y natalista que alcanzó su apogeo a mediados de los años 1960. En 1990, la base de la pirámide se estrecha moderada pero significativamente. En 1995-1996, este fenómeno prosigue y se amplifica. Hoy en día, cada hogar está constituido de 4, a veces 5 personas, una pareja y sus 2 ó 3 hijos. Esto es suficiente para asegurar la renovación de la población, pero permite también ahorrar y tener cada vez más capacidad de invertir en el confort doméstico. Naturalmente, siempre quedará una franja inferior de la población que está en una real precariedad, viviendo por debajo de los límites de promiscuidad y de condiciones de vida soportables.

El primer efecto profundo, y hay que esperar irreversible, es una mejor escolarización de la nueva generación. Mientras que en el conjunto de la ciudad la distribución por nivel de instrucción alcanzado por los mayores de 25 años se presenta, con una segregación sexual, de la siguiente manera:

- ninguna escolarización, 0,7 %
- saben leer, 1,8 %
- ciclo primario, 19,8 %
- ciclo secundario, 41,5 %
- enseñanza técnica o aprendizaje, 6,4 %
- enseñanza superior, 28,4 %

esa misma distribución es, para los jóvenes en edad de estar escolarizados y para aquellos que siguen sus estudios más allá de esa obligación (en nuestros cuadros existen también un cierto número de escolarizados que no tienen nivel alguno de instrucción pública, pero se trata de niños que asisten a la escuela maternal y están excluidos de la distribución):

- saben leer, 2,8 %
- ciclo primario, 28,8 %
- ciclo secundario, 40,3 %
- enseñanza técnica o aprendizaje, 2,3 %
- enseñanza superior, 25,8 %.

Estas cifras, pese a sus apariencias (es allí donde pueden las cifras ser engañosas), indican al menos algunos cambios: una disminución relativa (es decir con relación al conjunto de las personas escolarizadas, aunque no necesariamente en valores absolutos) de la enseñanza técnica, una certeza de que quienes por el momento solo saben leer, llegarán lejos en su escolarización pues son aún niños en muy temprana edad. Sin embargo, al afinar el análisis, la diferencia salta a la vista. En 100 personas, en la población adulta, menos aquellos que siguen aún estudios, por 60 mujeres que no han alcanzado sino a terminar la secundaria, hay solamente 40 hombres, pues estos han proseguido sus estudios después. En efecto, la relación se invierte exactamente en el caso de aquellos y aquellas que han cursado estudios universitarios, 59 hombres por 41 mujeres. En la población estudiantil, 53 muchachos por 47 muchachas asisten a la escuela secundaria. No obstante, las costumbres, no ligadas al nivel de vida de la gente sino a la mentalidad, se perpetúan en la medida en que el machismo está bien implantado en el Ecuador. Por ello, este mejoramiento no beneficia, en el caso de los estudios superiores, a las mujeres, puesto que de los estudiantes actuales declarados en la encuesta, solamente el 36 % son mujeres, menos que anteriormente. En cuanto a esta diferencia con el censo de 1990, se debe matizar una vez más este aparente deterioro en detrimento de las mujeres, dada la no representatividad estadística ya señalada, pues una diferencia del 5 % no es segura, pero lo que sí hay de cierto es que si existe actualmente, a este nivel de escolarización, un mayor equilibrio que hace algunos años, es bastante limitado.

La diferenciación según el género transluce aún más si se analizan los empleos según la categoría profesional y el sexo. Así, mientras 6 hombres tienen una actividad económica rentable, ese es el caso únicamente de 4 mujeres. Las disparidades son muy diversas según las actividades practicadas y, ciertamente, el estatus de la mujer no depende aquí únicamente de los hombres, pues aquellas que pueden escoger prefieren bastante a menudo ocuparse de la familia, de los niños, en una palabra de la casa, lo que constituye un fenómeno cultural y de sociedad. Sea como fuere, entre los ejecutivos se cuenta menos de un tercio de

mujeres (45 por 100 hombres), entre los empleados están un tanto mejor representadas, 40 % (64 por 100 hombres). Es el reflejo, por un lado, de la escolarización, aunque también de una tradición bien establecida. Únicamente entre los comerciantes independientes se invierte esta disparidad, moderadamente en favor de las mujeres: 110 por 100 hombres. Ciertamente, se trata aquí, casi siempre del pequeño comercio (tiendas, mercado) que corresponde a una economía de subsistencia, pues el comercio «noble» se practica en el seno de empresas que tienen un mínimo de base social o financiera donde los comerciantes se llaman «comerciales» o, más abajo en la escala de competencia, empleados del sector privado. En lo que respecta a los trabajadores manuales, los hombres son tres (en el caso de los artesanos) a cinco veces (en el caso de los obreros) más numerosos que las mujeres. En los barrios ricos en los que habría podido esperarse un modelo más norteamericano, si nos referimos a El Batán alto y a La Mariscal que los representan en nuestro estudio, la situación de los ejecutivos es básicamente la misma que en los demás lugares. Sin embargo, hay más mujeres que se declaran empleadas del sector público o privado que en los demás barrios estudiados, siendo la relación totalmente igualitaria en El Batán alto y de 122 mujeres por 100 hombres en La Mariscal.

Que sean hombres o mujeres, cuando se trata de levantarse para ir a trabajar, todo Quito se dirige a su actividad cotidiana temprano, pero es en los barrios más alejados donde la gente más madruga, en la Ecuatoriana y en el Comité del Pueblo, pudiendo la diferencia ser de 15 a 30 minutos en promedio. Los escolares son, en este aspecto, menos afortunados que sus padres. Se levantan temprano en todos los barrios indistintamente. Cambia solo la duración del trayecto, aunque es sobre todo el caso de los estudiantes de escuela y colegio que rara vez se alejan de su domicilio. En ciertos barrios centrales, se desplazan incluso frecuentemente a pie, así como en La Loma y en San Juan donde los activos que se desplazan a pie son igualmente numerosos. Otra particularidad de la población escolar es el regreso al medio día que parece ser generalizado en el caso de los alumnos de primaria por lo menos, parte de los cuales retornan a la escuela por la tarde. Los

retornos en la noche están menos concentrados que las salidas en la mañana, por razones más sociales que profesionales: compras, recreación, encuentros de un momento, un poco de tiempo de vida para sí mismo antes de reunirse con la familia. Sin embargo, todos los quiteños lo saben, a las 9 p.m. casi nadie está fuera de casa. El cuadro presentado a continuación muestra la repartición de las horas de salida de casa según se trata de estudiantes o de trabajadores.

| | antes de las 7 a.m. (%) | 7-7:20 a.m. (%) | 7:20-7:40 a.m. (%) | 7:40-8 a.m. (%) | 8-9 a.m. (%) | después de las 9 a.m. (%) |
|-------------|-------------------------|-----------------|--------------------|-----------------|--------------|---------------------------|
| PEA | 27 | 20 | 12 | 13 | 23 | 5 |
| estudiantes | 51 | 29 | 6 | 4 | 3 | 7 |

Cerca de la mitad de la PEA, 47 %, y las cuatro quintas partes de los estudiantes, 80 %, salen antes de las 7 a.m. Aunque la salida masiva se produce entre las 7 y las 8 a.m., los embotellamientos comienzan realmente en las calles de Quito alrededor de las 8:30-9 a.m. Antes de esa hora, circulan sobre todo los transportes colectivos, apareciendo luego los vehículos particulares que se suman al desorden del tráfico. Es importante considerar también la utilización de los diversos modos de desplazamiento, cuyo detalle es el siguiente: a pie, 15 %; con un vehículo particular, el 12 %; con transporte de las empresas o autobuses escolares, 7 %; en taxi, 1 %; con el transporte colectivo, 39 %; permanecen en casa, 26 %.

La gente de Quito y su barrio, los demás barrios y más ampliamente las acciones municipales relativas a su marco de vida y otro centros de interés

Se vio rápidamente y en realidad de manera muy breve, en qué condiciones vive la gente en Quito. La mayoría acepta las condiciones financieras del mantenimiento y del arrendamiento de su vivienda. Únicamente el 13 % la considera elevados tales gastos y el 16 % bajos. El entorno social generado por el barrio no les es indiferente ciertamente, pero durante nuestra encuesta las opiniones fueron muy dispersas y una apreciación del conjunto no puede si-

no ser aproximada. Los capítulos anteriores en cambio proporcionan todas las precisiones sobre estos aspectos. Sin embargo, por las opiniones expresadas, se puede afirmar que la integración a la ciudad es aceptable en una proporción tres veces mayor a lo opuesto, y, como lo muestra el siguiente cuadro, se reconoce la cercanía de los lugares más vitales para la economía familiar, social o doméstica.

| distancia | trabajo (%) | escuela (%) | salud (%) | lugar de compras (%) | lugar de recreación (%) |
|-----------|-------------|-------------|-----------|----------------------|-------------------------|
| aceptable | 75 | 81 | 92 | 97 | 90 |
| excesiva | 25 | 19 | 8 | 3 | 10 |

No es sorprendente que sean los lugares de abastecimiento los más cercanos, pues se trata de los más estrechamente vinculados a la vida práctica. Lo que sorprende más es que las tres cuartas partes de la PEA considera que su lugar de trabajo es relativamente cercano. Se habría esperado que las opiniones fueran más contrastadas, aunque aquello sigue siendo un verdadero problema para una de cada cuatro personas, que viven naturalmente en los barrios más alejados. Se verá por cierto que constantemente reaparece, entre los deseos expresados, el asunto de los transportes. La localización de los establecimientos educacionales deja también que desear para una de cada cinco personas, lo cual, para un país que reconoce el derecho a la instrucción pública para todo ciudadano, es excesivo. Al respecto hay seguramente que reconsiderar una política educacional, sobre todo sabiendo que la enseñanza privada suple, de manera selectiva, bastantes carencias en este campo. En cuanto a la localización de otros equipamientos de primera necesidad, la situación es satisfactoria pese a que el 10 % se queja del alejamiento de los lugares de recreación que generalmente son espacios al aire libre acondicionados que, por ello, no pueden implantarse fácilmente en los barrios antiguos que, al momento de su construcción estaban de todas maneras cercanos al campo y en la actualidad están muy densamente contruidos.

La tranquilidad del barrio, la agradable convivencia y la calidad de las relaciones de vecindad son ampliamente reconocidas. Apenas un cuarto de quienes respondieron sobre este aspecto no aprecian tales elementos. En cambio, en lo que se refiere al entorno cercano, las opiniones negativas predominan. Más de la mitad de la población denuncia la inseguridad, mientras que algo más del 20 % piensa que no hay razón de quejarse de ello, tratándose en este caso de residentes de los barrios ricos donde la guardiana privada es generalizada. En otros lados, se insiste mucho en ese aspecto. La suciedad de las calles y de otros espacios públicos, de los parques entre otros, la falta de higiene, el depósito de basura en lugares inapropiados son igualmente objeto de queja. Otro punto de reivindicación es la contaminación que indisponde a más de un quiteño sobre cinco. Cuando se pregunta sobre las modificaciones más deseadas para la vida en el barrio, reaparecen las mismas reivindicaciones, con igual insistencia. Hay que agregar, en el caso del Comité del Pueblo y de La Ecuatoriana más precisamente, la pavimentación o el asfaltado de las calles. Por otro lado, es evidente que para casi todo el mundo, tales mejoras corresponden prioritariamente al Municipio, lo que afirma el 57 % de las personas entrevistadas, independientemente del objeto de las mejoras demandadas. El Estado ocupa únicamente un segundo lugar con un 16 %. Finalmente, otros cambios demandados no lo son en sí, sino más bien la expresión de inquietudes de otro orden completamente. Es el caso del tratamiento de una forma muy temida de delincuencia, el robo de vehículos, el pillaje de casas o de departamentos más particularmente. Para estas acciones de protección de los bienes, el 12 % estima que ello depende de las asociaciones de vecinos de la calle o, para un 8 %, de una organización interna entre los residentes de un condominio o de un edificio, lo que se espera en múltiples barrios populares y ya se practica en los barrios ricos de Quito.

En cuanto a esta deriva de las respuestas esperadas, pasando del objeto aceptable por parte del Municipio (como el mantenimiento de los bienes públicos, infraestructura, mobiliario urbano o incluso el control de la delincuencia en un medio abierto e

igualmente público) a una reivindicación de orden privado (como la guardianía de edificios o de viviendas vecinas a las vías de acceso), el argumento sociológico que revelan es interesante. Traduce angustias ligadas al ejercicio de la urbanidad, es decir al aprendizaje y al dominio de la vida ciudadina. Los neo-ciudadinos, o los ciudadanos que pasaron rápidamente de una pequeña ciudad tranquila, donde todos se conocen, a una capital donde el anonimato es la regla, se encuentran profundamente indefensos frente a actos inmorales, ilegales, dañinos que acompañan inevitablemente a la urbanización moderna. No han integrado a su modo de vida los nuevos riesgos que esta suscita, por lo que amplifican su impacto y se preocupan hasta desarrollar una psicosis de la «delincuencia», término que oculta temores e ignorancia. En estas condiciones, la demanda se dirige hacia los poderes instaurados en principio para el servicio a la gente y, entre ellos, sobre todo hacia los servicios municipales que tienen los medios y la autoridad, así lo esperan, de reducir significativamente tales riesgos. En este punto se toca una forma de deficiencia de la gestión municipal que ya no es el reflejo fiel, sin cesar reajustado, de un proyecto, vago por no haber sido formulado aunque de todas formas referencial, de sociedad urbana que los ciudadanos de otros tiempos, cuando las ciudades apenas superaban algunas decenas de miles de habitantes, consideraban como parte integral de su horizonte social y cultural. Naturalmente, los municipios de las grandes ciudades actuales están también desarmados frente a esta nueva manera de vivir ciudadina que descarga toda responsabilidad, anteriormente solidaria (asociaciones barriales, por ejemplo), en quienes fueron elegidos y en las instituciones que, al haber sido elegidos, aceptaron dirigir.

La lógica de nuestra investigación nos lleva a interrogarnos, después de las reacciones de los quiteños ante algunos problemas asociados a la vida de su barrio, sobre los barrios que prefieren de Quito, así como sobre aquello que saben y aprecian de una política municipal centrada en aspectos relativamente de identidad y emblemáticos como la restauración y la conservación —aquí se habla de salvamento y rehabilitación— del centro de Quito, o de interés más general.

La clasificación de los barrios por orden de preferencia, una vez que ya se dieron respuestas sobre la localización de un eventual lugar de mudanza, se descubre como una repetición y precisa los entusiasmos percibidos. El Norte y su mito de sector bien acondicionado donde reina una real seguridad, funcionan plenamente, con un 68,5 % de las opciones expresadas, un tercio de las cuales designa el Norte sin más precisión, otro tercio uno u otro de los barrios bien consolidados nombrados cada vez, y finalmente un tercio que se divide entre el Norte rico y confortable (16,3 %), el Norte popular (4,3 %) y el Norte reciente (4,3 %). Viene luego el Sur sin precisión que recoge el 14,4 % de las preferencias y el centro-Sur consolidado, el 31,7 %; el centro-Norte, 20,3 %, con los barrios habitados por la pequeña y mediana burguesía (18 %) y los más antiguos con una población menos homogénea (2,3 %). Luego se cita el centro que recibe el 15,8 % de las opciones y los valles con un 14 % de las preferencias. Hay que anotar también que para el 22,3 % de la gente que persiste en su implantación, su barrio es el más atractivo. La justificación de la opción es en cambio menos fácil de formular que la opción en sí. Salvo para el centro, los argumentos son las actividades y la arquitectura en cuanto al barrio de negocios, La Mariscal - La Carolina, siendo igualmente invocados el orden y la organización. Hay que puntualizar que cuando los quiteños asocian barrios bastante nuevos, de menos de medio siglo, a la arquitectura, aluden a las grandes estructuras de cemento, de vidrio y ladrillo inspiradas deliberadamente en aquellas de los centros de las grandes ciudades norteamericanas. Si hablan de la arquitectura del centro antiguo, hacen referencia a la dimensión histórica de testimonio. La elección del centro es por cierto explicada abundantemente (72,7 % de las justificaciones de elección), retomando la dimensión patrimonial y nacional que acompaña, en tantos discursos más o menos oficiales, al énfasis que impregna sus elogios. Los términos y las expresiones «antiguo», «valor histórico», «tradición y patrimonio», dos palabras indisolubles e inevitables, «arquitectura» (sic), «organización» son entonces las banalidades del discurso de los oradores. En ello existe, más allá de una evidente grandilocuencia muy apreciada por muchos, un gran orgullo en citar a ese centro

donde, pese a ello, ya ninguna persona por poco adinerada que sea querría vivir. Es el resultado de varios años de orgullo y de sorpresa de haber tenido, junto con Cracovia, el honor de que su centro histórico, aún funcional y activo, sea catalogado como Patrimonio mundial, que los ecuatorianos prefieren seguir llamando Patrimonio de la humanidad.

Justamente, aunque rara vez con entusiasmo, las tres cuartas partes de los quiteños consideran positivo el salvamento y la rehabilitación del centro: el 14 % concuerda plenamente, el 53 % lo acepta de buena gana y el 9 % con algunas reticencias, en cuyo caso utilizan un prudente «más o menos». La cuarta parte restante se divide en un 13 % que no responde a la pregunta y un 11 % que opina desfavorablemente. De estos últimos, los más numerosos, comparativamente, se encuentran en tres barrios, todos populares: el Comité del Pueblo, Chimbacalle y, de manera más matizada, La Ecuatoriana.

En el Comité del Pueblo, primeramente, el 23 % afirma su rechazo a tales gastos, pues están en contra de las grandes inversiones en el Centro Histórico. Es un barrio socialmente muy estructurado y desde su fundación por la fuerza, muy combativo, preocupado por sus derechos. Es allí donde se debe buscar probablemente el origen de ese 23 % de rechazo y también en una larga espera, satisfecha solo en parte, de equipamientos de infraestructura nunca acabados, como la pavimentación de las calles. Tal vez existen otras razones, como el hecho por ejemplo de que ello no corresponde realmente a su historia en la medida en que son quiteños relativamente recientes, utilizados desde su llegada por su trabajo, pero sin miramientos en cuanto a sus condiciones de existencia y que han debido por lo tanto implantarse forzando a los propietarios de los terrenos que invadieron y al Municipio al que exigieron confirmar su acción equipando su nuevo territorio.

La posición de Chimbacalle en este aspecto es también importante: el 20.5 % de las personas interrogadas se muestran hostiles a esa renovación, pero nuestras hipótesis en este caso son más inciertas que para el Comité del Pueblo. Se puede pensar especialmente en el abandono progresivo de un barrio floreciente en otros tiempos debido a

la cercanía de la estación del ferrocarril Quito-Guayaquil, a la existencia de industrias cercanas que han desaparecido o se han desplazado en su mayoría, por el traslado del camal. Ciertamente, el Municipio tiene un proyecto relativo precisamente al descongestionamiento del Centro, que podría en parte revitalizar la economía de este barrio, desplazar a parte de los comerciantes ambulantes entre otros, del mercado de El Tejar y de Ipiales a Chimbacalle, al emplazamiento del camal donde no funciona actualmente sino un mercado de barrio. Como afirma el cura de una parroquia de otro barrio central antiguo: «Tenemos muchas más cosas que hacer que ocuparnos de este asunto del Centro Histórico. Aquí la miseria es demasiado grande como para aceptar que se realicen tales gastos casi a nuestra puerta», discurso que sin embargo no existe en La Loma o en San Juan, donde la gente vive en condiciones sociales similares. Pero es cierto que estos últimos son a menudo viejos quiteños que crecieron en el centro o en su periferia inmediata.

En La Ecuatoriana, no se expresa ya un rechazo sino una reivindicación velada: «Se deben tomar en cuenta otros barrios que tienen graves problemas de equipamiento de infraestructura y de mantenimiento de lo poco de que disponen», o «Las decisiones han sido tomadas por el Municipio sin consultar a la gente. Resultado, no hay un consenso sino grandes divergencias en cuanto a las acciones a desarrollarse. Los que deciden hacen cualquier cosa».

Al lado de esto, hay ciertos casos de incultura y de iconoclastia perentoria, únicamente en los barrios obreros: «Hay que mandar todo al diablo»; «Estoy en contra de las grandes inversiones en el Centro Histórico»; «Están destruyendo lo que existía antes»; «Se pierde el tiempo, hay cosas más urgentes»; «Es un caos, ya no se puede circular en el centro».

El rechazo de los que se oponen es frecuentemente mejor argumentado que la aprobación de quienes están de acuerdo con esta rehabilitación de largo aliento. Eso se debe tal vez a que, al concordar con la operación de salvamento, no tienen comentarios que hacer o que se contentan con retomar un discurso con el que se los ha alimentado masivamente (discurso oficial, afiches, artículos de prensa, etc.). Las explicaciones de su aprobación son previ-

sibles y muy esperadas. Helas aquí por orden de importancia: una razón histórica y sentimental, «para que no desaparezca», 14,2 %; solamente una referencia histórica, 13,8 %; un argumento funcional sin connotación histórica, «actualmente es un barrio mejor organizado, mejor planificado», 11,3 %; nuevamente una dimensión exclusiva e histórica, «es nuestra herencia», 8,2 %; el orgullo de poseer un conjunto monumental excepcional, «Ahora es más presentable —o más representativo—, da una buena imagen de Quito», 5,5 %, y «el turismo», 3,0 %; se vuelve luego a lo funcional o más bien a su contrario, al disfuncionamiento, «es un caos los transportes colectivos (los autobuses contaminantes que envían todos los días el aire del Centro de Quito) y el tránsito son desorganizados», 8%. Esta queja se acompañaba a veces de una diatriba contra el trolebús que estaba entonces en proceso de instalación y que luego fue un éxito por múltiples razones: prohibición a ciertos autobuses que emanaban dióxido de carbono de pasar por ciertas calles del centro reservadas al trolebús y a los vehículos livianos, obligación para los que estaban autorizados a hacerlo de controlar su escape, mayor velocidad de transporte, paradas organizadas y adecuadamente distribuidas, y muchas otras razones. Sin embargo, de esta manera, parte de los problemas son solo enviados a otras calles del centro.

Esta rehabilitación del Centro corresponde ante todo al Municipio, lo que afirman tres de cada 10 de nuestros interlocutores; es responsabilidad también del Fondo de Salvamento, para aproximadamente un 7 % de las personas. El Estado es citado apenas por una de 20 personas y los organismos internacionales por una de 25. Se piensa también que hay ciertas ONG que se ocupan de ello, o la cooperación internacional, los propietarios de las casas a renovarse, todos los quiteños que de hecho pagan un impuesto local para ello y hasta los bancos. Todos estos actores intervienen verdaderamente pero a diferentes grados, y los quiteños, tomados en grupo, saben quién se ocupa de su Centro Histórico, aunque el 38 % no responde a estas preguntas y el 13 % dice no saber. En definitiva, a la mitad de la gente no le llegan estas cuestiones.

Sin embargo, si se les pide ubicar el barrio específico de negocios, muy pocos, una quinta parte aproximada-

mente, entienden la pregunta en el sentido de barrio en donde se tratan asuntos distintos a los locales; otros citan el mercado más grande que conocen, siendo la Ipiales el más nombrado, o el centro comercial más cercano, e incluso el mercado o el supermercado de su barrio. Si se trata de localizar el centro administrativo, o los principales lugares administrativos de Quito, el Municipio y sus centros zonales son los mencionados en primer lugar, siguiéndoles los ministerios y la sede del gobierno, y finalmente los bancos (1 %).

Finalmente, una serie de preguntas se refieren a las actividades más tradicionales, las asociaciones barriales que son lugares muy activos de democracia directa, sobre todo en ciertos barrios populares. La minga es considerada una buena cosa, al igual que las asociaciones deportivas, los comités de fiestas y las asociaciones parroquiales, pero la participación rara vez supera un 15 % de los padres de familia o la mujer. No obstante, se hace un esfuerzo para la organización de las fiestas que corresponden a una tradición muy arraigada, y a veces para la realización de una minga centrada en la limpieza de una esquina o de las veredas. Existe una importante aprobación de principio a estas tradiciones y tal vez no haría falta mucho para dotarles de un real dinamismo.

En cambio, si bien se espera todo del Municipio, se ignora gravemente la reglamentación por él dictada y las leyes que rigen a la ciudad. Las dos terceras partes de los quiteños aseguran que no existe reglamento urbano alguno sobre el manejo de la ciudad de Quito, a los que se suma el 10 % que no responde. Por cierto, un 71 % afirma no tener la menor idea de lo que podría ser tal reglamento. Los demás mencionan en desorden todas sus reivindicaciones de las cuales algunas, efectivamente, pueden corresponder más o menos a una reglamentación urbana particular o más general. A este respecto, se habla de reglas municipales y de normas para la ciudad, pero no se sabe cuáles; de normas de construcción, de transporte, de higiene, de seguridad, y también de servicios básicos, de equipamiento de infraestructura, de educación, de deportes y de parques de recreación, de calles, de aseo y de limpieza de las vías, de mantenimiento. En resumen, desfilan incansablemente todas las reivindicaciones y demandas que nunca tienen efecto y que

alimentan la cotidianidad de los quiteños confrontados a la dificultad, para la mayoría de ellos, de vivir bien en Quito.

Al finalizar este estudio, se puede decir que la mayoría de los quiteños viven replegados en su barrio siendo su horizonte los barrios cercanos o aquellos donde trabajan. El Municipio es la autoridad de referencia, pero el resto de la ciudad sigue siendo para ellos una serie más o menos mítica de lugares de los que han oído hablar, como el famoso Norte de la ciudad, cada vez más al Norte a medida que nos acercamos a él, donde tantos sueñan instalarse algún día. Los habitantes de los barrios antiguos, del centro o de su periferia cercana, entienden Quito como lo hacían más o menos sus padres, es decir muy polarizado en el centro. Los de los barrios ricos abren un tanto más su horizonte pero ignoran aún muy a menudo cómo es manejada la ciudad.

No son las actividades recreativas del fin de semana lo que cambiará esta situación, pues la gente es muy casera. Cerca de la mitad de la población declara permanecer en su casa (47 %) y los demás se visitan (25 %), pasean en el barrio o en sus alrededores (10 %) o van a distraerse a un parque, a La Carolina, al Parque Metropolitano, al valle o a la Mitad del Mundo. Aunque la tercera parte de los hogares dispone de un vehículo, solamente un 17,5 % sale regularmente de Quito durante el fin de semana.

PARA CONCLUIR

Al inicio de este estudio señalábamos la importancia de la cartografía como potente instrumento de ayuda al análisis del espacio, tanto de las ciudades como del campo. El Atlas Infográfico de Quito presentó ya, en 1992, nuevas imágenes de la capital ecuatoriana, mostrando que se podían hacer diversas lecturas, estrechamente imbricadas y complementarias, de su espacio. Esta demostración, a falta probablemente de un estudio detenido, no tuvo en la Dirección de Planificación del Distrito Metropolitano, los efectos esperados por sus autores. Se puede esperar que en el presente estudio, este enfoque cartográfico del mismo espacio, en blanco y negro y por barrios, sea más convincente. Se ha querido mostrar lo que, de manera más precisa que a través de una simple lectura de imágenes car-

tográficas exactas, se puede ver con una sola mirada, en especial particularidades que otra forma de proceder no permitiría captar con igual precisión, tanto en la localización adecuada de ciertos fenómenos urbanos considerados como en la relación entre las variaciones espaciales que revisten tales fenómenos y la significación de las mismas. Ciertamente, el procedimiento no es tan evidente como se podría pensar, que no se puede ahorrar el aprendizaje de la lectura de estas imágenes que no pueden consultarse sino con la ayuda de una leyenda y no como si se miraran fotografías. No hay que olvidar que se trata de proyecciones con imágenes de situaciones de las que se decidió, muy deliberadamente, presentar ciertas características. Por cierto, es por eso importante exponer objetivamente la manera en que se procedió.

Este análisis cartográfico fue especialmente minucioso en tres barrios de Quito, a los que, por razones circunstanciales, se dedicó más tiempo: La Loma, San Juan y San Carlos. Esto no significa que los demás fueron descuidados. Se podría por cierto sugerir detenerse en el análisis realizado de Chimbacalle o del Comité del Pueblo. No por ello los otros fueron ignorados, pero en lo que respecta a los puntos que se representaron cartográficamente, eran más homogéneos y por lo tanto sus imágenes menos demostrativas.

En La Loma, primer barrio estudiado, en el que se probó el cuestionario con base en una muestra más densa que la de los otros barrios escogidos, nuestra atención se concentró sobre todo en la distribución de las manzanas, en el tamaño de los predios y en las vías, lo que permitió plantear adecuadamente ciertas preguntas sobre el hábitat y la evolución de su uso.

En San Juan, donde se inició la encuesta realizada por los estudiantes de la FAU, ciertas torpezas iniciales debidas al aprendizaje de las técnicas de encuestas de este tipo por parte de los estudiantes inexperimentados, obligaron a un arduo trabajo de tratamiento de los cuestionarios, lo que impuso una lectura minuciosa de los documentos cartográficos asociada a una casi reconstrucción, aunque rigurosa, de ciertas encuestas. Por ello, se observaron en particular las manzanas y la red vial, aunque también la po-

blación, su repartición geográfica según edad y actividades. Así, en este caso más que en los demás, el mapa fue un elemento de comprensión del espacio construido que permitió abordar de mejor manera las preguntas.

San Carlos, donde, como práctica, los estudiantes que realizaron las encuestas procedieron también a su tratamiento, fue estudiado por ellos con una atención particular. Como ya se dijo, se trata de un barrio producto de la política de lotización de los años 1970, donde se encuentra una yuxtaposición de dos tipos de hábitat, los edificios colectivos y las casas individuales, generalmente adosadas. Los inmuebles se distribuyen en espacios acondicionados para que el automóvil sea apenas tolerado, dándose la prioridad absoluta a los peatones, lo que los mapas muestran claramente. Deteniéndose en los mapas de distribución de la población según el tipo de hábitat, se establece fácilmente una correlación entre todos esos hechos socio-urbanos localizados con precisión que se presentan ante nuestros ojos. Así, las preguntas ya pueden no solamente plantearse con base en las imágenes cartográficas elaboradas, sino que confirman de manera indudable lo que revela el análisis de los cuestionarios de la encuesta. Esta correlación se convierte en una garantía del valor del trabajo urbanístico así emprendido. Para convencernos de ello, remitimos a los mapas sobre la población de este barrio y al análisis demográfico realizado con base en las informaciones proporcionadas por la encuesta.

Asimismo, pensábamos que las reacciones de los niños ante las preguntas sobre su barrio y sobre sus condiciones de vida en él señalan esclarecedoras y lo fueron. Cier-

tamente, el que esperaba sorpresas no se decepcionó. Sin embargo, el Municipio y sus planificadores saben ahora y pueden cuantificar el peso social de sus acciones, los límites de su política de apertura y de explicación de las operaciones de planificación urbana y de manejo del espacio, cuyos acondicionamiento y mantenimiento están a su cargo. No regresaremos a lo que ya se ha dicho al respecto, pero simplemente recordaremos que un estudio de este tipo debería ser retomado regularmente. Para proceder adecuadamente, sería conveniente correlacionar mapas temáticos de barrio, en especial aquellos que muestran la distribución espacial de datos sociales: demografía, salud, escolarización, actividades, movimientos diarios alternantes, opiniones de la gente sobre tal o cual aspecto del manejo de su espacio cotidiano, etc., con los datos de encuestas repetidas periódicamente (cada 3 ó 4 años por ejemplo), con el fin de actualizar tales mapas, de conocer con precisión lo que la imagen que ofrecen, reflejo de datos cuantitativos contenidos en la BDU del SUIM, significa también cualitativamente. En esas condiciones, entre dos encuestas en el terreno, la cartografía temática cumpliría perfectamente su función, proporcionando imágenes intermedias ricas en enseñanzas para los planificadores. Así también, el trabajo de los geógrafos, iniciado en 1987 con el AIQ y continuado en 1996 con la encuesta EBAQ adquiriría todo su sentido y su alcance. Para que esto se realice, queda probablemente por transmitir a quienes manejan la ciudad, un complemento de información, que deducirán y organizarán por sí mismos si nuestra demostración es satisfactoria.

Nacido en 1935 en Craponne sur Arzon, en las montañas del centro de Francia, René de Maximy, geógrafo y sociólogo, director de investigación en el Institut de Recherche pour le développement (IRD, antes ORSTOM), es doctor de Estado. Desde hace más de 30 años se interesa por las grandes ciudades de las regiones intertropicales, por su funcionamiento y por la gente que allí vive. Ha publicado numerosos estudios, entre ellos "Kinshasa, ville en suspens" (París, 1984) luego de la aparición del "Atlas de Kinshasa" (República democrática del Congo), proyecto del cual fue el iniciador y el responsable científico. R. de Maximy fue también autor y director científico del "Atlas Infográfico de Quito" (Quito, 1992), y la presente obra constituye una continuación lógica de sus análisis de la capital ecuatoriana.

Karine Peyronnie nació en la región parisina en 1970. Es geógrafa cuya tesis de doctorado es "El centro histórico de Quito: de la ciudad a Patrimonio de la Humanidad (1908-1996)". (Universidad Paris VII-Jussieu).

Ya sea que vivan con ella o que la codeen, cada día los quiteños saben de la *Gente de Quito*, pero conocen acaso sus condiciones objetivas de existencia en los diferentes barrios, antiguos o recientes, populares o patricios, bien equipados o mal integrados a la vida de la urbe? Tienen una idea, basada en otra cosa que no sea impresiones o rumores, del ritmo cotidiano de sus actividades, de lo que piensan de la vida en su barrio, de sus relaciones de vecindario?

Gente de Quito nos dice todo eso y también sus opiniones sobre el resto de barrios de la ciudad, sobre la política municipal y sus repercusiones o su ausencia en su barrio y sobre la manera en que conciben la política municipal y nacional frente a la conservación del centro antiguo de su ciudad.

Un enfoque nuevo, descripciones y explicaciones apoyadas en cifras de la Quito de fin de siglo y de la gente que constituye su piel y su fuerza viva. Un libro que se debe leer para comprender mejor lo que son los quiteños.